UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial

Del 3 de abril de 1981

La dimensión emocional como categoría de análisis de la masculinización de los hombres y su agencia de la masculinidad

TESIS

para obtener el grado de

Doctor en Estudios críticos de género

PRESENTA:

Carlos Alejandro Montero Silva

ASESOR: **Juan Guillermo Figueroa Perea**

LECTORA: **Marisol López Menéndez**

LECTOR: **Manuel López Pereyra**

Ciudad de México, noviembre de 2023

A María Patricia Silva Sánchez y a Carlos Montero Santa Ana

Por haber hecho lo que estuvo en sus manos para que yo fuera un buen hombre (lo que quiera que eso signifique).

Agradecimientos

Afortunadamente desde que nací han estado conmigo Paty y Patty; un poco después llegó Ulises y años después Alan. A ustedes, aunque quiera agradecerles, no puedo. (En esta línea les trataba de explicar cómo sería mi vida si no estuvieran ahí y ni siquiera pude imaginarlo). No alcanzan las palabras para expresar todo lo que han hecho por mí, aunque no se los diga y no se den cuenta.

Hubo momentos bien difíciles, en los que pensé que no terminaría esta tesis. Recuerdo que regresaba de Puebla sin saber lo que haría. Kunta, en el asiento de copiloto, me miraba fijamente; sabía que yo estaba muy afectado. Sus miradas, y silencios me acompañaron y me hizo sentir que todo estaría bien. Kunta es solo un ejemplo de lo importante que han sido las personas que han estado cerca de mí en este trayecto; su presencia ha hecho posible que hoy termine este proceso.

Agradezco profundamente a Juan Guillermo por haberme ofrecido un espacio seguro para posicionarme y expresar mi postura. A Marisol por la disposición y el apoyo que me ofreció desde el primer momento. A Manuel, sobre todo, por el seguimiento que dio con mis trámites de Conacyt y, después, sumarse a mi comité.

No quisiera caer en un lugar común. Lo cierto es que tantas personas han estado presentes en este proceso que no podré enunciarlas a todas. Me quedo tranquilo porque sé que las personas que hicieron algo para apoyarme, no lo

hicieron para que yo las nombrara. También sé que saben, sin que las nombre, que les estoy profundamente agradecido. Si por algo me siento privilegiado es por las personas que han compartido momentos de sus vidas conmigo. Esta tesis no hubiera sido posible sin el apoyo de esas, tantas, personas.

Contenido

Palabras previas 1

Precisiones conceptuales 6

Estructura del documento 8

1 Introducción 15

1.1 La dimensión emocional 43

1.2 Mi objeto de estudio 48

1.3 Supuestos de investigación 49

1.4 Objetivo de investigación 50

1.5 Específicos 51

2 Capítulo I: Masculinización como proyecto de desarrollo 53

2.1 Proyecto moderno 55

1. Valores modernos 62

2.1.1.1 Jerarquía 63

2.1.1.2 Competencia 66

2.1.1.3 Ambición 74

Sujeto masculino 76

Sexismo 80

Masculinidad¿es? 83

Masculinidades nativas 87

Núcleo de la masculinidad 89

2.2 Feminización de las emociones y vulnerabilidad vergonzosa 91

Emociones modernas 93

Cierre capítulo 99

3 Capítulo II: Disciplinamiento identitario, masculinización de cuerpos machos 101

3.1 El efecto panóptico 103

3.2 Masculinización identitaria 107

3.3 Nutrición emocional y masculinización identitaria 116

1. Emociones de los hombres 116

La vigilancia sexista 120

Mandatos de la masculinidad 128

Nutrición emocional 135

La nutrición emocional en la masculinización identitaria 144

3.4 Hombres enajenados 149

El implante masculino 150

La masculinidad se encarna 152

Obediencia acrítica 156

Agencia 162

3.5 La crueldad es pedagógica 164

3.5.1.1 Insensibiliza 167

3.5.1.2 Desvincula 170

3.5.1.3 (Des)motiva 175

3.5.1.4 Cierre pedagogía de la crueldad 178

1. Dani Alves 179

2. Emocionalidad para la competencia 180

Cierre de capítulo 183

4 Capítulo III: Dinámica moderna: Masculinización/feminización interactiva y agencia de los hombres *189*

1. Billy Elliot 189

4.1 Dinámica moderna 190

1. Feminización 197

Masculinización 199

Masculinización y feminización interactiva 202

4.2 Tipología machismos 207

1. Macromachismos para la imposición identitaria 209

Intermachismos y alimento afectivo en adultos 212

Intramachismos y alimento afectivo en adultos 215

Automachismos, confirmación de la enajenación 216

Cierre machismos 218

4.3 Agencia 219

1. Agencia moderna (Darwinismo social) 223

Agencia masculina (Resiliente) 223

Abyecto 229

Agencia emocional 237

Vulnerabilidad 240

4.3.1.1 Miedo físico y miedo identitario 243

4.3.1.2 Miedo físico 245

4.3.1.3 Miedo identitario 246

Agencia emocional moderna 249

Cierre agencia moderna 252

Vulnerabilidad digna 253

4.4 Agencia crítica-subversiva 258

Cierre de capítulo 260

5 Capítulo. IV: Estrategia metodológica 263

1. Complejidad 266

Teoría queer 267

5.1 Metodología 269

1. Bricolaje 270

Narrativas 274

Cuerpo 278

5.1.1.1 Juegos 281

5.2 Categorías de análisis 282

Mandatos de la masculinidad 282

Fractales 283

Dimensión emocional 287

5.3 Métodos 288

5.4 Etnografía 289

5.5 Encuentros afectivos 292

1. Instrumentos 293

5.6 Población y características de participantes 293

5.7 Detalles sobre los encuentros 293

5.8 Ejes temáticos y análisis de la información 298

1. Consideraciones éticas hacia quienes participan. 298

6 Capítulo V. Análisis: Masculinización identitaria e interactiva 301

1. Ejes temáticos y análisis de la información 302

6.1 Masculinización identitaria 303

1. Macromachismos 304

6.1.1.1 Sexismo 304

6.1.1.2 Pedagogía de la crueldad 314

6.1.1.3 Mandatos 386

6.2 Masculinización/feminización interactiva 410

Mandatos de la masculinidad y nutrición emocional 410

6.2.1.1 Reconocimiento identitario 412

6.2.1.2 Rechazo identitario 424

1. Intermachismos 431

Intramachismos 434

Paradoja existencial 440

Capítulo VI. Análisis: 451

7 Agencia masculina y agencia de la masculinidad 451

7.1 Agencia masculina 451

Tratos con mujeres 451

Tratos entre hombres 474

Automachismos 486

Emociones de los hombres 493

La emocionalidad masculina es funcional 494

El pensamiento mágico 497

Expresión emocional 501

Impersonalizar sus relatos 501

Expresiones afectivas indirectas 505

Masculinización del relato emocional 506

7.2 Agencia de la masculinidad 517

¿Los hombres actúan con dolo? 518

Des-obediencia a los mandatos de la masculinidad 519

Aplicando una doble escucha para entender a los hombres 521

Los hombres necesitan autocuidados 523

Los espacios politizados 524

Vulnerabilidad digna 530

7.2.1.1 Autonomía de la masculinidad 537

7.3 Cierre de análisis 539

8 Reflexiones finales 545

9 Bibliografía 601

10 Anexos 623

10.1 Estadísticas 623

10.2 Invitación a dialogar 631

10.3 Ficha informativa para los participantes 632

10.4 Complete este formulario después de leer la ficha informativa. 634

10.5 Índice de tablas 636

Palabras previas

Mi padre no conoció a su padre biológico. Su madre murió cuando él tenía 5 años. Al quedar huérfano, su hermana mayor, hija de otro padre, lo adoptó y le cambió los apellidos; de su nombre original sólo conservó el nombre de pila. En esta nueva familia se le asignaron como responsabilidades atender a sus 8 sobrinos/hermanos (hijos biológicos de su hermana/madre). Un día no soportó el abuso y decidió escapar.

Vivió en la calle y boleó zapatos para sobrevivir. Desde muy chico entendió que la vida es muy fuerte, aprendió que era mejor ocultar su dolor y sus lágrimas, luchó para defenderse. Se creyó el discurso que dice que sólo se rinden los débiles. Diseñó una armadura que lo hizo sentirse seguro, autosuficiente. Trabajó mucho, puso su negocio, “enderezó” su vida y salió “adelante”. Se veía tan fuerte que decía que viviría 200 años.

Se casó con mi mamá, formaron una familia y tuvieron tres hijos (mujer, hombre, hombre). Estando casado, faltó al acuerdo de fidelidad que tenía con mi madre y fracturó la relación. Mis padres se divorciaron y mi padre decidió llevarnos, a mi hermano y a mí, a vivir a EEUU. Aproximadamente, por un año y medio mi hermano y yo no pudimos ver a mi mamá. Cuando regresamos a México, a pesar de estar divorciados, su arbitrariedad encontró formas de ejercer violencia contra de

mi mamá y contra nosotros, siguió condicionando cuándo, cómo y dónde nos veríamos.

Viví con él por muchos años y no recuerdo momentos en los que estando cerca de él me sintiera tranquilo, alegre o en paz. La armadura lo hacía sentirse seguro, pero también le dificultaba recibir o expresar afecto, establecer relaciones cercanas, cálidas, dialógicas, empáticas. Yo sufrí la armadura. Desde afuera yo observaba que sus interacciones eran toscas, impositivas. No se daba cuenta que al imponerse alejaba a las personas que lo quisimos.

En un par de ocasiones le pregunté por qué hacía las cosas como las hacía y no recuerdo que haya dado un motivo medianamente articulado. Sus respuestas siempre llegaban a un “así soy y no voy a cambiar”. Estas “charlas” terminaban rápido. Él era la autoridad y a la autoridad no se le cuestiona. En mi adolescencia decidí que no quería ser como él. Aprendí a distanciarme. Dejamos de hablar por años.

Yo vi las violencias que ejerció mi papá sobre otras personas, conocí su historia por palabras de mi madre; él nunca me habló de lo que sufrió en su infancia. Quizá quería que yo lo viera como un modelo de hombre autosuficiente, fuerte, seguro, dominante. Quizá él mismo no se permitía reconocer su vulnerabilidad.

Hace unos años le diagnosticaron cáncer de próstata y algo, quizá su masculinidad, le hizo creer que podría curarse solo. No siguió el tratamiento y murió en 2018. No se pudo quitar la armadura, ni siquiera para atenderse. Sentía que se

feminizaba. Mi padre murió como los “hombres de verdad”, aferrado a su masculinidad. Antes muerto que femenino.

En mi adolescencia me aclaró que para vivir en su casa había tres reglas básicas: no robar, no drogarme y, sobre todo, no ser homosexual. Él también vivió con estos criterios. Para él un buen hombre es aquel que no llora, que es fuerte, que vence obstáculos, que nunca se da por vencido, que lucha hasta morir. Tomó la normativa como referencia, se comportó como los hombres de “verdad”, hizo lo “correcto”, lo “deseable”, fue un “buen hombre”. Me pesa mucho darme cuenta lo problemático que es el concepto de buen hombre, incluso para los hombres.

Su fuerza fue la herramienta que le permitió salir adelante. Sin embargo, hay cosas que no se consiguen por la fuerza. En sus momentos de crisis lo vi encerrado en su armadura; yo sé que se sintió solo, pasó mucho frío, sufrió mucho. Hoy sé que necesitó mucho cariño, ternura y amor; no supo pedirlo, no supo darlo. Me pesa pensar que quizá nunca se sintió comprendido, escuchado, amado.

Tristemente esta historia no es exclusiva de mi papá. El sexismo ha definido como normativa que todos los cuerpos con pene deben ser masculinos. Esto provoca que masculinicen su identidad, que introyecten sus mandatos, que entiendan que nacieron para luchar, que son fuertes por naturaleza. Quizá si tuvieran una alternativa la tomarían, pero no la hay. Muchos hombres configuran su identidad tomando como base el modelo masculino.

Yo fui educado dentro de una familia “tradicional”, con los valores sexistas. En mi familia, como sucede en casi todas, los hombres estábamos obligados a

masculinizarnos, no había otra opción. La educación sexista estuvo presente en todo momento, vigilaba cada acto, cada gesto, cada palabra o expresión, siempre cuidando que no me “feminizara”. Yo debía mostrar que era fuerte, dominante, que no me daba por vencido, que sería un “buen hombre”. Cualquier desviación fue sancionada y “corregida”.

En reuniones familiares, a los primos (varones) nos comparaban, nos ponían pruebas, nos hacían pelear, nos aventaban a la alberca. A quienes lloraban les hacían burla, los humillaban, los avergonzaban, hasta que se arrepentía por no comportarse como “hombrecitos”. A los más aguantadores, los más “machitos”, los halagaban, los presumían con orgullo.

Esta educación me enseñó como actúan y sienten los “hombres”. Honestamente, yo naturalicé esta normativa. Me creí ese cuento. El cuestionamiento a la norma fue imposible por muchos años para mí. Tomé como referencia el modelo sexista, para configurar mi identidad. En mi proceso de masculinización aprendí a verme y mostrarme fuerte, a disfrutar la competencia, la excitación al ganar, la vergüenza de perder.

Soy hijo de un hombre que creció sin involucrarse en temas de género, sin embargo, él siempre se sintió capaz de demostrarle a quien fuera lo que era un hombre “de verdad”. Para mi familia y para mí fue muy difícil vivir entre violencias. Sin duda, mi infancia ha sido la etapa más dura de mi vida. Vivir cerca de mi padre provocó muchos malos ratos. Afortunadamente, hace muchos años, el miedo que le tenía a mi padre desapareció. Dejó de ser ese hombre grande, poderoso, inteligente. Aprendí a verlo como un hombre incapaz de establecer relaciones

personales basadas en la confianza, en el diálogo. Hoy me doy cuenta de que, con sus comportamientos, afectó casi todos los aspectos de su vida. La fuente de la que emanaba su poder, seguridad y autosuficiencia, fue su mayor problema: la masculinidad.

No estoy seguro de que mi familia y yo hayamos superado las violencias que vivimos. La violencia quedó atrás pero aún nos afecta. Hoy estamos mucho mejor, pero hay muchas emociones que permanecen latentes detrás de nuestros silencios. Afortunadamente nos queremos mucho. Comparto mi experiencia porque sin ella sería difícil entender lo que compartiré en las siguientes páginas.

Detrás de estas líneas hay mucho dolor y miedo. Tengo muy presente una foto en que mi mamá, después de la depresión que vivió por su separación y por no vernos por meses, se mira muy demacrada. Me duele saber que mi mamá y mi hermana discutieron para resolver quién debía comerse el único huevo que había en el refrigerador. Me lastima recordar que mi papá le pegaba a mi hermano, para "corregirlo", y yo no podía hacer nada para detenerlo. Me da miedo que otros hombres sigan replicando estos patrones.

Quien me lea, no encontrará un texto racional, neutro, pulcro. Todo lo que diga está influenciado por mi subjetividad, por mis puntos ciegos y por mis afectos. No podría ser de otra manera. Reconozco que estas emociones han estado latentes por muchos años y hoy son el corazón de esta tesis[1]. Hasta hace unos años me

[1] Sposaro (2021) explica que para conocer el "corazón de la tesis" se requiere indagar sobre la dimensión subjetiva de quien investiga. Para esto "es necesario que quien investiga pueda realizar un proceso de introspección que le permita descubrir desde donde investiga" (pp. 97). Señala que

hubieran hecho sentir avergonzado. Hoy entiendo que su potencia me ha llevado a escribir esta tesis.

Precisiones conceptuales

Antes de comenzar conviene aclarar que utilizaré “sexo” y “género” para hacer referencia a dos aspectos que necesito distinguir: la dimensión biológica (hombre o mujer) y a la dimensión discursiva (masculino o femenino). Mi postura, aunque los diccionarios y la convención social así lo señale, se basa en la idea de que lo femenino y lo masculino no están en nuestras biologías. Los hombres no son esencialmente masculinos, ni las mujeres femeninas. Es por esto que ningún hombre cumple a plenitud con el ideal masculino. La masculinidad es un modelo que define cómo deben comportarse los hombres para ser reconocidos como tales.

En este documento hablaré de la masculinización de los hombres para subrayar el proceso social por medio del cuál los cuerpos machos son disciplinados por la normativa sexista. El proceso de masculinización está tan arraigado en nuestra cultura que se ve como natural[2]. Es por esto que, muchas veces, estos términos se confunden y se usan como sinónimos. Entiendo que esta confusión es conveniente para el sexismo normativo que insiste que los hombres deben ser masculinos y las mujeres femeninas. Entiendo que hay dos tareas pendientes en el

esto implica identificar que no solo se tiene una dimensión teórica sino también una subjetiva. Recomienda identificar esta dimensión porque a él le permitió encontrar qué impulsó su trabajo.

[2] Lamas explica que la estructuración del género “llega a convertirse en un hecho social de tanta fuerza que inclusive se piensa como natural; lo mismo pasa con ciertas capacidades o habilidades supuestamente biológicas, que son construidas y promovidas social y culturalmente” (Lamas, 2013: 115).

trabajo que, desde una perspectiva de género, pretende que los hombres se sumen a la crítica de género: la primera sería evitar que los niños sigan siendo masculinizados, la segunda es que los hombres cuestionen la “naturalización” de su masculinidad.

En mi intención por diferenciar la dimensión corporal de la dimensión normativa evitaré hacer referencia a “sexo femenino”, “sexo masculino”, “sujeto femenino”, “sujeto masculino”, “género masculino” o “género femenino”. Me referiré a hombres y mujeres para hablar de los sujetos de uno u otro sexo. Utilizaré masculino y femenino para mostrar los aspectos que culturalmente se asignan a cada sexo. Dicho de otra forma al hablar de la masculinidad(es), feminidad(es), masculino(s) o femenino(s), no me estaré refiriendo a mujeres u hombres; sino a las construcciones culturales normativas impuestas a hombres y mujeres. Con esto quiero distinguir la materialidad de los cuerpos y los discursos que lo norman.

Aprovecho para aclarar que no usaré la palabra hombre como sinónimo de ser humano, de persona o como representante de la humanidad. No considero que haya tantas masculinidades como hombres. Mi postura entiende que cada hombre intenta ajustarse al ideal masculino a partir de sus recursos personales.

Finalmente, entiendo que hay personas que no caben en las categorías binarias (hombres/mujer, masculino/femenino). Sin embargo, mi investigación está centrada en reflexionar sobre el binarismo normativo que sostiene que solo existen hombres masculinos y mujeres femeninas. Me centro en este binarismo para problematizarlo, como un recorte del universo que podría estudiar, no con la intención de visibilizar la diversidad de personas, identidades y formas de vivir.

Estructura del documento

Introducción

La primera sección de este documento pretende mostrar la relevancia, pertinencia y urgencia que tiene estudiar a los hombres. Mi postura entiende que poner a los hombres al centro del estudio ofrece un camino diferente que si colocamos a las mujeres como el eje de los estudios de género. Recupero planteamientos que sostienen que el género es una categoría de análisis antiesencialista, que exige considerar aspectos culturales, políticos y económicos para estudiar los comportamientos de los hombres. Mi postura coincide con el planteamiento de Preciado, al señalar que vivimos una programación de género (Preciado, 2008). En mi desarrollo explico que la masculinidad es un dispositivo que logra disciplinar los cuerpos machos. Sostengo que la masculinidad enajena las vidas de los hombres.

Incluyo un aparado de estadísticas para mostrar la manera en que la programación de género afecta las vidas de los hombres. A partir de las afectaciones reflexiono sobre la necesidad de que ios hombres reconozcan y expresen sus malestares. El hermetismo de ciertas emociones da lugar a considerar la dimensión emocional, ya que nos permite considerar que la nutrición emocional es fundamental en el proceso de masculinización identitaria de los hombres, este proceso configura una emocionalidad disciplinada que enseña a los hombres cómo sentir, qué sentir, cómo reaccionar, qué es relevante y qué no lo es; finalmente las emociones son relevantes porque son parte de un recurso agéntico que se limita por la prohibición que sostiene que los hombres no deben quejarse. Para cerrar este

capítulo defino el objetivo general de mi investigación, los específicos y las líneas de trabajo que guiaron mi trayecto.

Capítulo. I: Masculinización como proyecto de desarrollo moderno

En el primer capítulo profundizaré en los valores que promueve el proyecto moderno y en su relevancia para que el sujeto masculino se instituyera como modelo idealizado representante de la humanidad y abanderado de un proyecto civilizatorio a escala global. El proyecto moderno recuperó facultades humanas que fueron congruentes con sus intereses, las definió como virtudes y atribuidas a los hombres, como si fueran exclusivas de este sexo, es decir, fueron masculinizadas. Las potencialidades humanas que no eran relevantes para su proyecto de desarrollo, fueron definidas como características de las mujeres, es decir, feminizadas. Este proceso permitió idealizar un sujeto que se enorgullecía de ser valiente, atrevido, confrontante y que se avergonzaba de mostrarse frágil, débil, dependiente y vulnerable.

Capítulo. II: Masculinización identitaria

En el segundo capítulo hablaré del proceso que exportó al sujeto masculino, impactando los sistemas sexo/género nativos durante la expansión colonial. Este proceso posibilitó que el ideal del sujeto promovido por el proyecto moderno fuera utilizado para masculinizar los cuerpos machos de los pueblos nativos.

El proceso de masculinización identitaria es un proceso que requiere de una vigilancia constante, que impone la normativa sexista como modelo identitaria a todos los cuerpos machos. Recupero la pedagogía de la crueldad (Segato, 2016) para mostrar el proceso que viven los hombres y que provoca que se a) insensibilicen ante ciertas emociones, b) se desvinculen de sí mismos y de sus seres queridos y c) introyecten los valores y el sentido de éxito moderno como si fueran motivaciones propias.

En este capítulo recupero el concepto de nutrición emocional (Linares, 1996) para describir el proceso en el que la norma y la emoción trabajan en conjunto para masculinizar a los niños; ya sea por medio de premios para quienes se ajustan a la normativa sexista o como sanciones para quienes la desobedecen. La masculinización logra que los niños normalicen la masculinidad, introyecten que "nacieron" masculinos, que les "corrresponde" todo lo que la cultura define como lo propio de los hombres, que deben obedecer los mandatos de la masculinidad y que, en contraste, todo lo femenino, les es ajeno, vergonzoso y debe ser sancionado.

Capítulo. III: **Dinámica moderna, masculinización/feminización interactiva y agencia de los hombres**

En el tercer capítulo recupero el binarismo sexista −masculino/femenino− para reflexionar sobre la dinámica jerárquica, competitiva y ambiciosa de las sociedades modernas. Parto del supuesto de que lo masculino no es propio de los hombres y lo femenino no es propio de las mujeres. Afirmo que las interacciones de los

hombres, en su adultez, siguen condicionadas por la presión que se ejerce para que afirmen su masculinidad, es decir, no se feminicen. La masculinización y feminización de los hombres da cuenta de un proceso dinámico. Para analizar esto propongo una tipología de machismos −macromachismos, intermachismos, intramachismos y automachismos− que buscan visibilizar la presión identitaria que experimentan los hombres para que se ajusten a las exigencias masculinas. Finalmente, retomo la enajenación de los hombres, para reflexionar sobre su margen de agencia, para lo cual distingo entre la agencia masculina y la agencia de la masculinidad.

Estrategia metodológica

En este capítulo comienzo por describir mi postura epistemológica, en donde asumo que no aspiro a encontrar o decir la verdad sobre las vidas de los hombres y sus emociones. Asumo que mi postura es una interpretación tan parcial como cualquier otra. Retomo a Morin para adherirme a la postura, que entiende que estamos ante un mundo complejo, caótico e incierto. Recupero la teoría queer como un referente para cuestionar la imposición masculina a los cuerpos machos y la necesidad de romper con la normativa sexista. De manera que las identidades de los hombres se liberen de cualquier categoría que les señale cómo deben comportarse.

Mi metodología parte de un enfoque cualitativo y recupero el bricolaje como un modelo complejo, amplio y flexible para poder integrar los elementos que me parezcan convenientes; siempre con la intención de destacar los aspectos que

considero indispensables de los hombres y sus emociones. Analizaré las narrativas de los hombres, por ofrecer la posibilidad de identificar aspectos sociales que hayan sido introyectados por los hombres. De la misma manera, en las narraciones se pueden identificar las emociones de los hombres, expresadas de manera explícita o sugerida. Las narraciones también permiten analizar los tratos que reciben los cuerpos de los hombres. Otro elemento que destaco de las narrativas son los juegos que juegan los niños.

Las categorías de análisis son: los mandatos de la masculinidad, la masculinidad como fractal y la dimensión emocional. El método empleado para la recolección de datos son los encuentros afectivos. Estos encuentros, por el encierro obligatorio durante la pandemia, se dieron de manera virtual. En esta misma sección detallo los ajustes que tuve que hacer en la medida que fueron avanzando los encuentros. Finalmente, detallo los ejes temáticos y las consideraciones éticas que procuré en los encuentros sostenidos con quienes aceptaron dialogar conmigo.

Análisis

Este capítulo está estructurado en cuatro apartados: a) Masculinización identitaria, b) Masculinización interactiva, c) Agencia masculina y d) Agencia de la masculinidad. En el primer apartado incluyo la manera en que los macromachismos masculinizan la identidad de los niños. Para esto recupero la pedagogía de la crueldad propuesta por Segato (2016), para visibilizar las actividades que insensibilizan, desvinculan y motivan a los niños a comportarse como lo hacen.

En el segundo apartado, recupero la relación que identifico entre los mandatos de la masculinidad y la nutrición emocional (Linares, 1996). Aquí pretendo mostrar que las miradas ajenas presionan a los hombres para ajustarse a las exigencias masculinas; ya sea por medio de una validación o de un rechazo identitario. Para esto nos sirve recuperar los intermachismos e intramachismos que detallaré en el tercer capítulo.

En el tercer apartado busco mostrar la manera en que los hombres se presionan a sí mismos por obedecer las exigencias definidas por la masculinidad. Para esto recupero la manera en que los hombres tratan a las mujeres y entre hombres. En la parte final de este apartado, analizo las emociones de los hombres, su expresión y los recursos que tienen para compartir sus experiencias, sin exponerse a descalificaciones.

En el apartado final analizo la necesidad de repensar la agencia de los hombres. Considero la necesidad de ver la vulnerabilidad como un recurso digno, indispensable para que los hombres puedan romper con el discurso sexista. Para esto propongo pensar en la exigencia de espacios politizados. Abordo la relevancia de la ternura en el trato de los hombres, en la necesidad de que ellos mismos aprendan a cuidarse y reflexiono sobre la posibilidad de que los hombres logren una autonomía con respecto a los mandatos de la masculinidad.

Reflexiones finales

En el capítulo final, sin la intención de concluir, recupero las ideas que considero centrales para explicar mi postura sobre la relación entre la masculinidad y las emociones.

1 Introducción

Ticio Escobar acompañó a un equipo de la televisión, que viajó al Chaco, desde muy lejos, para filmar escenas de la vida cotidiana de los ishir. Una niña indígena perseguía al director del equipo, silenciosa sombra pegada a su cuerpo, y lo miraba fijo a la cara, de muy cerca, como queriendo meterse en sus raros ojos azules.

El director recurrió a los buenos oficios de Ticio, que conocía a la niña y entendía su lengua. Ella confesó:

- Yo quiero saber de qué color ve usted las cosas.

- Del mismo que tú.

- ¿Y cómo sabes tú de qué color veo yo las cosas?

Eduardo Galeano.

Las definiciones pertenecen a los definidores, no a los definidos

Toni Morrison, Premio Nobel de literatura 1993

Para Haraway (1991) hablar de género es partir de una postura antiesencialista. Explica que el género es un concepto “desarrollado para contestar la naturalización de la diferencia sexual en múltiples terrenos de lucha” (Haraway, 1991: 221). El objetivo del género fue romper con el determinismo biológico que explicaba y

justificaba las desigualdades entre hombres y mujeres. De hecho, explica Connell (1997), “[e]l género existe precisamente en la medida que la biología no determina lo social” (p. 35). Al hablar de género no estamos mirando la naturaleza, la biología o los genes. El género pretende enfocar los discursos construidos sobre las corporalidades, los aprendizajes sociales diferenciados para niños y niñas, el proceso de socialización, los efectos que tienen los mandatos de cada género y en alternativas para liberarnos de dichos mandatos.

Martínez (2013) entiende que el género es una categoría de análisis que nos permite enfocarnos en la dimensión social y psicológica. A nivel social lo podemos pensar como el marco regulador que se “impone como forma válida de actuar en los distintos ámbitos de la vida” (p. 181). Esto nos permite visibilizar las normativas culturales que definen cómo se espera que nos comportemos, los discursos, la cultura y las normas. El punto de vista psicológico permite enfocarnos en el “ajuste del individuo particular en función a los mandatos que la sociedad le impone” (Martínez, 2013: 181). Lo cual nos ayuda a reconocer los efectos del poder sobre los cuerpos, las subjetividades, los malestares, las violencias, las opresiones.

Para pensar la relación entre los social y lo psicológico, Elias (1969) nos recuerda que “el devenir de las estructuras de la personalidad y de las estructuras sociales, se realiza en una relación inseparable de la una con la otra” (p. 16). Así como lo social no existe sin lo individual, lo individual no se puede explicar sin la influencia social. Son dos dimensiones de análisis interdependientes, se corresponden. Lo que sucede en una dimensión impacta a la otra y viceversa.

En este mismo sentido Morin (2008) explica que “los individuos, en sus interacciones, producen a la sociedad, la cual produce a los individuos que la producen” (p. 123). En un sentido parecido Izquierdo (2013) apunta que los seres humanos “tenemos la capacidad de producir el medio en que vivimos, y por tanto, las condiciones que nos configuran como lo que somos” (p. 2). Lo social y lo psicológico están encadenados. Esta afirmación nos lleva a pensar en un proceso de retroalimentación permanente. Es por esto que Connell (1997) afirma para entender el género debemos ir “más allá del propio género” (p. 38).

Morris (2005) explica que el género se estabiliza y normaliza gracias al lenguaje, la televisión, la escuela, la medicina, el derecho y la religión (p. 42). Es tanta la fuerza de estos discursos que logran “crearnos a su imagen y semejanza. Del mismo modo que los humanos muestran una sorprendente capacidad para olvidar que han sido ellos quienes han concebido a los dioses a su imagen y semejanza, y no al revés, lo mismo ocurre con el género” (Vendrell, 2020: 2011).

De Laurentis (1989) afirma que eso que llamamos género tiene como función “constituir individuos concretos como varones y mujeres” (De Laurentis, 1989: 12). Define que el género es “el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales” (De Laurentis, 1989: 8). Además, precisa, el género “está siempre íntimamente interconectado en cada sociedad con factores políticos y económicos” (p. 11). Con estas afirmaciones podemos entender que el género no nace por generación espontánea, no es arbitrario, mantiene una íntima relación con factores estructurales. Por tal motivo, estudiar el género, incluso

a nivel individual, nos permite rastrear valores culturales y analizar la manera diferenciada en que la cultura disciplina nuestras vidas.

Preciado (2008) entiende que el género es una “tecnología psicopolítica de modelización de la subjetividad que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una sexualidad fijas” (p. 99). Explica que la masculinidad y la feminidad son productos “fabricado[s] con mayor éxito por la industria farmacéutica y de la comunicación de finales del siglo XX” (p. 103), creados, ‘en laboratorio’ como nuevos ideales biopolíticos, durante la segunda Guerra Mundial (Preciado, 2008: 103). Agrega que la masculinidad y la feminidad “conocerán su plena expansión comercial durante la guerra fría, como la comida enlatada, el ordenador, las sillas de plástico, la energía nuclear, la televisión, la tarjeta de crédito, el bolígrafo desechable, el código de barras, la cama inflable o el satélite artificial” (p. 89).

Entonces podemos pensar el género como una tecnología que logra disciplinar nuestros comportamientos; ya que delimita nuestras “potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea” (Preciado, 2008: 98). El objetivo de estas tecnologías farmacoporonográficas es la producción de una prótesis política viva (Preciado, 2008: 99). Para que este disciplinamiento pasamos por una “programación de género” (Preciado, 2008). Con esto quiero subrayar que los valores de la masculinidad y la feminidad tienen un trasfondo político que pretende producir “hombres y mujeres de laboratorio” (Preciado, 2008: 103).

Cuando hablamos de género estamos enfocando los discursos sociales normativos que de manera diferenciada para hombres y mujeres, nos disciplinan. También estamos mostrando que hay intereses políticos para los que resulta conveniente promover como modelos de socialización lo masculino/femenino. El género es una tecnología que toma como base los genitales para masculinizar los cuerpos machos. Como he mencionado, este proceso de masculinización no es voluntario, ni individual. Se da gracias a una participación colectiva. Quiero decir que para que las personas introyecten los códigos de comportamientos que se les imponen se requiere de la participación constante de un conjunto de factores sociales que, de manera dinámica, posibilitan la "programación de género" (Preciado, 2008, 99).

Lagarde (1996) señala que la categoría de género, así como es adecuada para analizar y comprender la condición femenina y la situación de las mujeres, lo es también para analizar la condición masculina y la situación vital de los hombres. Ya que el género "permite comprender a cualquier sujeto social cuya construcción se apoye en la significación social de su cuerpo sexuado con la carga de deberes y prohibiciones asignadas para vivir, y en la especialización vital a través de la sexualidad" (Lagarde, 1996: 14). Para Lagarde (1996) la perspectiva de género "incluye el análisis de las relaciones sociales intergenéricas (entre personas de géneros diferentes) e intragenéricas (entre personas del mismo género) privadas y públicas, personas, grupales y colectivas, íntimas, sagradas, políticas" (p. 15).

Históricamente hablando, la categoría de género, en principio, buscó visibilizar los problemas de las mujeres y reducir las desigualdades. Gradualmente,

algunos hombres, comenzaron a entender las exigencias feministas y se mostraron receptivos a las desigualdades que vivían las compañeras. Esto provocó que, en un primer momento, la categoría de género se utilizara para visibilizar la desigualdad jerárquica, que hasta entonces había sido naturalizada, entre hombres y mujeres. Si consideramos que los estudios y programas que trabajaban con hombres son secundarios, y por tanto reactivos a las exigencias feministas, podemos entender que los primeros talleres, recuperaran la categoría de género para sumarse a la causa de las mujeres para reducir la desigualdad. Lo cual derivó en que las intervenciones con hombres buscaran "reeducar" a los compañeros para que dejaran de ejercer violencias en contra de las compañeras.

La categoría de género también posibilita colocar a los hombres como sujetos de referencia en programas o estudios de género. Desde esta postura el género permite visibilizar las contradicciones, sufrimientos, malestares y violencias que la asignación genérica provoca en los hombres; la necesidad de reconocerlos para su propio beneficio[3]; sin que esto signifique descalificar las violencias que viven las mujeres.

Tomando como referencia estas dos posturas, me interesa mostrar dos formas de entender la relación hombres y masculinidad. Para diferenciarlas hablaré del lado A y el lado B. En el lado A los hombres son vistos como poderosos, seguros de sí mismos, impositivos, autosuficientes, competitivos, valientes, insaciables,

[3] Figueroa (2001) entiende que "es mucho menos lo que se conoce sobre las desventajas que los modelos hegemónicos tienen para los mismos varones ya que se tienden a enfatizar los privilegios que obtienen en los intercambios con las mujeres, pero se minimizan las contradicciones en los procesos a través de los cuales aprenden a ser varones" (p. 7).

imperturbables, victoriosos, dominantes. Este enfoque muestra la cara pública de la relación hombres/masculinidad, la foto publicitaria. Desde este lado no se alcanza a ver los miedos, tristezas, dolores, preocupaciones, cansancio de los hombres.

Si miramos el lado B encontramos que los hombres sufren, viven con dolores crónicos que se niegan a atender, son víctimas de la mayor cantidad de violencias interpersonales, mueren por sus aprendizajes de género, ya sea por accidentes, suicidios, consumo de sustancias, a tal grado que la esperanza de vida, a nivel mundial, es significativamente menor comparada con la de las mujeres (Ver sección Estadísticas); también podemos ver el hermetismo íntimo y la soledad en que viven, sus heridas emocionales, sus vicios, lo vulnerables que son a los cuestionamientos sexistas, la continua hostilidad que experimentan al interactuar con otras personas y con ellos mismos, la precariedad de sus vínculos personales, que sus prácticas eróticas son mecánicas, cosificantes, coitocentradas y la dificultad que experimentan para de dar o recibir afecto[4]. Esto indica que la socialización genera muchos problemas en las vidas de los hombres que necesitan ser considerados cuando se estudia a esta población.

No considero que haya una postura verdadera para pensar en los hombres. ya que “la verdad es siempre interpretación. E interpretar [quiere decir] crear, inventar, fabricar. La interpretación es una actividad productiva. La interpretación es

[4] Segato (2003) apunta que “el sexismo debe ser reconocido como un problema de los hombres, cuya humanidad se deteriora y se degrada al ser presionados por la moral tradicional y por el régimen de estatus a reconducirse todos los días, por la fuerza o por la maña, a su posición de dominación” (p. 146). En congruencia con Segato, mi postura entiende que la masculinidad empobrece la calidad de vida de los hombres. No identifico un aspecto de la vida de los hombres que no se vea perjudicada por la obediencia a los mandatos a la masculinidad. Entiendo que los hombres tendrían vidas más plenas, si desobedecen los mandatos de la masculinidad. Para lograr esto es indispensable cuestionar la imposición masculina y analizar las afectaciones que tiene para sus vidas.

una invención. Quien interpreta no descubre la ‘verdad’, quien interpreta la produce” (Tadeu, 2001: 20). Quiero decir que las dos perspectivas pueden ser “verdaderas”. Sin embargo, me preocupa: a) que la mayoría de las posturas se enfoque en el lado A; como si fuera el correcto, b) que se justifique la resistencia a reconocer sus malestares, c) que no se profundice en el problema que implica la relación hombres/masculinidad y d) que no se busquen estrategias para prevenir y evitar sus sufrimientos.

Detrás de cada narrativa hay una serie de supuestos que conviene transparentar (Robles, 2002). En el lado A los hombres no encuentran la relevancia y el aporte de la ternura, de la empatía y de la vulnerabilidad; lo viven con vergüenza, los hace sentir indignos. Si miramos a los hombres desde el lado A, habría pocos motivos para que los hombres se distancien de la masculinidad; ya que el cambio, estaría afectando su jerarquía y les quitará poder. En contraste, el lado B, al visibilizar las afectaciones que viven los hombres por su asignación genérica, encontraremos motivos para cuestionar la masculinidad y legitimar otras formas de ser hombre. Esta postura insiste que su vida, sus vínculos, su sexualidad, se beneficiarían, lo cual ofrece más motivos para cambiar.

Distinguir entre el lado A y el lado B también nos permite reflexionar cuál es el camino que puede resultar más prometedor para acercar a los hombres a las reflexiones de género, cuál les permitirá encontrar más motivos para criticar los mandatos de la masculinidad y visibilizar la conveniencia que puede implicar para sus vidas.

No considero que los hombres deban cambiar por favorecer las condiciones de vida de las compañeras. Entiendo que el mayor motivo para que los hombres cambien es que, como dice Segato (2021) “que los hombres vean lo que pierden” (min. 72). Si los hombres logran la autonomía con respecto a la masculinidad, sus vidas se beneficiarían. Mi apuesta es visibilizar que la programación de género presiona a los hombres para obedecer los mandatos de la masculinidad, lo cual los expone a riesgos que, en muchas ocasiones comprometen su integridad, su vida y sus vínculos personales; hacer notar, que quienes dediquen su vida a imponer su voluntad, dominar o someter a otras personas difícilmente tendrán la posibilidad establecer relaciones basadas en la confianza y en el cuidado recíproco. Cuando los hombres cosifican sus interacciones y su sexualidad aplanan sus vidas.

Para mostrar un poco de las consecuencias que viven los hombres por su asignación genérica, quiero presentar algunas estadísticas. Con estas cifras busco contrastar las condiciones de vida de hombres y mujeres, esto no quiere decir que busque victimizar a los hombres o señalar que sufren más. Mi intención es tener un punto de comparación. Como un primer ejemplo, la diferencia de edades en la esperanza de vida (ver Ilustración 4), de 2018 a 2022, registra para los hombres un promedio de 72.3 años, lo cual adquiere relevancia cuando se contrasta con los 78.1 años que viven, en promedio, las mujeres. Detrás de las diferencias en las cifras podemos visibilizar la influencia de la asignación genérica y algunas de sus consecuencias.

Detrás de la diferencia entre la esperanza de vida de hombres y mujeres, encontramos que los hombres mueren más jóvenes y con mucha más frecuencia,

por motivos que no están vinculados con sus biologías, sino con su estilo de vida y prácticas de riesgo. Como ejemplo podemos ver que en las cinco principales causas de muertes de hombres y mujeres, en edades entre 15 y 29 años en el año 2021 (ver Ilustración 5), los hombres mueren más que las mujeres. Según la INEGI, no existe un rubro en el que las mujeres mueran más que los hombres.

Como lo muestra la gráfica, la diferencia más marcada se presenta en los homicidios. Al hacer una revisión de los homicidios, entre los años de 2011 y 2021 (ver Ilustración 6), encontramos que los hombres son las principales víctimas de violencia interpersonal que derivan en muerte.

Conviene resaltar que en los últimos años (2017 a 2021) la diferencia se ha incrementado. Como lo muestran las estadísticas, en el año 2021 las muertes de los hombres, por homicidio, rebasan a las de las mujeres por más de un 700%. Esto quiere decir que por cada mujer que muere asesinada mueren 7.8 hombres. Otra diferencia significativa en la manera en que hombres y mujeres mueren la encontramos en las defunciones por accidentes y violencia (ver Ilustración 7).

Las cifras del INEGI nos muestran que, de 2018 a 2021, por cada mujer que muere, por accidente o violencia, mueren casi cinco hombres. Es necesario señalar que los accidentes están relacionados con las maneras en que los hombres aprenden a des-cuidar sus cuerpos: se exponen a riesgos, tienen conductas temerarias. Los aprendizajes introyectados en el proceso de masculinización provocan que para los hombres sean más comunes estos comportamientos. Otro ejemplo puede ser la temeridad con que muchos hombres conducen: no respetan los límites de velocidad, manejan después de haber ingerido bebidas alcohólicas,

no usan el cinturón de seguridad, no respetan las señales de tránsito, compiten al volante, entre otros comportamientos de riesgo. Esto deriva en una marcada diferencia entre los accidentes de tránsito provocados por hombres y por mujeres (ver Ilustración 8).

Esta tabla nos permite hacer un seguimiento, de 2011 a 2021, para mostrar una marcada tendencia en la que los hombres son principales generadores de accidentes de tránsito. En el año 2021 las cifras nos indican que por cada mujer que tiene un accidente de tránsito les sucede a 5.4 hombres. Otra conducta que nos permite visibilizar la diferencia de los aprendizajes de género se muestra en una mayor disposición para delinquir. Las cifras del INEGI nos muestran que es mucho más común que los hombres terminen en centros penitenciarios a que lo haga una mujer (ver Ilustración 9). Si revisamos las edades de las personas detenidas, las diferencias más marcadas se dan en los rubros de 25 a 29, de 30 a 34 años y de 35 a 39 años. En estas edades por cada mujer que es privada de su libertad les sucede aproximadamente a 17 hombres.

Las estadísticas de suicidio también nos muestran una marcada diferencia en las condiciones de las mujeres y de los hombres (ver Ilustración 10). Una forma de explicar esto es por su hermetismo para hablar de sus malestares y su resistencia a pedir ayuda cuando los experimentan. En el histórico de 2011 a 2021 encontramos que por cada mujer que se quita la vida, lo hacen cuatro hombres. Esto me parece relevante porque nos permite reflexionar sobre los recursos emocionales que tienen los hombres para enfrentar sus problemas.

Finalmente, quiero compartir la estadística que muestra la percepción de la inseguridad, en espacios públicos y privados (ver Ilustración 11). La percepción de inseguridad (2019) contrasta con las otras estadísticas. A pesar de que los hombres viven menos, tienen más riesgo de morir por agresiones y por accidentes, son las mujeres quienes se sienten más inseguras en espacios públicos y privados: casa, trabajo, escuela, automóvil, centro comercial, parque, mercados, carretera, calle, banco, transporte, cajeros. Es importante mencionar que hay diferentes motivos para percibir riesgos, no sólo la muerte o los accidentes. Menciono esto porque podría argumentarse que las mujeres viven más riesgo de ser acosadas, violadas, robadas, con lo cual coincido. Sin embargo, lo que pretendo mostrar es que los hombres no perciben su condición como un riesgo. A pesar de lo que indican las estadísticas, no se ven a sí mismos como una población vulnerable.

Las cifras que he compartido muestran que los aprendizajes de género de los hombres reducen su esperanza de vida, provocan que, estadísticamente, mueran por accidentes, violencias, se suiciden, terminen presos y naturalicen esta tendencia. El proceso de masculinización enseña a los hombres a vivir naturalizando los riesgos que eso implica y a morir como “hombres”, sin quejarse. A pesar de que estadísticamente las diferencias son significativas, pareciera que no se ve como relevante, no se reconoce como un problema, no se ve la influencia del género. Cuando he tratado de visibilizar esta resistencia, de vincular estos problemas con el género y la necesidad de trabajarlo, me han argumentado “pero no es lo mismo”, “pero ellos se matan entre ellos”, como si eso justificara sus

muertes, sus afectaciones o redujera la dimensión del problema[5]. Detrás de este argumento está un claro desinterés de ciertas posturas y la ausencia de programas para tender este problema.

Como he mencionado, el bienestar de los hombres es el principal interés de esta investigación. Es una elección entre los distintos enfoques posibles, una delimitación metodológica. Así como respaldo el derecho de las mujeres a vivir en un mundo sin violencias defiendo este mismo derecho para las vidas de los hombres. Esta elección no significa que crea que los problemas de los hombres son más importantes que los de las mujeres.

A pesar de lo que he señalado, si los comparamos la producción de los trabajos centrados en el bienestar de las mujeres, son pocos los trabajos que explícitamente se interesan en el bienestar de los hombres. Me sabe mal darme cuenta de que los problemas de los hombres rara vez se colocan al centro de la discusión de género, como si no fueran importantes. Me hace pensar en lo que han vivido las compañeras feministas en su lucha por visibilizar las violencias que viven. Al igual que ellas, no creo que debamos quedarnos callados esperando a que, en algún momento, se nos dé el reconocimiento. Se tiene que decir: la imposición de la masculinidad afecta la calidad de vida de los hombres, es un problema grave, poco atendido.

[5] En este sentido hooks (2021) señala que en “realidad es que los hombres sufren y que toda la cultura les responde diciendo ‘por favor, no nos digas lo que sientes’” (p. 25)

Los hombres tienen problemas, malestares, sufren, mueren, por la asignación genérica se reconozca o no, lo expresen o no[6]. Negar los malestares de los hombres, además de ser ocioso y absurdo, polariza las posturas, dificulta el trabajo con hombres y el cambio que buscamos hacia una sociedad más equitativa y pacífica. Si sólo miramos lo que comúnmente se llaman “privilegios” será difícil ver sus heridas y dolores.

Uno de los temas sobres los que discutiré es el proceso de masculinización que viven los cuerpos machos. Estas reflexiones pretenden dialogar con las posturas que afirman que los hombres se vinculan con la masculinidad por los privilegios que obtienen. A manera de introducción Connell (1997) ha señalado que “[l]os hombres, tanto como las mujeres, están encadenados a los modelos de género que han heredado” (p. 46). La relación de los hombres con la masculinidad es identitaria y compleja. Los hombres no eligen la masculinidad. Ya que “[l]a identidad de género no está abierta a la voluntad de cada individuo, por el contrario, las personas se ven forzadas a entrar en el esquema normativo del sistema sexo y género de su cultura” (Fuller, citado en Mardones y Navarro, 2017: 56). Cuando nacemos no se nos pregunta qué modelo identitario queremos adoptar, se nos imponen a partir de los genitales con los que nacemos. “Por ello no es posible

[6] Paredes (2015) afirma que el patriarcado “ya no afecta únicamente a los cuerpos de las mujeres, sino también a los cuerpos de los hombres como fuerza de trabajo que estructura el poder económico, político, social, racial y cultural” (p. 111). Todas las personas sostenemos y sufrimos el patriarcado. No de la misma manera, por supuesto. La violencia patriarcal afecta a todos, todas, todes. Despentes (2007) apoya esta afirmación: “la virilidad tradicional es una maquinaria tan mutiladora como lo es la asignación a la feminidad (p. 25). Y agrega que “[h]ace falta ser idiota, o asquerosamente deshonesto, para pensar que una forma de opresión es insoportable y juzgar que la otra está llena de poesía” (p. 24). No hay violencias justificadas o merecidas. Insisto que no pretendo señalar que los hombres sufren más que las mujeres. Solo justificar la relevancia, y la urgencia de profundizar en los malestares de los hombres vinculados con la asignación genérica.

concebir al género como un rol o como una construcción con la cual uno se viste cada mañana. No existe ese 'alguien' que va al guardarropa del género y deliberadamente decide de qué género va a salir ese día" (Fonseca y Quintero, 2009: 53). Simplificar el arraigo identitario que existe entre los hombres y la masculinidad no favorece el análisis, ni la generación de propuestas de cambio. La afirmación que sostiene que los hombres se vinculan con la masculinidad por los privilegios debe ser problematizada[7].

A continuación, enlisto una serie de supuestos que identifico, si partimos de la afirmación que sostiene que los hombres se vinculan a la masculinidad por los privilegios.

a) Todos los hombres estarían colocados en la parte superior de la estructura social y todas las mujeres estarían en la parte inferior.
b) Los hombres serían los únicos responsables de sostener el patriarcado, pero se resisten a cambiarlo.
c) Las conductas de los hombres serían intencionales y estratégicas.
d) Sería sencillo para los hombres, cuando les fuera conveniente o nadie los observara, desobedecer los mandatos de la masculinidad.
e) Cuando les resultara conveniente, los hombres podrían adoptar conductas definidas como femeninas.

[7] Las palabras de hooks (2021) nos ayudan subrayar la inconveniencia de llamar "privilegios" al poder que tienen los hombres para someter a otras personas: "[m]ientras se siga lavando el cerebro a los hombres para que equiparen la dominación violenta y el abuso hacia las mujeres con el privilegio, no podrán entender el daño que se causan a sí mismos o a otras personas, y no tendrán ninguna razón para cambiar" (p. 40) Además, nos deja ver que estos cuando los hombres ejercen estos "privilegios" afectan su calidad de vida.

f) Considerando que sólo la masculinidad ofrece “privilegios”, no existen motivos para que las mujeres se vincularan con lo femenino.

El problema de que los hombres se vean como privilegiados deriva en cuatro consecuencias que conviene discutir: a) al utilizar una palabra con valencia positiva para referirse a sujetos que se imponen o abusan de otros, se replica un discurso que legitima las desigualdades e injusticias, b) se invisibilizan los problemas, malestares, violencias, sufrimientos, relacionados con la masculinidad, experimentados por los hombres, c) no es conveniente para las vidas de los hombres desobedecer las exigencias masculinas, d) al simplificar el vínculo identitario existente entre los hombres y la masculinidad se proponen programas de intervención que no atienden la complejidad del problema.

La metáfora del hombre privilegiado, da valencia positiva a conductas indeseables, invisibiliza sus afectaciones, no muestra los beneficios que traería a las vidas de los hombres lograr la autonomía con respecto a los mandatos de la masculinidad y propone proyectos de intervención que no buscan beneficiar las vidas de los hombres. Las estadísticas (Ver sección Estadísticas) muestran que los hombres arriesgan su vida por obedecer los mandatos de la masculinidad y no por los “privilegios” que obtienen. Hay algo más.

Mi interés por centrarme en el bienestar de los hombres está basado en motivos éticos y estratégicos. Los motivos éticos están ligados a la población con la que trabajo. Si trabajo con los hombres, entiendo que debo tratar de beneficiar su calidad de vida. Me parece deshonesto trabajar con una población con la intención de favorecer a otra. La motivación estratégica es porque entiendo que es mucho

más fácil que los hombres cuestionen la asignación masculina si entienden que sus vidas se verán beneficiadas, que si lo hacen por apoyar las demandas de las compañeras. Además de estos motivos, me parece que los hombres son una población que han trabajado muy poco con sus malestares y sufrimientos.

Mi propuesta parece radical porque no pongo a las mujeres como el centro de los problemas de género. Alguna profesora en Cholula me cuestionó frente al grupo "¿cómo vas a defender a los hombres?". Otra me decía, después de un año de estudiar a los hombres, que no había entendido nada del problema de género por no darme cuenta que se trataba de hablar de los problemas de las mujeres. Menciono esto para mostrar que algunas posturas no ven relevante hablar de los problemas de los hombres vinculados con el género[8]. Como si los problemas de los hombres me los estuviera inventando, como si fuera un problema menor, como si no fuera importante.

Me sacude pensar que, en distintas ocasiones, cuando he intentado hablar de los problemas de los hombres, se me ha acusado de no entender las discusiones de género, de desviar la agenda[9], de victimizarlos. Honestamente no he encontrado la manera de hablar de los problemas de los hombres, generados por su asignación genérica, sin que se piense que los estoy victimizando. En este sentido Figueroa

[8] Hoy entiendo que, mientras las mujeres estén al centro de las discusiones de género, los hombres sólo apareceremos en un segundo plano, incluso como un intruso Connell (2015) señala que "[c]uando los hombres solo están presentes como categoría de fondo en los discursos políticos sobre mujeres, es difícil plantear cuestiones sobre los intereses, los problemas o la diversidad de hombres y niños" (p. 87).

[9] Hooks (2021) señala que, en algunos círculos feministas, "los hombres que querían cambiar a menudo eran etiquetados como narcisistas o necesitados. Los hombres individuales que expresaban sus sentimientos a menudo eran vistos como personas que querían llamar la atención, manipuladores patriarcales que intentaban acaparar el escenario con su drama" (p. 25).

(2016) señala que “no tiene siempre mucha legitimidad hablar de las desventajas que tienen los hombres” (p. 242). Incluso afirma que hay autores que ponen a competir la victimización cada sexo, pero “dado que se asume como más grave el caso de las mujeres, se opta por negar la urgencia del caso de la situación de los hombres” (Figueroa, 2013: p. 9). Esto explica que las violencias, los problemas y los malestares de los hombres vinculados con su asignación genérica han sido poco atendidos y, en ocasiones, vistos como desviaciones de lo que se considera más relevante.

Por los motivos que he expuesto, considero pertinente, relevante y urgente reflexionar sobre las afectaciones que viven los hombres, por su asignación genérica. Sin embargo, hay una aclaración que considero relevante. Considero que los estudios de los hombres, con perspectiva de género, deben tener como sujeto de interés a los hombres. Lo cual implica que se ponga al centro de las discusiones las experiencias de vida y el bienestar de los hombres. No entiendo por qué los estudios de los hombres deban tener un enfoque feminista o profeminista, con el riesgo que implicaría tener como sujeto de referencia a las mujeres[10]. Me sacude

[10] Señalo esto porque es común que los llamados estudios de masculinidades o programas que trabajan con hombres definan que tienen una afinidad con los feministas o se nombren profeministas. Esto provoca que se vea con desconfianza a quienes no lo hacen. Figueroa (2013) habla de la sospecha que generan algunas posturas que pretenden estudiar a los hombres sin adherirse a posturas feministas: “existen lecturas donde se asume desde los estudios sobre los hombres que adoptar el feminismo como paradigma es evidente, por lo que aludir a un acercamiento desde otro paradigma es visto como una irregularidad política pero incluso considerada sospechosa, por asumir que puede tener otras intenciones políticas” (p. 1). Aunque entiendo que hay posturas como la de Preciado (2008) que advierte que “el feminismo funciona o puede funcionar como un instrumento de normalización y de control político si reduce su sujeto a ‘las mujeres’" (p. 91). Aún hoy, muchas posturas coinciden con Haraway, quien señala que en todas sus versiones, las teorías feministas “tratan de articular la especificidad de la opresión de las mujeres” (Haraway, 1991: 220). Estudiar a los hombres, desde una postura feminista, es delicado, si se considera que el sujeto político de los feminismos son las mujeres. Sobre esta línea de ideas, Seidler (2000) señala que “los hombres tienen que asumir la responsabilidad de sí mismos y de las cuestiones que surgen en sus estudios

pensar que los hombres no tengan la legitimidad para ser sujetos de referencia ni siquiera en los estudios de los hombres[11].

Entiendo que las mujeres han sido el sujeto de referencia para los estudios con perspectiva de género. Sin embargo, las mujeres son un sector dentro de la población con género, no el centro. Priorizar los problemas de las mujeres en los estudios de género tiene las siguientes consecuencias:

a) Se asume que las mujeres son la población con mayores problemas y, por lo tanto, tiene mayor relevancia
b) Con mucha frecuencia, se asume que trabajar con perspectiva de género es trabajar en mejorar las condiciones de vida de las mujeres
c) Los malestares, problemas, violencias y accidentes sufridos por los hombres no se ven como relevantes y no son visibilizados.
d) Provoca una simplificación e ignorancia de la compleja relación hombre y masculinidad
e) Reafirma el estereotipo que afirma que los hombres como sujetos fuertes, poderosos, autónomos e independientes.
f) Genera una falta de sensibilidad y empatía a los problemas, malestares o violencias experimentadas por los hombres

sobre el hombre y la masculinidad. De otro modo, puede resultar demasiado fácil limitarse a buscar temerosos la aprobación [del feminismo]" (p. 171).

[11] Aún hoy es común encontrar programas o talleres de trabajo con hombres, que al tener como base una postura feminista, buscan "reeducarlos", que buscan que dejen de ejercer violencias contra las mujeres. Es evidente que estas propuestas no tienen como prioridad mejorar la calidad de vida de los hombres. Cuando se tienen como base los feminismos para estudiar a los hombres se sigue teniendo como sujeto político de referencia a las mujeres.

g) Obstaculiza la generación de programas, de investigaciones y asignación de presupuestos destinados a mejorar las condiciones de vida de los hombres

Colocar a los hombres al centro de las discusiones de género promete resaltar aspectos que no pueden ser vistos desde las posiciones de las mujeres. Haraway (1991), al hablar de conocimientos situados, afirma que “solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva” (p. 326). Sólo los hombres saben cuánto les pesa la imposición patriarcal, cómo se sufre la masculinización, cuánto desgaste generan los mandatos, cuánto miedo les genera lo “femenino”, cuánto cuesta ser hombre, lo difícil que es gestionar sus miedos, culpas o inseguridades. Los hombres debemos defender nuestro derecho a expresar nuestros malestares, a llorar, a recibir ternura, a ser vulnerables, a ser escuchados. Por tal motivo, pretendo que sean los hombres quienes hablen de sus experiencias: dolores, malestares, torpezas, contradicciones, miedos, tristezas, etc.

Si todos los conocimientos son parciales y la perspectiva desde la cual se enfoca un estudio determina los resultados, poner a los hombres al centro de la discusión promete resaltar aspectos que no pueden ser vistos desde la mirada de las mujeres. Enfocarnos en los hombres, desde una perspectiva de género, nos exige caminar por otros senderos, llegar a otros lugares y visibilizar aspectos que sólo pueden ser vistos desde esta perspectiva.

¿Qué se sabe de los hombres? ¿qué no se ha dicho de los hombres? ¿qué se está leyendo de los hombres que, a pesar de las cifras tan escandalosas, se les ve como sujetos privilegiados? ¿Cuántos hombres tendrían que morir o accidentarse por obedecer los mandatos de la masculinidad para que se viera como

algo relevante? ¿hay alguna manera de que se hable de los malestares o los problemas de los hombres, vinculadas con la masculinidad, sin que se diga que se victimizan, que no es importante o que están distrayendo la agenda de lo que sí es relevante? ¿por qué hay posturas que se sienten afectadas cuando se habla de los malestares de los hombres? ¿qué hay detrás de los silencios de los hombres? ¿para quién(es) puede ser conveniente no profundizar en la relación hombres/masculinidad?

Aunque he señalado que es poco lo que se ha trabajado sobre la vulnerabilidad de los hombres, cada vez son más voces las que se suman en señalar la relación contradictoria que viven los hombres en su relación con la masculinidad. Segato (Robles *et al.,* 2019) afirma que “las primeras víctimas de la masculinidad son los hombres”. La afirmación de Segato nos invita a profundizar sobre la manera en que se piensan los hombres. Kaufman (1997) habla de “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”. El mismo Kaufman (1999), a partir de la triada de la violencia masculina, explica que dos de las tres formas en que se expresan las violencias de los hombres los afectan a ellos mismos[12]. Izquierdo (S/F) habla de “Los costos ocultos de la masculinidad”. Hooks (2021) entiende que el primer acto de violencia que “el patriarcado exige a los hombres no es la violencia hacia las mujeres. En su lugar, el patriarcado exige de todos los hombres que se impliquen en actos de automutilación psíquica, que maten

[12] Kaufman (1999) describe que la violencia de los hombres se puede dirigir en contra de las mujeres, confrontar a los hombres entre ellos y provocar que los hombres se violenten a sí mismos.

las partes emocionales de sí mismos" (p. 71). Gómez (2014) nombró su libro "Ni ángeles ni demonios, hombres comunes".

Torres (2001) hace una revisión de estadísticas de muertes producidas en riña, por accidentes de tránsito, riesgos y accidentes laborales. Señala que incluso "en algunas empresas hay que imponer castigos para que los hombres accedan a cuidar su vida" (p. 41). Agrega que los hombres acostumbran "trabajar en exceso con poco alimento y durmiendo pocas horas, con tal de ganar más dinero, conducir un automóvil a exceso de velocidad y sin respetar las señales de tránsito, beber en demasía, consumir estupefacientes y asumir riesgos en esas condiciones, etcétera" (p. 41). También afirma que las creencias entorno a la masculinidad "conducen a los hombres a adoptar actitudes desafiantes y por lo tanto a enfrentar peligros de una manera no sólo innecesaria sino hasta ridícula. Vivir como hombre, trabajar como hombre, morir como hombre, se convierten en sinónimos de irracionalidad y violencia" (p. 41). Finalmente, sentencia que "[en] realidad, los hombres son las principales víctimas [de la masculinidad]" (p. 41), ligando al aprendizaje de la masculinidad como factor de riesgo.

De Keijzer (2016) apunta que "[a]ún no se completa el inventario de problemas de salud masculina, donde la condición de género determina, influye o interviene. A pesar de que las estadísticas de las últimas décadas han presentado una sobremortalidad masculina alarmante y creciente" (p. 280). Figueroa (2015), con la intención de visibilizar la condición alarmante de mortalidad que viven los hombres, señala que "[s]e afirma que si se pudieran igualar los niveles de mortalidad masculina reduciéndolos al de las mujeres, el efecto benéfico desde el punto de

vista epidemiológico sería mucho mayor que si pudiera curarse el cáncer" (p. 124). El mismo Figueroa (2015) afirma que

> hay situaciones en que las que el abuso en el ejercicio del poder trae consecuencias negativas para quienes lo ejercen y no únicamente para quienes lo padecen. Sin embargo, una interpretación superficial o maniquea de los intercambios lleva a asumir que el victimario sólo obtiene ganancias del intercambio desigual, por lo que se ignoran las contradicciones, ambivalencias y efectos negativos que sus comportamientos tienen para dicha persona, en términos de pérdidas, frustraciones o situaciones de no poder sentirse completo sin necesidad de humillar a otros (p. 123).

Con esto quiero señalar que al mirar a los hombres reconozco que hay un lado A y un lado B, y que, en un intento por profundizar en mis análisis, he intentado integrar ambos. Estudiarlos me ha permitido reflexionar en los efectos que tiene en sus vidas la imposición masculina.

A pesar de que encuentro muchas evidencias de la manera en que la masculinidad afecta la vida de los hombres, es raro que ellos reconozcan sus malestares. Por tal motivo, he intentado entender los motivos por los que los hombres no se quejan. El elemento que me ha permitido explicar este hermetismo, la falta de crítica a los mandatos de la masculinidad, la aceptación silenciosa de las consecuencias que tiene la imposición masculina en sus vidas es que la masculinidad enajena sus identidades.

La primera vez que pensé en esta enajenación, fue cuando me di cuenta de la manera en que había operado el género en mi historia personal. En el año 2014, tuve la oportunidad de presenciar un performance de Lorena Wolffer (2014) que me ayudó a comprender que el sexismo ha polarizado el mundo con el binarismo sexista. Esta polarización insiste en distinguir lo femenino de lo masculino, en imponerlo a las mujeres y a los hombres, respectivamente como formas legítimas de comportamiento. Esta polarización es excluyente, por lo tanto, lo masculino se ve como algo ajeno a las mujeres y lo femenino se les prohíbe a los hombres.

Wolffer me ayudó a entender que el género es una ficción que condiciona casi todos los aspectos de nuestras vidas: cómo nos llamamos, cómo nos ven, cómo nos vemos a nosotros mismos, cómo nos vinculamos con otras personas, formas de caminar, de vestir, de hablar, formas de habitar el mundo, nuestros gustos, placeres, etc. Quizá lo más relevante es que este condicionamiento sucede sin que nos demos cuenta.

Yo había entendido que los problemas de género afectaban a las mujeres y a personas con otras identidades u orientaciones. No sabía que yo tenía género, no sabía cómo influía en mí y por lo tanto no había reflexionado en los efectos negativos que provocaba el género en mi vida. Hasta ese momento, yo pensaba que mis comportamientos obedecían a mi naturaleza, que yo “así era”. Recuerdo cómo me enorgullecía de luchar, de ser dominante, de no darme por vencido, de ser “muy hombre”. No me había dado cuenta de que mis comportamientos se justaban a lo que dictaba la masculinidad, de mi obediencia acrítica y de las consecuencias que esto tenía en mi vida. Después del performance de Wolffer, la frontera entre lo que

yo era y lo que se me había impuesto comenzó a desvanecerse. Me sentí como la réplica de un modelo, como un producto hecho en serie.

Darme cuenta que era dócil, obediente, me hizo sentir tonto, manipulado. Esto se parece a la afirmación de De Laurentis (1989): “[l]a ideología no deja nada afuera. Es un sistema infalible cuyo efecto es borrar sus propias huellas completamente, de modo que, cualquiera que esté en la ideología, capturado/a en sus redes, se cree a sí mismo/a fuera y libre de ella“ (p. 16). Poco a poco, se fueron cayendo muchas de las certezas con las que crecí. Tardé más de 30 años de mi vida en reconocer que vivía enajenado por la masculinidad. Mis reflexiones me permitieron ir encontrando otras evidencias de los efectos de esta enajenación.

Cuando mi padre fue diagnosticado con cáncer fui a su casa a platicar. En sus palabras parecía no haber dolor, miedo, sufrimiento, deseo de cuidarse, ni intención de cambiar. Al contrario, decía que aún tenía muchas metas por cumplir, que el cáncer no lo “vencería”, que seguiría “luchando”. Al escucharlo vi cómo aparecían los mandatos de la masculinidad como recursos para “vencer” el cáncer. Su agencia estaba basada en la resiliencia masculina: luchar, competir, dominar. De nuevo, la masculinidad era la fuente de su confianza, quizá su fuerza. Mi papá, confió tanto en su autosuficiencia que se negó a tratarse. Se pensó tan fuerte que no se cuidó y un par de años después murió. Su enajenación le impidió ver la manera en que la masculinidad influía en su manera de vivir, en la dificultad para cuidarse, en su miedo a atenderse, “feminizarse”, no fue capaz de desobedecer los mandatos de la masculinidad.

En aquella ocasión fui a su casa y hablamos de la manera en que a los hombres se nos enseña a leer el mundo, de la presión que se ejerce sobre nosotros, de la dificultad para reconocer nuestros dolores, cuidarnos, de los efectos negativos que tiene la masculinidad en nuestras vidas, de los riesgos a los que nos exponemos al obedecer sus mandatos, de cómo perjudica nuestra calidad de vida y de cómo nos distancia de las personas que amamos[13]. Quería que reflexionara si quería en su futuro lo mismo que había en su pasado. Me escuchó en silencio, quizá por una hora. Cuando terminé de hablar me preguntó: "¿me estás diciendo que lo que siempre he sido no soy?" Detrás de sus palabras entendí que me estaba diciendo "si no soy masculino, ¿entonces qué soy?". Lo que me devolvió me ayudó a ver que también estaba enajenado por la masculinidad. Sin la masculinidad no sabía quién era. Entendí que la masculinidad se arraiga con tal fuerza en las vidas de los hombres que enajena todos los aspectos de sus vidas.

Hoy sé que mi papá fue, como yo, enajenado por la masculinidad. A pesar de reconocer sus violencias, no puedo juzgarlo, y no por un tema moral. Me doy cuenta de que no tuvo los recursos para reconocer su enajenación y liberarse. Hoy tengo claro que muchos de los comportamientos de los hombres, por no decir todos, están influenciados por los mandatos de la masculinidad. Mi experiencia, la experiencia de mi papá y muchas otras me han ayudado a afirmar que el proceso de socialización que experimentamos los hombres, desde que nacemos, masculiniza nuestra identidad, hasta enajenarla.

[13] Núñez (2004) señala que los hombres no se conocen a sí mismos, ya que no encuentran "una relación entre sus malestares, sus 'problemas sin nombre' y su construcción genérica" (p. 30).

Dentro de la literatura Kaufman (1997) afirma que “La masculinidad se ha convertido en una especie de alienación” (p. 71) y explica que “[l]a alienación de los hombres es la ignorancia de nuestras emociones, sentimientos, necesidades y de nuestro potencial para relacionarnos con el ser humano y cuidarlo. Esta alienación también resulta de nuestra distancia con las mujeres y de nuestra distancia y aislamiento con otros hombres” (p. 71). Sin embargo, Kaufman no desarrolla más esta idea.

Figueroa (2015) habla de masculinidades enajenadas. En su texto discute la importancia de hablar de los medios de producción de “lo que se denomina ‘masculinidad’” (p. 102). Habla de la importancia de una “toma conciencia de sí”. Es decir, “relativizarse reconociendo a otros, a otras y a sí mismo. Con ello se lograría promover el YOTRO; es decir, ‘el yo masculino en tanto que otro’” (p. 116). Esto permitiría comenzar a “reapropiar[nos] de los medios de producción para construir y reconstruir nuestras identidades como seres humanos, más allá de las especializaciones de género” (p. 116). Sin embargo, Figueroa (2015) dice que es la masculinidad, y no los hombres, lo que se enajena[14].

Según la RAE, alienar es sinónimo de enajenar[15]. Define que enajenar es “[s]acar a alguien fuera de sí, entorpecerle o turbarle el uso de la razón o de los sentidos”[16]. Para mí la enajenación de los hombres es el resultado de un detallado y eficaz proceso de disciplinamiento que comienza con la imposición de la

[14] En los diálogos que he podido tener con Juan Guillermo, me ha dicho que su postura socrática le ha ayudado a modificar su postura. Ahora piensa que son los hombres y no las masculinidades las que se enajenan.
[15] Real academia de la lengua española. Revisado el 4 de julio de 2022.
[16] Real academia de la lengua española. Revisado el 4 de julio de 2022.

masculinidad, como modelo identitario y se consolida cuando la identidad se ha masculinizado. Esta enajenación influencia los pensamientos, actos, emociones, vínculos, sentido de vida[17], etc. de los hombres.

En mi intención por profundizar en la enajenación de los hombres encuentro tres aspectos a considerar:

1. **Esencialización**: La masculinidad se ve como algo que está en las naturalezas de los hombres. Esto provoca que la masculinidad se entienda como natural, correcta, verdadera.
2. **Obediencia acrítica**: Al verse como natural, los hombres dejan de reconocer la influencia de la masculinidad en sus comportamientos, obedecen sus mandatos, sin quejarse y sin cuestionar las consecuencias. Esto explicaría que descuiden su bienestar, se expongan a riesgos prevenibles, comprometan su integridad, que tengan comportamientos violentos en contra de sus seres queridos o en contra de ellos mismos, afecten su calidad de vida y sean distantes, incluso, de las personas que aman.
3. **Agencia masculina**: Si la masculinidad está en sus naturalezas, si no reconocen la influencia que tiene la masculinidad en sus vidas, si obedecen acríticamente sus mandatos, no ven motivos para cambiar. A pesar de la enajenación, no discuto que los hombres tienen un margen de acción, sin embargo, se encuentra limitado. Al acostumbrarse a que los

[17] No considero que la enajenación es algo exclusivo de los hombres. En el caso de las mujeres podría decirse que viven enajenadas cuando se sienten culpables por no ajustarse a estereotipos de belleza, por no tener hijos, por no tener tiempo para sus hijos, en caso de que los tengan, etc. Sin embargo, me centraré en la enajenación de los hombres.

comportamientos definidos como “femeninos” les son ajenos, introyectan que su margen de acción debe ajustarse a lo que la masculinidad define. Dicho en otras palabras, su margen de acción está condicionado a sus aprendizajes masculinos; feminizarse no es una opción.

Tomando como base la enajenación de los hombres he reflexionado sobre la necesidad de que reconozcan sus malestares, los expresen y puedan tomarlos como referencia para ser críticos de los mandatos de la masculinidad. (En el segundo capítulo profundizaré más sobre Hombres enajenados).

Al pensar en los factores que dificultan que los hombres expresen sus malestares, brincaron expresiones comunes que dicen que los hombres no lloran, no se quejan, no expresan dolor, no se dan por vencidos, no dejan de luchar, se aguantan. Así pude identificar la dificultad que implica que los hombres puedan reconocer y expresar sus malestares. Este fue el primer motivo para considerar la dimensión emocional, sin descuidar la perspectiva de género para estudiar las vidas de los hombres.

1.1 La dimensión emocional

En una de las aventuras de Mafalda:

La maestra puso al grupo a repetir la frase “Mi mamá me mima”. Mafalda se levantó de su silla y se acercó con la maestra, le extendió la mano y la felicitó por tener una mamá excelente. Inmediatamente después, regresó a su lugar y pidió a la profesora que, por favor, les enseñara cosas “realmente importantes”.

¿Realmente son importantes las emociones?

Para mi proceso de investigación ha sido indispensable distanciarme de posturas que entienden las emociones[33] como simples reacciones biológicas, transhistóricas y universales. Mi postura busca politizarlas, historizarlas, visibilizar la influencia cultural, profundizar en la configuración emocional de los hombres, reconocerlas como un recurso epistemológico y agéntico.

Para tratar de visibilizar la relevancia que tiene el estudio de las emociones Bericat (2000) se pregunta “cómo y por qué la sociología, ciencia del estudio de las lógicas de acción social y de las estructuras sociales, ha prescindido durante casi doscientos años de una dimensión humana tan íntimamente vinculada a la sociabilidad como la constituida por los afectos, las pasiones, los sentimientos o las emociones” (p. 146). Agrega que “[s]eguir prescindiendo de las emociones no constituye sólo un lamentable olvido, constituye un verdadero suicidio, una renuncia deliberada a la legítima aspiración por lograr explicaciones completas de la realidad y de los procesos sociales“(p. 151). También señala que si no se incorpora al actor sintiente “la explicación y comprensión sociológica de la realidad será incompleta” (p. 145). No considerar las emociones implica renunciar a la posibilidad de profundizar sobre una dimensión fundamental del comportamiento humano.

[33] Al hablar de emoción me sumo al planteamiento de Lara que señala que “afecto, emoción, sentimiento, pasión, intimidad, atmósfera y cualquier otra que intente nombrar lo que estamos intentando estudiar, están hechas de pura experiencia sensible” (Lara, 2013: 111).

En el mismo orden de ideas, López (2016) explica que fue a partir del último tercio del siglo XX cuando “disciplinas como la sociología, la antropología y la historia se interesaron por la inclusión de las emociones como vía de acceso clave para el conocimiento de cualquier fenómeno o situación social” (p. 4). Enciso y Lara (2014) apuntan que las emociones no son sólo útiles sino necesarias para “conversar y dialogar en pos de la producción de conocimiento” (p. 280).

En una crítica a los enfoques racionalistas Restrepo (2010) señala que aún no logramos conceptualizar “el importantísimo papel que la afectividad juega, no sólo en la vida cotidiana, sino en dimensiones donde hasta hace poco se la consideraba un estorbo, como es el caso de la investigación científica” (p. 13). Entiende que a la especie humana, si algo nos caracteriza y diferencia de la inteligencia artificial, es la capacidad de emocionarnos (p. 13).

Por su parte Le Breton (2012) entiende que el hombre (SIC) “está permanentemente afectado, tocado por los acontecimientos. Aun las decisiones más razonadas, más ‘frías’, movilizan la afectividad y son procesos a los que subyacen valores, significaciones, expectativas, etcétera” (p. 103). Agrega que “[n]o hay proceso cognitivo sin que se ponga en marcha un juego emocional y viceversa” (p. 70).

Maturana (1988) va más allá, al afirmar que la razón se funda en emoción. Su postura señala que la razón siempre tiene como base una disposición emocional y, afirma, todas las personas lo sabemos. Para explicar esto pone como ejemplo que alguien, al llegar a su oficina, le confiesa a la secretaria del jefe que quiere pedir un aumento de sueldo. La secretaria del jefe, en un gesto de empatía dice “no le

pidas nada hoy porque está enojado, no te va a dar nada" (p. 5-6). La reflexión que propone Maturana nos permite mostrar que, aunque la persona que pretende un aumento podría tener razones suficientes para pedirlo, la emoción del jefe puede ser un motivo suficiente para negarlo. Este ejemplo nos permite suponer que es mucho más sencillo conseguir un aumento si el jefe está contento. A partir de esto Maturana señala que son las emociones, y no las razones, las que condicionan nuestras acciones.

Esto mismo lo encontramos en los anuncios de ocasión que solicitan personas que puedan trabajar bajo presión. Detrás de estos anuncios está la idea de que puede haber personas muy preparadas para ciertos perfiles, pero si no saben gestionar sus emociones no podrán ofrecer los resultados que se buscan. Dicho de otra manera, las emociones pueden desequilibrar a cualquier persona por más brillante que sea. Algo parecido sucede con los temblores, aunque sepas el protocolo, si te desborda la emoción te congelas, te quedas inmóvil, al grado de comprometer tu integridad.

Con cierta frecuencia he escuchado personas que afirman que por las buenas son "a toda madre", pero por las malas, son unos "hijos de la chingada". Menciono esto para señalar que es un saber común que enojados somos menos receptivos, groseros, distantes, fríos; que "por las buenas" somos mucho más atentos o receptivos y que no necesitamos razones para que alguien nos caiga "bien". Es tanta la relevancia de las emociones que cuando estamos enojados se nos arruina el apetito, nuestras reacciones se hacen más hostiles; al estar tristes la comida pierde el sabor, cuesta mucho trabajo concentrarse, somos más pesimistas;

cuando la gente está nerviosa no puede dormir, no tiene claridad para pensar, duda de lo que hace, se equivoca con más frecuencia. En sentido contrario, cuando la gente se siente contenta es más amables, la vida parece mejor, aunque todo sea igual. Detrás de estos cambios no siempre hay razones, pero siempre hay emociones. Cuando nos afectan las emociones las razones son insuficientes para tranquilizarnos.

Incluso el tiempo se vive diferente a partir de la emoción. Hay un chiste que describe a un matrimonio que lleva muchos años de casado. En tono amigable uno de los miembros de la pareja dice que todos estos años se le han pasado como si hubieran sido 5 minutos, después de una pausa agrega, “pero debajo del agua”. Es obvio que con la desesperación de no respirar por 5 minutos se vive como si fuera una eternidad. Las emociones influyen profundamente en nuestras interpretaciones de los hechos.

Maturana (2003) entiende que “si no entendemos que el curso de las acciones humanas sigue el curso de las emociones, no podemos entender el curso de la historia humana” (p. 35). Aunque no les hemos dado la relevancia, las emociones siempre han estado ahí. Sólo que no se había considerado la relevancia que tiene en nuestros comportamientos. Si recuperamos el planteamiento de Maturana para pensar en la relevancia emocional podemos entender lo delicado que es que las emociones de los hombres se eduquen de manera diferenciada a las de las mujeres.

Por estos motivos López (2013) nos invita a considerar las emociones como una categoría analítica en los estudios socioculturales, que “puede ayudar en

análisis más finos sobre el campo de las subjetividades" (p. 61). Recuperando la idea de que nuestras vidas están impregnadas de emociones y que no considerarlas implicaría una omisión que dificultaría entender la complejidad de la vida social, propongo reflexionar sobre la profunda relevancia de la dimensión emocional y el proceso de masculinización de los hombres.

Considerar la influencia cultural en nuestra configuración emocional me ha permitido cuestionar los discursos que entendían la emoción como una simple reacción −perspectiva organicista− o como algo propio de la psicología individual. Del planteamiento de Maturana destaco que las emociones son fundamentales para el proceso de cognición. Ya que son determinantes para interpretar lo que nos sucede, la manera en que interactuamos con el medio ambiente y con otras personas.

Dado que mi trabajo busca favorecer las condiciones para que los hombres se liberen de la enajenación masculina, he apostado por visibilizar los efectos negativos que tiene la masculinidad en sus vidas. Sin embargo, los mandatos de la masculinidad dificultan que los hombres reconozcan y expresen sus malestares. Por tales motivos he considerado profundizar en la configuración emocional de los hombres.

1.2 Mi objeto de estudio

Tomando como base que los hombres viven muchas cuestiones adversas por su vinculación con la masculinidad, he apostado por analizar los motivos por los que no expresan sus malestares. Sin embargo, la emocionalidad masculina se presenta

como un límite para que los hombres reconozcan y expresen ciertas emociones, por tal motivo, me interesa investigar la emocionalidad[34] a partir de tres enfoques: a) como parte de un proceso disciplinante, b) como una sensibilidad disciplinada y c) como recurso agéntico.

Disciplina y nutrición emocional: Las emociones son un dispositivo indispensable para masculinizar a los hombres. Este enfoque me ha permitido identificar que por medio de la sanciones o premios emocionales se van orientando nuestros comportamientos.

Emocionalidad disciplinada: Las emociones son configuradas a partir de una cosmovisión, esto influye en la manera en que los hombres interpretan sus experiencias, reaccionan y en la adopción del sentido de vida promovido por la política moderna.

Emociones como recurso agéntico: Las emociones son un dispositivo indispensable para que los hombres puedan reconocer sus malestares, ser críticos de la masculinidad e identificar la urgencia por liberarse de la enajenación.

1.3 Supuestos de investigación

Analizar las emociones de los hombres permitirá profundizar en

[34] Al hablar de emocionalidad me refiero a la configuración de las emociones que se entiende como propia de cada género. La emocionalidad que se promueve en los hombres y en las mujeres definen qué rango del espectro emocional es legítimo e ilegítimo para unos y otras. En palabras muy sencillas podemos afirmar que la emocionalidad masculina tiene como característica ser más confrontante y la emocionalidad femenina es más tierna.

- La dimensión emocional como un dispositivo fundamental para la masculinización de los hombres.
- La masculinización/feminización de ciertas emociones provoca que los hombres se sientan cómodos o se avergüencen de experimentarlas.
- La emocionalidad masculinizada provoca que los hombres tengan mayor facilidad para expresar ciertas emociones y ocultar otras.
- La pedagogía de la crueldad (Segato, 2016) es parte de un proceso por medio del cual los hombres se insensibilizan, se desvinculan e introyectan las motivaciones modernas.
- La nutrición emocional (Linares, 1996) funciona como un dispositivo que premia y sanciona a los niños para que se masculinicen.
- Si los hombres no logran reconocer y expresar las emociones definidas como femeninas, difícilmente reconocerán sus malestares, podrán tener comportamientos más empáticos consigo mismos, con otras personas.
- Dado que las emociones son un dispositivo disciplinante, también son un dispositivo a trabajar para promover la autonomía de los hombres con respecto a los mandatos de la masculinidad.

1.4 Objetivo de investigación

Analizar la dimensión emocional como un aspecto fundamental para que la enajenación de los hombres se consolide, que orienta la sensibilidad de los hombres y como un aspecto a trabajar para que los hombres puedan ser autónomos con respecto a los mandatos de la masculinidad.

1.5 Específicos

a) Analizar la emocionalidad como un dispositivo indispensable para la enajenación de los hombres

b) Estudiar la emocionalidad masculina y cómo insensibiliza, desvincula y (des)motiva a los hombres.

c) Analizar la agencia emocional de los hombres ante la enajenación masculina.

2 Capítulo I:
Masculinización como proyecto de desarrollo

Antes pensaba que sólo los que éramos como yo estábamos bien jodidos.
Porque no somos ni seremos nunca ni mujercitas ni héroes de Río Grande.
Ahora sé que en realidad todos estamos bien jodidos,
no seremos nunca ni mujercitas ni héroes de Río Grande

(Preciado, 2008: 102)

Hablar de las violencias de los hombres, sin considerar los factores sociales y culturales descontextualiza y polariza el problema, ya que hace parecer que los hombres son los únicos responsables y se resisten a cambiar. Posturas cono la de Segato (2003), cunado afirma que “hasta las prácticas más irracionales tienen sentido para sus agentes, obedecen a lógicas situadas que deben ser entendidas a partir del punto de vista de los actores sociales que las ejecutan” (p. 131). Nos invita a preguntarnos por los factores que provocan que los hombres se comporten como lo hacen. A partir de esto es posible afirmar que es imposible entender la masculinidad si no profundizamos en aspectos sociales que hay detrás.

Después de ver lo tóxico que es la masculinidad, incluso para los mismos hombres, comencé a reflexionar cómo se configuró un modelo identitario tan hostil.

Estas reflexiones me han llevado a preguntarme: ¿qué condiciones o valores hay detrás de un modelo identitario como la masculinidad?, ¿a qué tipo de sistema podría resultar beneficiado de que los hombres, en su proceso de socialización, se endurecieran emocionalmente y tuvieran mayor afinidad con la confrontación física.?, ¿cómo es que se ha definido una fortaleza el distanciamiento afectivo de uno mismo y de nuestros seres queridos? ¿por qué se mantiene vigente un modelo identitario tan problemático?

Connell (1997) indica que no podemos pensar la masculinidad "como un objeto aislado, sino como un aspecto de una estructura mayor" (p. 31). Además, nos recuerda que "las masculinidades se dan en momentos y lugares específicos" (p. 225). También señala que "no podemos entender las masculinidades del mundo moderno sin entender cómo se han construido por la historia de la globalización, de la colonización" (Connell, S/F: 256). Para entender por qué la masculinidad se ha instituido como un modelo hegemónico he tratado de rastrear el proceso que posibilitó cimentar una sociedad competitiva, jerárquica y ambiciosa.

En las siguientes páginas trataré de demostrar que los valores del proyecto moderno[35] muestran semejanzas con los comportamientos que han sido definidos como masculinos. Esto me permiten afirmar que hay una relación directa entre un modelo identitario confrontante, competitivo, ambicioso y el proyecto moderno, que ha logrado instituir el sujeto masculino, como referente de éxito a escala global. Esto me ha permitido reflexionar sobre el proceso que "masculinizó" las características

[35] A pesar de que los principios utópicos definidos por el proyecto moderno son libertad, igualdad y fraternidad, propongo reflexionar sobre la jerarquía, la competencia y la ambición. Sobre esto profundizaré más adelante (Valores modernos).

humanas que eran congruentes con su proyecto y “feminizó” los aspectos que consideró irrelevantes o contrarios a sus intereses. Esto provocó que lo que hoy entendemos como femenino, como la empatía, la ternura, la vulnerabilidad y cualquier aspecto relacionado con la debilidad se definiera como algo propio de las mujeres, se viera como indeseable, vergonzoso, principalmente para los hombres. También provocó que lo “masculino” se viera como valioso, positivo y virtuoso. Esta distinción también polarizó el espectro emocional. Así podemos identificar una emocionalidad masculina y una femenina. Esto dio como resultado que los hombres, en su intento por subirse al tren de la modernidad, y considerando que algunas emociones fueron vistas como características exclusivas de las mujeres, aprendieran a esconderlas, disimularlas o silenciarlas. Los hombres que no reprimieran estas emociones serían sancionados y vistos como incapaces de participar en la construcción de un mundo “mejor”.

2.1 Proyecto moderno

La modernidad es un proyecto que germinó en Europa, que buscaba romper con el determinismo divino que promovían las religiones. Su intención era que, a partir de entonces, el mundo girara en torno a la voluntad de los hombres. Los hombres pensaban que, si se comparaban con otras formas de vida, eran intelectualmente muy superiores. Al pensarse como la forma de vida más evolucionada, entendieron que el resto de los seres vivos eran inferiores, salvajes, primitivos y, por tanto, debían servirles. Al verse como el centro del universo, creyeron que su inteligencia era suficiente para llevar al mundo a un nivel superior.

En su intento por llevar al mundo a un nivel superior, plantearon que el sentido de vida no podía estar regido por la voluntad divina, sino por la razón. Esto reconfiguró su relación con la naturaleza, su sentido de vida y los criterios que regirían las interacciones sociales. La expansión colonial exportó los criterios modernos a otras geografías, posibilitando que tuviera alcances globales[36]. Foucault (2012) explica que, a partir del siglo XIX, Occidente logró imponer sus maneras de ver, pensar, decir y hacer al mundo entero. Por medio de "los esquemas de pensamiento, las formas políticas, los mecanismos económicos fundamentales que eran los de Occidente se universalizaron por la violencia de la colonización, o, bueno, digamos que la mayoría de las veces cobraron de hecho dimensiones universales" (p. 31). Esto logró que Europa se viera "como el ombligo del mundo, como el modelo del ser y del hacer" (Paredes, 2015: 110).

El proyecto moderno articuló un discurso congruente con su cosmovisión, que logró imponerse como verdadero. Las invasiones coloniales no llegaron a negociar, no querían dialogar, aprender; su deseo era adoctrinar, imponer su discurso. Los valores promovidos por el colonialismo, basados en una supuesta superioridad Europea, colocaban al resto del mundo en una inferioridad. La crítica que considero más relevante al pensamiento moderno es haber instituido su cosmovisión como la verdadera, como la única. Hasta hoy, vivimos consecuencias provocadas por la potencia de sus verdades.

[36] Lizcano (2006) describe que la globalización es "la realización planetaria del delirio utópico que imaginara aquella burguesía centroeuropea y británica del s. XVII y que se plasmaría en la ideología de las Luces" (p. 211).

Para explicar la relevancia que tienen los discursos en nuestras vidas recupero los planteamientos del posestructuralismo que sostiene que “[e]s a través del lenguaje y el discurso que la realidad llega a constituirse como tal” (Escobar, 1999: 21). Esta postura coloca en la base del conocimiento y de la dinámica de lo social “el lenguaje y la significación” (Escobar, 1999: 21). Resalta la relevancia de los discursos nos permite afirmar que si bien se somete por la fuerza, se disciplina por la capacidad persuasiva de los discursos hegemónicos.

Como mencioné en la introducción no existen los discursos neutros. Todos los discursos son construidos, parciales, cuestionables, limitados, insuficientes para explicar la complejidad humana. Los discursos son elaboraciones humanas por medio de los cuales nos explicamos el mundo. Occidente colonizó con un discurso que definió cuál era la forma correcta de habitar el mundo, definió qué raza era superior, cuál era inferior, cómo debían vincularse con la naturaleza, quién tiene poder sobre quién, cuál es el sentido de la vida, cómo debían vivir, a qué debían dedicar sus energías, cómo debían vivir su sexualidad, cómo educar a sus hijos, cuál era el sentido de estar vivos, cómo es un buen hombre, quién no lo es, por mencionar algunos ejemplos. Su dominio está basado en su capacidad para lograr que otras geografías adoptaran su cosmovisión. Después de siglos de replicar estos discursos, son evidentes los efectos negativos: vivimos en sociedades egoístas, sujetos insaciables, y con un individualismo masivo[37].

[37] Lizcano (2006) nos invita a evitar polarizaciones entre buenos y malos. “En estas cuestiones todos somos indígenas. Pero todos somos, también, colonizadores” (p. 2023). No es mi intención satanizar la modernidad. Cualquier modelo que quisiera normar la vida resultaría problemático en un mayor o menor plazo.

No olvidemos que los discursos son construcciones sociales, Lizcano (2006) señala que “[l]as verdades[38] son ilusiones que se ha olvidado que lo son” (p. 257). Una de las formas en que los discursos adquieren el estatus de verdad es cuando se naturalizan. Esta naturalización provoca que se vea como algo evidente, incuestionable y que tratemos de ajustar nuestros comportamientos a sus verdades.

Para que un discurso adquiera el estatus de verdadero requiere de un poder que lo legitime: “el poder produce saber” (Foucault, 2008). Foucault (2008) explica que el “poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (p. 34-35). Las producciones de verdades no pueden disociarse “de los mecanismos de poder, porque estos últimos hacen posibles, inducen esas producciones de verdades y, a la vez, porque estas mismas tienen efectos de poder que nos ligan, nos atan” (Foucault, 2012: 73-74). Es la relación entre poder y saber la que produce la verdad.

El problema de estas verdades es que han sido adoptadas como las formas correctas de vivir. Por esto es que Lizcano (2006) afirma que “el secreto de la dominación estriba en colonizar el imaginario del otro imponiéndole el mundo de uno como el único posible” (p. 60). Para que la cosmovisión moderna se viera como verdadera tuvo que desacreditar las formas de saber contrarias sus intereses. Un ejemplo de esto fue la manera en que impusieron su religión y devaluaron otras divinidades por considerarlas primitivas. Sin embargo, este epistemicidio erradicó

[38] Foucault (2012) entiende por verdad “el conjunto de los procedimientos que en todo momento permiten a cada uno pronunciar enunciados que se consideraran verdaderos. No hay en absoluto una instancia suprema” (p. 78).

muchas formas de conocimiento nativas: religión, medicina tradicional, herbolaria, masajes, parteras, ciencia, política, el calendario, por mencionar algunas. Quiero decir que para que la cosmovisión moderna pudiera instituirse como la única, correcta, natural, ahistórica, justa, democrática, irrebatible, verdadera tuvo que degradar o destruir otras las verdades que no comulgaran con sus valores. Para la expansión colonial era necesario que la cosmovisión moderna fuera vista como la única verdad[39].

El pensamiento decolonial describe que el proceso histórico de la modernidad "primero tomó la forma del colonialismo y, luego de las independencias de los países colonizados, se transmutó en colonialidad, es decir, en un imperialismo no ya de derecho, pero sí de hecho" (Fraga, 2014: 204). La crítica del pensamiento decolonial pretende visibilizar que el pensamiento colonial sigue vigente, a pesar de que ya no vivamos un colonialismo y cuestionar las verdades impuestas por sus efectos problemáticos.

Es tan fuerte la influencia del discurso moderno que "al día de hoy, muchos intelectuales, científicos y académicos latinoamericanos – además de, por supuesto, muchas personas no directamente relacionadas con la ciencia – continúan creyendo en la superioridad excluyente de la epistemología occidental" (Fraga, 2014: 210). Es fundamental visibilizar los supuestos que hay detrás de los

[39] Esteva (2019) explica, utilizando la legitimidad de las matemáticas, la manera en que la colonización "se hizo tan profunda porque se arraigó desde un discurso aparentemente irrebatible, imperativo, universal, que se pretende válido para todo lugar, toda ocasión, época, momento; un discurso ante el cual no queda de otra que agachar la cabeza, uno frente al cual no hay que razonar porque es la razón misma" (p. 142). Esta naturalidad, además de hacerlo incuestionable, permite ocultar los intereses políticos, económicos, ideológicos que promueve.

discursos que asumimos como verdaderos, cuestionarnos nuestras certezas para imaginar otras formas de habitar el mundo.

La crítica decolonial “no reclama un espacio en la modernidad europea o no europea, sino que plantea desligarnos de esa tradición y del proyecto civilizatorio occidental. Impulsa formas epistémicas, políticas, ecológicas y estéticas de autonomía y la configuración de un horizonte orientado al pluriverso” (Esteva, 2019: 136). Para desligarnos del pensamiento colonial, se requiere quitar del pedestal a la cosmovisión moderna. Sólo así podremos imaginar mundos alternos, en los que no nos miremos como seres inferiores, sometidos, precarios.

Por eso Esteva (2019) señala que la crítica decolonial pretende “desmantelar la construcción occidental de nuestras maneras de ser y de pensar” (p. 147). Quintana (2011) entiende que el proceso de de-colonización implica un “proyecto epistémico y político” (p. 6). Esteva (2019) coincide en que se precisa de una revolución epistémica que ponga “en cuestión el orden moderno colonial en el que vivimos” (p. 136). Que, además, nos permita “desligarnos de esa tradición y del proyecto civilizatorio occidental” (Esteva, 2019: 136). Este orden de ideas nos lleva a plantear la relevancia de los discursos, reconocerlos como construcciones, la necesidad de cuestionar las verdades que han sido impuestas e imaginar formas de habitar el mundo tomando como base otras verdades. La disputa para liberarnos de las verdades modernas no es física, es discursiva.

Recupero un fragmento de “Los nadies” (Galeano) porque considero permite ilustrar el contraste jerárquico con que se mira a Europa y a los territorios colonizados:

> Los nadies: los hijos de los nadies, los dueños de nada. Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos: Que no son, aunque sean. Que no hablan idiomas, sino dialectos. Que no profesan religiones, sino supersticiones. Que no hacen arte, sino artesanía. Que no practican cultura, sino folklore. Que no son seres humanos, sino recursos humanos. Que no tienen cara, sino brazos. Que no tienen nombre, sino número. Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local. Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

Mientras Europa sea vista como primer mundo el resto de los territorios seguirán siendo vistos como mundos secundarios. Lo más relevante de la cosmovisión moderna es que sus valores han promovido una forma de habitar el mundo hostil, nos ha hecho creer que el sentido de la vida es competir, que hay personas que valen más y quienes valen menos. Al asumir la cosmovisión moderna como verdadera estamos viviendo en un juego de suma cero, que nos exige vivir para competir, que promueve interacciones jerárquicas, impositivas, extractivas y que ha definido la ambición como una virtud humana que promete lograr una mejor versión de la humanidad, a escala global, y de cada persona, en lo particular.

A continuación reflexionaré sobre los valores promovidos por la política moderna. Considero que estos valores son centrales para entender el diseño y la configuración de la masculinidad.

1. Valores modernos

Hasta la victoria siempre

Che Guevara

Tadeu (2001), recupera a Nietzsche para invitarnos a reflexionar sobre los valores. Su postura es que "[u]n valor no existe simplemente, en algún dominio transcendental: él es siempre resultado de una valoración, de un acto de fuerza, de una imposición" (p. 34). El mismo Tadeu insiste en la necesidad de una genealogía de la moral que permita "[e]xponer las condiciones de creación de los valores vigentes, su arbitrariedad, su historicidad" (p. 25-26). Nos invita a preguntarnos "¿quién atribuyó este valor al valor? ¿En qué circunstancias se creó determinado valor? ¿Por qué este valor y no otro?" (p. 25). Este análisis no significa invalidarlos sino "situarlos, colocarlos en su debida y respetable posición de criaturas, de invenciones, de artefactos. Un valor debe saber su lugar" (p. 25). Una vez situados, podemos entender el "carácter histórico, accidental, contingente de los valores, [lo que] significa abrir la posibilidad de su recreación" (p. 26). Sus reflexiones nos invitan a rastrear las condiciones y factores históricos que hicieron que ciertos valores tuvieran valor. Esta postura me ha permitido pensar que la cosmovisión moderna ha privilegiado una serie de valores congruentes con su visión de mundo, con sus intereses. En mi intención por analizar la cosmovisión y el proceder moderno, propongo pensarlo como un proyecto de sociedad cimentado en tres valores: jerarquía, competencia y ambición.

2.1.1.1 Jerarquía

Quijano (2014) señala que la primera jerarquía está ligada con la noción de raza. Nos indica que esto no es una simple diferencia entre conquistadores y vencidos −color de piel, forma y color del cabello, de los ojos; o vestimentas, instrumentos, ideas y prácticas sociales−. Lo relevante de la noción de raza es que, con la formación de América, se crea una categoría mental nueva, descubrieron que había gente inferior. Explica que, desde el inicio de la conquista, “los vencedores inician una discusión históricamente fundamental para las posteriores relaciones entre las gentes de este mundo, y en especial entre ‘europeos’ y no-europeos, sobre si los aborígenes de América tienen ‘alma’ o no; en definitiva si tienen o no naturaleza humana” (p. 757). Desde entonces se formó la idea de que “los no-europeos tienen una estructura biológica no solamente diferente de la de los europeos; sino, sobre todo, perteneciente a un tipo o a un nivel ‘inferior’” (p. 759). Fue así como los vencedores fueron definidos como ‘europeos’ y ‘blancos’, mientras que las identidades, asociadas al color de la piel, fueron ‘negros’, ‘indios’ y ‘mestizos’. “[E]n esas nuevas identidades quedó fijada, igualmente, la idea de su desigualdad, concretamente inferioridad, cultural, si se quiere ‘étnica’” (p. 759). Sería ingenuo afirmar que antes de la invasión colonial no había jerarquías.

Si recuperamos el planteamiento de Quijano (2014) podemos entender que la raza acentuó las diferencias jerárquicas. Al grado de cuestionar si ciertas razas debían ser consideradas como humanas. Esta diferencia significativa la recupera Segato (2016) cuando explica que antes de la invasión colonial, las sociedades indígenas vivían en un patriarcado de “baja intensidad”. Donde ciertamente, había una

desigualdad jerárquica entre hombres y mujeres. Sin embargo, en este patriarcado las mujeres tenían una participación social y política, activa y relevante. En contraste, el patriarcado "colonial moderno", de "alta intensidad", provocó que lo vinculado con la vida de las mujeres fuera "arrinconado, relegado, rebajado al reino de la íntimo, de lo privado, de lo desprovisto de politicidad" (Segato, 2016: 173). El sistema sexo/género promovido por los invasores, basado en el supuesto que afirma que las personas europeas son superiores a los nativos, provocó que hubiera una mayor desigualdad, acrecentó las diferencias jerárquicas y acentuó la violencia.

El planteamiento de Maturana (2003) afirma que la cultura patriarcal, en que vivimos, "requiere de autoridad y subordinación, de superioridad e inferioridad, de poder y debilidad o sumisión, y estamos siempre listos para tratar todas las relaciones, humanas o no, en estos términos" (p. 37). El problema que identifico en las estructuras sociales jerárquicas es que su organización vertical legitima las desigualdades, lo cual es un campo fértil para las violencias. Es por esto que Paredes (2015) afirma que para salir del patriarcado "[n]o se trata de sustituir al opresor en un acto de magia; se trata de acabar con la opresión" (p. 102). Resolver las desigualdades no es cambiar a las personas que se encuentran en una posición de poder. Cualquier estructura vertical promoverá que haya alguien arriba y alguien abajo.

Aceptar que hay quienes merecen más implica aceptar que hay quienes merecen menos. La lógica vertical provoca la desigualdad, opresión, injusticia, formas de violencia ya que se asume que cada quien tiene lo que merece y que "los pobres son pobres porque quieren". Pero también provoca que haya quienes viven

entre lujos y están en condiciones de pagar a otras personas para que atiendan sus necesidades. La jerarquización social configura un entorno meritocrático que también condiciona el acceso a los derechos. Por esto es mucho más fácil para un presidente disfrutar de sus derechos que para una persona en condición de indigencia.

No sólo las personas tienen jerarquías, cualquier artefacto cultural contiene un valor que dota de estatus a la persona que lo posee. Los sistemas jerárquicos estratifican el color de piel, sexo, lugar de nacimiento, apellido, sueldo, lugar de residencia, automóvil que conducimos, ropa, forma de hablar, estatura, forma de escribir, fuerza física, apariencia, por mencionar algunos. El estatus condiciona cómo somos reconocidos y tratados en los distintos escenarios sociales en que interactúamos. Es comprensible que, en esta verticalidad, cualquier sujeto utilice los recursos a su alcance para ascender socialmente, sobre todo si las condiciones de vida cambian de un escalón al otro.

Hooks (2021) entiende que el objetivo de la violencia patriarcal “suele ser reforzar un modelo de dominación, en el que se considera que la figura de autoridad manda sobre los que no tienen poder y se otorga a esta figura el derecho a mantener esa regla a través de prácticas de subyugación, subordinación y sumisión” (p. 38). Las personas en posiciones jerárquicamente superiores asumen que tienen el derecho de priorizar su voluntad sobre los derechos de personas que se encuentran en una posición jerárquicamente inferior. La dinámica social jerárquica requiere, para mantenerse, de sujetos individualistas, egoístas, ambiciosos. La masculinidad ha concentrado las características que promovía el proyecto moderno. Por eso se

ha estereotipado como un modelo de fuerza, potencia, inteligencia o cualquier recurso para imponerse. La masculinidad ha sido el modelo de comportamiento que ha recuperado los valores de una sociedad jerárquica.

2.1.1.2 Competencia

Foucault (2012) describe que el evolucionismo se convirtió, en el siglo XIX,

> en una manera de pensar las relaciones de la colonización, la necesidad de las guerras, la criminalidad, los fenómenos de la locura y la enfermedad mental, la historia de las sociedades con sus diferentes clases, etcétera. En otras palabras, cada vez que hubo enfrentamiento, crimen, lucha, riesgo de muerte, existió la obligación literal de pensarlos en la forma del evolucionismo (p. 232).

Este evolucionismo recupera el planteamiento propuesto por Darwin para afirmar que sólo los más aptos sobreviven. “La cultura patriarcal capitalista imperialista supremacista blanca sigue insistiendo en que la dominación debe ser el principio organizador de la civilización actual” (hooks[40], 2021: 110). Si cuestionamos las verdades con que hemos vivido y rechazamos el determinismo biológico podemos afirmar que el darwinismo es parte de un discurso que promueve la competencia y no está condicionado por factores biológicos. En lugar de eso, propongo enfocarnos en la construcción del discurso que promueve la competencia

[40] hooks ha decidido escribir su nombre con minúsculas

y en la conveniencia que tiene para la cosmovisión moderna y para el modelo económico capitalista.

Hay otro elemento que quiero destacar del discurso darwinista, la fuerza como el recurso básico para la adaptación. Pensemos en las capacidades que tienen los animales para sobrevivir a las adversidades: una mariposa, una serpiente, un pez, un hongo, una flor, un gusano, la cucaracha. Quiero decir que la fuerza no es el único recurso para sobrevivir. Cualquier ser vivo que encuentre la forma de adaptarse sobrevivirá. Señalo esto porque hay recursos adaptativos a los que no se les atribuye valor. Sin embargo, permiten que las personas, que no destacan por su fuerza, puedan sobrevivir; pensemos en la simpatía, la sensibilidad, el diálogo, la negociación, la empatía, la escucha. Sobrevive quien se adapta, dialoga, quien es flexible, se amolda, se organiza, no necesariamente el más fuerte.

Lo que quiero destacar es que este mundo no puede ser visto como el reino de los fuertes. Habrá que reconocer como valiosos otros recursos que nos permita adaptarnos al entorno. Pensar la fuerza la mejor virtud para la sobrevivencia hace parecer que la mejor solución y la más inmediata es luchar. Si asumimos como verdad que sólo sobreviven los fuertes, quienes quieran participar en la dinámica social tendrán que mostrar su superioridad, su fuerza, imponerse. De otra manera deberán someterse.

Maturana (1988) se opone a la naturalidad del discurso darwinista, entiende que “[l]a competencia es un fenómeno cultural y humano y no constitutivo de lo biológico” (p. 5). Agrega que “[l]a victoria es un fenómeno cultural que se constituye en la derrota del otro. La competencia se gana cuando el otro fracasa frente a uno,

y se constituye cuando el que eso ocurra es culturalmente deseable" (p. 8). Maturana (2003), apunta que, actualmente, la competencia y la lucha son tan válidas que incluso se llega a afirmar que "la democracia es la libre lucha por el poder" (p. 82). La competencia promueve un entorno de lucha, en el que quienes tengan mayores recursos aspirarán a más poder.

Esta competencia por el poder no favorece una convivencia social horizontal, sensible a las necesidades o problemas ajenos. Los discursos darwinistas han vendido la competencia como la única forma de evolución posible. Estos discursos parecen afirmar que si dejamos de competir el mundo se estancará, como si el tiempo se fuera a detener. No creo que nuestro sentido de vida tenga que llevarnos a ningún lugar en específico, ni conquistar meta alguna.

Mi postura entiende que la competencia no es ociosa. ¿Por qué tanta preocupación por ganar? ¿por qué ganar es mejor que perder? ¿qué es lo que se gana cuando se gana?, ¿qué perdemos cuando perdemos? Identifico que el darwinismo social ha logrado un protagonismo en la gran mayoría de los escenarios sociales, porque se piensa como forma de desarrollo, como escenario para definir las jerarquías sociales, condiciona el acceso a derechos, distribución de recursos, alimentación, salud, educación, entre otros muchos aspectos de nuestras vidas.

Entiendo que para poder definir las jerarquías se requiere de un ritual que permita disputar las posiciones. Es en las competencias donde se disputa el estatus, la manera en que nos miran, en que nos tratan. La competencia es una prueba, un examen donde se ponen en juego nuestras capacidades, un evento social

indispensable para asignar las jerarquías y legitimar la superioridad de quien gane. Por eso pareciera que ganar es lo mejor que nos puede pasar.

Si algo distingue la competencia es al ganador del perdedor. Quienes ganan son premiados, adorados, se les abraza y toman fotos. Quienes pierden son colocados en una posición secundaria, debe someterse a la voluntad de los ganadores. A escala social quienes son vistos como perdedores se ubican en condición de desempleo, pobreza, ignorancia, indigencia y otras formas de devaluación social.

Podemos ver el protagonismo social en los espectáculos que convocan a millones de personas. Pensemos en eventos deportivos como el Mundial de futbol, la *Champions league,* las peleas de box, las olimpiadas, el súper tazón, la fórmula 1, por mencionar algunos. Convocan a multitudes a sentarse a esperar que personas que han dedicado a prepararse pongan a prueba sus recursos para definir quién es mejor.

Sin embargo, no son sólo los deportistas quienes dedican su vida a competir. Pensemos en los niños van a la escuela para “prepararse”, en las personas que trabajan para “ganar” un sueldo, compiten por un “ascenso”, se les exige que produzcan más. Esto no sólo aplica en las grandes empresas. He podido presenciar albañiles y cargadores de la Central de abastos que “juegan” a ver quien carga más o microbuseros “jugando” a las carreritas.

Escucho con frecuencia que los padres les dicen a sus hijos que sean lo que quieran, incluso barrendero, pero que sean “los mejores”. La exigencia por ser

“mejores personas” no termina. Dedicamos nuestras vidas para ser mejores hijos, padres, vecinos, estudiantes, proveedores, amantes, parejas, empleados, empresarios, jugadores, ciudadanos. Lo delicado de no ser los mejores es que, en la medida en que vamos descendiendo en el escalafón, vamos perdiendo prestigio, reconocimiento social y el aprecio (sobre esto hablaré en el Capítulo 2, ver Premio sanción).

La competencia también provoca que compitamos por los detalles más mínimos: el carro que tenemos, el lugar donde vivimos, la marca de nuestro celular, el tamaño de nuestros músculos, el dinero que ganamos, el color de nuestra piel, la cantidad de artículos que hemos publicado, el título que tenemos, por tener “mejores” calificaciones, ser el máximo goleador, sólo por mencionar algunos ejemplos. Por esto Escobar (2014) afirma que en el mundo moderno “el consumo individual y la competitividad del mercado se convierten en la norma y medida del actuar humano” (p. 21). La competencia orienta el sentido de vida de las personas, las motiva a “superarse”, a “perseguir” el ideal moderno para alcanzar su “mejor” versión. Esta hambre por ser mejores es conveniente para el ideal de éxito definido por la modernidad.

En una sociedad tan competitiva, todo está en disputa: “camarón que se duerme se lo lleva la corriente”. Sin embargo, como señala Maturana, (1988) “[l]a sana competencia no existe” (p. 5). Cuando la vida se interpreta como una competencia vivimos con el hambre de ganar y el riesgo de perder. Esto implica que no tengamos certezas, que nuestra posición siempre se perciba en riesgo, que la presencia de otras personas nos resulte amenazante. Es por esto que la política

competitiva también promueve interacciones confrontantes. Maturana (2003) entiende que en el patriarcado moderno percibimos “cualquier amenaza a nuestras propiedades, y cualquier contradicción o falta de acuerdo con nuestras ideas y creencias como un peligro o amenaza que pone en riesgo los fundamentos mismos de nuestra existencia” (p. 68).

En la competencia no cabe la ternura, la empatía, el diálogo, tiene como prioridad definir quién gana y quien pierde; es un caldo de cultivo para interacciones hostiles. Es común que, en la disputa del poder, emerjan frustraciones, miedos, inseguridades, resentimientos, aspiraciones. Puede existir el placer o no, lo que realmente importa son los resultados. En contraste, el juego tiene un carácter lúdico y recreativo. Esto es muy claro que los niños pasan horas jugando sin llevar un marcador, sin preocuparse por saber quién va ganando. Muchos de los juegos infantiles se van formalizando hasta convertirse en competencias. La diferencia es muy simple y muy significativa: la competencia prioriza el resultado y el juego la experiencia. En un sentido parecido, Galeano en su poema “Derecho al delirio” recomienda incorporar “a los códigos penales el delito de estupidez que cometen quienes viven por tener o por ganar, en vez de vivir por vivir no más, como canta el pájaro sin saber que canta y como juega el niño sin saber que juega”. Los niños juegan, los hombres compiten.

No es mi intención satanizar la competencia. Sólo visibilizar los riesgos que hay detrás de una política que posiciona a las personas en un escalón social, siempre en función de los resultados que demuestre. Cuando la competencia define cómo somos vistos, tratados, valorados, provoca que las personas den la vida para

ganar, para tener vidas “mejores”. La centralidad de la competencia ha pervertido el sentido de vida de muchas personas que dedican todos sus esfuerzos a “superarse”, comprometiendo su integridad, arriesgando su vida y sus vínculos personales.

La competencia coloca al centro de nuestras vidas los resultados, la eficiencia, la productividad, la confrontación. Dejando en un segundo plano nuestro bienestar, nuestro placer, nuestra paz. Incluso se promueve que compitamos contra nosotros mismos. Cuando entrenaba atletismo se me decía que mi rival era el reloj, mis tiempos, que con eso me podía seguir “superando”. La competencia hace parecer que la vida es juego de suma cero. En el camino competitivo no hay un destino. La competencia nunca termina. Nadie nos aclara que al enfocarnos tanto en la competencia nos olvidamos de que hay experiencias placenteras no competitivas.

La competencia ha provocado que millones de personas dediquen años de sus vidas a prepararse para participar en la dinámica moderna. Contraria a esta idea me viene a la cabeza una frase que le escuché a Galeano “las mejores cosas de la vida son gratis”. El discurso competitivo tiene una intencionalidad política, económica. El gran beneficiado de esta competitividad es el capitalismo. Para legitimar sus intereses invisibiliza los riesgos para la salud, los accidentes y las lesiones que padecen quienes compiten. Además, como ya he mencionado, ha logrado sancionar a quienes pierden, ya sea económicamente, estatutariamente, avergonzándolos o excluyéndolos de espacios sociales en los que no merecen estar. La competencia pervierte una sociedad cuando prioriza los resultados y

compromete el bienestar de quienes compiten, cuando provoca desigualdades, cuando la competencia es la única manera de ser respetado, cuando ganar es lo único importante, cuando no hay otra forma de vida, cuando es imposible renunciar, cuando la competencia define quiénes somos, cuando excluye a quienes no desean participar.

La competencia ofrece un reconocimiento diferenciado. Cuando nos negamos a competir, no sólo renunciamos a la posibilidad de ganar, sino que anulamos la posibilidad de existir. Si el mundo moderno señala que nuestra existencia está definida por la competencia, quienes se niegan a competir son excluidos, invisibilizados, desaparecen socialmente (profundizaré sobre esto en el tercer capítulo Abyecto).

Mis reflexiones me llevan a afirmar que la competencia se ha romantizado, lo cual ha provocado que se le vea como mayor virtud, como algo deseable para cualquier persona, como una forma de sobrevivencia y, a nivel macro, como el camino para logra la mejor versión de la humanidad y, a nivel individual, lo mejor de cada persona. Maturana (2003) afirma que la competencia es un error “si lo que queremos es una convivencia en la que no surjan la pobreza, el abuso y la opresión como modos legítimos de vida” (p. 82). La competencia moderna es jerárquica, excluyente, confrontante, eficientista, no sirve, si lo que buscamos es un mundo más equitativo. Una sociedad más pacífica no puede estar basada en la competencia, sino en la colaboración, en el placer y en el bienestar colectivo.

Fraga (2014) entiende que la competencia y el individualismo son dos dimensiones que constituyen a “los sujetos en la modernidad/colonialidad

capitalista” (p. 214). Gracias a la competencia la sociedad moderna se dinamiza. En esta dinámica social competitiva, los hombres han encontrado un campo fértil para imponerse, para confrontarse, han aprendido a mostrar su poder para adquirir prestigio o reconocimiento social. Detrás de esta necesidad de reconocimiento, deseo de tener “más”, de ser “mejores”, se encuentra un elemento que nos impulsa a competir: la ambición.

2.1.1.3 Ambición

Maturana (1992) afirma que para “comprender el origen de la cultura patriarcal a que pertenecemos, debemos mirar hacia el origen de su emocionar” (p. 287). Partiendo de esta premisa he tratado de reflexionar qué emoción hay detrás del proyecto moderno y he llegado a la conclusión de que la más evidente es la ambición. Esta emoción opera en congruencia con la jerarquía y la competencia.

Mis reflexiones apuntan a que el proyecto moderno estuvo basado, desde el principio, en la ambición de construir un mundo mejor; buscó oponerse al orden divino y natural del mundo. Los hombres quisieron darle un nuevo sentido al mundo. Esta ambición también llevó a Europa a invadir otras geografías, a extraer sus recursos, a imponer su visión de mundo, a replicar su proyecto de mundo. Todo lo que han hecho sería impensable sin la ambición.

La jerarquía y la competencia requieren de sujetos motivados a participar en esta dinámica social. Por esto es indispensable que haya sujetos que entienda que es positivo y deseable sentirse inquietos por conquistar el mundo, hambrientos de nuevas aventuras, insatisfecho con lo que poseen, ambiciosos. Esto mismo ha

provocado un estigma para las personas que viven con menos; se les acusa de mediocres, conformistas, de no tener aspiraciones, ni ganas de superarse. Uno de los pasajes de Canek, nos permite ejemplifica estas posiciones:

> Es bueno saber cuán diferente es la necesidad del indio y la necesidad del blanco. Al indio le basta para su sustento un cuartillo de maíz; al blanco no le basta un almud. Se debe esto a que el indio come y bendice su tranquilidad, mientras el blanco come y, desasosegado, guarda todo lo que puede para mañana. El blanco no sabe que una jícara no lleva más agua que el agua que señalan sus bordes. La demás se derrama y se desperdicia (Gómez, 1984: 81)

Identifico dos problemas para la ambición moderna, la primera es que nunca está satisfecha, nunca se sacia, no tiene límites, nunca es suficiente. Cuando "conquista" un objetivo, busca otro y otro. La búsqueda por una casa más grande, un mejor coche, más dinero, mejor trabajo, mejor pareja, mejores hijos, mejor sexo, mejor educación. La ambición moderna es voraz, insaciable. Ha buscado conquistar los mares, los aires, la luna, el espacio, los recursos naturales, los corazones, etc. siempre con un afán extractivo, busca poseer.

La segunda, derivada de la anterior, es que esta voracidad es tóxica. Cuando las personas que se enajenan con la ambición, invierten sus energías a la competencia, dan su vida, sacrifican sus vínculos personales, comprometen su integridad y su calidad de vida para perseguir un ideal de éxito impuesto. La competencia moderna, al no tener un puerto de llegada, una meta para descansar, un destino de paz, mantiene a los sujetos en una competencia que nunca termina.

Connell (2015) afirma que la existencia del individuo emprendedor, es la pieza central de la cultura política occidental por ser la versión individualizada de la 'igualdad de oportunidades' y legitimar el individualismo (p. 303). La ambición moderna requiere de sujetos obstinados, tercos, insistentes, insatisfechos, ambiciosos, que no se den por vencidos, que asuman el reto de seguir compitiendo, que sacrifiquen su integridad y sus vínculos para seguir luchando. Si los hombres no tuvieran la ambición de "superarse", de ser "mejores", de "ser más", la dinámica moderna no podría construir un mundo "mejor". Es gracias a la ambición que muchos hombres dedican sus vidas a alcanzar el éxito moderno. Sin esta ambición la política moderna no podría funcionar. Por esto ha necesitado instituir la ambición como una característica positiva, una de las virtudes más deseables para cualquier hombre.

Antes de cerrar el apartado de los valores, quiero mencionar que estos valores son relevantes porque en ellos se encuentra cimentado el proyecto moderno, sin ellos no podría sostenerse. Además quiero señalar que, aunque los he descrito por separado, trabajan en conjunto. Finalmente, creo que estos valores se encuentran depositados en la idealización del sujeto masculino.

Sujeto masculino

Quiero comenzar con la premisa de Maturana (1988) "[t]odo sistema es conservador en lo que le es constitutivo o se desintegra" (p. 12), para afirmar que, para que el proyecto moderno se replique, ha requerido de un sujeto ideal congruente con sus valores: ambicioso, jerárquico y competitivo. Este ideal se ha depositado en el sujeto

masculino. Esto no se dio de la noche a la mañana, sino como un proceso social complejo[41].

El sujeto masculino fue la idealización de un sujeto capaz de construir un mundo mejor. Así fue como se diseñó un modelo de comportamiento que debía mostrar las potencialidades humanas que fueron convenientes para el proyecto moderno. Dichas potencialidades, se definieron como virtudes, valiosas, deseables. Y, aunque no son características exclusivas de los hombres, sólo fueron promovidas para ellos, es decir, se masculinizaron y fueron sancionadas en las mujeres[42]. En sentido contrario, las potencialidades que se entendían como contrarias a los intereses modernos, se vieron de menor valor, fueron vistas como propiedad de las mujeres, se feminizaron y fueron sancionadas en los hombres.

Segato (2018) coincide en señalar que "el sujeto masculino se transforma en el sujeto representante de la Humanidad, es decir, deja de ser hombre con minúscula para ocupar el pedestal de Hombre con mayúscula" (p. 66). El sujeto masculino se diseñó como un ideal político promovido por Europa, que logró instituirse como representante de la humanidad e imponerse en distintas geografías. Fue tanto su protagonismo que reconfiguró los sistemas sexo/género locales y eclipsó las masculinidades nativas.

Quiero insistir en la diferencia que existe entre el sujeto masculino y los hombres. Lo masculino no es lo propio de los cuerpos machos, nadie es

[41] Foucault (2008) señala que para que naciera "el hombre del humanismo moderno" se requirió de todo "un corpus de procedimientos y de saber, de descripciones, de recetas y de datos" (145).
[42] Es importante señalar que la diferencia sexual provocó que fueran los hombres, y no las mujeres, quienes debían adoptar las características atribuidas al sujeto masculino. Señalo esto porque actualmente cualquier persona puede aspirar a performar estas características.

esencialmente masculino. Por esto ningún hombre cumple a plenitud las exigencias de este ideal. No existe el hombre que nunca haya llorado, nunca se canse, no sienta dolor, tristeza o miedo, sea insaciable sexualmente. Como Segato (2016) apunta, la masculinidad "concentra los atributos deseados para los hombres en una cultura" (p. 113). El sujeto masculino es el modelo de comportamiento promovido por el proyecto moderno, conveniente para sus intereses, es la idealización del hombre capaz de conquistarlo todo.

El sujeto masculino delineó un deber ser para los hombres que se exportó a distintas geografías. Por esto es que Lugones (2011) afirma que "el género es parte de una imposición cultural colonial" (p. 111). Connell (S/F) coincide cuando afirma que "las masculinidades de los ejércitos colonizadores se volvieron como un modelo para patrones de masculinidad que después circularon como formas culturales por todos los imperios creados en la conquista" (p. 258). En el proceso de colonización, el sujeto masculino fue utilizado como parte del adoctrinamiento de los hombres nativos, funcionó como modelo de comportamiento para los hombres nativos en los territorios colonizados.

Connell (2010) también señala que "la fusión de los patrones de género entre los colonizadores y los colonizados también es una característica de los sistemas coloniales en muchas partes del mundo" (p. 256). Aunque Connell refiere una fusión, yo considero que la desigualdad jerárquica entre colonizados y colonizadores impedía que los intereses de hombres, o mujeres, nativas fueran considerados en la reconfiguración del sistema sexo género. Coincido en que pudo haber un sincretismo que, de manera orgánica, haya dejado restos de los sistemas

sexo/género locales. Sin embargo, el epistemicidio trató de erradicar cualquier forma de saber que se opusiera a las verdades de los invasores. Por lo tanto, los hombres nativos fueron sometidos en la invasión colonial y tuvieron que introyectar los valores promovidos por los invasores.

Los ejércitos colonizadores lograron imponer su sistema sexo/género a las comunidades nativas. Así fue como se extendió el sujeto masculino. Gradualmente, los hombres que adoptaron el sujeto masculino como modelo de comportamiento fueron vistos como sofisticados, virtuosos, más evolucionados y adquirieron mayor estatus. Esto provocó que los hombres acentuaran actitudes valerosas, atrevidas, autosuficientes, impositivas. En sentido contrario, quienes menos se parecieran, tuvieron menor jerarquía. Gradualmente estas características se integraron en un modelo identitario que fue utilizado para educar a los niños.

El prestigio del sujeto masculino está basado en la legitimidad del discurso moderno. Esta legitimidad ha permitido que el sujeto masculino sea referente de éxito a escala global. Su idealización ha conseguido que todo lo que sea contrario a sus valores, como lo débil, lo frágil, lo sensible, lo tierno, lo infantil, lo viejo, sea visto como inferior, sea sometido.

Confío que este breve recorrido ayude a visibilizar por qué el sujeto masculino tiene un proceder jerárquico, competitivo y ambicioso, cómo fue se exportó a los territorios invadidos, logró reconfigurar los sistemas sexo/género locales, se instituyó como modelo de comportamiento para masculinizar a los niños, como un referente normativo para evaluar el comportamiento de los hombres.

Sexismo

Segato (2016), para explicar la manera en que el sistema sexo/género de los colonizadores reconfiguró los roles nativos, describe la existencia de un patriarcado dual, previo a la invasión, y cómo se modificó a un patriarcado binario[43]. Esta mutación redefinió las expectativas sociales depositadas para hombres y mujeres[44]. Además de acrecentar las desigualdades jerárquicas entre hombres y mujeres, el patriarcado binario las volvió excluyentes, ya que sólo ofrecía la posibilidad de ser hombre/masculino y mujer/femenina[45].

Como el sistema sexo/género moderno asumía que los hombres eran los únicos capaces de lograr este propósito, se buscó que los varones nativos realizaran las labores que para la política moderna tenían mayor prestigio −proveeduría, participación política, autoridad comunitaria y familiar−, requerían de una mayor fuerza o implicaban mayor riesgo físico. Esto provocó que los hombres nativos asumieran que les correspondía disputar el poder, la obtención de los recursos, adquirieran mayor autoridad y autonomía. Además, de darles mayor

[43] Segato (2016) hace una distinción entre patriarcado dual, de los pueblos nativos, y el patriarcado binario, impuesto por la invasión colonial. El patriarcado dual era complementario. En la dualidad indígena "son posibilidades de lo múltiple, donde el uno y el dos, aunque puedan funcionar complementariamente, son ontológicamente completos y dotados de politicidad, a pesar de ser desiguales en valor y prestigio (p. 119). En el patriarcado binario "cualquier manifestación de la otredad constituirá un problema, y sólo dejará de serlo tamizado por la grilla ecualizadora, neutralizadora de particularidades, de idiosincrasias (Segato, 2016: 118). El patriarcado binario acentuó las desigualdades y la violencia.

[44] Esto es congruente con el planteamiento de Lamas (2013) en el que afirma que "[l]a dicotomía masculino-femenina con sus variantes culturales (del tipo el yang y el yin), establece estereotipos, las más de las veces rígidos, que condicionan los papeles y limitan las potencialidades humanas de las personas al estimular o reprimir los comportamientos en función de su adecuación al género" (p. 114).

[45] En algunas regiones había un tercer género, como ejemplo se encuentran los muxes.

presencia en los espacios públicos, justificó su ausencia en los espacios y labores domésticas.

En la medida en que las sociedades se industrializaron, los trabajos se formalizaron y la forma de participación de los hombres se institucionalizó. La exigencia de mano de obra técnica exigió que los hombres que quisieran ascender socialmente tuvieran que especializarse. La especialización técnica acrecentó el estatus y la distancia jerárquica entre hombres y sus parejas. Entre mayor estatus social obtenían los hombres menos tiempo tenían y menos disposición para atender labores domésticas. Esto redujo el tiempo que pasaban con sus familias, que invertían en labores domésticas y acentuó la distancia afectiva[46].

Si consideramos que el proyecto moderno definió las características que hombres y mujeres debían poseer, podemos afirmar que las características definidas como masculinas y femeninas son el resultado de los roles, expectativas y exigencias asignadas a hombres y mujeres respectivamente. Esta distinción asignó un mayor valor social a lo masculino y devaluó lo femenino. Esto es congruente con el planteamiento de Izquierdo (1995): “el nivel retributivo, formativo, de prestigio y/o de poder para las actividades femeninas es inferior al que se le otorga a las actividades masculinas, al margen de que quienes las desarrollan sean hembras o machos” (p. 33). Con esto no estoy diciendo que las actividades féminas

[46] “Desde mediados del siglo XIX, la sociedad industrial imprime a la familia nuevas características. Obliga a los hombres a trabajar durante el día entero fuera del hogar, en fábricas, en la mina, en despachos, etc. Los contactos entre los padres de familia urbanos y sus hijos se ven considerablemente reducidos, y el padre se convierte en un personaje lejano cuyas ocupaciones son a menudo misteriosas para su prole. Esta nueva organización del trabajo engendra, de facto, una radical separación de sexos y roles” (Badinter, 1993: 111)

no tengan relevancia social. Estoy diciendo que para el mundo moderno la debilidad, la fragilidad, la duda, la dependencia, el miedo, así como las labores domésticas, fueron vistas como señales de inferioridad.

La centralidad que se le ha dado a la participación social de los hombres ha sido promovida y conveniente para los intereses modernos. Las mujeres han sido colocadas como respaldos, figuras en segundo plano. Esto se dio porque los pueblos nativos no tuvieron capacidad para defender la relevancia política que tenían las mujeres en el patriarcado dual. Señalo esto para reconocer que para la vida comunal la presencia de las mujeres era fundamental, quizá sagrada: la reproducción, los hijos, la salud, el alimento, lo lúdico, el erotismo, la sanación. La modernidad fracturó la política nativa, desplazó a las mujeres y rompió el tejido comunitario[47]. La política moderna definió que lo sagrado era la jerarquía, la competencia y la ambición.

Como el pensamiento moderno entendía que lo femenino no le ofrecía dividendos lo devaluó, menospreció y lo sancionó en los hombres. Gradualmente se fortaleció la imposición que vinculaba a las mujeres con lo femenino y a los hombres con lo masculino. Esto derivó en que la participación social de las mujeres se vea como irrelevante, prescindible. Un ejemplo de esto es que las formas de

[47] En el mismo orden de ideas Hochschild (2008) afirma: "[c]reo que verdaderamente necesitamos una revolución en una sociedad y en nuestro pensamiento, una revolución que recompense el cuidado de otras personas tanto como el éxito en el mercado, y que consolide una esfera pública exterior al mercado, a la manera de los viejos campos comunales de las aldeas. El propio equilibrio alcanzado entre las fuerzas mercantiles y no mercantiles representa en sí mismo una posición con respecto al cuidado" (p. 21).

cuidado doméstico se ven como improductivas, despolitizadas y que lo emocional se piense como una debilidad.

Mi postura entiende que la relación que estableció la modernidad entre lo masculino y lo femenino es contradictoria. En cierto sentido lo masculino entiende que lo femenino es una posición inferior, débil, incapaz, dependiente, lo somete, prescindible; por otro lado, lo necesita para obtener su jerarquía, para que lo adore y lo atienda. A partir de esta relación contradictoria entre lo femenino y lo masculino, considero que la modernidad, más que misógina, es femeninofóbica. Con esto quiero diferenciar un posible desprecio u odio a las mujeres y un desprecio a lo que se ha definido como femenino, independientemente de que lo realicen hombres o mujeres.

Con este muy breve recorrido busco mostrar el proceso por medio del cual la invasión colonial reconfiguró el sistema sexo/género, lo cual acentuó la desigualdad jerárquica entre hombres y mujeres. Los hombres, en su intento por mejorar sus condiciones de vida, imitaron los comportamientos de los opresores. Es decir adoptaron las características promovidas por el sujeto masculino.

Masculinidad¿es?

Como señala Segato (2016) el sexismo moderno se basa en una estructura binaria, que polariza las posiciones masculinas y femeninas; por lo tanto, la masculinidad y la feminidad moderna son posiciones del mismo discurso. Es por esto que Lamas (2013) afirma que no es posible “[p]ensar lo femenino sin la existencia de lo masculino” (p. 102). Parafraseando a Eduardo Galeano diría que la masculinidad y

la feminidad tienen las espaldas pegadas. Sin la masculinidad no existe la feminidad y viceversa, son interdependientes, no existe una posición sin la otra, cuando aparece uno está el otro. Sólo podemos reconocer una posición masculina si la contrastamos con una femenina.

Ser masculino es no ser y no parecer femenino. De hecho, Kimmel (1997) señala que una de las principales características de la masculinidad es el “repudio a la femineidad” (p. 52). Donde comienza lo femenino está el límite de lo masculino; en contra parte, lo masculino comienza a desvanecerse en la medida en que se acerca a lo femenino. Ser masculino es ser anti-femenino y ser femenino es ser anti-masculino. Entre más nos acerquemos al núcleo de cada posición, más claras serán las diferencias.

En mi intento por definir lo masculino, quiero comentar que, en la bibliografía que he revisado, no he encontrado una sola referencia que defina la masculinidad como sometido, débil, frágil, tierno. La postura de Badinter (1993) afirma que la identidad masculina “se asocia al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse usando la fuerza si es necesario (p. 123). Seidler (1997) define que la masculinidad, en su forma dominante, se identifica con “ser independiente y autosuficiente, con el no tener necesidades, con el no saber lo que siento” (p. 8). Segato (2003) señala que la masculinidad es “la capacidad de dominar y de exhibir prestigio” (p. 145). Garda (2014) señala que “cuando se habla de masculinidad se está haciendo mención a aquellas prácticas dirigidas tanto al control como al poder y que éstas deberían de entenderse en términos machistas, abusivos y violentos” (p. 25). Valencia (2014b), al hablar de la masculinidad hegemónica señala que “está

compuesta por una constelación de valores, creencias, actitudes y conductas que persiguen el poder y autoridad sobre las personas que consideran más débiles" (p. 115).

Mi postura entiende que la posición masculinidad es hegemónica, si la contrastamos con la femenina. Izquierdo (2007) precisa que cuando hablamos de hegemonía debemos mirar "los aspectos culturales e institucionales. Es decir, aquellos aspectos superestructurales que contribuyen a estabilizar el funcionamiento de la estructura social sin necesidad de apelar al ejercicio de la coerción física" (p. 6). El poder o prestigio de la masculinidad no se da por alguna supuesta superioridad física o intelectual de los hombres sobre las mujeres. Hablar de la hegemonía masculina no es hablar del poder de los hombres. La hegemonía se define por aspectos superestructurales, por la legitimidad del discurso eurocéntrico. Es la política moderna y su proyecto de desarrollo lo que ha impuesto roles jerárquicamente distintos a unos y otras.

A partir de la bibliografía revisada, defino que lo masculino es un modelo identitario con mayor disposición a establecer relaciones jerárquicas, un proceder impositivo, dominante, confrontante, ambiciosa, competitiva, eficiente al grado de priorizas las interacciones instrumentales, egoístas, incluso cosificantes, si lo comparamos con lo femenino. Contrario a lo masculino, la identidad femenina "se identifica con el ser poseído, dócil, pasivo, dado a sometimiento" (Badinter, 1993: 123). Otra forma de pensarlo es como "el arte de ser servil […] En general, se trata simplemente de acostumbrarse a comportarse como alguien inferior" (Despentes, 2007: 106). La bibliografía asocia lo femenino con lo: empático, cálido, receptivo,

pasivo, frágil, sometido, tierno, débil, amigable, procura el bien común, desinteresado, dialógico y, como he señalado, estas características no son vistas como virtudes para el proyecto moderno.

Con esto quiero señalar que lo definido como femenino son potencialidades humanas, que sin ser exclusivas de los cuerpos hembras, se les ha impuesto como modelo de comportamiento, exigencias sociales y sentido de vida al que se les presiona para ajustarse. Segato (2003) precisa que el "sujeto identificado con el registro afectivo masculino suele ser un hombre, también es estadísticamente más probable que los significantes de la femineidad estén asociados a la mujer" (p. 23). Es por esto que acostumbramos vincular lo que se entiende como propio de los hombres con lo masculino y lo que se entiende propio de las mujeres con lo femenino.

El hecho de que lo femenino sea visto como algo sin virtud, sin valor ha provocado que los hombres que se "feminizan" se expongan sanciones morales y a experimentar vergüenza (Seidler, 1995: 106). El vínculo entre los cuerpos hembras y lo femenino ha provocado que se piense que estas características son ajenas para los hombres, se les sancione y que sean ellos mismos quienes, en su intento por ajustarse al debe ser masculino, eviten mostrarlas.

Es tanta la legitimidad del sexismo que ha logrado que lo femenino se prohíba en los hombres y les resulte amenazante. Quiero señalar que los hombres, al no permitirnos habitar lo que se ha definido como femenino, estamos renunciando a potencialidades humanas y empobreciendo nuestras experiencias de vida.

Como he querido mostrar en páginas anteriores, la cosmovisión moderna ha otorgado mayor estatus a las características definidas como masculinas, son vistas como virtudes, mientras que a las definidas como femeninas se les ha devaluado y son vistas como defectos. La polarización se da por el protagonismo que estructuralmente se le da a lo masculino y la devaluación de lo femenino. La modernidad ha asignado una hegemonía masculina sobre una figura femenina a la que busca someter. (Sobre esto profundizaré en el tercer capítulo Capítulo III: Dinámica moderna: Masculinización/feminización interactiva y agencia de los hombres)

Masculinidades nativas

La masculinidad es un concepto complejo, ambiguo, difícil de definir; entre otras cosas, por la diversidad de posturas que han tratado de conceptualizarlo. Como he venido señalando, mi postura es que la masculinidad no nace por generación espontánea, no tiene esencia, es una construcción. La masculinidad, y la feminidad, tal como la conocemos, tiene una matriz moderna, son dos polos de una misma construcción.

Europa colonizó otras geografías y exportó su sistema sexo/género. Esto provocó que el sujeto masculino fuera impuesto como modelo identitario y se colocara como el referente idealizado para la humanidad. Esto le permitió reconfigurar el sistema sexo/género y las masculinidades y feminidades locales. La política moderna depositó sus expectativas sobre los cuerpos de unos y otras y logró definir la manera en que hombres y mujeres debían comportarse, la manera en que

participarían socialmente, impuso guiones con los cuales debían vivir. Es evidente que la invasión atropelló los intereses, deseos, necesidades de las personas nativas; no hubo manera de oponerse a la política definida por el modelo hegemónico definido por Europa.

Esto provocó que todas las personas vivieron a la sombra de la idealización del sujeto masculino. Aunque son evidentes diferencias jerárquicas entre hombres y mujeres, ambos fueron despolitizados con la imposición del sujeto masculino. No estuvo dentro del margen de acción de los hombres nativos oponerse o contradecir la política moderna. Con esto quiero insistir que no hubo manera de que las masculinidades locales fueran contrarias a los valores de los invasores. A pesar de las variaciones, todas las formas de masculinidad tuvieron que adoptar los valores modernos, de otra manera hubieran sido erradicadas.

Por eso afirmo que eso que entendemos por masculinidades son variaciones locales, tropicalizaciones, con afinidad política a las características definidas por el sujeto masculino. Las formas de masculinidad locales fueron reconfiguradas, pero tuvieron como modelo base la masculinidad que los invasores impusieron, con la promesa de que eso les haría ser más evolucionados, inteligentes, además obtendrían mayor poder y prestigio[48].

[48] Para subrayar la desigualdad jerárquica basta con pensar en procesos históricos como la invasión colonial, la desindigenización, el blanqueamiento. Machillot (2013) habla de la existencia de distintos proyectos para forjar un mexicano no indio. Su texto describe que se “compraban actas de nacimiento para que los hijos fuesen clasificados como criollos” (p. 224). A finales del siglo XIX el geógrafo Alfonso Luis Velasco afirmó que “las razas aborígenes eran un obstáculo para la civilización”. Durante el porfiriato, la clase política entendía que “las razas de aborígenes eran un obstáculo para la civilización” (p. 224). Hombres del gabinete de Porfirio Díaz calificaron a la población indígena como “raza degenerada” con “nulidad intelectual”. Se construyó un discurso mestizófilo para forjar un mexicano no indio. Pensadores porfirianos señalaban que debían colonizarse “los espíritus y los cuerpos mediante una política que a, mediano plazo, favorezca el

Segato (2021) señala que aún hoy los hombres van a un mundo [moderno] que no pertenecen, sobre el cual no tienen ninguna forma de autoridad o poder. Eso cae y recae sobre una forma de masculinidad deteriorada. Los hombres son débiles frente a ese mundo al que están accediendo todo el tiempo (min. 32:00) . Para mí ha sido indispensable pensar en un mundo global, tratando de entender la manera en que los hombres mexicanos o latinos negocian con otras formas de ser hombres que históricamente tienen más prestigio, poder, autoridad.

Núcleo de la masculinidad

Morin (2008) nos señala que las fronteras son siempre borrosas, por eso que recomienda que los conceptos no se definan "jamás por sus fronteras, sino a partir de su núcleo" (p. 105). A partir de estas afirmaciones, tomando como base los valores modernos y atendiendo lo que he encontrado en la bibliografía, intentaré definir lo que entiendo como el núcleo de la masculinidad moderna y distinguirlo de las características periféricas.

Parrini (2012) describe que la masculinidad es "un sistema performativo, que vincula cuerpo con identidad, que sutura ideología y subjetividad" (p. 2). Esto me

mestizaje de los indígenas con las poblaciones extranjeras, consideradas mejores tanto racional como culturalmente. Se trata, pues, de mejorar la nación y la civilización mexicana" (p. 227). Durante el gobierno de Obregón "[l]os negros, los indígenas y otras personas 'de color' también fueron tratados como indeseables" (p. 228). Esta obsesión por 'mejorar' la raza también fue promovida por el ámbito médico que fundó la Sociedad Eugenésica Mexicana para el Mejoramiento de la Raza, que buscaba "frenar el proceso de degeneración de la raza mexicana por medio del emblanquecimiento y desindianización de la población para alcanzar el progreso social" (p. 229). Estas estrategias de blanqueamiento pretendían modernizar y civilizar un mundo rural que se consideraba retrógrada. Las mujeres indígenas fueron vistas como un "receptáculo para recibir y transmitir las cualidades de los colonos europeos o de los mestizos, en todo caso mejores esposos de los indígenas" (p. 230). Los hombres no indígenas fueron vistos como 'donadores'.

hace sentido porque coincido en que la masculinidad ha suturado los intereses modernos a la identidad de los hombres. La modernidad se ha encarnado en los cuerpos machos, por medio de la masculinidad. El hecho de que las características definidas como masculinas hayan sido promovidas en los hombres confirma su congruencia para el proyecto moderno. Como he señalado, los hombres han sido los principales responsables de reproducir los valores que utilizó Europa para colonizar otros territorios: jerarquía, competencia y ambición.

Mi postura entiende que en el núcleo de la masculinidad se encuentran los valores modernos, los aspectos periféricos son variaciones culturales, que pueden modificarse sin que la política moderna se afecte. Señalo esto porque considero que, en los últimos años, ciertos hombres parecieran haber flexibilizado el modelo masculino, sin embargo, estos cambios no modifican la política moderna. Esto equivale a decir que no contribuyen a la construcción de una sociedad más pacífica y equitativa. Cuando veo que los hombres se visten de rosa, que como sociedad somos más permisivos con prácticas homosexuales, que las mujeres ingresan a espacios laborales, veo cambios periféricos en la masculinidad. Dicho de otra forma, el núcleo de la masculinidad sigue intacto.

Para lograr un cambio significativo se requiere dislocar la dinámica moderna, modificar sus valores. La masculinidad, pensada como modelo de comportamiento, no cambiará con los colores que usemos al vestir, por usar falda o pantalón, si usamos barba o nos depilamos, si somos hombres o mujeres, si nuestro erotismo está orientado a prácticas heterosexuales, homosexuales o bisexuales, si somos pobres o ricos, analfabetas o tenemos posgrados, si vivimos en una ranchería o en

una metrópoli. Podemos tener vulva, vestir de rosa, tener prácticas homosexuales, donde juguemos un rol pasivo, usar las uñas largas y pintárnoslas, usar vestido y tener interacciones jerárquicas, competitivas y ambiciosas; lo cual seguiría promoviendo una dinámica hostil, confrontante, impositiva y cruel. Dicho de otra manera, si no hay un cambio en la política, a nivel micro, no habrá cambios a nivel macro. Mientras la dinámica moderna se replique en nuestros comportamientos, no habrá cambios significativos, aunque nuestra apariencia sea distinta. Modificar los aspectos periféricos de la masculinidad es estéril si lo que se busca es modificar la política.

Quiero decir que lo que hay que cambiar es el núcleo central. Ahí se encuentra lo que resulta políticamente problemático de la masculinidad, lo que provoca que sea hostil, nociva, confrontante. Si no se modifican los valores modernos, la masculinidad seguirá siendo legítima, vigente, funcional y recuperada como modelo idealizado de comportamiento, con el que se educan los cuerpos machos. (Sobre esto profundizaré en Capítulo II: Disciplinamiento identitario, masculinización de cuerpos machos)

2.2 Feminización de las emociones y vulnerabilidad vergonzosa

Mi abordaje teórico de las emociones recupera la sociología de las emociones. Esto implica distanciarme de lo que Hochschild (2008) define como la “perspectiva organicista”, que entiende que hay una “relación entre las emociones y el instinto o impulso biológicamente dado” (p. 132). Esta perspectiva entiende que las emociones son impulsos, reflejos y por tanto no se pueden controlar. Desde esta

postura “manejar una emoción sería tan difícil como manejar un reflejo rotular o un estornudo” (Hochschild, 2008: 132). La crítica que se hace a esta postura es que “los factores sociales no se perciben como una influencia en la supresión o en la evocación activa de las emociones” (Hochschild, 2008: 132).

Bericat (2012) coincide al señalar que “las emociones sentidas por el sujeto nunca deben ser consideradas como simples respuestas mecánicas o fisiológicas a las variaciones producidas en el entorno” (p. 2012: 2). Gutiérrez (2012) apoya esta postura cuando señala que “[l]as emociones no son componentes fisiológicos y universales, sino que incluyen pensamientos y juicios de valor que varían culturalmente” (p. 128). Es por esto que Gutiérrez (2020) insiste en la necesidad de tomar en cuenta el “contexto social en el que estas [las emociones] son expresadas, la dinámica de las interacciones y la relación social que las produce” (p. 128).

Ahmed (2015) afirma que las emociones tampoco pueden “considerarse estados psicológicos” (p. 32). Su postura entiende que “son prácticas culturales y sociales”. Por lo tanto, la sociología de las emociones se distancia de posturas biologicistas y psicologicistas, busca enfocarse en la relevancia cultural, social y política de las emociones.

López (2016) entiende, desde un enfoque antropológico[49], que “las emociones reflejan los valores y las relaciones de poder y lucha de los grupos

[49] López (2016) entiende que el enfoque antropológico, histórico y sociológico de las emociones, comparten un mismo marco interpretativo. Explica que desde la sociología se considera que “las emociones no son acontecimientos excepcionales en la vida social: también forman parte del universo simbólico y son un sustrato de la reflexividad humana y social, por lo que la descripción, explicación y comprensión sociológica, cultural e histórica de la realidad es incompleta, cuando no se reconoce e incorpora a un actor sintiente en los procesos de interacción social y comunicación que corresponden a situaciones sociales específicas” (p. 4).

humanos, porque el significado emocional está fundamentalmente estructurado por determinados sistemas culturales y sociales" (p. 4). Estas posturas pretenden resaltar que "en los procesos de socialización no sólo se adquieran las habilidades, conocimientos, valores o creencias de la persona, sino que se configura su propia estructura afectiva, sus modos de sentir y experimentar la realidad, incluido el modo de experimentarse a sí misma" (Torregrosa, 1984: 187). Le Breton (1998) afirma que las emociones "son emanaciones sociales asociadas a circunstancias morales y a la sensibilidad particular del individuo; no son espontaneas, están ritualmente organizadas, se reconocen en uno mismo y se dan a señalar a los otros, movilizan un vocabulario, discursos. Competen a la comunicación social" (p. 111). Hochschild (2008) señala que las emociones obedecen a convenciones y propone preguntarnos "¿Por qué la experiencia emotiva de los adultos normales es tan ordenada? ¿Por qué la gente suele sentirse alegre en las fiestas, triste en los funerales y feliz en las bodas?" (p. 129). Agrega que "las élites, y sin duda los grupos sociales en general, luchan por afirmar la legitimidad de sus reglas de encuadre y sus reglas del sentimiento" (Hochschild, 2008: 149). Con esto quiero destacar el interés político de promover una configuración emocional específica. En función de la discusión que he propuesto, entiendo que la sociedad moderna requiere que los sujetos introyecten una emocionalidad congruente con su cosmovisión.

Emociones modernas

Elias (1969) detalla lo relevante que fue para la civilización, controlar las pasiones. Señala que "[n]inguna sociedad puede subsistir sin canalizar los impulsos

y las emociones individuales, sin una regulación muy concreta del comportamiento individual" (p. 528). En un sentido parecido Nussbaum (2014) afirma que "todas las concepciones políticas, desde la monarquía o la fascista hasta la liberal libertaria, tienen reservado un lugar para las emociones en la cultura pública como factores estabilizadores de sus principios característicos" (p. 39). Cada cultura promueve un tipo de sensibilidad, congruente con su visión de mundo. Torres afirma que la regulación y la expresión afectiva es un "requisito necesario para el funcionamiento continuado de toda sociedad" (Torregrosa, 1984: 187). Si no se disciplinan nuestras emociones seríamos ingobernables, "salvajes". Por esto es tan importante disciplinarlas.

López (2013) precisa que "el control de la emoción ha sido entendido como un aspecto fundante del proceso civilizatorio, que ha buscado la exaltación de la razón y la regulación de las manifestaciones corporales" (p. 55). Seidler (1997) explica que fue a partir del proyecto moderno que se privilegió la razón sobre la emoción. La razón fue vista como la forma más evolucionada de proceder y se definió que era una propiedad exclusiva de los hombres. Con esto quiero señalar que las emociones de los hombres, al igual que las de las mujeres, fueron configuradas a partir de una funcionalidad política. En congruencia, López (2013) afirma que las emociones fueron atributos de la feminidad, por tanto, fueron "asociadas a la parte biológica menos desarrollada del ser humano" (p. 52). El hecho de que ciertas emociones fueran consideradas como una cualidad instintiva, animal, de menor valor que la razón, provocó que se pensaran como características

exclusivas de las mujeres, a quienes se les veía como evolutivamente inferiores a los hombres.

Para el proyecto moderno, mostrarse emocional es sinónimo de ser irracional, primitivo, salvaje. Los hombres fueron vistos como los abanderados de un proyecto que les exigía ser racionales. Esta forma de entender las emociones provocó que fueran mal vistos los hombres “emocionales”. Esto derivó en que “[l]a masculinidad se empieza a distinguir con el no ser femenino, con el no ser débil, como el no ser frágil, como el no ser emocional y como el no tener necesidades emotivas” (Seidler, 1997: 8). Hombres y mujeres, gradualmente, aprendieron a gestionar sus emociones, en congruencia con las expectativas genéricas del proyecto moderno.

La polarización razón/emoción estableció formas de jerarquizar a los hombres. Si los hombres querían subirse al tren de la modernidad debían aprender a gestionar sus emociones. Los hombres que no se mostraran racionales o se mostraran muy “emocionales” serían vistos como personas de segunda categoría. Esto no implica que las emociones de los hombres fueran canceladas. Mis reflexiones señalan que el binarismo sexista fue recuperado para distinguir las emociones: masculinas y femeninas.

A pesar de que el discurso racionalista señala que las emociones nublan nuestra capacidad de tomar decisiones, hay posturas como la de Bericat (2012) que entienden que en todos los fenómenos sociales, sin excepción alguna, las emociones están presentes desempeñando un papel fundamental (p. 4). El mismo Bericat (2012) describe que las pasiones ocupan el centro de la escena en distintas

realidades colectivas “como en la fiesta, en las competiciones deportivas rituales, en los actos terroristas o en las revoluciones políticas, y también en las relaciones sociales íntimas, como las familiares o de amistad, cargadas de sentimientos duraderos, casi imperceptibles, que dan sabor a cada minúsculo encuentro cotidiano” (p. 4). De hecho, apunta que “[l]os seres humanos sólo podemos experimentar la vida emocionalmente: Siento, luego existo” (Bericat, 2012: 1). Si las emociones están presentes en todas las experiencias humanas los hombres no pueden ser exclusivamente racionales.

En esta misma línea, Le Breton (2012) afirma que el hombre “está conectado con el mundo por una red continua de emociones. Es impactado, afectado por los acontecimientos” (Le Breton, 2012: 67). Estas posturas me sirven para rechazar la idea de que los hombres son más racionales o menos emocionales que las mujeres. La postura de Hochschild (2008) pareciera coincidir en esta postura cuando aclara que “la emoción y los sentimientos también son ingredientes activos de la conducta racional. Explica que una jornada normal en la bolsa de valores mostraría con creces que un día de trabajo bueno y racional también incluye sentimientos tales como la excitación, la ansiedad o el regocijo” (p. 117). Lo que sucede es que “cuando miramos a través del prisma de nuestra cultura racionalista, vemos la emoción como un impedimento para actuar y para percibir el mundo tal como es en realidad” (p. 112). La idea de que las emociones nublan nuestros juicios debe ser cuestionada.

Martínez (2013) entiende que la especialización de los géneros y las respuestas emocionales para hombres y mujeres fueron mutuamente excluyentes,

lo cual requería una sensibilidad diferenciada. Explica que esto tiene que ver con la primera división del trabajo, ya que la asignación de tareas se dio a partir de atributos biológicos. A las mujeres se les impuso que debían ser serviciales, atender las necesidades domésticas de otros miembros de la familia. Esto las sensibilizó para tener una vinculación emocional receptiva. Esto las dotó de una mayor disposición y receptividad para las necesidades de otras personas.

En contraste, Martínez (2013) señala que, los hombres se encargaban del cuidado y protección de amenazas externas y de proveer suministros necesarios para la alimentación. Para cumplir con esta asignación los hombres debían ser fuertes, valientes, temerarios, confrontantes, estratégicos. Esta disposición daría mayores probabilidades al grupo para subsistir. La consecuencia de esto fue que se delineó una emocionalidad más fría, calculadora, distante. Por lo tanto, su rol, además de generar un mayor distanciamiento físico y emocional, dificultó que fueran más receptivos a las necesidades afectivas[50]. Así podemos distinguir que las emociones asignadas a los hombres son más hostiles, confrontantes y las emociones asignadas a las mujeres son más tiernas, empáticas.

El proyecto moderno requería de sujetos ambiciosos, atrevidos, impositivos, valientes. Estas emociones, por ser congruentes con su ambición, fueron convenientes, deseables, por lo tanto, se vieron como características que los hombres debían poseer: se masculinizaron. En contraste, la duda, la indecisión, la

[50] Las emociones llamadas “masculinas” o “femeninas” son potencialidades de hombres y mujeres. Sin embargo, la asignación genérica hace que sea más común que una mujer llore a que lo haga un hombre. En sentido contrario, es más común que un hombre sea distante afectivamente de sus hijos que una mujer.

cobardía, el miedo, el dolor, la tristeza, la ternura, la empatía fueron contrarias a su visión de mundo. Su estrategia para reprimirlas fue devaluarlas, vincularlas con los instintos, como propiedad de las mujeres: feminizarlas.

La feminización de las emociones vinculadas con la fragilidad implicó: a) que los hombres que expresaran estas emociones fueran sancionados moralmente; b) que los hombres evitaran mostrarse frágiles, débiles, tiernos, empáticos, por entender que esas emociones no eran propias de su sexo y por miedo a ser vistos como “poco hombres” y ser sancionados; c) que la fragilidad, la debilidad, el dolor, el cansancio, el hambre, el miedo, la dependencia fueran vistas como características de personas incapaces de afrontar el reto que implicaba el proyecto moderno; dicho de otra manera, la vulnerabilidad fue motivo de vergüenza; d) un proceso de sensibilidad que fue logrando que los hombres adormecieran, reprimieran y ocultaran las emociones feminizadas y avivar las que fueron masculinizadas. De esta manera configuraron la emocionalidad masculina que era conveniente para el proyecto moderno.

De lo que he señalado quiero resaltar dos aspectos: a) la manera en que el sexismo fue recuperado para distinguir las emociones femeninas y las masculinas y b) el hecho de que ciertas emociones fueran feminizadas provocó que los hombres fueran sancionados cuando las expresaran. Los hombres, al entender que las emociones feminizadas les eran impropias, las experimentaban con vergüenza. La feminización de las emociones derivó en que los hombres aprendieran que mostrarse vulnerables era vergonzoso. Esto fue delineando una emocionalidad masculina, con mayor afinidad y disposición para desenvolverse en un mundo

competitivo. No es que los hombres dejaran de ser vulnerables, es que aprendieron a ocultarlo. (sobre este último punto profundizaré en Vulnerabilidad)

Cierre capítulo

La modernidad se ha vendido como un proyecto racional. Europa articuló un discurso con “razones” para imponer su visión de mundo y colonizar poblaciones menos “civilizadas”. Esta racionalidad ha servido como justificación glamorosa para oprimir, jerarquizar, explotar y anular la voluntad de formas de vida “menos racionales”. Maturana (2003) afirma que “si atendemos a los fundamentos emocionales de nuestra cultura, cualquier que esta sea, podremos entender mejor lo que hacemos y lo que no hacemos como miembros de ella” (p. 29). Quiero decir que detrás del proyecto moderno se encuentra la ambición de conquistar el mundo. Sin esta ambición, Europa no hubiera desperdiciado sus recursos para atravesar el planeta.

El sistema sexo/género definido por el proyecto moderno ha tenido un gran impacto, sobre todo en las geografías colonizadas. El sujeto masculino funcionó como modelo humano idealizado, que logró instituirse como verdadero, correcto y natural. Las características deseables para el proyecto moderno fueron promovidas en los hombres nativos, a pesar de las variaciones locales, la legitimidad del pensamiento moderno provoca que las características de la masculinidad moderna sigan vigentes.

El sistema sexo/género también ha polarizado el espectro emocional humano. Las emociones definidas como femeninas han sido devaluadas, por no ser consideradas relevantes para el proyecto moderno. En sentido contrario, las emociones congruentes con el proyecto moderno, tales como la ambición, el atrevimiento, la valentía, la confrontación, fueron masculinizadas y vistas como de mayor valor. Esto provocó que los hombres, en su intención por adherirse a la dinámica moderna, aprendieran a ocultar las emociones definidas como femeninas y a experimentar su vulnerabilidad con vergüenza.

3 Capítulo II:
Disciplinamiento identitario, masculinización de cuerpos machos

¿Qué es lo que exige ser un hombre, un hombre de verdad? Reprimir sus emociones. Acallar su sensibilidad. Avergonzarse de su delicadeza, de su vulnerabilidad. Abandonar la infancia brutal y definitivamente: los hombres-niños no están de moda. Estar angustiado por el tamaño de la polla. Saber hacer gozar sexualmente a una mujer sin que ella sepa o quiera indicarle cómo. No mostrar la debilidad. Amordazar la sensualidad. Vestirse con colores discretos, llevar siempre los mismos zapatos de patán, no jugar con el pelo, no llevar muchas joyas y nada de maquillaje. Tener que dar el primer paso, siempre. No tener ninguna cultura sexual para mejorar sus orgasmos. No saber pedir ayuda. Tener que ser valiente, incluso si no se tienen ganas. Valorar la fuerza sea cual sea su carácter. Mostrar la agresividad. Tener un acceso restringido a la paternidad. Tener éxito socialmente para poder pagarse las mejores mujeres. Tener miedo de su homosexualidad porque un hombre de verdad, no debe ser penetrado. No jugar a las muñecas cuando se es pequeño, contentarse con los coches y las pistolas de plástico aunque sean feas. No cuidar demasiado de su cuerpo. Someterse a la brutalidad de los otros hombres sin quejarse. Saber defenderse incluso si se es tierno. Privarse de su feminidad, del mismo modo que las mujeres se

> privan de su virilidad, no en función de las necesidades de una situación o de un carácter, sino en función de lo que exige el cuerpo colectivo. De tal modo que las mujeres ofrezcan siempre los niños a la guerra y los hombres acepten ir a dejarse matar para salvaguardar los intereses de tres o cuatro cretinos de miras cortas.
>
> **Virgine Despentes (2007: 25)**

En el capítulo anterior, he descrito la manera en que la modernidad articuló un discurso sexista que logró tener un impacto a nivel global. Para esto exportó al sujeto masculino como un modelo hegemónico de comportamiento que se les impuso a los cuerpos machos. Señalé la manera en que el binarismo sexista se recuperó para distinguir las emociones masculinas y femeninas. Comenté sobre el distanciamiento que implica para los hombres la feminización de ciertas emociones y cómo esto provocó que experimentaran su vulnerabilidad como algo vergonzoso.

En este apartado pretendo reflexionar sobre el proceso que viven los cuerpos machos, desde que nacen, para masculinizar sus identidades. Comenzaré por mostrar la relación que existe entre la vigilancia, la norma y las emociones en este proceso. Dicho de otra forma, me enfocarme en la relevancia de la nutrición emocional para la masculinización de los niños.

En un segundo momento, ampliaré lo que he definido como la enajenación de los hombres. Describiré a qué me refiero al afirmar que la masculinidad se

encarna, la obediencia acrítica de los hombres a los mandatos de la masculinidad y la dificultad que implica que los hombres puedan ser críticos de la masculinidad.

Finalmente, recupero la pedagogía de la crueldad, propuesta por Segato, para describir el proceso que insensibiliza, desvincula, emocional y físicamente, de sí mismos y de sus vínculos cercanos, a los niños. Este proceso se consolida cuando los niños introyecten las motivaciones modernas como si fueran propias y orientan sus decisiones buscando alcanzar el éxito moderno.

3.1 El efecto panóptico

Matar a un elefante, escrito en 1936 por George Orwell, describe la experiencia de un oficial de policía, con ascendencia europea, que tuvo que atender un incidente en Birmania. El texto describe que un elefante domesticado se escapó y causó destrozos: derribó una choza de bambú, mató una vaca, saqueó puestos de fruta, destrozó una camioneta y pisó a un hombre, dejándolo desfigurado e incrustado en la tierra. Extrañamente, la comunidad no había mostrado mucho interés por los destrozos, sino hasta que se enteraron que el policía había mandado a pedir su rifle; asumieron que intentaría matarlo.

El policía menciona, en varias ocasiones, que no tenía la intención de dispararle al elefante: “El rifle era para defenderme en caso de que fuera necesario”, “Tan pronto vi al elefante supe con total certeza que no debía disparar contra él”, “el elefante no parecía más peligroso que una vaca”, “de ninguna manera deseaba disparar contra el animal y matarlo. Decidí observarlo un rato para asegurarme de que no se tornaría de nuevo agresivo, y que después me iría a casa”. Sin embargo,

describe es “la única vez en toda mi vida en que he sido tan importante [sic]”, por ver a “todos contentos de excitación ante aquella diversión inminente, todos convencidos de que el elefante iba a morir de un tiro. Me observaban como observarían a un mago a punto de obrar un truco de magia”.

Estas miradas le hicieron caer en cuenta de que “aquella gente esperaba que lo hiciera [matarlo]; *tenía, por tanto, que hacerlo*. Notaba *la presión de sus dos mil voluntades empujándome de un modo irresistible*. Y fue en ese momento, allí de pie con el rifle en las manos, cuando por vez primera *capté la vacuidad, la futilidad del dominio* del hombre blanco en Oriente. Allí estaba yo, el hombre blanco, de pie, al frente de un ejército de nativos inermes, *cual si fuera el actor principal de la pieza, cuando en realidad no era más que una absurda marioneta manejada por la voluntad de aquellos rostros* aceitunados que tenía a mis espaldas. Comprendí entonces que *cuando el hombre blanco se vuelve un tirano, es su propia libertad lo que destruye*. *Se convierte en una especie de muñeco sin vida, hueco, mera pose, la figura convencional del sahib*[51]. Y es que es condición de su mando *dedicar su vida a impresionar por todos* los medios a los ‘nativos’, de modo que en cada crisis *ha de hacer lo que los ‘nativos’ esperan de él*. Lleva puesta una máscara a la cual se amoldan sus facciones. *Tenía que matar al elefante*. […] Un sahib tiene que actuar como un sahib, como si tuviera total resolución, *como si no le cupiera duda, como si todo lo viese clarísimo*. Haber ido hasta allí rifle en mano, con dos mil personas pegadas a mis talones, y ceder entonces a la flaqueza de *marcharme sin*

[51] “Don”, señor respetable.

hacer nada era sencillamente imposible. El gentío se reiría de mí a la cara […] Sin embargo, yo no quería matar al elefante. […] disparar contra él sería un asesinato."

A pesar de que acercarse al elefante representaba un riesgo, el policía menciona haber sentido un miedo distinto al que sentiría si hubiera estado solo. Sabía que frente a los nativos un hombre, blanco, *no debe dar muestras de miedo*. El miedo estaba pero *no era por el riesgo de ser atacado*. "Mi único pensamiento era que, si algo se torciera, aquellos dos mil birmanos me iban a ver perseguido, atrapado, pisoteado y reducido a la condición de un cadáver con la mueca torcida, igual que el indio de la colina. Y si tal sucediera, *era muy probable que más de uno se echara a reír. Y eso sí que no*".

Cuando llegó el momento en que se disponía a disparar la multitud se quedó muy quieta, "como el de los espectadores que por fin ven levantarse el telón en el teatro". Al disparar el gatillo, "un cambio misterioso, espantoso, había sobrevenido al elefante. No se movió, ni cayó al suelo, pero cada una de las líneas de su cuerpo se había alterado. Parecía de súbito golpeado, encogido, inmensamente avejentado, como si el terrible impacto de la bala lo hubiera paralizado sin abatirlo". Después de cinco largos segundos el elefante se hincó sobre sus rodillas. "Se le abrió la boca babeante. Una senilidad enorme parecía haberse adueñado de él. Cualquiera habría dicho que pasaba de los mil años de edad". El policía hizo un segundo disparo, que provocó que el elefante se levantara "con desesperada lentitud". El elefante aguantó en pie, con las patas combadas y la cabeza gacha. El tercer disparo provocó una agonía y sacudió todo el cuerpo, le arrebató la fuerza en

las piernas, lo derrumbó. Mientras el elefante caía irguió la trompa hacia el cielo y barritó por primera y única vez.

"Era evidente que el elefante no volvería a levantarse, pero no estaba muerto", "su respiración no se debilitaba". El policía descargó los últimos dos cartuchos buscando darle en el corazón. La sangre espesa brotó, pero no murió. "Se estaba muriendo muy despacio, con una grandísima agonía". Era "terrible ver al gran animal allí tendido, incapaz de morir e incapaz de moverse, y no ser siquiera capaz de ahorrarle el sufrimiento". Pidió un segundo rifle y descargó "un disparo tras otro en el corazón, en el cuello". "Al final, no pude resistir más y me fui. Más adelante supe que había tardado otra media hora en morir".

El relato del policía deja ver que, a pesar de que nunca quiso matar al elefante, y de que el dueño del elefante estaba furioso, se sentía tranquilo porque había "hecho lo correcto". Para finalizar, el policía se pregunta si alguien se dio cuenta de que el verdadero motivo por el que mató el elefante fue "*para no quedar como un idiota*."

Matar a un elefante me permite señalar algunos aspectos que discutiré en este capítulo. Lo primero que quiero resaltar es la influencia que tiene sobre nuestros actos la mirada de otras personas. En diferentes momentos se señala la presión que sintió el policía al ser observado por miles de personas que lo miraban como "a un mago a punto de obrar un truco de magia", "Toda aquella gente esperaba que lo hiciera; *tenía, por tanto, que hacerlo*. Notaba *la presión de sus dos mil voluntades empujándome de un modo irresistible"*. La descripción nos hace

reflexionar sobre lo difícil que es oponerse al mandato social. El policía entiende que marcharse "*sin hacer nada era sencillamente imposible".*

Para los intereses de mi exposición quiero resaltar que la presión social y las expectativas de las personas se convierten en mandatos que llegan a anular nuestra voluntad, haciendo que actuemos en contra de nuestros intereses y de nuestra integridad. El policía describe que esta presión nos convierte en "marionetas manejadas por la voluntad de aquellos rostros", en "muñecos sin vida, huecos, mera pose", que "han de hacer lo que se espera de él".

Detrás de la presión social que ejercen las miradas ajenas, no se encuentra el riesgo de morir. A pesar de que nos expongamos a riesgos, de que actuemos en contra de nuestra voluntad, si hacemos lo que se espera de nosotros, si hacemos lo correcto, podemos encontrar algo de tranquilidad. Lo que resulta insoportable es que se rían de nosotros, "*quedar como un idiota*", "eso sí que no".

3.2 Masculinización identitaria

Llevo más de 40 años viviendo como hombre y aun así me representa mucha dificultad definir qué es ser hombre. Crecí con la idea de que quien tuviera pene era hombre; era fácil. Después de conocer experiencias de personas intersexuales y transexuales he aprendido que la genitalidad es un criterio muy ambiguo para definir quién es y quién no es hombre.

Ser hombre "no es una esencia de algo, ni un significante con significado transparente, sino una manera de entender algo, de construir la realidad, una serie de significados atribuidos y definidos socialmente en el marco de una red de

significaciones y con implicaciones de poder (Núñez, 2004: 27). Vendrell (2002) agrega que 'hombre' es un título que se otorga sólo a una parte de los machos. Por eso encontramos hombres sin pene y con el cromosoma 'Y', que no son "alcanzan la categoría de 'hombres'[52], misma que requiere del reconocimiento social por medio de la demostración de diversas aptitudes y la superación de pruebas" (p. 133). Ser hombre no es algo que pueda definirse desde lo biológico. "[L]ejos de ser un resultado testosterónico o la manifestación de una esencia, es el producto de una construcción histórico-social que se hace carne y alma (Bonino, 1996: 3-4). Un hombre requiere de un "amplio proceso de elaboración cultural" (Fuller, 2018: 28). Ahora sé que no existe la esencia hombre, ser hombre no es un tema biológico, se requiere de una persona que cumpla con las expectativas definidas por una cultura.

En este mismo sentido Vendrell (2004) señala que la idea de 'hombre' es fundamentalmente una construcción social (p. 56). Es por esto que Izquierdo (2013) afirma que no tiene mucho sentido contraponer el sexo al género. "[N]o sólo el género es una construcción, sino que en realidad, todo es género, dado que el propio sexo es construido" (p. 8). Por eso recomienda "tomar el sexo como la significación física del género, porque el sexo no precede al género sino que es su resultado. El sexo es significativo a causa del género y se ve afectado por el mismo" (p. 5). Para cada sexo hay un género, sólo analíticamente podemos separar el sexo del género.

[52] También sé que hay personas que no caben en las categorías "hombre" o "mujer". Sin embargo, mi trabajo critica la normatividad sexista que define que sólo existen hombres y mujeres. Por lo tanto, me enfocaré en este binarismo.

Ser hombre requiere de una validación social. Por lo tanto, no existen los hombres desligados de la cultura. Cada cultura define los criterios para ser hombre. Lo que significa ser hombre cambia de una cultura a otra (Núñez, 2007: 109). Por lo tanto, existe tantas formas de ser hombres como culturas. No son las mismas características las que definen a los hombres de las cavernas, que las de los hombres modernos. Lo que nos hace hombres es "someternos a las reglamentaciones de género" (Izquierdo, 2003: 144).

Mi postura entiende que la construcción de hombres y mujeres requiere de un proceso de socialización que se consolida cuando los cuerpos machos y hembras introyectan la normativa que les indica cómo deben comportarse[54]. Para las culturas que han adoptado el sistema sexo/género moderno, ser hombre implica ser masculino. Por este motivo, a partir de ahora, cuando hable de hombre me estaré refiriendo a la construcción moderna de hombre(s). Es decir, a cuerpos machos, a los que se les impuso la masculinidad como modelo de comportamiento. Lo que busco señalar es que el protagonismo del discurso moderno ha logrado, por medio de la "programación de género" (Preciado, 2008), producir "hombres y mujeres de laboratorio" (Preciado, 2008: 103). Para el discurso moderno ha sido indispensable imponer un sistema sexo/género congruente con su proyecto político.

En las sociedades modernas no es posible identificar un rito de iniciación que masculinice a los niños y los convierta en hombres. Si partimos del hecho de que los hombres se hacen hombres cuando se ajustan a los criterios definidos por una

[54] No profundizo en la manera en que son socializadas las personas intersexuales porque estoy tomando como base la vigencia de un binarismo normativo.

cultura dada, podemos entender que se requiere de un proceso que posibilite que introyecten dichos criterios. Izquierdo (1995) entiende que el género comienza a gestarse

> en el deseo de les progenitores y en el valor social que se les atribuya a les personas pertenecientes a uno u otro sexo, y se continuará gestando a partir del nacimiento, cuando una vez identificade le criatura como perteneciente a uno u otro sexo, se le otorgue lo que le pertenece socialmente: el género (p. 36).

Cuando son reconocidos los genitales que hacen un cuerpo macho "la sociedad trata de hacer de él lo que esta entiende por varón. Se trata de fomentarle unos comportamientos, de reprimirle otros y de transmitirle ciertas convicciones sobre lo que significa ser varón" (Marqués, 1997: 17). El mismo Marqués (1997) apunta que "[e]l proceso de socialización consiste en fomentar ciertas posibilidades del individuo varón y amputar o reprimir otras" (p. 20). La educación familiar, los grupos de pares, los medios de información, la escuela emite discursos sexistas que indican desde que nacemos cómo debemos comportarnos, hasta masculinizarnos. Esta educación es silenciosa, casi imperceptible, se naturaliza.

Si bien es cierto que la masculinización comienza con el ritual de parto, continúa

> el resto de la vida de manera casi imperceptible se repite el ritual: cada persona reconoce a otra a través de la mirada de su cuerpo, de la escucha de su voz y constata que es una mujer o un hombre. Además lo certifica en

> las acciones, los comportamientos, las actitudes, las maneras de actuar y de relacionarse, y por el conjunto de cosas que esa persona puede o no hacer, decir, pensar. Es decir, por los límites impuestos a su ser-en-el-mundo por esa construcción que es el género (Lagarde, 1996: 12).

Aunque el momento donde se funda el género es cuando se tiene constancia de la genitalidad de los niños, el proceso de masculinización es dinámico, nunca termina. Se hace presente en cada interacción, valida o sanciona los comportamientos de los niños, a partir de que se ajusten a las exigencias masculinas o no. Lo podemos reconocer en el color con que visten a los niños, la manera en que los nombran, los juguetes que le compran, los comportamientos que les celebran, la manera en que se le trata. La mayoría de los tratos que recibimos están generizados. Otro ejemplo es cuando se asigna un nombre “de hombre”, se deposita sobre nosotros expectativas, se nos regalan juguetes generizados, se nos involucra en juegos o actividades que están profundamente condicionados por la asignación genérica. La educación formal institucionaliza, en congruencia con el sexismo: filas, baños, peinados, colores, juegos, expectativas, tipos de cuidados, conductas, permios y sanciones diferenciados por sexo/género. Pocas son las actividades que no están influidas por el sexismo. El aprendizaje de género es cotidiano y sutil.

La masculinización identitaria va orientando a los niños a que aprendan hacer lo que “les toca”. No se pregunta si quieren ajustarse a estos comportamientos. Mardones y Navarro (2017) señalan que a los hombres les ha tocado

> por educación, cultura o costumbre el rol de ser los fuertes, los proveedores, los insensibles, y durante mucho tiempo ha sido así; estas son construcciones que se constituyen en mandatos de género, que son creencias construidas y reproducidas culturalmente. Los roles enérgicos de género, los estereotipos y las normas sociales los han encajado en un armazón de dureza, de insensibilidad, sin que nadie se haya preocupado por saber si es lo adecuado o si a los hombres se les ha preguntado si son felices con su rol (p. 57).

Es común que los padres se sientan orgullosos y presuman a sus hijos cuando exhiben características definidas como masculinas. Rara vez escucharemos que los padres celebren que sus hijos disfruten de jugar con muñecas, que jueguen a la comidita, que usen vestidos o que lloren con libertad para expresar sus malestares. De hecho, señala hooks (2021), para “el padre patriarcal los hijos solo pueden ser considerados como reclutas en formación, por lo que deben estar para endurecerlos, para prepararlos para mantener el legado patriarcal (p. 56). Es mucho más común que los padres presuman a sus hijos cuando obtienen premios, son dominantes, triunfan en alguna competencia. La empatía, la amabilidad, la ingenuidad de los niños puede parecer gracioso, pero es algo que se espera que dejen de hacer cuando “sean hombres”.

Quiero reflexionar sobre la diferencia entre los juegos “masculinos” y los “femeninos”. Hasta el día de hoy, es común que por asignación sexista se asuma que las niñas deben jugar con muñecas, jugar a la comidita, a la maestra. Identifico que estos juegos promueven tratos cálidos, tiernos, empáticos y, por lo tanto, no están centrados en competir. En cambio, los juegos “de niños” son competitivos,

buscan ganar, requieren de una mayor fuerza física. Entiendo que esta distinción no es accidental. Lo que me parece más relevante de esta distinción es que por medio de los juegos se van perfilando nuestros gustos, habilidades, preferencias y emociones. Los juegos sirven para entrenar a los niños y niñas con valores congruentes con la asignación sexista, al replicar las conductas deseables para mujeres y hombres.

En los juegos de 'niños' se adquieren una serie de aprendizajes que buscan que sus conductas se asemejen a las que se entienden propias de los hombres. A través de los juegos los niños desarrollan su fuerza, velocidad, estrategia, lucha, resistencia y una emocionalidad competitiva. Al hablar de los juegos de "niños", no hablo solamente de juegos formales. También hay interacciones cotidianas entre los niños que, con tintes amistosos, promueven comportamientos crueles. Me refiero a saludos en donde se golpean los brazos, en donde se hablan con groserías, el típico sape, 'calzón chino', 'saca cacas', golpearse los genitales o las nalgas, pellizcarse los pezones, alburearse, esconderse la mochila, mentarse la madre, ponerse apodos ofensivos, bajarse el short para exhibir la ropa interior o los genitales, burlarse de otros, avergonzarse. Estos "juegos" de niños evidencian una frontera invisible entre lo lúdico y violencia.

Huerta (2002), al estudiar los deportes, entiende que los cuerpos no pueden ser vistos como simples productos biológicos, ya que cada sociedad deposita sobre ellos "grandes esfuerzos para convertirlos en cuerpos eficaces para sus objetivos" (p. 50). Por medio de lo que define como la existencia "deportivización de la sociedad", se "expresa el grado de desarrollo y nivel competitivo de una sociedad;

la capacidad económica, política y social del estado y sus instituciones para organizar y participar en eventos deportivos, tanto a nivel local, nacional como global; el interés de los gobiernos estatales y municipales en la promoción y difusión deportiva" (Huerta, 2002: 49). Agrega que el deporte "ha contribuido a la actualización de las mentalidades guerreras masculinas, cuya combinación de la preparación y capacitación física e intelectual deportivas, exaltan los valores nacionales patriarcales de aquellos hombres dispuestos a defender su derecho, su patria y su honor en los campos de batalla" (Huerta, 2002: 50).

El planteamiento de Huerta me permite reflexionar que, así como hay juegos masculinizados y feminizados, también en los deportes hay distinciones sexistas. Los deportes masculinos podrían ser el futbol soccer, americano, lucha libre, box, etc[55], son mucho más promovidos y practicados por hombres que por mujeres. En contraste hay deportes que han sido feminizados, vistos como propios de las mujeres: danza, nado sincronizado, gimnasia, porristas. Aunque todos los deportes son competitivos, la principal diferencia es que los masculinizados se caracterizan por una mayor confrontación y los feminizados son deportes de apreciación.

Los deportes masculinos, igual que los juegos, funcionan como escenarios de socialización en el que los niños aprenden a vincularse con su cuerpo, a competir como forma de socialización, a imponerse a no darse por vencido, a manejar la frustración, es decir, a gestionar sus emociones; a confrontarse, a ver a otros como rivales. También en los deportes los niños orientan sus gustos, los modos en que

[55] Al decir esto no niego que, gradualmente, las mujeres se han insertado en estos deportes. Sin embargo, su participación está lejos de ser equitativa.

conducen sus cuerpos, los tipos de contactos físicos que son legítimos, su hambre por ganar, la vergüenza por perder, a reprimir el dolor, gestionar sus miedos y a ser resilientes ante la adversidad. Es a partir de los juegos y el deporte que muchos niños introyectan lo que Segato (2016) ha definido como pedagogía de la crueldad.

Los juegos y los deportes son sólo ejemplos de la socialización que va masculinizando a los niños. Son parte de un entrenamiento institucionalizado que logra que los niños introyecten la normativa sexista. Aunque ahora me he enfocado en el proceso de masculinización identitaria, quiero insistir que esta socialización será evaluada durante toda su vida de los hombres. (sobre la masculinización interactiva profundizaré en el siguiente Capítulo III: Dinámica moderna: Masculinización/feminización interactiva y agencia de los hombres)

Garda (1998) señala que “la eficiencia, la productividad, la técnica y la racionalidad de las instituciones son asumidas como propias en los hombres, y se traducen en formas individuales de actuar: hombres eficientes, productivos, disciplinados, con ‘voluntad de acero’, y en y para el trabajo” (p. 193). Coincido en el apunte de Garda, agregaría que para que los hombres asuman estas características se requiere de un proceso de masculinización. Esta masculinización posibilita que los hombres sean funcionales a la política hegemónica.

Para ser hombre se requiere un niño varón, de una identidad genérica normativa que permita evaluar sus comportamientos y de un proceso de masculinización que permita que los niños introyecten qué características le son “propias”. La masculinización de los niños se consolida cuando se identifican con

los aspectos culturales definidos como masculinos, asumen que debe comportarse, parecer, pensar, sentir, hablar, caminar, hacer todo como lo “hacen los hombres”, es decir, buscan, proactivamente, vincularse con las actividades masculinizadas y ajustarse a los mandatos de la masculinidad. (sobre esto profundizaré en este mismo capítulo en el apartado Hombres enajenados)

3.3 Nutrición emocional y masculinización identitaria

La maestra me dio un beso a la salida porque hice los palitos parejitos y me puso un garabato colorado que parece que les gusta a mis papitos

Xavier López “Chabelo”

1. Emociones de los hombres

Ramírez (2020) nos aclara que, hasta el día de hoy, “[e]n la vida cotidiana, las emociones, en general, se asocian a la feminidad” (p. 27). El mayor riesgo de esta asociación es pensar que sólo en “lo femenino” hay emociones. Son comunes las expresiones que respaldan esta relación, como cuando se afirma que alguien es emocional por mostrar ternura, inseguridad, indecisión, se conmueve, se dice que “tiene corazón de pollo”, “que es muy emocional” y se asume que esto representa una dificultad para tomar decisiones. En sentido contrario, se dice que quien pelea, confronta, violenta o se impone “no tiene emociones”, “no tiene corazón”. Esto hace suponer que la empatía es muy emocional y que la crueldad es la ausencia de

emoción. Esta manera de entender lo emocional invisibiliza las emociones que hay detrás de la violencia, de la crueldad, de la confrontación, de la revancha.

Cuando escucho que los hombres no tienen emociones, pienso: ¿qué estamos entendiendo por emociones? ¿de qué emociones se habla? Si afirmamos que todas las experiencias humanas están cargadas de emociones, considero más preciso distinguir entre la emocionalidad fría y confrontante que configuran los hombres, y una emocionalidad más tierna y empática promovida en las mujeres. Esta distinción me ha permitido visibilizar que detrás de los comportamientos de los hombres hay emociones, que los mueven, los motivan, incluso cuando son violentos o crueles.

Las emociones son potencialidades humanas no se pueden quitar, se pueden disciplinar. Por lo tanto, sería más exacto hablar de una sensibilidad disciplinada que de una insensibilidad o una falta de sensibilidad de los hombres. Ahmed (2015) comparte esta postura al señalar que “[l]a dureza no es la ausencia de emoción, sino una orientación emocional diferente hacia los otros” (p. 24). Llegado a este punto podemos afirmar que es falso que los hombres no tengan emociones, es imposible no tenerlas. Todos los hombres son emocionales. No hay hombres sin emociones. El hombre racional es un mito moderno.

Seidler (1997) coincide en que los hombres no son menos emotivos que las mujeres, sólo que la estructura de su vida emotiva, está condicionada por los géneros. Basta con ver un partido de futbol o cualquier competencia, película, cuento, mito, una discusión de pareja, para resaltar la infinidad de emociones de los hombres. Cuando he visto hombres peleando, confrontando, luchando, discutiendo,

reclamando y observo muchas emociones: enojo, ira, miedo, ambición. En este mismo sentido Ramírez (2014) afirma que “más que analfabetismo emocional, los hombres aprenden a expresar ciertas emociones y/o a transmutar otras como la ternura, el miedo y la inseguridad por aquellas que son culturalmente aceptadas entre los hombres, como la ira, el enojo, el mal genio” (p. 106).

Le Breton (1998) entiende que las emociones “[n]o son una emanación singular del individuo sino la consecuencia íntima, en primera persona, de un aprendizaje social y una identificación con los otros que nutren su sociabilidad y le señalan lo que debe sentir y de qué manera, en esas condiciones precisas” (p. 109). Para poder analizar las experiencias de los hombres no podemos obviar las emociones ya que estas determinan “la manera en que perciben el mundo” (Gutiérrez, 2020: 124).

Los hombres aprenden a adormecer, ocultar ciertas emociones para evitar ser sancionados y aprenden a pensarse a sí mismos como racionales. (Ver sección La crueldad es pedagógica). Los hombres viven a partir de una emocionalidad selectiva. Esta sensibilidad no promueve la empatía, el diálogo, ni la ternura; está más ligada con la competencia o la rivalidad. Esto subraya las formas de sentir asignadas por género, que legitiman ciertas emociones y censurando otras. Esto es muy relevante porque, el proceso de masculinización también implica introyectar las convenciones que indican cómo sienten los hombres: a qué, y cuándo son sensibles y cómo reaccionar.

Si recuperamos la relevancia que le da Maturana (1988) a las emociones para entender nuestros actos, podemos afirmar que el disciplinamiento emocional

de los hombres condiciona la manera en que los sujetos se vinculan y reaccionan frente a hechos específicos. (Sobre esto profundizaré más adelante, ver La crueldad es pedagógica). Ya que, como he afirmado, los hombres configuran una emocionalidad diferenciada, considero conveniente discutir qué emociones hay detrás de los comportamientos de los hombres, de su hambre de triunfo, su obsesión por ganar, su consumismo, sus intentos por controlar las vidas de sus parejas, sus conductas temerarias, su consumo de alcohol, sus silencios, su apetito sexual, entre otras.

La masculinización identitaria requiere de una masculinización emocional, que disciplina qué tipo de emociones pueden o no ser experimentadas por los hombres. Quizá el ejemplo más claro sea el proceso por medio del cual los hombres aprenden que no deben llorar. Para que introyecten que no deben llorar se les sanciona, avergüenza, ridiculiza, violenta, hasta se les excluye cuando lo hacen. Es tan fuerte el disciplinamiento que la mayoría de los hombres aprende a reprimir las lágrimas, hasta lograr que ningún dolor, malestar o sufrimiento justifique este gesto. En este mismo sentido Torregrosa (1984) explica que:

> La sensibilidad el sentir, el afecto, no es algo que las sociedades dejan a la libre espontaneidad individual; ni tampoco, simplemente, lo reprimen, Establecen ideales, normas y valores que canalizan su expresión, y definen para la persona el qué, cómo y cuándo, así como el significado de su experiencia, no sólo de su conducta. Delimitan situaciones en que ciertas emociones deben, o pueden, sentirse; organizan acontecimientos complejos y masivos para producirlos y, probablemente, 'manejarlos'; estructuran

> temporalmente su expresión, reforzándolos y reproduciéndolos; y también las ritualizan, patentizando de ese modo la existencia y mantenimiento de la estructura social misma (p. 187)

Desde esta postura, y considerando que niños y niñas son socializados de manera diferenciada, también podemos afirmar que los hombres masculinizan su emocionalidad. Esto implica un adormecimiento de las emociones tiernas y una mayor sensibilidad a las confrontantes, lo cual influye en la manera en que perciben, y se vinculan con el mundo.

La vigilancia sexista

Foucault (2008) afirma que vivimos en una sociedad “atravesada y penetrada por mecanismos disciplinarios” (p. 212). Esta disciplina es aprendida desde que somos niños. A partir de algunos mitos se nos hace saber que viviremos en una constante vigilancia. Ejemplos de esto son los mitos de Santa Claus o los Reyes magos que siempre nos están viendo para ver si nos portamos “bien”. Aprendemos que siempre somos vigilados, que es imposible escondernos de otras miradas.

También de niños, nos dicen que hay personajes que nos vigilan y sancionan si nos portamos “mal”. Nos amenazan con que “nos va a llevar el Coco” o que vendrán los muertos a “jalarnos las patas”. La religión también recurre a la vigilancia para tratar de orientar nuestros comportamientos. Se nos dice que “Dios todo lo ve” y si nos portamos ‘mal’ “nos va a castigar” o “no nos va a querer”. Estas narrativas son ejemplos de la vigilancia a la que, de manera constante, estamos expuestos.

La vigilancia también nos enseña que si nos portamos ‘bien’, es porque “somos buenos”, entonces la vida nos recompensará, recibiremos premios, regalos y si seguimos ese camino seremos felices. En sentido contrario, si nos portamos ‘mal’, seremos ‘malos’, nuestros padres se enojarán, nos dejarán de querer, nos irá mal, Dios nos castigará y sufriremos mucho. Por ahora, dejemos de lado qué es portarse bien o mal, comencemos por enfocarnos en el proceso de disciplinamiento.

Foucault (2008), en su libro Vigilar y Castigar, utiliza el panóptico, como metáfora arquitectónica, para señalar que vivimos en la sociedad “de la ‘mirada’ omnipresente” (White y Epston, 1993: 40), diseñada para “verlo todo”; −‘*pan*’ refiere a todo y ‘*óptico*’ a la posibilidad de observar−. El panóptico es una estructura disciplinaria perfecta ya que permite con “una sola mirada verlo todo permanentemente” (Foucault, 2008: 178). Gracias a esta metáfora Foucault (2008) explica que vivimos una nueva "anatomía política" cuyo objeto y fin son las “relaciones de disciplina” (p. 212).

La arquitectura panóptica, utilizada principalmente en cárceles, hospitales, escuelas y fábricas, se caracteriza por ubicar una torre al centro de la estructura. Alrededor se encuentran habitaciones que pueden ser observadas desde la torre en cualquier momento. En el panóptico la vigilancia es muy efectiva y económica ya que hacen “falta relativamente pocos guardias para su funcionamiento” (White y Epston, 1993: 81).

Por la manera en que se iluminan los espacios la persona vigilada no sabe en qué momento se le observa. “Lo esencial es que se sepa vigilado […] no tiene necesidad de serlo efectivamente” (Foucault, 2008: 205). Si consideramos que la vigilancia logra “modificar el comportamiento, encauzar o reducar la conducta de los individuos” (Foucault, 2008: 207), “el sometimiento completo y eficiente de las personas” (White y Epston, 1993: 82), podemos afirmar que “[e]l hecho de ser visto sin cesar, de poder ser visto constantemente, es lo que mantiene en su sometimiento al individuo disciplinario” (Foucault, 1979: 114). El simple riesgo de ser vigilados provoca que las personas se comporten “como si estuvieran siendo observadas en todo momento” (White y Epston, 1993: 81).

Foucault (2008) describe que en el trascurso de los siglos XVII y XVIII se ha dado una progresiva extensión de los dispositivos de disciplina. Estos dispositivos posibilitan “una distribución infinitesimal de las relaciones de poder” (p. 219). La integración de estos dispositivos se logra con el Estado moderno, que también

puede ser entendido como una “forma de poder pastoral” (Foucault, 1988: 10). Foucault (2019) distingue el poder negativo que castiga y el poder positivo para explicar que es más eficaz y rentable vigilar que castigar (p. 147). El poder positivo busca conducir, gobernar, es “una forma de actuar sobre un sujeto orientando su capacidad de actuación” (Foucault, 1988: 15-16).

Los dispositivos disciplinantes buscan ejercen poder sobre el cuerpo, una coerción débil que “alcanza la textura misma de los individuos, afecta su cuerpo, se incorpora a sus gestos, sus actitudes, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana” (Foucault, 2019: 147). Gracias a esta coerción, el disciplinamiento orienta las acciones, afina la motricidad, agudiza los sentidos, configura nuestras emociones, nuestra sensibilidad, define nuestras prioridades. La disciplina funciona como una “ortopedia moral” (Foucault, 2008: 17-18), busca “enderezar conductas” (Foucault, 2008: 175), “fabricar individuos útiles” (Foucault, 2008: 214). Se trata de delinear un “sujeto obediente, el individuo sometido a hábitos, a reglas, a órdenes, a una autoridad que se ejerce continuamente en torno suyo y sobre él” (Foucault, 2008: 134).

Para que la sociedad disciplinaria funcione requiere de una vigilancia permanente, un intercambio constante y recíproco de miradas. Le Breton (1998) explica que “[l]a mirada de un actor posada en otro es siempre una experiencia afectiva. No carece de incidencia física: la respiración se acelera, el corazón late más de prisa, la presión arterial se eleva, la tensión psicológica crece” (p. 195). La mirada expone la intimidad del rostro, provoca una toma del poder simbólica “sin

que el actor pueda defenderse de ella" (Le Breton, 1998: 195). No hay manera de protegernos de las miradas ajenas.

El segundo elemento que deseo destacar de la estructura panóptica es el juicio normalizador (Foucault, 2008). El juicio normalizador es una "descripción pormenorizada de la conducta que deben seguir [las personas]" (White y Epston, 1993: 82). Un criterio que precisa lo que se ha de vigilar, lo correcto, lo sano, lo bueno, lo conveniente, lo deseable, lo recomendable; o lo negativo, lo incorrecto, lo malo, lo perverso, lo enfermo, lo indeseable. Cuando se instituye la norma funciona como una frontera que, colocada de manera arbitraria por el poder, polariza las posiciones de los sujetos; de un lado los correctos, del otro los incorrectos.

La norma provoca que la mirada deje de ser neutra, la hace parcial. Le da los criterios para interpretar lo que ve y evaluar los comportamientos. En función de que cumplamos con la normativa la mirada se vuelve cálida u hostil, premia o sanciona. Sin la existencia de la norma la mirada no sabría qué observar, cómo reaccionar. La mirada nos afecta porque hay una norma que des-obedecemos.

Las miradas ajenas, al introyectar los criterios de la norma, hacen posible que se premie lo correcto y se sancione lo incorrecto. Cada par de ojos tiene la posibilidad de vigilarnos: padres, hermanos, vecinos, policías, parejas, compañero de trabajo, profesores, médicos, basureros, panaderos, peluqueros, etc. La norma, al definir los criterios a vigilar, permite que cualquier persona puede evaluar a otras. Vivimos en una vigilancia de espejos infinitos. Somos vigilantes vigilados.

Para aterrizar qué entendemos por normativa, podemos pensar en los códigos culturales que introyectamos en nuestro proceso de socialización: no comer con las manos, sentarnos “bien”, taparnos la boca cuando estornudamos, saludar al llegar y despedirnos al irnos, etc. Todos los niños introyectan estos códigos, ya que “[c]ualesquiera sean sus orígenes, el lugar y el tiempo de su nacimiento, un niño esta naturalmente dispuesto a interiorizar y reproducir según su propia personalidad los rasgos particulares de la cultura de cualquier sociedad humana” (Le Breton, 1998: 152). Esta interiorización le permite afirmar a Segato (2003) que la cultura es “un conjunto de chips que nos programan” (p. 143). White (2011) coincide y agrega que el uso de las tecnologías impulsa “a la gente a moldear sus vidas y a fabricar sus propias identidades según normas construidas al hilo de la historia de las disciplinas ‘modernas’” (p. 70). Con esto quiero señalar que, desde que nacemos, la cultura hace lo posible para inyectarnos sus códigos, los aprehendamos y reproduzcamos.

La disciplina recupera los valores hegemónicos y busca que sean obedecidos sin cuestionamientos. Por esto White (2015) afirma que el juicio normalizador es la actividad central en las formas modernas en que opera el poder. La norma define discursos que, al adquirir el estatus de verdad, se instituyen como referentes que orientan las conductas de las personas. Tanto que las personas hacen lo posible por conducirse en congruencia con esa verdad.

Los patrones de conducta son “pautas culturales transmitidas mediante procesos de socialización-enculturación” (Vendrell, 2004: 58). El mismo Vendrell (2020) afirma que “[s]omos convertidos en hombres o mujeres, según las vías

humanamente establecidas, por medio de largos y duros procesos de socialización cuya artificialidad no llegamos a comprender (p. 2013). No nacemos hombres, los niños se convierten en hombres como resultado de un proceso de masculinización identitaria que logra que introyecten la normativa sexista.

De Laurentis (1989) afirma que el género "[t]iene la función de constituir individuos concretos como varones y mujeres" (p. 12). El género, en su intento por organizar la vida social, asigna géneros, roles, expectativas diferenciadas para hombres y mujeres. Es por esto que Bonino (2002) afirma que la masculinidad es una "normativa existencial" (p. 10). Desde que nace un bebé macho, comienza un proceso de masculinización identitaria, que retoma el binarismo normativa sexista, para vigilar −sancionar o premiar− sus comportamientos.

En páginas anteriores he señalado que para el proyecto moderno la masculinidad es indispensable, funcional, legítima y correcta. Al haber instituido su sistema sexo/genero ha logrado que se piense que un "buen niño" debe ser masculino. Dentro de esta dictadura los hombres sólo pueden ser masculinos y las mujeres femeninas, son las únicas identidades legítimas. La estructura de relaciones sexista "orienta la conducta de los sujetos en el sentido de confirmar y reproducir la propia estructura" (Izquierdo, 2011: 38). Para izquierdo el binarismo sexista, trabaja desde la fórmula (Izquierdo, 2013):

Mujer = sexo hembra + género femenino

Hombre = sexo macho + género masculino

Es tan fuerte la influencia de esta socialización que Izquierdo (2013) afirma que vivimos en una dictadura de género:

> las aspiraciones de las personas, el tipo de actividades que desarrollan, el lugar que ocupan en la familia, han de corresponderse con el sexo al que culturalmente se atribuyen. Esa dictadura, rechaza y penaliza socialmente las orientaciones de la propia vida que no se ajusten al patrón según el cual las hembras están obligadas a ser femeninas y los machos a ser masculinos (p. 16).

Retomando el juicio normalizador, podemos afirmar que en las sociedades modernas la normativa sexista define que todo cuerpo macho debe ser masculinizado. Es tan eficiente este disciplinamiento que la mayoría de los adultos hombres y mujeres se asumen masculinos y femeninas, respectivamente. Basta sentarse, en una escuela, en una plaza pública, en un centro comercial o donde sea y ver a la gente caminar para confirmar la influencia que tiene la normativa sexista. Los modelos binarios permiten distinguir con mucha claridad entre hombres y mujeres: por cómo interactúan, la manera en que se visten, peinan su cabello, sus formas de caminar, los accesorios que utilizan como aretes, collares, pulseras. Difícilmente alguien podría confundir a una niña o mujer con un niño u hombre. Y esto no es por los genitales, sino por la manera en que el género se incorpora.

Mandatos de la masculinidad

Para continuar con la postura de la normalización propuesta por Foucault (2008), considero que los mandatos de la masculinidad son la norma que permite evaluar los comportamientos de los hombres, pero no solo eso. Hablar de los mandatos de la masculinidad es conveniente por varios motivos. Sin embargo, antes de profundizar en los mandatos, es conveniente hacer un par de precisiones.

Hasta ahora he hablado de la masculinidad como: a) un proyecto de desarrollo moderno, b) como un modelo identitario prescriptivo y c) como una figura jerárquica superior a lo femenino. Aunque he tratado de precisar a qué me refiero al hablar de masculinidad, Clatterbaugh (en Amuchástegui, 2006) señala que cuando hablamos de masculinidad "en realidad tenemos una idea muy vaga de lo que estamos hablando" (p. 172). Agrega que "el uso del término 'masculinidad' es errático y diverso" (p. 172). La masculinidad es un concepto abstracto, inasible, cambiante. Por lo tanto considero conveniente hablar de los mandatos de la masculinidad. Entiendo que esto me ha permitido ser más preciso en los aspectos que he estudiado.

Dado que mi supuesto es que detrás de los mandatos masculinos están los valores modernos, entiendo que todas las formas de masculinidad deben promover los valores modernos. De otra forma hubieran sido erradicadas por ser opuestas a la invasión colonial. Esto es relevante porque ayuda a rastrear cómo se definieron estos mandatos ¿por qué estos y no otros?, ¿qué es lo que promueve y qué es lo que sanciona la política moderna? Quiero decir que la congruencia de la

masculinidad con los valores modernos nos permite trazar una línea que nos ayude a identificar la relación entre los mandatos y los valores modernos.

Foucault (2008) describe que la sociedad disciplinaría es “la época del examen infinito y de la objetivación coactiva” (p. 193). El examen se halla en el centro de los procedimientos que constituyen el individuo como objeto y efecto de poder, como efecto y objeto de saber (Foucault, 2008: 117). Es por medio del examen que se combinan “las técnicas de la jerarquía que vigile y las de la sanción que normaliza. Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar (Foucault, 2008: 189). Es por medio de los exámenes que las relaciones de poder y de las relaciones de saber adquieren toda su notoriedad (Foucault, 2008: 189).

Para Bourdieu (En Ramírez, 2020) “el deber ser es un mandato, una prescripción, una imposición, una cosa con la que se está de acuerdo” (p. 17). Los mandatos son señalamientos puntuales de un poder que pretende obediencia. Ramírez (2020) entiende que “[u]n mandato es aquello que alguien establece para que una persona subordinada la ejecute” (p. 15). Por eso precisa que el mandato requiere sometimiento y aprendizaje para que se ejecute. Los mandatos son definidos por una convención social que señala cómo deben comportarse los hombres.

Ramírez define que los mandatos de la masculinidad son “una regla, un procedimiento, para ser, en este caso, sujeto de masculinidad” (Ramírez, 2020: 16); esas pequeñas acciones que se examinan para que los hombres sean reconocidos como tales. Otra forma de definirlos es pensarlos como una “prescripción que deben

asumir aquellas personas para ser consideradas masculinas" (Ramírez, 2020: 15). Son "un saber sobre qué se debe hacer, lo que hay que observar para ser sujeto masculino" (Ramírez, 2020: 16). Es por medio del cumplimiento de los mandatos que se evalúa quién es y quién no es hombre; permite jerarquizar a los hombres.

Bonino (2002), al hablar de la masculinidad hegemónica, entiende que tiene "en su seno los valores y antivalores a los que hay que acercarse y alejarse para ser hombre adecuado, y como tal, queda profundamente impregnado en el modo de existir masculino y en el modo de pensar femenino sobre el hombre" (p. 10). Los mandatos, son convenciones sociales. Por lo tanto, no está dentro de las facultades de los hombres definirlos o modificarlos.

Lo ideal para la normativa es que los mandatos sean vistos como obligaciones, que sean obedecidos y no cuestionados. Para que los hombres los introyecten se requiere de un "proceso pedagógico de disciplinamiento implica valores y fines, de manera que el mandato no sea cuestionado, sino internalizado y llevado a la acción de manera automática, asumida como una condición 'natural', propia, en este caso, de los sujetos que se asumen como masculinos" (Ramírez, 2020: 16).

Los mandatos funcionan como límites de acción para los hombres, definen lo legítimo y de lo ilegítimo, exigencias y prohibiciones a las que los hombres deben ajustarse. Funcionan en un sentido positivo y/o en un sentido negativo. En su sentido positivo promueven, motivan, estimulan, incentivan ciertas conductas que según la convención afirman la masculinidad. Pensemos en las conductas que culturalmente afirman la masculinidad: el consumo de bebidas embriagantes,

confrontaciones físicas, prácticas sexuales, resistencia al dolor, etc. En su sentido negativo sancionan, descalifican, violentan, devalúan, prohíben conductas que para la convención no son consideradas masculinas. Ejemplos pueden ser los hombres no lloran, no usan falda, no se rinden, no son penetrados, no rechazan a una mujer, no expresan dolor.

Una de las características que destaco de los mandatos es que operacionalizan la masculinización de los hombres, facilitan las sanciones y la vigilancia (Foucault, 2008: 179). Funcionan como una especie de listado que precisa las conductas de los hombres y permite evaluarlas de manera puntual. Gracias a los mandatos sabemos cómo deben comportarse los hombres, cuándo corregirlos, cuándo premiarlos, cuando comienzan a 'feminizarse', cómo y cuándo sancionarlos o premiarlos. Este listado permite que los hombres sean vigilados, por otras personas, de manera constante, además, posibilita que se vigilen entre hombres y que cada hombre se vigile a sí mismo.

Los mandatos son evaluados en todo momento "exige[n] al hombre probarse hombre todo el tiempo; porque la masculinidad, a diferencia de la femineidad, es un estatus, una jerarquía de prestigio, se adquiere como un título y se debe renovar y comprobar su vigencia como tal" (Segato, 2018: 40). Los mandatos evalúan, afirman/corrigen las conductas de los de los niños y premian/sancionan las de los hombres.

Aunque los mandatos están basados en los valores modernos, son configurados a partir de particularidades culturales. Quiero decir que un hombre puede ser jerárquico con el silencio, con un grito, con una grosería, o con palabras

refinadas. Dicho de otra forma, un hombre puede tener mayor jerarquía si usa falda, si usa pantalón, cabello largo, corto, etc. Cada cultura deposita en sus prácticas formas de jerarquización específicas. Aunque detrás de los mandatos siempre están presentes la jerarquía, la competencia y la ambición, cada escenario social define a qué prácticas se le asigna más valor.

Afirmo que ningún hombre es capaz de cumplir a plenitud los mandatos masculinos. Sin embargo, esto no implica que pierdan validez o vigencia. Si consideramos que el cumplimiento de los mandatos valida la identidad de los hombres, podemos afirmar que los hombres que menos rendimiento tengan en alguno de los mandatos ocuparán una posición de sometimiento, con respecto a quien cumpla de manera más plena dicho mandato.

Otro elemento a destacar es que, aunque los mandatos no son modificados a voluntad y no se cuestionan, los hombres tienen la posibilidad de negociar con sus exigencias. Esto se da cuando los hombres reconocen sus recursos y tratan de insertarse en ambientes que los reconozcan como valiosos. Un ejemplo puede ser cuando un hombre es un buen lector o escritor, pero no es muy hábil físicamente; es mucho más probable que este hombre se inserte y sea valorado por sus características en un ambiente académico o literario. En cambio, si este mismo hombre se insertara en un escenario deportivo es muy probable que se exponga a burlas y descalificaciones. Cuando este hombre asista a una fiesta con estudiantes de posgrado se sentirá seguro, podrá establecer una conversación y podría pasarla bien. En cambio si lo meten a jugar futbol, es más fácil que se sienta inseguro y fuera de lugar.

Los hombres pueden identificar cuáles son sus recursos y utilizarlos para obtener un reconocimiento social y configurar una identidad legítima. De manera que al insertarse en un escenario social que valora sus características, los aspectos en los que no destacan quedarán en un segundo plano. Esto implica que basan su identidad en los aspectos en los que más destacan. Esto que describo lo encontré en un diálogo que tuvieron el comediante Iván Fematt (La Mole) y Diego Ruzzarin: "− Te digo una cosa, no me siento mal. Pero yo no les puedo contar (a sus hijas) que fui el gran deportista, o fui el vato galán, o fui el vato inteligente. Entonces yo le digo a mis hijas… − Pero sí eras el que traía a todo el mundo cagado de la risa ¿no? − Sí tenía que utilizar otras artimañas para poder sobrevivir en la jungla. Yo era el chistosito y como estaba gordillo me defendía; pero estaba el sport Billy, el carita" (min. 33)[59]. En este fragmento Iván describe qué tenía claro que había características que dan prestigio a los hombres y que él no podía destacar en esos aspectos. Por lo tanto, aprendió que tenía otros recursos para "sobrevivir en la jungla".

Como he querido mostrar, los mandatos de la masculinidad tienen en su núcleo los valores modernos –jerarquía, competencia y ambición−. Sin embargo, cada escenario social asigna prestigio a diferentes prácticas. Esto permite que los mandatos se adapten a particularidades culturales. Dado que ningún hombre puede ser dominante siempre, en todo, elige los aspectos en que más destaca, que más prestigio o estatus le ofrecen para configurar una identidad masculina; es decir, jerárquica, competitiva y ambiciosa. Dicho de otra manera, los hombres tienen la

[59] https://www.youtube.com/watch?v=yR_W9wLf1F0&t=2104s&ab_channel=LAMOLECHIDA

posibilidad de obedecer los mandatos en los que destacan y, sin que dejen de operar, dejan de lado los que les ofrecen menores dividendos.

Si consideramos que detrás de los mandatos hay un núcleo que se mantiene estable, constante, pareciera que la masculinidad no cambia, es rígida. Sin embargo, los mandatos sí pueden cambiar, se adaptan. Quiero decir que la masculinidad, al fragmentarse en mandatos, tiene la posibilidad de realizar adaptaciones, ajustes muy puntuales que la mantienen vigente. Estos pequeños cambios dan a la masculinidad una apariencia de estabilidad e inmutabilidad.

Para pensar en un ejemplo podemos contrastar el rol de proveeduría, a partir de los cambios en la dinámica familiar que han sucedido en las últimas décadas. Hasta hace un par de décadas los hombres que vivían en pareja eran vistos como los únicos proveedores. Incluso se veía mal que “pusieran” a trabajar a sus parejas, se les veía como hombres incapaces de mantener a su familia. En esas condiciones los hombres tenían mayor prestigio por ser los principales proveedores. Sin embargo, cada vez son más las mujeres que aportan económicamente en sus casas, incluso a veces aportan más que los hombres. A pesar de estos cambios, los hombres al estar vinculados con la masculinidad siguen teniendo más jerarquía, quienes más compiten, quienes más ambición tienen. En palabras simples, el mandato de proveeduría se ha modificado, pero el poder que da la masculinidad, basada en los valores modernos, sigue vigente, a pesar de los cambios.

Nutrición emocional

Para tratar de explicar la relación que tienen las emociones en la masculinización identitaria es indispensable pensar en la nutrición emocional (Linares, 1996). La nutrición emocional "se produce cuando el individuo se siente reconocido, valorado y querido" (Linares, 1996: 29) y se da en "vivencias básicas, suministradoras de intenso bienestar, cuya experimentación aporta más información que cualquier explicación teorizadora" (Linares, 1996: 29). Linares (1996) agrega que la nutrición emocional es un "proceso continuo de incorporación por el individuo de anclajes afectivos con el ecosistema y con sus figuras significativas, comienza con la vida individual y dura lo que ésta" (p. 29)

Restrepo (2010) utiliza una metáfora parecida para señalar que "el cerebro necesita del abrazo para su desarrollo y las más importantes estructuras cognitivas dependen de éste alimento afectivo para alcanzar un adecuado nivel de competencia" (p. 50). La nutrición emocional (Linares, 1996) o el alimento afectivo (Restrepo, 2010) me parecen metáforas pertinentes para pensar la relevancia de las emociones en el proceso de masculinización.

Le Breton (1998) tiene una postura parecida cuando habla de la importancia que tiene para la 'criatura humana' el reconocimiento ajeno para vernos como sujetos. Explica que se "necesita la atención y el afecto de su entorno para desarrollarse, experimentar el gusto de vivir y adquirir los signos y símbolos que le permitirán proveerse de un medio de comprender el mundo y comunicarse con los otros" (p. 15). Estas referencias destacan la relevancia de sentirnos valorados, aceptados, respaldados, reconocidos. Sin embargo, sólo muestran un sentido

positivo de esta nutrición. Quiero decir que estas mismas metáforas se pueden extender para pensarse en un sentido negativo y explicar el impacto que vivimos cuando no recibimos este afecto, cuando se nos sanciona o se nos excluye. En este caso podríamos hablar de una desnutrición afectiva o de una intoxicación emocional.

Con la metáfora de la nutrición emocional, quiero señalar que la manera en que otras personas nos tratan influye en la manera en que nos comportamos. López (2013) entiende que "ciertas formas de sentir regulan el comportamiento de los sujetos, como por ejemplo la vergüenza" (p. 57). Ariza (2016) coincide al afirmar que "[l]a percepción del quebrantamiento de aspectos normativos con un alto valor simbólico deviene en un poderoso disparador de sentimientos morales dolorosos, los cuales demandan a su vez la restitución de los aspectos normativos violentados" (p. 18). Es por medio de la función moral de las emociones que se nos presiona para que cumplamos la norma.

Para Le Breton (1998) la mirada busca preservar la moral (p. 196). Explica que esto es posible porque las emociones "nos atraviesan y la manera en que repercuten en nosotros se alimentan de normas colectivas implícitas" (p. 108). El (in)cumplimiento de la norma, condiciona la manera en que se nos mira, por lo tanto, tiene un impacto afectivo. De tal manera que nuestros grupos de pertenencia ejercen

> presión en favor de la normatividad de los comportamientos. La voluntad de dar una imagen positiva de sí mismo está en íntima relación con el miedo a perder prestigio y experimentar vergüenza. […] Se trata de sentimientos o

> emociones que se apoyan en una concepción social del bien y el mal y lo licito y lo ilícito, alimentan la autoestima e implican paralelamente una conciencia de la propia responsabilidad para con los otros (Le Breton, 1998: 88).

La mirada, al trabajar en congruencia con la normativa, puede alimentarnos, permitiendo que experimentemos gusto, placer, orgullo, tranquilidad; o bien, puede intoxicarnos, cuando experimentamos malestar, vergüenza, culpa, confusión. “Para evitar los sinsabores a la vez personales y colectivos, el individuo se adapta por su propia cuenta a las expectativas de sus interlocutores, según los códigos de interacción o de conductas afectivas” (Le Breton, 1998: 88). Si las miradas no nos afectaran daría lo mismo respetar la norma o no. Sin la experiencia emocional sería indistinto obedecer que desobedecer. Las miradas funcionan como un dispositivo por medio del cual somos nutridos o intoxicados emocionalmente. Aprendemos que (des)obedecer la norma condiciona el trato que recibimos. Por lo tanto tiene un impacto afectivo tan fuerte que logra que la norma se in-corpore.

Antes de pasar al siguiente apartado, es indispensable mencionar que los mandatos de la masculinidad son esa normativa que sirve para evaluar los comportamientos de los hombres, que, en caso de que no se cumplan provocará sanciones, y en caso de que lo hagan provocará que sean halagados, reconocidos, valorados, premiados.

3.3.1.1.1 Premio sanción

Foucault (2008) entiende que por medio de la gratificación/sanción “se vuelve operante en el proceso de encauzamiento de la conducta y de corrección” (p. 185). Esto es posible porque toda “conducta cae en el campo de las buenas y de las malas notas, de los buenos y de los malos puntos” (Foucault, 2008: 185). La polarización entre las “buenas” y las “malas conductas” provoca que el niño ajuste su actitud a partir de “las reprimendas o los alientos, a fin de deslizarse en las expectativas colectivas” (Le Breton, 1998: 153).

Bericat (2000) parece compartir esta postura y agrega:

> Cuando el otro nos ve bien, nos halaga, o pensamos que nos ve bien o nos halaga, siempre en términos relativos a unos determinados valores, nos sentimos bien, legítimamente orgullosos de la persona que somos, por eso contentos. Pero cuando imaginamos que el juicio del otro es negativo, o somos sometidos a la vejación del ridículo o del insulto, entonces sentimos vergüenza, un sentimiento que nos mortifica, un sentimiento que duele (p. 168).

Las posturas de Foucault (2008) gratificación/sanción, Le Breton (1998) reprimendas/alientos y Bericat (2000) halagos/vejaciones permiten afirmar que la programación de género (Preciado, 2008) trabaja con una lógica binaria −correcto e incorrecto−, como cualquier lenguaje de programación: prendido/apagado.

Para profundizar en la manera en que los comportamientos de los niños son premiados o sancionados he recuperado el planteamiento de Maturana (1988) donde explica la existencia de dos emociones prelenguaje: rechazo y amor. El

rechazo y el amor nos permiten contrastar lo incorrecto y lo correcto. Para Maturana (1988) el rechazo niega al otro y en interacciones recurrentes culmina en la separación. En contraste el amor acepta al otro y abre un espacio de convivencia (Maturana, 1988). Dado que los niños son nutridos emocionalmente cuando se ajustan a la normativa, cuando obedecen los mandatos de la masculinidad, podemos afirmar que reciben amor cuando hacen lo correcto, positivo, valorado, deseado. En sentido contrario perciben rechazo cuando hacen algo incorrecto, negativo, inferior, indeseable, cuando no se ajustan a las exigencias masculinas.

La emocionalidad pocas veces se enseña de manera explícita, sin embargo, siempre se encuentra contenida en las experiencias humanas. Le Breton (1998) explica que “la distancia intima es la del afecto, la ternura, el amor, pero también la de la hostilidad o la agresión” (p. 90). Hasta ahora he utilizado la metáfora de la mirada para mostrar la manera en que se premia o se sancionan nuestros comportamientos; sin embargo, existen otras formas de ser afectados emocionalmente, puede ser por medio de palabras, de gestos, de silencios, de regalos materiales, por mencionar algunos. Quiero decir que emociones como el amor o el rechazo pueden expresarse de distintas maneras.

En nuestro proceso de crecimiento experimentamos el afecto por medio de caricias, tonos de voz, miradas, gestos, juegos, canciones, arrullos, etc. Detrás de las formas en que nos mira, tocan, hablan, tratan hay mensajes emocionales que no se dicen con palabras. Pienso en Sabines cuando dice que “las mejores palabras de amor están entre dos personas que no se dicen nada”. Los gestos con los que crecemos y con los que nos vinculamos cotidianamente están cargados de

emociones. Aprendemos a distinguir los tratos tiernos y los hostiles, ya sea que una persona nos cierre la puerta en la cara, nos mire con desinterés, nos coquetee o suba el tono de voz al hablar.

Hay que diferenciar que los tratos tiernos generan una mayor apertura del niño, mientras que los tratos crueles provocan un mayor hermetismo. Los bebés aprenden a extender los brazos para pedir que los carguen, a reír, a llorar para pedir comida o expresar otros malestares, a sentir calma cuando los arrullan; estas experiencias están cargadas de emociones y como señala Maturana (1988) son previas al lenguaje oral.

3.3.1.1.2 Rechazo como sanción identitaria

Foucault (2008) explica que en la sociedad disciplinaria los castigos físicos se ven como espectáculos indeseables; ya no se necesita lastimar, golpear o herir. La corrección utiliza otros recursos, como la vergüenza, la culpa. El antiguo verdugo deja lugar al vigilante normalizado. No es que se castigue menos, se castiga mejor (Foucault, 2008: 86). Cada castigo debe llevar consigo cierta técnica correctiva (Foucault, 2008: 132), que pretende encaminar los comportamientos. Agrega que un castigo es "todo lo que es capaz de hacer sentir a los niños la falta que han cometido, todo lo que es capaz de humillarlos, de causarles confusión: … cierta frialdad, cierta indiferencia, una pregunta, una humillación, una destitución de puesto” (p. 183).

En nuestros procesos de socialización aprendemos a sentir incomodidad con ciertos tratos. El mensaje que reciben los niños en la manera en que son tratados

es que si se portan “mal”, si es “malo”, si no respeta la norma, si desobedece, será sancionado; se le ‘corrige’, se le culpa, se le avergüenza, se la manda a su cuarto. Nuestros padres, tíos, incluso desconocidos, hacen lo posible para enseñarnos a respetar los mandatos de la masculinidad, buscan ‘corregirnos’.

Cuando la norma se instituye como verdadera, correcta, quien no la respeta hace mal, merece ser castigado, la sanción es justificada y hasta conveniente. En nuestro crecimiento vamos orientando nuestros comportamientos para evitar sentir culpa, vergüenza, dolor u otros malestares. Lo sabe el niño que después de tirar la leche baja la mirada, el adolescente que se tropieza en el patio de la escuela a la hora del receso o los adultos cuando son sorprendidos sacándose un moco.

Hooks (2021) comparte una experiencia de un niño que, mientras jugaba con una Barbie, fue mirado con desaprobación por otros niños:

> sin una pizca de maldad, la mirada que recibió mi hijo transmitió un mensaje. No debes hacer eso. Y el miedo por el que se transmitió ese mensaje fue una emoción potente: la vergüenza. A los tres años, Alexander estaba aprendiendo las reglas. Un intercambio de diez segundos sin palabras fue lo suficientemente poderoso como para disuadir a mi hijo desde ese instante en delante de lo que había sido una de sus actividades favoritas (p. 36).

Posiblemente sea difícil ponernos en el lugar de un bebé y entender lo amenazante que puede ser una experiencia en la que el padre le grita, lo confronta, lo jala con fuerza, le dice que es malo, le pega, demostrándole que si no cumple con la norma lo tratará así, no lo querrá. Agreguemos la dificultad que puede implicar

para el niño entender qué hizo “mal”, en qué “falló”. Pensemos en un niño de 3 años que fue regañado porque se puso un vestido, unos zapatos, se maquilló o simplemente lloró. La postura de hooks (2021) respalda la relevancia de las emociones cuando señala que la mayoría de los padres patriarcales “no utilizan la violencia física para controlar a sus hijos, utilizan diversas técnicas de terrorismo psicológico, siendo la principal la práctica de avergonzar” (p. 56).

A pesar del fuerte impacto que tienen los castigos, Foucault (2008) recomienda evitar, tanto como se pueda, usarlos. Lo idea es “tratar de hacer que las recompensas sean más frecuentes que las penas, ya que los perezosos se sienten más incitados por el deseo de ser recompensados como los diligentes que por el temor de los castigos" (p. 185). Más que castigar se busca motivar o premiar, de esta manera se ejerce un poder positivo que aliente a los niños a masculinizarse.

3.3.1.1.3 Amor como premio identitario

En congruencia con el planteamiento de Maturana (1988), considero el amor como una emoción con valencia positiva, ya que se experimenta como placentera y promueve la proximidad. Lo que amamos lo consideramos deseable, nos hace sentir bien, atraídos, provoca que voluntariamente nos acerquemos al objeto o la persona con la que experimentamos ese amor; dicho de otra manera nos vincula de una manera placentera.

Como ya he mencionado, la modernidad modificó la forma de pensarnos en el mundo. Insisto en esto para resaltar que la modernidad, al definir los valores también redefinió qué es amar, qué se ama, cómo se ama, a quién se ama. A partir

de estas reflexiones identifico que el amor moderno está condicionado por sus propios criterios. El amor moderno puede pensarse como un juego de suma cero, se gana, se pierde, se conquista, se roba. Es común que se use el lenguaje bélico: “se conquista a la pareja”, “se gana en el amor”, “luchamos por amor”, cuando no nos va bien decimos que “fracasamos en el amor”. El amor moderno está condicionado por la norma, no se regala, se lucha por él, se merece o se pierde.

Laso (2017) explica que vivimos en una cultura donde “la aceptación es incierta, la valía personal no está asegurada, la comparación con los otros es una preocupación constante y la eficacia se pone siempre en duda” (p. 225). Los niños no son amados por ser, sino por ajustarse al deber ser, por obedecer la normativa, por masculinizarse. Cuando un niño se come toda la sopa, cuando saca ‘buenas’ calificaciones, obedece es recompensado afectivamente, hay muchas formas en que se le demuestra que se le quiere, se le abraza, lo besan, le dan dulces, se considera su opinión, lo presumen, juegan con él, se le cuentan cuentos, le compran cosas, se le hace sentir respaldado, reconocido, se le nutre con el trato. Los niños ‘buenos’ son más amados. La nutrición emocional, los halagos, muestras de afecto los presiona de manera positiva, sin que se den cuenta, para ajustarse a la norma, para masculinizarse.

Desde esta perspectiva, no se ama a quien sea, no todas las personas lo merecen. Quienes no se ajusten al deber ser no tendrán el mismo reconocimiento de quienes sí lo hagan. Si consideramos que “[l]a masculinidad se mide a través del éxito, del poder y de la admiración que uno es capaz de despertar en los demás” (Badinter, 1993: 160). Los niños deben mostrar sus habilidades masculinas y su

obediencia a los mandatos para ser valorados, apapachados, sentirse amados. En su proceso de socialización aprenden que si se masculinizan serán bien tratados, respetados, admirados, valorados y reconocidos. El amor a los niños también está condicionado. Se les demuestra más afecto, más orgullo cuando se comportan de manera masculina.

La nutrición emocional en la masculinización identitaria

Para Le Breton (1998) la identidad es “el efecto de una construcción simbólica permanentemente sometida a la aprobación de los otros” (p. 205). Por lo tanto, todas las personas requerimos del reconocimiento de otros para existir como sujetos. Si a esto le agregamos la necesidad de recibir “la atención y afección de su entorno para desarrollarse, necesita sentir gusto de vivir y adquirir los signos y símbolos que lo arman de un medio para comprender el mundo y comunicarse con los otros” (Le Breton, 2005: 23), podemos pensar en la necesidad que tienen los niños de agradar, que lo traten bien, que lo abracen, pertenecer, de ser nutridos afectivamente, de ser para y con otros. Para configurar una identidad.

Norwood (en Hochschild, 2008) entiende que “[e]logiar y dar aliento son actitudes que se acercan mucho a la de ejercer presión, y cuando lo haces estás tratando de tomar el control de su vida otra vez” (p. 20). Los elogios, los premios, los abrazos, los regalos, los mimos, son formas en que opera el poder positivo. Promueve las conductas deseables. Ya sea que los premios emocionales sean recibidos por medio de palabras, gestos, regalos, abrazos, miradas, elogios o de cualquier otra forma.

Si consideramos que es por medio de las experiencias afectivas que la norma se incorpora, podemos considerar que el poder, cuando opera en sentido negativo, sanciona, intoxica; y cuando opera en sentido positivo, premia, nutre. Cuando los niños se ajustan a los mandatos se les nutre y cuando no lo hacen se les intoxica. El alimento afectivo funciona como una especie de chantaje que presiona a los niños para masculinizase. Considerando la relación de la normativa sexista con la nutrición emocional podemos entender la relevancia de las emociones para que los niños se masculinicen, ya sea sancionándolos o elogiándolos.

En este mismo sentido Le Breton (1998) explica que cuando los sujetos violan las reglas de las costumbres afectivas se exponen a la "[p]erdida de la reputación, aniquilación de la autoestima, reprimendas, encarcelamiento, muerte; etcétera, los grados de la reacción colectiva son numerosos" (Le Breton, 1998: 136). La condición de dependencia de los niños los coloca en una posición muy inestable, en la que si se les retira el habla, se les ignora o excluye, se impacta de manera profunda en su identidad. El mal-trato puede doler, lastimar, herir, intoxicarnos, dejarnos sin alimento afectivo.

Cuando un niño no se ajusta a la norma es intoxicado emocionalmente, por las sanciones o exclusiones, se le dice que es 'malo', 'feo', se siente herido, se siente inseguro, solo, débil, frágil, despreciado, se le rechaza o excluye, el vínculo social se debilita. La sanción cuestiona sus actos, lo hace sentirse "malo", se genera un rechazo, lo cual debilita el vínculo social y la identidad, que depende de las miradas ajenas, queda a la deriva.

Hooks (2021) describe esto mismo con un ejemplo:

> ‘La sensación de que he hecho algo mal, que realmente no sé qué es, de que hay algo terriblemente equivocado en mi ser’, conduce a una sensación de absoluta desesperanza. Esta desesperanza es el corte más profundo del estado de confusión. Significa que no hay posibilidad para mí tal como soy; no hay forma de que pueda importar a nadie, o de ser digno del amor de nadie mientras siga siendo yo mismo. Debo encontrar la manera de ser otra persona, alguien a quien puedan querer. Alguien que no soy yo’. Los roles sexistas limitan la formación de la identidad de los niños y niñas, pero el proceso es mucho más dañino para los niños porque no solo los roles que se les requieren son más rígidos y limitados, sino que es mucho más probable que reciban un castigo severo cuando se desvían de estos roles (p. 139).

En contraste, cuando un niño se ajusta a la normativa se le dice que es ‘bueno’, se le hace sentir querido, tranquilo, seguro, fuerte, amado, se le reconoce socialmente, se celebra la convivencia, se fortalece el vínculo social y su identidad se nutre. La norma, los tratos que recibimos, las emociones y la identidad tienen una relación que ejerce presión sobre los niños para que obedezcan el deber ser. Esto es congruente con lo que afirma White (2011):

> la tecnología de poder hace que la gente moldee sus vidas e identidades según normas construidas en la historia de las disciplinas profesionales modernas. En vez de constreñir y prohibir, las tecnologías de poder moderno involucran a las personas en la producción de sus vidas mediante las disciplinas del yo (p. 70)

La nutrición o intoxicación emocional tiene un impacto identitario, ya que afecta cómo nos pensamos, nos vemos, nos sentimos, nos ven, nos tratan, interactuamos con otras personas. Sin las sanciones emociones y el impacto que tienen en nuestras vidas, la norma sería discurso estéril, los niños no introyectarían los mandatos de la masculinidad. Esto es muy relevante para pensar el proceso de socialización de los niños, porque la única manera en que los niños se sentirán reconocidos, valorados, amados, alimentados será cuando se ajusten a la norma, cumplan con el deber ser, hagan lo 'correcto', es decir, se masculinicen.

No olvidemos que, como señala Badinter (1993), "[l]os hombres poseen las mismas necesidades psicológicas que las mujeres (amar y ser amado, comunicar emociones y sentimientos, ser activo y pasivo)" (p. 173). Esta afirmación me ha hecho pensar que los niños aprenden a hacer lo que se espera que hagan para sentirse amados, reconocidos, valorados. Si nuestro vínculo social está condicionado por la manera en que nos comportamos, si necesitamos ser nutridos emocionalmente, si nos preocupa tanto cómo nos miran, tratan, hablan, lo que buscan los niños es el valor estimativo de sus seres queridos, sentirse reconocidos, valorados, apreciados. Lo delicado es que el único camino normativo para conseguirlo es introyectar los mandatos de la masculinidad.

Por lo tanto, no me parece aventurado afirmar que los niños se masculinizan, se portan 'bien', hacen lo 'correcto', se hacen "hombrecitos" para que sus padres se sientan orgullosos de ellos, su intención es recibir nutrientes emocionales. La masculinización identitaria de los niños se da porque es la única manera en que el binarismo de género les permite ser aceptados, queridos, tener prestigio y

reconocimiento de sus semejantes. Esto me permite afirmar que la masculinización de los niños es el único camino legítimo para que sean incluidos, valorados y amados en el sexismo moderno.

La normativa sexista ha definido que lo correcto, natural, verdadero y deseable es que los niños se masculinicen, esto implica tener comportamientos jerárquicos, impositivos, competitivos, crueles o violentos. Ser tibio, frágil, débil, empático sólo provoca que se les sancione, rechace o violente. En mi experiencia muchos padres y madres sienten vergüenza porque sus hijos son 'raritos' y buscan ayuda profesional para que sus hijos se normalicen, es decir, se masculinicen[60].

Cuando los niños son intoxicados emocionalmente su identidad colapsa. En sentido contrario, los niños que son alimentados por tener comportamientos masculinos crecen fuertes, seguros de sí mismos. Aunque, como sabemos, en un mediano o largo plazo la masculinidad tiene efectos tóxicos para su integridad, sus vínculos personales y su calidad de vida.

El proceso de socialización disciplina, por medio de la vigilancia, busca que se introyecten los mandatos de la masculinidad. Las miradas de otras personas van orientando los comportamientos de los niños; ya sea premiando o sancionando sus conductas. La metáfora de la nutrición emocional nos permite visibilizar que los niños son presionados emocionalmente, para que introyecten que la única alternativa para ser queridos, amados, valorados, premiados, presumidos, de hacer

[60] Considerando que ningún universo es homogéneo, entiendo que hay familias capaces de acompañar a sus hijos en caminos alternos al normativo. Sin embargo, son las excepciones. Un ejemplo de esto son las terapias de conversión que buscan "masculinizar" a los niños. La existencia de estas terapias confirma la validez de la normativa y la preocupación de los padres cuando sus hijos no se "masculinizan".

sentir orgullosos a sus padres es masculinizarse. La masculinización identitaria no busca privilegios sino reconocimiento, validación.

Si bien he señalado que los niños se masculinizan porque quieren ser queridos, hacer lo correcto, es importante señalar que esto se da porque el binarismo sexista no ofrece otra alternativa. Con esto no quiero negar la existencia de hombres que encuentran escenarios más amigables para distanciarse de las exigencias masculinas, pero esto, hasta el día de hoy, no es común. En muchos espacios de socialización, los niños que no se adoptan la masculinidad, se exponen a humillaciones, vergüenzas, culpas, experimentar sanciones como el rechazo, la exclusión (sobre esto profundizaré más adelante, ver Abyecto). Para evitar la masculinización identitaria habría que nutrir emocionalmente a los niños independientemente de que se ajusten a la normativa sexista o no, dejar de condicionar el trato que reciben por su obediencia.

El proceso de socialización sexista raciona el alimento afectivo en los niños; de manera que en sus intentos por ser amados, se masculinicen. Este proceso se consolida cuando la identidad de los niños se ha enajenado. Esta enajenación confirma que los niños han introyectado que nacieron hombres, que deben obedecer las exigencias masculinas.

3.4 Hombres enajenados

En este apartado busco describir lo que entiendo por enajenación de los hombres. Como ya he introducido esta noción (Ver Introducción), ahora me centraré en tres

aspectos a) la masculinidad encarnada b) la obediencia acrítica de los hombres, y c) la dificultad para que los hombres sean críticos de la masculinidad.

El implante masculino

El 21 de octubre de 2016, Netflix estrenó el capítulo llamado, originalmente “Men Against Fire”, en Latinoamérica “El hombre contra el fuego”. Este es el quinto capítulo de la tercera temporada, escrito por Charlie Brooker, dirigido por Jakob Verbruggen.

Este capítulo expone la experiencia de un soldado que, junto con su escuadrón militar, tiene la misión de exterminar lo que llaman “cucarachas”. Las “cucarachas” son seres vivos, con forma humana, con dientes afilados, que huelen mal y no pueden hablar, sólo emiten sonidos molestos. El conflicto se desata cuando Stripe, el protagonista, recibe un destello de luz mientras forcejeaba con una “cucaracha”. Este destello desactiva el implante neuronal que habían colocado cuando Stripe fue reclutado.

En la siguiente operación Stripe trata de detener a su compañera de escuadrón cuando se disponen a matar. La tensión se provoca porque mientras Stripe ve personas comunes su compañera ve “cucarachas”. Esto da lugar a un forcejeo en el que Stripe ayuda a escapar a una mujer y su hijo. Este hecho permite que el ejército se dé cuenta de que el implante de Stripe no está funcionando.

El psicólogo del ejército explica que en las guerras de principios de siglo XX los soldados casi no disparaban y cuando lo hacían intentaban que las balas

pasaran por encima de las cabezas de sus enemigos. En la primera guerra mundial los generales caminaban detrás de los soldados presionándolos para que dispararan. En la segunda guerra mundial sólo el 15 o 20% de los soldados disparaba. En Vietnam lograron que dispararan un 85%, pero quienes mataron a alguien regresaron a sus casas trastornados.

El implante que colocan a los soldados distorsiona su percepción y maximiza su rendimiento; ya que permite que los soldados vean seres monstruosos, de mal olor, que hacen ruidos desagradables, en lugar de ver personas comunes. Esto facilita que los maten sin sentir remordimientos o culpas. Cuando Stripe cuestiona al psicólogo del ejército, le muestran un video en donde se muestra que él aceptó ser implantado. Stripe está en conflicto por hacer algo que no le parece correcto. Aunque reconoce que él aceptó ser reclutado e implantado, se da cuenta de que no entendió las consecuencias que esto tendría y ahora que lo sabe se arrepiente.

Recupero este capítulo como metáfora para reflexionar sobre la relación hombres/masculinidad. La masculinidad se comienza a implantar en los niños desde el momento en que nacen. La mayoría de las personas sabemos y aceptamos que niños y niñas sean educados de manera diferenciada. Sin embargo, difícilmente alcanzamos a ver la manera en que esto afecta nuestra percepción. Algunos hombres tardamos mucho tiempo en reconocer la influencia que tiene el implante masculino en nuestras vidas.

El implante de Stripe nos permite cuestionar si lo que perciben nuestros sentidos es la verdad y la gravedad de obedecer los mandatos de la masculinidad, sin considerar las consecuencias de dicha obediencia. Los hombres implantados no

reconocen la distorsión que provoca el implante, creen que lo que ven sus ojos es la verdad. Como no ven un problema, no ven motivos para cambiar. El implante masculino enajena la vida de los hombres. Quizá lo más delicado es que, como Stripe, todas las personas somos testigos del proceso por medio del cual fuimos implantados y hasta lo promovemos.

Sólo si nos quitamos el implante masculino podríamos entender lo grave que es exponernos a riesgos por obedecer los mandatos de la masculinidad, acosar, imponerse, visibilizar la manera en que perjudicamos nuestra calidad de vida y las de personas que conviven con nosotros; y la conveniencia de liberarnos de la obsesión por competir, de establecer relaciones de calidad y tener vidas más plenas. Sólo hasta que nos quitemos el implante podremos darnos cuenta de que, como dice Stripe, todo es mentira.

La masculinidad se encarna

El primer aspecto para explicar a qué me refiero con enajenación lo explico a partir de la masculinidad encarnada. Kaufman (1989) entiende que la confusión entre hombre y la masculinidad “no es sorprendente dado que la diferencia es sistemáticamente encubierta por la cultura, la ciencia, las creencias dominantes, la religión y la educación […]” (p. 13). Es por esto que, con mucha frecuencia se usan términos como hombre y sujeto masculino de manera indistinta, como si fueran sinónimos, palabras intercambiables. Este uso indiscriminado genera confusiones y contribuye a la esencialización de la masculinidad. Asume que los genitales de una persona son suficientes para definirlo como masculino o femenino.

Lizcano (2006) entiende que “[c]ada cultura construye su naturaleza, elabora la naturalidad con primoroso artificio” (p. 205). Mi postura es que para la modernidad resulta conveniente que los hombres naturalicen esta imposición, de manera que se invisibilice su influencia. A mí me resulta muy confuso leer o escuchar que hablan de "población masculina", “sujetos masculinos”. Aunque entiendo que se refieren a hombres, sé que hay hombres que tienen formas muy femeninas. Además, conozco a mujeres que tienen comportamientos muy masculinos.

Latorre (2013) entiende que “[c]uando las historias dominantes y las conclusiones de identidad a las que invitan adquieren el grado de 'verdad' ´para la persona, se hace más difícil contradecirlas” (p. 102). Quiero decir que si nos referimos a los hombres como sujetos masculinos estamos asumiendo que son esencialmente masculinos, estamos replicando el sexismo, sus criterios y naturalizando esta imposición.

Hace un par de años, en alguna clase que impartí solicité al grupo que dividieran una hoja en dos columnas. En una columna debían enlistar las características de la masculinidad y en la otra columna las características de los hombres. Las características que listaron las colocaron en la columna de la masculinidad. La columna donde colocarían las características de los hombres quedó vacía. No supieron qué poner.

Al decir que la masculinidad se encarna, me refiero al proceso que provoca que muchos hombres asuman que sus comportamientos obedecen a sus naturalezas. Como he señalado, lo masculino no es exclusivo de los hombres, lo femenino no es exclusivo de las mujeres; ningún hombre nace masculino, ninguna

mujer nace femenina. Los niños, varones, tienen las mismas potencialidades que las niñas de ser tiernos, empáticos, amorosos. Los hombres no son masculinos por esencia sino por consecuencia de la socialización sexista. Es la potencia del proceso de masculinización y feminización lo que provoca que en la adultez hombres y mujeres parezcan tan diferentes. La masculinidad se encarna en los cuerpos machos como parte de un proceso de disciplinamiento sexista.

Si bien es cierto que el concepto de género nos permite distanciarnos de las posiciones escencialistas, la explicación cotidiana que mucha gente da a sus actos sigue partiendo de un determinismo biológico. Vendrell (2004) señala que es el esencialismo es una ideología que se basa en la creencia de que existen 'esencias' (p. 36). Desde una perspectiva esencialista "lo que somos es 'sexo', porque en definitiva e irreductiblemente somos cuerpo, o yendo incluso más allá: somos un cuerpo al servicio de la perpetuación de unos determinados genes" (Vendrell, 2004: 42). El argumento esencialista entiende que la esencia "trasciende la cultura y los avatares históricos, [es] algo que, por definición, se encuentra más allá -más abajo, en lo profundo, en la base, como lo biológico o más arriba, como lo espiritual- de las formaciones históricas, las culturas, los individuos o los acontecimientos" (Vendrell, 2004: 35). Los argumentos esencialistas o biologicistas asumen que la historia y la cultura no puede modificar lo que ha sido creado por la naturaleza.

Badinter (1993) entiende que para el esencialismo "[t]odo se halla inscrito de antemano y no hay posibilidad de cambios ni de creación. Encarcelados en un esquema predeterminado e incluso sobredeterminado, el hombre y la mujer se ven condenados a representar los mismos papeles a perpetuidad […]" (p. 43). Para la

perspectiva esencialistas lo natural es destino. Desde esta perspectiva no hay género, ya que no considera la relevancia de los aprendizajes sociales.

Cascales (2015) entiende que, en la actualidad, “muchos varones siguen entendiendo la masculinidad como una posición natural, normal, intrínseca y estática del contexto en el que viven” (p. 336). Kimmel (1997) coincide cuando afirma que los hombres “pensamos que la virilidad es eterna, una esencia sin tiempo que reside en lo profundo del corazón de todo hombre. […] Pensamos que la virilidad es innata, que reside en la particular composición biológica del macho humano, el resultado de los andrógenos o la posesión de un pene” (p. 49).

Coincido con Lamas (1999) cuando señala, que el orden social que da sentido al género “está tan profundamente arraigado que no requiere justificación: se impone a sí mismo como autoevidente, y es tomado como natural” (p. 161). Es decir, aunque los comportamientos de los hombres no están determinados por su biología, muchos siguen pensando que nacen ‘masculinos’, que sus cuerpos ‘son’ fuertes, sus emociones ‘son’ duras. Al asumir que así nacieron, que la masculinidad está sus genes y no reconocer la influencia del género en sus comportamientos, dificulta que se interesen en cambiar.

Esto es congruente con lo que explica Kaufman (1989) según él, los niños, en su proceso de socialización, no sólo aprenden un rol de género, se están convirtiendo en parte de ese género. ”[T]odo su ser, en mayor o menor grado y al precio de un mayor o menor conflicto, será masculino” (p. 38). La masculinidad no debe ser entendida como un simple maquillaje en la vida de los hombres, se in-corpora, se encarna y afecta todos los aspectos de sus vidas. Los hombres no sólo

actúan de manera masculina, se piensan, imaginan, sueñan, definen, viven, y mueren masculinos.

Un ejemplo de que la genitalidad sigue siendo el referente que simbólicamente concentra la masculinidad de los hombres lo podemos escuchar en frases que utilizan de manera cotidiana: dicen hacer las cosas “por sus huevos”, o se cuestionan si “¿no tienes huevos?”, se motivan diciendo “échale huevos”[61]. La imposición masculina está tan naturalizada y tiene efectos tan profundos que la masculinidad es vista como natural, genética, esencial, una propiedad de los cuerpos. Cuando un hombre afirma que “así nació”, la masculinidad se ha encarnado.

Obediencia acrítica

El segundo elemento a destacar de la enajenación es la obediencia acrítica de los hombres a los mandatos de la masculinidad. De Keijzer (2016) ha titulado uno de sus artículos “Sé que debo parar, pero no sé cómo” (p. 281). En este texto describe que uno de sus amigos cercanos ha “prometido parar la máquina”, pero no encuentra la forma para distanciarse de su trabajo, darse tiempo libre, a pesar de reconocer que lo necesita. Lo que quiero resaltar es la dificultad que implica para algunos hombres desobedecer los mandatos de la masculinidad.

El primer punto para explicar la obediencia acrítica es la naturalización o resignación con que viven los hombres sus malestares. Es común que nieguen,

[61] El 25 de enero de 2010, Salvador Cabañas recibió un disparo en la cabeza. La descripción de los hechos señala que el “JJ” colocó su pistola en la cabeza de Cabañas. Cabañas, al tener la pistola en la cabeza, retó al “JJ” al decir “tírale, tírale si tienes huevos”.

oculten o trivialicen sus malestares, enfermedades, dolores, tristezas, soledad, preocupaciones, miedos, inseguridades, lesiones, heridas, accidentes, etc. En este mismo sentido Mignolo (2010) se pregunta "¿[p]or qué alguien estaría interesado en contribuir con una disciplina si no es por alienación o interés personal?" (p. 29). Los hombres tienen problemas de género y sus silencios, su negativa a atenderse, su falta de disposición para cuidarse y la ausencia de crítica a los mandatos de la masculinidad está relacionada con su enajenación.

Bonino (2002) afirma que la masculinidad "genera sujetos varones con déficits, mutilaciones deshumanizadoras y conflictos con otras facetas de lo humano, siendo además en su constitución factor de riesgo para la salud y la vida" (p. 29). Sólo a partir de la enajenación me he podido explicar que los hombres tengan conductas violentas con sus parejas, que sean distantes de sus hijos y de sus vínculos más cercanos, que establezcan relaciones "amistosas" frías, distantes, competitivas, que tengan sexualidades cosificantes y mecánicas, que se expongan a situaciones que representen un riesgo para su bienestar, que descuiden su integridad y se nieguen a atender cuando tienen un malestar físico o emocional. En palabras de Maturana (1998), podríamos afirmar que el comportamiento de los hombres no es autopoiético[62]. La enajenación de los hombres explica por qué los

[62] Maturana (1998) explica la diferencia entre las máquinas y los sistemas vivos es que las primeras buscan cumplir con un objetivo que no está centrado en su propia existencia. En cambio, los seres vivos son sistemas que trabajan para mantener su propio equilibrio, su bienestar. "Las máquinas autopoiéticas son autónomas: es decir, subordinan todos sus cambios a la conservación de su propia organización, independientemente de cuan profundas sean las demás transformaciones que puedan sufrir durante el proceso" (p. 71). Sus funciones básicas están encaminadas a su propia supervivencia. Mientras que otras máquinas "producen con su funcionamiento algo distinto de ellas mismas – como en el caso del automóvil. Estas máquinas no son autónomas, ya que los cambios que experimentan están necesariamente supeditados a la producción de un producto distinto de ellas" (Maturana, 1998: 71)

hombres descuidan su propia conservación, su bienestar, dan la vida por obedecer los mandatos de la masculinidad y mueren evitando “feminizarse”.

El segundo punto lo encontramos al visibilizar las consecuencias que tiene para los hombres la obediencia acrítica a los mandatos de la masculinidad. como ejemplo puedo mencionar a Kaufman (1999) cuando señala que, en muchos casos, los hombres que utilizan la violencia contra las mujeres “experimentan un profundo repudio por sí mismos y por sus conductas” (p. 4). Kaufman (1997) también describe que ha encontrado en entrevistas con hombres que han golpeado o violado a mujeres, que estos “muestran no sólo desprecio hacia ellas, sino frecuentemente un odio y un desprecio mucho más profundo hacia sí mismos” (p. 71). Si estas conductas son indeseables y generan desprecio para los mismos hombres que las ejecutan por qué lo hacen.

A manera de metáfora, propongo pensar la enajenación[63] como una voz que les indica a los hombres cómo deben comportarse. Esta voz replica la normativa sexista; y es tanta su influencia que los hombres llegan a pensar que es su voz. La obediencia acrítica nos permite visibilizar el poder que tiene la voz normativa en las vidas de los hombres: indica cómo deben comportarse, presiona para que lo hagan, premia y/o sanciona en función de su obediencia.

Es tanta la presión de la voz normativa que los hombres obedecen sin considerar las consecuencias negativas que esto tiene para sus vidas o para la de

[63] A diferencia de planteamientos marxistas, que consideran que la fuente primaria de alienación es el trabajo, mi postura entiende que la primera forma de alineación es el género. La relación de los hombres con el trabajo está condicionada por la asignación genérica. Por lo tanto, se da primero la imposición sexista y en un segundo momento, la alienación del trabajo.

otras personas. Un ejemplo de esto nos lo ofrece Segato (2003), quien después de entrevistarse con hombres que han violado, señala que muchos de ellos le mencionaron que en el momento de la violación no tenían plena consciencia de lo que hacían. Segato (2003), recupera a Lacan para explicar que el 'pasaje al acto' "señala la irrupción de la estructura de lo simbólico a través del sujeto y a su costa" (p. 49). Con este concepto describe que, en ciertos momentos, el mandato 'atraviesa' al sujeto y este no tiene posibilidad de decidir, simplemente obedece. Agrega que "[e]n el caso de la violación como pasaje al acto, en y por la destrucción de la subjetividad de la víctima, queda abolida de un solo golpe la subjetividad del propio violador, ya que ésta está construida en estrecha dependencia de aquélla" (p. 46). Para cerrar esta idea Segato (2003) señala que la violación destruye al hombre que ha violado:

> Muchos de los dichos de los violadores revelan un notorio impulso autodestructivo asociado a la violación, una especie de suicidio consumado en el cuerpo del otro. La violación surge como agresión autorreferida a través del otro, una agresión que vuelve al sujeto y lo degrada y devasta (p. 46).

En un planteamiento parecido Izquierdo, después de analizar a hombres que han asesinado mujeres, identifica tres comportamientos característicos: a) se suicidan, b) se entregan a las autoridades, c) esperan junto al cuerpo y no evitan ser atrapados. Izquierdo (2011) señala estos actos no pueden ser leídos como violentos, si entendemos que la violencia es el uso de una posición jerárquica superior para sacar ventaja. Su postura entiende que en estos actos los hombres

no están teniendo una participación crítica, por eso habla de que hay acciones sin sujeto.

Izquierdo (2007) afirma que los “hombres y sus acciones son efectos del sexismo” (p. 1). Explica que “[n]i el hombre ni la mujer son sujetos en cuanto tales” (p. 23). Por eso propone pensarlos “no como sujetos, sino como objeto del patriarcado” (Izquierdo, 2006: 2). Entiende que “[n]o puede decirse que los actos de sumisión o de dominación se realicen con plena conciencia de su significado y consecuencias” (Izquierdo, 2013: 16). Recomienda mirar las acciones de los hombres “no considerándolas propiamente la actividad de un sujeto consciente, sino la actividad y producto social efecto del poder” (Izquierdo, 2006: 2). Agrega que

> Si el hombre y la mujer son efectos del poder, las acciones del hombre y la mujer son expresiones de la falta de un sujeto en la acción. Falta de un ser que decida conscientemente lo que hacer de su vida, pura expresión del poder que le ha construido, repetición de un sistema de relaciones que le ha constituido, que ha construido su propia subjetividad e incluso la capacidad de expresar lo que siente o la discapacidad de expresar lo que siente, desea, etcétera. Incapaz incluso de plantearse los deseos como algo propio, sino más bien como algo fuera del control del hombre y de la mujer (Izquierdo, 2006: 2).

Este planteamiento se puede explicar con la niña que fantasea con ser “enfermera-de-guerra-cuidadora-del-soldado-gravemente-herido-en-medio-del-fuego-enemigo” (Izquierdo, 2003: 149), o con el niño que fantasea con ser “soldado-a-modo-de-San-Jorge-matando-al-dragón-con-riesgo-de-su-propia-vida”

(Izquierdo, 2003: 149). Izquierdo (2003) explica que son imaginarios complementarios, que carecen “de vida propia, dan su vida por los géneros, y en ese gesto se niegan el derecho y el riesgo de vivir a su manera” (p. 149). Con estas ideas quiero señalar que cuando un hombre obedece el mandato sacrifica su individualidad, no existe la autonomía con respecto al mandato, pierde su categoría de sujeto.

La masculinización identitaria aspira programar a los hombres para que obedezcan las exigencias masculinas. Esto exige que sacrifiquen su propia individualidad. Con esto afirmo que los hombres masculinos son sujetos genéricos, programados para ser funcionar en congruencia con la política moderna. La enajenación confirma que los hombres han sido dóciles a la normativa sexista, sujetos hiper-adaptados, serviles para la política moderna.

Hay algo que motiva a los hombres a comportarse como lo hacen, aunque a primera vista sea difícil comprenderlo, pensar que es por los privilegios que obtienen es simplificar mucho la discusión y descuidar aspectos identitarios y culturales mucho más profundos que la conveniencia. La obediencia acrítica permite cuestionar la afirmación que sostiene que los hombres se vinculan con la masculinidad, principalmente por los privilegios. Mi postura entiende que la enajenación es congruente con la programación de género (Preciado, 2008). Esta enajenación provoca que un discurso introyectado influya en los comportamientos de los hombres, que obedezcan, que afecte su percepción, emociones, deseos y pensamientos.

La enajenación de los hombres, su obediencia a los mandatos de la masculinidad, su pérdida de autonomía con respecto a los mandatos de la masculinidad, la presión que ejercen los mandatos de la masculinidad sobre sus actos, la resignación y el silencio de los hombres ante sus malestares provocados por su obediencia a la masculinidad, la falta de dolo en las conductas de los hombres; confirman que la programación de género (Preciado, 2008) se ha consumado. Lo cual nos lleva a reflexionar sobre el margen de agencia que tienen los hombres ante dicha enajenación.

Agencia

El último punto para hablar de la enajenación es reflexionar sobre la posibilidad de que los hombres sean críticos de la masculinidad y/o de la resignación con la que experimentan su obediencia a las exigencias masculinas. Si tomamos como base la enajenación los hombres podemos afirmar que no reconocen el problema que les genera su obediencia a la masculinidad, no ven por qué cambiar, mucho menos cómo o qué cambiar.

Si afirmamos que la masculinidad se encarna, debemos considerar que “si la causa de la desigualdad entre mujeres y hombres es la naturaleza […] no puede cambiar, la situación es inmutable” (Izquierdo, 2013: 1). Lo primero que quiero destacar es que el determinismo biológico dificulta la posibilidad de pensar en cambiar. En este sentido Izquierdo (2013) apunta que hay un riesgo al “creer que aquello que nos es impuesto, es lo mejor que nos puede pasar, o lo único posible,

tiene como resultado que seamos nosotros mismos quienes contribuyamos a mantener las cosas como están" (p. 16).

En un sentido parecido Lamas (2013) afirma que "[y]a asumida la identidad de género, es casi imposible cambiarla" (p. 113). Si los hombres asumen como verdadera la normativa sexista, la respetan, viven atrapados por no ver formas alternativas de ser hombres. Por esto es indispensable visibilizar la imposición sexista, destacar los aspectos sociales que masculinizan a los hombres.

Lizcano (2006) entiende que "[n]unca un mito lo es para quien está creyendo en él: se trata de la realidad misma" (p. 234). A partir de esta afirmación podemos señalar que el problema más grande es que los niños masculinicen su identidad, que la masculinidad se encarne y ellos se definan como "naturalmente" masculinos. El riesgo es que si asumen que la masculinidad está en la naturaleza parece imposible de cambiar. Recordemos que lo que se entiende como natural no se puede cambiar.

Aunque mi postura entiende que la masculinización identitaria provoca que los hombres vivan enajenados por la masculinidad, es indudable que cualquier actor social posee un grado de agencia. Sin embargo, el margen de agencia de los hombres enajenados se encuentra limitado por los mandatos de la masculinidad. Los hombres para desenajenarse necesitan una agencia con respecto a la masculinidad y no una agencia masculina. (sobre esta distinción profundizaré en el capítulo tres, ver Agencia).

Hasta aquí dejo la discusión sobre la enajenación de los hombres. Sin embargo, es un concepto que estaré utilizando a lo largo del texto.

3.5 La crueldad es pedagógica

En el capítulo anterior he afirmado que todos los hombres tienen emociones. Sin embargo, la feminización de las emociones y la vulnerabilidad vergonzosa dificulta que los hombres puedan experimentar y expresar el espectro emocional feminizado. Para profundizar en la relación de esta configuración emocional y el proyecto moderno he reflexionado ¿qué emociona al hombre moderno? ¿qué intereses pueden verse beneficiados en la configuración de una emocionalidad tan confrontante? ¿qué beneficio, o perjuicio, puede representar para los hombres adormecer, silenciar u ocultar ciertas emociones? ¿desde qué perspectiva puede ser una fortaleza el desconocimiento de sí mismo y el distanciamiento de otros? ¿cómo es que mostrarse impositivo es visto como una virtud, y ser tierno se ve como algo vergonzoso? ¿qué tipo de interacciones promueve una sociedad que da mayor prestigio a la crueldad que a la ternura? ¿qué alternativas para resolver los conflictos ofrece una configuración emocional confrontante? ¿qué consecuencias tiene para los hombres pasar por lo que Segato (2016) ha definido como una pedagogía de la crueldad?

Tomando como base que la imposición sexista promueve una emocionalidad diferenciara para hombres y mujeres, podemos afirmar que el género “funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias,

identidades” (Preciado, 2008: 98). El proceso de socialización busca configurar una sensibilidad particular para hombres y mujeres. Esto implica que, el proceso de masculinización influye en las formas de sentir, actuar y experimentar el mundo.

Mi posición entiende que la mayoría de los hombres son expuestos a formas ‘crueles’, hasta que aprenden a portarse como ‘hombres’. Esto es congruente con el planteamiento de Segato (2016) al explicar que la pedagogía masculina y su mandato se transforman en una pedagogía de la crueldad (p. 21). Para mi desarrollo es indispensable precisar que los hombres disciplinan sus emociones en entornos violentos, que los niños antes de violentar son violentados, fundamentalmente, por la imposición masculina. (sobre esto profundizaré en el siguiente capítulo, ver Macromachismos para la imposición identitaria)

La pedagogía de la crueldad nos permite profundizar en el proceso de socialización que configura la emocionalidad de los hombres. Segato (2016) aclara que la masculinidad está más disponible para la crueldad “porque la socialización y entrenamiento para la vida del sujeto que deberá cargar el fardo de la masculinidad lo obliga a desarrollar una afinidad significativa” (p. 13). La pedagogía de la crueldad posibilita que los hombres aprehendan y aprendan que la violencia es un recurso legítimo para la resolución de conflictos y para imponer su voluntad.

Kaufman (1999) señala que en la raíz de las sociedades patriarcales la violencia es “un medio clave para resolver disputas y diferencias, ya sea entre individuos, grupos de hombres o, más tarde, naciones” (p. 2). El mismo Kaufman describe que en la sociedad patriarcal “los actos de violencia de los hombres o la agresión violenta (en este caso, usualmente contra otros hombres) son celebrados

en los deportes y el cine, en la literatura y la guerra. La violencia no sólo es permitida; también se glamoriza y se recompensa" (p. 2). Vivimos con un discurso contradictorio con respecto a la violencia: por un lado, se le ve como indeseable, algo que hay que evitar y, por el otro, es una forma de resolver diferencias, vivimos entre guerras, delincuencia, está presente en convivencias, incluso amistosas y es un recurso legítimo en ciertos escenarios.

Le Breton (2005) señala que la educación puede asumir "modalidades suaves o agresivas según los contextos culturales. A lo largo de su desarrollo, el niño se apropia de registros culturales diferentes" (p. 24). Como ya he señalado, la debilidad, la duda, la culpa, la inseguridad, el miedo son emociones contrarias a la política moderna y experimentadas con vergüenza por los hombres. El proceso de masculinización requiere los niños se entrenen para que, cuando sean adultos, tengan los recursos emocionales para asumir con el rol que se les asigna.

Según hooks (2021) "[p]ara adoctrinar a los niños en las reglas del patriarcado, les obligamos a sentir dolor y a negar sus sentimientos" (p. 37). Ya que "los hombres de verdad no sienten dolor" (hooks, 2021: 25). Esto provoca que los jóvenes y adultos aprendan que *"*no deben expresar sentimientos, a excepción de la ira; que no deben hacer nada que se considere femenino o propio de la mujer" (hooks, 2021: 52). Los hombres aprenden que "[s]er 'vulnerable' es un estado emocional que muchos hombres intentan evitar" (hooks, 2021: 131). Por eso aprender a ocultar ciertas emociones y a mostrarse fuertes, seguros, atrevidos, valientes.

A continuación, retomo el planteamiento de Segato (2016) para señalar que la pedagogía de la crueldad es parte de un disciplinamiento para vivir en un mundo competitivo. Desde mi perspectiva esta pedagogía implica un proceso que requiere de a) insensibilizar, b) desvincular y c) (des)motivar a los hombres.

3.5.1.1 Insensibiliza

La pedagogía de la crueldad es indispensable para quienes quieran destacar en un mundo competitivo, ya que provoca que la gente tenga bajos umbrales de empatía (Segato, 2016), además, nos entrena "para que consigan ejecutar, tolerar y convivir con actos de crueldad cotidianos" (Segato, 2016: 99). Lo cual es congruente porque para adquirir un estatus masculino "es necesario expurgar la sensibilidad y el acomodamiento al bienestar del contacto materno" (Segato, 2003: 98). Este proceso pedagógico es indispensable para poder vivir entre violencias, ejercidas y sufridas.

Segato (2003) también apunta que ser hombre "es siempre un poco ser soldado: duro ante el dolor propio o ajeno, poco sensible ante la pérdida" (p. 98). La masculinización va logrando, gradualmente, que los niños se hagan duros, distantes, fríos, secos, imperturbables a la ternura. Esta insensibilización se logra por medio de la exposición a la violencia que deriva en un efecto de normalización. Segato (2016) retoma una frase de Andy Warhol para explicar esta idea: "*the more you look at the same exact thing, the more the meaning goes away, and the better and emptier you feel*[64]" (p. 23). Un ejemplo de esto lo encontramos en los contenidos

[64] "cuanto más miras exactamente lo mismo, más desaparece el significado, y mejor y más vacío te sientes". Traducido por Google.

presentados en los medios: desapariciones, migraciones, homicidios violentos, migraciones, ataques terroristas, violaciones, personas en situación de indigencia, trata de personas, desempleo, tráfico de órganos, entre muchas otras formas de violencia.

Valencia (2014) entiende que la violencia no es algo de lo que podamos desadscribirnos. Describe que

> es un sistema de relaciones de poder y económicas que destruyen al tejido social y tarde o temprano nos terminan afectando a todos y todas porque, al ser sistémica, se vale de mecanismos de normalización y auto legitimación que necesitan de prácticas cada vez más atroces, para contrastar, confrontar y controlar el entorno social de lo normalizado (p. 77).

Marshall Mcluhan usaba una metáfora para hablar de la manera en que las tecnologías afectan la sociedad. Proponía pensar la sociedad como un vaso lleno con agua y las tecnologías como una gota de tinta. Explicaba que si vertimos una sola gota de tinta en el vaso se modifica todo el contenido. Esta misma metáfora podría utilizarse para explicar la manera en que la violencia afecta la sociedad. Con esto no estoy diciendo que la violencia nos afecte de la misma manera. Sin embargo, esta metáfora nos permite subrayar que la crueldad que vivimos de manera cotidiana afecta de manera significativa a toda la sociedad.

Los hombres, al exponerse a violencias endurecen la piel, hacen callo, se insensibilizan, reduciendo la posibilidad de experimentar malestar, incomodad, asco o desagrado ante ciertas situaciones. Es por esto que Kaufman (1997) describe que

los hombres “[d]ebemos mantener una barrera emocional frente a los que nos rodean para poder seguir luchando y ganando” (p. 72). La pedagogía de la crueldad es configurada por y para vivir en este patriarcado moderno, según lo define Segato.

Martínez (2013) precisa que la fuerza y la dureza tienen una doble connotación, “aluden a aspectos físicos (i.e., musculatura, resistencia física); pero también tienen una fuerte connotación al carácter personal (i,e., aguantar, no quebrarse)” (p. 187). En ambos casos, los hombres no deben mostrarse frágiles, ni doblarse ante la adversidad. En el estudio de Martínez (2013) los jóvenes entienden que “no se debe dejar doblegar por nada ni nadie, ya que a él le corresponde sacar adelante a la familia, ‘dar la cara’” (p. 187). Por las exigencias masculinas enseñan a los hombres que es conveniente para sus vidas endurecerse.

Badinter (1993) entiende que en los hombres el “estoicismo moral y físico” se aprende con el paso los años y la superación de pruebas. Explica que para conseguirlo

> el jovencito debe enfrentarse, a menudo, a situaciones de extrema crueldad. Incluso si hoy tendemos a ver si simplemente el aspecto sádico y negativo de estas pruebas, cabe señalar que se realizan siempre con el objeto de reforzar la masculinidad y que sin ellas esta corre el peligro de desvanecerse, e incluso de no llegar a formularse nunca (p. 92)

Núñez (2004) explica que, los seres socializados como hombres, “llegan a silenciar o ‘perder contacto’ con las dimensiones de la experiencia personal que, por ser consideradas ‘femeninas’, son reprimidas en el proceso de socialización” (p. 29).

La insensibilidad es consecuencia de la pedagogía de la crueldad y provoca un endurecimiento, incluso sobre los propios malestares. Esto sirve como un mecanismo de adaptación que permite a los hombres ampliar su umbral ante situaciones de violencia, situaciones de riesgo o confrontaciones. Este mecanismo adormece su dolor, cansancio, tristeza o miedo.

Esta insensibilización también puede provocar “que los niños acepten que su disposición a cometer actos violentos los convierte en hombres patriarcales” (hooks, 2021: 66). Hooks (2021) agrega que “se ha programado a miles de niños y hombres desde el nacimiento para que crean que en algún momento deben ser violentos, ya sea psicológica o físicamente, para demostrar que son hombres” (p. 67). Si bien podríamos pensar la insensibilización como un recurso operativo, tenemos que considerar las consecuencias y las afectaciones que tiene esto para la calidad de vida de los hombres y de las personas con quienes interactúan.

3.5.1.2 Desvincula

Como he señalado la feminización de las emociones y la vergüenza que provoca la vulnerabilidad dificulta que los hombres muestren ciertas emociones, oculten ciertos malestares, reprime expresiones afectivas cálidas. Si recordamos que Maturana (1988) afirma que “[l]a ética no tiene un fundamento racional sino uno emocional” (p. 33), podemos afirmar que si a los hombres “endurecen” sus emociones, se dificulta que puedan tener comportamientos éticos, empáticos. Esto mismo permite considerar que una emocionalidad confrontante, competitiva, promueve interacciones instrumentales, incluso más hostiles.

Los niños aprenden que deben evitar expresar emociones ‘femeninas’ y a rechazar muestras de afecto, sus vínculos se piensan desde la funcionalidad, se hacen rígidos, acartonados. El endurecimiento de las emociones de los hombres, dificulta que desarrollen habilidades sociales más empáticas, atrofia su sensibilidad interactiva y provoca una tosquedad interpersonal. “Las reglas de la hombría patriarcal les recuerdan que es su deber como hombres rechazar los vínculos” (hooks, 2021: 96). Se espera que los hombres se muestren imperturbables, inexpresivos, como si no les pasara nada. Su hermetismo y rigidez expresiva afecta sus vínculos, los más hace distantes, fríos, de lo que podrían si configuran otra emocionalidad.

Es tan común que los hombres se sientan perjudicados al experimentar las emociones feminizadas que Seidler afirma que “si por los hombres fuera, la vida emocional masculina no existiría en absoluto ya que sólo sirve para obstaculizar la realización de las metas y los propósitos establecidos exclusivamente por la razón” (Seidler, 2000: 48). Para los hombres ciertas formas de sensibilidad se ve como un estorbo, una limitante.

Una sociedad competitiva requiere de sujetos eficientes, centrados en obtener resultados y lograr objetivos, que, en caso de ser necesario, se desprendan de cualquier aspecto que los distraiga de alcanzar sus metas. En sus intentos por sobresalir, los hombres sacrifican abrazos, besos, caricias, aprenden a desprenderse de los vínculos personales. La pedagogía de la crueldad provoca un distanciamiento afectivo que desvincula a los hombres, de sí mismos y de otras personas.

3.5.1.2.1 Desvincula de sí mismos

En páginas anteriores ya he hecho referencia a la enajenación que viven los hombres. Señalo esto, porque la enajenación es una primera evidencia para reflexionar sobre la desvinculación que viven los hombres de sí mismos. Kaufman (1989) entiende que el “continuo bloqueo y negación consciente e inconsciente de la pasividad y de todas las emociones y sentimientos que los hombres asocian con esta, como el temor, el dolor, la tristeza, la vergüenza, es la negación de parte de uno mismo” (p. 56). El hermetismo de los hombres sobre sus malestares y sobre las emociones que se definen como femeninas, requiere que se desvinculen de su sentir y adormezcan las emociones feminizadas.

El ‘endurecimiento’ de sus emociones provoca que se vinculen con sus cuerpos como si fueran máquinas. Los malestares el cansancio, las lesiones, son vistos como problemas funcionales. Rechazan cuidados, ocultan heridas, niegan tristezas, silencian el dolor para mostrar que pueden seguir compitiendo. Esto tiene como consecuencia que omitan cuidados, que no atiendan su desgaste, que se expongan a riesgos, que comprometan su integridad, su vida para tratar de cumplir con las exigencias sociales.

La enajenación provoca una fragmentación en las vidas de los hombres; un cortocircuito entre sus emociones y su cuerpo, los desvincula de sí mismos. Al desvincularse de sí mismos silencian lo que sienten, lo que les duele y sus propias necesidades. Si los cuidados físicos son para los débiles, si sólo lo femenino es dependiente, los hombres aprenden a rechazar atenciones o cuidados que los

‘feminicen’ y sacrifican la posibilidad de establecer un vínculo más tierno con ellos mismos.

3.5.1.2.2 Desvincula de otros

El hermetismo de las emociones definidas como femeninas también provoca que los hombres se muestren secos, rígidos, inexpresivos. Al silenciar qué sienten, qué piensan, qué les duele, qué necesitan, es difícil para otras personas saber qué les sucede. Esto provoca que su vinculación interpersonal sea superficial, frágil. Su inexpresividad coloca una pared que dificulta que otra persona pueda acceder a ciertos aspectos de su intimidad, los desvincula.

En el diálogo que sostiene El Principito con el Zorro (de El Principito) se afirma que los hombres no se dejan domesticar. El Zorro define que domesticar significa “crear lazos” (De Saint-Exupery, 2009: 69), explica que “no se conocen más que las cosas que se domestican” (De Saint-Exupery, 2009: 70). Cuando domesticamos algo se vuelve parte de nosotros, nos atamos. El silencio, hermetismo o frialdad con que se vinculan los hombres dificulta que puedan domesticar(se). Es por esto que Botello (2017) afirma que “las emociones ligadas al mandato masculino hegemónico estarían frenando la conformación de emociones éticas que tengan presente al otro(a)” (p. 54). El distanciamiento de su propia vulnerabilidad y ‘feminidad’ ha provocado que nos distanciemos de otras personas: padres, madres, hermanes, amigues.

Este desvinculo de los otros es parte de la programación “para reducir el umbral de sensibilidad al sufrimiento ajeno” (Segato, 2018: 72). La naturalización de

la crueldad facilita que hagamos lo que se espera de nosotros (Seidler, 1995: 103). Este desvinculo nos mantiene ligeros, libres, dispuestos a hacer lo que sea necesario. Quizá el ejemplo más claro son los padres que salen de su casa para trabajar largas jornadas. El distanciamiento afectivo de sus hijos y parejas, evita que experimenten dolor o culpa. El desvínculo emocional es un recurso que aprenden los hombres para desenvolverse en un mundo cruel.

En la introducción preguntaba sobre las afectaciones que viven los hombres al reprimir aspectos que se asumen como femeninos. Quizá el aspecto más relevante es que aprendan a desvincularse del malestar ajeno, a desinteresarse por la calidad de vida de otras personas. Dejar de conmoverse tiene profundos efectos políticos. Uno de los problemas de prohibirles a los hombres experimentar lo femenino es la fractura que tiene esto para la vida en comunidad.

En algunos espacios he escuchado que hombres refieren que los vínculos personales son distracciones o pérdidas de tiempo junto al protagonismo de sus trayectorias profesionales. Quiero decir que el sentido de vida moderno ha definido que es más importante ser exitoso, tener un buen trabajo, que establecer relaciones personales de calidad, profundas, honestas. Restándole protagonismo a los amigos, la familia, la pareja; dejando estos vínculos en un segundo término. Los hombres modernos aprenden a ser distantes, eficientistas, exitosos, competitivos, fríos. Eliminan de su vida lo que no les reporta un beneficio material o profesional. Sus actos están motivados por el éxito moderno.

3.5.1.3 (Des)motiva

Si detrás de nuestros actos hay emociones y los hombres no se vinculan desde las emociones feminizadas y hasta se incomodan cuando los abrazan o reciben besos y otras expresiones de cariño ¿con qué emociones se vinculan? Para tratar de contestar esta pregunta quiero hablar sobre la manera en que la pedagogía de la crueldad motiva a los hombres a introyectar el sentido de éxito promovido por la modernidad. Le Breton (1998) señala que cada grupo social "atribuye determinada importancia a ciertos hechos, inspira la emoción" (p. 109). Las emociones funcionan como dispositivo para el disciplinamiento de los hombres. Es por esto que considero que el último paso de la pedagogía de la crueldad es (des)motivar a los hombres.

La raíz etimológica de emoción que remite al verbo latino emovere (Ahmed, 2015: 32), significa 'hacer mover'" (Pons y Guerrero, 2018: 2). Maturana (1988) señala que "no hay acción humana sin una emoción que la funde corno tal y la haga posible como acto" (p. 8). Esto me parece congruente con la afirmación de Segato (2018) "[s]olo se es derrotado cuando el enemigo se ha infiltrado en nuestro corazón" (p. 71). En el mismo sentido Ramírez (2020) entiende que las emociones son "dispositivos socioculturales que disponen a la acción de los sujetos en contextos sociales específicos" (p. 11). Siguiendo con la argumentación que he desarrollado me permito afirmar que el corazón de los hombres ha sido configurado por la política moderna. Si queremos saber qué mueve a los hombres podemos preguntarnos ¿qué los emociona o los mueve a comportarse como lo hacen? ¿qué actividades ven como prioritarias en sus vidas? ¿a qué dedican su tiempo, su interés, sus energías?

El proceso que inicia con la insensibilización, el desconocimiento de sí mismos y el distanciamiento afectivo con respecto a otras personas vacía a los hombres de motivaciones interpersonales, lo cual facilita que sean más receptivos, más dóciles, a las motivaciones modernas. Si los hombres tuvieran un vínculo más estrecho con sus seres queridos sería más difícil que fueran seducidos por el sentido de vida moderno.

Con esto quiero señalar que la (des)motivación exige que aprendan, de manera paralela, a comportarse como ‘hombre’ y a no comportarse como ‘mujer’. Por esto es más legítimo para los hombres emocionarse por la competencia que por un beso tierno. En congruencia con los valores que he destacado del proyecto moderno, el sujeto moderno debe aprender a moverse teniendo como prioridades la jerarquía, la competencia y la ambición.

La modernidad requiere de un sujeto ambicioso, deseante, valiente, atrevido, consumista, insatisfecho, seducido por la novedad, que desprecie lo viejo, que disfrute del vértigo de la competencia, que se alimente de triunfos, un sujeto emocionado que persiga sus criterios de éxito. Galeano menciona que la exitoína “es una droga mucho más devastadora que la cocaína aunque no la delatan los análisis de sangre y de orina” (Galeano). Es por esto que los hombres dedican sus esfuerzos en alcanzar el éxito moderno aunque sacrifiquen su integridad, sus vínculos, su calidad de vida, esto facilita que tengan interacciones instrumentales, utilitarias, cosificantes o impositivas.

El discurso moderno define el deber ser, el camino a seguir, lo que es éxito, qué es un buen trabajo, nos alienta a consumir, presumir, ser productivos, eficientes,

exigentes, ambiciosos, insiste que no debemos darnos por vencidos, dejar de luchar; en contraste define las características indeseables, lo que resulta vergonzoso para su proyecto: ser femenino, mostrarse vulnerable, ser frágil, dependiente, débil, recibir cuidados físicos, mostrar dolor, cansancio, ser tiernos, no tener ambición, conformarse, no arriesgarse. Estas últimas son características atribuidas a una persona mediocre, sin futuro.

Si el éxito es lo que dice la modernidad, sólo seremos exitosos luchando, competiendo, evitando ser débiles, mostrándonos fuertes, ocultando nuestra fragilidad, avergonzándonos de nuestra vulnerabilidad. Mientras los fuertes sean los exitosos, los débiles serán sometidos, vivirán en los escalones de abajo. Si el éxito en la vida está ligado con la competencia, la masculinidad y su emocionalidad son indispensables.

Mi postura entiende que antes de que los hombres se motiven con el sentido de vida definido por el éxito moderno, deben aprender a insensibilizar sus emociones, a silenciar sus malestares físicos, esto los desvincula de sí mismos, de otras personas y los hace más propensos a introyectar los mandatos de la masculinidad, el sentido de vida conveniente para la modernidad y el capitalismo. Dicho de otra manera, para que se consolide la programación/enajenación, se requiere que los hombres se desvinculen de sus emociones tiernas, fracturen la comunicación con sus malestares, atrofien su capacidad receptiva; habiendo logrado esto, su hermetismo y frialdad precariza sus relaciones interpersonales, el último paso se da cuando introyectan el éxito moderno como si fuera propio. El éxito motiva el sentido de vida de los hombres.

3.5.1.4 Cierre pedagogía de la crueldad

En este apartado he recuperado la pedagogía de la crueldad propuesta por Segato (2016) para describir el proceso por medio del cual los hombres masculinizan sus emociones. Mi postura es que la pedagogía de la crueldad es un entrenamiento que requieren los hombres para desempeñarse en un mundo competitivo, jerárquico y ambicioso.

Si las disciplinas pretenden gobernar, orientar conductas (Foucault, 2008) y las personas nos movemos a partir de lo que sentimos (Maturana, 1988), podemos afirmar que si los hombres no disciplinaran sus emociones serían ingobernables, salvajes. Si el disciplinamiento emocional es indispensable para que las personas actuemos en congruencia con la política hegemónica, debemos replantearnos la relevancia de las emociones, de su disciplinamiento, y, en el caso de los hombres, de su masculinización.

Se debe considerar la relevancia de las emociones, ya que estas nos mueven. Si la disciplina busca que actuemos en congruencia con su cosmovisión, requiere que los sujetos configuren las formas de sentir congruentes con su política. Dicho de otra manera, los hombres son dóciles a la disciplina cuando introyectan su normativa, esto sólo es posible si aprenden a sentir lo que dicha normativa dicta.

Lo que me interesa destacar es que sin este entrenamiento emocional sería imposible para los hombres soportar los malestares físicos que silencia, tolerar la violencia cotidiana, aceptar el distanciamiento afectivo de sus seres queridos e

introyectar el sentido de vida promovido por la modernidad. Si las emociones nos mueven, la disciplina requiere configurar la emocionalidad para que los hombres se muevan como lo dicta la modernidad.

Si hacemos dialogar la postura de Maturana (1988) que señala que “no es la razón lo que nos lleva a la acción sino la emoción” (p. 9), con la nutrición emocional (Linares, 1996) podemos pensar en lo problemático que es que los hombres configuren una emocionalidad confrontante.

1. Dani Alves

El 28 de abril de 2014, Dani Alves, jugador del Barcelona, se disponía a realizar un tiro de esquina cuando lanzaron un plátano de la tribuna que cayó a unos pasos de sus pies. Dani, como si no hubiera entendido la agresión racista, recogió el plátano, lo partió, se lo llevó a la boca para comerlo e, inmediatamente después, hizo el cobro de tiro de esquina. Coincidentemente ese día Barcelona quedó campeón con dos goles derivados centros de Dani.

Al terminar el partido Dani, explicó en su cuenta de Facebook, “ya me decía siempre mi padre, hijo come bananas, que evitan los calambres”. En una entrevista posterior Dani explicó que no era la primera vez que sufría insultos racistas, que “si uno se lo toma así, puede sufrir”, agregó que ya llevaba en España 11 años y 11 años viviendo lo mismo. Apuntó que lo mejor era “tomarlo con humor, yo me lo tomo a guasa. Si tú no le das la importancia, no atiendes su objetivo. No vamos a cambiar esto, hay que tomárselo casi en broma y reírse de estos retrasados”.

Es claro que el plátano no buscaba dañar físicamente a Dani; quería desconcentrarlo, afectarlo emocionalmente, sacarlo del partido. Dani sabía que para ganar el partido, debía ignorar la violencia que habían ejercido contra él, debía gestionar sus emociones de manera que no perjudicaran su rendimiento en la cancha.

2. Emocionalidad para la competencia

He señalado que para mí la dimensión emocional es relevante por tres aspectos: a) como un dispositivo indispensable para la masculinización identitaria, b) como un aspecto que disciplina la sensibilidad y orienta el sentido de vida de los hombres y, finalmente, c) por ser un recurso indispensable para que los hombres puedan lograr una mayor autonomía con respecto a la enajenación que provoca la masculinidad. En este apartado me interesa centrarme en la emocionalidad disciplinada. Es decir, en el resultado del disciplinamiento emocional de los hombres.

Para desarrollar este punto reflexionaré sobre la emocionalidad que se promueve en los hombres; como he señalado, esta emocionalidad se ha configurado en congruencia con la masculinidad y por lo tanto con la política moderna. Para Le Breton (2005) la educación que recibimos proporciona "las condiciones propicias para la interiorización de este orden simbólico que modela su lenguaje, sus valores, sus referentes, su gestualidad, la expresión de sus sentimientos, sus percepciones sensoriales, etc., en función de la cultura corporal de su grupo" (p. 24).

Para abordar esta discusión me centraré en hablar de la configuración emocional indispensable para desenvolverse en un mundo competitivo. Entiendo que cualquier persona que haya participado en una competencia sabe que se requiere de una disposición emocional que nos motive a seguir compitiendo, a no darnos por vencidos a pesar de la adversidad y a ocultar el cansancio, dolor, miedo o cualquier aspecto que pueda significar debilidad. La competencia exige que los hombres se muestren seguros, fuertes, capaces, autosuficientes. Con esto busco señalar que el proceso de masculinización de los hombres los prepara emocionalmente para desenvolverse en un mundo competitivo.

Como he señalado en páginas anteriores, los hombres pasan por un proceso de insensibilización y desvinculación, esto provoca que parezcan imperturbables, que lleguen a tener comportamientos fríos, dominantes y favorece que tengan una mayor disposición para confrontar o luchar. Botello (2017) hablando de las emociones, señala que los hombres buscan deshacerse “de lo supuestamente ‘innecesario’ e ‘inútil’, dejando a un varón libre y cercano de alcanzar lo deseado” (p. 43).

La capacidad receptiva de los hombres discrimina los estímulos, lo cual les permite desentenderse de los que no consideran relevantes para lograr el resultado deseado y centrarse en los que sí lo son. Para que los hombres puedan ser competitivos requieren una sensibilidad a ciertos aspectos y evitar cualquier elemento que los distraiga: accesorios, heridas, dolores, malestares, familia, vínculos, entre muchos otros. El emocionar masculino orienta la sensibilidad de los hombres al precisar cuáles motivos son legítimos para emocionarse y cómo

reaccionar. Un ejemplo es que los hombres inviertan horas en arreglar su coche, pero no es bien visto que dediquen el mismo tiempo a procurar su apariencia.

Seidler (1995) entiende que a los hombres “se nos enseña a que nos traguemos lo que sentimos para que podamos hacer lo que se espera de nosotros. Pero esta es la manera en que nos mantenemos ignorantes de nosotros mismos, sin saber nunca realmente lo que aprenderíamos de nuestra propia existencia” (p. 103). Los hombres, al configurar una emocionalidad competitiva, ambiciosa, confrontante, tienen comportamientos fríos, jerárquicos, impositivos, crueles. En los anuncios de ocasión encontramos que las empresas requieren de empleados que puedan trabajar bajo presión, que acepten cobrar en función del cumplimiento de objetivos, que tengan tolerancia a la frustración, con disposición para viajar, con horarios flexibles, estas características hablan de un perfil emocional centrado en la competencia, de sujetos que no se dejan afectar por el estrés, que haya aprendido a desvincular su vida personal y su desarrollo profesional, de manera que no afecte su rendimiento.

Los hombres, para poder competir, deben centrarse en el resultado de la competencia. Frecuentemente gana quien tiene más ambición y está dispuesto a sacrificar otros aspectos de su vida, compromete su integridad, sus vínculos y su calidad de vida por ganar. Al introyectar la ambición, se obsesionan por ganar debe tener disposición para sacrificar lo que sea necesario y vencer cualquier adversidad.

En reuniones familiares he participado en actividades que, aunque originalmente tenían la intención de fomentar la convivencia, terminan provocando roces porque algunas personas, principalmente hombres, comienzan a tensar el

juego por su hambre por ganar. Yo mismo me he sorprendido participando en actividades en las que, aunque originalmente tenían la intención de divertir o pasar el rato, confundo el juego con la competencia. Con esto quiero señalar que cuando los hombres aprehenden el emocionar masculino llegan a tener mayor disposición que las mujeres y mayores recursos emocionales para la competencia. Esto implica hacer todo lo que esté a su alcance para evitar perder, asumir más riesgos, incluso sacrificar su bienestar buscando ganar, ocultar nervios, soportar la presión, ser más resilientes frente a la adversidad. Esto nos permite pensar en que los hombres, en su proceso de socialización, tienen una agencia diferenciada con respecto a la que aprenden las mujeres (sobre esto profundizaré en el siguiente capítulo, ver Agencia).

Cierre de capítulo

La legitimidad de los valores modernos -jerarquía, competitividad y ambición- y la imposición del sexismo, asumen que los niños varones nacieron para competir y los entrena para esto. La masculinidad es el modelo de comportamiento impuesto por la normativa sexista a los cuerpos machos. El proceso de masculinización entrena a los cuerpos machos física y emocionalmente para que aprendan a desenvolverse en un mundo competitivo. Después de años de “masculinización” de los cuerpos machos y de la “feminización” de los cuerpos hembras las diferencias son abismales.

El género es una tecnología (De Laurentis, 1989) que disciplina a los hombres hasta enajenarlos. La masculinidad es un modelo de comportamiento

predictivo, que orienta las conductas de los hombres, restringe sus libertades, orienta sus potencialidades, compromete su integridad y compromete sus interacciones personales, condiciona casi todos los aspectos de sus vidas, sin que noten su influencia.

Me interesa insistir que, hasta el día de hoy, no es legítimo que los niños machos adopten conductas definidas como femeninas. Para muchas familias sigue causando sospecha y malestar pensar a un niño femenino. Si bien la homosexualidad es mucho más permitida que hace un par de décadas, entre los hombres sigue siendo común la burla y la descalificación con palabras como 'maricón' o 'puto' para aquellos que no se ajustan a las exigencias masculinas.

El destino que ha marcado la modernidad para los hombres es que deben ser masculinos. La masculinidad, al instituirse como un modelo normativo, se impone a los niños, por pensarse como correcto, deseable. Es por esto que Núñez (2004) señala que el concepto 'hombre' puede referirse a una "circularidad que se convierte en una profecía que se cumple a sí misma" (p. 28). La masculinidad, al ser diseñada pensando en hombres, al ser impuesta a los hombres, al ser el modelo normativo con que se evalúa los comportamientos de los niños, se liga como lo natural, lo correcto y lo verdadero. Se ha instituido como un modelo de comportamiento que prescribe cómo deben comportarse los hombres para ser definidos como tal.

Quiero subrayar que los hombres no son esencialmente masculinos, son culturalmente masculinos. La biología crea cuerpos machos y la cultura los masculiniza. Por medio del proceso de socialización se logra que la masculinidad

se encarne en los cuerpos machos, al grado de que llegan a creer que nacieron fuertes, dominantes y seguros de sí. La masculinización identitaria es el primer paso de un proceso de masculinización permanente para los hombres. Los cuerpos machos pasan por un proceso de masculinización identitaria que pretende que se entrenen para que, al llegar a adultos, se conduzcan en congruencia con las expectativas modernas. Para lograr esto a los cuerpos machos se les impone la masculinidad como referente identitario desde que nacen. La masculinización identitaria logra, por medio de la vigilancia, presionar a los niños para que masculinicen sus cuerpos, sus emociones y su sentido de vida. La masculinización no es algo que concluya al llegar a la adultez. En la adultez los códigos se modifican, pero el sexismo sigue presente en las interacciones. (sobre esto profundizaré en Capítulo II: Disciplinamiento identitario, masculinización de cuerpos machos).

Otro aspecto que merece ser destacado el proceso de crueldad que viven los hombres. Esta crueldad implica que se insensibilizan, se endurecen ante la violencia, el dolor, los malestares. Esta insensibilización dificulta que puedan ser más receptivos a sus malestares, que tengan conductas empáticas, tiernas o que se conmuevan con el sufrimiento ajeno. También provoca que sean herméticos, sean inexpresivos, lo cual dificulta que establezcan relaciones profundas, cálidas, los desvincula incluso de personas queridas. En última instancia, esta pedagogía facilita que, vacíos de vínculos personales profundos, introyecten los mandatos de la masculinidad y las motivaciones modernas.

Las emociones son un dispositivo indispensable para que los niños introyecten la norma, ya que por medio de la nutrición o intoxicación emocional, se presiona a los niños. La búsqueda de amor, reconocimiento, aceptación y comunidad provocan que los niños se ajusten a las exigencias normativas. Mientras la masculinidad sea normativa los niños sólo se sentirán amados cuando sus comportamientos sean congruentes con las expectativas sexistas. Ya que la relación entre la normativa sexista y la nutrición emocional logra afectarlos a nivel identitario, al grado de lograr que obedezcan sus criterios. En su intención por ser nutridos, y por evitar ser intoxicados por sanciones emocionales, los niños varones harán lo posible por masculinizarse.

El sexismo está presente en prácticas culturales que se han naturalizado. La masculinización identitaria es un proceso sutil, legítimo y naturalizado en las prácticas culturales. Eso lo podemos identificar en los nombres que nos asignan, la ropa con que nos visten, los juegos que nos permiten jugar, las expectativas que depositan en nosotros, por mencionar algunas evidencias de la legitimidad, el arraigo del sexismo.

Para los intereses de la política moderna ha sido indispensable masculinizar a los niños. Mi postura entiende que son los sujetos que resultan más funcionales para su proyecto. Es por esto que se promueve que aprenden a excitarse por la jerarquía, por la competencia y a pensar la ambición como una virtud. Sin embargo, es necesario cuestionar la normativa sexista ya que, aunque sea legítimo y se piense ‘correcto’, esta masculinización perjudica su calidad de vida de niños y

hombres, representa un riesgo para su integridad física, afecta su capacidad para interactuar desde la empatía.

La masculinización identitaria se consolida cuando los niños introyectan los mandatos, cuando su identidad se ha enajenado. Si consideramos que para la normativa sexista la masculinización es legítima, correcta, deseable y el riesgo que implica que los niños varones se masculinicen, quizá debamos enseñar a los niños a oponerse a la norma y celebrar su desobediencia. Me viene a la cabeza esa frase que se le atribuye a Gandhi «cuando una ley es injusta, lo correcto es desobedecer»

La masculinidad es un modelo prescriptivo; señala lo que se espera de los hombres, evalúa sus comportamientos, sanciona sus conductas, celebra cuando obedece sus mandatos y enajena sus vidas. La masculinización identitaria, y la falta de alternativas identitarias para los cuerpos machos, ha logrado que la mayoría de hombres encarne la masculinidad como modelo de comportamiento. Al grado de que quienes no obedezcan estos criterios no son reconocidos como hombres.

Cuando se consolida la enajenación se disciplina nuestra percepción del mundo y aprendemos a leerlo desde los lentes masculinos. Lo más delicado es que, al naturalizar la educación sexista, no alcanzamos a ver la profunda influencia que tiene en nuestras vidas.

4 Capítulo III:
Dinámica moderna: Masculinización/feminización interactiva y agencia de los hombres

Es mi vida, no quiero cambiar.
Los chicos no lloran, sólo pueden soñar.
Es mi vida, no quiero cambiar.
Los chicos no lloran tienen que pelear.

Miguel Bosé

1. Billy Elliot

Billy Elliot (2000) es una película dirigida por Stephen Daldry, que presenta la historia de un niño que disfrutaba de la danza clásica. El papá se avergüenza de él, porque no practica box. A sus amigos del trabajo les oculta el gusto de su hijo. El niño, gracias a su talento, consigue destacar en la danza, el padre cambia su postura y se siente orgulloso de su hijo. ¿Qué hubiera pasado si el niño disfrutara de la danza, pero no fuera talentoso? ¿El padre se hubiera sentido orgulloso? ¿hubiera permitido que continuara con esa práctica si no hubiera destacado?

4.1 Dinámica moderna

En este apartado busco reflexionar sobre la manera en que el disciplinamiento identitario dinamiza la sociedad moderna. Para explicar esto parto de la idea de que toda sociedad es dinámica. Antes de seguir reflexionando sobre la dinámica moderna, es indispensable señalar que para mí el patriarcado moderno no puede ser entendido como el gobierno de los hombres. Esta perspectiva, impide entender que las mujeres tengan posiciones de poder, repliquen formas de proceder 'masculinas', tampoco permite explicar los malestares, las violencias y las muertes de tantos los hombres; lo cual es fundamental, sobre todo si nuestro sujeto de interés son los hombres. Pensar el patriarcado como el gobierno de los hombres nos lleva a una posición maniquea e insuficiente para explicar la complejidad de la dinámica social.

Incluso Izquierdo (2007) entiende que "el patriarcado es un modo de relación social que contiene violencia, pero contrariamente a lo que se predica, las víctimas de la violencia física no son principalmente las mujeres, sino los hombres" (p. 17). Maturana (2003) señala que el patriarcado "es un modo de relación entre seres humanos, es un modo de existencia psíquica humana" (p. 80). Por esto, afirma, "[h]ombres y mujeres pueden ser patriarcales así como hombres y mujeres pueden ser, y han sido, matrízticos[66]" (p. 57). Con esto pretendo rescatar es que este

[66] Para Maturana (2003) lo matríztico es una forma de organización social prepatriarcal. Mientras lo patriarcal "valora la guerra, la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos, y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad" (Maturana, 2003: 36); lo matríztico tiene valores distintos al patriarcado. Maturana destaca una mayor "participación, inclusión, colaboración, comprensión, acuerdo, respeto y coinspiración" (Maturana, 2003: 40).

patriarcado resulta violento con mujeres y hombres, de manera diferenciada, indudablemente.

Cuando Elias (1969) afirma que la civilización “no es el resultado de una planificación que prevea a largo término” (p. 449). Nos está invitando a reflexionar sobre la complejidad que implica la interacción social. Para Elias resulta “impensable que el proceso civilizatorio haya sido iniciado por seres humanos capaces de planificar a largo plazo y de dominar ordenadamente todos los efectos a corto plazo, ya que estas capacidades, precisamente, presuponen un largo proceso civilizatorio” (p. 449). Paredes (2015) describe el patriarcado como “un sistema de poder que no afecta únicamente a los cuerpos de las mujeres, sino también a los cuerpos de los hombres como fuerza de trabajo que estructura el poder económico, político, social, racial y cultural” (p. 111). Pensar el patriarcado como un sistema nos permite entenderlo como una forma de organización social dinámica. Estos planteamiento nos permite reflexionar sobre la complejidad que hay detrás de cualquier forma de organización social.

La sociedad es el resultado de la interacción de un número infinito de sistemas: naturales, políticos, religiosos, económicos, personales, entre muchos otros. Morin (2008) entiende que no existen sistemas aislados, ya que ningún sistema es independiente. A manera de metáfora podemos pensar que los sistemas están vivos, sus interacciones orgánicas los hace impredecibles, caprichosos, caóticos. La sociedad, pensada como sistema, se mueve en una danza improvisada, orden y caos en una adaptación infinita que da como resultado un

equilibrio dinámico. Esta configuración tan caprichosa sólo puede ser reflexionada desde la complejidad.

Morin (2008) propone dejar atrás la linealidad con que se piensan los sistemas, para tener una mirada compleja que favorezca la comprensión de su dinámica[67]. La complejidad puede ser pensada como tejido. 'C*omplexus'*: se refiere a lo que está tejido en conjunto (Morin, 2008: 32). Una forma de definirla es como "el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico" (Morin, 2008: 32). En palabras de Morin (2008) la complejidad

> coincide con un aspecto de incertidumbre, ya sea en los límites de nuestro entendimiento, ya sea inscrita en los fenómenos. Pero la complejidad no se reduce a la incertidumbre, es la incertidumbre en el seno de los sistemas ricamente organizados. […] está así ligada a una cierta mezcla de orden y de desorden, mezcla íntima, a diferencia del orden desorden estadístico, donde el orden (pobre y estático) reina a nivel de las grandes poblaciones, y el desorden (pobre, por pura indeterminación) reina a nivel de las unidades elementales (p. 60)

Los sistemas complejos son imposibles de controlar o predecir, su funcionamiento siempre está relacionado con el azar (Morin, 2008: 60). Morin entiende que la complejidad es una apuesta por profundizar en la infinidad de factores que hacen posible el funcionamiento de cualquier sistema. Para mi

[67] Es indispensable distinguir lo complejo de lo complicado. Lo complicado es difícil de conseguir, pero posible. Lo complejo es imposible de abarcar, entender, predecir o controlar.

planteamiento es fundamental considerar la influencia de los valores promovidos por la política moderna y su binarismo sexista. Ya que este sexismo ha servido de base para dinamizar la sociedad moderna.

Cuando Elias (1969) señalar que lo social no es independiente de lo individual, nos invita a vincular lo macro y lo micro. Su postura entiende que no podemos entender una dimensión sin la otra; se corresponden. Son dos enfoques de análisis, pero son interdependientes. Si a nivel micro nuestras prácticas son crueles, apáticas, impositivas, a nivel macro encontramos un mosaico político impositivo, hostil y violento.

La política no debe ser pensada como los programas promovidos por gobiernos o por partidos políticos. La política se configura en interacciones personales cotidianas. Una política hostil es resultado de comportamientos jerárquicos, racistas, clasistas, confrontantes, sexistas. En cambio, cuando promovemos interacciones tiernas, dialógicas, horizontales, pacíficas, promovemos una política empática. Si la podemos afirmar Si la política macro es resultado de prácticas micro, podemos afirmar que si se replica el algoritmo moderno −jerárquico, competitivo y ambicioso− a escala micro viviremos en una política moderna. Siendo así, el patriarcado moderno se conforma de micro prácticas que, al replicarse, conforman un lienzo macrosocial.

Sin bien afirmo que los sistemas complejos son impredecibles, historizar la sociedad nos permite rastrear tendencias, influencias o los valores que han estado presentes en diferentes momentos históricos. Propongo pensar que el patriarcado moderno es sostenido por comportamientos jerárquicos, competitivos y ambiciosos,

pueden ser de hombres, mujeres y otres. Quiero decir que la dinámica moderna promueve interacciones en donde las personas se masculinizan y feminizan de manera permanente. Mi intención es explicar la dinámica social recuperando lo masculino y lo femenino como posiciones de sometimiento y de poder. El análisis de Foucault (2008), de la sociedad disciplinaria, permite hacer una lectura dinámica de la sociedad. Esto permite visibilizar que los valores modernos −jerarquía, competencia y ambición− han logrado dinamizar las sociedades modernas.

El darwinismo social, al tener como premisa que sólo sobreviven los fuertes, afirma que quienes quieran participar en la dinámica social tendrán que mostrar su superioridad. Así se legitima que quienes más tienen es porque lo merecen, quienes menos tienen es porque no tienen los recursos suficientes para aspirar a más. Haciendo creer que si hay posiciones desfavorecidas es por su incapacidad. Bajo esta lógica, la competencia es justa porque coloca a cada persona en la posición que merece.

Considerando que la modernidad ha asignado a lo masculino una mayor jerarquía, con respecto a lo femenino, podemos afirmar que las posiciones masculinizadas y feminizadas son recuperados en las interacciones de hombres con mujeres, mujeres con mujeres, hombres con hombres, hombres con otres, otres con otres, mujeres con otres. En este sentido Izquierdo (2007) nos explica que las relaciones de explotación “se puede[n] dar entre mujer y mujer o entre hombre y hombre” (p. 12). Entiendo que en años recientes las luchas feministas han logrado reducir las desigualdades entre hombres y mujeres. Lo cual permite que las competencias entre los sexos sean más ‘justas’. Sin embargo, no debemos olvidar

que las jerarquías no se pueden explicar si sólo consideramos la diferencia sexual o con el género[68]. Quiero decir que aunque la masculinización identitaria influye para que los hombres sean vistos con mayores capacidades que las mujeres para desempeñar ciertos roles, no debemos olvidar que hay otros factores que son determinantes para la asignación de jerarquías sociales.

Es indudable que las exigencias feministas han logrado que, gradualmente, las mujeres accedan a ambientes laborales, que tengan una participación más protagónica en la política, en la economía y en esferas en las que, hasta hace unos años, estaban excluidas. Mi perspectiva entiende que el acceso de las mujeres al mercado laboral no ha modificado los ambientes de trabajo, ni la dinámica competitiva moderna/capitalista. Incluso me atrevería a afirmar que su ingreso ha sido conveniente para el capitalismo, ya que ha incrementado la cantidad de personas disponibles para trabajar, esto ha permitido que se reduzcan los sueldos, lo cual ha precarizado las condiciones de trabajo, actualmente los empleadores se pueden dar el lujo de no ofrecer prestaciones y de tener a muchísimas personas en espera de un trabajo.

Las mujeres, para insertarse en el mundo laboral, han tenido que ajustarse a las exigencias del mercado, para poder cubrir con las jornadas laborales han tenido que sacrificar tiempo en familia, de pareja, programar con mucha anticipación un posible embarazo, dedicar mucho tiempo en prepararse para destacar, aunque esto

[68] Crenshaw (1989) ha señalado la necesidad de hacer análisis interseccionales, considerando que el sexo o el género no son las únicas formas de variables que inciden en el proceso de opresión.

comprometa su bienestar, su salud y su calidad de vida; se han tenido que masculinizar[69].

Una vez más señalo la necesidad de distinguir a los hombres de lo masculino[70]. Aunque los hombres repliquen el estereotipo, tengan prácticas erótico afectivas heterosexuales y obedezcan los mandatos de la masculinidad, pueden ser feminizados por otras personas. Esta misma lógica nos permite ver a hombres feminizados y a mujeres masculinizadas. Este planteamiento podría hacer parecer que el sexismo se desdibuja, que los hombres o las mujeres pueden jugar roles diferenciados, ser femeninos o masculinos, a pesar del sexo de nacimiento. Insisto que es necesario desesencializar lo que entendemos por masculino y femenino, quiero decir que hay hombres masculinos, femeninos, mujeres femeninas y masculinas.

Mi postura entiende que el binarismo sexista moderno −masculino y femenino− sigue muy vigente y podemos recuperarlo para explicar la dinámica social. Kaufman (1999) nos indica que las sociedades dominadas por hombres “no se basan solamente en una jerarquía de hombres sobre las mujeres, sino de algunos hombres sobre otros hombres” (p. 1). Dado que lo masculino se ve como superior, dominante, impositivo y lo femenino se ve como inferior, obediente y sometido; podemos afirmar que las interacciones masculinizan a quienes tiene

[69] Al decir esto no estoy diciendo que sea responsabilidad de las mujeres atender a sus familias, a sus parejas o tener hijos. Lo que quiero señalar es que al sumarse a la fuerza de trabajo han tenido que adoptar características que, hasta hace unos años, sólo se les exigían a los hombres.
[70] Para Fonseca y Quintero (2009) “[n]o hay género ‘masculino’ propio del varón, ni uno ‘femenino’ que pertenece a las mujeres; el género es consecuencia de un sistema coercitivo que se apropia de los valores culturales de los sexos” (p. 49).

mayor poder y feminizan a quienes tienen menos. Esta constante masculinización/ feminización se encuentra presente en el enriquecimiento, explotación, racismo, sometimiento, violencias, exclusiones de hombres, mujeres, y personas con otras identidades.

Como ya he señalado lo femenino y masculino son posiciones contrastantes de una misma ecuación: superior/inferior, dominante/sometido, fuerte/débil. Ambas posiciones han sido definidas por el sexismo moderno y son indispensables para su dinámica. Lo masculino sólo puede ser poderoso, fuerte, impositivo ante lo femenino. Cualquier posición dominante necesita de una posición subordinada para existir, para someter, para controlar, para imponerse.

La dinámica de la sociedad moderna −jerárquica, competitiva y ambiciosa− está basada en posiciones dominantes y dominadas. Esto ha posibilitado que las personas se masculinicen o feminicen, en función de la posición de poder que cada situación les ofrezca. En las siguientes páginas pretendo mostrar que la dinámica moderna ha recuperado lo masculino y lo femenino como posiciones que nos permiten explicar su dinámica social. Antes de hablar de la masculinización y feminización interactiva me detendré para considerar las características particulares de lo que entiendo por feminización y masculinización.

1. Feminización

Izquierdo (2007) explica que las relaciones de feminidad y masculinidad están presentes “aún cuando sean dos varones, ocupan el uno la posición masculina y el

otro la femenina" (p. 8). Apunta que "[l]o que llamamos feminidad es la construcción de una subjetividad de sometido y lo que llamamos masculinidad la construcción de una subjetividad de sometedor, de explotador" (Izquierdo, 2006: 4). Por esto "[n]o debe olvidarse que la masculinidad se refiere a una posición, y no a quienes la ocupan, sean hombres o mujeres" (Izquierdo, 2007: 12).

Feminizar es inferiorizar, someter, cosificar o devaluar a otra persona, ignorar su voluntad. Así podemos afirmar que cualquier persona que es colocada en una posición de sometimiento es feminizada, independientemente del sexo, entorno o situación. Si bien es cierto que el ícono de la feminización son las mujeres, no sólo ellas son sometidas, interiorizadas, feminizadas.

Las actividades femeninas, son las menos valoradas y se les destinan menos recursos, menos conocimientos y se les asignan a persones menos valoradas socialmente, por ejemplo, a las mujeres; ya que se piensa que estas actividades no precisan reflexión humana, aplicación de conocimientos científicos y aplicación de grandes recursos (Izquierdo, 1995: 50). Izquierdo (1995) explica esto comparando las expectativas depositadas en una maestra y en un ingeniero. Sobre la labor de la maestra se asume que "cualquiera puede hacerse cargo de le gente, les criatures, les enfermes, les viejes" (p. 50). De la labor del ingeniero se cree que "sólo persones cuidadosamente formades pueden hacerse cargo de construir casas o puentes, de administrar una empresa, o los intereses colectivos" (Izquierdo, 1995: 50). El sexismo también ha influido la jerarquización de la sociedad, roles, profesiones, posiciones, clases, economías, etc.

En la dinámica moderna los hombres son feminizados con cierta frecuencia. Por ejemplo, cuando compiten y pierden. En este caso, a pesar de su obediencia al mandato de la masculinidad, no demuestran su superioridad; lo cual los coloca en una posición devaluada, sometida; en ciertos escenarios sociales, esto puede motivar sanciones, burlas, humillaciones, sometimiento y hasta violencias. “[S]i la masculinidad es una cuestión de poder y control, no ser poderoso significa no ser hombre” (Kaufman, 1999: 4). Si lo masculino siempre gana, los hombres que pierden no son tan masculinos, son hombres inferiores, son feminizados.

Laso (2017) señala que en las sociedades contemporáneas se dan situaciones de “juego de suma cero donde para verme mejor he de minusvalorar al otro o luchar contra mis propias ‘debilidades’” (p. 227). Un hombre feminizado, en su intención de evitar ser sometido, espera una nueva situación que le permita reposicionarse, es decir, masculinizarse. Para esto puede someter o feminizar a una mujer o a otro hombre. Es importante distinguir que los hombres que compiten y pierden son feminizados, mientras que los hombres que se niegan a competir viven una exclusión. (Sobre esto profundizaré más adelante Abyecto)

Masculinización

Las personas se masculinizan cuando compiten y ganan, cuando muestran su superioridad. Como he señalado, la masculinización sólo es posible frente a una posición sometida, feminizada. Sin embargo, la masculinización no es eterna, es momentánea, nunca se conquista, no es un lugar dado, nunca se posee, siempre está en disputa, “es un estatus condicionado a su obtención” (Segato, 2013: 23). Si

se quiere seguir disfrutando de una posición dominante, masculinizada, hay que seguir compitiendo y ganando.

Si lo masculino es lo dominante, se le asigna una posición jerárquica superior, con respecto a lo femenino, podemos afirmar que no hay forma de competir sin ser masculino. De hecho el éxito moderno está basado en las características "masculinas". Esto es congruente con la disposición que tiene la masculinidad por la competencia. Es por esto que, con mucha frecuencia, los hombres quedan mejor colocados en las jerarquías, con respecto a las mujeres[71].

A pesar de que tengo claros los problemas que puede provocar la masculinidad para mujeres y hombres, también tengo claro que es funcional e indispensable para una sociedad competitiva. La masculinidad es funcional porque ofrece un margen de acción que convence que la voluntad de "acero" es suficiente para vencer cualquier adversidad, ofrece a los hombres la capacidad de ser resilientes para sobrellevar su día a día, sobre todo para enfrentarse a situaciones muy adversas. Es por esto que a los hombres, en su proceso de masculinización, se les prohíbe rendirse, se les convence de que nacieron para luchar, que todo lo pueden conseguir, que el secreto del éxito es no darse por vencidos.

[71] El disciplinamiento identitario, hasta hace un par de décadas, dictaba que las mujeres debían prepararse para ser amas de casas, casarse, ser buenas esposas. No se veían la necesidad de prepararlas para participar en la disputa de poder económico, político o intelectual. Es por esto que muchas veces los hombres no ven como rival a las mujeres o se les tiene consideraciones como si no fueran capaces de ser dominantes. Gracias a las exigencias feministas las mujeres han logrado ingresar a entornos "masculinizados". Las mujeres han defendido su derecho a desear, competir y ocupar puestos de mando.

Hooks (2021) entiende que, los niños y adultos pobres, de la clase trabajadora

> a menudo encarnan las peores cepas de la masculinidad patriarcal, actuando violentamente porque es la forma más fácil y barata de declarar su propia 'hombría'. Si no puede demostrar que es 'un hombre de verdad' convirtiéndose en presidente, o haciéndose rico, o llegando a ser un líder público o un jefe, entonces la violencia es su billete para el concurso patriarcal de la hombría, y su capacidad para ejercer la violencia nivela el campo de juego. En ese campo, el campo de la violencia, cualquier hombre puede ganar (p. 75).

Mis reflexiones me han hecho pensar en lo valiosa que puede ser la masculinidad para ciertas personas en ciertas posiciones: ¿cómo decirle a un albañil que carga todo el día, por un sueldo miserable, que atienda sus dolores de espalda, que no es tan fuerte como le han hecho creer, que se cuide, que su cuerpo le va a cobrar el desgaste y descuido? ¿qué se le dice a un niño de la calle que trata de salir adelante confiando en su fuerza, en su inteligencia, en su dureza? Hay condiciones de vida en donde la agencia pareciera limitarse a seguir luchando para intentar salir del hoyo. La resiliencia, característica de la masculinidad, hace que sea operativa y funcional en un mundo competitivo; (sobre esto profundizaré más adelante, ver Agencia).

Masculinización y feminización interactiva

En 1991, Haraway (1991) hablaba de que los trabajos, "independientemente de que lo lleven a cabo hombres o mujeres, está siendo redefinido como femenino y feminizado" (p. 284). Agrega que "feminizado" significa ser

> vulnerable, apto a ser desmontado, vuelto a montar, explotado como fuerza de trabajo de reserva, estar considerado más como servidor que como trabajador, sujeto a horarios intra y extrasalariales que son una burla de la jornada laboral limitada, llevar una existencia que está siempre en los límites de lo obsceno, fuera de lugar y reducible al sexo (Haraway, 1991: 284).

Para Izquierdo (2007) hay una transferencia de recursos entre sectores sociales. De modo que "las personas que ocupan los segmentos masculinizados, se benefician de las malas condiciones de trabajo de los feminizados, sean hombres o mujeres quienes los ocupen" (p. 12). Laso (2017) comparte esta posición cuando señala que, sin importar la cultura y el sexo:

> los miembros de la clase dominante, por el hecho de serlo, tienden a manifestar características de la masculinidad hegemónica como dominio, individualismo, competencia, autodeterminación, autosuficiencia y autocomplacencia, mientras que los de las clases sometidas presentan sus opuestos 'femeninos' como sumisión, solidaridad, autosacrificio, colaboración, interdependencia y autocrítica (p. 214).

Las posiciones masculinas y femeninas han concentrado atributos que no pueden ser atribuidos a la genitalidad. Podemos señalar que se han feminizado

ciertas labores, posiciones sociales, emociones, la pobreza, la vulnerabilidad. En sentido contrario, se ha masculinizado cualquier posición jerárquica dominante, superior, extractiva, impositiva.

Son los valores de la dinámica moderna excitan a los sujetos para competir y no los genitales con los que nació. Es por esto que Connell (2015) afirma que “[e]l neoliberalismo es retóricamente neutral en cuanto al género. El individuo no tiene género y el mercado premia con ventajas al empresario más listo, no a hombres o mujeres como tales” (p. 303). El disciplinamiento identitario, basado en las diferencias genitales, está siendo desplazado por una dinámica en donde la disposición para la competencia y los recursos para competir son más relevante que el sexo de nacimiento. Hombres pueden ser feminizados y las mujeres masculinizadas.

Si recuperamos la idea de la sociedad dinámica, podemos considerar que las posiciones que ocupamos no son estáticas. Las posiciones femeninas y masculinas son momentáneas. En cualquier interacción podemos ser masculinizados o feminizados. Esto nos permite identificar que, cualquier persona, puede ocupar posiciones de poder y/o de sometimiento. Un mismo hombre puede jugar distintos roles en distintos momentos. Dentro de su casa puede ser visto como “la cabeza de familia” y tener comportamientos impositivos y violentos, es decir, masculinizarse. Mientras que en su lugar de trabajo puede tener responsabilidades feminizadas, con poco reconocimiento, ser objeto de burlas o descalificaciones.

Incluso hay hombres que desempeñan funciones feminizadas dentro de instituciones: enfermeros, cuidadores, personal de limpieza. Esto mismo se da fuera

de las instituciones, el ejemplo más claro pueden ser trabajadores sexuales. Siguiendo con la metáfora de programación que nos propone Preciado (2008), podemos pensar la masculinidad como software que ha tenido actualizaciones, posibilitando que las características que originalmente fueron esperadas para los cuerpos machos se configuren en otros cuerpos.

Fuller (2018) señala que “la fragilidad, es un rasgo que se asocia a lo femenino, por lo que acusar a un varón de serlo es una manera de disminuirlo, en tanto lo feminiza” (p. 31). Las posiciones contrastantes del binarismo sexista provocan que cuando alguien se masculiniza alguien se feminiza y viceversa. Esto provoca un entorno confrontante, en eterna disputa, lo cual es perfecto para una sociedad competitiva. Es muy común en las interacciones entre hombres busquen jerarquizarse. Mi experiencia en espacios mayoritariamente de hombres me permite afirmar que muchas de sus interacciones conllevan un juego infinito en donde buscan mostrar su superioridad.

La masculinización y feminización son referentes que permiten establecer jerarquías entre los hombres, mujeres y otras personas. Esto permite que de un momento a otro pueden cambiar de una posición feminizada a una masculinizada o viceversa. Lo masculino y lo femenino siguen funcionando como referentes para jerarquizar las posiciones. Esto señala que el sexismo sigue siendo vigente y funcional para un modelo de sociedad competitivo.

Quizá el ejemplo más claro es de la feminización/masculinización de los hombres se da en el albur. Los albures funcionan como un juego de palabras sexualizadas en donde, los hombres compiten buscando penetrarse

simbólicamente, “[q]uien se queda callado o dice algo fuera de lugar es el ‘penetrado’” (Romero, 2012: 18). Esta disputa masculiniza a quien somete y feminiza a quien es sometido. El ganador adquiere cierta jerarquía, por mostrar su dominio y haber feminizado a otro hombre.

Núñez (2015) coincide cuando afirma que “quién es hombre y quién no es hombre, o quién es ‘más hombre’ o ‘menos hombre’, quién es un ‘verdadero hombre’ y quién no, muestra que la hombría es un asunto en disputa constante que debe ser objeto de análisis” (p. 14). Esto coincide con la postura de Despentes (2007) que entiende que para luchar y tener éxito se requiere

> sacrificar la feminidad, porque hay que estar dispuesta a combatir, triunfar, y demostrar el poder de una. Hay que olvidarse de ser dulce, agradable, servicial, hay que autorizarse a dominar al otro, públicamente. Pasar de su consentimiento, ejercer el poder frontalmente, sin remilgos ni excusas, porque son escasos los contrincantes que os fecilitarán por haberles ganado (p. 22).

Hooks (2021) entiende que la cultura del dominador

> Se nos enseña que esta voluntad de dominar está más integrada biológicamente en los hombres que en las mujeres […] En el modelo dominador, la búsqueda del poder externo, la capacidad de manipular y controlar a otros, es lo que más importa. Cuando la cultura se basa en un modelo dominador, no solo será violenta, sino que concebirá todas las relaciones como luchas de poder (p. 109).

Mis años de práctica en el futbol me han mostrado lo común que es que los hombres compitan por los detalles más mínimos: quién tiene más dinero, quién come en los mejores lugares, quién come más tacos, quién tiene más parejas, quién escupe más lejos, quién es más fuerte, quién es más rápido; cualquier excusa sirve para jerarquizarse.

Estas interacciones provocan que los hombres puedan ser feminizados cuando no quieren tomar alcohol, toman poco o pierden el control al emborracharse, cuando se equivocan al hablar, cuando tienen faltas de ortografía, cuando lloran, cuando son tiernos, cuando son débiles, cuando se preocupan por su aspecto, cuando son gordos, flacos, chaparros, cuando se cuidan de golpes, lesiones o enfermedades, cuando expresan dolor o cansancio, cuando tienen frío, cuando tienen sueño, cuando no traen dinero, cuando son pobres, cuando no tienen trabajo, cuando se niegan a pelear, cuando no aceptan un reto, cuando rechazan una propuesta sexual, cuando tienen prácticas homosexuales, cuando tienen relaciones de pareja horizontales, cuando cuidan a los hijos, cuando hacen labores domésticas, cuando no tienen pareja, cuando no saben manejar, cuando su pareja conduce el auto, cuando traen ropa sucia, arrugada, rota, cuando tienen tenis viejos, por mencionar sólo algunas. Todas estas posiciones implican una interpretación. Para que alguien sea visto como pobre, tiene que haber alguien con una mejor posición económica. Lo cual no implica que sea rico. Quiero decir que quien soporta un poco más de dolor, pareciera tener autoridad para feminizar a quien resiste menos. Quien mete un gol, feminiza a quien no metió ninguno. Quien mete dos feminiza a quien metió uno, etc. Una misma persona es masculinizada y feminizada,

a partir de la posición con la que se compare. Si interactúa con una persona con una posición superior, es feminizada. En cambio, si interactúa con una persona con una posición inferior es masculinizada. Cada interacción posibilita una competencia, disputa una jerarquía.

Cada ambiente define los criterios con que asignarán las jerarquías, no todas las disputas dan como ganador a quien tiene mayor fuerza. En un espacio académico, no es asigna mayor reconocimiento a quien más peso levanta en el gimnasio. Cada ambiente prioriza las cualidades que considera deseables. En la cancha de futbol poco importa quien tiene más estudios, en una pelea entre taxistas poco importa quién es el más guapo, cuando se requiere rapidez la fuerza no es importante, cuando se necesita ser valiente la ortografía no es relevante, si se trata de ganar un partido de futbol se puede utilizar fuerza, velocidad, estrategia, habilidad, defensa, ataque, lo importante es ganar. Cada escenario social, cada interacción, gremio, institución, define las condiciones para disputar la jerarquía. Lo que define las jerarquías son los resultados, no los estilos o las formas de competir.

4.2 Tipología machismos

Ahora quiero proponer una tipología para describir la manera en que se ejerce presión sobre las conductas de los hombres para que estos obedezcan los mandatos de la masculinidad. Para esto necesito recuperar el efecto panóptico mencionado en el segundo capítulo. Antes de describir esta tipología quiero recordar, que como señalé en el capítulo anterior, la masculinización identitaria es sólo el comienzo de la exigencia masculina a los hombres. Con esto quiero señalar

que la exigencia para que los hombres se ajusten a los comportamientos masculinos está presente durante toda la vida.

Seidler (1995) comenta que siempre "tenemos que estar listos para demostrar nuestra hombría cada vez que sea cuestionada. Nunca podemos sentirnos relajados y tranquilos respecto de una masculinidad que pueda ser puesta a prueba en cualquier momento" (p. 81). Segato (2016) comenta que sobre los hombres "pesa el imperativo de tener que conducirse y reconducirse a ella [la masculinidad] a lo largo de toda la vida bajo la mirada y evaluación de sus pares, probando y reconfirmando habilidades de resistencia, agresividad, capacidad de dominio y acopio de lo que he llamado 'tributo femenino'" (p. 113). El efecto panóptico, tomando al sexismo como normativa, exige en todo momento que los hombres se muestren masculinos. En caso de que admitan debilidad, flaqueza, o fragilidad, serán vistos como enclenques, afeminados, no como verdaderos hombres (Kimmel, 1997: 54). La normativa sexista dificulta que los hombres encuentren espacios en los que puedan liberarse de los mandatos de la masculinidad.

A diferencia de lo señalado en el capítulo anterior donde me centré en reflexionar en la masculinización identitaria, ahora me enfocaré en la manera en que esta exigencia opera en la vida de hombres adultos. Es importante señalar que, si bien es cierto que a cualquier edad se nos sanciona por ser 'femeninos', en los niños se tiene una mayor permisividad. En la edad adulta se espera que hayan introyectado los mandatos de la masculinidad, por lo tanto, las sanciones pueden ser más severas.

La tipología en que opera la disciplina, el efecto panóptico, la normativa sexista y la nutrición emocional, precisa cuatro categorías: macromachismos, intramachismos, intermachismos y automachismos[72]. Estas categorías permiten vigilar las conductas de los hombres, visibilizan la presión que experimentan para que cumplan los mandatos, a partir de los premios o sanciones que reciben cuando se ajustan, o no, a la normativa. Los he llamado machismos, porque tienen una base esencialista. Es decir, ejercen presión a los hombres, por la genitalidad con la que nacieron, dando por hecho que este es motivo suficiente para que se comporten como lo dicta el sexismo.

1. Macromachismos para la imposición identitaria

En esta categoría pretendo subrayar las violencias a las que son expuestos los cuerpos machos desde el momento en que la masculinidad se les impone. Tomando como base que para comprender la violencia debemos ir a sus orígenes, entiendo que si queremos reducir la violencia vinculada con la masculinidad el mejor momento es antes de que los niños introyectan la normativa sexista. Como argumentaré en las siguientes líneas, entiendo que los niños, antes de tener comportamientos violentos con cualquier persona, son expuestos a una violencia identitaria, por los genitales con que nacieron. Dicho de otra manera, desde mi punto de vista la primera violencia se da con la imposición de la masculinidad, lo que he

[72] Afirmo que estas mismas categorías podrían aplicarse a las experiencias de las mujeres: macrohembrismo, interhembrismo, intrahembrismo, autohembrismo. Esto podría visibilizar las exigencias que experimentan para que tengan comportamientos ligados a los mandatos impuestos por su sexo.

llamado la masculinización identitaria. Dado que esta violencia no está ejercida por sujetos particulares sino por la cultura, señalo que es una forma de violencia legitima, estructural y naturalizada.

Afirmo que es violencia considerando posturas como la de Vendrell (2020) que señala que “la instauración de un orden de género puede ser considerado como la verdadera violencia originaria” (p. 7). En el mismo sentido Izquierdo (2013) afirma que “los estereotipos culturales deben tomarse como una forma de violencia” (p. 18). En palabras de Latorre (2013) podemos afirmar que violencia es “no tener la oportunidad de elegir quién queremos ser. Violencia es estar marcado/a desde antes de nuestro nacimiento por el sexo con el que nacemos, por la carga social que pesa sobre nuestras decisiones y nuestros caminos de vida” (p. 337). El mismo Latorre (2013) nos invita a cuestionarnos

> qué tan libres somos para decidir quién queremos ser, en qué medida elegimos cómo vestir, cómo relacionarnos con otro/a, qué pareja tener, qué estudiar, y tantos otros aspectos trascendentales en nuestro paso por el mundo. Esta rigidez al concebir lo masculino y femenino es la primera forma de violencia con que nos enfrentarnos como seres sociales (p. 337).

La masculinización identitaria, además de ser la primera forma de violencia y de afectar casi todos los aspectos de nuestras vidas, es muy difícil de percibir. Como he mencionado, la masculinidad se naturaliza, se encarna y se toma como referente para configurar la identidad, esto provoca que los hombres asuman que son masculinos.

Regresando a la violencia identitaria, Restrepo (2010) entiende que

> una sociedad es violenta cuando no reconoce las diferencias que animan a grupos e individuos, tratando de imponer a todos la misma normatividad, sin aceptar la existencia de casos singulares que obligan a reconocer modos distintos de convivencia. Somos violentos cuando desconocemos la diversidad que reina en la naturaleza, aplastando la variedad de especies que conviven en los ecosistemas. En fin, somos violentos cuando la arrogancia geometrizante y homogeneizadora desconoce que el mayor patrimonio con que cuenta la vida y la cultura es precisamente su impresionante y nutrido abanico de diferencias (p. 69)

La masculinización identitaria es una forma de violencia silenciosa, por imponer una forma de ser a los cuerpos machos, por programar a los hombres, por afectar su calidad de vida, su integridad, su esperanza de vida, por precarizar sus vínculos, por enajenarlos, entre otras afectaciones. Ejemplos de esto los podemos encontrar en la institucionalización, actas de nacimiento, baños de niños, de niñas, los colores asignados para uno y otro género, la convención de usar el cabello corto, los tipos de juguetes de “niños”, el uso de pantalones, las labores masculinizadas o feminizadas, las profesiones.

Los macromachismos son prácticas culturales que posibilitan a la masculinización identitaria. Detrás de los macromachismos se encuentra la normativa sexista que, a modo de convención, define que los cuerpos machos deben ser disciplinados teniendo como referencia el modelo identitario masculino, sin considerar las consecuencias nocivas que esto para los hombres y para la

sociedad. Se expresan a partir de la convención, ya sea que se haya institucionalizado o en forma de usos y costumbres. Los macromachismos pretenden politizar la legitimidad de la masculinización identitaria y visibilizar que en esta masculinización hay un respaldo estructural, una participación social, en la que todos, todas, todes tenemos cierto grado de responsabilidad.

Intermachismos y alimento afectivo en adultos

Antes de detallar a qué me refiero cuando hablo de intermachismos, quiero mencionar que, para Foucault (2008), el funcionamiento de la vigilancia no sólo es de arriba hacia abajo. También funciona de abajo hacia arriba y lateralmente (Foucault, 2008: 181). Recupero esta afirmación para señalar que todas las personas con quienes interactuamos tienen el poder de evalúan nuestros comportamientos y de ejercer presión sobre ellos. Al hablar de intermachismos quiero visibilizar la presión que ejercen personas que no se definen como hombres sobre los comportamientos de los hombres para que obedezcan los mandatos de la masculinidad.

Los intermachismos son cualquier comportamiento, acción, omisión, gesto, silencio, palabra, intencionales o no, que ejerce alguna presión en los hombres para que se ajusten a las exigencias masculinas. De la misma manera que sucede con los mandatos, pueden operar en sentido positivo o negativo. Los intermachismos son parte del efecto panóptico que premia/sanciona las conductas de los hombres cuando se ajustan al deber ser masculino y cuando no. En su sentido positivo,

presionan para que los hombres tengan comportamientos masculinos. En su sentido negativo, sanciona a los hombres que tienen comportamientos femeninos.

Ejemplos en sentido positivo serían: exigirles que sean proveedores, que aporten una mayor cantidad de dinero a la que está en sus manos aportar, pedir o exigir regalos, asumir que les corresponde proteger de amenazas físicas, esperar que tengan comportamientos caballerosos, verlos como responsables de cambiar una llanta, de pagar la cuenta, cargar cosas pesadas, acabarse la comida que alguien más no quiso comer, hacer composturas domésticas de carpintería, herrería, albañilería, electricidad, etc., afrontar riesgos físicos, hacerlos responsables de conducir el auto de familia, de ir a dejar a su pareja en la madrugada, de imponer autoridad en la familia, de satisfacer sexualmente a sus parejas, entre muchos otros. Cuando los hombres cumplen con lo que se espera de ellos pueden acceder con mucha más facilidad a tener una buena imagen, relaciones de pareja, intercambios sexuales, reconocimiento social.

En sentido negativo, es cuando se les sanciona por llorar, por mostrarse tiernos, por realizar labores domésticas, por sentir atracción o tener prácticas no heterosexuales, por expresar miedo, por estar tristes, por usar ropa rosa, por querer ser penetrado, por negarse a luchar, por mostrar dolor, por parecer ‘mujer’, por maquillarse, por darse por vencido, etc. Cuando los hombres no atienden la presión que se les hace se exponen a ser vistos como hombres de una jerarquía inferior, son avergonzados, aislados.

Esta presión se puede ejercer en cualquier momento de la vida. Como ejemplos hooks (2021) señala que el miedo de algunas madres por que su hijo se

convierta en ‘mariquita’ llega a provocar que sean “demasiado duras y muy contenidas emocionalmente con sus hijos, creyendo que este trato ayudará a los niños a ser más masculinos (p. 55). Agrega que “[l]as madres solteras suelen ser las más duras cuando se trata de presionar a sus hijos para que se ajusten a los estándares patriarcales. La madre soltera que insiste en que su hijo ‘sea hombre’ no es antipatriarcal, ella está haciendo cumplir el deseo patriarcal” (p. 68). Finalmente, señala que estas madres se alían con el patriarcado, ya que les impide

> “amar a sus hijos correctamente, porque siempre llegará un momento en que el patriarcado les pedirá que sacrifiquen a sus hijos. Por lo general, este momento llega en la adolescencia, cuando muchas madres cariñosas y afectivas dejan de brincar a sus hijos cuidados emocionales por miedo a que eso les haga perder la virilidad” (p. 70)

Estos intermachismos asumen que los hombres deben cumplir con las exigencias masculinas. Estas conductas ejercen presión sobre los comportamientos de los hombres y reafirman el sexismo moderno. No busco ver a las mujeres o a otras identidades como culpables de los problemas de los hombres. Quiero subrayar que mientras el sexismo moderno sea legítimo, la mayoría de las personas participamos en su vigilancia y presionamos a los hombres para que respeten la normativa sexista. Si queremos que los hombres tengan otros comportamientos, tendríamos que visibilizar la manera en que se les presiona para tener comportamientos masculinos y dejar de hacerlo. Considero que después de visibilizarlos será más fácil erradicarlos.

Intramachismos y alimento afectivo en adultos

Kimmel (1997) entiende que

> el padre es el primer hombre que evalúa el desempeño masculino del muchacho, el primer par de ojos de varón frente a los cuales él se trata de probar a sí mismo. Esos ojos lo seguirán por el resto de su vida. Otros ojos de hombres se unirán a aquellos -los ojos de los modelos, tales como los maestros, los entrenadores, los jefes, o de héroes de los medios de comunicación; los ojos de sus parejas, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo; y los ojos de millones de otros hombres, vivos y muertos, de cuyo constante escrutinio su desempeño no se encontrará jamás libre (p. 56).

Los intramachismos, de la misma manera que los, intermachismos, se refiere a cualquier comportamiento, acción, omisión, gesto, silencio, palabra que presione a los hombres a obedecer los mandatos masculinos. La única diferencia es que se refieren a la presión que se ejercen entre hombres. La afinidad que tienen los hombres con comportamientos confrontantes provoca que haya más posibilidad de que la presión derive en roces, rivalidades, peleas y agresiones físicas.

Los intermachismos se dan entre padres a hijos, entre amigos, pares, conocidos o desconocidos, que evalúan sus comportamientos y, en caso de no ajustarse se les sanciona por medio de burlas, humillaciones, exhibiciones vergonzosas, golpes que los presionan para que se comporten como ‘deben’. Entre hombres se acusan de ser ‘putos’, ‘maricones’, de ‘parecer vieja’, de ser mandilones, de mostrarse afectivo, de negarse a consumir alcohol, por no querer pelear, por no querer tener sexo, o por cualquier comportamiento definido como

‘femenino’. Estos ejemplos son muy parecidos a los mencionados en los intermachismos, ya que los mandatos no cambian, lo único que cambia es quién ejerce la presión.

En sentido contrario, cuando se afirma la masculinidad se les reconocen, celebra, festeja y se premian por ser jerárquicos, dominantes y ambiciosos. Ejemplos pueden ser cuando nos presionan para pelear, para consumir alcohol, para tener sexo, para ser impositivo, para gastar dinero, para asumir riesgos físicos, cuando pelean y ganan, se les puede decir “eso mi chingón”, “así se hace”. Se les halaga, premia, ofrece reconocimiento y obtienen una mejor imagen social.

Automachismos, confirmación de la enajenación

Finalmente, los automachismos se caracterizan porque son los mismos sujetos quienes se presionan para cumplir con el deber ser masculino. Elias (1969) señala que en Occidente, como parte del proceso civilizatorio, ya no fue posible seguir dominando a los hombres por medio de las armas y de las amenazas físicas; “fue necesario dominar a los hombres parcialmente a través de sí mismos, por medio de la modelación de su super-yo” (p. 517). Como he señalado el efecto panóptico provoca que los hombres, al no saber el momento en que son vigilados, se conduzcan como si estuvieran siendo observadas en todo momento. El efecto panóptico “conduce a las personas a desempeñar un papel activo en su propia subyugación, a participar activamente en el proceso de adaptar sus vidas a las normas o especificaciones de la organización” (White y Epston, 1993: 83).

Esto provoca que

> en cuanto identifican cualquier anomalía o aberración en su propia conducta [las personas], se ven inducidas a relacionarse con sus propios cuerpos como objetos, a iniciar acciones disciplinarias y correctivas para domesticarlos. De esta forma se convierten en sus propios guardianes. Vigilan sus propias acciones. Y se convierten en objetos de su propio examen (White y Epston, 1993: 83).

White (2011) menciona que a partir de la cultura occidental “La gente tiene que auto-perfeccionarse, auto-controlarse, auto-contenerse, auto-realizarse, lograr plenitud y demás” (p. 71). En este mismo orden de ideas, Kaufman (1999) entiende que el resultado de estas exigencias provoca que “[l]as inseguridades personales conferidas por la incapacidad de pasar la prueba de la hombría, o simplemente la amenaza del fracaso, son suficientes para llevar a muchos hombres, en particular cuando son jóvenes, a un abismo de temor, aislamiento, ira, autocastigo, autorrepudio y agresión (p. 3).

Entiendo que los automachismos son la consecuencia más eficiente de la masculinización identitaria de los hombres. Estas exigencias, aunque son autoprovocadas, son formas de violencias, que provocan que los hombres se comparen con el estereotipo, luchen por alcanzarlo, se enorgullezcan por parecerse, asuman que merecen un trato preferencial por parecerse y se sancionen cuando no lo consiguen. Torres (2001) explica que esta exigencia provoca que los hombres ejerzan violencias en contra de sí mismos para “eliminar cualquier característica que pueda ser asociada con la feminidad” (p. 41). Los hombres,

autovigilados, son una confirmación del poder de disciplinamiento que tiene la normativa sexista para lograr enajenar a los hombres.

Ejemplos de esto puede ser cuando un hombre que ha logrado cierta estabilidad económica busca generar más ingresos, cuando tratan de maximizar su rendimiento laboral, cuando compiten contra sus propios *records*, cuando ven en el reloj un rival a vencer, cuando, después de haber sido campeones, hacen todo lo posible para ganar de nuevo. También existe una presión, cuando se culpan, sancionan o exponen a riesgos por demostrar su fortaleza, conducen sin precauciones, a velocidades de mucho riesgo, después de haber consumido mucho alcohol, cansados. Esto también explica que sean los mismos hombres quienes se niegan a descansar, a pedir ayuda, recibir atención médica, reconocer padecimientos, dolores o lesiones, por pensar que eso no es de “hombres”. Lo cual indica que asumen que es más importante cumplir con las exigencias masculinas que cuidar su integridad.

Cierre machismos

La tipología de los machismos nos permite visibilizar la constante presión que experimentan los hombres para obedecer los mandatos de la masculinidad, su necesidad de obtener reconocimiento social, lo cual deriva en una obsesión por cumplir el éxito moderno. Esta presión replica la normativa moderna, provoca que los hombres se expongan a riesgos innecesarios, afecten su calidad de vida, precaricen sus vínculos personales y silencien sus malestares, entre otras consecuencias.

Desde mi punto de vista, esta tipología permite analizar la manera en que el efecto panóptico presiona a los hombres y dificulta que se liberen de las exigencias masculinas. Así podemos pensar en la legitimidad de la normativa sexista, la interacción entre personas no-hombres y hombres, entre hombres y de los hombres consigo mismos; y en la necesidad de legitimar otras formas de ser hombres.

4.3 Agencia

Para qué quieren la libertad si no saben ser libres.

Canek

En páginas anteriores he hablado de la enajenación de los hombres y de los márgenes de acción que implica esta condición. En este apartado me centraré en reflexionar sobre el grado de agencia que tienen los hombres enajenados y en la necesidad de ampliar dicho margen. Para esto debo comenzar por recordar que mi planteamiento se basa en que la política moderna promueve interacciones jerárquicas, competitivas y ambiciosas; lo cual deriva en que no se interese por generar interacciones empáticas, cálidas o tiernas.

He mencionado que las interacciones modernas, al basarse en que la vida es una competencia, asumen que es responsabilidad de las personas utilizar sus recursos para adaptarse. También he afirmado que parto del supuesto de que los hombres, en su proceso de masculinización, desarrollan recursos que los hacen resilientes ante situaciones confrontantes, competitivas y hostiles. Dicho de otra

manera, doy por hecho que la agencia aprehendida por los hombres es una agencia que ofrece mayores herramientas que la agencia aprendida por las mujeres para sobresalir en una sociedad competitiva. En resumen, considero que la agencia masculinizada es resiliente, mientras que la agencia feminizada es adaptativa. Para salir de la enajenación, considero indispensable reflexionar sobre una agencia que permita a los hombres rebasar estas asignaciones sexistas. Para esto distinguiré la agencia promovida por el sexismo y la necesidad de configurar una agencia crítica, subversiva y politizada.

Estoy dando por hecho que cualquier sujeto tiene un margen de agencia. Sin embargo, me interesa profundizar sobre los límites de este margen. Es necesario distinguir si cuando hablamos de agencia nos referimos a la posibilidad de adaptarnos a las condiciones del medio o a la posibilidad de modificar dichas condiciones.

Con esto quiero introducir la idea planteada por Herrera y Agoff (2002) en donde explican que la agencia “no sólo se refiere a actos que resultan en cambios radicales o incluso progresivos, sino también a los que buscan la continuidad y la estabilidad” (p. 94). Muchas veces la agencia no significa “rupturas abiertas con el sistema de dominación” (Herrera y Agoff, 2017: 88). Es indispensable reconocer que la agencia no siempre tiene los recursos para modificar los sistemas de dominación. Por esto Herrera y Agoff (2002) agregan que algunas veces la agencia puede significar “la capacidad para aguantar, resistir, sufrir y persistir dentro de un sistema de dominación, no siempre visto como tal” (p. 95). Vista así, la agencia a veces es “la capacidad de negociar dentro de relaciones de poder y de estructuras

de dominación determinadas" (Herrera y Agoff, 2017: 88). Quiero subrayar que a veces la agencia es insuficiente para modificar la dinámica opresiva o violenta.

Propongo que al hablar de agencia identifiquemos los límites o alcances que puede tener dicha agencia. Para esto es conviene precisar qué limita la agencia o a qué poder se enfrenta la agencia que estamos analizando. Para diferenciar los tipos de agencia propongo precisar si la agencia a la que nos referimos es una agencia promovida por el sistema (adaptativa) o una agencia que pretende modificar el sistema (crítica). La principal diferencia es que agencia adaptativa es circular, resiliente, despolitizada. En cambio, la agencia crítica es insurrecta, subversiva, politizada.

Para explicar esto podemos pensar que todo sistema político requiere definir los límites que tendrán las personas en sus interacciones. Pensemos, por ejemplo, que las interacciones que promueve un modelo político, que se define como, liberal debe ser muy distinta a la que promueve un sistema político autoritario. Este tipo de interacciones definen los márgenes de acción de los sujetos, su dinámica, su agencia. Quiero decir que cada sistema político promueve un margen de acción, una forma de agencia congruente con sus intereses. Sería ingenuo esperar que un sistema autoritario promoviera una agencia liberal, y viceversa.

Mi postura entiende que la sociedad moderna promueve una forma de agencia congruente con la normativa sexista, es decir, una agencia femenina y masculina. La principal diferencia que identifico es que la agencia femenina es una agencia adaptativa, mientras que la agencia masculina es una agencia resiliente. Esta agencia es definida, promovida y por lo tanto indispensable para el

mantenimiento de la política moderna. La agencia sexista está alineada a su política, es legítima. Con esto busco afirmar que estos tipos de agencia −masculina y femenina− son constitutivas del sexismo y, por tanto, mientras los sujetos se manejen dentro de estos márgenes, estarán actuando en congruencia con sus criterios; lo cual es deseable y conveniente para su política. La agencia masculina se aprende. Señala qué pueden y qué no pueden hacer los hombres.

Hablando específicamente de los hombres me interesa reflexionar si su margen de agencia es suficiente para salir de la enajenación; lo cual favorecería las condiciones para que fueran autónomos ante los mandatos de la masculinidad. Para esto, considero la necesidad de distinguir entre la agencia promovida por la masculinidad y una agencia con respecto a la masculinidad. Mi planteamiento es que la agencia masculina está limitada por las exigencias definidas por los mandatos de la masculinidad; lo cual ofrece a los hombres la posibilidad de ser competitivos, jerárquicos y ambiciosos. Dicho de otro modo, los hombres pueden utilizar las potencias promovidas para la masculinidad para modificar su condición. En contraste, la agencia con respecto a la masculinidad requiere de una agencia que no esté limitada por los mandatos de la masculinidad, que permita que los hombres amplíen su margen de acción y se liberen del discurso sexista. En este caso estaríamos hablando de una crítica subversiva, indisciplinada, en oposición a la política moderna; necesaria para lograr una transformación estructural. Antes de llegar a este punto necesitamos reflexionar más sobre la agencia moderna.

1. Agencia moderna (Darwinismo social)

La agencia promovida por el proyecto moderno recupera el darwinismo social, asume que la vida es una competencia y que es responsabilidad de los sujetos luchar para sobrevivir en las condiciones del medio. Cuando la agencia es adaptativa su margen de acción es circular, utiliza las condiciones o los recursos que ofrece el medio para sobrelleva el malestar o promueve que los agentes destaquen, sin cuestionar las condiciones estructurales. Este tipo de agencia no puede, o no quiere, modificar las condiciones de opresión.

En congruencia con mi planteamiento la sociedad competitiva, asume que nacimos para competir y eso no está a discusión. Al dejar de cuestionar un supuesto central, como puede ser si nacimos para competir, dejamos de buscar otras formas de organización social, más empáticas, tiernas. Si asumimos que la competencia es un sentido de vida natural, dejamos de criticarla, la naturalizamos, se despolitiza. Esto la legitima y nos centramos en trabajar nuestras habilidades o recursos para sobresalir.

Agencia masculina (Resiliente)

Esta forma de agencia legitima la competencia, acepta las desigualdades y pone a los sujetos a competir para lograr mejores condiciones de vida, es jerárquica, competitiva, ambiciosa, individualista, resolutiva, egoísta y cruel. Si consideramos que la agencia masculina es resiliente, estamos afirmando que su margen de acción busca afrontar la situación, se limita a dar alternativas, promueve que los hombres utilicen sus recursos para mejorar sus condiciones de vida, pero no aspira a

modificar las opresiones, desigualdades. Esto implica que la agencia de los hombres replique los valores que promueve el sistema, que utilicen sus recursos caminando en círculos, que no salga de la lógica moderna, que aprenda a competir, que se centre en luchar.

Su margen de acción está enfocado en buscar ascender en la escala social, en hacerse competitivo, hábil, en ganar, en imponerse, en quedar mejor posicionado que el resto. Busca salir del hoyo, sin preocuparse por tapar el hoyo; subir de escalón, sin cuestionar la existencia de la escalera. Con esto quiero señalar que la agencia de los hombres es congruente con sus aprendizajes masculinos, ha sido configurada por la normativa sexista.

Es común encontrar en los medios de información masiva personas que destacan gracias a esta forma de agencia. Los medios nos bombardean con personas que a pesar de vivir condiciones muy adversas no se rindieron y salieron 'adelante'. Estos mensajes idealizan sus esfuerzos y presentan modelos de éxito que gracias a sus esfuerzos y a su capacidad para *vencer* obstáculos, *conquistar* objetivos, *romper* récords, ser hicieron famosos, viven en mansiones, ganan millones, son poderosos y generan mucha admiración: deportistas, empresarios, artistas.

La ambición y el esfuerzo de personas que 'sobresalen' son romantizados y mostrados como casos de éxito, héroes del sistema, que nos motivan a seguir luchando. La gente 'común' quiere tomarse fotos con ellos, tener sus autógrafos, tocarlos, besarlos, mostrarles su afecto y admiración. De manera indirecta, el mensaje que recibimos es: "mira cómo sí se puede", "si no sobresales es porque no

quieres”, “nunca dejes de perseguir tus sueños”. Estos ejemplos muestran la agencia resiliente, masculina, incluso cuando es performada por mujeres.

Otro ejemplo de estos ídolos modernos lo encontramos en los superhéroes, presentados como versiones mediatizadas de divinidades, promotores de la cosmovisión y la política moderna. Sus formas de proceder están basadas en su fuerza, autosuficiencia, asumen que saben lo que se tiene que hacer, no necesitan que nadie les diga el camino. Su poder es tal que no consultan a nadie para actuar. Asumen que, por ser tan poderosos, saben lo que tienen que hacer y no necesitan consultar a nadie. Escuchar la voluntad de otras personas no son virtudes que los caractericen. No ven el diálogo como una vía para resolver conflictos.

Actúan con total claridad de lo que está bien y está mal. Sus acciones buscan salvar al mundo de invasiones extraterrestres, de villanos que buscan destruir el mundo, capturan a quienes roban bancos y hacen bombas. Su lucha está limitada a defender la justicia moderna. No politizan las condiciones de opresión, no saben de racismo, de violencias de género, de explotación, de desplazamientos forzados, de migraciones masivas, del calentamiento global, de extinción de especies, estas problemáticas están fuera de su margen de acción.

Tampoco existen superhéroes capaces de cambiar pañales, hacer de comer, lavar ropa o los pisos de edificios enteros en pocos segundos. Las labores feminizadas no son reconocidas como virtudes o valiosas. Es tanto su poder que pareciera un desperdicio utilizarlo para labores domésticas. En su intento por salvar el mundo, olvidan las cosas más básicas e indispensables.

Los hombres violentos son otro ejemplo de agentes modernos. Son sujetos proactivos, jerárquicos, competitivos, ambiciosos que rivalizan y se confrontan con quienes se interpongan a sus intereses. Al haber naturalizado la competencia como modo de sobrevivencia, ven en la adversidad un reto que los motiva. Asumen que es su derecho abrirse paso por sus propios medios o utilizar cualquier recurso que esté a su alcance para conquistar sus objetivos, incluso imponerse a la voluntad de personas.

Los hombres modernos, al pensarse autosuficientes, generan pensamientos mágicos que los hace creer que serán capaces de vencer cualquier reto. Son comunes expresiones como “no pasa nada”, “le parto su madre”, “a mí me la pelan”, “¿por qué me va a dar miedo?”, “¿qué me van a hacer?”. Mi hermano se veía con tanta suerte que cuando se subía a un camión pensaba que el resto de la gente podía sentirse segura porque, al venir él, no les pasaría nada. Suponer que no te va a pasar nada, aunque sea ingenuo y no dé certezas, da seguridad, confianza. Los pensamientos mágicos permiten que los hombres se atrevan a afrontar la adversidad, confiando en que son fuertes, capaces, autosuficientes.

Si bien es cierto que los hombres son los sujetos a quienes la modernidad les ha dado mayor jerarquía, no olvidemos que su agencia está condicionada por los mandatos de la masculinidad. Quiero insistir que la masculinidad es una identidad configurada por la modernidad, para que los hombres se desenajenen no les es suficiente la agencia masculina; requieren de una agencia con respecto a la masculinidad. Dicho en otras palabras, los hombres requieren aprender un tipo de agencia que no promueve la masculinidad, que les haga pensar que estarían mejor

sin dejan de competir y salen de esta lógica. Este tipo de agencia debe ser crítica, politizada, que rompa con el sexismo moderno.

Laso (2017) entiende que la agencia se refiere al “esfuerzo por dominar el entorno, por reafirmar al sí-mismo, por experimentar la sensación de competencia, logro y poder” (p. 216). En su exposición distingue entre las cosmogonías agénticas y las comunales. Precisa que las cosmogonías agénticas “encarnan sujetos que se viven como creadores de sí mismos, centros de sus decisiones en constante lucha con un universo al que han de vencer o mantener a raya so pena de que los engulla o someta” (p. 221). En contraste, la comunión es el “deseo de una persona de relacionarse íntimamente con los otros, cooperar, unirse con ellos” (Laso, 2017: 216). Esto implica que “los individuos orientados a la agencia encuentran su satisfacción en sus logros personales y su sentido de independencia y separatividad en tanto que los orientados a la comunión se satisfacen a través de la relación con los demás y su sentido de pertenencia” (Laso, 2017: 216-217). Para Laso (2017) la agencia es más característico de lo masculino y lo comunal es más característico de lo femenino (pag. 217).

Las reflexiones de Laso (2017) señalan que la orientación agéntica implica ser “hostil, cínico, codicioso y arrogante y poner las necesidades propias siempre por delante de las de los otros” (p. 219). Y aunque puede ser útil “podía volverse tóxica si no era ‘mitigada’ por la comunión” (Laso, 2017: 219). En contraste, la comunión encuentra su riesgo por “poner las necesidades de los demás antes que las propias, preocuparse en exceso por los problemas de los demás y ayudarlos a costa del propio bienestar” (Laso, 2017: 219). Con esto quiero señalar que ambas

posiciones −agencia masculina y femenina− son riesgosas. Es tan problemático el egoísmo masculino como la generosidad femenina, si no están mitigadas. Ya sea desde un rol protagónico o secundario, ambos son construcciones del sexismo moderno, son un campo fértil para la desigualdad y la opresión[73]. Por esto Laso (2017) apunta que "la transformación de la subjetividad femenina implica una reorientación sobre la dimensión de la agencia" (p. 220). Mientras que "la transformación de la subjetividad masculina debe implicar una reorientación sobre la dimensión de la comunión" (Laso, 2017: 220).

Laso (2017) señala que la "subjetividad agéntica" es el "más pertinaz obstáculo en la transformación de las subjetividades masculinas y el acicate de su resistencia" (p. 221). Por lo cual señala que "una verdadera transformación de la masculinidad ha de pasar por una transmutación de su configuración subjetiva, realineándola en la dimensión de la comunión" (p. 221). La capacidad de agencia de los hombres, influida por la normativa sexista, masculiniza sus formas de actuar, fomentando su resiliencia, despolitizando las desigualdades y naturalizando los valores modernos. Para que los hombres se desenajenen necesitan una agencia de la masculinidad y no una agencia masculina. Esto posibilitaría que fueran críticos a los mandatos sexistas y sean más receptivos a las condiciones de vida de otras personas.

[73] White y Epson (1993) señalan que "todos estamos presos en una red o tela de araña de poder/conocimiento, no es posible actuar fuera de este dominio, y todos sufrimos simultáneamente los efectos del poder y ejercitamos este poder en relación a los otros" (p. 38). Hombres y mujeres vivimos disciplinados por el sexismo patriarcal. Esto implica que la construcción de lo femenino es tan patriarcal como lo masculino.

La agencia masculina está enajenada por el deber ser, hace creer a los hombres que su margen de acción se encuentra limitado por los mandatos de la masculinidad. Esto provoca que perciban como incorrecto, riesgoso y hasta imposible experimentar una agencia femenina. Es indispensable que se den cuenta de que sus potencialidades rebasan los márgenes definidos por el discurso con el que se les ha socializado.

Abyecto

Hay otro aspecto que debemos considerar para poder analizar los márgenes de acción definidos por el sexismo moderno. En páginas anteriores me he referido a la presión que viven los hombres para obedecer los mandatos de la masculinidad. Sin embargo, entiendo que ningún universo es homogéneo. Quiero decir que existen hombres que tienen una menor disposición para competir. En este apartado quiero reflexionar sobre la existencia de sujetos que no se ajustan a la normativa sexista. Para cubrir este objetivo necesitamos distinguir entre la sanción normativa y la extranormativa. Entiendo por sanción normativa a las sanciones jerárquicas que, en congruencia con la dinámica moderna, feminiza o masculiniza a los sujetos. En cambio, la sanción extranormativa se aplica para los sujetos quienes no compiten. Esta sanción rompe con el discurso normativo, desborda la dinámica competitiva. Esta distinción me ha permitido reflexionar sobre las consecuencias que viven los hombres que se niegan a participar en la dinámica competitiva[74].

[74] No me gustaría generar una confusión y que se piense que me refiero a hombres homosexuales. Los hombres homosexuales, para mí, no son hombres feminizados. Son hombres con prácticas eróticas y afectivas no hegemónicas. Sin embargo, los hombres homosexuales, en muchas

Si consideramos que vivimos en una sociedad jerárquica y competitiva la existencia social está determinada por nuestros recursos para sobresalir. Esto implica preguntarnos qué sucede con los sujetos que se niegan a competir. Olavarría (2017) apunta que la institucionalización de la norma señala lo que está permitido y prohibido. Esto delimita "los espacios dentro de los que se puede mover un varón, marcando los márgenes que le aseguran su pertenencia al mundo de los hombres. Salirse de él, sería exponerse al rechazo de los otros varones y de las mujeres" (p. 21). Cuando un hombre se niega a competir se le ve como un hombre precario, de segunda clase, la etiqueta de 'hombre' comienza a desvanecerse.

Recordemos que los cuerpos machos son identificados como hombres cuando se ajustan a las exigencias de la masculinidad. En palabras de Izquierdo (2003) "[s]e deja de ser mujer u hombre si se deja de hacer de mujer o de hombre" (p. 145). Marqués (1997) coincide al señalar que "el sujeto es permanentemente acuciado por las múltiples excelencias y exigencias del Modelo-Imagen. Si no cumple con él, si no logra ser importante, no merece a sus propios ojos ser varón" (p. 24). Cuando los hombres no hacen lo que señala el sexismo no obtendrá el reconocimiento social. Por esto la masculinización identitaria entrena a los hombres para competir, para "ser alguien". En caso de que se niegue a competir "no serán nadie". El hombre que no compite no es hombre.

Cuando un hombre compite y gana afirma su masculinidad y se hace merecedor a un reconocimiento social. Cuando un hombre compite y pierde, se

ocasiones, adoptan los valores modernos, llegan ser muy competitivos, lo cual les permite destacar en distintos ambientes sociales.

cuestiona su masculinidad, se le sanciona y se le feminiza. La feminización, aunque provoca una incomodidad, afirma su existencia, sigue mostrando su obediencia a los mandatos de la masculinidad. En cualquier de los dos casos −gane o pierda− su actuar es congruente con la dinámica moderna, sigue mostrando su disposición por participar en la dinámica social, lo cual permite ser sancionado por la normativa. En cambio, el hombre que no compite sale del juego moderno, rompe con su dinámica, se aísla de la convención.

Consideremos que todos los juegos tienen sus reglamentos, definen sus criterios para poder participar. Quienes quieran participar deberán ajustarse a dichos criterios, quienes no los cumplan no podrán participar, serán excluidos, en todo caso expulsados. Si el juego que ha definido la modernidad es la competencia, ¿de qué manera se insertan en la dinámica social competitiva quienes no compiten?

mi postura entiende que, en un mundo competitivo, si quieres ser alguien tendrás que pelear. Si la competencia nos define, nos dice quiénes y cómo somos, quien no participa en la competencia no tiene forma de aspirar a un reconocimiento social, no aspira al poder, es anulado, borrado, no existe. Si recuperamos la idea de un darwinismo social como metáfora, podríamos afirmar que quien no compite no sobrevive socialmente, desaparece para la dinámica moderna, entran en el terreno de los abyecto.

Maffia (2006) señala que “[t]odas las mujeres y aquellos varones que no replican las condiciones hegemónicas son expulsados del *nosotros* pretendidamente universal de los derechos” (p. 32). Agrega que “[n]o cumplir con la regla de identidad significa ser expulsado al espacio de lo otro, de la desviación.

Fuera del orden del sujeto sólo está lo abyecto, lo que yace en el exterior" (p.31). Por esto afirmo que los hombres que no se ajusten serán expulsados, entrarán en el terreno de lo abyecto. Quiero precisar que abyecto no es un sujeto desobediente, es un sujeto que no puede ser definido por los criterios normativos.

Esto implica una paradoja existencial. Por un lado podemos afirmar que los hombres sólo serán reconocidos, valorados y amados cuando se masculinizan, por otro lado cuando los hombres obedecen el mandato pierden su individualidad y dejan de estar sujetos (Ver Obediencia acrítica). Pareciera que sólo hay dos alternativas: a) ser obediente ante los mandatos de la masculinidad, sacrificar la individualidad y enajenarse, para ser reconocido como sujeto o b) cuestionar la masculinidad, desobedecer los mandatos, ser autónomo, lo cual implicaría ser excluido de la sociedad competitiva, desprenderse del vínculo social, dejar de ser sujeto y ser abyecto.

Como ya lo ha señalado Izquierdo (2011) cuando los hombres obedecen los mandatos no hay sujeto autónomo, crítico, reflexivo. Sólo hay acciones sin sujeto (Izquierdo, 2011). Si los hombres obedecen la normativa, que dicta cómo debe comportarse, se homogenizan, se adaptan al modelo, sacrifican su individualidad. Por esto podemos afirmar que cuando los hombres se masculinizan dejan de ser sujetos.

Para ser sujeto se requiere de un criterio propio, crítico, desobedecer el mandato, independizarse de la normativa, romper con la convención social, aunque esto signifique romper el vínculo con la comunidad, con el nosotros, quedarse solo. Por esto Izquierdo (2006) afirma que colocarse en la posición de sujeto "lleva a la

disolución de las categorías de género –que no a afirmarlas–, a la pérdida de pertinencia de la masculinidad o la feminidad, para que gane pertinencia la posibilidad de que cada ser humano devenga sujetos de su vida" (p.3). Ya que "[s]ólo es posible ser sujeto de sí, si se soporta no ser, extrañarse de lo que permite el reconocimiento del otro" (Izquierdo, 2003: 145). Por lo tanto, sólo adquieren la categoría de sujetos aquellas personas que se oponen a la normativa genérica; pero esto implica dejar de ser para los otros, no ser, entrar en un limbo identitario.

Al salir del discurso normativo se genera una autoexclusión, caminar sin certezas, por senderos alternos a los definidos por el deber ser, desprenderse de la narrativa que da sentido a la convención social, "instalar la incertidumbre en el mundo y tener que abordarla desprovista del manto protector, pero también opresor, del género" (Izquierdo, 2003: 145). Lo cual conlleva a vivir en un abismo identitario. Esto implica que no hay otros caminos legítimos.

Si, como he mencionado, la masculinidad es el único modelo de comportamiento legítimo para los cuerpos machos, podemos afirmar que los cuerpos machos sólo serán valorados, reconocidos y apreciados si son masculinos. Todo cuerpo macho, para ser reconocido, debe ser masculino. Esto mismo lo explica Izquierdo (2013) cuando explica que la dictadura de género "rechaza y penaliza socialmente las orientaciones de la propia vida que no se ajusten al patrón según el cual las hembras están obligadas a ser femeninas y los machos a ser masculinos" (p. 17).

Maffia (2006) explica que la sexualidad hegemónica exige cumplir una lógica identitaria. Varón es un varón; mujer es una mujer. Un varón es no mujer, una mujer

es no varón. Un tercero es excluido “se es varón o mujer, no hay tercera posibilidad” (p. 32). Lo que quiero señalar es que no hay narrativa legítima para hombres que no obedecen los mandatos de la masculinidad. Sólo cuando los hombres se ajustan al discurso tendrán la posibilidad de ser reconocidos, amados.

Para la narrativa sexista sólo existe hombre-masculino y mujer-femenina. “El hombre ‘afeminado’ renuncia al poder derivado de su ‘masculinidad’ en la sociedad y eso resulta incomprensible para el poder patriarcal” (Núñez, 2001: 418). Cuando el discurso sexista encuentra un hombre “no masculino”, no competitivo, no jerárquico, no ambicioso, lo que sucede es incomprensible, no hay forma para nombrarlo, no cabe en la normativa sexista.

La mirada habilitada para “conferir legitimidad, para garantizar simbólicamente la existencia, la mirada también lo está para impugnarla, negarla o suspenderla” (Le Breton, 1998: 209). El hombre “no masculino” no tiene los criterios indispensables para reconocer su existencia, no pertenece, no puede ser descrito por el sexismo, no se le asigna una identidad. Lo abyecto no es un tema biológico, o genital. Es un rompimiento con el discurso sexista, por eso no cabe en lo femenino o en lo masculino; es una paradoja narrativa, un desborde normativo, es indescifrable, un vacío de sentido, es un ser ilegible, no existe una categoría que lo describa.

Fuller (2018) señala que lo abyecto actúa como un agente activo que “amenaza al sujeto con la pérdida de su identidad —en este caso masculina— y lo fuerza a reafirmar constantemente sus límites” (p. 29). Los hombres que no se ajustan a la exigencia masculina corren el riesgo de perder su identidad, de dejar

de ser sujetos, de no ser para los otros, de morir para su comunidad. Ya que como apunta Cascales (2015) la masculinidad “es intransigente y cruel con sus disidentes” (p. 335). Para los cuerpos machos, no ser masculino es como no ser, no existir.

Segato (2018) al hablar de una muerte vincular para quienes no son reconocidos por sus pueblos, explica que “no existe destino peor que el de tornarse un paria, un sujeto sin comunidad. La muerte vincular es la peor de las muertes; el destierro es el peor de los castigos” (p. 71). La muerte vincular implica no ser para nadie, vivir como paria. Los cuerpos machos, que no son masculinos, no pueden ser femeninos y tampoco caben en la categoría mujer. Pierden la posibilidad de tener un reconocimiento social, ser frente, con y para los otros.

Morris (2005) entiende que “aquellos que no encajamos en las categorías establecidas somos demonizados o tratados médicamente” (p. 41). Quienes no caben en las categorías sexistas no se adhieren a la normativa, no se ligan a la convención, no se sujetan al deber ser, quedan sin una narrativa que los ate a la comunidad. Son vistos como salvajes, enfermos, leprosos[75], perversos, locos, disfuncionales, queer. Ser abyecto implica no ser reconocido por el discurso, es una crisis de sentido, es no caber en el nosotros. Es por esto que los hombres no masculinos, ante la ausencia de discursos que legitimen su existencia, se quedan solos, son desterrados, excluidos, viven como parias en un limbo identitario.

[75] Foucault (2008) señala que la universalidad de los controles disciplinarios ha permitido “marcar quién es ‘leproso” y hacer jugar contra él los mecanismos dualistas de la exclusión. La división constante de lo normal y de lo anormal, a que todo individuo está sometido, prolonga hasta nosotros y aplicándolos a otros objetos distintos, la marcación binaria y el exilio del leproso; la existencia de todo un conjunto de técnicas y de instituciones que se atribuyen como tarea medir, controlar y corregir a los anormales, hace funcionar los dispositivos disciplinarios a que apelaba el miedo de la peste” (p. 203).

No es que no existan hombres que vivan fuera de las categorías sexistas. Lo que sucede es que su existencia no puede ser descrita por el sexismo. Un discurso que sólo ofrece la posibilidad de ser hombres-masculino se desborda cuando una persona no cabe en esta categoría. Una cosa es no ser capaz de cumplir a plenitud las exigencias masculinas, en cuyo caso se les asigna una posición jerárquica feminizada, otra cosa es rechazar las formas de existencia social; este segundo supuesto implica un rompimiento con la normativa moderna. ¿Qué posibilidades de reconocimiento o existencia social tienen los hombres que se resisten a competir, que no se ajustan a la normativa sexista?

Lo abyecto es el terreno al que son enviados los hombres que se niegan a competir. El riesgo de no ser masculinos no es perder los privilegios, es dejar de ser sujeto, comprometer la existencia, desaparecer socialmente. A partir de lo que he señalado, identifico tres categorías en que los hombres pueden ubicarse, dos normativas y una extranormativa. La posición protagónica, prestigiosa, es la masculinizada; la posición secundaria, de sometimiento es la feminizada; finalmente, la no posición, el desprendimiento social, la crisis identitaria, la anulación como sujeto, es lo abyecto. El riesgo de nacer con un cuerpo macho y no se masculino es dejar de existir.

No quiero defender la masculinidad, ni sostener que ser masculino es la mejor alternativa para los hombres. Quiero resaltar que la existencia social de los hombres está condicionada a su masculinización y la falta de narrativas para que los hombres puedan existir socialmente sin la necesidad de masculinizarse. Debemos trabajar en narrativas que legitimen formas de ser hombres alternos al

sexismo normativo. Para tratar de ofrecer una metáfora que explique lo que he descrito, propongo pensar que los hombres masculinizados caminan por un sendero pavimentado, los hombres feminizados caminan por terracería y los abyectos tienen que ir encontrando sus propios senderos con el riesgo de que se pierdan en el camino. La normativa sexista sólo construye caminos para los “normales”, no se interesa por el destino de los “a-normales”.

Agencia emocional

El siguiente punto para hablar de la agencia es reconocer la relevancia de las emociones como un recurso agéntico. Núñez (2004) describe que “algunas feministas han señalado que el feminismo como tradición de reflexión tiene su origen en la articulación verbal, sistemática, de los malestares de las mujeres, en el estudio del motivo de esos malestares y en las propuestas para superarlos (p. 14). Recupero esta idea para señalar que considero que el primer paso para que los hombres sean críticos de la imposición masculina es reconocer los malestares, afectaciones, incomodidades que puedan experimentar por la exigencia de los mandatos.

Seidler (2000) al señalar que al hacernos menos sensibles a nosotros mismos, “también nos hace menos sensibles a las heridas que otros padecen” (p. 98), nos está diciendo que si los hombres no aprenden a reconocer sus propios malestares, difícilmente serán más receptivos con los malestares ajenos. Con esto quiero insistir en que el primer paso para que los hombres cambien es ser sensibles a sus propios problemas, a sus malestares.

Para Ahmed (2015) la crítica queer debe reconocer la incomodidad que genera una normatividad. Entiende que la incomodidad no se refiere a la simple asimilación o resistencia, sino a habitar las normas de una manera diferente: “los sentimientos queer pueden abarcar una sensación de incomodidad con los guiones que están disponibles para vivir y amar, junto con un cierto entusiasmo frente a la incertidumbre de los espacios a los que puede llevarnos la incomodidad” (p. 239). Ahmed nos invita a poner sobre la mesa la incomodidad que experimentamos para que sirva como un motivo para ser críticos de las imposiciones que vivimos. Esta incomodidad ofrece la posibilidad de identificar las exigencias del sistema y no sancionar a los sujetos por no ajustarse a la normativa.

Quiero decir que para que los hombres se desenajenen requieren de una emocionalidad que les permita reconocer y expresar sus malestares, sin embargo, no se limita a esto. El reconocimiento del malestar conlleva un cuestionamiento a la política que exige, sanciona, juzga, excluye, reprime la expresión de los malestares. Analizar los malestares permite politizar las exigencias generadas por el discurso moderno.

En congruencia con el enfoque de las emociones que he recuperado para mi análisis, aún queda pendiente discutir si es posible cambiar la emocionalidad sin cambiar las condiciones que la configuran. Maturana (1988) señala que “[o]rganismo y medio van cambiando juntos de manera congruente durante toda la vida del organismo” (p. 29). Según Maturana (1988) mientras estemos vivos y hasta que muramos, nos encontramos en interacciones recurrentes con el medio. Dicho en otras palabras “somos como somos en congruencia con nuestro medio y que

nuestro medio es como es en congruencia con nosotros y cuando esta congruencia se pierde, no somos" (p. 29). Con esto quiero señalar que la configuración emocional está en íntima relación con las condiciones del medio social en el que nos desenvolvemos. La emocionalidad masculina no es un aspecto aleatorio, azaroso; es resultado de un proceso de adaptación a una política cruel, como lo ha señalado Segato (2016).

La emocionalidad de los hombres no obedece a su biología, ni a su psicología, como lo señala la sociología de las emociones. La configuración emocional, se logra por medio del proceso de socialización que entrena a los hombres para desenvolverse en entornos crueles. Bajo este supuesto no es aventurado afirmar que existe un riesgo de que los hombres reconfiguren una emocionalidad más tierna, sin que se modifiquen las condiciones sociales. El riesgo es que si los hombres migran a una emocionalidad más tierna, sin que se modifique la dinámica moderna, provocará que los hombres sean más expresivos, más sensibles, más receptivos, pero también provocará que tengan mayores dificultades para desenvolverse en un mundo tan competitivo, que no tengan los recursos emocionales que la dinámica social requiere, lo cual los expondría a humillaciones, culpas, estrés, incertidumbre, ansiedad, depresión y a mayores sanciones, violencias y a ocupar posiciones feminizadas, por no contar con los recursos para defenderse en un medio social confrontante y hostil[76].

[76] Michel White (200)2 habla de la necesidad de apoyar a los pacientes con un andamiaje narrativo. Este andamiaje facilita que el paciente migre de una narrativa a otra. Sin este andamiaje el paciente no tendría de que sostenerse. El andamiaje se retira cuando el paciente ha estructurado y se siente seguro en una nueva narrativa.

Para que los hombres puedan migrar a una emocionalidad más tierna, se necesita de una política que no esté basada en la competencia, la jerarquía y la ambición. Esto daría la posibilidad de que los hombres puedan reconocer y expresar su vulnerabilidad. Mientras la competencia, la jerarquía y la ambición sean los valores que dan sentido a las interacciones sociales, los sujetos que no tengan los recursos necesarios para participar en esta dinámica quedarán en posiciones jerárquicas inferiores, serán sometidos, feminizados por quienes tengan comportamientos dominantes.

Vulnerabilidad

Hay dos sentidos en que debemos entender la vulnerabilidad: la posibilidad de ser frágil −viene de *vulnus,* significa herida (Soler, 2018: 82)– y la interdependencia que esto implica. Si, como señala Soler (2018) la vulnerabilidad es una “condición ontológica del sujeto” (p. 93), podemos afirmar que aunque la configuración emocional de los hombres los hace parecer seguros de sí mismos, fuertes, capaces, autosuficientes, imperturbables, confiados, independientes, son vulnerables. Esto implica que son débiles, que se cansan, que se lastiman, que enferman y dependen de otras personas.

Sobre la interdependencia, Soler (2018) afirma que ese “sujeto desafectado, autocentrado, que se erige frente al mundo con capacidad para dominarlo mediante el lenguaje y la técnica, es irreductiblemente un sujeto interdependiente; está expuesto al otro y a la afectación” (p. 93). A pesar de que “[a]lgunas vidas pueden

permitirse el lujo de vivir la ficción de la autonomía" (Soler, 2018: 93), todas las personas vivimos en interdependencia.

Butler (en Soler, 2018) entiende que la relación con un otro es "una condición del ser, una condición para la supervivencia y el sostenimiento de la vida" (p. 81). Por esto afirma que si "las condiciones de supervivencia dependen de la relación con otros, con un 'yo' o un conjunto de 'yoes' sin los cuales no puedo existir, entonces, mi existencia no es sólo mía, sino que se encuentra fuera de mí misma, en ese conjunto de relaciones que preceden y exceden los límites del yo que soy" (p. 81). El hombre masculino se muestra como si pudiera prescindir de otras personas, sin embargo, es dependiente, vulnerable.

Las estadísticas nos permiten afirmar que los hombres son vulnerables, frágiles, débiles, que se cansan, que tienen dolores, que sufren, que tienen momentos tristes, que son mortales. Esto implica que hay muchos motivos para que los hombres se quejen del proceso de masculinización que viven, aunque no lo hagan. Izquierdo (2003) entiende que "el temor, sólo es posible si hay conciencia de la propia vulnerabilidad" (p. 133). Invita a cuestionarnos "¿cómo se puede experimentar temor de que ocurra algo malo? ¿Qué lugar hay para el cuidado allí donde no hay o no se reconoce la vulnerabilidad?" (p. 133). Es fundamental hablar de la vulnerabilidad para que los hombres reconozcan las afectaciones que viven en su relación con la masculinidad, rompan con la esencialización, sean críticos de los mandatos de la masculinidad, es decir, salgan de la enajenación masculina. Dicho de otra manera, el reconocimiento de su vulnerabilidad es indispensable para que reconozcan como agentes autónomos a las exigencias de la masculinidad.

En páginas anteriores he afirmado que la vergüenza dificulta que los hombres muestren dolor, cansancio, tristeza, miedos, malestares, inseguridad, etc. En este orden de ideas Valencia (2010), dice que 'el género masculino'[77]

> debe incorporar en sus prácticas, desde la infancia, otras habilidades sociales que no lo vinculen directamente con el ejercicio de la violencia como ratificación de su virilidad y que le pongan en contacto con su propio sufrimiento para desarrollar la capacidad de empatizar con el sufrimiento de los demás (p. 199).

La feminización de las emociones y la vulnerabilidad vergonzosa ha provocado que los hombres asuman que estas emociones no son relevantes, que son indeseables, que son propias de las mujeres, que les son ajenas a ellos, que las oculten y se avergüencen de experimentarlas. Mientras la vulnerabilidad sea vergonzosa, no existen motivos para que los hombres no encontrarán motivos para ser más expresivos sobre sus malestares o receptivos a los malestares de otras personas, expresar emociones feminizadas será un riesgo. ¿Por qué compartirían malestares o lágrimas con alguien, si eso va a provocar que le hagan burla o los sancionen? Por lo tanto se requiere de postura crítica ante los valores modernos.

La vulnerabilidad como interdependencia, nos permite considerar la relevancia de la existencia de otras personas para la vida de los hombres. Si consideramos que los hombres se exponen a riesgos físicos para ser reconocidos, podemos afirmar que les preocupa mucho la idea que pueden tener otras personas

[77] Su postura no distingue entre hombres y género masculino

de ellos. Por lo tanto, como he señalado páginas atrás, los hombres son vulnerables a las miradas ajenas y a la sanción identitaria que eso puede provocar. A partir de las estadísticas de muertes y accidentes, podemos ver que muchos hombres prefieren comprometer su integridad física, pasar por dolores, fríos, malestares, a ser sancionados por no ser lo suficientemente masculinos, a que se cuestione su masculinidad. Quiero decir que los hombres son vulnerables a la sanción social por no ser suficientemente masculinos, que viven con un constante miedo.

4.3.1.1 Miedo físico y miedo identitario

Una de las emociones más destacadas, por su influencia en los comportamientos de los hombres es el miedo. Al afirmar esto quiero señalar que el miedo, así como cualquier otra emoción, nos motiva a actuar. A diferencia del amor, que promueve una continuidad en las interacciones, el miedo está más ligado con el rechazo señalado por Maturana (1988). El miedo es una emoción con valencia negativa, se experimenta como un malestar, que nos motiva a alejarnos de la situación o la persona con quien lo experimentamos, lo cual dificulta la continuidad de las relaciones.

Nussbaum (2014) explica que el miedo es útil y necesario, “es una motivación legítima para un comportamiento autodefensivo […] conduce a un temor razonable” (p. 387). Lo que no considera Nussbaum es que el miedo es una emoción feminizada, por lo tanto, ilegítima para los hombres. Si tomamos como referente el estereotipo masculino, no existe temor razonable. Los hombres no deben sentir

miedo. No quiero decir que los hombres no sienten miedo, sino que no se les permite expresarlo. Cuando sienten miedo se cuestiona si realmente son tan hombres.

Ahmed (2015) explica que el sentido común nos dice que las personas más asustadas son las más vulnerables; lo cual nos permitiría afirmar que “el miedo podría verse como una ‘respuesta razonable’ a la vulnerabilidad (p. 14). Sin embargo, Ahmed aclarar que “el miedo no es sólo una consecuencia de la ‘objetividad’ de las amenazas y los peligros” (p. 114), por esto nos invita a reflexionar “¿por qué algunos cuerpos están más asustados que otros? ¿Cómo se conforman los sentimientos de vulnerabilidad?” (p. 114). Me han sorprendido algunas afirmaciones de compañeras que señalan que los hombres cuando están en la calle no experimentan miedo. Estas reflexiones me han llevado a preguntarme cómo se construyó esta idea. Si revisamos las estadísticas de violencias interpersonales, de accidentes viales, de trabajo, de incapacidades o muertes prevenibles, esperanza de vida, podemos afirmar que los hombres, sobre todo en un país como México, están en riesgo. Lo cual me permite afirmar que si no expresan miedo no será porque no estén en riesgos. Derivado de estas reflexiones me he preguntado qué tipos de miedo existen.

A partir de mi revisión de la literatura he considerado conveniente distinguir entre el miedo físico, experimentado cuando sentimos en riesgo nuestra integridad física (accidentes, heridas, golpes, morir) y el miedo identitario, experimentado cuando se cuestionan nuestras conductas y nuestro ser frente a otros, (juicios, descalificaciones, exclusiones, pérdida de estatus). Ambos miedos nos resultan amenazantes, pero en distintos sentidos.

4.3.1.2 Miedo físico

Ya he señalado que los hombres en su proceso de masculinización identitaria pasan por una pedagogía de la crueldad que los insensibiliza a ciertas emociones o malestares. Estos aprendizajes les permiten adormecer y silenciar los miedos físicos. Martínez (2013) explica que esta “inexpresividad puede estar ligada con los altos índices de violencia, inequidad de género y algunas conductas de riesgo para la salud” (p. 196). Este silencio del miedo físico deriva en que los hombres se expongan a situaciones en las que comprometen su integridad.

Si los hombres sintieran más miedo las estadísticas de mortalidad y accidentes disminuirían significativamente. Los hombres al esconder el miedo actúan como si fueran inmortales, arriesgan su integridad para que no se cuestione su identidad, su ser hombre. El miedo a que sufrir una herida, lesión o muerte, parece ser menor al miedo a ser sancionados, devaluados, feminizados. Es tanto el miedo a que se les acusen de llorones que se exponen a riesgos físicos, silencian el miedo físico, para que no se cuestione su masculinidad. Por la manera en que lo experimentan, pareciera que el dolor a la sanción identitaria fuera mayor que el del dolor físico.

Al hablar de adormecimiento, quiero decir que los hombres sienten miedo, sólo que aprenden a ocultado, a silenciarlo. Si los hombres reconocieran y expresaran sus miedos, estarían aceptando que tienen malestares, que no son tan fuertes, que son débiles, que no son invencibles, que no todo lo pueden, que son dependientes, que sienten dolor, que se cansan, que no quieren o no pueden seguir

compitiendo, que necesitan descansar, cuidados, abrazos, ternura, que son vulnerables.

Para que los hombres sigan siendo reconocidos como masculinos deben aprender a ocultar sus miedos. ¿Qué pueden hacer los hombres con el miedo, si parece que mientras vivan entre tanta violencia, al ponerlo en la balanza, es conveniente seguir escondiéndolo? ¿Pueden detenerse a escuchar sus miedos, aunque esto los incapacite para seguir compitiendo? ¿Es conveniente que los hombres expresen su miedo, en escenarios que no son receptivos a sus malestares, que los sancionarán por compartirlos?

4.3.1.3 Miedo identitario

Kimmel (1997), considera que la masculinidad requiere de una aprobación homosocial. Menciona que su emoción más destacada es el miedo de no ser reconocidos como masculinos, parecer femeninos, por no ser capaces de cumplir con las expectativas sociales (p. 55). Explica que si los hombres se exponen a riesgos es para mantener una “fachada varonil”. El mismo Kimmel (1997) señala que “[n]uestro miedo es el miedo de la humillación. Tenemos vergüenza de estar asustados” (p. 57).

Cascales (2015) coincide al señalar que la masculinidad es una identidad construida desde el miedo. Explica que “el riesgo al fracaso o la presión de la competitividad intensa e implacable entre varones, convierte a los sujetos de la categoría masculina en individuos cargados de miedos, temores e inseguridades ante la posible no pertenencia al estatus masculino (p. 334). Agrega que hay un

miedo “al ataque, al cuestionamiento del ser, desde un miedo que se viene generando del ataque de hombres contra hombres” (p. 334). El mismo Cascales (2015) señala “los hombres sufren constantemente, bajo la amenaza de expulsión de la categoría masculina, una feroz violencia simbólica y presión social” (p. 336). El miedo identitario está ligado con la amenaza de ser sancionados por no ajustarse al deber ser masculino, a la degradación social, a dejar de ser visto como hombre.

Kimmel (1997) apunta que el miedo, consciente, o no, de nos perciban como homosexuales “nos presiona a ejecutar todo tipo de conductas y actitudes exageradamente masculinas, para asegurarnos de que nadie pueda formarse una idea errada sobre nosotros” (p. 59). Vivimos con el miedo de no ser lo que se espera de nosotros, de no satisfacer las expectativas, de no ser lo suficientemente hombres. El miedo identitario es un miedo a la mirada y descalificación de otros. Detrás de este miedo está el deseo ser aceptados, valorados, queridos, amados, reconocidos. Este deseo se traduce en una autoexigencia de demostrar a otras personas y a sí mismos que son masculinos.

Laso (2017) agrega que la gran mayoría de actos de violencia de los hombres es desencadenada por una vivencia de pérdida de autoestima, de humillación o vergüenza. Explica que para evitar humillaciones los hombres “despliegan distintos tipos de violencia en un intento de controlar o ‘gobernar’ a su pareja” (p. 226). Quiero regresar al planteamiento de Maturana (1988) en el que señala que nos vinculamos desde la emoción para reflexionar sobre el tipo de vínculos que se generan cuando interactuamos desde el miedo, la desconfianza, la necesidad de demostrar que se es fuerte, seguro.

Pensar en el miedo identitario me ha permitido identificar otra paradoja que experimentan los hombres. El miedo experimentado por las personas definidas como hombres implica que entren un vacío de sentido que no se puede explicar desde el binarismo sexista. Si el criterio para ser hombre es la genitalidad y sentir miedo es exclusivo de mujeres ¿qué sucede con los hombres que tienen miedo? Si los “los hombres de verdad no sienten miedo” ¿cómo definimos a los hombres que sí sienten miedo? El miedo les impide reconocerse como hombres, pero su genitalidad les impide ser mujeres. Identificarse como hombres y sentir miedo representa una paradoja. Al sentir miedo salen da la categoría hombre, pero su genitalidad le impide entrar en la categoría mujer

Es absurdo tener miedo a no ser hombre cuando la biología afirma que no pueden ser otra cosa. Discursivamente, para ser hombre tendría que dejar de sentir miedo. Si siente miedo podría ser mujer, pero necesitaría otra ‘genitalidad’. ¿Cómo podrían tener miedo a no ser hombres si no pueden dejar de serlo? Quiénes tienen genitales machos, sienten miedo y no se convierten en mujeres ¿cómo se definen? De nuevo el discurso sexista se desborda. Los hombres, al sentir miedo que no ‘pueden’ sentir, se enfrentan a una paradoja que desborda la categoría de hombre/masculino.

Mientras se piense que los hombres son masculinos por naturaleza, lo femenino, lo no competitivo y el miedo, entre otras cosas, serán paradójicos. Es necesario rebasar el discurso normativo, construir otras narrativas de ser hombre. El miedo identitario es un miedo a ser vistos como frágiles, vulnerables, débiles, a dejar de ser hombre, feminizado, a entrar en el terreno de lo abyecto.

Agencia emocional moderna

Tomando como base la vulnerabilidad vergonzosa, es necesario revisar la agencia emocional de los hombres que legitima la modernidad. Quiero decir que los hombres sí tienen un margen de acción para gestionar sus emociones. Propongo la siguiente clasificación para reflexionar sobre las alternativas que les ofrece la normativa.

a) **Insensibilizarse**. Forma parte del proceso de masculinización. Provoca que desde niños comience un proceso que va engrosando la piel, haciendo callo para hacerse resistir, indiferentes a la violencia, la crueldad (Segato, 2016), malestares, dolores. Esta insensibilización silencia sus malestares, naturaliza el sufrimiento propio y ajeno. También enseña que lo sensible, lo romántico, lo amoroso, lo tierno son emociones irrelevantes y vergonzosas.

b) **Inexpresividad**. Si los hombres no se han insensibilizado lo suficiente y sienten algo que no "deberían", tratan de ocultarlo o silenciarlo para evitar ser sancionados. Aprenden a ocultar sus dolores, malestares, lágrimas, cansancio, tristezas y miedos. Sus rostros y cuerpos se muestran firmes, estoicos, imperturbables.

c) **Eufemización**. Cuando los hombres no pueden ocultar sus malestares, tratan de negar la importancia de lo que les sucede. Utilizan el lenguaje para intentar restarle relevancia a lo que les afecta. Lo hacen parecer como irrelevantes, niñerías, cosas sin importancia.

d) **Conversión**. En caso de que no puedan contener la emoción feminizada, la expresan como en una masculinizada. Un ejemplo puede ser cuando un

hombre, al terminar una relación de pareja, habla de su enojo, rivalidad, resentimiento, emociones legítimas para la masculinidad, y omite su sufrimiento, su dolor, su culpa o arrepentimiento. Sus narraciones resaltan los hechos que los masculinizan, que les permiten mostrarse fuertes y capaces. Dejando en un segundo plano aspectos que los puedan hacer parecer débiles, frágiles o vulnerables.

e) **Hermetismo**. Mantiene a los hombres centrados en sí mismos. Ante el riesgo de ser feminizados, prefieren ser distantes, fríos, imperturbables, incluso con sus vínculos más cercanos. Este hermetismo provoca un distanciamiento afectivo, evitan situaciones en donde compartan su intimidad, sus malestares, también evitan generar dependencia. Los hombres se acostumbran a vivir en soledad, a tragarse sus malestares.

f) Des-vinculamiento. Los vínculos se vuelven parcos por la inexpresividad y el hermetismo con que interactúan. Esto permite a los hombres sentirse ligeros, desligados de afectos, evitar compromisos y tomar decisiones sin que interfieran sus emociones. Discriminan lo relevante y lo irrelevante, para enfocarse sólo en lo que les parece relevante. Dedican su tiempo y sus energías para alcanzar sus objetivos y se desprendan de lo irrelevante, por ser considerado como una distracción.

g) **Racionalización**. Trata de restarle relevancia a las emociones. Permite que los hombres se muestren lógicos, fríos, calculadores, estratégicos, contenidos. Por medio de argumentos racionales, buscan entender la lógica de las cosas, encontrar sentido a lo que les sucede. Al tratar de estructura mentalmente lo que se siente, asumen que pueden orientar sus conductas

hacia cosas que tengan “más sentido”. Un ejemplo de esto me lo han ofrecido algunos estudiantes que señalan que es mucho mejor inversión tener un buen trabajo que establecer una relación de pareja. Al racionalizar, invisibilizan la relevancia de las emociones en su vida. Ven el amor, la ternura, el placer, el ocio, el juego, el erotismo como pérdidas de tiempo, como distracciones de lo que sí es importante.

h) **Romper con el emocionar masculino**. Equivaldría a llorar, tener una catarsis, expresar los malestares, mostrarse vulnerarse frente a otros. Para el emocionar masculino, esto sólo es legítimo para los infantes, las mujeres y los homosexuales. Para los hombres heterosexuales adultos, siempre será cuestionable mostrar las lágrimas, los miedos, inseguridades, tristezas o dolores. Cualquier hombre sabe que es un riesgo expresar las emociones ‘femeninas’. Es conveniente contener estas emociones para evitar ser sancionados. ‘Romperse’ implicaría exponerse a sanciones por feminizarse.

Estas son las alternativas que, identifico, ofrece el emocionar masculino para que los hombres gestionen sus emociones. Sin embargo, no desconozco la existencia de espacios alternativos que pueden ofrecer a los hombres la posibilidad de compartir su vulnerabilidad sin ser sancionados. Estos espacios pueden ser con un terapeuta, un amigo o amiga, muy discretos. Sin embargo, estos espacios son escasos, trabajan en contracorriente del sexismo normativo y son pocos solicitados por los hombres. Generalmente, los hombres recurren a estos espacios cuando se encuentran muy desesperados.

Cierre agencia moderna

Mis reflexiones me llevan a afirmar que la masculinización de los hombres los entrena para competir, esto implica una mayor disposición para afrontar riesgos, ambición por competir, imponerse para ascender o destacar en una sociedad jerárquica. Con esto quiero dejar claro que los hombres enajenados por la masculinidad sí tienen un margen de agencia, pero está limitada por los mandatos de la masculinidad. Si lo que se pretende es modificar el patriarcado moderno, la agencia de los hombres no puede estar limitada por la masculinidad, no puede ser sexista. Para salir de la enajenación masculina, el camino no es la agencia masculina, ni la femenina, sino en una agencia de la masculinidad.

El cambio que se requiere no puede pensar la agencia como resiliencia o ascenso social. Es la estructura competitiva la que debe modificarse. Como lo ha mencionado Laso (2017) no necesitamos agentes individuales, héroes que nos demuestren que es posible vencer cualquier adversidad, necesitamos salir de la narrativa moderna. Hacer lo posible para vivir en un mundo más horizontal. Para esto necesitamos hombres críticos indisciplinados, desobedientes, indóciles, subversivos frente a la imposición sexista. Dicho de otra manera, la agencia masculina es insuficiente para que los hombres salgan de su enajenación. Los hombres requieren una agencia antimoderna, antisexista, abyecta, crítica, subversiva, una agencia de la masculinidad.

Vulnerabilidad digna

Es importante subrayar la influencia de la emocionalidad moderna en la vida de los hombres. Si los hombres no pueden decir: “estoy triste”, “estoy cansado”, “no quiero pelear”, “tengo miedo”, “te necesito”, etc., reconocer y expresar sus problemas o malestares, es porque siguen siendo sancionados por el sexismo. Los hombres, y muchas personas, han introyectado las exigencias sexistas, entre ellas la idea de que la vulnerabilidad es vergonzosa, que es conveniente evitar mostrar su fragilidad, empatía, ternura, que es preferible mostrar fortaleza, crueldad, seguridad, autosuficiente. Mientras los hombres no consideren la relevancia de la vulnerabilidad, sus emociones seguirán enajenadas por el sentido de vida definido por el proyecto moderno.

Para pensar las emociones como un recurso agéntico debemos comenzar a politizarlas. Cuando hablo de politizar las emociones me refiero a la necesidad de dejar de sancionar a los sujetos por lo que sienten, comenzar a visibilizar el interés político que hay detrás de la configuración de una emocionalidad masculinizada, visibilizar las afectaciones que experimentan los hombres por su masculinización, reconocer su relevancia para que los hombres sean críticos de la masculinidad y la conveniencia de salir de esta enajenación. Las emociones son un dispositivo indispensable para que los hombres sean críticos del sistema.

Politizarlas permitirá que los hombres antepongan su integridad, sus vínculos y su calidad de vida a las exigencias estructurales. Esto implica que los hombres puedan pensar su vulnerabilidad y su intimidad como espacios de vínculo, gozo, placer, nutrición. Para los hombres su bienestar y sus vidas deberían ser más

importantes que su productividad, que la manera en que los miran, los tratan. Para esto es indispensable que dejen de priorizar el eficientismo, su parecido al estereotipo, dejar de exigirse para demostrar que merecen ser amados.

La emocionalidad moderna, al haber definido que la vulnerabilidad era motivo de vergüenza ha configurado una sensibilidad cruel. Me queda claro que sólo desde una lógica violenta o cruel es vergonzoso ser vulnerable. Si viviéramos en una política más cálida, mostrarse vulnerable sería una virtud. Los hombres necesitar poner sobre la mesa de discusión sus afectaciones, sus dolores, heridas y malestares visibilizar que la masculinidad mutila sus potencialidades humanas. El reconocimiento de sus malestares implica reconocerse afectados, heridos, frágiles, dóciles, enajenados, vulnerables y víctimas de las exigencias de los mandatos, de la masculinidad.

La vulnerabilidad ofrece un camino prometedor para romper con la imposición sexista y buscar formas de ser hombres menos exigentes y menos violentas. El análisis de la vulnerabilidad nos ofrece la posibilidad de enfocarnos en los sentires de los sujetos, lo cual implica analizar la sociedad de abajo hacia arriba; es decir, recuperar sus malestares para cuestionar las normativas, las imposiciones, las desigualdades, las violencias y reflexionar sobre la urgencia de cambiarlas. Es necesario romper con la normativa cuando, en lugar de facilitar la armonía social, oprime a las personas.

Este cambio implica migrar de una narrativa que ve la vulnerabilidad como algo vergonzoso a una que entiende la vulnerabilidad como algo indispensable para desenajenar a los hombres, como un recurso crítico, relevante para ampliar sus

márgenes de agencia. Valencia (2010) entiende que es indispensable construimos políticamente en virtud de la vulnerabilidad de nuestro cuerpo, por tal motivo "debemos reconocer la vulnerabilidad del cuerpo como lo indiscutible" (p. 196). No podemos seguir pensando en una vulnerabilidad vergonzosa; necesitamos una vulnerabilidad digna, que entiende la relevancia política de poner sobre la mesa los malestares, afectaciones, heridas, abusos, explotaciones, injusticias, violencias que viven los hombres.

Valencia (2010), después de analizar el capitalismo gore, nos advierte la necesidad de evitar que

> el sentimiento de seguridad primermundista nos impida reconocer las formas radicalmente desiguales de la distribución global de la vulnerabilidad física, puesto que 'negar esta vulnerabilidad, desterrarla, sentirnos seguros a expensas de cualquier otro tipo de consideración humana, supone desperdiciar el principal recurso para orientarnos y encontrar una salida' (p. 197).

Necesitamos narrativas que legitimen la vulnerabilidad, que entiendan que es un recurso que permite sanar, cuidarnos, para establecer vínculos más honestos, profundos y empáticos. La vulnerabilidad digna es un intento por priorizar la calidad de vida y cuestionar la normativa sexista, los estereotipos de género y el deber ser moderno. Es una crítica a la política cruel, jerárquica, competitiva, ambiciosa, que enajena, cosifica, insensibiliza, desvincula y programa a los hombres para que introyecten su sentido de vida competitivo.

Para que los hombres se sacudan la enajenación patriarcal y desobedezcan los mandatos de la masculinidad, es decir, se liberen del deber ser impuesto, necesitan analizar su configuración emocional, reconocer su vulnerabilidad, expresarla, defenderla y vivir tomándola como referente, priorizar su bienestar ante las exigencias normativas. La defensa de su vulnerabilidad puede ser la bandera de nuestra estrategia de cambio.

El camino donde los hombres tienen comportamientos empáticos, dialógicos, requiere de una sensibilidad no moderna. La vulnerabilidad digna entiende que los hombres tienen derecho y necesidad de quejarse para visibilizar sus malestares y poder configurar una política más tierna; basada en lo sensible, la ternura, la empatía. Para el hombre indócil la vulnerabilidad no es una debilidad, es un recurso indispensable para conocerse, aceptarse, cuidarse y salir de la enajenación masculina.

La vulnerabilidad digna dará un margen de acción para que los hombres reconozcan y expresen sus malestares, sin ser sancionados por ‘feminizarse’, dejará de presionarles para competir, les ofrecerá la posibilidad de desobedecer los mandatos de la masculinidad y priorizar su calidad de vida. Pensada así, la vulnerabilidad implica romper con el sexismo, ser críticos con los mandatos, anteponer su sentir y quitarse culpas por no ser capaces de satisfacer las exigencias masculinas, aprender a cuidarse, aceptar que no nacieron para competir, expresar emociones, reconocerse frágiles, débiles, interdependientes, aprender a pedir ayuda, vincularse desde su sentir, reconocer sus limitaciones, la incertidumbre de vivir en el caos, dejar de querer controlar lo que sucede.

Si consideramos que las experiencias humanas están repletas de emociones y que todos, todas, todes somos vulnerables, podemos afirmar que las emociones y la vulnerabilidad nos constituye. No hay manera de no ser emocional y no ser vulnerables. Somos seremos emocionales y vulnerables lo aceptemos o no, lo vivamos como algo vergonzoso o con dignidad. Para una sociedad más empática, pacífica y amorosa es conveniente quitarle es velo que hace parecer que ser emocional o vulnerable es indigno.

Laso (2017) entiende que la subjetividad fundada en la comunión está basada en la compasión (p. 236). Explica que esa subjetividad se funda en “la capacidad, la voluntad y el deseo de compartir el sufrimiento, comprender su origen y actuar para reducirlo” (p. 236). Menciono esto para subrayar que la emocionalidad y la interpretación que se le ha dado a la vulnerabilidad es una convención, no está dentro de las facultades de los hombres, a nivel individual, reconfigurarla. No pueden hacerlo solos. Requieren del acompañamiento de personas que validen esta transición.

Para que los hombres migren a una vulnerabilidad digna es indispensable que dejen de ser sancionados por feminizarse sus emociones, por desobedecer los mandatos sexistas, que se les acuse de victimizarse. Cuando esto suceda, si sucede, será porque las personas sean receptivas con los malestares y violencias experimentadas por los hombres. En la vulnerabilidad digna los hombres podrían ser apapachados, acicalados, erotizados, abrazados, mimados, besados, incluso por otros hombres, no sólo desde la excitación genital, sino desde la demostración

de afectos, del placer, del reconocimiento y celebración de su existencia y reforzamiento del vínculo.

Es fundamental que los hombres reconozcan sus malestares, su vulnerabilidad como un referente desde el cuál se vinculen. Mi apuesta es que los hombres vivan su vulnerabilidad con dignidad. Cuando los hombres se reconozcan frágiles, débiles, vulnerables, aceptaran que todos necesitamos de todos. Esta interdependencia exigirá que se preocupen por el bienestar ajeno, lo cual a su vez promoverá comportamientos empáticos y éticos. Esto les permitirá interactuar desde una realidad más esférica, íntima y honesta; y tendrá un impacto político que promete desarticular la normativa sexista y favorecer las condiciones para una sociedad más pacífica.

4.4 Agencia crítica-subversiva

La agencia crítica, subversiva y politizada pretende que los hombres amplíen los márgenes de acción definidos por los mandatos de género. Para que esto sea posible es indispensable legitimar formas de ser hombres que no se ajusten a los valores modernos, que no centren su existencia en la competencia, que no vean las interacciones como vías para ascender socialmente y que dejen de moverse por su ambición. Esta forma de agencia permitiría rebasar el binarismo masculino/femenino.

Herrera y Agoff (2012) explican que para ampliar los límites de la agencia se "requiere de un contexto sociohistórico más favorable, que incluya mayores

posibilidades de autonomía material y simbólica[78]" (p. 114). Sin el cuestionamiento al sexismo moderno, los hombres seguirán caminando en círculos dentro de los límites definidos por la masculinidad, luchando para saciar sus necesidades, sintiendo vergüenza por mostrarse vulnerables y anteponiendo los mandatos a su bienestar. Como he referido en páginas anteriores los hombres requieren un marco de agencia que desborde los mandatos de la masculinidad, que les permita formas de habitar, de expresarse, de vincularse que les han sido censuradas por su genitalidad.

El proceso para trabajar con los hombres, desde una perspectiva de género, no puede limitarse a modificar la masculinidad o configurar nuevas masculinidades. Lo que se debe buscar es que la identidad de los hombres no esté ligada a la masculinidad, no se masculinice, sin que esto implique una sanción social. Para que los hombres sean autónomos con respecto a las exigencias de la masculinidad, la normativa que liga a los hombres con la masculinidad ya sea por motivos biológicos o culturales debe romperse. Cualquier premisa que sostenga que los hombres son o deben ser masculinos debe ser falsa. Los hombres necesitan ser disidentes, indóciles, subversivos, indisciplinados a los mandatos de la masculinidad. Como sociedad necesitamos legitimar formas existencia social para hombres, mujeres o cualquier otra identidad que no estén condicionados por los valores modernos.

[78] Esta afirmación de Herrera y Agoff la hacen cuando hablan de las mujeres. Sin embargo, considero que también aplica para el caso de los hombres.

Cierre de capítulo

En principio, la modernidad ha promovido un discurso basado en un darwinismo social, que sostiene que nacimos para competir. Este discurso ha recuperado el binarismo sexista como un referente para dinamizar la sociedad moderna y jerarquizar a las personas. La dinámica moderna masculiniza y feminiza las posiciones sociales a partir de sus interacciones. Esto posibilita que los hombres sean masculinizados o feminizados a partir de las posiciones de poder o de sometimiento en que se ubican. En todas las situaciones la posición masculinizada recibe una mayor jerarquía si la comparamos con una posición feminizada. En consecuencia, la feminización es una forma de inferiorizar o someter a alguien.

Propuse una tipología de machismos para visibilizar la presión que viven los hombres para ajustarse a los mandatos de la masculinidad en sus interacciones. Esta tipología permite visibilizar cuando el mandato se hace presente, cuando ejerce presión, cuando anula al sujeto y cuando aparece la agencia crítica. Además, distingue si la presión se ejerce de manera estructural, por personas no definidas como hombres, entre hombres o de los hombres consigo mismos.

A partir de la categoría ‘abyecto’ señalé el vacío narrativo que dificulta que los hombres se liberen de las exigencias masculinas. Esto implica que si los hombres dejan de competir, en una sociedad basada en la competencia, se corre el riesgo de ser excluidos. Esta exclusión los coloca en un limbo identitario porque no hay referentes alternos para legitimar su identidad. Esto subraya la necesidad de construir narrativas en donde los hombres no estén obligados a ajustarse a las exigencias masculinas.

Finalmente, distinguí entre la agencia adaptativa y la agencia crítica, lo cual me permitió precisar que la agencia de los hombres enajenados se encuentra limitada por los mandatos de la masculinidad. Esta agencia es parte de la programación de género (Preciado, 2008) y provoca que los hombres actúen en congruencia con la política moderna, influyendo en sus motivaciones, en su sentido de vida, en la manera en que se vinculan a nivel personal y consigo mismos.

Propuse la vulnerabilidad digna para visibilizar la necesidad de que los hombres prioricen sus malestares, sus vínculos, su calidad de vida y cuestionen las exigencias sexistas. Esto implica ser críticos del emocionar masculino y la necesidad de reconocer la relevancia política de la vulnerabilidad para romper con la crueldad moderna. Lo cual permitirá que los hombres vean la relevancia que tiene expresar sus malestares, heridas, dolores. La vulnerabilidad digna prioriza la calidad de vida de los hombres para pensar formas de ser hombres más amigables, menos violentas y en la conveniencia de pensar en un mundo más tierno.

Para migrar hacia una vulnerabilidad digna, necesitamos cambiar el sentido de vida basado en la jerarquía, en la competencia y la ambición. Esto permitirá que los hombres tengan las condiciones para configurar un emocionar más tierno, amoroso, empático y se distancien de un emocionar impositivo, confrontante y cruel. Finalmente, esto permitiría que los hombres migren de una agencia masculina a una agencia de la masculinidad.

5 Capítulo. IV:
Estrategia metodológica

Los científicos dicen que estamos hechos de átomos

pero a mí un pajarito me dijo que estamos hechos de historias

Eduardo Galeano

En congruencia con el objetivo de esta investigación, la dimensión emocional es central para el estudio por los los tres ejes de trabajo que he señalado con anterioridad: a) las emociones como dispositivo disciplinante, b) la masculinización emocional de los hombres y b) la emoción como un recurso agéntico. Ahora me interesa precisar el proceso metodológico que me ha permitido analizar la dimensión emocional en la masculinización de los hombres.

Antes de profundizar en la metodología intentaré precisar mi posición epistemológica. Hoy sabemos que todos los conocimientos son parciales, subjetivos, interpretaciones:

> no hay manera de ver algo fuera de perspectiva […] cualquier perspectiva está condicionada tanto por el lugar desde el que se mira, como por lo que busca, teme o anhela aquél que mira, como incluso por el camino que a uno

> le ha llevado a mirar desde ese sitio. No hay más objetividad posible que ésa: una lo más honesta posible declaración de la propia subjetividad, del propio camino (Lizcano, 2006: 126).

Si consideramos que no existe una perspectiva que pueda abarcar el todo, podemos afirmar que todas las perspectivas discriminan; incluye algunos aspectos y omite otros, tienen puntos ciegos, vacíos. Dado que no existen los saberes absolutos, conviene tratar de visibilizar los puntos ciegos que hay detrás de cada conocimiento; ya que la afinidad o distanciamiento de un sector de la población, intencional o no, tiene repercusiones en los objetivos, en los intereses y en los resultados de cualquier investigación o programa de intervención. Recordemos que "[l]a única realidad que conocemos está teñida por los métodos que seguimos para conocerla, y éstos, a su vez, son marcados por la subjetividad del o la investigadora" (Amuchástegui, 2001: 103).

En este mismo sentido Tadeu (2001) sostiene que "[l]as diferentes interpretaciones son resultados de diferentes puntos de vista, de diferentes posiciones, de diferentes perspectivas" (p. 20). La diversidad de posturas y su parcialidad nos permite visibilizar quién dice qué, desde dónde lo dice, qué no dice, por qué no lo dice. En congruencia con estas posturas, mi posición entiende que no existe la verdad como algo universal. Tampoco existe la objetividad o la neutralidad científica. Si aceptamos que "[n]o existe una única verdad interpretativa" (Denzin y Lincoln, 1996: 25), podemos asegurar que los saberes son parciales, históricos y situados.

Por tal motivo es fundamental hacer explícita la posición epistemológica desde la cual se produce el conocimiento: la posición del investigador, sus supuestos, incluso sus sentimientos, ya que también participan en la producción de conocimiento (Núñez, 2004: 25). Asumo que, como no hay una neutralidad en lo que yo comparto, al estudiar a los hombres parto de una serie de supuestos que condicionan los resultados. La realidad es esférica, cambiante, compleja y sólo podemos aspirar a dar nuestras interpretaciones. Nadie posee todos los puntos de vista.

Cuando investigamos tenemos "una atención selectiva hacia aquello que favorece a nuestra idea y una inatención selectiva hacia aquello que la desfavorece" (Morin, 2008: 102). Mi mirada es limitada, parcial y así debe ser leída; resalta ciertos aspectos, lo cual implica dar menos relevancia a otros aspectos. Asumo que no tengo la capacidad para mostrar el objeto en un sentido absoluto y que es imposible compartir una descripción que considere la complejidad de las vidas de los hombres o de su vida emocional.

Entiendo que hay otras agendas, otros intereses y que cada investigación pretende resaltar los aspectos que considera relevantes; genera otros sesgos. A partir de la afirmación de Tadeu (2001) en la que sostiene que "[n]o hay ninguna verdad a ser descubierta o revelada porque la única verdad es aquella que nosotros creamos" (p. 20). Me percibo como un narrador que pretende resaltar aspectos de las vidas de los hombres que necesitan ser visibilizados, ya sea porque se han nombrado de otra manera, con otras perspectivas o con otros intereses. Considerando que mi posición como investigador pretende que los hombres tengan

mayores recursos para ser críticos de la masculinidad, no busco visibilizar la violencia que estos ejercen contra otras personas, tampoco negarlas. En todo caso me interesa ver cómo sus vidas se afectan cuando ejercen violencias.

En los apartados anteriores he recuperado teoría de género, sociología de las emociones y pensamiento decolonial. Sin embargo, hay dos posturas que considero señalar antes de precisar mi estrategia metodológica: la complejidad y la teoría queer.

1. Complejidad

Estudiar la relevancia de la dimensión emocional en las vidas de los hombres ha requerido que cruce las categorías de análisis: género y emociones. Este cruce, pretende estudiar dimensiones que por ser dinámicas, ambiguas, naturalizadas, diversas; aunque ayuda a delimitar el objeto de estudio representan un reto complejo. Morin (2008) entiende que estudiar fenómenos complejos es una tarea imposible, por eso afirma que “estamos condenados al pensamiento incierto, a un pensamiento acribillado de agujeros, a un pensamiento que no tiene ningún fundamento absoluto de certidumbre” (p. 101).

A pesar de que, como he señalado, los hombres viven una programación de género (Preciado, 2008) que masculiniza sus identidades y enajena sus vidas, entiendo que no hay una linealidad en sus aprendizajes de género. Reconocer la complejidad implica aceptar que la realidad es dinámica, incierta, caprichosa,

caótica. Quiero decir que no se puede estudiar la masculinización pensando que los hombres sean maquilados en serie. Los procesos de masculinización no son idénticos, secuenciales,. El reto de estudiar la masculinización es rastrear elementos, tendencias, que son diversos, cambiantes, distintos, sutiles, contradictorios y que, a pesar de esto, forman parte de un proceso de masculinización.

Teoría queer

Detrás de mi intención de que los hombres logren una mayor autonomía con respecto a las exigencias masculinas, propongo la teoría queer como un referente crítico. Morris (2005) señala que la teoría queer "intenta desligar el sexo del género, manteniendo que no están necesariamente relacionados" (p. 37). Sierra propone entender lo queer como "un modo de aproximarse a la realidad en un incesante cuestionamiento a todo lo que se entiende como natural o inalterable" (Sierra, 2008: 31). La teoría queer es antinormativa, antiesencialista.

Ahmed (2015) define que la teoría queer promueve una política basada en la resistencia a todas las normas. Entiende que lo queer implica asumir la identificación de sujetos "fallidos" frente a la norma. Para Ortiz (2016) la teoría queer "aparece como una crítica al pensamiento feminista en su concepción del sujeto 'mujeres'" (p. 44). Sierra (2008) explica que la teoría queer "cuestiona la existencia de categorías tales como las de hombre, mujer, heterosexual, homosexual, bisexual, y lesbiana, entre otras, cuestionando ese concepto prescripti[v]o de 'naturaleza'" (p. 35). Desde esta postura, "todas ellas son construcciones sociales y su imposición,

bajo la responsabilidad de la naturaleza, encubre una ética disciplinatoria" (Sierra, 2008: 35).

Para Morris (2005) la teoría queer es un intento por resistirse a las categorías identitarias, ya que "intenta reconstruir el sujeto sin caer en esa trampa de la identidad. La teoría queer enseña que la identidad es una construcción cultural" (p. 37). Por eso nos invita a que nos "reinventemos con creatividad quiénes somos y qué hacemos" (p. 40). Fonseca y Quintero (2009) comparten esta postura al defender "el derecho de todas las personas a la autodeterminación de sus propias vidas y a ser felices" (p. 57).

Valencia (2014) también señala que "este es un movimiento de autocrítica que puede incluir a aquellos que mantengan prácticas heterosexuales pero que disientan de los sistemas de dominación emparentados con la producción capitalista que marginaliza a todos los que han devenido" (p. 68). Explica que las reivindicaciones de la teoría queer "niegan toda esencia por considerarla reaccionaria y opresora" (p. 83). Por eso nos advierte que lo "cuir no es un sinónimo de homosexual y que no basta con ser homosexual para formar parte del movimiento cuir" (p. 68). La crítica normativa que propone la teoría queer, o cuir, pretende cuestionar cualquier imposición identitaria. Lo cual da la posibilidad de recuperarla como un referente para cuestionar la masculinización de los hombres.

La teoría queer, o cuir, es antinormativa, antiesencialista, opuesta a la imposición identitaria y a cualquier categoría que pretenda condicionar nuestra libertad de ser lo que nos plazca. A manera de metáfora la pienso como una teoría rezongona que cuando escucha que la norma afirma "así debe ser", responde "¿por

qué tendría que ser así?, ¿por qué los quieren limitar?, ¿por qué no podría ser diferente?”

Como ya he señalado, mi postura entiende que la normativa sexista tiene un impacto negativo para las personas que se definen como no normativas y también en quienes se definen como normativas. Por estos motivos, entiendo que la teoría queer es un referente indispensable para cuestionar la masculinización de los hombres, la presión que se ejercen sobre ellos para que se ajusten al deber ser normativo. La teoría queer, pensada como una teoría rezongona me permite cuestionar ¿por qué masculinizan a los hombres? ¿por qué se les sanciona cuando desobedecen las exigencias masculinas? ¿cómo liberamos a los hombres de las exigencias sexistas? ¿cómo serían los hombres si no se les masculinizaran?

5.1 Metodología

Lo primero que quiero señalar es que esta investigación tiene un enfoque cualitativo, que, como ya he mencionado, no aspira a una perspectiva neutral, objetiva o positivista. Coincido con Denzin y Lincoln (1996) cuando señalan que “[t]oda mirada está siempre filtrada a través de la lente del lenguaje, el género, la clase social, la raza y la etnia. No existen observaciones objetivas, sólo observaciones socialmente situadas en los mundos del que observa y del que es observado” (p. 20). Por lo tanto, quienes investigamos no ofrecemos explicaciones completas de nuestras acciones. Lo que está en nuestras manos es ofrecer recuentos o relatos, acerca del proceso y tratar de justificarlo (Denzin y Lincoln, 1996: 20).

Me siento identificado cuando Denzin y Lincoln (1996) afirman que el investigador cualitativo “es un creativo y un interpretativo sin fin” (p. 25), ya que los investigadores cualitativos “despliegan un amplio rango de métodos interpretativos interconectados, buscando siempre los mejores caminos para hacer más inteligible los mundos de la experiencia estudiada” (Denzin y Lincoln, 1996: 20). Cuando inicié mis acercamientos con los hombres con quienes dialogué tenía una idea vaga de lo que buscaba; en la medida en que fui dialogando con estos hombres la idea fue cambiando, mi proceso tuvo ajustes hasta el último día que imprimí este documento.

1. Bricolaje

Tomando como base la afirmación de Kincheloe y McLaren (2012) en la que sostienen que “[t]oda la indagación científica es, en cierta medida, improvisada; la ciencia, como todos sabemos a esta altura, no es tan limpia, simple y procedimental como los científicos quieren hacernos creer” (p. 264), propongo recuperar el bricolaje como metodología. Según la RAE, el bricolaje es una “actividad manual y casera de reparación, instalación, montaje o de cualquier otro tipo, que se realiza sin ayuda profesional[79]”. El bricolaje es un intento doméstico para resolver cualquier necesidad. Es una construcción emergente “que cambia y toma nuevas formas a medida que se le aplican nuevos herramientas, métodos y técnicas al rompecabezas” (Denzin y Lincoln, 1996: 3). Quizá el recurso más valioso, para el diseño de un bricolaje, es la creatividad para mezclar y dar un nuevo uso a cualquier

[79] https://dle.rae.es/bricolaje

objeto que se tenga a la mano, aunque originalmente no hayan sido pensados para ese fin. Los recursos, procedimientos o materiales de los que dispone un bricolaje no se pueden precisar, todo podría servir.

Para Kvale (2011) el bricolaje como metodología “se refiere a la mezcla de discursos técnicos en que el intérprete se mueve libremente entre técnicas analíticas diferentes” (p. 150). Kincheloe y McLaren (2012) entiende que en el bricolaje, los métodos de investigación son instrumentales, “lo cual significa que construimos en forma activa nuestros métodos de investigación con las herramientas que tenemos a mano en lugar de forma pasiva recibiendo metodologías ‘correctas’ aplicables universalmente” (p. 265). Por esto permite emplear cualquier estrategia metodológica, que se considere necesaria en el contexto en desarrollo de la investigación (Kincheloe y McLaren, 2012: 264).

El bricoleur, sujeto que produce un bricolaje, pretende unir las piezas para dar soluciones a un problema en una situación concreta. Para Chávez (2021) las y los bricoleur requieren de “medios artesanales y confección de materiales donde la regla es arreglárselas con lo que uno tenga” (p. 56). Por eso afirma que “somos críticos y empleamos diferentes lentes, estrategias y herramientas para obtener una comprensión más compleja, tanto personales como de las sinergias interdisciplinarias” (p. 57).

Considerando que, muchas veces, las primeras lecturas de las entrevistas carecen de un sentido global, se requiere revisarla desde diferentes ángulos que permitan “sacar a relucir conexiones y estructuras significativas para un proyecto de investigación” (Kvale, 2011: 150). Para explicar esto Kvale (2011) compara la labor

del bricoleur, con la de un artesano, que necesita familiarizarse con sus materiales y herramientas. Con la precisión de que en las entrevistas se trabaja con el lenguaje y con palabras. El mismo Kvale (2011) explica que el investigador es ese bricoleur que se sumerge en las entrevistas y, después de tener una impresión general, vuelve a pasajes específicos para rescatar una declaración, un hecho, que vierte partes de la entrevista en una narración o elabora metáforas para capturar modos de comprensión clave, buscando visualizar hallazgos en diagramas de flujo, etc. (Kvale, 2011: 150). Los bricoleurs, asumen el reto de utilizar "estrategias, métodos o materiales empíricos que tenga a mano. Si se tiene que inventar nuevos instrumentos o juntarse varios, el investigador lo hará" (Denzin y Lincoln, 1996: 4).

El bricoleur sabe que las investigaciones "son siempre complicadas, mercuriales, impredecibles y, por supuesto, complejas. Dichas condiciones niegan la práctica de planificar estrategias de investigación de antemano" (Kincheloe y McLaren, 2012: 266). Esto hace que el bricolaje entre al dominio de la complejidad; motivo por el cual Kincheloe y McLaren (2012) afirman que es "una epistemología de la complejidad" (p. 265). Los bricoleur entienden que la ciencia es poder, que todo hallazgo investigativo tiene implicaciones políticas, que no hay ciencia libre de valores (Denzin y Lincoln, 1996: 4). Por eso, los bricoleur, buscan "desarrollar y emplear una serie de estrategias para ayudar a especificar estas formas en que está moldeada la subjetividad" (Kincheloe y McLaren, 2012: 271).

El bricolaje, es "una creación compleja, densa, reflexiva, a la manera de un collage, que representa las imágenes del investigador, sus pensamientos, sus interpretaciones del mundo o del fenómeno analizado" (Denzin y Lincoln, 1996: 4).

También puede ser entendido como un lienzo en el que dialogan nuestra interpretación del contexto de investigación con nuestra experiencia previa y los métodos de investigación (Kincheloe y McLaren, 2012: 266). El investigador, en su intento por mostrar sus hallazgos, teje, pega, sutura, suelda, liga, amarra, cose, fusiona, amalgama todos los elementos de que considera conveniente. También puede fracturar, romper, desligar, dislocar, separar, polarizar, contrastar aspectos que favorezcan la comprensión de su postura. Los elementos de los que dispone pueden ser sus memorias, testimonios, supuestos, fragmentos de diálogos, películas, sueños o elementos ficticios e imaginativos para "la presentación de toda la investigación formal" (Kincheloe y McLaren, 2012: 264).

El bricolaje, como metodología, no busca ordenar el caos, sino crear una estructura, con los elementos de la realidad que considere indispensables, buscando visibilizar un aspecto de la realidad que considera relevante. Es una narrativa construida que dispone de cualquier elemento que ayude a explicar un fenómeno que, por perderse dentro de la complejidad, se considera difícil de identifique, de comprender y explicar. El bricolaje es un objeto que representa la visión del bricoleur. Mi bricolaje visibiliza el proceso por medio del cual los niños se masculinizan, la presión que se ejerce sobre los hombres para obedecer las exigencias de masculinas, las consecuencias que esto tiene en sus vidas y la dificultad para que se liberen de estas exigencias.

Narrativas

Las narraciones “dan cuenta de la configuración particular y compleja frente a los hechos vividos” (Arias y Alvarado, 2015: 172). Arias y Alvarado (2015) entienden que la narración “no es sólo una reconstrucción de los hechos y las vivencias, sino una producción que crea un sentido de lo que es verdad” (p. 174). Agregan que, aunque las narraciones no sólo nos hablan de una postura individual, “su relato se ha configurado en lo colectivo, en un mundo compartido y que esos sentidos, significados, vivencias, imágenes y palabras no sólo le pertenecen a él o a ella, sino al nosotros” (Arias y Alvarado, 2015: 177). Es por esto que la narrativa siempre implica un diálogo con aspectos sociales, culturales, normativos, políticos configurados en un momento histórico particular (Arias y Alvarado, 2015: 178). Por esto motivos, la narrativa nos proporciona “una manera crítica de examinar a los actores y los acontecimientos, brindando discursos particulares pero también convenciones y normas socioculturales, y despertando un interés en los procesos de la memoria individual, grupal y colectiva” (Arias y Alvarado, 2015: 178).

Para White y Epston (1993) “los relatos que las personas realizan acerca de sus vidas no sólo determinan el significado que atribuyen a sus vivencias, sino que también determinan qué aspectos de la experiencia vivida seleccionan para asignarles un significado” (p. 55). Los relatos discriminan las experiencias, eligen qué se comparte, omiten lo que no, interpretan las vivencias, resaltan ciertos aspectos, ocultan otros. En congruencia Sánchez (2011) entiende que en las narraciones encontramos “los juicios de valor que determinan el actuar de los individuos, sus apreciaciones y perspectivas de la realidad, la forma en la que

desarrollan su conciencia y vinculación en la sociedad que viven" (p. 74). Estas narraciones nos hablan de la manera en que los sujetos se ven a sí mismos, interpretan el mundo y reaccionan ante lo que les sucede. Por esto Latorre (2013) afirma que en las narraciones se hacen "visibles –y audibles– aquellas historias de vida asociadas con nuevas maneras de construir la propia identidad y que promueven acciones más congruentes con aquello que es importante para las personas en sus vidas con lo que valoran" (p. 98). La narración nos permite poner sobre la mesa lo que los hombres piensan, desean, temen, necesitan, sufren, aman, priorizan, hacen, evitan, omiten; cómo se explican el mundo, cómo se ven a sí mismos, qué aspectos les son relevantes, cómo actúan en determinadas circunstancias, etc. Por estos motivos he considerado las narrativas como un recurso metodológico pertinente para los objetivos que he definido.

Como he mencionado el lenguaje no es puro, neutral, objetivo. Da sentido a las experiencias, expresa interpretaciones, sirve para expresar y para ocultar. Ningún relato es capaz de reconstruir la complejidad de la vivencia. Los relatos destacan aspectos al colocarlos en un primer plano. Sin embargo, dejan en segundo plano, por medio del silencio o de omisiones, aspectos de las experiencias que también sucedieron y no son mencionados.

Esto, pensando en la expresión de las emociones implica que haya emociones que expresan y otras que se experimentan, pero que no se mencionan. Ramírez (2020) describe que la experiencia emocional está tan internalizada que él mismo no se "percataba de ella, de la importancia que tiene en la vida cotidiana, en las decisiones que se toman, en delinear una actividad, en moldear una relación, en

defender una postura ideológica” (p. 9). Como ya he mencionado, la emoción no es sólo lo que se expresa. En los actos de los hombres podemos identificar enojo, amor, alegría, tristeza, miedo, etc. aunque no se mencione de manera explícita.

Esto se puede ilustrar con el poema “Espero curarme de ti”, de Sabines, cuando dice “las mejores palabras del amor están entre dos gentes que no se dicen nada”. En este mismo sentido encontré una frase que se le atribuye a Galeano que dice que “Sólo los tontos creen que el silencio es un vacío. No está vacío nunca. Y a veces la mejor manera de comunicarse es callando”. Señalo esto porque en el silencio, en las miradas, en el contacto, en los actos puede haber dolor, ternura, enojo, tristeza.

Una de las dificultades para interpretar las emociones es pensar que el lenguaje se limita al uso de las palabras. El lenguaje implica un espectro mucho más robusto: gestos, miradas, silencios, tonos de voz, emociones, acciones, elección temática. Ramírez (2020) nos invita a reflexionar sobre las formas en que podemos determinar que aquello que se narra es una emoción. Nos señala que podemos identificar emociones en

> el contexto narrativo, por la inflexión de la voz, por el lenguaje corporal, por la velocidad en que se expresa, los silencios y la gesticulación que en conjunto y de manera parcial se traducen en una expresión lingüística que idealmente estaría en una secuencia de imágenes y sonidos, porque la escritura no alcanza a transmitir con toda su fuerza aquello que se trata de describir por medio de las palabras (p. 85)

Estudiar las emociones expresadas por la palabra es invisibilizar una gran parte de las emociones de los hombres, omitir sus motivaciones. Si queremos profundizar en las emociones, tenemos que ver detrás de los actos. Sobre todo en una población que se caracteriza por ser hermético con ciertas emociones. Cuando Lara y Domínguez (2013) señala que “[n]o hay datos duros, sólo analistas poco sensibles” (p. 114), me ha cuestionado sobre la necesidad poner otros recursos sobre la mesa. Entiendo que se tiene que ampliar la mirada para reconocer que las emociones motivan ciertos actos y que si no las consideramos no podremos entender sus comportamientos.

En mi intento por abarcar un margen de interpretación más amplio, he considerado utilizar una doble escucha. La doble escucha es un recurso utilizado en la práctica psicoterapéutica, que pretende visibilizar aspectos de nuestras vidas que no son relatados, pero que están vinculados con la narración que nos comparten las personas y que son muy significativos. En el caso de los hombres hay aspectos que no se consideran relevantes o que se omiten para no “feminizarse”.

Latorre (2013) define que la doble escucha es la “capacidad para atender de manera doble, es decir, no sólo escuchar la historia del problema sino que también escuchar otras múltiples particularidades del relato que puedan estar relacionadas con historias subyugadas” (p. 106). Al hablar de doble escucha no sólo me refiero a leer entre líneas, sino en ver los actos, las experiencias de los hombres, sus ilusiones, su día a día, en qué invierten su tiempo, su dinero. Esto permite

> localizar acontecimientos extraordinarios investigando aquellos aspectos de la vida de la persona (y de las cualidades que experimenta en relación con los otros) que es capaz de valorar, pero que no encajan con lo que especifican estos conocimientos unitarios, es decir, que no se adaptan a las normas y expectativas propuestas por estos conocimientos (White y Epston, 1993: 47)

La doble escucha pretende ver lo que hay detrás de las palabras. Para explicar esto, pensemos que un sujeto llega a terapia y dice que no tiene ánimos de hacer nada. La doble escucha permite visibilizar que el paciente ha tenido ánimos suficientes para buscar un terapeuta, contactarlo, asistir a la cita, expresar su malestar, que hay una fuerza en él que sigue motivándolo para hacer cosas, para buscar ayuda. Esta doble escucha permite visibilizar aspectos que están presentes y que contradicen la narrativa con la que nos describimos.

Si, como señala Maturana (2018), consideramos que no hay acción humana que no tenga un trasfondo emocional, podemos afirmar que detrás de las acciones de los hombres hay emociones. La doble escucha es un recurso para ver aspectos que la narración no abarca pero que suceden. En mi intento por entender qué motiva las acciones de los hombres, he apostado por analizar a qué dedican su tiempo, en qué gastan su dinero, qué cosas les interesan, qué cuidan, qué dicen, qué callan.

Cuerpo

Ahora quiero referirme a la relevancia del cuerpo para poder analizar la manera en que los hombres son disciplinados. Foucault (2008) señala que en el curso de la

edad clásica se dio un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Esto provocó una gran atención al cuerpo para manipularlo, darle forma, educarlo, hacerlo obediente, hacerlo hábil (p. 140). Explica que para someter el cuerpo se aplica una "tecnología política del cuerpo". Esta tecnología "es difusa, rara vez formulada en discursos continuos y sistemáticos; se compone a menudo de elementos y de fragmentos, y utiliza unas herramientas o unos procedimientos inconexos" (Foucault, 2008: 33). Aunque tienen una coherencia, se da por medios diversos.

Para Rosaldo (1980) las emociones y el cuerpo son indisociables. Es por esto que define las emociones como pensamientos encarnados. Scribano (2013) entiende que "no es posible indagar y reflexionar sobre cuerpos/emociones por separado como si existiera alguna posibilidad de que unos no remitieran a las otras y viceversa" (p. 95).

Le Betron (2005) entiende que para el hombre [SIC] "el mundo se trama siempre en su cuerpo" (Le Breton, 2005: 23). Ya que el cuerpo "está mezclado al mundo y el individuo sólo toma conciencia de él a través de su sentir" (p. 22). Esta relación provoca que "[l]a emoción se encarna en el cuerpo" (Le Breton, 1998: 184). Explica que las funciones corporales y afectivas, son adquiridas y no innatas, y sostienen la existencia social del individuo (Le Breton 1998: 152). Para Le Breton (1998) el cuerpo tiene huellas de nuestra historia persona, pero también contiene "una dimensión que se me escapa en parte y remite a los simbolismos que dan carne al vinculo social, pero sin la cual yo no sería" (p. 35).

Fuller (2018) entiende que, el cuerpo no es una materia que emerge directamente de la naturaleza, “está inserto dentro de un sistema de representaciones sociales a través de las cuales interpretamos, codificamos, entendemos nuestras sensaciones físicas” (p. 26). Agrega que desde que nacemos, “somos sometidos a cuidados y regulaciones que, al moldear los cuerpos, los conforman y les dan sustancia” (p. 26). Estos aprendizajes no son universales. Varían de cultura a cultura.

En este mismo sentido, López (2017) señala que el cuerpo es histórico. Describe que los “usos, significados y vivencias en torno al cuerpo, están en íntima relación con los valores de un tiempo y un espacio, por eso el estudio de las emociones ha sido concomitante a los estudios socioculturales del cuerpo” (p. 317)**.** Es por esto que Vendrell (2004) afirma que el cuerpo y sus actos “han de ser entendidos siempre según los códigos de significación culturalmente dominantes” (p. 60). El cuerpo se presenta como una frontera que es, al mismo tiempo, el límite interior del ser y el límite exterior donde impactan los efectos del poder estructural. Por esto Sierra (2008) afirma que es un campo de batalla donde se inscriben las marcas del poder (p. 30).

Sabido (2013) entiende que el cuerpo no es sólo un conjunto de órganos, músculos, células y mecanismos bioquímicos (p. 24). Explica que desde el cuerpo podemos observar lo social y comprender “por qué las personas sienten de una forma y no de otra; por qué llevan el cuerpo de una manera y no de otra” (p. 38). Considerar el cuerpo nos permite ampliar el margen analítico para visibilizar que “sociohistóricamente se constituyen ciertas formas de sentir y percibir con el cuerpo

que no son resultado exclusivo de las interacciones *in situ"* (p. 38). Visto desde una perspectiva sociológica, analizar el cuerpo permite rastrear la manera en que la sociedad se instala casi de manera imperceptible (p. 37).

A partir de estos señalamientos se pueden hacer dos afirmaciones: a) el cuerpo es receptor de los efectos de poder y, por lo tanto, b) analizarlo nos permite visibilizar los efectos de dicho poder. Es por medio del cuerpo que los hombres entrenan la resistencia física, a silenciar u ocultar sus dolores, a ignorar sus miedos; también aprenden los códigos de comportamiento, la distancia y la forma en que deben tocarse, esto también tiene relación con expresiones afectivas. Es por esto que he considerado el cuerpo como una categoría para analizar la masculinización de los niños, el mal-trato que experimentan los hombres, cómo se vinculan de manera personal y con el mundo.

5.1.1.1 Juegos

Las emociones rara vez se educan de manera explícita. Su educación se da por medio de las actividades cotidianas. Un ejemplo son los juegos, que, a partir de su asignación genérica, configuran emocionalidades diferenciadas para niños y niñas". Los juegos "masculinos" y "femeninos", es decir impuestos a niños y niñas, naturalizan el sexismo; permiten que de manera lúdica se aprehendan formas de interactuar congruentes con la asignación genérica. Así podemos encontrar que los juegos "femeninos" replican mandatos que culturalmente son vistos con poco valor. Ejemplos pueden ser la comidita, jugar a las muñecas, a la enfermera. Mientras que los juegos "masculinos", como pueden ser trepar árboles, jugar con la resortera, la

cascarita de futbol, promueven la competencia, la confrontación y resiliencia. Entiendo que los juegos, al replicar la asignación sexista, funcionan como parte de la tecnología de género. Estos juegos orientan gustos, destinos, preferencias, habilidades, emociones y futuros. En congruencia con lo que he planteado anteriormente, los juegos, como casi cualquier actividad, tienen un impacto afectivo. También ayudan a configurar la emocionalidad competitiva.

A partir de la descripción de los juegos he tratado de rastrear la masculinización de los niños, su entrenamiento para la adversidad, para seguir compitiendo, para resistir dolor, para ser resilientes. Los juegos los niños aprenden la normativa competitiva, los recursos físicos como fuerza, elasticidad, coordinación, una emocionalidad resiliente, formas válidas de interacción física. Por lo tanto, he recuperado los juegos que jugaron los hombres con quienes dialogué para analizar algunos de sus aprendizajes sexistas.

5.2 Categorías de análisis

Mandatos de la masculinidad

Por una cuestión metodológica operativa, considero conveniente hablar de mandatos de la masculinidad. Los mandatos permiten hacer un análisis mucho más detallado de las formas en que se presiona, en que se prohíbe, las recompensas cuando se cumple y de las sanciones cuando no se respeta. Esto permite rastrear acciones, pensamientos, reacciones o emociones muy puntuales. Finalmente, los mandatos permiten analizar la des-obediencia de los hombres a las exigencias masculinas, lo cual implica evaluar su margen de agencia, ya sea para confirmar la

enajenación o identificar si hay una postura crítica. A partir de esto, podemos afirmar que los mandatos son una categoría de análisis con mucha más precisión que si habláramos de masculinidad. Como ya he desarrollado esta idea en los apartados anteriores, no me extenderé más en explicar.

Fractales

En 1986 Benoit Mandelbrot fue contratado por la IBM para tratar de resolver un problema: las transmisiones tenían un "hipo". Sin explicación aparente, se interrumpían y, después de un momento, se restablecían. Supongamos, que estamos en una llamada telefónica y en el primer minuto de la llamada aparece un "hipo" en el segundo 40 que interrumpe la conversación por un segundo. Imaginemos que la conversación sigue y, cuando llevamos 4 minutos, el "hipo" interrumpe la llamada por 4 segundos. Si esta misma tendencia continuara cuando lleváramos 16 minutos en la llamada aparecería un "hipo" que duraría 16 segundos. Mandelbrot, al revisar con más detalle las transmisiones, encontró que las interrupciones se presentaban con la misma lógica, a diferentes escalas. El término que utilizó para explicar este fenómeno fue fractales.

Para la RAE un fractal es un "[o]bjeto geométrico en el que una misma estructura, fragmentada o aparentemente irregular, se repite a diferentes escalas y tamaños"[81]. Desde que Mandelbrot identificó la existencia de los fractales, se ha recuperado el mismo término para explicar la manera en que un mismo algoritmo

[81] https://dle.rae.es/fractal

se puede replicar de manera infinita. A continuación, comparto algunas imágenes que pueden mostrar visualmente la manera en que trabajan los fractales.

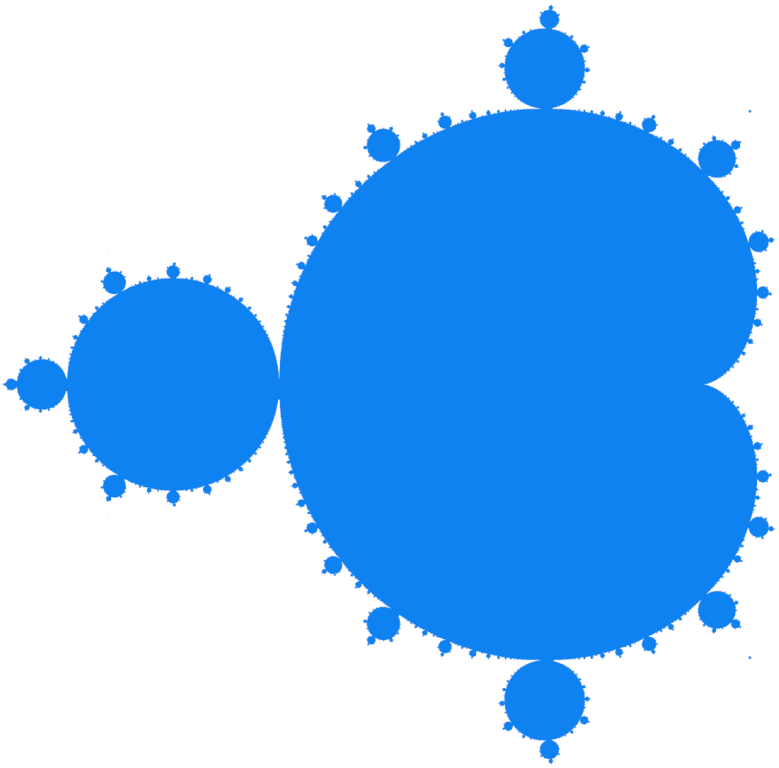

Ilustración 1 Fractal de Maldelbrogt cada figura es exactamente igual a la otra, solo con distinta escala.

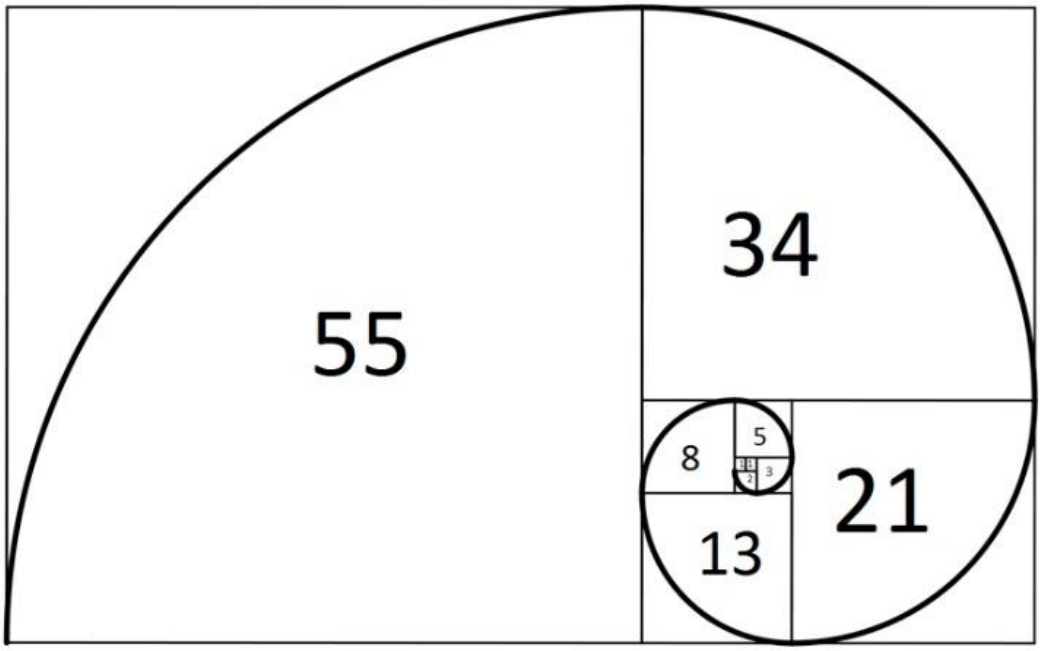

Ilustración 2 Proporción áurea: la misma lógica puede replicarse al infinito.

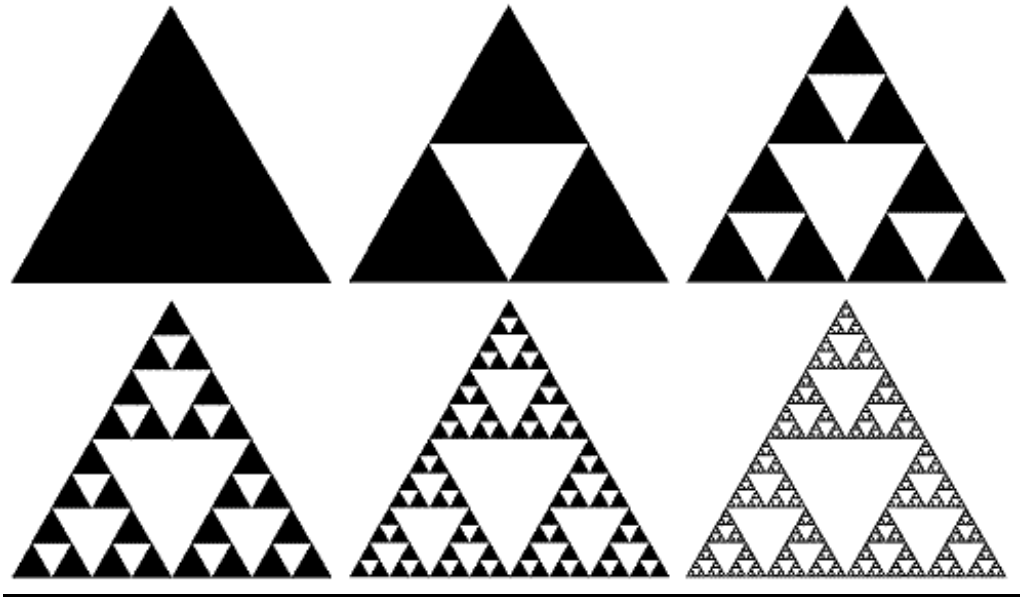

Ilustración 3 Fractal geométrico. El mismo triángulo puede replicarse hasta el infinito.

En páginas anteriores me he referido al patriarcado moderno como un sistema, dinámico y complejo; también he afirmado que la masculinidad no debe ser pensada como algo exclusivo de los hombres, ni la feminidad de las mujeres; además, he mencionado que la dinámica de la sociedad competitiva masculiniza y feminiza a las personas, lo cual implica una jerarquización fluctuante. A partir de estos supuestos propongo recuperar los fractales como una metáfora para explicar la manera en que la masculinidad se réplica en distintas escalas, hasta conformar un mosaico macro.

Otra manera de entender el patriarcado es como un sistema que funciona con una lógica binaria. Lo cual implica que, cualquier persona que replique los valores binarios está replicando el algoritmo patriarcal y contribuye a su mantenimiento. Dicho de otra manera la masculinidad y la feminidad son fractales del patriarcado moderno, con una funcionalidad distinta. Si pensamos la masculinidad como uno de los fractales modernos podemos ver su aparición a diferentes escalas. Esto se puede presentar cuando una persona en una posición jerárquica superior oprime o violenta de manera directa o indirecta a quienes se ubican en una jerarquía inferior. Esta lógica se puede replicar para explicar las jerarquías sociales. En la medida que haya mayor distancia jerárquica entres las posiciones la presión o violencia se vuelve más difícil de rastrear. Esta distancia entre la opresión y quien se beneficia invisibiliza y legitima la desigualdad. Carlos Slim no parece ejercer presión sobre una persona en condición de indigencia. No lo violenta directamente, pero se ve beneficiado de la condición de esa persona.

Dimensión emocional

En páginas anteriores he abordado mi postura sobre las emociones. En este momento sólo quisiera insistir que la dimensión emocional es una categoría de análisis básica para esta investigación: como un dispositivo disciplinante, como una sensibilidad disciplinada y como un recurso agéntico. La dimensión emocional nos ofrece la posibilidad de hacer análisis a nivel: estructural, interpersonal e individual.

Lara y Domínguez (2013) afirman que el giro afectivo es un movimiento académico que se enfoca en “aquello que se siente” (p. 102); también es importante considerar que el “estado emocional de las personas determina, en gran parte, la manera en que perciben el mundo (Gutiérrez, 2020: 124). Esto nos dan motivos para ver la relevancia de estudiar las emociones. Sin embargo, las emociones representan un reto metodológico que hay que considerar.

Ariza (2016) entiende que

> La construcción de variables e indicadores empíricos para el análisis de las emociones, constituye uno de los aspectos más complejos y desafiantes en esta área del conocimiento. Por mucho que reconozcamos la ubicuidad de las emociones, abordarlas de manera científica no es tarea sencilla. Si son de naturaleza efímera y contingente al espacio de interacción social (actual, anticipado, pretérito, imaginado), si además pueden ser objeto de represión y manipulación (consciente o inconsciente), ¿cómo aprehenderlas empírica-mente? ¿Cómo lograr objetivarlas en favor de un análisis riguroso y sistemático? (p. 20).

La misma Ariza (2016) Propone a manera de metáfora pensar en el universo de la pintura, para señalar que la sociología de las emociones “se esfuerza por captar la luz y el detalle cromático presentes en la interacción social contextualmente situada, a la manera inquisitiva del impresionismo” (p. 22). Para autores como Cedillo *et al* (2016) hay tres dimensiones que dificultan el estudio de las emociones: su temporalidad, su comunicabilidad y su medición (p. 27). Esta dificultad requiere de una “creatividad en la elaboración de las variables de observación empírica, entre otros aspectos” (Ariza, 2016: 22).

Hay un elemento más a considerar para estudiar la emocionalidad de los hombres: el hermetismo de los hombres provocado por la feminización de ciertas emociones y la vulnerabilidad vergonzosa. Esto deriva en que se les dificulte expresar con libertad ciertas emociones. Por lo tanto, he considerado tres aspectos para estudiar su emocionalidad: a) las narrativas (doble escucha), b) los mal-tratos de sus cuerpos (juegos) y c) sus acciones (intereses y motivaciones).

5.3 Métodos

Crotty (1998) define que los métodos son “técnicas o procedimientos utilizados para recopilar y analizar datos relacionados con alguna pregunta o hipótesis de investigación” (p. 3). Sin embargo, Mi postura, en congruencia con el planteamiento de Arias y Alvarado (2015) entiende que los datos no se recopilan, se construyen:

> la realidad se convierte en texto, construyendo así entre los participantes y el investigador los datos que serán analizados en el proceso. Es decir, que el

> dato no es preexistente, por ello no se habla de recolección de información, sino de construcción de datos, esto es, de un proceso de creación, de gestación (p. 175)

Los testimonios no están contenidos en los sujetos, no es mi trabajo "sacarlos". El diálogo entre quien investiga y quien es investigado genera un espacio único, en donde las palabras, gestos, silencios, reacciones, risas, favorecen la apertura o la inhiben. La confianza en los diálogos investigativos determina lo que se compartirá, lo que se encontrará. Por lo tanto, el diálogo afecta, en sentido positivo o negativo, la generación de los datos. Por esto considero conveniente hablar de encuentros afectivos. Antes de entrar en este tema, hablaré un poco de mi interacción con los sujetos que he dialogado.

5.4 Etnografía

Es fundamental considerar que desde hace más de 30 años juego futbol, por lo menos una vez por semana. Señalado esto porque este hábito ha sido determinante para orientar mis reflexiones e interpretar las acciones de los hombres. La relevancia de la etnografía es que da un esquema analítico que posibilita "un análisis situacional de los procesos de configuración identitaria y de materialización subjetiva y corporal teniendo en cuenta tanto sus momentos de estabilización y cristalización normativa como los instantes de movimiento y exceso, de desterritorialización" (Pons, 2018: 25).

Dado que esta investigación tiene como una de las dimensiones de análisis la emocionalidad masculina, recupero la propuesta de Pons (2018) que propone la

etnografía afectiva por resaltar su “capacidad corporal de ser afectadas (SIC) y afectar” (p. 42). Este enfoque afectivo implica dos dimensiones: la subjetividad de quien investiga y de las personas con quienes se trabaja.

El primero se refiere a considerar la subjetividad de quien investiga en sus observaciones, interpretaciones y en lo que reporta. Ya que el material obtenido se analiza desde la sensibilidad sintiente o la afectación de quien investiga (Pons, 2018: 48). Si la afectación de quien investiga condiciona el saber que se construye, es indispensable que quien investiga tenga la disposición para “poner en juego todo el cuerpo, la subjetividad y [su] afectividad en todas las fases del proceso investigativo, rompiendo la frontera entre [quien investiga] y las personas con las que trabaja, abriendo la posibilidad de producir conocimiento encarnado colectivamente” (Pons, 2018: 50).

Esto implica que quien investiga se deje afectar, considere su sensibilidad, su escucha, su apertura, sus emociones y se deje transformar en el contexto y proceso mismo de la investigación (Pons, 2018: 48). Esto ha representado para mí un reto metodológico. Aunque comparto espacios en donde la mayoría de las personas son hombres, como en el futbol, no acostumbro hablar de mi vida personal, tampoco hago preguntas personales, cuando termina el partido rara vez me quedo a convivir o tomarme una cerveza. Aunque en muchos equipos se me da la responsabilidad de ser el capitán, mi integración se enfoca en cumplir con un rol y raras veces llega a un plano personal. Quiero decir que regularmente me muestro distante y serio. Mi postura es más como un observador liminal.

Pons (2018) a partir de la vulnerabilidad analítica, explica que, además de cuestionar la distinción entre sujeto investigador/objeto investigado, “otorga al afecto un estatus epistemológico que convierte las capacidades sensibles de la investigadora en herramientas de análisis” (p. 49). Para mí ha sido indispensable tener mayor apertura sensible, implicación y hasta complicidad con los hombres con quienes dialogué. Esto me permitió comprometerme con las historias de los hombres, respetar los límites, sus silencios y los aspectos de sus vidas que prefirieron no compartir.

Soler (2018) explica que el trabajo de campo requiere la cualidad de la espera para encontrar la oportunidad de preguntar ver, percibir y ser preguntado. Explica que debemos estar atentos al “acontecimiento afectivo”. Este acontecimiento afectivo “implica el encuentro con el otro, en el campo no hay distanciación posible ni observación participante, sino un estar-ahí-con, un ser-con que va construyendo el momento […] se trata de dejar que esas emociones se peguen a tu cuerpo junto con el del otro y habitarlas desde la posición singular que ocupamos” (Soler, 2018: 95). En mis intentos por dejarme afectar, comencé a quedarme más tiempo después de los partidos, tomar algunas cervezas, escuchar sus conversaciones. Cuando estaba por iniciar el trabajo de campo, quería acompañar a los hombres a sus trabajos, a otros partidos, compartir alguna cerveza o cualquier espacio. He de reconocer que para mí resultaba amenazante establecer relaciones más cercanas con los hombres. En mi experiencia esto implica traspasar un límite, lo cual abre la posibilidad de que las bromas se hagan más pesadas, de entrar en juegos más hostiles.

Sin embargo, mi trabajo de campo se realizó durante la pandemia del COVID, esto provocó que tuvieran que ser encuentros virtuales. Sin embargo, la etnografía involuntaria que he realizado por más de 30 años me aportó muchos elementos para dialogar con los hombres. Aunque esta etnografía no está reportada es parte de mi contexto y de mi interpretación. El método que he utilizado para recopilar las voces de los hombres son los encuentros afectivos.

5.5 Encuentros afectivos

Pons (2018) propone hablar de “encuentros afectivos” y no de entrevistas. En la entrevista la “distinción binaria y jerarquizada sujeto investigador/objeto investigado se materializa en una suerte de expropiación del relato buscado” (Pons, 2018: 27). En cambio, en los encuentros afectivos, se da una “construcción de relaciones de afecto e intimidad [que] permiten ir analizando los diferentes marcos normativos y de inteligibilidad que ponemos en juego tanto de quien investiga como de la persona con la que trabajamos” (Pons, 2018: 27).

Para estos encuentros es indispensable ver el afecto como una lente a través de la cual se analiza la realidad material y social investigada (Pons, 2018: 28). Pons (2018) propone utilizar el cuerpo y la sensorialidad como herramienta para el análisis, para “percibir ciertos fenómenos difícilmente textualizables” (p. 29). Desde este enfoque el cuerpo y la sensorialidad son herramienta para el análisis.

1. Instrumentos

En un primer momento había considerado la idea de poner algunas dinámicas para facilitar los diálogos. El encierro provocado por la pandemia me exigió ajustar mi propuesta original. Me limité a tener una lista de temáticas que favorecieran el diálogo. En cierto momento sentí que estas dinámicas dificultaran que las conversaciones fluyeran y preferí abandonar esta propuesta. A partir de entonces traté de aprovechar el tiempo de diálogo para hablar de los temas que emergieran.

Mi propuesta fue reunirme, virtualmente, 3 o 4 sesiones, con cinco hombres diferentes. Mi intención era que al pasar las sesiones se fuera fortaleciendo la confianza y hubiera mayor apertura para compartir cualquier tema.

5.6 Población y características de participantes

La población con la que trabajé fueron cinco hombres, con prácticas erótico afectivas heterosexuales, tienen estudios universitarios concluidos o truncos, son de clase media, sus edades oscilan entre los 30 y 55 años. Con todos he jugado futbol, en diferentes equipos. Otro aspecto a destacar es que tres de estos hombres son originarios de Guerrero y los otros dos son originarios de la CDMX.

5.7 Detalles sobre los encuentros

En un principio consideré hacer invitaciones abiertas por redes sociales para que fuera el interés de los hombres lo que los involucrara en el proyecto. Consideré que esta opción podría implicar más informalidad e inversión de tiempo y decidí hacer

invitaciones personales directas a hombres con quienes había jugado futbol. Lo primero que hice fue enlistar a quienes, según yo, podrían tener disposición. No todos los jugadores aceptaron dialogar. La invitación inicial se hizo a 10 jugadores (Ver Invitación a dialogar). Algunos me leyeron y no contestaron; esto podría estar relacionado con cierta resistencia para hablar. Preferí no presionar a quienes no respondieron y me enfoqué en los hombres que dieron mayor formalidad a los encuentros. A partir del primer texto que les envié, la conversación caminó por distintos rumbos con cada uno. En función de sus respuestas fui agendando los encuentros. Hubo quienes dijeron que sí y, al momento de iniciar las charlas, pusieron excusas para no darle continuidad. Así me quedé con una muestra de 5 jugadores que aceptaron tener varias conversaciones.

Después de recibir la confirmación para dialogar de algunos jugadores, organicé mi agenda, de manera que con cada jugador asignamos un día y una hora para vernos. Antes de las reuniones les expliqué las condiciones del proceso de investigación, les envié les envié una ficha informativa y un consentimiento informado (ver Ficha informativa para los participantes), en donde se transparentaban los objetivos de la tesis, les pedía su consentimiento para participar, garantizaba la confidencialidad y les explicitaba la posibilidad de interrumpir el proceso si así lo deseaban, sin que tuvieran que explicar o justificar su decisión.

Al iniciar las reuniones les pedí, si era posible, que, además de hablar por teléfono, nos conectamos por videollamada. También les hice saber mi interés por grabar las llamadas telefónicas para poder transcribirlas. La intención de vernos por

videollamada era poder acompañar sus reacciones, expresiones o gestos. En todas las primeras conversaciones hice lo posible porque tuvieran la cámara, para poder vernos. Me dio la impresión de que se sentían más cómodos sin la cámara. De hecho, un hombre no dio seguimiento al proceso porque pedí la cámara. Este hombre me dijo “si quieres la cámara, mejor mañana por la tarde”. Yo acepté cambiar la cita. Al otro día no se conectó. Le escribí y no contestó. Otro hombre me dijo que no tenía cámara, otro más se conectó un par de veces y después me dijo que no tenía computadora, me preguntó si podía ser sin video. En todos los casos las videollamadas representaron una complicación. A veces nos vimos, otras veces no. Sólo con un hombre pude tener todas las videollamadas. Afortunadamente, todas las conversaciones fueron grabadas en audio, lo cual permitió que fueran transcritas.

Al iniciar las charlas, consideré que sería difícil dialogar con los hombres. quizá por la manera en que normalmente interactúo con ellos, pensaba que las interacciones entre hombres serían rígidas o incómodas. Esto sólo me sucedió con uno de los hombres con quienes dialogué. Respondía a mis preguntas pero sentía que se contenía de compartir “de más”.

Como comenté, yo tenía pensados temas y dinámicas para favorecer el diálogo. Sin embargo, este planteamiento era muy acartonado. Sentía que estaba imponiendo temas y lo percibí poco práctico, rígido. Me sentí incómodo, encorsetado, por querer conducir la conversación. Entendí que no había sido sensible a la dinámica de los diálogos. Decidí renunciar al plan original y dejé que

las conversaciones caminaran por cualquier tema. Esto dio mucha más frescura y libertad. Entendí que lo que yo necesitaba y quería era escuchar sus experiencias.

Para mí era importante no mostrarme como un “investigador”. No quería generar un espacio de corrección, en el que se sintieran juzgados. Acepté la espontaneidad y evité presionarlos. Hubo temas en los que percibí cierta resistencia y no quise insistir. Sólo un hombre me dijo explícitamente que no quería hablar de un tema. Decidí respetar sus silencios y aceptar lo que decidieron compartirme.

Después de algunos silencios, y de “acceder” a ciertos aspectos de su intimidad, pude darme cuenta de que hubo momentos en que sentí incomodidad. Interpreté que había en mí cierto temor a que las cosas se “salieran de control”, que habláramos de temas que yo no había esperado y que no supiera cómo conducirme. Algunas veces tenía la impresión de que lo que decían no me servía para nada, que era pura paja y me aburría. En otros momentos me parecía muy relevante lo que decían y me sentía cómodo. También me llegué a sentir abrumado, por toda la información que me compartían. Salían cosas que me parecían muy interesantes y no sabía cómo podía recuperarlas. Incluso hubo momentos en que disfruté de los diálogos. Menciono esto porque no sé cómo incorporar el placer que sentí por conocerles más, por escuchar sus historias. ¿Viene al caso esto? ¿Es un dato? ¿Cómo se integra a una investigación el sentir de quien investiga? En sentido contrario, reflexiono si el aburrimiento es relevante cuando se investiga, si condiciona los resultados.

Reconozco mis limitaciones y mi incapacidad para recuperar la infinita cantidad de información que se comparte en un diálogo. Los gestos, silencios,

palabras, ritmos, tonos de voz, insistencias, olvidos, correcciones rebasan mi capacidad de comprensión. Las palabras son el canal que priorizo ya que me permiten recuperar la información, interpretarla y estructurarla. Sin embargo, reconozco que las palabras son insuficientes para entender todo lo que se comparte en una conversación. Sin duda, la mayor parte de la información se pierde, por no poder descifrarla.

Entendí que, en sus respuestas, en sus tonos de voz, en sus experiencias compartidas, estaban sus emociones. En lugar de buscar expresiones emocionales explícitas, busqué sus experiencias. Considerando que no hay relato sin emoción, para acceder a sus emociones puse atención a las cosas que compartían. No había respuestas buenas o malas. Lo que me dijeran me hablaba de la manera en que habitan el mundo, de sus intereses, de su pensamiento, de su masculinización. Este cambio de enfoque permitió que las charlas fluyeran con más naturalidad. Comenzábamos con un “¿cómo estás?”, “¿viste el partido?”, “¿no trabajaste hoy?”. Permití que las conversaciones siguieran su propio camino. Entendí que al escuchar sus experiencias accedería a su emocionalidad. En cada sesión tenía un par de temas de apoyo, como respaldos. En ocasiones estos temas salieron de manera espontánea y no necesité proponerlos.

En total tuve 20 reuniones, entre llamadas virtuales y llamadas telefónicas, con 5 hombres diferentes. Cada conversación tuvo una duración aproximada de 1:45 hrs. Con lo cual pude recuperar cerca de 30 hrs de diálogos. Estos encuentros se llevaron a cabo de manera virtual, entre septiembre y noviembre de 2020. Me llama la atención que, hasta el día de hoy, el consentimiento informado nadie me lo

ha regresado. He interpretado que para ellos no es relevante. Como si con la palabra o la confianza bastara.

5.8 Ejes temáticos y análisis de la información

Para cubrir los objetivos de esta investigación se han definido cuatro ejes de trabajo, mismos que servirán como ejes de análisis. En el apartado uno, hablaré de la masculinización identitaria, de la pedagogía de la crueldad para mostrar la manera en que las emociones son un recurso disciplinante. En el apartado dos y tres hablaré de la masculinización identitaria y de la emocionalidad disciplinada. En el apartado dos me centraré en la masculinización interactiva, recupero los intermachismos, los intramachismos. En el apartado tres me enfoco en la agencia masculina, para esto recupero el trato con mujeres, entre hombres y los automachismos. Finalmente, en el cuarto apartado pretendo analizar la agencia de los hombres con respecto de la masculinidad.

1. Consideraciones éticas hacia quienes participan.

En distintos momentos he mencionado mi intención de que los hombres cuenten con mayores recursos para ser críticos de los mandatos de la masculinidad. A partir de esto, considero que mi posicionamiento ético está basado en favorecer el bienestar y la calidad de vida de los hombres. Para tratar de hacer operativa esta intención, enlisté las siguientes consideraciones:

- Antes de iniciar los encuentros les hice saber que no estaban obligados a responder ninguna pregunta y que podían cambiar de tema en el momento que lo desearan.
- Les hice saber mi interés en grabar las sesiones, esperé a que autorizaran que lo hiciera y que dejaría de grabar si en algún momento me lo indicaban.
- Antes de terminar los encuentros dejé un espacio para agregar algo que pudiera ser relevante.
- Se transcribieron las entrevistas de manera textual, buscando respetar su voz.
- Para proteger su identidad no colocaré sus nombres, distinguiré a los hombres con seudónimos.
- Para evitar prácticas extractivas, al terminar los encuentros agradecí su apoyo y dejé abierta la invitación para retribuir su apoyo a mi investigación82.

[82] Debo mencionar que dos de los hombres con quienes dialogué se acercaron después de los encuentros que tuvimos. Uno de ellos quiso que habláramos de su relación con su hija, el otro sobre conflictos que se habían generado entre sus hijos.

6 Capítulo V. Análisis:
Masculinización identitaria e interactiva

Sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible para los ojos

Saint-Exupéry (El Principito)

Este análisis pretende reflexionar sobre los aspectos que influyen para que los hombres se masculinicen, considerando principalmente la dimensión emocional. Mi intención de recuperar los testimonios de los hombres busca visibilizar el proceso por medio del cual se han masculinizado, la manera en que se hacen presentes los mandatos y su margen de agencia frente a estas exigencias. Es importante aclarar que los hombres que aceptaron dialogar conmigo para esta investigación son mis amigos. Hago esta aclaración porque respeto profundamente sus maneras de vivir y no me considero con autoridad para hacer juicios sobre sus decisiones o su manera de vivir. Lo que diré de ellos, no es una crítica a su manera de ser, sino a una imposición que tiene efectos profundos en sus vidas. Yo he convivido con estos hombres en distintos escenarios sociales, pero no en todos en los que ellos se desenvuelven. Esto me ha permitido profundizar en aspectos de sus vidas que no conocía o que conocía de manera superficial. Gracias a los diálogos que sostuvimos encontré hombres reflexivos, sensibles y contradictorios.

Para poder analizar este material he seguido un proceso circular, en donde he leído y releído varias veces los diálogos que tuvimos. Cada vuelta iba tratando de afinar mis hallazgos. Las lecturas me permitieron encontrar experiencias y formas de pensar que ilustran aspectos discutidos en capítulos anteriores. Las siguientes páginas son un intento por sintetizar los diálogos, esperando que con esto pueda mostrar mis principales hallazgos.

Mis palabras intentan trazar una línea que dé sentido a las categorías que quiero visibilizar, con este propósito busco resaltar los testimonios. Se podrán distinguir mis palabras de las de mis interlocutores por el formato de texto. Las voces de los hombres con quienes dialogué son de otro color y están en cursivas. He colocado algunas aclaraciones dentro de paréntesis, para que la lectura adquiera sentido. Cada fragmento recuperado tiene una clave para señalar con quién sostuve ese diálogo, día y mes en que se realizó esa conversación. Hay tres citas que están señaladas como repetidas. Las he utilizado para señalar dos aspectos distintos.

1. Ejes temáticos y análisis de la información

I. Masculinización identitaria

a. Macromachismos

i. Sexismo

ii. Pedagogía de la crueldad

1. Insensibiliza
2. Desvincula
3. Motivación

II. Masculinización interactiva

i. Mandatos de la masculinidad y nutrición emocional

ii. Masculinización interactiva

1. Amor identitario

iii. Feminización interactiva

1. Rechazo identitario

b. Intermachismos
c. Intramachismos
i. Paradoja existencial
1. Exclusión

III. Agencia masculina
a. Automachismos
i. Tratos con mujeres
ii. Tratos entre hombres
iii. Emociones de los hombres

IV. Agencia de la masculinidad
i. ¿Los hombres actúan con dolo?
ii. Des-obediencia a los mandatos de la masculinidad
iii. Aplicando una doble escucha para entender a los hombres
iv. Los hombres necesitan autocuidados
v. Los espacios politizados
vi. Vulnerabilidad digna
vii. Autonomía de la masculinidad

6.1 Masculinización identitaria

Este apartado tiene como objetivo visibilizar la manera en que la genitalidad es el motivo que justifica que los niños experimenten un proceso de masculinización identitaria. Para mostrar esto, parto de lo que he definido como macromachismos; en este mismo apartado, recupero la pedagogía de la crueldad, propuesta por Segato (2016), ya que considero que es un enfoque que permite centrarnos en la crueldad que viven, en las consecuencias que tiene esta crueldad en la configuración de su sensibilidad y en la manera en que orienta su sentido de vida. Como he mencionado en capítulos anteriores, propongo pensar la pedagogía de la crueldad a partir de un proceso de tres fases: insensibiliza, desvincula y desmotiva.

1. Macromachismos

En las siguientes páginas pretendo mostrar la manera en que opera la normativa sexista, exponiendo a los niños a violencias, orientando sus prácticas culturales a las actividades definidas como masculinas, como son los juegos. Específicamente busco resaltar la influencia de estas actividades en sus cuerpos, en su emocionalidad.

6.1.1.1 Sexismo

Antes de hablar de la masculinización identitaria, considero conveniente señalar que este proceso comienza cuando la mirada de nuestros padres identifica los genitales con los que nacimos. Badinter (1993) entiende que cuando nacemos se nos enseña "mediante gestos, voces, juguetes y vestidos, el sexo al cual pertenece. Pero no se toma realmente conciencia de la influencia de este fenómeno de aprendizaje más que cuando el sexo del niño plantea problemas" (p. 60). Mi postura, al hablar de macromachismos pretende resaltar la influencia cultural en el proceso de masculinización. Para ilustrar esto es necesario destacar que el sexismo asigna escenarios diferenciados para niñas y niños u mujeres y hombres. Estos escenarios tienen particularidades que trataré de mostrar en los siguientes párrafos.

En una de las conversaciones que tuve con Víctor le pregunté si le hubiera gustado tener un hijo varón, su respuesta fue *"mmm… fíjate que sí, por muchas cosas, primero por lo del futbol, que uno se quiere ver homologado vamos a decir o reflejado en ellos" (Víctor.18.09).* En sus palabras encuentro la idea de masculinización, por medio del futbol, un deseo de verse 'homologado' en los hijos.

Edwin entiende que esto tiene que ver con que repetimos patrones: *"yo creo que aquí es esa poca claridad que tenemos cuando somos jóvenes, y como esponja recibiendo todo […] Y es muy fácil repetir esta parte de patrones que poco a poco lo vas quitando […] Entonces empiezas a educar ya a tu forma, pero creo que en esencia sí transmite todos estos patrones. Sobre todo, la parte del machismo, la parte del feminismo que está muy arraigado, incluso en la cultura mexicana" (Edwin.03.09).* Explica el sexismo a partir de la metáfora de la esponja, entiende que vivimos de mentiras que vemos como verdades.

Dario me compartió que él considera que *"nos enseñan muchas cosas sin querer, nos impregnan mucho de su forma de ser, de su personalidad, sin querer enseñar ¿no?" (Dario.20.11).* Incluso me comparte una expresión que él ha escuchado *"dicen que para curar a un niño tendría que volver a nacer el papá, primero" (Dario.20.11).* Recupero esto porque las verdades de los padres son, en gran medida, replicados en la educación de sus hijos.

Sobre esta idea Izquierdo (2013) precisa que la socialización ocurre, fundamentalmente por dos caminos, "la identificación con las personas significativas de nuestro entorno especialmente nuestros padres: queremos ser y hacer lo que son y hacen. También nos socializa la práctica misma del vivir, particularmente las actividades que realizamos en la producción de nuestra existencia" (p. 20). Izquierdo aclara que la educación tiene un impacto superficial en la subjetividad, señala que "el factor principal de la estructuración psíquica es la identificación, particularmente en los primeros años de vida" (Izquierdo, 2011: 50). La masculinización identitaria se imita, se adopta, son prácticas aprehendidas.

En este mismo sentido Le Breton (2005) señala que la imitación e identificación inconsciente, se da

> a través de la experimentación imaginaria de lo que cree que debe hacer, el niño se apropia de comportamientos enraizados en la evidencia de su comunidad. De esa manera, actividades y valores de una gran complejidad pasan de una generación a otra, sin que uno se percate que ellas también son aprendidas, interiorizadas. Esta educación menos formal está dirigida a comportamientos que escapan a la conciencia: proxemia, percepciones sensoriales, sexualidad, expresión de emociones, etc. (p. 25).

La masculinización identitaria se da de manera cotidiana, imperceptible, se naturaliza. Los padres desean masculinizar a sus hijos, los abuelos, tíos, médicos, abogados, policías, etc. asumen y esperan que los niños varones sean “machitos”. Esto no implica un proceso reflexivo, sino una réplica de los valores normativos, en donde se asume que es lo que corresponde. Esta inercia social ejerce una presión sobre los niños que logra que masculinicen su identidad. En las prácticas culturales se encuentran impregnadas las expectativas de la normativa sexista que los niños deben respetar. Esto provoca que a pesar de todas las similitudes que puede haber entre un niño y una niña, al pasar de los años, se vean tan diferentes. Entre más crecen, menos se parecen, la respectiva masculinización y feminización provoca que de a poco se vayan diferenciando, hasta que un día parezca que tienen muy poco en común, que hablan idiomas distintos y que no pueden comunicarse.

Los espacios de socialización asignados a los hombres son espacios donde los mandatos de la masculinidad son recuperados como códigos de convivencia. Es

decir, son espacios sexistas, homofóbicos, competitivos, hostiles, violentos, donde ciertas emociones son vistas como vergonzosas. Dicho de otra manera, espacios donde los hombres no comparten experiencias o emociones que puedan mostrarlos vulnerables, frágiles o débiles.

Gradualmente estos espacios van provocando un doble efecto: una integración de los niños y una exclusión de las niñas. Esto influye para que los niños se identifiquen como niños varones y asuman que las actividades y los códigos de comportamiento de esos escenarios le corresponden. Quiero decir que cuando los niños introyectan su asignación genérica, buscan involucrarse en las actividades que se consideran propias de su sexo.

En congruencia con esto, Edwin comenta que él fue muy pegado a su papá. Para él es claro que hay una relación "*Hombre con hombre, mujer con mujer. […] jalaba y yo seguía. Porque a mí me gustaba (Edwin.03.09).* Esta identificación lo liga con las prácticas que acostumbraba su papá. En cambio, él entiende que de manera "natural" sus hermanas eran más afines con las actividades de su mamá.

Al revisar la manera en que se da esta identificación exploré la influencia de los ídolos. Ismael comenta a él no le llamaban mucho la atención los superhéroes, cómics, deportistas, sin embargo: *"en la vida cotidiana admiré por un tiempo, admiraba bastante a mi tío C, que era con quien me iba al río, por cómo amansaba a las bestias, cómo ordeñaba, cómo lasaba y ese tipo de cosas. A mi abuelo pues sí, esa ha sido una persona, acá arriba, alguien que siempre he admirado" (Ismael.25.09).* La admiración es relevante porque las personas a quienes

admiramos son modelos de comportamientos, ya sean familiares, deportistas o cualquier persona que se reconozca como destacada en algún aspecto.

Dario dice algo parecido cuando me compartió la emoción que tuvo la posibilidad de interactuar de manera cotidiana con su ídolo: *"Santos (jugador de futbol profesional) era mi ídolo, el hecho que después esa persona fuera mi entrenador y que de cierta manera tuviéramos una amistad, este, pues para mí también fue como, no sé, como si tú te llevaras con un ídolo tuyo ¿no? Eso fue muy padre" (Dario.10.09).* El testimonio de Dario nos permite resaltar que Santos, por ser su entrenador, tuviera una mayor influencia en su forma de ser, por compartir espacios cotidianos. Esta convivencia provoca que Santos sea un referente que le señale los códigos deseables de un otro ambiente masculinizado, como lo señala en mismo Dario. En otro encuentro, me explicó que los jugadores son modelos de comportamiento para niños. Él argumenta que *"muchos niños quieren ser futbolistas porque ahora ven al futbolista con carrazo, con mujeres, con propiedades, dicen 'Mira las mansiones de Cristiano Ronaldo' y todos los niños creen que, si juegan futbol, van a tener mansiones como él" (Dario.12.09).* No es extraño que los ídolos, con frecuencia, sean deportistas destacados. Los medios idealizan a personas que destacan en actividades que son congruentes con la visión moderna. El estatus de ídolos los convierte en modelos de comportamiento, como referentes de éxito. Lo cual provoca que muchos niños imiten sus formas de comportamiento, sus valores.

En un sentido parecido, Edwin menciona que su abuelo le inculcó el beisbol *"él sí me agarraba y me decía vámonos a ver al parque del seguro social a ver el Tigres-Diablos, a ver pues los partidos de los Diablos […] Y algo que me marcaba*

mucho, con mi abuelo, que tenía muy buenos conectes con Cananea Reyes, Nelson Barrera (jugadores destacados), que eran protagonistas de los Diablos Rojos y bajarnos a los door out. Ver a los jugadores, a saludar al entrenador, al mánager cómo salían y todo. Entonces yo como niño, te estoy hablando de 7-8 años, pues era soñado, ver al jugador que acababas de ver dando un jonrón con casa llena y dejando tendido al otro equipo salir a saludar a tu abuelo. De hecho, mi abuelo fue padrino de bodas de Nelson Barrera" (Edwin.7.10). En este fragmento Edwin resalta que lo 'marcó' que su abuelo lo llevara al beisbol, que pudiera saludar a estos jugadores, resalta que se sentía soñado por ver cómo trataban a su abuelo. Además de destacar que el beisbol es un ambiente masculinizado, vuelve a aparecer que los deportistas son ídolos de muchos niños.

La masculinización identitaria comienza cuando nacemos y nos colocan la etiqueta de 'hombre'. En este momento la cultura, inicialmente por medio de la influencia de los padres, busca que los niños introyecten que son hombres, que naturalicen que por sus genitales les corresponde seguir cierto camino. Esto requiere que se le vaya mostrando al niño lo que implica ser hombre, cómo debe ser, señalarle el camino por el que debe caminar. Una vez que el niño asume su asignación, introyecta la asignación, sigue de manera proactiva a sus pares y se involucra en actividades que se ajustan a la imposición. En caso que el niño 'confunda' su camino los padres, o cualquier persona o institución, podrán intervenir para reorientar sus comportamientos. Esto es congruente con lo que señala Izquierdo (2011) cuando afirma que

> el papel preeminente de la identificación en la configuración de la subjetividad se entiende que lo que se transmite no es lo que se dice sino lo que se hace, que los progenitores son las figuras de referencia para las niñas y niños, y que cuando lleguen a la edad adulta, replicarán en buena medida los modos de hacer y de desear de las figuras identificatorias. La sociedad no cambia diciendo que alguien la cambie o diciendo que las generaciones futuras lo hagan, se cambia cambiándola. La superación de los patrones de género en los jóvenes depende de que los adultos los hayan superado (p. 50).

Marqués (1997) Coincide al señalar que

> En el proceso de socialización diferenciado que recibe el recién nacido señalado como varón, lo fundamental es que el sujeto asuma la importancia de serlo. En la sociedad patriarcal, la identificación con el género se da precisamente mediante la asunción o interiorización de esa consigna básica. No importa tanto el grado de aprendizaje de pautas masculinas que haya alcanzado el sujeto como el que se adhiera orgullosamente al colectivo masculino (p. 19)

Izquierdo (2013) entiende que las relaciones de poder se hacen más estables cuando de asignación de posiciones sociales **“**va acompañado de un proceso de socialización paralela que hace deseable aquello que nos ha sido impuesto, por ejemplo, o nos condena a elegir aquello que se ha predeterminado nos corresponde socialmente” (p. 19). Cuando un niño introyecta la normativa sexista hace lo posible para alinear sus comportamientos y cumplir con lo que le ha sido impuesto.

En gran medida la imposición sexista funciona porque los aspectos culturales se naturalizan. Esto se visibiliza cuando Dario me comparte que en una conversación, mientras hablaba con sus hermanos, les explicaba que para él la homosexualidad es una enfermedad. Su argumento es que *"todo es sabio en la naturaleza, ella no se puede equivocar, en el momento en que sea natural (la homosexualidad), pues se acaba la raza humana" (Dario.26.09).* Esto implica que nos expliquemos el ser hombre desde los genitales. El mismo Dario explica esto *"desde las representaciones muy de Cuauhtémoc Blanco o de Hugo Sánchez, que te agarras los huevos y les dices mira "soy hombre". Este, pues es algo que tenemos muy marcado los varones ¿no? El genital es como que, algo que nos representa o nos identifica como machos" (Dario.26.09).* Destaco la explicación biologicista con que se entiende el binarismo sexista y la defensa que llegan a tener algunos hombres de este argumento.

En un sentido parecido Víctor habla que los espacios de socialización separan 'naturalmente' a hombres y mujeres *"cuando te digo que se apartan es… si tú vas a una reunión familiar. Esto es pues naturalmente y es hasta por instinto, vamos a decir cosas naturales, haces este… La plática de los hombres y la plática de las mujeres" (Víctor.04.09).* En este caso Víctor insiste en lo "natural" de las divisiones, incluso habla de un instinto. Cuando lo cultural, lo normativo, se ve como natural deja de ser cuestionado se sigue sin que se reflexione en los motivos que hay detrás de esto.

En un sentido parecido Edwin comenta que él era muy inquieto, mientras que sus hermanas pasaban mucho tiempo junto a su mamá. Él entiende *"Yo nunca vi*

que mi mamá reprimiera a mis hermanas de decir 'no vayas y te subas'. Simplemente ellas tenían otra manera de vivir. A mí me encantaba el relajo: subirme y bajarme. Y yo me desesperaba muy rápido desde muy chico. Por eso agarraba un patín, agarraba el guante, agarraba la pelota. Y le fui agarrando el gusto de los deportes. De ver a mi papá a jugar. Después jugar con él. O sea, todo eso le fui agarrando el gusto por, ahí digo más allá del género, por la esencia de persona como es Z, o cómo soy yo" (Edwin.03.09). De nuevo aparece una explicación de nuestros comportamientos basada en la biología, Edwin dice que 'así somos', 'así nacemos', que tenemos una "esencia", que no hay nada que cuestionar, nada que cambiar. Esto es relevante porque no se ve la influencia del género.

I tiene una opinión parecida cuando habla de las diferencias en su familia. Después de que el mencionó ser 'frío' emocionalmente, le pregunté por qué creía que él es 'frío'. Lo que me contestó es *"mi hermana Dario es bastante sentimental, por cualquier cosa llora, así es ella. No es que yo me lo ponga como meta, simplemente… soy así. Y si mi familia me ha dicho que soy muy frío" (Ismael.08.10).* La respuesta de I, al mencionar que así "es", invisibiliza la influencia de la cultura en nuestras formas de ser. Estos discursos biologicistas, con que los hombres explican sus comportamientos, no consideran la influencia que tiene la masculinización en sus conductas y su gestión emocional.

En los relatos que he presentado encontramos que estos hombres explican sus comportamientos desde la naturaleza, la biología, el instinto, su esencia. El discurso biológico que utilizan para explicar sus propios comportamientos, invisibiliza reconocen la influencia de la cultura, de la socialización, del género, de

la masculinidad. Esta naturalización implica una aceptación acrítica, permite que la masculinidad se encarne, dificulta que se problematice y que se busque cambiar.

Para Le Breton (2005) la educación es un proceso múltiple en el que intervienen numerosos factores. Sin embargo, apunta,

> esa diversidad no es nunca aleatoria; está coordinada y forma un todo según un esquema organizador. Aun si las intervenciones parecen aparentemente heterogéneas, son función de un mismo medio y portadoras de la misma afirmación cultural […] El individuo hace cuerpo con su cultura. El peso del control social, de los imperativos y de las exigencias del medio social se siente poco. La contingencia de su condición se convierte para él en una evidencia; no se imagina que habría podido nacer y desarrollarse en otro lugar. La fuente de su conformidad parece surgir de él mismo. La educación recibida ajusta creativamente al hombre a su medio, haciéndole compartir con los otros una relativa comunidad de pensamiento, de acciones y valores, singularizada por su propia historia (p. 26).

Cuando dejamos de ver la influencia cultural en nuestros comportamientos los naturalizamos. Esto implica que asumamos que así es el mundo, lo cual dificulta pensar que podríamos ser diferentes. Dentro de las conversaciones le pregunté a Ismael si le hubiera gustado que cambiara tu educación, su respuesta fue que *"la verdad es que no puedo responder eso, eh… cómo fue lo único que viví y lo único que tuve, no te puedo decir 'Sí me hubiera gustado que mi mamá hablara más conmigo' o que me pegara menos o que fuera menos estricta… La verdad estoy conforme con el tipo de persona que soy, eh… No te puedo decir 'me hubiera*

gustado que ella hablara más conmigo, que se pusiera a dialogar, que me diera más permiso' … creo que estamos bastante conformes de cómo… de las personas que nos hizo" (Ismael.08.09). Su respuesta, aunque señala que sabe que la forma en que su mamá lo educó influyó en la persona que "es", señala la dificultad que implica salirse de sí mismo e imaginar otras formas de ser. Quiero decir que una vez que hemos introyectado el "así soy", nos cuesta mucho trabajo mirar el mundo desde otro lugar. Nos acostumbramos a ver el mundo desde nuestra perspectiva y la asumimos como la única posible. ¿Cómo podríamos mirar el mundo desde un lugar que no conocemos? Esto es relevante porque cuando miramos el mundo desde la masculinidad, nos cuesta mucho trabajo criticarlo, leerlo de otra manera.

6.1.1.2 Pedagogía de la crueldad

Con la intención de vincular la masculinización identitaria y las emociones recupero el planteamiento de Segato (2016) de la pedagogía de la crueldad, a partir de las subcategorías que propongo: insensibilizar, desvincular y des-motivar. Antes de entrar a las subcategorías que he propuesto, es importante subrayar la relación que tienen los hombres con las violencias. Por ejemplo, Cosme nos comenta *"sí, sí, sí, para que te voy a decir que no. Si hubo ese tipo de cosas (golpes), pero vuelvo a repetir, conmigo casi no, no sucedía así frecuente, que mañana me fuera a pegar otra vez, no. Pero sí nos criamos todos, en ese ámbito de la violencia, digamos, violencia familiar" (Cosme.22.09).* Me llama la atención que Cosme comente que, a pesar de que no lo violentaban todos los días, sí vivió en un ambiente violento.

En otra conversación, el mismo Cosme me describió que en alguna ocasión se escapó un burro y su papá lo mandó para que lo trajera: *"fui específicamente a esa tarea […] lo lacé y me lo llevé […] yo llegué al pueblo y me encontré con mi compañero de la secundaria. 'Vamos a jugar aquí al Manguito' (dejó el burro amarrado) […] cuando regresé ya no estaba el burro, jajaja. Ya nomás encontré la cuerdita que se había reventado. Nombre, al otro día fue mi papá y yo le tuve que decir que el burro se había escapado por lo que hice y sí, me acuerdo que me pegó con una riata, me ha de haber dado como 5 reatazos en la espalda, así de 'Híncate aquí… yo necesitando esto y lo otro' Ahora sí que así arregló el problema conmigo" (Cosme.22.09).* Este fragmento contrasta con el anterior, en el que Cosme dijo que a él casi no le pegaban. Sin embargo, esta experiencia me parece muy cruel. Destaco que lo hayan golpeado con una riata, que se tuviera que hincarse y que se naturalice, entre hombres, que así se "arreglan" los problemas. Quiero señalar que en otro fragmento Cosme me comentó que él no consideraba que su papá fuera un hombre violento; de hecho lo describe como alguien muy tranquilo.

Por su parte Dario nos menciona que "*mi papá era de gritarme muchas groserías… 'Ah como eres pendejo… córrele porque se te olvidó'. Y de esa manera creo que yo construí parte de mi persona en ese momento […] me decía 'A ver, vas a subir a la camioneta todo lo que necesitamos'. Y ya llegando a el otro pueblo, a la otra casa, si se me olvidaba algo me decía 'Ay pendejo, te dije que trajeras todo'. Y pues nos regresábamos por la herramienta" (Dario.12.09).* En esta experiencia la violencia no es física. Sin embargo, las groserías, señala Dario, fueron importantes para que se "construyera" como persona

Ismael menciona: *“no consideraría que los golpes me marcaron, sino que fueron parte de la disciplina que me marcó. Porque no fue como de a gratis, que ella (su mamá) estuviera de mal humor y me iba a dar mi cachetada o mi cinturonazo. Siempre era por una acción que ella consideraba no idónea, no correcta” (Ismael.25.09).* En este fragmento Ismael nos comparte que él entiende que los golpes son parte de la disciplina. Lo que más destaco es que él mismo menciona que su mamá tenía motivos para golpearlos, entiende que lo hacía para corregirlo. De manera indirecta dice que los golpes y violencias para disciplinar son necesarios, se justifican. Esto permite subrayar la manera en que la crueldad y la violencia se naturaliza, va disciplinando sus conductas y los “enseña” a ser hombres.

En una conversación con Dario me comentó que en alguna ocasión, mientras leía un libro: *“dije no mames, por eso soy así, por eso cambio el esquema de alguna manera con él (su papá), porque cómo es posible que él me dijera que fuera tranquilo si en mi casa yo veo violencia o si no recibo el abrazo todo el tiempo y dice que sea amoroso” (Dario.17.10).* Con estos fragmentos quiero mostrar la presencia de algunas formas de violencias. Considero relevante señalar que hay también una violencia estructural que influye en las expectativas que se tienen de los hombres, en su manera de insertarse en una sociedad moderna. Como he mencionado varios de los hombres con quienes dialogué, a pesar de no haber nacido en la CDMX, buscaron en esta ciudad una mejor vida, estudio, trabajo, familia. Quiero decir que detrás de la migración hay una serie de violencias, como pueden ser la falta de

servicios como escuela, salud, trabajo. La migración también es resultado de la legitimidad del sentido de desarrollo y éxito definido por el discurso moderno.

Estos son sólo algunos ejemplos de la manera en que los golpes están presentes en las vidas de los hombres. Con esto quiero visibilizar que la violencia está presente como parte de un disciplinamiento, de masculinización; es legítima y logra (des)orientar sus vidas, (de)formarlos hasta masculinizarlos. Como hemos visto las conductas violentas, a pesar de ser comunes, se naturalizan, se justifican y dejan de reconocerse como un problema. Los hombres parecieran resignarse a que la violencia estará presente y, como veremos más adelante, es un recurso legítimo para resolver conflictos. Mi enfoque entiende que ninguna violencia puede naturalizarse, su lectura siempre debe ser problematizada, politizada. Sobre todo, porque, como he señalado influye directamente en nuestras maneras de ser.

En los siguientes párrafos veremos que la violencia es apre(he)ndida por los niños como alternativa para resolver conflictos, diferencias o tensiones. Ismael nos comenta que desde que cursaba la primaría *"íbamos al río, al campo de fútbol, a jugar en la cuadra, con los de otra colonia, de pronto también. Y era como normal para nosotros, no solo yo, o sea, siempre arreglamos las cosas a golpes" (Ismael.08.09).* Lo que más destaco de este fragmento es que utilice el verbo "arreglar". Los golpes se ven como una manera de resolver las diferencias.

En un sentido parecido Víctor menciona que había un niño que siempre lo traía de "encargo". Hasta que un día, mientras jugaban futbol *"me agarró en mis cinco sentidos, y pues nos agarramos ahí. A Dios gracias, le gané vamos a decirlo de esa forma, y como le llamamos, santo remedio, ya, ya no, ya no molestó"*

(Víctor.04.09). En este fragmento podemos ver que entre niños agarrarse a golpes, es un “santo remedio”, una manera de defenderse de las violencias recibidas.

Dario nos comparte que a él no le gustaba ir con su mamá a contarle que tenía problemas, él buscaba resolver sus problemas. Comparte que un día comenzó una discusión y *“solté un golpe y se echó a llorar y yo me regresé corriendo a la casa. Me encerré y no salí. Y ya hasta que regresó P (un niño más grande) con sus hermanos y su mamá, a reclamar que yo le había pegado a su hijo ¿no? Y mi mamá me regañó, ‘No pues, ¿por qué le pegaste?’, y yo dije ‘No pues siempre me está pegando, me hacía esto, esto y esto y además él siempre nos pega mamá, yo ya te lo había dicho’. Y ya ahí mi mamá me dio la razón y dijo ‘Si es cierto, él siempre le pega a mi hijo, su hijo está más grande y yo nunca le he ido a reclamar’” (Dario.12.09).* Según lo que nos comparte Dario, los hombres van aprendiendo a resolver sus problemas por medio de los golpes. Lo que más destaco es que pareciera que su mamá se queda conforme y respalda a su hijo por haberse defendido a golpes. Su posición nos hace ver que le parece “justo” y respalda el proceder de su hijo.

Estos fragmentos son sólo algunos ejemplos de los muchos que encontré para señalar que, desde niños, los hombres aprenden que la violencia es un recurso legítimo para defenderse y resolver conflictos. Pienso en las infancias de los hombres a quienes entrevisté, en sus primeros eventos de violencias, los imagino nerviosos, presionados, sin recursos para resolver problemas, resignados como si supieran que nadie los va a defender, que la violencia es inevitable, lo cual implica que si quieren sobrevivir, tendrán que aprender a resolver y afrontar sus problemas

por sí mismos. Esto me parece relevante para mostrar que la violencia es un elemento muy presente en la masculinización de los niños. Como señala Connell (1997) “La violencia puede llegar a ser una manera de exigir o afirmar la masculinidad en luchas de grupo” (p. 44). Con esto quiero insistir que los hombres no son violentos por naturaleza, sino que se vinculan con estas formas en sus procesos de masculinización.

6.1.1.2.1 (In)sensibiliza

Después de señalar algunas experiencias que demuestran que los hombres se vinculan con la violencia desde que son niños, quiero visibilizar algunos de los efectos de esta violencia. En los siguientes fragmentos intento mostrar que los hombres, en su proceso de insensibilización, aprenden que experimentar ciertas emociones pueden representar un riesgo.

Víctor menciona que para él cuando llega el miedo *“no sabes qué hacer, tienes ahí todo. Te quedas hasta… se me fue el nombre, te paralizas, en algún momento. No saber qué hacer” (Víctor.26.10).* Cosme, comenta que después de un largo proceso de acompañar a su esposa en un proceso de cáncer sentía una *“carga emocional que ya no te deja pensar ni qué es bueno ni qué es malo” (Cosme.7.10).* La manera en que Cosme nos describe esta experiencia hace parecer que las emociones nublan nuestros criterios, opacan la claridad que podemos tener.

Dario me compartió algunas emociones *“te interrumpe[n] el sueño” (Dario.20.11).* Por la manera en que hablan de sus emociones, parecieran un estorbo. Esto implica una insensibilización, ya que como menciona Seidler (1995)

“nos enseñan a que nos traguemos lo que sentimos para que podamos hacer lo que se espera de nosotros. Pero esta es la manera en que nos mantenemos ignorantes de nosotros mismos, sin saber nunca realmente lo que aprenderíamos de nuestra experiencia” (p. 103).

Edwin pone como ejemplo la reacción de su mamá en los temblores *“Hasta hoy en día no la he podido convencer de que se tiene que quedar en un lugar seguro porque es más peligroso estarse saliendo, ya le pasó en un temblor. Salió se cayó de las escaleras y gracias a Dios no se facturó nada. Pero pues sí se dio un buen trancazo. Y le digo mira mamá, la casa sigue intacta y tú lo único que hiciste fue arriesgarte a quedar paralítica por tus tonterías de hacerte mucho miedo y salirte como loca, como gallina descabezada” (Edwin.11.11).* En este fragmento pareciera que Edwin coincide al señalar que ciertas emociones pueden complicarnos la vida. Me parece interesante que utilice como metáfora a una gallina, sobre todo porque existe esta idea de que los animales tienen menos recursos para gestionar sus emociones. Con esto quiero señalar que no poder controlar nuestras emociones nos hace parecer salvajes, nos animaliza.

Dario compartió una experiencia en donde había tenido *“broncas sentimentales con mi pareja, entonces andaba en otro pedo. Empieza el partido y yo sin fuerza en las piernas, desorbitado. A los 15 minutos, pum. Me sacaron. Vámonos […] Porque ya habían caído dos goles según que fueron por mi culpa ¿no? Y yo salí, salí atónito, me quedé sentado en la banca nada más, así como güey, nada más así viendo como ‘¿qué pedo?, ¿qué me pasó?’ […] desde antes de entrar al partido yo me sentía mal, me sentía fuera de onda, como bloqueado*

(Dario.12.09). Este fragmento insiste en lo difícil y lo delicado que puede ser que los hombres se abrumen por emociones. El resultado puede ser que no estén en condiciones de competir, de rendir como se espera, que no cumplan con lo que se espera de ellos y los saquen del "juego".

Me parece comprensible que si los hombres ven como negativas ciertas emociones y traten de evitarlas, las silencien, busquen insensibilizarse a ellas. El riesgo, en caso de no lo logren, es que los hombres no estén listos para cumplir con lo que se espera de ellos, que se nuble su juicio, que no sepan cómo reaccionar o se paralicen. Es por esto que los hombres van endureciéndose, insensibilizándose, haciéndose fríos, crueles, hostiles, distantes.

En una de las reuniones le pregunté a Víctor cuáles eran las emociones que él reconocía con mayor frecuencia en él: *"no sé si enojarse sería una emoción. También, así como me gusta reír, me molestan o paso de un sentido a otro. Son esas, pero me gusta más divertirme, estar alegre" (Víctor.26.10).* Lo primero que destaco de su respuesta es que no tenga claro si estar enojado sea una emoción. Lo segundo es que a pesar de que afirma que le gusta reír, divertirse y estar alegre, no señala que estas emociones sean comunes en él. Su expresión con respecto a las emociones es muy escasa. (Sobre esto profundizaré más adelante ver Emociones de los hombres). Lo tercero es que la emoción que ve como más común en él sea enojo. Entiendo que esto tiene que ver con que el enojo es una emoción legítima para la masculinidad.

En otro de los encuentros Dario me compartió que no puede llorar, le pregunté si le gustaría hacerlo. Su respuesta fue *"sí, definitivamente. De hecho,*

cuando voy con este terapeuta, voy por eso. Porque le dije 'yo quiero aprender a llorar, a expresarme' […] Yo creo que sí lo debo de sacar, pero no siento como sacarlo" (Dario.17.10). La respuesta de Dario permite visibilizar que la masculinización emocional implica que los hombres atrofien la expresión de ciertas emociones. Destaco que a pesar de que Dario quiera hacerlo, de que crea que le haría bien, no puede hacerlo.

Esto es congruente con lo que señala Ismael mientras me hablaba de su manera de estar presente en el funeral de su primo *"Si nos ponemos todos a llorar pues no hacemos nada, debe haber uno o dos que estén ahí apoyando, que sea el soporte […] Es muy mal visto que no atiendas a los que van a acompañar, a sufrir tu dolor, entonces es obvio que, si se derrumban y se ponen todos a llorar, no va a haber alguien que se ocupe de ir por hielos, por agua, el ver que no haga falta nada dentro del evento, o algo inesperado. Además de que también este, dentro de lo emocional, una persona empieza a llorar, la segunda también, luego empiezan a llorar todos y es como que un tema que no sabes hasta dónde se va a frenar eso ¿no? Entonces siempre debe haber alguien que trate de apaciguar las cosas" (Ismael.08.10).* Este fragmento me permite señalar que Ismael entiende que en algunos casos se "debe" frenar la empatía, quizá la tristeza, no dejarse conmover por lo que sienten otras personas, sobre todo para cumplir con la exigencia social. También me parece relevante mencionar que Ismael entiende que al silenciar nuestras emociones podemos mantener el control de la situación. Finalmente, destaco que la manera en que justifica su contención emocional pareciera decir que el riesgo de que los hombres expresemos las emociones con libertad puede

provocar que entremos en un caos del que quizá no podamos salir. A partir de estos fragmentos pareciera haber un saber compartido que señala que los hombres deben aprender a gestionar sus emociones para que no los bloquee, para tener claridad para pensar, para que no los desborde lo que sienten, para cumplir con las exigencias masculinas, ya que, como señala Ismael, "es muy mal visto" que no hagas lo que se espera. Es por esto que los hombres aprenden a mostrarse fuertes.

El mismo Ismael me comparte una experiencia relacionada con esto *"ciertas cuestiones del campo te hacen una persona dura, donde una persona que vive en el campo toda su vida, realmente le tiene miedo a pocas cosas, no sé, nos pasan tantas experiencias que realmente no le tenemos miedo a prácticamente a nada ¿no? No es lo mismo no tener miedo a no ser precavido, pero sí entonces… ahora sí que no le tengo miedo a la gran mayoría de las cosas que le tienen miedo, siento que el campo me hizo una persona recia, dura, se puede decir que hasta imprudente en ciertas cuestiones, el no medir las cosas" (Ismael.08.09).* Lo primero que quiero destacar es la contradicción que me comparte Ismael. En un relato anterior señaló que su "frialdad" emocional era porque él así "es". Ahora dice que el campo lo hico una persona dura. Lo segundo que quiero mencionar es que el cuerpo es fundamental para el disciplinamiento de las emociones. En este fragmento se muestra que a partir de las experiencias los hombres se endurecen, se hacen imprudentes y aprenden a adormecer su miedo, su dolor, o a ocultarlo. También aprenden a afrontar adversidades, a verse resilientes.

El disciplinamiento de los cuerpos y de las emociones son indispensables para el proceso de masculinización de los hombres. Esto se vincula con lo que

menciona Josefina Ramírez (2019): “el cuerpo y las emociones son producidos, controlados y resignificados en pos de lograr un cuerpo disciplinado y dócil” (p. 183). Con esto quiero afirmar que la masculinización de las emociones de los hombres está en relación con la manera en que mal-tratan sus cuerpos.

Planteamientos como el de Maturana (2018) señalan que son las emociones las que motivan nuestros actos, impulsan nuestras vidas, nos mueven. Esto nos muestra lo relevante que es aprender a silenciar o adormecer ciertas emociones. En un mundo eficientista las emociones feminizadas parecieran representar un riesgo a las exigencias y los resultados. Esta idea se apoya en el supuesto de que, si los hombres atienden las emociones feminizadas, estarán incapacitados para cumplir con lo que se espera de ellos. Identifico que esto representa para los hombres un conflicto, que les exige luchar contra lo que sienten, que los hace vivir una tensión constante, por entender que es un riesgo “perder(se)” en lo que sienten, como si lo que sintieran fuera “malo”. Dicho de otra manera, cuando los hombres tratan de evitar que les “gane” la emoción, buscan mantenerse controlados, comportarse en congruencia con la exigencia normativa, ajustarse al disciplinamiento identitario. Los hombres, al silenciar lo que sienten, muestran que se mantienen “controlados” por el deber ser masculino.

Lo cierto es que los hombres entienden que las emociones feminizadas los sacuden, los descolocan y, en sus intentos por mantener el control, aprenden a reprimirlas. Por eso, en el proceso de masculinización identitaria, es indispensable, silenciarlas, ignorarlas, desobedecerlas, ocultarlas. Quiero subrayar que hay un discurso que sostiene que escuchar ciertas emociones implica un riesgo de

‘perderte’. Pareciera un contrasentido. Sentir cómo estamos debería ser una forma de encontrarte. Hasta aquí me gustaría resaltar dos puntos: a) la relevancia que tienen las emociones en nuestra toma de decisiones, b) el aprendizaje masculino que les dice que deben aprender a controlarlas. Con esto espero visibilizar que las emociones son un dispositivo indispensable para la masculinización identitaria de los niños.

Para el proceso de masculinización son fundamentales las actividades que se definen como propias y exclusivas para los niños, por estar impregnadas de aprendizajes sexistas. En estas actividades se aprehende la masculinidad, por medio de palabras, gestos, contactos físicos, miradas, mandatos, códigos de comportamientos, entre muchos otros. En este mismo sentido Maturana (2003) señala que

> Nuestras madres nos enseñan, sin saber que lo hacen, y nosotros aprendemos de ellas, en la inocencia de una coexistencia no reflexionada, el emocionar de su cultura, simplemente viviendo con ellas. El resultado es que, una vez que hemos crecido miembros de una cultura particular, todo en ella nos resulta adecuado y evidente, y, sin que nos demos cuenta, el fluir de nuestro emocionear (de nuestros deseos, preferencias, rechazos, aspiraciones, intenciones, elecciones…) guía nuestro actuar en las circunstancias cambiantes de nuestro vivir, de manera que todas nuestras acciones son acciones que pertenecen a esta cultura (p. 41).

Dario, por ejemplo, señala que en su familia son muy machistas, aunque él tuvo la oportunidad *“de bailar, presentar bailables incluso hasta con puras niñas.*

[…] Y sí había comentarios de compañeros: '¿y por qué sabes bailar tú con las niñas?' […] Eh… siempre… pues estuve marcado por dos hermanas mayores y que… marcaba mucho esto de 'haber esto es para, bueno lo hacen ellas porque son niñas y tú no porque eres niño'" (Dario.12.09). La prohibición a feminizarse es un límite para las conductas de los niños que gradualmente se va introyectando. El baile se entiende como propio de las niñas, como algo ajeno a los niños. Esto implica que los niños que lo practiquen son sancionados.

El mismo Dario menciona que en una ocasión le mintió a su papá al decirle que iría a entrenar futbol, para ocultarle que jugaría voleibol: *"yo creo que mi papá fue ese día a correr o a pelotear o pasó a ver, no sé. Y que me encuentra jugando volibol, y cuando lo vi se me vino el espíritu, se me salió el espíritu más bien, y ya como si nada voy y le digo '¿Qué pasó?', 'A ver hijo de la chingada, no que ibas a jugar futbol… súbete' Y ya me subo a la moto y se da una vuelta hacia el campo de futbol, '¿No que ibas a estar aquí?' y le digo 'Sí pa, pero yo quería jugar volibol ahora', '¿En serio?', 'Sí', y que me regresa en la moto a la sesión de volibol, 'Está bien, si te gusta este juego de putos está bien'. Y ahí me dejó, pero no me pegó, no me regañó, no me dijo más" (Dario.12.09).* De nuevo aparecen el sexismo en los deportes que se entienden como masculinos y femeninos. Este fragmento también nos permite señalar que Dario señala que no lo regañó, sin embargo, en las palabras del papá hay una sanción explícita a la 'feminización' de Dario. A pesar de que no se reconozca como regaño, existe una sanción por practicar una actividad que no le "correspondía", que debía realizar.

El mismo Dario menciona que en juegos donde había niños y niños *"había un sector de niños que se resistieron y nunca jugaron con nosotros. Y ya cuando regresábamos a jugar futbol o algo que sólo hacíamos los hombres, si había esos comentarios de 'Ah, no, ese es vieja, estaba jugando a los quemados.' o 'esos juegos son de putos'" (Dario.12.09).* De nuevo aparecen el sexismo como una normativa que distingue, separa y sanciona a los hombres que no se ajustan a las actividades que, según la misma normativa, les corresponden.

Por su parte Cosme agrega que cuando él era niño las actividades estaban muy divididas. *"Inclusive era muy normal que te dijeran '¿Qué haces?', 'No pues que lavando trastes', '¿Qué, eres vieja?' […] Pero acá en el pueblo sí, sí está muy marcada la labor […] La mujer es para la casa, para limpiar la casa, para ir al molino, traer la masa, hacer las tortillas, hacer de comer y todo, cualquier, alguna otra actividad que tenga que ver con la casa en ese sentido. Nosotros los hombres en cuestiones de cocina pues no […] Nosotros estamos muy acostumbrados a estar sentado en la mesa, a que te sirvan, a que te lleven el agua, a que, ahora sí que cosas del hogar, todo te lo hacen las mujeres, nosotros no, no. Los hombres casi no mueven, cosas que tiene que hacer una mujer pues no" (Cosme.22.09).* De nuevo aparece la sanción moral, cuestionamientos sobre su ser.

El mismo Cosme comenta que a él lo educaron para ser distinto a las mujeres: *"yo me acuerdo que ya en plena adolescencia cualquier cosita que hicieras, que no tenía aparentemente nada que ver como un hombre, eso era muy marcado con, tanto con la mamá, como con tu papá. 'Eso déjaselo a las viejas, no tienes tú por qué andar en chismes o esto o lo otro, eso no son cosas de hombres.'*

[…] como que siento que ahí estaba muy marcado como que la mujer es más débil […] Tenía más ese rollo de 'No es que este güey trabaja para esa vieja' o cualquier cosita. Siempre te demeritaban a que no lo haces bien porque eres de la cuestión débil, tú no tienes fuerza, como dice V. (su amigo) ¿no? 'Mi abuelita le pega más fuerte al balón' Cuestiones de esas, son muy marcadas en mi ámbito que yo me crie" (Cosme.22.09). En este fragmento el padre y madre de Cosme replican el sexismo y lo sancionan por "feminizarse". También podemos identificar que, de manera implícita, señalan que las mujeres son vistas como débiles y los hombres fuertes. La debilidad es feminizada y la fuerza masculinizada. Las mujeres andan en chismes, todo cuentan. Los hombres son herméticos y duros.

El mismo Cosme menciona que en actividades "sencillas", trabajos "pequeños" su mamá y sus hermanas ayudaban. Sin embargo en *"trabajos grandes o rudos ahí sí íbamos puros hombres […] por ejemplo eso de arar la tierra, de talar este, de talar el bosque, limpiar el bosque cuando usas, en aquel tiempo usábamos machete y hacha. Eh, hoy en día motosierras. Entonces es un trabajo totalmente de hombres. Tienes que cortar palos y jalar palos y cortar y limpiar y todo ese tipo de cosas pesadas, ahí nada más era para hombres. Y cositas acá de cortar limón, ir a bajar mangos, juntar cocos, cosas sencillas ahí sí lo hacíamos conjuntamente, todos nosotros como familia" (Cosme.22.09).* Resalto que lo que hacen los hombres es visto como más difícil, relevante, esto implica que se asume que estas cosas no pueden hacerlas las mujeres. En las palabras de Cosme se deja ver que las cosas fáciles son asignadas para las mujeres.

Hay un par de testimonios que me han sorprendido, porque refieren que en sus casas la educación fue igual entre hombres y mujeres. Por ejemplo Ismael menciona *"la educación corrió a cargo de mi madre eh… ninguna (diferencia). Mi madre era con nosotros, lo mismo eh… Tanto yo tenía que lavar los trastos como mi hermana, nos teníamos que respetar, aunque yo fuese el mayor, también tenía que respetar a mis hermanas menores. Eh… el trato siempre fue de igualdad eh… Yo con mi abuelo si ya era un poco distinto. Allá abajo había una casa de mi abuelo paterno y, si este… pues llegaba y mis primas, que estaban ahí o algo, eran las que tenían que atender con la comida. Una cosa más como de viejos, de ser machista, de la división de los papeles, que las mujeres hacen la casa y los hombres al trabajo. Donde… ellas tenían que respetarme, aun siendo mayores. Donde el hombre manda, donde… ese tipo de cosas. Que las vi, pero realmente no las implementé, porque pues como siempre mandó o sigue mandando ahorita mi madre, entonces, con su carácter bastante fuerte que tiene, si a mí se me llegaba a pegar algo de ese tipo de educación que llevaba mi abuelo, me la quitaban" (Ismael.08.09).* Este fragmento me parece relevante porque evidencia la existencia de distintos escenarios sociales. Los niños aprenden que no en todos los escenarios se pueden o deben comportar de la misma manera. Sin embargo, como veremos más adelante, la aparente igualdad con la que educó la mamá de Ismael a sus hijos sigue depositando diferentes expectativas para Ismael y para sus hermanas. Destaco que a pesar de que, gradualmente, los hombres se van involucrando en las actividades domésticas, parece que las labores más demandantes o riesgosas físicamente parecen seguir siendo responsabilidad exclusiva de los hombres.

En un sentido parecido Edwin menciona que a él lo educaron igual que a sus hermanas. Esto se hizo presente incluso cuando *"yo llego con la noticia de que me embarazo joven y papá reacciona de una manera, muy positiva para mí. Y a la vuelta de la esquina llega mi hermana y le dice lo mismo y reacciona igual. O sea al final no hubo una diferencia en cuanto… 'a él si se lo voy a permitir, y a ti te voy a castigar', no. O sea el apoyo lo tuvimos Incondicional en ambas partes […] sí cambia este rol de géneros. Porque no es lo mismo que yo me embarazo y hago una familia, me dedico a trabajar, soy el que sale, soy el que relaciona […] porque yo proveía la parte económica… donde E. (su hermana) cambia y es la que se queda en la casa, la que cuida la niña y O (su cuñado) provee la parte económica" (Edwin.03.09).* Este fragmento me parece muy interesante porque Edwin comienza hablando de una educación igualitaria, pero él mismo entiende que hay diferencias muy marcadas en los roles que deben ocupar en sus respectivas familias. A él, por ser hombre, le tocaba afrontar el compromiso del embarazo con cuidados de proveeduría, mientras que a su hermana le tocaba los cuidados domésticos.

Con esto quiero insistir en la naturalidad con que los niños van siendo masculinizados. La genitalidad es sólo el punto de inicio de un camino que gradualmente va conduciendo a niños y niñas por senderos muy distintos. Ejemplos claros son las asignaciones de los nombres, las formas de vestir, los espacios en que fueron socializados con sus pares y, sobre todo, en las expectativas depositadas en ellos. Incluso la educación que parece igualitaria distingue lo que normativamente corresponde a hombres y mujeres.

A partir de lo que he observado, a pesar de que los hombres, gradualmente, van aumentando su participación en las labores domésticas, las exigencias masculinas se siguen viendo como exclusivas de ellos. Es decir, el hecho de que los hombres laven trastes, ropa, limpien la casa, preparen la comida o cuiden a sus bebés, no les quita la responsabilidad de cambiar una llanta, de cargar cosas pesadas, hacer arreglos en la casa, de defender a su pareja, de ser el primero en exponerse a riesgos físicos. A pesar de que se ha discutido mucho sobre la necesidad de que los hombres se involucren en labores domésticas, no se ha discutido con la misma intensidad las exigencias masculinizadas que se depositan en ellos.

Edwin, en esta misma conversación, señala que *"nos educan igual, pero sí hay ciertas diferencias muy pegadas a la cuestión género. Un ejemplo, mi hermana a pesar de ser dos años mayor que yo, ella tenía 17 o 18 años y no podía salir a sus fiestas con sus amigos, si su hermano no la acompañaba. O sea ya no… la pregunta no era '¿a dónde vas?' ni '¿con quién vas?', ni '¿qué vas a hacer?' simplemente es 've con tu hermano'" (Edwin.03.09).* Retomo este fragmento, básicamente, para subrayar que es en la adolescencia en que la educación diferenciada comienza a acentuarse. Esto podría estar relacionado con la idea de que los niños son vistos como figuras feminizadas, débiles.

Ismael coincide al señalar que él notó que las *"diferencias marcadas yo creo que empezaron cuando ya estábamos en secundaria. Ahí es donde ya se empezó a dar el distanciamiento, donde ella (su hermana) empezó a tener sus propias amistades, ya no eran sólo los de las cuadras, eh… Igual ella ya hacía un poco más*

de labores de la casa eh… Yo cada vez menos. Ya iba cada vez más al río, al terreno" (Ismael.08.09). Si recordamos, un par de fragmentos atrás Ismael mencionó que él había recibido una educación muy parecida a la de sus hermanas, sin embargo, a sus hermanas no las presionaba su mamá para que fueran al "terreno". Con esto quiero mencionar que la aparente educación igualitaria sigue considerando como únicos responsables a los hombres de labores que requieren una mayor fuerza física.

Cosme tiene una experiencia parecida, menciona que de niño *"estás mezclado en las actividades de las mujeres. Tú eres el de los mandados, el de ir a comprar esto y aquello, conjuntamente con tu hermana. Pero yo recuerdo que la partidura de todo esto fue en la secundaria. Porque yo recuerdo que no nada más me quedaba en la casa, sino que ya empecé a ir al campo" (Cosme.22.09).* En este mismo encuentro señala que recuerda que *"como a los 13 años más o menos, cuando ya estaba en la secundaria, fue cuando ya empecé a acompañar un poquito más a mi papá. Mucho recuerdo que cuando salía de la secundaria, a la una de la tarde, yo me tenía que ir con ellos. Ahora sí que comía y a alcanzarlo pues […] En ese tiempo era muy común, no era cosa mía de que yo tenía que ir al campo, sino, todos mis compañeritos de la escuela, al otro día que nos juntábamos, por decir '¿Y tú que estás haciendo?', 'No pues mi papá tiene un papayal' Entonces como que… Pues mi generación fue más enfocada al trabajo, al mismo trabajo pues de que todos íbamos o cooperábamos en ese rollo del hogar" (Cosme.22.09).* Estos fragmentos, además de subrayar que las diferencias se pronuncian en la adolescencia, visibilizan que fue un aspecto común para los niños de su edad. Lo

cual quiere decir que, varias de las familias, ejercían la misma presión en los niños para que se involucraran en actividades de “hombres”.

Ismael me comentó que su novia tiene un negocio en el que hacen entregas de regalos, flores y arreglos. Le pregunté si con él han tenido detalles como los que se entregan en el negocio de su novia. Su respuesta fue: *“florales y eso, no. Sí me han hecho detalles con cositas que me gustan. Algún reloj, alguna cartera, o sea así. Pero arreglo floral, un globo, no”.* Le pregunto si él ha regalado este tipo de arreglos: *“Detalles sí, muy de vez en cuando […] digamos que así nos han criado. Entonces de pronto pues es el hombre el que debe de regalar, y a las mujeres lo que les gusta, ese tipo de detalles. Personalmente si llegan con un arreglo de rosas agradezco el gesto, pero no es algo que sea como de mi agrado ¿no? Yo prefiero algo que sea de utilidad, que me guste, que pueda usar y no ese tipo de cosas” (Ismael.25.09).* Con el relato de Ismael quiero mostrar que incluso en los regalos encontramos un sexismo que define las formas legítimas de mostrar afecto. Las flores, los chocolates, los globos, los muñecos de peluche son formas feminizadas. Las carteras, los relojes, botellas de vino son regalos que culturalmente se entienden como propios de hombres. Destaco el sexismo en los regalos que recibimos y cómo puede generar incomodidad. Es muy probable que si a un hombre se le regalan flores, en lugar de que sienta gusto pueda incomodarse, se sienta feminizado. Tomando como contexto la normativa sexista, no hay manera de explicar por qué recibiría un regalo de “mujer”. Además, quiero subrayar que I, al señalar que prefiere que le regalen cosas “útiles”, parece afirmar que los regalos “femeninos” son “inútiles”.

Si bien he señalado que la adolescencia acentúa las exigencias para niños y niñas, es importante insistir que la masculinización comienza desde que nacen. Insisto en que las diferencias van más allá de quién tiende la cama y lava los trastes. Estoy convencido que hay niños y niñas que, por su clase social, llegan a la adultez sin haber lavado un vaso, levantado el plato de su mesa o tendido su cama. Y esto no quiere decir que se masculinizan por no apoyar en las tareas domésticas.

A pesar de que algunos hombres señalan que de niños recibieron una educación igualitaria y otros una educación machista, las expectativas de los padres son muy parecidas. Esto me permite insistir que hay aspectos periféricos de la masculinidad que pueden cambiar sin que implique un cambio significativo en los aspectos problemáticos de dicho modelo identitario.

Cuando los hombres introyectan que los escenarios sociales en los que les “corresponde” estar son los de hombres, tratan de imitar sus códigos de comportamiento. Ahí aprenden sentires, gestos y a comportarse como “hombres”. En contraste aprenden cuáles cosas no le “corresponden” por entender que son de “mujeres”. Así introyecta que hay escenarios diferenciados, que lo “propio de los hombres” le es afín y lo que “propio de las mujeres” le es ajeno.

Es importante mencionar que en estos escenarios el nivel de pertenencia es un aspecto central. En la medida que los niños van aprendiendo los códigos de comportamiento se van sintiendo más integrados, cómodos y reconocidos. De manera orgánica los niños se reúnen para jugar y ahí hacen amigos. Sin embargo, detrás de estas interacciones hay una serie de aprendizajes que replican la normativa sexista. A continuación, me voy a enfocar en las diferencias que hay en

los juegos, ya que lo considero un aspecto central en los aprendizajes sexistas ya que, como veremos, también son diferenciados para niños y niñas.

Al contrastar juegos masculinos y femeninos pretendo señalar que unos se entienden como propios de niños y otros de niñas y visibilizar que fomentan distintos tipos de habilidades, destrezas y emocionalidades. Desde mi perspectiva estos juegos contribuyen a la masculinización de los niños y la feminización de las niñas. Los juegos de los niños por ser espacios de socialización contribuyen a la masculinización identitaria.

Dario nos comparte que frente a su casa había un "parquecito" y que mientras sus hermanas *"se interesaban en las novelas o de platicar entre ellas o jugar a la comidita… y yo mi anhelo era llegar y como a las 4 o 5 de la tarde salirme a jugar futbol aquí en frente. Y en el momento que ya salía uno, había 5 o 6 niños y nos quedábamos jugando 3, 4 horas sin parar, toda la tarde. Entonces mi día a día era eso" (Dario.12.09).* Esta distinción entre los juegos de niñas y niños no es algo exclusivo de los hombres con quienes dialogué. Es muy común que en los cumpleaños, en los "reyes magos" los regalos de niños y niñas sean elegidos por su sexo.

Víctor tiene una postura parecida cuando señala que *"las muñecas eran para las niñas y para los hombres pues eran las cosas pesadas, jugar fútbol, este… los clásicos, ya ves que cuando te regalaban un juguete era un balón, una pistola, cosas de caballos…. Y a la mujer pues cosas así, vamos a decir femeninas, por así llamarle. Si era muy diferenciadoras. Y también era muy raro que te permitieran convivir que las niñas con los hombres, era muy poco o si pasaba. Siempre había*

alguien que estuviera al pendiente ¿no?" (Víctor.04.09). Quiero resaltar que los juegos, además de estar diferenciados, son excluyentes, los juegos de niños no deben ser jugados por las niñas, y los juegos de niñas no deben ser jugados por niños.

El mismo Víctor señala que a las niñas no les permitían andar con hombres *"porque era más peligroso, andar haciendo eso… Ya sabes que uno es más arriesgado, te enseñan a cruzarte a nadar, las cosas más pesadas, que tú decías, más para hombres. Por eso era ese tipo de situaciones, pero tú lo podías hacer, tú ibas al río, ibas de un lado al otro. Te permitían andar metiéndote al río, sin ningún problema y la mujer estaba pegada a la mamá" (Víctor.26.10).* De este fragmento rescato la protección que se tiene para que las niñas no se expongan a ciertos riesgos y la naturalidad con la que se entiende que los niños sí pueden o deben exponerse porque sus juegos son "más arriesgados".

En párrafos anteriores recuperé el testimonio en donde Dario señala la sanción que recibió de su padre por estar jugando voleibol, cuando se esperaba que él jugara futbol. En aquella ocasión su padre quiso llevárselo, aunque finalmente lo dejó se mostró molesto porque su hijo jugara un juego de "putos". Para seguir discutiendo la relevancia de los juegos en el proceso de masculinización de los niños, necesito diferenciar los juegos lúdicos de los juegos competitivos. Entiendo que en principio todos los juegos son lúdicos, sin embargo, he identificado que los niños, gradualmente, van introyectando la significación competitiva que los adultos depositan en ciertas prácticas culturales.

Dario, por ejemplo señala que él tenía deseos de jugar futbol, pero precisa *"fíjate que yo no le decía (a su papá) que quería jugar profesionalmente. Yo lo que quería era jugar ya en un equipo de 11. Ya sea aquí en el pueblo o donde fuera. Porque yo no tenía la concepción de fuerzas básicas o reservas, no nada. Yo sólo quería jugar ya vestido, con un uniforme completo" (Dario.12.09).* Esta aclaración la hizo Dario porque un día su papá llegó con la noticia de que su hijo comenzaría a entrenar. Esto derivó en que pudiera probarse y jugar en divisiones inferiores del equipo América. Pero este no era el interés de Dario, él sólo quería jugar, vestirse como jugador. A diferencia de la competencia, el juego tiene como objetivo central el placer. Si se trata de jugar no importa quien gane. Se trata de disfrutar. La competencia prioriza el resultado, lo central es ganar. Los niños juegan por placer lúdico, los hombres compiten por mandato.

Olavarría (2017) señala que las competencias inician como juegos, aunque luego "se van haciendo cada vez más exigentes; se debe demostrar no sólo habilidades, sino también valentía; se debe correr riesgos para ser respetable a los propios ojos y a los de los demás, en particular a los de otros hombres. A mayor exigencia del juego, mayor tensión por la estimación de cuánto se puede aguantar y arriesgar" (p. 35). Mi postura entiende que los niños juegan por jugar, se divierten con actividades lúdicas, se sienten estimulados por explorar sus capacidades, el entorno, sensaciones, por socializar. Todos los juegos comienzan por ser lúdicos, sensoriales, los niños se involucran movidos por el placer de jugar. Gradualmente, van introyectando la significación cultural, los juegos se van formalizando, se les

enseñan reglas, se vuelve competitivo y aumentan la exigencia. Así van migrando los niños de juegos lúdicos a juegos competitivos.

Quiero decir que los niños no nacen con un instinto competitivo, ni con la intención de ganar, no tienen interés de (de)mostrar nada, juegan por jugar. No hay un gen de sobrevivencia que se exprese en la competencia. Son los adultos quienes depositan en los juegos valores congruentes con los mandatos modernos, que, después, son introyectados por los niños. Este proceso enseña a los niños a sentirse motivados por la competencia, por el triunfo, a no darse por vencido, a soportar el dolor, el nervio buscando ganar, a sentir vergüenza o culpa por perder. En los juegos también se aprende, de manera indirecta los límites y potencialidades de nuestros cuerpos, códigos de comportamiento de la vida social y aprendizajes emocionales que mencionaré más adelante.

Sobre esto Víctor me comparte que él recuerda que el trato entre niños era siempre de competencia *"entre uno y otro siempre, a ver quién ganaba de uno, o con tus primos. Hasta tú, el clásico que luego uno pone a competir a los primos o a los niños más chicos. Eso era muy común en todos los aspectos, siempre trataba de competir hasta con los amigos, para correr… De esa parte siempre de competencia, de ver quién ganaba, y a ver quién corre y que llegue primero a la otra cuadra. Y siempre así era, competir en todos esos aspectos. Físicamente me refería yo, correr, a veces incluso subirse a los árboles, a las palmeras de coco, a cruzar el río, como te decía, siempre debo competir a ver quién gana. […] Pues nada más que competir, a veces era como competir por una coca" (Víctor.04.09).* Resalto de este fragmento que los juegos de los niños en algún momento comienzan a competir

por todo. En principio porque, como ya he señalado no hay un gen competitivo, pero sobre todo porque en estos juegos rara vez se promueve la cooperación o la colaboración.

Dario comparte que cuando él era niño era común que se pusieran guantes para boxear. Me explicó que *"si tu accedes a ponerte los guantes, estás autorizando que vas a compartir golpes. No es ventajoso, también es otra cosa que yo creo que dentro de esta forma de relacionarse eh, pues también tú te atreves, dices 'pues va, lo intento'. Y te mides ¿no?" (Dario.26.09).* En estos juegos masculinos los niños se "miden", el juego jerarquiza. Además, enseña que si se trata de competir autorizas a poner tus recursos para tratar de ganar, eso no es ventajoso. Cuando cuestiono a Dario si él considera que este tipo de juegos enseñen a los niños a "hacerse hombres" me responde que él duda *"que los adultos hayan dicho 'Pues vamos a ponerlos a golpearse para que aprendan a ser hombrecitos.' Yo pienso que hizo un sincretismo entre lo deportivo y pues que se hagan hombres ¿no?" (Dario.26.09).* La corrección que hace dice que no cree que haya una intencionalidad, pero sí un sincretismo entre lo deportivo y el proceso para que los niños se hagan hombres, se masculinicen.

Entiendo que estos juegos enseñan a los niños a luchar, a no darse por vencidos, a soportar la adversidad, a resistir el dolor, a competir por cualquier cosa, los hace resilientes, los masculinizan. Esto coincide con uno de los aspectos que señala Badinter (1993), cuando afirma que los deportes son considerados como la mejor iniciación a la virilidad. Incluso señala que "[e]l preadolescente norteamericano gana sus galardones de macho en el campo del deporte. Es allí

donde demuestra públicamente su desprecio por el dolor, cómo controla su cuerpo, su fortaleza frente a los golpes, su voluntad de ganar y derrotar a los demás" (p. 117).

Por su parte Kaufman (1989) entiende que en muchos deportes la violencia está incorporada como parte del ejercicio y del entretenimiento; agrega que también está presente

> [l]a humillación verbal y, combinada con factores económicos y de otra índole, la competencia en el mundo de los negocios, de la política y académico son formas más sutiles de esta misma violencia. En su forma más espantosa, la violencia ha sido, desde hace mucho tiempo, un método aceptable e incluso preferido para enfrentar diferencias y conflictos entre diferentes grupos y estados (p. 47).

La afirmación de Kaufman (1989) es pertinente porque identifica la presencia de la violencia de los deportes, en los negocios, en la política y en la academia. Yo entiendo que quien compite busca ganar y esto implica comprometerse con dicho objetivo, aunque esto implica sacrificar tiempo, esfuerzo o bienestar. La competencia es una apuesta en la que muchas veces gana quien más arriesga.

Hay un tipo de juego que se presenta en los hombres que de manera coloquial llaman "desmadre". Según la RAE, el desmadre es el exceso desmesurado en palabras o acciones, o juerga desenfrenada. Para los hombres el desmadre involucra una forma amistosa de bromear que puede llegar a ser brusca, dolorosa y cruel.

Víctor me comparte que eso que ahora se llama '*bullying*' *"para nosotros era desmadre, era ponerte un apodo, era este… Ahora sí, el clásico, ¿no? De que el mayor le hacía bromas a los demás, de todo tipo, de ponerles apodos, de ponerte, vamos a decir, a pelear entre un amigo y otro o entre los menores" (Víctor.04.09).* En este fragmento Víctor habla, con mucha naturalidad, de lo tratos toscos y las peleas entre niños. Sin embargo, el "desmadre" incluye mucho más.

Ismael nos comparte que cuando estaba en la segundaria su primo le hizo *"una super maldad. En aquel entonces, el alcohol era así como que de la botella de, uf, presidente. Me dio un trago y dice 'tómatelo'. Me lo dio puro y yo de 'no manches eso sabe super feo' y dice 'así sabe a la primera'. Bueno el chiste es que, quién sabe cuántas me tomaría y pues yo perdí la conciencia, me llevaron cargando a la casa" (Ismael.08.09).* Para su primo fue una buena broma emborracharlo y hacerlo perder la conciencia, con el riesgo que eso puede implicar.

Cosme nos comparte que en alguna ocasión *"me acuerdo que estábamos jugando con mi hermano. Bueno ni estábamos jugando, yo le dije 'a ver pásame el machete' y me lo aventó así, pum, que me cae la puntita ahí. Estábamos chavitos, esas son así de chiquitos, pero fue pues igual, dijeran allá en mi pueblo el sangratatal. Jaja" (Cosme.7.10).* De este fragmento me parece interesante el ambiguo límite que existe entre el juego y los riesgos, llamado desmadre. Cosme comienza por señalar que estaban jugando y luego corrige, como si no fuera tan clara la diferencia. En esta acción, broma o no, su hermano le aventó un machete. Como podemos ver en el desmadre hay una dosis considerable de imprudencia.

Edwin nos comparte que uno de sus amigos del trabajo compartía, por *whatsapp,* videos teniendo sexo con mujeres. Cuando algunas de las parejas de los hombres que se encontraban en este grupo se enteraron de estos videos hablaron con el hombre que los mandaba. Para que lo dejara de hacer, lo amenazaron con acusarlo por cometer un delito sexual. Él entendía que no había delito, ya que tenía el consentimiento de las chicas para grabar. Edwin me comentó que incluso en algunos de los videos las mujeres mandaban saludos al grupo. Sin embargo, a uno de los amigos del grupo le pareció buena broma hacerle creer que ya se había presentado una denuncia formal. El amigo que fingió la denuncia le explica a Edwin *"'no gordo es que no hay nada, no hay ninguna denuncia. Pero yo tengo un amigo, de la fiscalía y me va a pasar un formato en donde voy a poner los nombres de todos. Poniendo a W (quien enviaba los videos) como la cabeza de la banda' Y que no sé qué y poniéndonos a todos de que ya nos cargó el payaso […] Total, W padece de ansiedad, tiene taquicardias y no sé qué madres. Que yo como ya había hablado con él directamente, no en el grupo, yo ya veía a este güey que se estaba muriendo. Dice 'no es que ya tomé mi medicamento' que no sé qué y no sé qué tanto. Y le hablo a R (el que hace la broma) y le digo 'güey ya lo deformaste. Yo no lo haría. O sea está muy chingona la broma. Está muy buena. Pero si vas a matar a este güey porque tiene pedos de ansiedad y ahorita si está muy acelerado' Porque de hecho dejó de tomar como año y medio, algo así, porque estaba tomando sus medicamentos. El chiste es que dijo bueno, ya lo voy a parar. 'Bueno, voy a mandarlo, pero luego, luego voy a mandar un audio de que es una broma'" (Edwin.28.09).* Esta broma, según lo que comenta Edwin, a pesar de que comprometía la salud de W, se llevó a cabo. Me parece relevante destacar que

quien hace la broma ejerce cierto poder y control sobre quien la recibe, es decir juega con él. Este poder, además de resultarle placentero a quien bromea, se detiene hasta que su criterio entiende que ha sido suficiente.

Contradictoriamente este “desmadre” se da en convivencias amistosas, y aunque no se consideran como conductas agresivas, hay rivalidad, revanchismo que contribuyen a la masculinización de los niños. Quizá el “desmadre” también pueda diferenciarse por género. Entiendo que el “desmadre” de los hombres, aunque lo comentan entre risas y se refieran a él como un juego inocente o divertido, es atrevido, imprudente, riesgoso y hasta cruel.

Kaufman (1989) señala que

> Todos los hombres han pasado por la experiencia de ser golpeados y fastidiados cuando niños y todos aprendieron a golpear o a huir, o a fastidiar a otros o a eludir el enfrentamiento mediante bromas. Pero, en todo caso, estas tempranas experiencias de violencia causaban una increíble cantidad de ansiedad y requerían de un enorme consumo de energía para ser resueltas (p. 48)

Ahora me gustaría centrarme en los riesgos que implica para los niños estos “juegos”. Víctor describe una experiencia que experimentó cuando “empezó a ser más travieso”: *“pues te vas y te lo montas ya a becerros más grandes. Y te tira o te puedes lastimar, o te rompes la camisa, el pantalón o que te llegas a rasguñar con los alambres que hay… como tipo jaripeo no sé si los ubicas. Allá tal cual, así te subes, le amarran una reata al becerro y arriba” (Víctor.04.09).* En estos juegos

existe el riesgo de sufrir lesiones graves, pero el tono lúdico parece dar tintes de inocencia.

Cuando los juegos se hacerse competitivos se genera un aumento en la tensión y la confrontación. En este sentido Ismael comparte que *"hasta en el mismo campo de futbol, que llegan los roces o que te quieres desquitar porque realmente si alguien te dio un golpe y sientes que fue de mala leche, te desquitas dentro del partido, vas a desquitarte" (Ismael.08.10).* Su descripción hace referencia a una rivalidad que nace en la fricción, pero agrega con una naturalidad que valida el desquite, el ajuste de cuentas.

Los juegos no están exentos de prácticas sexistas, son espacios generizados. En estos espacios de socialización los niños aprenden formas de interacción, resolución de conflictos, emociones y otros "recursos" que pueden ser utilizados en otros escenarios sociales. Desde mi perspectiva, a través del juego, el deporte y la competencia, los niños van aprendiendo a respetar las jerarquías y la ambición por ganar. Esto implica aprendizajes como la resiliencia ante la adversidad, el temple para confrontar o ser confrontado, a avergonzarse por perder, a ver como inferior a quien tiene menos habilidades, a verse superior por ganar, a excitarse por la competencia.

Detrás del hambre por ganar se naturalizan y justifica mucha hostilidad, groserías, golpes, rivalidad, violencia, trampas. Por este tipo de prácticas entiende que los juegos masculinizados son fundamentales para la masculinización identitaria de los niños. Hooks (2021) entiende que "el derecho del fuerte a hacer lo que desee con aquellos considerados débiles se les presenta a través de sus

abusadores" (p. 81). En estos juegos los niños van introyectando los códigos hasta "hacerse hombre". Si bien pareciera ser que cada día más mujeres se involucran en deportes "masculinos", hasta el día de hoy, es mucho más común para los hombres involucrarse en estos escenarios sociales.

Víctor tiene dos hijas y le pregunto si hubiera sido diferente educar a un niño: *"lo hubiera metido más en el deporte porque este […] y pues como un niño te pones a jugar ahí, a estar peloteando, yo creo que sí, en esa parte. Un poco pesado, bueno tú lo has visto en ese juego, soy un poco más pesado, un poco más fuerte el estar con los hombres pues" (Víctor.04.09).* Resalto que Víctor mencione como primer motivo por el que le hubiera gustado tener un niño sea para llevarlo al futbol, a pesar de que él mismo dice que es un ambiente pesado, que es fuerte estar entre hombres. De nuevo se naturaliza este trato tosco entre hombres como una forma de convivencia.

En un sentido parecido Dario me comentó que por las tardes *"se empezaba a juntar la banda aquí a jugar futbol era todos salirnos a jugar y la convivencia era puros niños, en ese momento no había niñas que dijeran 'Ah, yo quiero jugar también', no. Este… O vamos a, a… socializar con las niñas. Puros niños, y era manchado, eran groserías, pues era futbol (Dario.12.09).* Este testimonio naturaliza el juego entre niños como algo manchado, grosero, como es el futbol. El mismo Dario describe *"teníamos un juego en lluvia, de… agarrar un popote y ponerle un pasador con punta y a matar cuijas con ellos. Y las niñas no iban. Ya después de ese recorrido de matar cuijas, alguien sacaba unos guantes de box y la diversión era ir por todo el pueblo. Ir a cada esquina a pararse y decir 'Ahora que se rifen*

fulano con fulano' y se daban de trancazos y eso era como la tradición […] decíamos 'No, pues tú con este, se pueden dar un buen tiro' y pues órale. Eso sí, nunca hubo una, que yo recuerde pues, una pelea así de 'tú con el más mensito y lo vas a tronar'. No, era que estuvieran parejos para que estuviera atractivo" (Dario.12.09). Este fragmento habla de distintos juegos, en donde mataban animales, sacaban los guantes y, como si fuera desfile, recorrían el pueblo para pelear, dentro de su sentido de justicia buscaban que fueran justos para que fueran atractivos. Esto implica que para la comunidad estos juegos eran legítimos.

Al llamarlos juegos se les da una tinte lúdico, inocente e infantil. Sin embargo, como he querido mostrar, en estos "juegos" es común la hostilidad, la confrontación, los golpes, la violencia permitida y trivializada. Estos juegos son escenarios sociales diferenciados para niños y niñas, que contribuyen a la masculinización de los niños. Desde mi perspectiva si queremos evitar que los niños se masculinicen, tendríamos que profundizar en los análisis de estos "juegos". Desde mi perspectiva evitar que los niños sean expuestos a estas formas de socialización tendría efectos más profundos y significativos para evitar su masculinización que exigirles que levanten sus platos, hagan su cama o que laven su ropa.

Dario, por haber jugado futbol a nivel profesional y haber estudiado para profesor de educación física comenta que *"después de haber entrenado tanta gente, tantos niños principalmente, ya no veo futbol prácticamente en la tele. Ya no voy a jugar futbol yo, hace mucho […] yo les digo que es de lo más vulgar que puede haber. Pero no por el deporte, sino por la forma en la que se conlleva. Terminando de jugar, el cartón de chelas, este… cómo nos expresamos del otro y qué platicamos*

después de terminar el partido. Si les digo a los chavos 'nomás hagan un recuerdo después de terminar el partido', decimos 'viste cómo le pegué', 'viste como se cayó', 'cuando le menté la madre', son puras cosas negativas ¿no? (Dario.12.09). El testimonio de Dario nos hace un recuento de algunas formas "masculinas" que se encuentran naturalizadas, como él mismo dice, en los espacios de socialización de los hombres. De tal manera que él ha preferido distanciarse de la práctica del futbol.

Atendiendo la relevancia de los juegos, hooks (2021) entiende que en un mundo otro

> los niños pueden pensar en juegos que no se basen en causar dolor, en la creación de la muerte, sino que de hecho serán formas de juego que celebrarán la vida y la plenitud. Y las diferencias individuales que sirven entre los niños y niñas, no necesitarán interpretarse como una causa para la dominación, para que no gobierne sobre el otro, sino que se convertirán en ocasiones de exploración, de intercambio de conocimientos y de invención de nuevas formas de ser (p. 155).

Los juegos son determinantes porque son los espacios de convivencia, en los que se han depositado profundos mensajes sexistas. Los niños, en estos juegos, son empujados por la inercia social por senderos que pretenden formarlos como hombres. Este camino les enseña a pelear, echar "desmadre", competir, aguantar demostrar la fuerza, rudeza, confrontar. Aunque estas prácticas tengan tintes amistosos, no son espacios amigables, tiernos, empáticos. Son exigentes. Es por esto que Kaufman (1989) señala que "[e]l proceso de adaptación a la masculinidad les resulta difícil a todos los hombres aunque no lo experimentan conscientemente

como tal” (p. 22). Si los niños quieren llegar a ser hombres, tendrán que competir, si compiten se te tendrán que aguantar, si aguantan podrán pertenecer, si pertenecen se masculinizarán, se habrán enajenado, habrán naturalizado el sexismo y lo replicarán con otras personas.

Hasta aquí cierro con el análisis de los juegos y su relación con el disciplinamiento sexista. Ahora voy a pasar a reflexionar sobre la manera en que los cuerpos de los niños son (mal)tratados. Para esto recupero sus cuerpos como un archivo, metafórico, de descuidos y de crueldad naturalizada, para visibilizar que la masculinización y sus respectivos mandatos no siempre se introyectan con palabras. Pretendo mostrar el impacto que tiene la socialización en los cuerpos de los niños para que in-corporen la masculinidad, hasta que se encarna.

Edwin nos comparte que en alguna ocasión se fue de pinta de la secundaria. Como él y su grupo de compañeros no tenían adónde ir, buscaron la manera de meterse al cuarto donde vivía uno de sus compañeros: *“era un cuarto de azotea, más menos grande y no tenía abierta la puerta. Entonces haz de cuenta que estaba la azotea, estaba el vacío y una de las ventanas, daba hacía el vacío. Tú la veías así, de lado, y veías la ventana. Entonces una de las ventas estaba abierta y yo me pase. O sea agarrándome del techo, de su cuarto, me pasó sobre el vacío. Me meto para abrir por dentro de la casa. Porque este niño no tenía llave para poder estar ahí y realmente matar el tiempo porque no hacías nada” (Edwin.7.10).* Cuando Edwin dice que se arriesga a caer desde la azotea en su intento por abrir la puerta de su compañero, destaco la facilidad con la que los niños aprenden a exponer su

vida. Resalto que, como lo deja ver la descripción de Edwin, lo hace por algo que no es relevante.

En este mismo sentido Cosme menciona que en una ocasión *"también de la infancia, por andar montando un toro, hubo una luxación en mi mano izquierda. Me tiró el toro y caí sobre mi mano. Ahí si me acuerdo que mi tía me estuvo sobe y sobe. Yo creo que sólo fue luxación porque recuerdo que me sobaban y me dolía un montón, pero con el tiempo se me acomodó mi brazo" (Cosme.7.10).* Además de la naturalidad con la que nos niños narran estas experiencias, quiero señalar dos aspectos, primero que los juegos de "niños" representan riesgos que comprometen su integridad y provocan lesiones. En segundo lugar, la expresión explícita del dolor que experimentó C, menciono esto porque son pocas las ocasiones en que aparece referidas emociones "femeninas". Sobre esto profundizaré más adelante.

Víctor comparte que *"nosotros con los primos siempre andábamos ahí descalabrados, golpeados, que el juego era medio brusco. De chavos así, accidentes, pues de un amigo que ya también falleció, en una camioneta. Iba no me acuerdo si con su papá o no me acuerdo con quién iba, pues se salieron y les cayó la camioneta de redilas en una pierna, la parte de atrás y se la tuvieron que cortar" (Víctor.18.09).* La manera en que Víctor describe que a su amigo le cortaron la pierna me deja la sensación de que hablara con mucha ligereza de algo grave. Este fragmento también me permite destacar la frecuencia con la que los niños se lesionan. Víctor habla de que sus primos para ejemplificar la cantidad de "accidentes" que experimentaban. Me quedo pensando si son tan comunes las conductas temerarias ¿es adecuado pensarlos como accidentes?

Para seguir reflexionando si podemos llamar accidentes a las lesiones, golpes o muertes de los hombres, recupero el fragmento de una conversación que tuve con Edwin, en donde describe que en una ocasión, al llegar al trabajo le preguntaron si sabía algo de su amigo y compañero de trabajo. El tema era que lo estaban buscando, nadie sabía nada de él, no contestaba el celular y no podían localizarlo. Es importante mencionar que una noche antes habían estado tomando en un bar. Edwin, en su relato aclara que el amigo en cuestión manejaba una motocicleta, que en esa ocasión "tomó poco" y se fue temprano porque al otro día tenía un compromiso. Edwin describe que, cuando lo buscaban, otro compañero de trabajo *"me manda la foto. Porque decía que no tenía identificación y decía: 'joven de 38 años… algo así o treinta y tantos años, fallece en Avenida Churubusco y a la altura de la Alberca Olímpica y que bla bla' […] Tons cuando veo la foto a mí se me cayeron los calzones. Porque… la mochila que yo le paso, cuando se despide de mí, que me dice 'pásame mi mochila'… era muy característica. Era tricolor. Era como de la Selección Mexicana. Era verde, blanco y rojo. Tons cuando veo la foto, que está tirado en el piso, en el pavimento, trae la mochila. Se le ve la mochila puesta. No se le veía la cara, no se le veía nada, sólo se veía el cuerpo y la mochila. Tons digo 'es él, ¿qué dice?', 'pues que falleció de un accidente'. Le digo 'No. Pues no puede ser' Y obviamente nos empieza a entrar toda la… pues a mí la… los que estuvimos con él nos empieza a entrar el remordimiento, porque lo dejamos ir. Seguramente se emborrachó, seguramente iba peor de lo que pensamos y por eso le pasó algo, ¿no?" (Edwin.7.10).* Aunque no encuentro otra manera de llamar las situaciones en las que los hombres viven las consecuencias de exponerse a riesgos, me parece que hablar de accidentes invisibiliza la influencia de los mandatos de la

masculinidad. Quiero decir que si los hombres tienen comportamientos temerarios con tanta frecuencia, resulta muy probable que en algún momento algo grave les suceda. Me parece más atinado pensar que los hombres juegan a la ruleta confiando que bola caiga en la casilla “te salvaste”. Sin embargo, en ocasiones la bola puede caer en “herida con sangre”, “fractura”, “accidente de tránsito”, “pierna mutilada”, “muerte” u otras. Al ver que los cuerpos de los hombres son sistemáticamente descuidados y expuestos a situaciones de mucho riesgo, parece obvio que algún día sucederá algún daño grave.

Me preocupa que al llamar accidentes a las consecuencias que sufren por los hombres por exponerse a situaciones temerarias se invisibilice la influencia de los mandatos de la masculinidad, se despolitice y se considere que lo que les sucede es simple azar, mala suerte. Es necesario mostrar que detrás de las heridas y lesiones que viven los hombres está un sistema, un deber ser, que los presiona para comportarse de esa manera, que son empujados a tener acciones temerarias, expuestos a maltratos y crueldad, resulta obvio que las consecuencias de estas conductas comprometan su integridad y su vida.

Ismael por ejemplo me compartió que cuando iba en tercero de secundaria, un grupito de unos 15 o 20 compañeros se quemaron las manos con un cigarro. *“se le hizo extraño al profesor de qué onda ¿no?, ¿qué está pasando aquí? Y nos empezaron a revisar la mano a todos los del grupito y ya nos vieron que estábamos quemados […] ya mi madre habló conmigo, me dijo que qué onda y pues sí ¿no? ‘nos quemamos, como una marca, como pacto de sangre’” (Ismael.08.09).* El relato de Ismael sirve como metáfora para explicar la manera en que los cuerpos de los

niños son marcados para que puedan entrar al sector masculino. Se masculinizan con heridas, pruebas de dolor, cicatrices, cuando muestran su resistencia, su aguante.

Los hombres que mueren por obedecer los mandatos de la masculinidad, mueren presionados por un modelo de comportamiento idealizado. Sus muertes son intentos de los hombres por mostrarse fuertes, capaces, inmortales, por obtener reconocimiento. Pienso estas muertes como sacrificios, o tributos, que hacen los hombres enajenados para que el ideal moderno competitivo siga vigente.

Edwin, parece emocionarse cuando me comparte que para él son muy comunes las heridas: *"fui un niño muy, muy, inquieto muy, muy travieso realmente. Siempre tenía algo que contar por medio de mis heridas. Yo me acuerdo que desde chico veía el rastrillo de mi papá y no sé por qué le pasaba el dedo al rastrillo y… de hecho mi huella digital del dedo índice no existe. O sea es una cicatriz, porque me acuerdo que la pasaba una y otra vez y me cortaba […] mi infancia fue muy feliz y parte de mi infancia son estas marcas, estas huellas que tengo en mi cuerpo y que me hice y que en algún momento se quitaron. Entonces realmente yo siempre con mis hijas, con mis amigos siempre, siempre, siempre he hablado de mis marcas. Tengo por ejemplos una cicatriz aquí en la barba. Que yo soy dos veces barba partida. Una porque andaba brincando en los sillones y otra por naturaleza. La vez que le escupí al foco... Un buró de mi mamá, de lámparas de esas de buró. Como yo le escupía la plancha cuando estaba caliente y la saliva brincaba así muy chido. Pensé que iba a ser lo mismo el foco y me explotó en la cara. Entonces no me quedaron cicatrices, pero si se metieron varios vidrios entre la cara. Gracias a Dios*

cerré a tiempo los ojos y no pasó a mayores […] O sea yo ya tenía hasta como pase dorado, ahí en la clínica 28 de Gabriel Mancera, porque era tiro por viaje ir para allá. Si no me rompía la boca, escupía al foco. ¿Qué otra cosa? bueno jugando con mis hermanas. Jugamos a la cunita y pues era de turnos […] estábamos en un lugar que era la entrada de la casa, y teníamos una chapa que cerraba hacia abajo, hacia el piso. Pues yo como que me deslizo y pega mi cabeza exactamente en el segurito de la chapa y me abre. Yo me acuerdo que nada más me paré llorando, me tallé la cabeza y vi sangre. […] tengo la cicatriz también de esa apertura. Ya de más grande pues fueron las cicatrices fueron más con… de la bicicleta, por ejemplo, una vez jugando con mis primos yo llevaba short y me subía. Yo… no me acuerdo qué estábamos jugando, pero yo iba en los diablos de la bicicleta. Entonces entre las vueltas y las curvas y los movimientos yo me raspaba. Me acuerdo que me raspaba las pantorrillas con la llanta. Y este, pero estás tan metido en el juego, y estás tan metido en el desmadre, desde de chavo que no volteas a ver si hay sangre ni nada. Hasta que ya me bajé, ya me di cuenta que tenía. Sí sientes que te está raspando. Sientes, pero no te das cuenta de la magnitud de la herida, ¿no? Y tú… ya tenía dos rayas en las dos pantorrillas, que a la postre se me hicieron cicatrices porque, aparte, a mí me encanta… una costra nunca me la dejó. O sea, siempre es arrancármela. Siempre tengo mucha ansia con las cosas. Entonces así también que genere más y más cicatrices. Ya, después, en los tiempos de fútbol, patadas, obviamente eran moretones… Unos este cómo se llama... también me gustaba mucho patinar, en patineta. Te pegabas en las espinillas, y hasta las rodillas, raspones en la mano, que alcanza vas a meter la mano, pero pues te raspadas la mano. Entonces realmente yo toda mi vida tuve marcas o tengo marcas infinitas en

mi ser" (Edwin.7.10). A la extensa respuesta que dio Edwin, debo agregar algunas cosas que sé de él y que no mencionó. Hace unos 10 años, jugando futbol, se rompió el ligamento cruzado de la rodilla izquierda, desde hace unos 4 años tiene un dolor crónico de espalda y hace unos 2 años chocó su camioneta por quedarse dormido manejando borracho. También quiero destacar que Edwin menciona que para él estas heridas, cicatrices lo han marcado, son parte de su ser. Analizar las marcas en los cuerpos de los hombres nos permite ver la manera en que son (des)cuidados, (mal)tratados. Finalmente, Edwin dice que no sabe porqué "por qué le pasaba el dedo al rastrillo". Destaco esto para ver la naturalidad con la que se maltratan los cuerpos de los hombres y la manera en que el género desaparece de las causas.

El registro corporal de Ismael incluye *"caídas de… caballo, patadas, me dieron patadas, alambradas. Eh… creo que en la rodilla tengo una cornada. Eh… una vez me estuve a punto de ahogar. Creo que me caí de una palma, me han picado alacranes. Cuestiones que si uno las empieza a enumerar dice 'no manches son un montón de cosas', que cualquiera de ellas te pudo haber dejado una marca ¿no? Pero en el campo son tan comunes que la gente aprende a verlo como algo normal. Y recuerdo… la que más recuerdo es que se me enganchó el pie, me caí del caballo. Me enganchó el pie y me arrastró, y en esta parte del costado todavía tengo las marcas de esa arrastrada y el caballo se fue a parar hasta la casa, que era a donde siempre llegaba. Pero… pues nada de eso nos hizo como de no volver al terreno, 'tengo miedo'" (Ismael.08.09).* A la lista de Ismael yo podría agregar que ha chocado dos veces resultando en pérdidas totales de los autos, que en alguna

ocasión, jugando básquet se trozó la lengua. Como menciona I, cuando enlistamos las situaciones en las que la integridad de los hombres es expuesta nos damos cuenta de que “son un montón”. Contrario a lo que se esperaría, los hombres, al exponerse a estas situaciones rara vez se vuelven más precavidos. Ismael menciona, como si fuera una metáfora, que siempre vuelven “al terreno”, como si renunciar no fuera una opción. Finalmente, insisto que estas cosas son tan comunes que “la gente aprende a verlo como normal”.

Víctor, en la sesión (04.09) habla de que se fracturó un codo *“por andar de travieso eh […] al intentar dar la vuelta me resbalé y caí sobre el codo del cual lo tengo fracturado, no puedo doblar la mano completamente” (Víctor.04.09).* Sin embargo, su lista continúa en una sesión posterior (26.10): *“me corté el pie, a la altura más o menos del tobillo, ahí. También en un río, con una botella. Ahí tengo uno. Tengo en la frente, también un pequeño recordatorio. Ya sabes, la fractura de la mano derecha […] la clavícula (fractura), también jugando […] Tengo el segundo dedo del pie, de los pies, de los dos. Más del derecho, como siempre andamos sin huaraches corriendo, muy seguido, volarme la uña. Ya sabes que está diferente a las demás. ¿Qué otra cosa tengo? Ahorita, la operación de la vesícula […] en 2011. ¿Qué otra cosa?... tengo una cicatriz, que no recuerdo cómo me la hice, por la ingle. Raspones, esos sí de jugar. De las piernas, por barrerte, ahí tengo, las rodillas, las manos. Tengo un dedo chueco de la mano […] Se me zafó, en una (batalla) campal, no di como quería […] Pero quedó chueco en ese sentido […] es una luxación, pero mal atendida, por eso quedó chueco” (Víctor.26.10).* En esta misma sesión habló de sus dos tobillos lastimados *“ya sabes que estás bien y de repente, en una jugada,*

pisas una piedrita y con eso estás… se te inflaman. Y las rodillas, pues las dos se me quedan trabadas. Pero más la derecha, en algún momento tengo que estar… otra vez regrésala, para que vuelva a entrar y volver a caminar, es normal. Lo de la clavícula. Ya sabes que con el frío te da un poco de dolor, o que duermas mucho sobre ese lado" (Víctor.26.10). Estas lesiones, como señala Víctor, son pequeños recordatorios, que no recupero para victimizar a los hombres, sino para visibilizar los mal-tratos que reciben desde niños, por los genitales con que nacen. Los cuerpos de los hombres funcionan como archivos en donde se "marcan" las experiencias, heridas, cicatrices, lesiones, dolores, que los van masculinizando.

Al analizar las marcas de los hombres, encontramos maltratos, descuidos, que han sido expuestos a situaciones que implicaban mucho riesgo. Es importante señalar que estas lesiones están directamente relacionadas con la asignación genérica. El sexismo expone a estos cuerpos a violencias cotidianas, los afecta, los marca hasta lograr que se incorporen sus mandatos, que se masculinicen.

Cosme comparte que en alguna ocasión se le zafó el brazo por haberse subido a un becerro: *"me sobaron y todo y ya no fui a, bueno yo iba todas las tardes al campo, y cómo decirle a mi papá lo que me había pasado, para mí eso era como que '¿para qué chingados andas haciendo cosas que no debes de hacer?' Y pues sí, efectivamente, llegué allá y, al otro día, '¿por qué no viniste (a trabajar)?', 'No pues es que cuando nos fuimos de aquí me subí al becerro de la vaca de fulano y me tiró y me quebró el brazo' y no, si me, me regañó y de eso pues si se aprende un montón de cosas […] Y son aprendizajes que traes uno desde la infancia, ahora sí que lo que te duele es lo que te hace aprender" (Cosme.22.09).* De este fragmento

destaco que el padre no se muestra preocupado por la lesión de su hijo, es evidente que su molestia es provocada por no haber ido a trabajar. A partir de esto, entiendo que los niños aprenden que las lesiones y los dolores son vistos como obstáculos que dificultan que cumplan con sus labores. Cosme también señala que aprendemos por medio del dolor. Me parece importante cuestionar esta afirmación. Identifico que culturalmente hay una romantización del dolor. Como si no se aprendiera de la ternura, de la empatía, de la amabilidad. El dolor se idealiza, ya sea como vía de aprendizaje, como vía de superación, de fortalecimiento o como justificación de las consecuencias negativas que se provocan en las vidas de los hombres.

Badinter (1993) coincide cuando señala que se enseña

> al muchacho que aguantar el dolor es signo de valentía y de virilidad, 'que el dolor es bueno y el placer malo, como lo demuestra claramente el principio mil veces repetido de los entrenadores: *no pain no gain*. Se le anima también a que considere su cuerpo como una herramienta, una máquina e incluso un arma que se utiliza para derribar a los que se le oponen 'reduciéndoles a la categoría de objetos' (p. 119).

A partir de los listados que me compartieron los hombres de sus heridas, cicatrices, lesiones, propongo pensar el cuerpo como un lienzo donde podemos leer los (des)cuidos, (mal)tratos, (de)formaciones a las que son expuestos. Las marcas en sus cuerpos nos hablan de cómo han vivido, de la influencia de la masculinidad en las vidas de los hombres, de la pedagogía de la crueldad a la que son expuestos.

Dado que las marcas no sólo se hacen cuando son niños, he integrado también las marcas experimentadas en su adultez. Para seguir recupero que Edwin , metafóricamente, habla de sus tatuajes. *"se me quedó muy grabado lo del tatuador […] 'al menos yo lo que pienso de un tatuaje es que lo vas a llevar toda la vida y si no la encuentras ese significado, más allá del dibujo, pues te va a aburrir […] en cambio, si tiene un significado pues eso jamás se te va a quitar', ¿no?" (Edwin.7.10)*. Los tatuajes, de la misma manera que las cicatrices y lesiones, las llevan a lo largo de toda la vida y no se podrán quitar. Dicen quiénes somos y cómo hemos sido socializados.

Detrás de los juegos de los niños encontramos descuidos, agresiones, riesgos, que son vistos como conductas inocentes. Los niños se exponen a situaciones que comprometen su salud, su integridad y su vida; juegan a la ruleta pensando que su cuerpo soportará la exigencia. Los cuerpos que soporten las exigencias serán reconocidos como masculinos por las personas que los rodean.

Considero importante subrayar, una vez más, que la exposición de los niños a este tipo de situaciones tiene un impacto muy profundo en su identidad. Las actividades llamadas masculinas, es decir, asignadas a los hombres, como pueden ser juegos, deportes, trabajos, competencias, peleas requieren de un entrenamiento corporal y emocional que les permita sobrellevar la presión que implican estas actividades. Así se aprende a aguantar las lágrimas, a incomodarse con los abrazos, a silenciar el dolor, a no darse por vencidos, a confrontar entre otras muchas cosas. Pareciera obvio que exponer sus cuerpos a crueldad, maltratos, riesgos, violencia

desde su niñez tiene consecuencias en su la configuración emocional con la que afrontarán muchos otros aspectos, durante toda su vida.

Al analizar en la manera en que los cuerpos son (mal)tratados encontramos que, con mucha frecuencia, son expuestos a situaciones de riesgo. Los relatos nos hablan de marcas, heridas, lesiones, cicatrices que son mencionadas como algo insignificante. Los cuerpos de los niños son dóciles, así aprenden a verse como indestructibles, aunque no lo sean. Foucault entiende que un cuerpo es dócil cuando "puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser trasformado y perfeccionado" (Foucault, 2008: 140). La masculinización asume que la exigencia perfecciona el cuerpo. Estos aprendizajes jerarquizan a los hombres, de tal manera que quien resista más será más hombre.

El cuerpo de los niños, al exponerse continuamente a situaciones de riesgo, contribuye a la masculinización identitaria y emocional. Así encontramos que los hombres aprenden que ciertas emociones, como el dolor, el miedo o la tristeza los hace parecer frágiles, débiles, son vergonzosas y aprenden a ocultarlas. En estos aprendizajes influyen las personas cercanas. Herrera (1999) habla de armaduras que nos insensibilizan física y emocionalmente. Le Breton (1998) explica esto mismo con el siguiente ejemplo

> un niño que corre y se cae, se da vuelta y busca una significación al suceso malhadado que acaba de vivir. Según la actitud de su madre o de la persona que lo acompañe, llorara o se levantara tranquilamente. Las lágrimas se han convertido en un lenguaje y ya no son un reflejo de malestar. Se insertan en una convención que contribuye a modelar la vivencia a través de una sutil

> dialéctica. Sus padres o sus íntimas, de acuerdo con el estatus asociado a su sexo, le dicen "un varón no llora", "no vas a llorar por tan poco", "no te enojes así", "esas cosas no se dicen", "tienes que desconfiar de los desconocidos", etcétera. La palabra o el gesto formalizan de mil maneras la afectividad del niño y confirman lo que ya siente al ver vivir a sus íntimas. En un primer momento, un niño airado, por ejemplo, aúlla, patalea, llora, etcétera, pero al crecer aprende a ritualizar su emoción, a contenerla en las normas de expresión. Así se modela el conjunto de su afectividad (p. 158)

Como he mencionado, la emocionalidad no se educa de manera explícita, sino en una compleja interacción. Una de las formas que he señalado es por la validación. En congruencia con lo señalado por Le Breton (1998) me resulta ruidoso un fragmento de la conversación sostenida con Cosme . *“el aprendizaje en el campo siempre va a ser bonito desde que tú eh… ves por ejemplo cómo nacen los animales, de cómo es la vida en sí. Porque pues yo estando en la ciudad nunca me hubiera imaginado de… por ejemplo como nace un pollito. Y tú en el campo aprendes todo eso. Desde correr −correr es el sexo entre los animales− de correr el caballo con la yegua. Porque ahora sí que allá no hay hoteles, jajaja, Allá si tú quieres que tu yegua tenga un caballito, tú tienes que buscar a un fulano que tenga un caballo, hablar con él. En una lomita e inclusive ayudarles para hacer el sexo ¿no? Hasta esos extremos de que el caballo le dejó los espermas a la yegua y uno anda bien contento ¿no? Y nada más esperar el tiempo y ver ese tipo de cosas de que ya la yegua ya está panzoncita, y ver la culminación de todo lo que hiciste hace nueve meses. De hacer todo este tipo de cosas y ver el caballito y bueno ahorita*

me enfoqué en una yegua, igual es con una vaca, con un burro. Con todo ese tipo de cosas que se ve de forma natural" (Cosme.22.09). En este fragmento identifico en Cosme un trato sensible y tierno hacia los animales. Con esto quiero señalar que la sensibilidad de los hombres no está cancelada, sino que está disciplinada a partir de las expectativas y de las tareas que esperan que desempeñen. Cosme nos deja ver que para él era importante participar en el apareamiento de sus animales y se muestra contento de haberlo logrado.

En esta misma conversación Cosme me comparte que su papá le enseñó que los caballos *"son animales que tienen sentimientos, que te llegan a conocer, que hasta saben lo que quieres hacer […] si tú no te puedes subir pues ellos eh, buscan la manera de que te subas al caballo, se agachan o… dependiendo pues. Me imagino ahora sí que es cuestión de educación o de cariño que pudieras tener con él. Porque por ejemplo mi papá mucho nos inculcó de que 'no le pegues al caballo, no esto, no lo otro, al caballo háblale fuerte, para que él te entienda, no lo agredas'. Y entonces por ejemplo un caballo si hay alguien que no conoce y tú no estás cerca, que eres el dueño, y otro se quiere subir, empieza, allá le llamamos a corcovear, te empieza a tirar. Entonces tu cuando vas de aquí dices 'Ah mira fulanito anda en un caballo como si nada' […] Pero yo siento o estoy convencido de que mucho de eso tiene que ver el sentimiento que tiene el caballo con el dueño. Ahora sí que con uno no corcovea, pero con el otro sí […] Hay caballos que hasta ven un tronco por decirlo, y ellos se van al tronco para que tú te subas" (Cosme.22.09).* Este fragmento nos habla de la sensibilidad y el trato cálido como un aprendizaje. Con esto quiero señalar que los hombres aprenden a ser sensibles a ciertos

aspectos; siempre condicionados por su asignación genérica. En un sentido parecido Izquierdo (2013) entiende que “El amor por los motores se adquiere arreglándolos. La importancia del orden se reconoce ordenando. Se aprende a no pisar el suelo recién fregado, fregando suelos. Uno se hace guerrero yendo al combate y madre cuando tiene una criatura entre los brazos de la que ocuparse” (p. 20).

Los hombres sí tienen emociones, pueden ser receptivos y sensibles a ciertos estímulos. Sin embargo, la masculinización de su sensibilidad está orientada hacia el cumplimiento de las expectativas sexistas depositadas en ellos. Como ejemplo puedo mencionar que en alguna ocasión le pregunté a Ismael cómo fue que aprendió que en los velorios se debía portar servicial y reprimir sus lágrimas: *“no sé, lo más fácil que podría decir es mediante las experiencias que vas teniendo a lo largo de la vida. No lo sé […] desde chavo pues todos hemos ido a los velorios, supuestamente a acompañar, a estar con los dolientes y no sé, a lo largo de tantos eventos que he ido, veía eso y no sé, me formé mi opinión de esta forma ¿no?” (Ismael.08.10). Ismael* señala que su aprendizaje fue silencioso, fue a partir de ver cómo se comportaban otras personas, por imitación.

Le Breton (1998) habla de una socialización efectiva que “enseña al niño cómo reaccionar ante ciertas situaciones o, mejor, ciertos paradigmas de situaciones; también le sugiere lo que debe sentir en ese momento y cómo le es lícito hablar de ello. Dentro de una misma comunidad social, todas las manifestaciones corporales se remiten unas a otras, son mutuamente inteligibles” (p. 161). En los relatos cotidianos, en las formas de tratar un caballo, en la manera

en que la gente llora en un velorio aprendemos las emociones. La emocionalidad está contenida en nuestra cotidianidad. No necesita haber palabras o mensajes explícitos para que aprendamos la sensibilidad promovida por nuestros pares.

La masculinización de los niños, al exponerlos a crueldad, hostilidad, provoca que naturalicen la crueldad, que aprenden a sobrellevar los riesgos, que naturalicen que no deben preocuparse por su integridad. Los niños se van haciendo imprudentes, silencian sus miedos, dolores y tristezas para no ser sancionados. Después de años de insensibilización ven con extrañeza las emociones, no identifican para qué sirven, qué aportan a sus vidas, cómo los afecta no experimentarlas, la desconexión de ellos mismos y de personas cercanas que se genera, como veremos a continuación.

En este apartado he querido resaltar que los mal-tratos que experimentan los niños. Estas vivencias, vinculadas con la violencia, los juegos, los accidentes, etc, tienen un impacto emocional que los insensibiliza, los hace resilientes y los prepara para la competencia. En contraste, si los niños tuvieran permitido jugar a la casita, a la comidita, con muñecas, si fueran tratados con más ternura introyectarían otros valores, otras formas interacción, configurarían otra emocionalidad. No se insensibilizarían.

6.1.1.2.2 Desvincula

Esta segunda categoría que propongo para pensar la pedagogía de la crueldad como un proceso, permite reconocer los efectos que tiene en la vinculación de los hombres la masculinización de sus identidades. La emocionalidad masculina les

enseña a mostrarse fríos, distantes, herméticos, lo cual tiene un impacto en la manera en que se vinculan consigo mismos y con otras personas.

Edwin nos comparte que su psicóloga le tuvo que explicar, ya que él no se había percatado, que a los hombres se les prohíbe expresar sus sentimientos: *"me dice que al hombre lo marcan mucho con este tipo de cuestiones de que no debes mostrar tus sentimientos, de que no saques si estás triste o contento porque eres el hombre. Eres el que tiene que verse como una estatua, siempre varonil. Entonces eso te afecta mucho el día de mañana porque ya ni sabes qué carencias traes" (Edwin.28.09).* Lo que me parece más relevante es que los mismos hombres naturalicen su hermetismo y no perciban que sus aprendizajes. En segundo lugar, silenciar ciertas emociones implica que no tengan claridad sobre lo que les pasa a ellos mismos.

Ismael nos dice que hubo una temporada en que él se hacía cargo de cuidar a sus sobrinos *"estaban durmiendo allá en su casa y ya yo me fui con ellos a dormir y a cuidarlos. Entonces es así como se da más por convivencia, igual y estoy consciente que tarde o temprano van a dejar ese hueco o ese vacío ahí" (Ismael.25.09).* El hecho de que Ismael mencione que cuando se distancien quedará un vacío, nos habla de que reconoce que habrá una afectación. Con esto quiero señalar que algunos hombres aprendemos que es por medio de la convivencia que se generan lazos. Además, deja ver que cuando generamos estos lazos podemos sentirnos afectados cuando las personas se distancien. Esta misma idea señala el Zorro, en El principito, cuando uno se deja domesticar se corre el riesgo de llorar un poco.

Dario parece compartir esto cuando señala que en una relación *"involucras sentimientos y ya es cuando vale madres todo" (Dario.20.11).* De manera parecida a Ismael está diciendo el riesgo que implica vincularse afectivamente con su pareja. También podemos ver que los hombres llegan a preferir desvincularse afectivamente de otras personas para tener las cosas bajo "control".

Para subrayar el distanciamiento afectivo de los hombres podemos contrastar la cercanía que tienen con algunas mujeres, como se muestra en los siguientes relatos. Ismael menciona *"más confianza con ella (su mamá), mi papá en ese sentido era más rudo, más, o sea… Siempre si querías ver algo con él, te mandaba directamente con tu mamá, 'Oye es que necesito esto…', 'Ah pues ve a verlo con tu madre, ella debe saber' o 'Velo con tu mamá' Y llega un momento de 'no pues si lo voy a ver con él, me va a mandar con ella, mejor le digo a ella'" (Cosme.22.09).* La cercanía con las madres tiene que ver con que a ellas se les ha asignado un rol de acompañamiento en las necesidades cotidianas de los niños.

En un sentido parecido Víctorseñala que en su familia actual se replica esta lógica. Me explica que su esposa e hijas conviven *"todo el día ¿no? Este, que son más apegadas a ella, la confianza de igual forma, por la misma situación, o parte de eso ¿no? Cualquier situación la ven con ella, en la escuela, igual ella va a ver cosas de la escuela. Yo pocas veces he ido, me refiero yo a la boleta, que firmas, que una junta, etcétera, ese tipo de situaciones" (Víctor.18.09).* Esta idea es compartida en todas las familias de los hombres con quienes dialogué. En sus familias de origen sus mamás tenían la responsabilidad de atender las necesidades de sus hijos, esto mismo se ha replicado en sus familias actuales.

Edwin nos comparte que el rol principal en su matrimonio fue proveer. A diferencia de él, su hermana *"decía 'yo voy a sacrificar que me den un incremento de sueldo porque me van a meter un horario corrido un horario completo y yo quiero defender mi medio horario. Porque yo le quiero dar tiempo de calidad a mis hijos'" (Edwin.03.09).* Los hombres, hasta el día de hoy, asumen que su principal responsabilidad en las familias es la proveeduría. Esta asignación exige que se hagan a la idea de que tendrán una presencia menor en las vidas de sus hijos que sus parejas. Al tener un mayor compromiso con el trabajo remunerado, que con el trabajo doméstico, sacrifican el tiempo que podrían compartir con sus familias.

Cosme tiene una opinión parecida, cuando me habla de cómo ve la presencia de mujeres en ambientes laborales *"digamos que a cada rato antepone las cuestiones familiares, como debería ser para todos. De que 'no puedo asistir porque tengo que llevar al niño a la escuela, tengo junta, es el día de la madre', que esto, que el otro. Y los hombres en ese sentido no somos tan… que pidamos permiso por ese tipo de cosas" (Cosme.4.12).* Es claro que no es responsabilidad exclusiva de las mujeres hacerse cargo de los hijos, sin embargo, ellas, por sus aprendizajes de género, priorizan los cuidados domésticos a los cuidados de proveeduría.

El mismo Cosme me comparte que en el trabajo ha tenido mujeres en puestos superiores a él. Explica que para muchas de ellas representa un conflicto tener que pasar largas jornadas en el trabajo porque asumen que les corresponde estar junto a sus hijos: *"siento por otro lado que, ahí en el caso de las mujeres, hay muy arraigado ese rollo de que 'hoy no vengo a trabajar por el hijo, o por esto o por lo otro'. Entonces ya en las oficinas pues el mando ya se viene pues 'no pues*

Fulanita si se le presenta esto ya no va a reunir lo que tenía que reunir' […] Las mujeres trabajadoras hoy en día o se dedican a trabajar y no tienen hijos, o se dedican a medio trabajar y a medio el hogar" (Cosme.22.09). Mostrar el vínculo que generan las mujeres con sus hijos nos permite contrastar el que generan los hombres. La masculinización vista como un proceso en donde los hombres introyectan un deber ser, provoca que los hombres introyecten lo que se espera de ellos, exige que configuren una emocionalidad que los enseña a distanciarse de las cosas que no les "corresponden".

Hablando específicamente del trabajo, los hombres se acostumbran a la idea de que son más distantes a sus hijos que sus parejas. Así pueden asumir la responsabilidad de proveer y distanciarse de sus hijos sin culpas. Si los hombres fueran más cercanos emocionalmente de sus hijos vivirían, igual que algunas mujeres, un conflicto al separarse de ellos por largas jornadas. Esta emocionalidad sería incompatible con el rol de proveeduría.

En un sentido parecido Dario menciona que en alguna ocasión leía un libro junto a su hijo en el que decía que *"la primera estrella que aparece es la que le da apertura a todas. Y si ves la primera puedes pedirle un deseo. Entonces se nos ocurrió una tarde así y dice − 'mira papá la primera estrella' y le digo − '¿qué pediste?' − 'lo mismo de siempre' Cuando dice eso le digo − '¿Qué es lo mismo de siempre?' − 'Qué estés conmigo' Y ya de ahí sale, − 'es que tú nunca estás en mi cumpleaños' Y le dije − 'Te prometo hijo que mientras yo esté aquí en la ciudad, en todos tus cumpleaños yo voy a estar ahí contigo'" (Dario.17.10).* Destaco que Dario

no viera como algo relevante pasar tiempo con su hijo en sus cumpleaños y que el niño tuviera que pedirlo como un deseo.

El mismo Dario, me comparte que su mamá tuvo un proceso de enfermedad con *"lapsos ya en muy mal estado, eh… se interna 2 meses antes, de una tercera y última y pues la veíamos fuerte […] Es algo que yo todavía no entiendo bien, por qué hice las cosas así. […] Es algo que no entiendo, incluso en su semana de muerte la internan y me dicen que está mal, hay que ir a verla, pero yo digo '¿Saben qué? No puedo porque estoy trabajando' Y nadie iba y en el día 3, se van todos y les digo yo me aguanto porque si no trabajo no voy a tener para darles dinero y solventar todos los gastos que se están generando […] me hablan y me dicen '¿Sabes qué? Le queda una hora de vida a mi mamá, vente para que te despidas' En ese momento yo me despido del grupo y les digo que tengo un problema. Me voy para el pueblo y todavía no entiendo por qué no dije a la chingada el trabajo, me voy" (Dario.17.10).* El relato de Dario nos subraya que la distancia afectiva tiene relación con la necesidad de cumplir con el rol de proveedor. Dario priorizó el tema económico a ver a su madre, a pesar de que le habían advertido que se encontraba en muy mal estado. Además, me gustaría subrayar la influencia imperceptible de los mandatos, ya que como él señala no entiende por qué no fue antes a verla.

Edwin se dedica al marketing y entiende que su profesión *"está muy bien pagada por lo mismo, porque está como por encima de la media, por la explotación y por los horarios y tienes otras ventajas que a lo mejor no en todas las industrias lo tienen ¿no? Como los regalos, vacaciones más días, prestaciones por encima de la ley, o sea, te dan aguinaldos de 30 días, te dan bonos muchas veces de*

productividad, vacaciones desde 10 días el primer año, hasta 20 días. Creo que después de 5 años te empiezan a otorgar acciones de la empresa que se traducían en dinero. O sea tú tenías acciones y tenías que esperarte 5 años más para que te puedan dar el dinero. Si antes terminabas tu relación laboral te daban el valor proporcional a los años que tuviste después de esos 5 años. O sea, eran prestaciones encima de la ley, con un sueldo muy bueno, te daban vales de despensa, de gasolina, de restaurant, fondos de ahorro. Entonces realmente te compran todo eso ¿no? Entonces para poder tener ese tipo de prestaciones tienes que sacrificar en este aspecto pues tus horarios, los tiempos con tu familia. Y te digo, en mi caso no fue tan extremo, si había una urgencia no había problema que yo me ausentara del trabajo. Tenemos seguro de gastos médicos mayores, por ejemplo, cuando me fracturé la rodilla dejé de ir a trabajar prácticamente 5 meses aproximadamente y tenía el goce de sueldo completo al 100% y gracias a la prestación del seguro de gastos médicos, de una operación de $280,000 pagué $5,000 nada más. Y dices bueno, creo que valen la pena unas cosas por otras" (Edwin.11.11). Edwin parece haber naturalizado que para vivir "bien", para tener un "buen trabajo", hay que sacrificar el tiempo de familia. Entiende que la empresa compra su tiempo con dinero y prestaciones, explica que lo ve como un intercambio en el que sacrifica el tiempo con sus hijas. Olavarría (2017) entiende que los ejecutivos de corporaciones viven un desarraigo y la ortopedia. Aclara que "aceptan gustosos estas condiciones por el prestigio, el poder, el dinero y la calidad de vida que les garantiza— les permite llevar adelante actividades que no escatiman en recursos ni en métodos para incrementar las utilidades, el lucro, de sus compañías" (p. 40).

Las exigencias masculinas derivan en una distancia afectiva de los hombres con sus hijos y seres queridos. Me pregunto qué tan profundo es el disciplinamiento emocional que ha logrado que los hombres introyecten que es más importante pasar tiempo trabajando que disfrutar del tiempo con sus familias. Desde una emocionalidad otra, el tiempo la familia podría verse como invaluable. Lo cierto es que la normativa masculina señala que a los hombres les corresponde distanciarse de sus casas y dedicarse a trabajar. Quiero subrayar que esto no es una elección; es un mandato.

El distanciamiento de los padres y la cercanía de las madres se naturaliza por la normativa sexista. El rol y la presencia de las madres se magnifica por la ausencia y distancia afectiva de los padres. El rompimiento de los hombres de los trabajos domésticos, si bien les permite desentenderse de ciertas responsabilidades, implica un gran sacrificio, no puede pensarse de manera simple como un privilegio. Es un mandato, una exigencia, algo que se tiene que obedecer. El proceso que endurece a los hombres también disloca sus vínculos lo cual afecta la calidad, la profundidad de sus vínculos personales y su calidad de vida. Su frialdad y su distanciamiento afectivo provocan que, la mayoría de los hombres, establezcan vínculos más frágiles que el que establecen las mujeres. La precarización de sus vínculos personales provoca que sus vidas se mecanicen. Aprender a cuidar desde la ternura, el amor, la interdependencia es una tarea pendiente para los hombres, con una profunda relevancia política.

Los hombres se llegan a desvincular de sus familias incluso en situaciones que pueden ser muy complicadas para ellos mismos. Cosme nos comparte que

cuando su esposa estuvo en el hospital le llamó una doctora: *"'¿usted qué es de la paciente?', 'No pues su esposo' y me dice 'Venga' y ya no me gustó que me llevó hasta el final del pasillo del hospital, eso también fue una emoción muy gacha. Porque me empezó a decir 'La señora está muy grave, en estos momentos está agonizando, ya no es posible recuperar su ritmo cardiaco, su temperatura no hemos podido estabilizar […] en cualquier momento se nos va. Entonces yo les sugiero que si tiene algún familiar que le pueda ayudar que le llame para que vaya preparando todo lo que se tiene que hacer' […] Entonces este, en esa ocasión si me quedé ahí un buen rato, la doctora se fue y este, yo me quedé pensando a quién llamarle, porque eran las 11 de la noche y digo 'Si le hablo yo a mi hermana como para qué la voy a alterar'" (Cosme.7.10).* Cosme decidió no llamar a nadie y esperar sólo el momento en que su esposa muriera. Afortunadamente la esposa de Cosme no murió. Sin embargo, para Cosme acompañar a su esposa le provocó mucho desgaste emocional: *"cuando me bañaba, cuando me metía a bañar, me daban muchas ganas de llorar. Ajá y me tardaba bañando, me sentaba en la taza y me salían todas las lágrimas. Me entraban esos sentimientos de impotencia, de no saber este, de hacerte la pregunta de ¿por qué pasó esto? Si estábamos bien. Y se me venía así la lloradera y lloraba" (Cosme.7.10).* Este fragmento me hace pensar en momentos en un Cosme vulnerable, cansado, dolido, frustrado. Con esto quiero destacar que los hombres, cuando sienten que las emociones feminizadas los desbordan prefieren ocultarse para evitar la sanción social. Este aislamiento también debilita el vínculo interpersonal.

Cosme me habló de su estado emocional *“me pegó un buen, yo estaba así ido, en mi trabajo igual. Ya no me, ya no me concentraba […] llega un momento en que todo te molesta entonces este, yo para evitar digamos el discutir, sobre todo con ella y que mis hijos vieran todo ese rollo, decidí emigrar. Salir (de su casa) y regresar” (Cosme.7.10).* De nuevo aparece el aislamiento y el hermetismo como formas de gestionar las emociones definidas como femeninas. Cuando le pregunto a Cosme por qué maneja así sus emociones me comparte que *“a veces es complicado o para mí, o sea como persona. Se me… quizá igual a toda la familia, se nos dificulta eh… Ser muy abierto, de que por ejemplo ya en alguna borrachera estuviera contando todo esto que te esté diciendo no. Eso no. Por muy borracho que estuviera” (Cosme.7.10).* Me llama la atención que no se encuentren motivos para explicar su hermetismo y se naturalice esta forma de gestionarlas. Esto provoca que no se reconozca como un problema, como una afectación para establecer vínculos. Este hermetismo de las emociones femeninas provoca que muchos hombres vivan en silencio, en soledad y con mucha discreción sus tristezas, dolores, miedos.

Dario me compartió que cuando enfermó de COVID se aisló y no compartió con nadie. Le pregunté por qué lo manejó de esta manera y me respondió *“siento que no tendría tanto caso platicarlo […] Si platicas con alguien te dice cosas que ya haces, como leer, ver una película, tratar de cambiar el chip. Como que me auto receto en ese sentido” (Dario.20.11).* Rescato que parece que muchas veces los hombres no ven cuál es el sentido de compartir cómo se sienten, de platicar. Desde una lógica racional, pareciera que compartir las emociones no resuelve nada, no

perciben beneficios en expresar lo que viven o sienten. Esto me parece relevante porque subraya la poca relevancia que se le da a la dimensión emocional en sus vidas.

En uno de los encuentros Víctor me comparte: *"mi papá […] nunca se ha quejado de la vida, nunca lo he visto renegando de lo que no tiene quizá, siempre ha sido… Sin problemas, muy raro que se enoje, muy raro que explote o algo ahí fuera de lugar. Todos los días se levanta a ver lo poco que tiene, a ver sus animales, regresa. Ahorita ya anda medio cojo, pero ahí va y es todos los días. A las 6 ya está despierto. Se levanta, va, se regresa y si tiene que ir en la tarde otra vez, va. En ese sentido de que nunca se ha parado o quejado en esa cuestión" (Víctor.18.09).* Me da la impresión de que Víctorve como algo positivo que su papá haga sus cosas sin quejarse, a pesar de que tiene problemas para caminar. La constancia y el que no falle, ni siquiera por motivos de salud, es visto como algo que merece admiración. En sentido contrario, que los hombres se quejen, que los hombres se muestren frágiles es vergonzoso, sancionado por la masculinidad.

Quiero destacar la idea de que ciertas emociones son indeseables, estorbosas, negativas o, en el mejor de los casos, irrelevantes, sin un aporte significativo a nuestras vidas. Esto también está ligado con la idea de que la debilidad son características de personas incapaces, mediocres o mujeres. En el proceso de masculinización los niños, aprenden que quejarse no sirve de nada, esto provoca que generen vínculos racionales, frágiles, utilitarios, funcionales. Lo cual precariza sus relaciones personales y su calidad de vida.

Los hombres que expresan emociones feminizadas se exponen a juicios, descalificaciones o sanciones. Silenciar, reprimir o esconder estas emociones es una estrategia para protegerse de juicios sexistas y evitar cuestionamientos sobre su ser hombre. Así podemos entender que el hermetismo emocional es una forma de autocuidado. Sin embargo, este silencio tiene consecuencias en los vínculos que construyen los hombres consigo mismos y con otras personas.

Al desvincularse de sí mismos, los hombres van teniendo vidas más robotizadas, menos profundas, más dirigidas por el deber ser y menos por lo que sienten o necesitan. Dario, por ejemplo, describe que en alguna ocasión participó en un grupo de hombres y masculinidades. *"estábamos en el círculo así sentados y me tocaba preguntarme a mí. Me decía el que llevaba la junta. Me decía 'Me llama la atención tu posición, cuando te pregunto, luego luego adoptas un acto corporal como de ataque o de agresión'. Y yo me quedo de ¿cómo? Y dice 'Sí, eh, frunces el ceño, aprietas los puños, levantas una mano y te la pones en la barbilla. Eso es como de protección o de agresión" (Dario.26.09).* Además de señalar que los gestos son leídos, que un hombre no puede tener gestos "femeninos", quiero destacar que, como lo comparte Dario , los hombres aprenden a mostrarse secos, agresivos. Este fragmento se vincula con los recursos que introyectan los hombres en su masculinización. Estos códigos, como lo menciona Dario, implican aprender formas corporales de contención, de expresión, de confrontación. Los cuerpos, en su masculinización, regulan sus expresiones. Aprenden cómo deben caminar, hablar y reaccionar de manera, rígida, contenerse, ser inexpresivos.

Dario me comenta que en algún momento su exesposa y él salían a andar en bici: *“me ponía mis audífonos y me ponía a rodar. Y ella venía a lado mío o atrás de mí. Y nos tomábamos un café ahí en el centro. Pero a ella se le hacía poco. Llegando al café me decía ‘no, pues es que me ignoraste todo el camino’. Y le decía ‘¿qué, pues cómo?’ y decía ‘si, vienes a mi lado, pero vienes con audífonos, de qué sirve’ Y le dije que ‘pues a mí así me gusta rodar’” (Dario.26.09).* Además de subrayar que los hombres se desvinculan con sus actos, quiero mencionar que no siempre reconocen este distanciamiento como un problema. Es gracias al reclamo de la pareja que se comienza a preguntar si debía acompañar estos paseos de otra manera.

Otro fragmento para ilustrar esta torpeza interactiva me lo comparte I, cuando mencionó que su papá le informó que las reses habían escapado: *“me contó toda la historia ¿no? Y digo ‘ajá y luego’. Y dice ‘no pues para que vayamos y me ayudes a cerrar el portillo’. Y yo le digo ‘¿Cuánto cobra un peón?’ Mi papá pensó que yo le quería cobrar lo de un peón ¿no? Y dice ‘depende el peón, si es bueno 120, 130 y si es malo −y me recorre así con la mirada− 100 pesos’ Y yo de ah y que saco la cartera y le doy 250 pesos y le digo ‘Llévate dos buenos’ Y pues se molestó. No me dijo nada. Yo no lo entendí. Después mi mamá me dice ‘oye fíjate que tu papá, esto y esto’ y le digo ‘sí mamá, así fue’. ‘Pero I, ¿por qué hiciste eso?’ y le digo ‘a ver mamá, yo allá estoy estudiando. Acá vengo a vacacionar. Ya me gano mi dinerito acá por fuera, este... Yo no le di el problema, los peones se dedican a eso ya. Yo tengo 6, 7 meses que no hago ese tipo de trabajo’. Y dice mi mamá ‘No, es que lo que tu papá quería era convivir contigo’. Y pues quedó como anécdota chistosa.*

Pero pues mi papá el convivir era el hacer algo productivo ¿no?" (Ismael.25.09). De este fragmento quiero mencionar la torpeza de Ismael para reconocer el interés de su papá; y la dificultad que implica para su papá aceptar que quería estar con su hijo, al grado de que necesitó de una excusa para justificar su interés por pasar tiempo juntos.

Ismael entiende y acepta que él tiene dificultades para interactuar: *"no sé convivir con la gente, prefiero las máquinas" (Ismael.08.10).* Esta torpeza interactiva me parece relevante porque nos permite pensar en las formas toscas, atrevidas, imprudentes y hasta violentas de los hombres. No las señalo con la intención de justificarlas, sino de visibilizarlas y explicar por qué suceden.

Dario tuvo una experiencia en una compañera de la escuela le expresó su malestar: *"una compañera se puso a llorar porque yo le hice una broma. Yo me llevaba bien con ella, pero se puso a llorar. Y ya después empezamos a correr en la pista, y ya le digo 'Oye perdón' y me dice 'Es que tú no sabes tratar a una mujer, eres bien pesado, eres bien burlón y a veces caes mal'. Y le dije 'discúlpame ¿sabes qué? tienes razón. Yo no sé tratar a una mujer. Desde la secundaria entreno con puros hombres, convivo con puros hombres. Y ahora que ya tengo un trato diario contigo y con las demás pues la verdad yo sigo comportándome como con puros hombres'" (Dario.12.09).* Dario reconoce que fue torpe en su interacción, señala que no sabe tratar a una mujer. Este fragmento me ha hecho cuestionar la legitimidad de los tratos toscos entre hombres; y si las mujeres deben tener un trato diferenciado, por parte de los hombres, por ser mujeres. Quiero decir que si los hombres aprenden a ser impositivos, dominantes, competitivos, jerárquicos, toscos

entre ellos, ¿no es sexista tener tratos distintos con las mujeres sólo por ser mujeres?

En esta misma línea de ideas, Ismael me comparte: *"estoy acostumbrado a que la gente me cuente, no tanto de que yo las cuente" (Ismael.20.11)***.** Cuando le pregunto si no comparte sus emociones, ni siquiera con su mejor amigo *"nunca le he hecho una llamada de oye me siento mal. Normalmente es él el que me llama cuando tiene ese tipo de situaciones. Pero sí, no suelo buscar a nadie" (Ismael.08.10).* Como he querido mostrar, la configuración emocional resultado del proceso de masculinización, provoca que los hombres se insensibilicen de lo que sienten y dificulta que establezcan vínculos fuertes, profundos, consigo mismos y con sus seres queridos.

Regresando a la idea de la torpeza interactiva, Edwin me comparte que uno de sus amigos está buscando casarse: *"es tan meticuloso este güey que lleva como un mes, que anda haciendo como casting, para conocer a la mujer con la que sentar cabeza. Investigó de dónde venía, su descendencia, como estaban y todo y dice 'mi primer lugar es esta, mi segunda esta'. O sea, el amor y el feeling, para él no funcionan. Para él son números y estadísticas y está cuidando mucho ese tipo de cosas, que ese es otro tema, otra desviación en ese aspecto" (Edwin.28.09).* En este caso la torpeza interactiva hace parecer que el amigo de Edwin quiere comprar un coche o una casa y no tener una pareja. Este ejemplo ilustra la falta de relevancia que le dan algunos hombres a la dimensión emocional en sus vidas. Hacer una lista de candidatas para casarse nos muestra una frialdad, una racionalización de los vínculos. Sin embargo, como he mencionado en capítulos anteriores, no hay acción

humana sin una emoción que la motive. Con esto quiero resaltar que detrás de esta búsqueda hay un hombre buscando "sentar cabeza", hacer lo correcto, sentirse bien, estar mejor, quizá ser feliz.

Dario, después de separarse de su esposa, me comparte *"pues no era sexo lo que ella buscaba, lo que ella buscaba era atención, ¿no? […] lo que aquí faltó fue conexión de almas, conexión de mentes. Y como para ella lo sexual no era lo máximo y como nosotros los varones si les damos un peso total a eso y las mujeres lo que quieren es que les digas que está bonita, o que se ve muy bien o que qué inteligente es ¿no?" (Dario.26.09).* De nuevo encuentro una torpeza interactiva, ya que Dario no pensó, cuando estuvo casado, que su pareja buscaba sentirse conectada con él más allá de lo sexual. Su explicación contrasta el tipo de conexión erótica que buscan algunos hombres y la conexión afectiva que buscan algunas mujeres. De esto destaco que, si los hombres sólo se vinculan desde lo "masculino" reducen la posibilidad de involucrarse a un nivel más profundo. Su masculinización afecta sus interacciones, dificulta que sean más robustas, profundas y placenteras.

El proceso de masculinización, enseña a los hombres a mostrarse fuertes, capaces, seguros, autosuficientes, duros, resistentes. Esta configuración emocional es determinante porque restringe la posibilidad para que los hombres puedan establecer vínculos más intensos. En consecuencia sus vínculos, frecuentemente, son más superficiales, frágiles, distantes, favorece la confrontación, la rivalidad, la competencia, provoca mayores tensiones y son menos nutritivos.

Edwin, hablando de algunos encuentros sexuales extramaritales, menciona que buscaba *"una aventura y que no quería más allá […] Entonces pues yo me*

protegí mentalmente si quieres […] porque yo tenía nada más que una relación carnal con ella. […] Eso me facilito también el ser consciente y tranquilo de no involucrarme, de ir a lo que quería, terminar y 'nos vemos, aquí no pasó nada' […] no involucré más que tiempo y mi físico, se puede decir" (Edwin.11.11). En este relato aparece la masculinización cuando señala que le fue conveniente separar lo emocional de lo físico. Principalmente porque esto limitó los alcances de los vínculos. Sin embargo, esto también reduce la posibilidad de que el vínculo fuera más nutritivo, quizá el placer de la interacción. Además, como señala Edwin, se llega a pensar que de esta manera los hombres se protegen mentalmente. Finalmente, me llama la atención que fraccionen diferentes esferas de sus vidas para evitar que se invadan o se afecten.

Atrofiada la emocionalidad femenina, se dificulta tener actitudes receptivas, dialógicas, empáticas, tiernas. Los hombres aprenden a disimular su necesidad y su deseo de vincularse. Evitan generar vínculos que generen dependencia, vulnerabilidad, dolores, tristezas o comprometer otros aspectos de sus vidas. La inexpresividad de los hombres de las emociones feminizadas, y su aparente fortaleza también provoca una atrofia comunicativa y vincular sobre todo de sus malestares, heridas y necesidades. Esto tiene como consecuencia que otras personas no tengan claridad sobre cómo se sienten o lo que necesitan.

La masculinización identitaria impacta, en los cuerpos de los hombres, la emocionalidad, su sensibilidad y su capacidad de vincularse afectivamente. La tosquedad, burlas, bromas, típicas en las convivencias entre hombres están ligados con una sensibilidad masculinizada. Los hombres al mostrarse fuertes, herméticos,

secos, fríos provocan un distanciamiento afectivo de personas cercanas a ellos, entorpecen la comunicación y reducen la posibilidad de establecer vínculos más cercanos. Desde mi punto de vista que los hombres se desvinculen no es algo positivo, lo entiendo como una pérdida, un sacrificio que se naturaliza. Quiero decir que las vidas de los hombres no se ven beneficiadas al reprimir las emociones feminizadas. Al decir esto, quiero decir que el hecho de que los hombres se desvinculen de sus seres queridos es una señal de que el mandato de la masculinidad los presiona y afecta su calidad de vida.

En alguno de los encuentros que tuve con Cosme le pregunté si habría algo de lo que se arrepentiría si muriera ahora: *"no dediqué todo el tiempo hacia con ellos (sus hijos), por lo mismo de que antepones el trabajo con tu cuestión familiar. O se confunde uno de que si no trabajas no tienes la familia, eso tengo arraigado, de que no hay un equilibrio […] de estar un poquito más con ellos, dedicar... Ahorita se me viene a la cabeza de que cuando ellos estaban chicos, yo siento que no me sentaba mucho con ellos a una tarea, a enseñar. Casi yo traía el prototipo de que mi padre fue ignorante y yo pude lograr una carrera. Yo pude estudiar, y siento que, a estas alturas, independientemente de eso, igual yo pude agarrarlos de la mano y ayudarles con sus tareas" (Cosme.4.12).* Resalto que se muestre arrepentido de haber sido distante, que mencione a su papá como el modelo que replicó para vincularse con sus hijos. Sin embargo, debo mencionar que a mediados del año 2022, Cosme me llamó para pedirme si podía hablar con su hijo porque se estaba portando muy raro y se estaba generando un conflicto con su otra hija. Con esto quiero señalar que a pesar de que se muestra arrepentido por no haber pasado más

tiempo con ellos, se le sigue dificultando hablar con ellos y sigue siendo distante. Tengo la impresión de que este cuestionamiento a la ausencia que ha tenido Cosme con respecto a sus hijos, comienza a acentuarse por el trabajo de los feminismos. Como señala Cosme hasta hace unos años los padres eran distantes, sin que se cuestionaran a sí mismos por esto.

Hasta aquí he hablado del maltrato cruel que viven los hombres, de cómo se insensibilizan a ciertas emociones, de su hermetismo y de la dificultad que tienen para establecer vínculos personales profundos, empáticos. Ahora quiero reflexionar sobre la manera en que introyectan las motivaciones modernas.

6.1.1.2.3 Des-motivación

La des-motivación es la última fase que he considerado para explorar en la pedagogía de la crueldad propuesta por Segato (2016). En este apartado pretendo analizar la manera en que los hombres introyectan las motivaciones definidas por la masculinidad moderna. En capítulos anteriores ya he mencionado que mi postura entiende que los hombres son seres emocionales, ya que son las emociones lo que nos motivan a la acción. A continuación voy a analizar los comportamientos y algunas prácticas culturales para reflexionar qué los motiva a comportarse como lo hacen.

Si tuviera que hacer una comparación entre la emocionalidad de las mujeres y la de los hombres diría que no hay motivos para pensar que una es más intensa que la otra. La diferencia que identifico es que se manejan en distintos espectros y umbrales de la emocionalidad. Quiero decir que la emocionalidad de las mujeres

tiene una mayor afinidad a la ternura, mientras que la de los hombres es más cercana a la confrontación. La configuración emocional de hombres y mujeres está ligada con los límites impuestos por la masculinidad y la feminidad, respectivamente. Esto me permite afirmar que la emocionalidad de las mujeres genere cierta extrañeza a los hombres y lo mismo suceda en sentido contrario. Mi postura entiende que la masculinización identitaria se consolida cuando los niños/hombres introyectan la configuración emocional que es promovida por los intereses modernos y la asumen como propia.

Detrás de la configuración emocional de los hombres encontramos dos fuerzas que parecieran operar en sentido contrario, pero que tienen un mismo objetivo: reprimir las emociones feminizadas y promover las masculinas. El distanciamiento afectivo de los hombres de sus propios malestares, de sus vínculos cercanos vacía a los hombres de motivaciones personales, dejando un terreno fértil para sembrar las motivaciones modernas.

De las tres etapas que identifico dentro de la pedagogía de la crueldad: insensibilización, desvinculación y des-motivación, las primeras dos se enfocan en censurar las emociones feminizadas; mientras que la motivación logra que los hombres introyecten las motivaciones modernas. Esto implica que la emocional masculina sea ambiciosa, proactiva.

La pedagogía de la crueldad tiene como último propósito que los hombres orienten su sentido de vida a conseguir el éxito definido por la política moderna. Este éxito orienta las decisiones de los hombres, enajena su subjetividad al hacerles crees que su ambición por destacar y ascender socialmente está motivada por un

gen competitivo. Para analizar qué motiva a los hombres debemos observar cómo viven, a qué le dan relevancia, cómo se vinculan, cómo tratan sus cuerpos, qué valoran en sus vidas, a qué dedican su tiempo, sus energías y sus recursos. Este análisis nos da la posibilidad de comparar la semejanza en las acciones de los hombres que han sido masculinizados y si sus acciones son congruentes con las exigencias modernas.

Para ilustrar esto comparto un fragmento en el que Cosme hace una comparación entre la vida de campo y la ciudad *"estoy convencido de que el campo te da para sobrevivir. Igual y no vas a ser rico, igual y no vas a tener los grandes lujos que tiene una persona en una ciudad, si es que lo logra tener. Pero yo estoy en cierta forma convencido de que, si yo no hubiera venido a la ciudad de México a hacer una carrera, a querer hacer cosas diferentes, también hubiera podido yo hacer allá… hubiera podido vivir, sembrar, producir, cosechar y disfrutar lo mucho o poco del aprendizaje que da la vida" (Cosme.22.09).* Integro este fragmento para señalar que, aunque sabe que podría vivir bien en su pueblo, migró, sufrió mucho para estudiar y, aún después de haberse titulado, sigue viviendo en la CDMX. Quiero decir que el sentido de vida moderno ha idealizado la vida en la ciudad como si ofreciera mejores condiciones de vida. La modernidad ha legitimado sus saberes, sus verdades, ha logrado definir lo correcto, lo deseable. Esto se consiguió al darle prestigio y glamour a su modelo de éxito.

Migrar para estudiar, para "ser alguien", para tener prestigio ha motivado a que 3 de los hombres con quienes dialogué hayan cambiado de residencia, sacrificando sus vínculos familiares. La idealización de la política moderna presiona a los hombres para que introyecten su sentido de vida. Sin esta idealización los

hombres con quienes dialogué no hubieran venido a la ciudad a buscar una “vida mejor”. Hay un cierto encanto en el discurso moderno que motiva muchos de nuestros actos.

La motivación moderna requiere que los hombres introyecten la idea de que la vida es una competencia. Para esto es indispensable que les genere excitación competir, ganar, dominar, ser superior. Esta emocionalidad también enseña que quien gana adquiere un estatus de superioridad y poder sobre quienes pierden, por ser vistos como inferiores. Esto provoca que los hombres aprendan que la competencia como forma central en sus interacciones; y que ganar es la mejor alternativa. Esto implica que, en la búsqueda de ser respetados, valorados, aprenden a competir y ganar. Para esto también ha sido indispensable que se vea a quien pierde como inferior, como sometido, y que lo experimenten como algo vergonzoso. Los hombres aprenden a dedicar muchos de nuestros esfuerzos en superarse, en ser más competitivos, más eficientes, más productivos, más inteligentes, en prepararse, en estrategias para poder destacar en un mundo jerárquico y competitivo.

El aprendizaje emocional se va dando a partir de las prácticas que nos educan: escuela, juegos, trabajos, roles, peleas, retos, se entrena en las actividades, en los niños lo más claro son los juegos, estos juegos enseñan a competir, a no darse por vencido, a ser ambicioso, a sobreponerse a la adversidad, a seguir con dolores, a priorizar el triunfo sobre la propia integridad. Introyectar la configuración emocional requiere de un entrenamiento que se da en los juegos que juegan, ahí aprenden códigos, comportamientos, sanciones. La configuración de

una emocionalidad masculina es fundamental para llegar a ser y vivir como hombres.

En este fragmento Víctorme explica cómo aprendió a gestionar su miedo: *"muchas veces pues tus padres son ejemplo, y si no tus tíos, con los que convives, te enseñan o sólo viendo ¿no? Tienes que salir, no ser miedoso. Esto, y ellos te empiezan a decir, tal cual… Se me ocurre una tontería, subirte un caballo, llega un momento en el que siendo chico tienes miedo, pero viendo cómo ellos suben o te suben, vas perdiendo miedo a ese tipo de cosas (Víctor.18.09).* Además de subrayar que los aprendizajes emocionales no necesariamente se dan en mensajes explícitos, Víctor menciona que él aprendió que no debe ser miedoso.

Mis reflexiones me han permitido pensar que las emociones se educan en silencio. Rara vez hay discursos explícitos: "cuando te suceda esto, enójate", "esto es la felicidad", "así se siente la tristeza". Son escasos los talleres, cursos o indicaciones explícitas que recibimos, sobre todo en nuestra infancia. Sin embargo, las emociones siempre están presentes; ya sea detrás de nuestros actos, decisiones, placeres, malestares, recuerdos o acciones. Dado que no se nos educan de manera explícita aprendemos a leerlas en la comunicación no verbal en las miradas, gestos, reacciones, sanciones, tonos de voz, actitudes, señas, prohibiciones, tacto físico, como abrazos, besos o caricias. Es a partir de estas sutilezas que aprendemos a regular nuestros comportamientos. Esto mismo sostiene Le Breton (1998) cuando afirma que las emociones y los sentimientos "nacen y se desarrollan -las más de las veces sin que los actores lo sepan- bajo la

presión difusa del grupo y responden a conveniencias sociales de las que es trabajoso apartarse” (p. 135)

La masculinización emocional se da de manera silenciosa, sutil, no es explícita, pero es profunda. Las emociones están involucradas en lo que experimentamos en nuestro día a día. Al considerarlas como irrelevantes, como estorbos para actuar con claridad, se han invisibilizado. Sin embargo, todas las acciones humanas están cargadas de emociones. Por esto considero muy relevante revisar los procesos de socialización que viven los niños, las actividades, los juegos, las prácticas diferenciadas por el sexismo, eso que Segato (2016) nombra la pedagogía de la crueldad.

Cuando los niños son sancionados físicamente, moralmente o cuando se les premia o halaga se ejerce una presión que les indica que han hecho “mal” o “bien”. Los niños son afectados por medio de violencias, luchas, accidentes, descuidos, juegos competitivos, pruebas en las que demuestran su valor. Sin este condicionamiento emocional los mandatos no serían relevantes, no se introyectarían y a los niños no les afectaría obedecerlos o no.

6.1.1.3 Mandatos

Me interesa señalar que los hombres no definen los mandatos a voluntad. Si bien esta afirmación pareciera una obviedad, es relevante subrayar que, como señala Ramírez, los mandatos son exigencias externas, que los hombres deben obedecer. No son votados, no son voluntarios, no son consultados. Son impuestos. Los mandatos no se cuestionan, se obedecen. En los capítulos anteriores he

mencionado que en el núcleo de los mandatos de la masculinidad moderna se encuentran jerarquía, competencia y ambición.

Cosme comparte una experiencia en la que, durante el partido de futbol, se fracturó un hombre por una caída: *"me fijo en mi hombro y lo tenía salido así hacia arriba. Entonces me lo acomodaba y se volvía a zafar, pero no me dolía ni nada. Ahí sí supe que se me reventaron unos tendones que sostiene el huesito de arriba como con la rótula, o no sé qué […] S (su cuñado), me llevó por un hospital […] 'No pues ahorita es domingo, no podemos atenderlo y no sé qué rollo. Entonces tendría que venir tal día para hacerle los estudios pertinentes y operar'. […] me dieron cita como pa' 3 meses. Entonces no pues cómo. Pero como en la liga en ese tiempo tenemos seguro. Pues me desesperé porque […] ahí en el trabajo pues no, no podía faltar. Y menos por andar haciendo deporte, cosas que no tenían nada que ver en el trabajo" (Cosme.7.10).* Destaco que Cosme, al saberse fracturado pensara que lo más importante era regresar al trabajo, sin considerar el riesgo que eso podía implicar para su integridad y la movilidad de su brazo. De nuevo se presenta una emocionalidad que está más enfocada en cumplir con lo que se espera que hagan a procurar su integridad. La fractura de Cosme nos deja ver la presión constante que ejercen los mandatos sobre los hombres, anteponiendo su obediencia a su integridad.

6.1.1.3.1 Jerarquía

Sobre la jerarquía Cosme me comparte que cuando era niño su familia salía del pueblo para visitar a un santo. "*la costumbre es que te formas y pasa uno por uno y*

le alcanzas los puros pies, pasas, le besas los pies y sales al otro lado de la puerta" (Cosme.22.09). En este fragmento Cosme muestra una forma de demostrar respeto, admiración y obediencia. Esto se acentúa si recordamos que culturalmente besarle los pies a alguien es una muestra de sumisión, de sometimiento.

En algún encuentro Víctor me compartió cómo saludaba a sus abuelos *"nos educaron por esa parte hasta de besarle la mano cuando saludabas […] Pero en general hasta la gente mayor donde te lo encontrabas tenías que saludarlo" (Víctor.04.09).* En esta forma de saludar y en la aclaración que hace Víctor muestra el trato diferenciado a personas con cierta jerarquía, en este caso representada en los mayores.

Cosme me explica el trato respetuoso que tenía con su papá: *"yo fui criado en una eh… digamos en una situación sobre todo llena de respeto. No recuerdo vivir lo que hoy vive la gente de… que a tu papá le llamas de 'tú' y todo ese rollo. Nosotros en ese tiempo pues todo era de 'usted'. […] Desde muy chavito estuve yo muy apegado a lo que él ordenara y mandara" (Cosme.22.09).* Lo que más destaco de este fragmento es la naturalidad de las jerarquías. Se asume que hay quien manda y quien obedece, que así es como tiene que ser. Con la diferencia de que quien tiene una posición "inferior" se encuentra en una posición de sometimiento, de obediencia.

Víctor, en uno de los encuentros, me describió: *"tú sabes que siempre agarras a alguien de bajada, alguien que es sumiso, que no le gusta el relajo o no le gusta incluso de juntarse con uno porque no lo dejan o porque así es su forma de ser. Ahí depende mucho también de la persona. Porque hay niños que son menores,*

sí, pero no se dejan por nada" (Víctor.04.09). Además de afirmar que es un saber común que se somete a quienes no se defienden, da por hecho que siempre se agarra a alguien de "bajada", a alguien sumiso.

En un sentido parecido Dario recuerda que, desde que él era niño, había niños "lidercitos" que daban órdenes a los otros: *"'tú tráeme esto, y tú tráeme esto otro'. Y mandaban a todos ¿no? Y de repente, hacerles frente a esos güeyes pues era como imposible porque eras más chico, era más fuerte él, físicamente […] Si de repente esa persona o esos líderes decían 'hoy vamos a cazar palomas', agarrábamos, cada quien una resortera, y nos íbamos al monte a tirarle a las palomas, a matarlas y pues para comer" (Dario.12.09).* La misma jerarquía que apreciamos en fragmentos anteriores se muestra entre niños de diferentes edades. Los de mayor jerarquía deciden los juegos que jugarán y dan órdenes a los otros.

Cosme menciona que, en uno de sus primeros trabajos, el dueño de la empresa en la que él trabajaba se dirigió directamente con él para solicitarle que hiciera un trámite. Cuando Cosme terminó, quiso evitar ver al dueño y, fue con otros jefes para pedirles que ellos reportaran que ya había cumplido con el encargo. Sin embargo, los otros jefes: *"también le tenían miedo al señor (el dueño), porque era muy autoritario. O más bien se hacía lo que él decía y… valiendo queso […] yo no tenía el rango como para estar con el señor. Entonces yo siempre he respetado esas líneas de mando" (Cosme.05.09).* Subrayo que pareciera que las jerarquías asumen que tienen el poder de proceden de manera impositiva, autoritaria. Esta manera de entender las jerarquías deriva en que generen miedo e incomodidad entre las personas. Quizá lo que más destaco es que las jerarquías no necesitan

imponerse para ser respetadas. El sólo hecho de tener un cierto reconocimiento social provoca que muchas personas sientan que merecen un trato especial y haya quienes se los den.

Como ejemplo de lo que he señalado, Dario menciona que en escenarios sociales se veía favorecido por el prestigio y la posición económica de su papá: *"'no es que, no le pegues a él porque es hijo de T (su papá)', o ya le pensaban también los chavos, o los más grandes también, por lo mismo. Entonces, de alguna manera, a mí me envalentonaba eso, Carlos. El saber que yo me podía poner al tú por tú con los más grandes y no me iba a madrear a la primera porque se las ven con mi papá" (Dario.12.09).* Esta verticalidad para entender las interacciones sociales es central para pensar las desigualdades, ya que replica liderazgos impositivos, arbitrarios. Una sociedad jerárquica es dinámica, en ciertos momentos podía ofrece algún beneficio y en otro podría perjudicarnos.

En este fragmento Cosme me comparte la manera en que en su pueblo veían a los profesionistas: *"los que eran profesionistas eran personas muy respetadas para ellos, ya fuera por ejemplo un maestro, en su momento, para ellos era un maestro ¿no? 'Vino del otro lado del río el maestro, ¿A qué vendría?' O el ingeniero o el… gente con que ellos trataban, ingenieros, agrónomos, veterinarios. Entonces yo me empecé a dar cuenta que… ese tipo de personas eran muy admirados entre la comunidad, entre sus primos de ellos o sus hermanos. Cuando venía alguien así que gente con estudios, haz de cuenta que si tenían un pescado para ti, ya te jodiste, era un pescado para ellos. O alguna comida que tenían que este, digamos especial, si algo, por alguna circunstancia ellos iban de visita o caían por ahí, ya pues nosotros*

comíamos lo que encontráramos, porque ya esa comida estaba destinada para ellos, los cocos, las sandías. Entonces yo quiero pensar que mi inquietud o las inquietudes de todos nosotros pues era de que, si a esa gente se les trataba diferente, porque fueron a la escuela, lo que significa que nosotros debemos prepararnos para que nos vieran así […] Es muy normal que fueras a una fiesta y ellos comentaran ese tipo de cosas, 'No si yo fui a la casa de Fulanito y yo estuve con Carlos, yo no estuve con cualquier pendejo, yo estuve con Fulano, con Zutano. Allá llegó mi compadre, allá andaba arrinconado, jodido, no entiende nada, no entiende la plática'. Entonces es muy, ese tipo de plática yo me acuerdo de que era muy normal entre ellos […] un maestro era como un Dios […] cualquier cosa que dijera un maestro, aunque estuviera mal, ellos seguían esa pauta. Porque pues yo me imagino que se sentían nada pues, se sentían ignorantes, sentían que el maestro lo sabía todo" (Cosme.22.09). Este fragmento habla del trato diferenciado y respeto que reciben las personas a quienes se les atribuye cierta jerarquía. Además describe que jerarquía irradia estatus a quienes se encuentran próximos. En su descripción Cosme menciona que por el simple hecho de pasar tiempo en una fiesta con alguien un profesor se presumía que no había estado con "cualquiera". Quienes no tienen estudios son tratados como ignorantes, se sienten como si fueran "nada". Cosme también menciona que, su deseo de recibir ese trato lo motivó a estudiar.

En estos fragmentos hemos visto que desde niños aprendemos a respetar y someternos a las jerarquías. Como lo ha señalado Cosme, aprendemos que si

logramos tener cierta jerarquía nos tratarán bien, seremos reconocidos, de tal suerte que la jerarquía se vuelve aspiracional.

6.1.1.3.2 Competencia

Mi postura entiende que la competencia se ha convertido en un fenómeno social que se ha espectacularizado, esto provoca que tenga el poder de convocar a muchas personas, que dote de prestigio a quienes destacan, que someta a quienes pierden y anulen a quienes no participan. Entiendo que en el proceso de masculinización los niños aprenden poner en juego sus habilidades y a tener disposición para competir.

En los siguientes fragmentos quiero mostrar la manera en que naturaliza la competencia. Cuando le pregunté a Víctor si había alguna práctica cultural que convocara a todo el pueblo me hizo saber que eran dos. La primera era una festividad religiosa y la segunda un torneo de futbol del que me describe: *"hoy en día todavía sigue eso ahí en el pueblo. Es como un pionero de los torneos, que organizó a nivel de toda la región del estado de Guerrero, nosotros le llamamos Interbarrios. Eso ya tiene más de 30 años eh… en diciembre ya se hace la final, se juega el día 31 a las 4 de la tarde o un poquito antes. Se juega entre los equipos del pueblo y se llena de toda la gente del pueblo y hasta a los que llegan de afuera, de invitados" (Víctor.04.09).* Me llama la atención que una de las actividades que convoquen al pueblo sea un torneo de futbol y que se juegue en una fecha tan significativa. Esto nos deja ver la relevancia social que tienen las competencias y lo

valioso que puede, ante la mirada de todo el pueblo, ser héroe, ganar, perder o equivocarse.

Es importante mencionar que la competencia no sólo está presente en los ambientes deportivos. Cosme comparte que cuando llegó a la, ahora, CDMX, en una de sus clases un profesor les hizo saber: *"con una voz bien fuerte 'de todos los 60 que están aquí nada más 5 o 6 cabrones van a terminar. Todos los demás van a quedarse en el camino y van a reprobar y yo me voy a encargar de eso' Jajaja" (Cosme.22.09).* De nuevo aparece la competencia como algo legítimo, que se enseña, que se naturaliza. Esta competitividad legitima que quien "pierde" o no destaca no obtendrá beneficios. Desde esta lógica, no encuentro motivos o estímulos para que alguien acepte perder.

Es tanta la legitimidad de la competencia que se llega a romantizar: *"yo estuve en América, es de los clubes junto con Pumas, de los más difíciles de jugar, como niño, como adolescente. Pero vale la pena la competencia, porque una vez que tu logras estar ahí te da un salto de calidad, porque te vas a cualquier otro club y a lo mejor te reciben mejor, hasta eres más partícipe, pero eres de los medianitos o de los grises […] No vale la pena tirarle chico porque uno queda muy cortito, tienes que buscar tirarle grande para que te dé algo bueno" (Dario.12.09).* Dario explica que la competencia te permite destacar, ser mejor recibido en otros espacios, por encima de los "grises". Su postura entiende que la competencia te va haciendo mejor, es algo positivo, deseable. Me preocupa que se piense que el crecimiento personal, que la mejor versión de cada quien se consigue gracias a la competencia. Cuando la competencia se ve como modelo de desarrollo, como salto de calidad,

quienes “pierdan” o quienes no puedan competir serán sometidos por quienes “ganen”. Agregaría que si la única manera de estar bien es ser competitivo, quienes no destaquen serán sometidos. Además, este protagonismo de la competencia, dificulta que se puedan reconocer los beneficios que puede ofrecer una sociedad no competitiva, una sociedad que gire en torno a la ternura o la empatía y a la colaboración.

En alguna conversación le pregunté a Ismael cómo aprendió que los hombres no pueden negarse a pelear: *“No lo recuerdo, la verdad es que es algo como con lo que te vas criando ¿sabes? No sé. Puede ser desde el primer empujón que me dieron, que la verdad no lo recuerdo […] En mi pueblo mucho se marcaba. De hecho, si había 2, 3, chavos que no les gustaba pelearse, o tenían miedo, se dejaban pegar. Entonces eran este… como que marcados, entonces sí era como que, prácticamente los que no trataban de pelear y les hacían lo que querían los demás, no te van a responder. Entonces, que yo me acuerde, que lo aprendí en este momento o algo así… no tengo conciencia de eso” (Ismael.08.09).* Hay dos aspectos que quiero destacar de este fragmento: el primero es la falta de claridad sobre cómo se aprende que los hombres no pueden renunciar a una confrontación, el segundo es que sabe que perder implica quedar “marcado”, ser sometido, lo cual hace indeseable colocarse en esa posición.

En alguno de los encuentros con I, después de que me explicó que recibió una educación muy parecida a sus hermanas, le pregunté si ellas se habían peleado tanto como él. Su respuesta fue *“no, mis hermanas nunca se pelearon, mi hermana ni siquiera recuerdo una pelea […] bueno ahí en el pueblo en esa etapa era muy*

raro que tu vieras a mujeres pelear, y en hombres siempre ibas a tener alguien enfrente que no aceptaba un 'no', entonces era así como de… es lo que hay" (Ismael.08.09). Destaco que en su proceso de masculinización los hombres introyectan que no pueden negarse a pelear. Esto lo relaciono con que no pueden dejar de competir. La disposición por la competencia, a ratos puede ser excitante, placentera, un reto originado por otras personas, un mandato, una reafirmación de virilidad, incluso una forma de resolver conflictos o diferencias, todas estas alternativas son legítimas para la masculinidad.

En una conversación Ismael me compartió que una de las personas que más ha admirado es a su abuelo: *"de él le aprendí a que si caes te debes de levantar y cosas así, desde muy chico me enseñó a domar caballos, montábamos así a pelo, nos dábamos unas caídas, pero era así de 'levántate y de aquí no nos vamos hasta que se canse el caballo, tú no te vas a cansar' y así a no rendirme, a no rendirme" (Ismael.08.09).* Me llama la atención el valor que Ismael le da a este aprendizaje. En este fragmento identifico un intramachismo ya que el abuelo presiona para que Ismael se levante, para que no se dé por vencido, que no se rinda. De hecho anula la posibilidad de que eso suceda, se tiene que cansar el caballo "tú no te vas a cansar". Esta imposibilidad de que los hombres se den por vencidos es parte de un pensamiento resiliente, de un aprendizaje masculino.

Identifico que la idea de que los hombres no pueden negarse a competir, está ligada con el disciplinamiento de mandatos que son convenientes para el proyecto moderno. Quiero decir que la competencia no es ociosa, tiene un trasfondo económico y político. No puede existir una sociedad jerárquica sin una competencia

que asigne las jerarquías. La masculinización identitaria ha logrado preparar a los hombres para configurar un sujeto competitivo, jerárquico, ambicioso, resiliente.

Está tan arraigada la competencia que hooks (2021) señala que los padres patriarcales “no pueden amar a sus hijos porque las reglas del patriarcado dictan que compitan con sus hijos, que estén preparados para demostrar que son el hombre de verdad, el que está al mando” (p. 56). Esta afirmación, además nos deja ver que la competencia sirve para mostrar quién tiene el poder.

6.1.1.3.3 Ambición

La ambición, como valor moderno, es indispensable para que los hombres se interesen o motiven por los criterios que son convenientes para la modernidad. Entiendo que, para lograr disciplinar las emociones de los hombres, ha sido indispensable un discurso que dé legitimidad a la competencia, de manera que se valide la ambición por competir, el gusto por ganar y la vergüenza por perder. Ahora me interesa visibilizar la manera en que la ambición se introyecta como una emoción deseable, que motiva a los hombres a competir.

El proyecto moderno ha definido qué es éxito y ha logrado instituirlo. Por esto, es muy común que se piense que el éxito es eso que se consigue cuando tenemos títulos, propiedades, viajamos, vestimos de cierta manera, cumplimos con ciertos criterios. En sentido contrario vivir sin consumir, vivir sin ambición, basado en los afectos es visto como conformidad, mediocridad. El éxito moderno no sólo se hace presente para las personas que migran. Edwin, que nació en la CDMX, me compartió cómo experimentó el momento en el que él y su exesposa tuvieron la

estabilidad económica *"empezamos a tener la tele, el sillón. A hacernos de nuestras cositas ¿no? Poco a poco tener comodidades. Y, yo creo, a partir de ahí se vuelven estos logros de tener un coche de remodelar la casa y estas cosas que sí son emocionales" (Edwin.7.10).* Me llama la atención que, aunque en ese momento tenía una relación estable con su exesposa y sus hijas sanas, diga que tener un coche, remodelar la casa "sí son emocionales". Con esto quiero subrayar la manera en que la modernidad y el capitalismo ha dotado de una emocionalidad positiva, al crecimiento económico, el éxito, al consumismo.

La prueba más evidente de la vigencia que tiene el éxito moderno es la migración de algunos de los hombres con quienes pude conversar. En palabras de Cosme podemos ver: *"en su momento no había eh… televisiones. Nada más eran en ciertas áreas donde tenían. Entonces yo a través de los años, pues empecé a ver novelas, por decirlo. Nos juntábamos en las casas de alguien que tuviera televisión y ahí empezó mi inquietud de emigrar […] Ninguno de mis hermanos en ese tiempo, había tomado esa iniciativa. Nosotros éramos de ir al campo y pues ahora sí que ese es su trabajo ¿no? Ahora sí que las escuelas eh… Yo veía que los… nuestros padres o nuestros primos o familiares, te dirían que era para gente inteligente. Gente que supiera de letras le llaman ellos. Entonces a mí me empezó a llamar la atención eso de salir de mi pueblo, ahora a estudiar, desde que tenía yo 15 años. Y pues llegó el momento en que terminé la secundaria y emigré a la Ciudad de México" (Cosme.05.09).* Lo que quiero destacar de este fragmento es que a Cosme le interesó otro estilo de vida por ver novelas en la TV. En su relato agrega que veían que la gente que estudiaba era "inteligente" y que por el respeto que

tenían en su pueblo sintió la curiosidad de migrar. La fuerza del estereotipo se hace presente en lo que se transmite por TV, en el reconocimiento que se les da a quienes estudian, lo cual convierte que estudiar sea un deseo y que Cosme haya migrado.

La migración ha sido muy importante en la vida de cuatro de los hombres con quienes dialogué, ya sea para estudiar, por querer mejorar su economía, por su deseo de sobresalir deportivamente, lo cual habla de un gusto o disposición por competir. Sin el protagonismo que tiene la ambición por el éxito moderno los hombres podrían tener sentidos de vida alternos, sin ser sancionados. Además, el juego, la competencia, la confrontación no serían divertidas, motivantes, ni tendrían la relevancia social que tienen.

Detrás de los relatos de los hombres está el deseo de ser exitosos, de superarse, de ser más “inteligentes”, de tener más cosas. Está también, el distanciamiento afectivo de sus seres queridos para “salir adelante”. De fondo encuentro que muchas veces los hombres intentamos buscamos parecernos en todo lo posible al modelo sujeto masculino. Este interés está ligado con un prestigio social que afirma que los hombres buenos, los respetables son poderosos, exitosos, dominantes y con solvencia económica. Lo que no aclara este discurso es que para que un hombre pueda destacar tendrá que sacrificar su unicidad, sus vínculos y su bienestar.

Restrepo (2010), dice que estamos acostumbrados a que los hombres de éxito, “personajes del jet set, artistas famosos, políticos y otros acumuladores de fama- paguen como precio de sus conquistas el desastre de su vida afectiva. Incluso, llega a parecemos su comportamiento natural, disculpándolos por la falta

de tiempo para esos menesteres" (p. 23). Como se entiende que el éxito es lo más importante, se justifica y disculpa que sus vidas personales se afecten en su intento por destacar.

Ahora me he limitado en mostrar la jerarquía, la competencia y la ambición en los mandatos. Más adelante analizaré la relación entre los mandatos de la masculinidad y la nutrición emocional. En otro apartado también profundizaré sobre la agencia de los hombres frente a la presión que ejercen los mandatos. Antes de cerrar el apartado de pedagogía de la crueldad, quiero recuperar un fragmento de uno de los encuentros que tuve con I. Le planteé un caso hipotético. Le pedí que imaginara que pudiera regresar 20 años atrás para que hablara con él mismo y prepararse emocionalmente para vivir lo que ha vivido. La intención era que pensara cómo se prepararía emocionalmente. Su respuesta fue *"pues creo que es a madrazos, la vida misma te prepara para este tipo de cuestiones, no creo que haya una forma de entrenar a alguien. Lo más importante, este, el entrenar sobre estas cosas no creo que sea posible. Yo creo que importa mucho, bueno es lo que yo creo, el tipo de persona que seamos. […] Yo siento que no hay una forma de entrenar a alguien para cómo manejar las cosas" (Ismael.08.10).* Su respuesta parece un poco contradictoria. Por un lado, señala que sólo por medio de situaciones duras puede entrenarse para la adversidad, después señala que no cree que sea posible prepararse para algo así. Sin embargo, en fragmentos anteriores, él mismo ha comentado que ha pasado por accidentes, él ha dicho que las personas de campo se hacen fuertes. El discurso esencialista dice que hay personas fuertes y personas débiles. Esta postura no considera que al exponerse a ciertas

situaciones se va configurando una emocionalidad resiliente, una masculinización emocional.

En otro encuentro Dario me comparte lo que sentía en las peleas que se organizaban en las calles cuando era niño: *"sientes la adrenalina eh, y quieres atreverte y ver con quién, quién va de mi vuelo, este y es una emoción a la vez, hacerlo […] pero la gente se da tiros así leales ¿no? Y al final del tiro ahí si son adultos, y se pegan, ya al final todos sangrados se dan la mano y entre más rifado está el tiro, más gozosa es para la gente. Podrá sonar muy primitivo esto, pero así es" (Dario.26.09).* Quiero destacar que, por "primitivo que suene", los hombres aprenden a disfrutar de la confrontación, de la competencia, de la adversidad. Como he señalado, esta emocionalidad es conveniente para la competencia. Quien compite con miedo, quien se ve débil, frágil, tiene más posibilidades de perder. Quien quiera ganar tendrá que aprender a gestionar sus emociones de manera que no interfieran con el objetivo central de la competencia que es ganar. Lo ideal es que la confrontación no apanique, sino que motive, que alimente el deseo de ganar.

Vivimos en un mundo jerárquico, competitivo. Nadie tiene su lugar asegurado. Es por eso que los hombres se entrenan para competir, para no ser víctimas. Configuran sus emociones para no darse por vencidos, para callarse las heridas, para no mostrar sus debilidades. La pedagogía de la crueldad va logrando que los hombres se insensibilicen a la violencia, se desvinculen de sus malestares, de sus vínculos personales y, finalmente, logra que introyecten los comportamientos deseables para la política moderna. Esto nos muestra que los hombres son entrenados para sobrevivir en un mundo cruel. Con esto afirmo que la manera en

que los niños son socializados tiene un impacto fundamental en la manera en que interactúa y cómo se vincula con el mundo que se ha naturalizado.

Por la relevancia social que tiene sobresalir, los niños, en su proceso de masculinización, deben aprender a resolver sus problemas, verse capaces, resilientes. En una de las conversaciones que tuve con Dario, aprovechando que es profesor de educación física, le pregunté sobre los aprendizajes que él cree que se promueven en los niños: *"mira, el cultural es el imponerse, ¿no? En mostrarse como el macho alfa de los niños" (Dario.26.09).* En esta misma conversación Dario me compartió que cuando era niño llegó a disfrutar de golpear a otras personas: *"sentí una felicidad, porque pegarle al hermano de Pollo (Pollo era un niño que lo molestaba con frecuencia), para mí fue como pegarle a él, revelarme contra él, porque era lo mismo prácticamente" (Dario.12.09).* Este fragmento me parece relevante porque deja ver que la violencia no sólo es un recurso para resolver problemas, sino que puede generar gusto, placer golpear, aunque se justifique como medio de defensa.

Edwin me comenta que en alguna ocasión necesitaba hacer un trámite, sin embargo, algunos documentos se encontraban en casa de sus papás. Al llegar a casa de sus papás, se bajó del coche y pidió a su exesposa que lo esperara. El tema es que en la calle donde vivían sus padres estaba prohibido estacionarse. Cuando regresó al coche *"tenía dos policías ya ahí poniéndole la araña y le digo 'no perdón pero espérame' y estaba Cosme (su exesposa) sentada en el coche y le digo 'pero no está estacionado o sea ¿por qué no le dijeron a la señora que se avanzara y ella hubiera avanzado? Yo vivo aquí nada más vine por un documento'*

[…] 'Pues sí pero es que aquí no joven, está prohibido estacionarse' Total, ya le habían puesto la araña, pero no la habían cerrado. Entonces ahí agarré y le dije 'no la vas a poner, yo vivo aquí y no estamos estacionados' […] 'no joven que no se ponga así', y yo pues de 'no es que ustedes' […] Entonces intento sacarla otra vez y me doy cuenta que está atorada y no puedo […] logro destrabar la araña, pero en ese destrabar, yo la sacó como muy violento y se las aviento a media cuadra […] toda la gente estaba viendo, de los locales, y les empiezan a chiflar, se empiezan a burlar de ellos y que no sé qué […] le digo a Cosme 'avanza y nos vemos en la casa' […] Entonces pues yo empecé a correr como loco hacia mi casa […] al entrar en edificio, yo ya traía tres policías colgados, […] es así como yo reacciono con estas situaciones" (Edwin.11.11). En este fragmento Edwin nos muestra cómo enfrentó una situación en la que se sintió abusado. Me parece importante resaltar la manera en que las personas que miraban los hechos celebraron que lanzara con fuerza la araña. También quiero subrayar la manera confrontante en que Edwin resuelve la situación. Como he señalado, los hombres aprenden a verse como agentes responsables para afrontar. En este fragmento Edwin comenta que para él fue importante liberar el coche, pedirle a su exesposa que se fuera, evitando que ella tuviera algún riesgo, sin considerar que eso le implicaría un riesgo a él. En su relato menciona que los policías lo persiguieron, que lo sujetaron entre tres policías, que hubo golpes, que terminó con la playera rota, hasta que logró entrar a su casa para ponerse a salvo. El actuar de Edwin nos muestra que, los aprendizajes masculinos enseñan a los hombres a verse resilientes, capaces de resolver sus problemas, aunque arriesguen su integridad. Me parece conveniente contrastar la manera en que procede Edwin y la pasividad de su entonces esposa. Él quitó la araña, la lanzó,

discutió con tres policías, los confrontó, peleó, corrió mientras ellos lo sujetaban, le rompieron la playera. Estas diferencias tan marcadas las entiendo por los aprendizajes emocionales diferenciados.

Esto es congruente con la afirmación de Badinter (1993) en la que afirma que "[e]l hombre debe aparentar ser audaz, incluso agresivo; demostrar que está preparado para correr todos los riesgos, incluso aunque la razón y el temor aconsejen todo lo contrario (p. 161). Como he venido señalando los hombres, en su proceso de masculinización buscan dominar la dinámica social, imponerse en distintos escenarios. Otra experiencia para ilustrar la manera en que los hombres solucionan sus problemas me la comparte I. El contesto es que en una ocasión S (el tío político de I) iba en su camioneta, para llevar a su hija a la universidad, y por descuido le pegó a un taxi. El relato comienza cuando S le describe a Ismael *"'se va bajando un hombre acá de alto, pinches brazotes' y la chingada, y bien agresivo: − 've nomás mi puto carro, ahora sí vas a valer madre' y que dice − 'wey tranquilo, voy a dejar a mi hija a la universidad, ahorita lo arreglamos'. − 'No, qué… ya te va a cargar tu puta madre' y que no sé qué. 'Y regreso a ver a mi hija y la veo asustada y pues chin ¿ahora qué hago no?'. Entonces se da tres pasos hacia atrás el wey, dice 'agarro yo, me bajo de la combi, abro la puerta, traía una chamarrota, hice como que saqué algo del sillón, me lo puse atrás, y digo: 'estarás muy grandote hijo de la chingada, pero cómo ves que hay algo que nos empareja. Y nomás me fui yo ahí bien sobres y el wey nomás retrocediendo ¿no?' − 'No, no, no, así está bien jefe'. − 'Así está bien la verga, págame mi golpe'. − 'No, no cada quien su golpe'. − '¡Que me pagues mi golpe o ahorita va a valer madres!' Y dice 'Yo no traía ni madres,*

jugué con la mente de él, yo no llevaba ni madres, de pronto porque tenía miedo de que yo realmente llevara una pistola, pero si en una de esas me empuja o algo y no le saco ni madres, me hubieran dado la putiza de mi vida ¿no?, pero yo lo dije tan seguro, tan, tan, tan seguro, que hasta yo me la creí que la traía. Y bueno, al final él se fue, yo me fui y no le pagué nada, aunque yo tuve la culpa'" (Ismael.08.09). Con este fragmento quiero ilustrar los recursos para afrontar conflictos interpersonales. En este ejemplo S menciona el miedo de su hija como una motivación para resolver el conflicto. Destaco que para resolver ciertas situaciones las emociones y la violencia tienen un lugar fundamental. Los nervios, miedos, inseguridades y motivaciones se ponen en juego para poder resolver la situación. Los hombres deben aprender a verse como autosuficientes, capaces, resilientes.

Esto se puede ver en el testimonio de Cosme, que me comparte que renunció a su trabajo para titularse *"Y decían mis jefes 'No pues tú estás loco, ¿A dónde vas a ganar lo que ganas aquí?' 'No, pues sí, pero es que yo necesito titularme'. 'Sí, pero eso lo puedes hacer desde aquí. O sea, tú trabajas y nosotros te damos chance para que te titules'. Y bueno, ellos me ofrecieron todas las oportunidades del mundo para que yo me pudiera titular trabajando allí con ellos y quién sabe por qué razón yo nunca les tomé la palabra. Y quizás también en su momento yo también era muy ahorrativo. Se me llenaba la boca de decir 'No, pues yo puedo estar un año sabático sin trabajo, yo no tengo ningún problema. En seis meses hago mi tesis y me título y tengo otros seis meses para buscar un trabajo'. ¿Por qué cargaba eso en la cabeza? Pues quién sabe. Pero lo hice. Lastimosamente, renuncié" (Cosme.05.09).* A pesar de que a Cosme le ofrecieron alternativas para lograr lo que él buscaba, se vio a sí

mismo como capaz, renunció a un buen trabajo y comprometió su economía. Los cálculos de Cosme fallaron y ya no pudo conseguir un trabajo tan bien pagado como el que tenía.

Ismael me compartió intentó resolver algunos problemas, cuando estudiaba en el Poli *"busqué a mi delegado, pero al final me tuve que cambiar a la UNAM, pero pues… me moví solo, ya no… tuve que dejar el Politécnico. Pero siempre me moví solo, no traté como de 'Mamá ven a ayudarme' […] Siempre como que, tratar de manejar ese tipo de cuestiones, de una u otra forma, por mí mismo" (Ismael.08.09).* Resalto que Ismael diga que se "movió solo", que afirme que no buscó ayuda de su mamá, como si fuera un motivo de orgullo, una afirmación de autosuficiencia. Lo cierto es que él mismo señala que buscó ayuda de su delegado y que ni con eso pudo resolver el problema. Menciono esto para señalar que los hombres se ven como autosuficientes, hablan como si no necesitaran a nadie, confían que podrán resolver problemas. Sin embargo, esto es lo que destacan sus descripciones, lo cierto es que necesitan de otras personas y no siempre son capaces de resolver sus problemas. Esta forma que tienen los hombres de narrar sus capacidades contribuye a que no se perciban como víctimas.

Dario, por ejemplo, me explica cómo se veía a sí mismo cuando se enteró que su exesposa le fue infiel: *"yo siempre, yo siempre tuve relaciones con otras personas, Carlos. O sea, eso es lo que a mí me hace calmar mi ego, ¿no? De 'es que soy víctima'. No, yo no me veo así, como víctima" (Dario.26.09).* Me parece interesante señalar la posición subjetiva con que los hombres aprenden a afrontar las situaciones que se les presentan. La posición de víctima dificulta que una

persona se vea como capaz de afrontar o modificar una situación. Para que los hombres se vean como capaces de “salir adelante” deben pensarse como agentes. La masculinización también implica un aprendizaje subjetivo que les permite verse como capaces ante la adversidad, resilientes, responsables y capaces de resolver sus problemas.

Este aprendizaje subjetivo resiliente aparece cuando Cosme me comparte que se enteró que su esposa estaba enferma de cáncer. *“no me pudo ni decir nada (su esposa) y nada más me enseñó el papel. Y ya empecé yo a ver el papel y no pues… leucemia y urge un trasplante de médula ósea y que el diagnóstico era de leucemia aguda y no pues vámonos. Tú no te preocupes y que todo va a salir bien” (Cosme.7.10).* Me llama la atención que su esposa no hubiera podido decir palabra y que Cosme dijera que todo iba a salir bien, como si lo supiera. No busco cuestionar su respuesta, sino visibilizar qué detrás de esa afirmación hay un pensamiento resiliente que ayuda a los hombres a enfrentar situaciones adversas.

En alguna conversación le pregunté a Cosme, a partir del desgaste que vivió por la enfermedad de su esposa, cómo entrenaría a otra persona para vivir algo parecido: *“lo que le diría es ‘se van a venir estas cosas y pues tu aguanta, tú tienes que aguantar, después vas a ver la luz al final del túnel’ Porque… te vuelvo a repetir, llega un momento en el que es tan desgastante, que lo primero que se te viene a la cabeza es huir, salir corriendo de todo el argüende. No sé, sinceramente no sabría qué decirle a alguien, más que eso, aguantar vara y apoyar” (Cosme.7.10).* Me parece relevante este fragmento por dos motivos, el primero es porque nos deja ver cómo lo vivió, nos comparte que pensó en huir, que no veía la luz al final del túnel.

Y segundo, porque pareciera que los únicos recursos que ven los hombres ante la adversidad es aguantar y seguir luchando. Esto implica que no vean otras alternativas, que no se preparen, que no pidan apoyo.

Antes de terminar con este bloque quiero subrayar que la masculinización emocional logra adormecer las emociones femeninas y avivar las masculinas. Esta configuración perfila la sensibilidad de los hombres, por lo tanto es un dispositivo indispensable para la masculinización identitaria. Esto sólo es posible porque la normativa sexista se ve como legítima. Dario, por ejemplo, entiende que *"las normas se supone que se crean para mantener la armonía de la sociedad. Dicen vamos a crear leyes porque no puedes llegar tú y sembrar tierra donde quieras o matar a quien quieras porque te cayó mal, porque es tu instinto […] ¿Hasta qué punto es válido? Esa construcción de esa norma, de que, a través de esas normas no escritas, puede ser que la heterosexualidad es lo normal, lo que está bien, ¿por qué creímos que funcionó o dictaron que funcionó? […] ¿En qué momento dijimos no se puede hacer eso? De que no puedes abusar porque ella quiere estar con alguien más. Si nos quedamos en ese abanico amplio que cada quien haga lo que quiera, terminamos por entrar en caos, ¿no te parece?" (Dario.20.11).* En su relato hay varios aspectos que quiero señalar. El primero es que entiende que la normativa es necesaria para la convivencia social y eso pareciera justificar los efectos negativos que puede tener. El segundo es que asume que la normativa ha sido definida, creada, por otras personas que entendieron que era funcional. Finalmente, me da la impresión de que hay una visión maniquea con respecto a la norma. Es como si sólo hubiera dos opciones: aceptar la norma como es o vivir en el caos. Quiero decir

que la crítica a la norma no necesariamente implica que regresemos a vivir en una sociedad sin ley. Politizar la norma, cuestionarla, no es un intento por regresar a la era de las cavernas. Es un deseo de problematizarla y hacer los ajustes que sean convenientes.

Es muy importante evitar idealizar la norma, romantizarla. La norma no puede verse como algo correcto, verdadero, estático. Cuando naturalizamos la norma, la entendemos como deseable, conveniente y correcta, intentamos respetarla y nos sentimos culpables o avergonzados por no cumplirla. Así mismo sancionamos si vemos que otras personas no la respetan. La existencia de la norma sólo se puede justificar como un intento por mejorar la convivencia social. Cuando la norma no cumple con este sentido debe modificarse, sin argumentar que las cosas son como son. La normativa debe estar en constante crítica para acompañar la dinámica social, debe ser politizada.

Los macromachismos me han permitido señalar la legitimidad de la normativa sexista en los procesos de masculinización de los niños. Estos macromachismos nos invitan a seguir cuestionando sobre las verdades que hay detrás de la normativa sexista. En todos los relatos de los hombres encontré que fueron socializados con discursos sexistas; aunque en algunos casos parece sutil, en otros es mucho más marcado. A partir de esto quiero resaltar que la masculinización identitaria, impuesta a los niños, los expone a experiencias crueles, violentas, que compromete su integridad, que marca sus cuerpos, que disciplina sus emociones y orienta el sentido de sus vidas. Badinter (1993) señala la existencia de **“**una verdadera carrera para hacerse hombres. La virilidad no se otorga, se construye, digamos que se ‘fabrica’”

(p. 18). Considero fundamental que se reconozca la masculinización de los niños como un proceso cruel y violento que compromete la calidad de vida de los hombres, el tipo de vínculos personales que establecen; lo cual tiene repercusiones políticas significativas.

La masculinización es tan eficiente porque se ha naturalizado, lo cual invisibiliza o justifica su crueldad. Si invisibilizamos el proceso de masculinización de los niños, las formas en que opera, las afectaciones que provoca en las vidas de los hombres y el problema macro que implica que la gran mayoría de los niños sean masculinizados, difícilmente podremos modificar esta inercia social.

Como hemos podido ver, no existe una novatada o un rito de iniciación en la que los niños se hagan hombres. Es un proceso continuo, intermitente, pero constante. La pedagogía de la crueldad está detrás de la educación de los niños, de la naturalidad con que son descuidados, maltratados, expuestos a riesgos. Con esto quiero subrayar que la crueldad es pedagógica, que resulta en la masculinización física, emocional y aspiracional de los hombres.

El aspecto más relevante a destacar de los macromachismos es visibilizar la imposición masculina, el proceso cruel que esto implica en los niños. La masculinización identitaria implica preparar sus cuerpos para naturalizar los riesgos, configurar sus emociones para insensibilizarse, desvincularse e introyectar las motivaciones modernas. Dicho de otra manera, para que los niños se vuelvan hombres deben masculinizar sus emociones, sus cuerpos y sus sentidos de vida.

6.2 Masculinización/feminización interactiva

Ahora me enfocaré en visibilizar lo que he definido como la masculinización interactiva. En las siguientes líneas busco mostrar la manera en que los hombres son presionados por otras personas para seguir teniendo comportamientos congruentes con la masculinidad. Para esto es necesario recuperar la nutrición emocional y su relación con la normativa sexista; ya que, en caso de que los hombres obedezcan los mandatos, se les retribuye con halagos, validación, reconocimiento y estatus, en sentido contrario, cuando no los obedecen se les devalúa, sanciona, violenta y/o excluye.

Mandatos de la masculinidad y nutrición emocional

Si consideramos que para la normativa sexista a los hombres les corresponde ser proveedores, protectores, dominantes, impositivos, ambiciosos, que no se den por vencidos. Si ligamos estas expectativas con el concepto de nutrición emocional, podemos analizar que los hombres, cuando se ajustan a las exigencias definidas por los mandatos de la masculinidad, son validados por otras personas; en sentido contrario, cuando los hombres no cumplen con estas expectativas son sancionados por las miradas ajenas.

Si recuperamos el planteamiento de Foucault (2008), podemos afirmar que detrás de las sanciones emocionales hay una normativa que define lo “normal”, define lo correcto e incorrecto. Sucede que cuando somos sancionados se da más

relevancia al valor de la norma que al bienestar físico, emocional o identitario de los hombres que son sancionados. A partir de esta legitimidad de la norma sexista los niños son expuestos a una “ortopedia moral”, que “corrige” sus conductas, hasta masculinizarlos. Sin embargo, como he comentado la masculinización/feminización sigue operando en la adultez.

La nutrición emocional, nos permite considerar la influencia de las miradas ajenas y la presión que ejercen para que los niños y hombres se ajusten a los mandatos de la masculinidad. Las miradas ajenas les afectan y condicionan la manera en que son tratados. Para que los mandatos se introyecten por los niños se requiere que socialmente se les vea como relevantes. Esto implica que se premie cuando los niños tengan comportamientos dominantes, así aprenden a sentirse orgullosos y dignos. En caso contrario, se les sanciona, se les avergüenza, se castiga o se excluye. Sin el impacto emocional los mandatos serían estériles y difícilmente se introyectarían.

Es importante mencionar que las emociones no sólo se encuentran en expresiones orales en que se hacen referencias explícitas. Encontramos que las palabras, las actitudes, los gestos y hasta los silencios están cargados de emociones. Cualquier expresión o gesto puede ejercer presión para que los hombres tengan comportamientos congruentes con los mandatos de la masculinidad.

6.2.1.1 Reconocimiento identitario

Para comenzar me gustaría visibilizar la manera en que los comportamientos son validados. Cosme nos compartió que en su pueblo los profesionistas *"eran personas muy respetadas para ellos, ya fuera por ejemplo un maestro, en su momento, para ellos era un maestro ¿no? 'Vino del otro lado del río el maestro, ¿A qué vendría?' O el ingeniero o el… gente con que ellos trataban, ingenieros, agrónomos, veterinarios. Entonces yo me empecé a dar cuenta que… ese tipo de personas eran muy admirados entre la comunidad, entre sus primos de ellos o sus hermanos. Cuando venía alguien así que gente con estudios, haz de cuenta que les… que si tenían un pescado para ti, ya te jodiste, era un pescado para ellos. O alguna comida que tenían que este, digamos especial, si algo, por alguna circunstancia ellos iban de visita o caían por ahí, ya pues nosotros comíamos lo que encontráramos, porque ya esa comida estaba destinada para ellos, los cocos, las sandías. Entonces yo quiero pensar que mi inquietud o las inquietudes de todos nosotros pues era de que, si a esa gente se les trataba diferente, porque fueron a la escuela, lo que significa que nosotros debemos prepararnos para que nos vieran así […] un maestro era como un Dios […] cualquier cosa que dijera un maestro, aunque estuviera mal, ellos seguían esa pauta. Porque pues yo me imagino que se sentían nada pues, se sentían ignorantes, sentían que el maestro lo sabía todo" (Cosme.22.09).* **(cita repetida).** En este fragmento podemos ver la manera en que se admira a ciertas personas, se les dota de estatus, el trato preferencial que se les da y el deseo de Cosme de hacer algo para merecer estas atenciones.

Edwin nos comparte que cuando cursaba la secundaria cambió su forma de vestir para aparentar rudeza *"yo me acuerdo que en esa época era el más malo del salón porque agarré un grupito de amigos que eran skates y después nos hicimos punketos y traíamos unas botas con el casquillo salido y usamos engranes y éramos los malos del lugar ¿no? Pero realmente yo no me sentía malo, yo era muy tierno, tenía mis hermanas. Pero pues era mi como mi máscara ante mi sociedad que en ese momento eran ellos ¿no?" (Edwin.11.11).* Me llama la atención que Edwin mencione que sintiera la necesidad de mostrar una "máscara" de rudeza, a pesar de que él se sentía muy tierno. Esto es congruente con la afirmación de Connell (2001) que señala que el código de vestir "pueden ser consideradas como un conjunto de prácticas masculinizantes, gobernadas por el régimen de género de la escuela" (p. 162). Para mí es necesario insistir que hay una diferencia entre modificar aspectos periféricos de la masculinidad y los aspectos centrales. Aparentar rudeza, o ternura, no modifica los valores masculinos, por lo tanto, no tiene efectos políticos.

Dario, en una de las conversaciones me dice explícitamente que él tiene *"una sed de reconocimiento […] así fui educado porque te digo que siempre estaba en constante aprobación de papá" (Dario.26.09).* Sin embargo, no es la única ocasión en que lo menciona. En algún encuentro le pregunté sobre las emociones que le parecen más comunes en él y su respuesta fue *"eh… inseguridad, soledad. No sé, como ponerlo en términos de emoción… Te platicaba de una constante necesidad de reconocimiento y mientras lo tienes este, pues todo va bien, el problema es que cuando no sientes eso, empieza una incertidumbre de ¿por qué no lo tengo?"*

(Dario.17.10). Esta búsqueda de reconocimiento lleva a los hombres a una incertidumbre y a hacer lo que necesiten hacer para sentirse reconocidos. Cuando no tenemos ese reconocimiento, nuestra identidad pareciera quedar en una posición inestable.

El mismo Dario me compartió que en su trabajo terapéutico encontró que *"de niño sentía que mi mamá quería más a mis hermanas. Porque a ellas les festejaba y a mí no" (Dario.17.10).* En este caso Dario menciona que él no se sentía querido, sin embargo, veía que sus hermanas sí lo eran. Con esto no quiero decir que sus padres no lo querían, quiero señalar cómo se sentía y que lo importante que es para él sentir que lo quisieran. Esto nos permite mostrar la relevancia del afecto y la búsqueda de los niños para sentirse queridos.

Cosme menciona que no recuerda que sus padres lo presionaran, por medio de exigencias explícitas, para que actuaran de cierta manera. Sin embargo me explicó *"o sea yo no recuerdo así de alguna vez que me dijera él este… 'ah es que tienes que hacer esto y tienes que estudiar lo otro, para que esto y lo otro'. Eso no. Sinceramente no me… para ellos es más de que 'Fulanito está estudiando' Para ellos era muy de orgullo que tú decidieras lo que tenías que hacer, sin que te lo, sin que anduvieran atrás de ti" (Cosme.22.09).* Me llama la atención que tenga claro que, a pesar de que sus papás no le decían explícitamente qué debía hacer o cómo debía comportarse, él tenga supiera que sentían orgullo de que hiciera lo que "debía", sin que anduvieran "detrás de él". En este fragmento identifico que las palabras de los padres de Cosme expresan la admiración indirecta que les genera

que otra persona esté estudiando. Aunque no le dicen a Cosme que estudie, él deduce que si estudiara sus padres estarían orgullosos de él.

El mismo Cosme me comparte: *"a mi corta edad, me hice muy experto de un instrumento […] me acuerdo mucho, de que él (su papá) me presumía con ellos (sus empleados) pues, 'no, yo luego me canso, que se ponga mi hijo ahí delante de ustedes' Y me acuerdo mucho que los señores decían 'ahora que chingados, ese chamaco que me va a ganar a mí' Y pues no, chavito, quizá sea mis, que serán, a mis 14 años. Recuerdo mucho esa presunción por parte de él con ellos" (Cosme.22.09).* En este fragmento Cosme destaco que la validación de su papá fuera motivo de orgullo, que lo recuerde con gusto, que precise que lo presumía. Además, nos deja ver que los otros hombres sentían rivalidad porque un "chamaco" les "ganara". Esto me hace pensar en la rivalidad que viven los hombres y en la constante presión por demostrar que se puede ser o hacer mejor. Quien tiene una posición de prestigio debe seguir compitiendo y demostrando que merece estar en esa posición. La competencia no da tregua.

Si el reconocimiento se da por medio de la competencia llega a generar tensiones. Edwin por ejemplo menciona *"yo ese cuate como que le caía gordo porque también se sentía skate y yo traía mejor tabla que él pues traía ahí como que sus envidias" (Edwin.11.11).* En una sociedad competitiva, los bienes y el reconocimiento siempre están en disputa, esto es relevante porque entre hombres es muy común que se confronten por situaciones que parecieran muy triviales. Esto exige que los hombres aprendan a competir para disputar el reconocimiento. Quien

sea “mejor”, quien más destaque, quién tenga mayor estatus será nutrido emocionalmente.

Esto provoca que los hombres interpreten como competencias situaciones cotidianas. El mismo Edwin me comentó que le habían dado una computadora en su trabajo, que no le gustaba y pensó en cambiarla: *“es una porquería (la computadora Mac). Bueno yo no me acostumbro […] Pero dije ‘no, no puede ser que pueda más una maquinita que yo’” (Edwin.7.10).* En este fragmento Edwin me dice que no cambió la computadora porque no era posible que una computadora “pudiera más” que él. En sus palabras nos deja leer que se compara con una máquina y experimenta incomodidad, por “perder” frente ante la máquina, lo cual implica un cuestionamiento identitario.

El mismo Edwin me compartió que su exesposa se reía y le decía *“’¿cómo es posible que te guste la idea que te peguen?’ o ‘¿cómo es posible que te guste que vengas con lesiones?’ (se refiere a que llegaba con golpes de los partidos de futbol). Un parteaguas pues obviamente fue lo de la rodilla (fractura de ligamento cruzado). Pero jamás me reclamó” (Edwin.7.10).* Quiero destacar que los hombres aprendemos a disfrutar de la competencia, a pesar de que nos lastimemos, de que comprometa nuestra integridad. Los hombres no necesitan motivos muy elaborados para pelear o competir, aprendemos que es algo común y hasta deseable. Muchas veces basta una mirada, un roce accidental. La intención de medirse, de compararse, de mostrar que son “más”, es un campo fértil para la competencia y la lucha. Cualquier situación donde se puedan comparar, medir tiene un impacto

identitario. Quien no compite no es reconocido, no sobresale, no domina, no es querido, no es hombre.

Cosme me comparte lo relevante que fue para él sentirse reconocido por sus compañeros al llegar a estudiar al, entonces, D.F. *"empecé a tener muchas habilidades en el álgebra, en las matemáticas. Entonces la mayoría de mi salón ahí no daban una. Y a la hora de los primeros exámenes yo empezaba a sacar 10 y todos los demás 3, 2, 1, 0. Y entonces yo empecé a sobresalir y ahí como que me empecé a ganar yo en cierta forma la amistad, el respeto con los demás, porque ya iban conmigo y 'Oye ¿aquí cómo?' y que lo otro y yo recuperé mi confianza. Si no hubiera sido eso yo creo que ni hubiera estudiado jaja" (Cosme.22.09).* En este relato Cosme comenta que gracias al reconocimiento que tuvo por su habilidad en el álgebra y las matemáticas que se sintió aceptado y reconocido. Esto provocó que Cosme adquiriera confianza, hiciera amigos y le permitió seguir, a pesar de que hubo momentos muy adversos. Destacar en algo afecta de manera positiva en la manera en que somos mirados, tratados socialmente, nos hace merecedores de respeto y prestigio.

Dario me compartió que se sintió "nutrido" por algunos gestos de sus alumnos *"tuve un día malo, en la mañana. Una tarde antes y el día completo de ayer, malos, así de malestar, de sentirme decaidón […] Y es increíble como a través de la clase, que no nos conocemos en persona, es la tercera vez que doy esta clase, como cierro la sesión, me despido y me empiezan a decir los niños '¡Gracias profe!' Pero con una emoción… y hay niños incluso que se atreven a decir 'Lo quiero mucho profe' Y hasta yo le mandé mensaje a mi direc, 'Me pasó esto bien padre, gracias*

por dejarme pertenecer a la escuela' (Dario.26.09). Este fragmento muestra la nutrición emocional por las expresiones de sus alumnos, lo valioso que le ha sido sentirse apreciado, querido, de cómo le afecta en un sentido positivo pertenecer y sentirse valorado. Esto se acentúa si consideramos que los niños que tuvieron este gesto con Dario eran alumnos que casi no lo conocían.

En estos fragmentos he tratado de mostrar la relevancia de la nutrición emocional y la necesidad que tienen los hombres de que se validen sus comportamientos, se sentirse reconocidos, apreciados, valorados, aprobados por otras personas. Ahora trataré de enfocarme en el trabajo remunerado de los hombres. Es importante mencionar que a esta actividad le dedican gran parte de su tiempo, lo cual condiciona en gran medida su identidad social. También quiero destacar que esta actividad es un escenario social que legitima la competencia.

Para tratar de explicar el reconocimiento identitario condicionado que viven los hombres. Maturana (2003) explica la relevancia del amor en las relaciones sociales. Define que el amor implica "aceptar al otro como un legítimo otro en la convivencia; por lo tanto, amar es abrir un espacio de interacciones recurrentes con otro en el que su presencia es legítima sin exigencias" (p. 74). Si el amor está condicionado a que los hombres se comporten de cierta manera, a que se masculinicen, quizá Maturana no lo definiría como amor.

La centralidad que tiene el trabajo en las vidas de los hombres, se puede leer en la relevancia que le dan a esta actividad. Ismael por ejemplo no recuerda a qué edad comenzó a trabajar *"tengo marcado como que nos íbamos todos, en el chiquero, lazábamos todos, cuando íbamos a ordeñar, cortar coco. Cosas así*

pequeñas desde que tengo uso de razón. Sí, no te puedo decir a los tantos años, la verdad es que siempre… Pues los que se dedicaban al campo te llevaban y pues no tienes conciencia desde cuándo" (Ismael.08.09). Se espera que los hombres introyecten el mandato trabajo, que se vea como natural.

Cosme menciona que en las empresas se asume que los hombres deben estar disponibles para trabajar siempre. En sus palabras dice *"casi casi te decían que un hombre puede hasta trabajar en sábado y domingo. Y para un dueño de una empresa si trabajas diario pues para ellos mejor. Y para uno no. O sea hay gente que te inculca que tienes a tu familia, que tienes que divertirte, que tienes que fomentar esto, lo otro. No todo es trabajo y pues esto vuelvo a repetir, ya lo aprendí ya de grande, ya de ahora, así como estoy" (Cosme.22.09).* En este fragmento Cosme cuestiona el mandato, ahora que tiene más de 50 años, entiende que no todo es trabajo. Antes no había notado la exigencia del mandato y su obediencia. Aunque no lo nombra como tal deja ver que algo lo presionaba para trabajar y que él obedecía.

El mismo Cosme, en tono de broma, menciona, *"siento que no me ha ido tan mal pues, pero, como ves, mi vida ha sido trabajo, trabajo y trabajo, jajaja" (Cosme.05.09).* Cosme nos confirma que él como hombre ha dedicado gran parte de su vida a trabajar. Es necesario resaltar que esta forma de participación social es conveniente para una política económica basada en la competencia. Quiero decir que entiendo que el mandato trabajo para los hombres, representa a nivel micro, el interés de una sociedad basada en la productividad y el consumismo. Que los

hombres introyecten que lo más importante es el trabajo es conveniente para una política capitalista.

Si bien el mandato trabajo es central, lo ideal, como en cualquier competencia, es que los hombres puedan sobresalir, destacar. Dario menciona que en alguna ocasión acababa de entrar a un partido de futbol, cuando le mandan un balón al área y *"con nervio, con muchísimo nervio y todo lo meto, y ya, que me felicitan mis compañeros. Eso para mí fue un primer referendo (SIC) ante, pues si puedo ¿no? Puedo con la presión" (Dario.12.09).* Dado que la competencia es central para reafirmar la identidad, destacar, demostrar que "puede con la presión", haber metido un gol, ser felicitado, reafirman su identidad. Lo hacen sentir que es importante. La manera en que somos tratados, está en función de los logros u objetivos logrados. De lo cual se deduce que si Dario hubiera fallado el gol se sentiría mal, se hubiera cuestionado a sí mismo por no poder con la presión.

En esta misma conversación Dario, me compartió lo relevante que fue para él jugar una final y ganarla: *"Termina el partido, ganamos y pues ya sabes, el alboroto en la calle. Cuando llego mi papá incrédulo '¿Ganaron?' Entonces para mí esas cosas eh… Fue un golpe a la afirmación del macho. Porque acá el que juega futbol y el que queda campeón es hombre, es macho, es bueno, es probado ¿no? Porque fíjate que otra cosa Carlos, antes de irme a jugar a campo 11, yo cuando llegaba a ir a los torneos, escuchaba que decían 'Ah… es que está perdiendo porque no ha llegado M', un delantero. Y el pinche M llegaba en su bicicleta. Lo cambiaban y llegaba y metía gol y hacía ganar a su equipo. Entonces yo veía como toda la porra se alborotaba y disfrutaba hacia él, hacia M ¿no? En ese momento,*

eso, a mí se me hace que me marcó" (Dario.12.09). Insisto que ganar es la forma más elevada de afirmación para los "machos", de mostrar sus "virtudes", sus habilidades y ser reconocido como "el mejor". Cuando ganamos la gente nos celebra, abraza y hacen sentir especial. Esto se muestra cuando el papá de Dario celebra que ganaron y cuando M era festejado por la porra. Es por medio de las competencias que los hombres se "miden". Con la diferencia tan significativa en que se trata a quienes ganan y a quienes pierden ¿quién desea perder?

Uno de los aprendizajes que se adquieren en el proceso de masculinización es que el éxito nunca se conquista; se disfruta cuando se gana, pero dura un momento, inmediatamente después, la disputa continua. En su búsqueda por masculinizarse los hombres viven tratando de llegar a la punta de una pirámide. Pero saben que en cualquier momento alguien los puede superar o pueden caer, lo cual implicaría ocupar una posición inferior. Es por esto que no pueden descuidarse, que siguen compitiendo, que aprovechan cualquier situación que les permita mostrar cierto dominio, ventaja o superioridad para masculinizarse. Esto está relacionado con la feminización de los hombres, que se produce cuando se muestran frágiles, débiles, sometidos o pierden. En sentido contrario, para masculinizarse buscan situaciones, conversaciones o escenarios en donde tengan cierto dominio o manejo.

En alguna conversación Dario me explica que para él ha sido placentero jugar futbol por saber que ejerce cierta influencia sobre otros hombres: *"el hecho de posesionarte como si fueras tú el que moviera el tablero de ajedrez en el campo, pues para mí era mucho. Este… era decidir tus movimientos, el de tus compañeros,*

y hasta el de tus adversarios. Como un tablero de ajedrez, mover las piezas. Yo así lo asimilaba el futbol 'a ver te paras aquí y tú haces que se muevan otros para allá'. El balón va a recorrer para acá y también estás moviendo a los adversarios ¿no? Y algo muy primitivo tal vez, pero el hecho de sentirte dominador. Has de cuenta que, en el futbol, yo me sentía el Pollo, que como el que jugaba y abusaba de los otros de alguna manera, que los empujaba, nos pegaba, yo me sentía así. Porque físicamente yo me sentía más astuto y no nada más físicamente, por mi posición, Carlos, yo aprendí a leer el juego […] Entonces yo ya tenía el conocimiento de como tenía que recorrer un delantero, como tenía que recorrer un volante, como tenía que correr un contención y obviamente mis laterales y mi central ¿no? Y a lo mejor, Carlos, ese es el reconocimiento que no tuve en las canicas, o no tuve por mi papá, porque te digo que no era un fan mío" (Dario.12.09). Pretendo mostrar que Dario obtiene cierto placer de participar en un escenario social que le permite influir en el comportamiento de sus compañeros y de sus rivales. Al "dominar" a otros Dario sentía que afirmaba su identidad, lo hacer sentir bien con él mismo, disfrutaba de masculinizarse. Además, destaco que afirme que "mover el tablero" es una forma de obtener el reconocimiento que nunca tuvo de su papá.

Los hombres, además de naturalizar la violencia, aprenden a disfrutar de la competencia, experimentan placer por ser dominantes, controlar, ganar. Esta mirada orienta el tipo de placer que se puede experimentar en distintas situaciones. Las personas que tratan de controlar lo que sucede pueden llegar a experimentar insatisfacción cuando las cosas no suceden como lo esperan. Esto implica que muchos de sus actos busquen controlar lo que sucede. Esto reduce la

espontaneidad del día a día, frustra y les impide disfrutar de lo que suceda. Sin embargo, lo más relevante de esto es que busquen adquirir reconocimiento, ser valorados, sentirse queridos.

Como he mencionado en párrafos anteriores, es por medio de las competencias que los hombres reafirman su masculinidad. Recordemos que en estos espacios hay muchas fricciones, agresiones y violencias, como pueden ser golpes, humillaciones, albures, cuestionamientos sobre las orientaciones de los otros hombres −como si fuera motivo de vergüenza−, entre otras muchas prácticas culturales que puedan feminizar a los hombres.

Esta forma de masculinización también está vinculada con sus prácticas sexuales. Dario, por ejemplo me compartió que, después de separarse *"pierdo incluso erección, pierdo virilidad. Y en una de esas me voy a echar con una compañera, una amiga y teniendo sexo, ella me dice 'Eres un pendejo'. Y me dio como una cachetada y le digo '¿Qué, qué pasó?' y me dice 'Tu viniste nada más a comprobar tu virilidad conmigo, no viniste porque te gusto, o porque me quieres'. Y yo me quedo serio ¿no? Así de 'no mames" (Dario.26.09).* En este fragmento Dario nos comparte que fue sancionado por una pareja que se sintió utilizada para que se afirmara como hombre. En su necesidad de masculinizarse Dario buscó a una figura que pudiera ser feminizada; simbólicamente al penetrarla la feminiza y él se masculiniza. Como he mencionado la dinámica de masculinización/feminización indica que someter a otra persona, da prestigio, estatus, masculiniza. En sentido contrario ser sometido degrada a la persona, es motivo de vergüenza, feminiza. No es de extrañar que Dario mencione que por no tener una erección pierda la

“virilidad”. Esto está ligado con estereotipos que definen que el tamaño del pene, la potencia de la erección, el apetito sexual, la cantidad de parejas sexuales, la frecuencia con que se tiene sexo y la duración en el acto se toman como muestras de masculinidad.

6.2.1.2 Rechazo identitario

Si bien he afirmado que los hombres buscar un reconocimiento por medio de la masculinización, es posible que estos intentos terminen en una feminización. Esto implica que experimenten un rechazo o sanción cuando no cumplen con las expectativas masculinas. En este apartado quiero mostrar el miedo que experimentan los hombres a ser feminizados.

Víctor, por ejemplo, me comparte la manera en que sus padres influían en sus comportamientos: *“si el papá o la mamá decía algo, sobre todo el papá. No era sólo de hablarte, sino con la mirada, ya, ya sabías que no podías hacer lo que estabas haciendo cuando te volteaba a ver” (Víctor.04.09).* Quiero comenzar por mencionar la manera en que ciertos gestos son suficientes para validar nuestras conductas correctas o incorrectas; y que las miradas tienen la capacidad de ejercer la presión suficiente para condicionar nuestro actuar.

El mismo Víctor me compartió que *“mi papá es muy tranquilo jajaja. Es muy… raro que se enoje, muy raro… tal cual así que lo veas que sea explosivo no. Solamente con las travesuras de nosotros […] Ahí sí, eran castigos malos, ya sabes, de golpearte con la riata, cables de luz, etcétera” (Víctor.18.09).* Destaco que Víctordescriba a su papá como un hombre “tranquilo”. Sin embargo, me sorprende

que diga que cuando hacían travesuras “ahí sí, eran castigos malos”, como si hubiera buenos. Subrayo esto porque detrás de los castigos del papá, de los golpes hay una emoción “negativa” como el enojo. También quiero señalar el tipo de castigos que sufría, ser golpeado con una riata, cables de luz, es mucho maltrato.

Cosme me compartió que después de que se le escapó el burro que había ido a atrapar *“yo le tuve que decir que el burro se había escapado por lo que hice. Y sí, me acuerdo que me pegó con una riata. Me ha de haber dado como 5 reatazos en la espalda. Así de ‘Híncate aquí… yo necesitando esto y lo otro’ Ahora sí que así arregló el problema conmigo” (Cosme.22.09).* Repito esta cita para mostrar que aunque en este fragmento Cosme no habla de emociones, se deja ver que detrás de los golpes que le dio su papá hay un incumplimiento al mandato, un enojo por dicho incumplimiento. Quiero señalar que detrás de estas sanciones, de los gestos o de los golpes hay emociones; aunque no siempre sea tan fáciles de reconocerlas, como lo veremos en los siguientes fragmentos.

Ismael describe cómo lo afectaba saber que su mamá estaba enojada, aunque ella no le dijera nada *“de niño yo prefería que me pegara o verla realmente molesta conmigo, en un plan serio que a veces hasta me quitaba el habla ¿no? Nada más para lo indispensable. Entonces sí era algo que llevaba a mi educación, a no salirme de mi corral […] Mi mamá tiene un semblante que le ves la cara y es un semblante serio. Entonces la ves de lejos y dices que esa señora es enojona. Entonces realmente el semblante y verla realmente molesta, no es que cambiara mucho sus facciones […] Pero si lo notabas en la forma de cómo te hablaba, en la comida de ‘¡Vente a comer!’ pero fuerte, o el pasar, como si no estuvieras, ignorarte,*

ni siquiera regresarte a ver, en una casa pequeña. No sé, no soy como de vibras y ese tipo de cosas, pero en especial con ella sí se sentía. Pero pues no sé, no sé cómo explicarlo. Yo creo que la relación es tan íntima ahí que no sabría explicarte el cómo me doy cuenta cuando mi mamá está realmente molesta conmigo, explicarlo. Sí lo siento, porque yo lo sé, basta con su mirada" (Ismael.25.09). Este es uno de los fragmentos que me parecen más ricos para ilustrar la manera en que las emociones se expresan por medio de ciertos gestos. Ismael menciona que a pesar de que su mamá tiene un semblante serio, que la hace parecer enojada, él notaba cuando realmente estaba molesta. En sus palabras interpreto que le dolía, le lastimaba el distanciamiento afectivo que tenía su mamá por el enojo, al grado de preferir que le pegara a que estuviera molesta. Cuando Ismael resalta que este tipo de acciones influyeron en su educación, evidencia la influencia de la nutrición emocional en su educación, en cómo nos afecta sentirnos ignorados, que nos retiren el habla, que se enojen con nosotros, en lo doloroso que es sentirnos ignorados, en cómo nos metemos "al corral" para no ser sancionados de esta manera. Al escuchar el efecto que tiene el enojo de su mamá, y recuperando la metáfora de la nutrición, me hace pensar que se siente intoxicado.

Le Breton (1998) explica que "[e]l rostro y el cuerpo registran mímicas de irritación, tedio, desdén, ira, gestos de impaciencia, etcétera. Tienen sentido para el interlocutor sensible y atento, aunque no se hayan intercambiado palabras" (p. 42). El mismo Le Breton (1998) utiliza un proverbio para explicar la relevancia de los gestos: "Los gestos son los tambores de agua de la palabra" (p. 40). Y explica que "[e]l cuerpo no es el pariente pobre de la lengua, sino su socio con todas las de la

ley en la permanente circulación del sentido que da su razón de ser al vinculo social. Ninguna palabra existe sin la corporeidad que la envuelve y le da carne" (p. 40).

Con estos fragmentos quiero mostrar la presencia de las emociones en los gestos y su capacidad para regular nuestros comportamientos. Destaco la potencia de las sanciones emocionales, la presión que ejercen en nuestros comportamientos y en su influencia para que nos ajustemos a las exigencias normativas. Si recuperamos la metáfora de la nutrición emocional, podemos afirmar que las emociones que nos validan nos nutren, las emociones que nos sancionan nos intoxican. Cuando nos portamos "mal" las miradas ajenas nos intoxican para corregirnos, por medio de regaños, silencios, castigos o golpes. En sentido contrario, cuando nos portamos "bien" las miradas ajenas, los halagos, los comentarios positivos nos nutren, lo cual nos alienta a seguir el camino que nos hizo recibir este "premio". A pesar de que pocas veces consideramos la influencia de las emociones, son determinantes para que repliquemos los mandatos.

Esto mismo se hace presente cuando Ismael menciona que se arrepiente de no haber terminado su carrera *"si me hubiese gustado tener el título […] Entonces son cosas que son por darle gusto a mis padres, porque es un orgullo tener un título ahí colgado o saber que lo tienes" (Ismael.20.11).* Ismael, a pesar de no haberse titulado, sabe que eso haría sentir orgullosos a sus papás y por lo tanto se arrepiente de no tenerlo. En este caso hay una especie de culpa por no cumplir con las expectativas de sus padres.

Entiendo que la culpa es parte de lo que he definido como intoxicación emocional. Esta intoxicación genera un malestar, un daño identitario que preferimos

evitar. Es importante subrayar que esta intoxicación no impacta directamente nuestra integridad física, sino nuestra identidad. Las personas que son sancionadas se sienten como inadecuadas, insuficientes, “malas”, no merecedores de afecto. En consecuencia, si quieren ser queridos, deben ser “buenos”, deben cambiar. La sanción emocional impacta a nivel identitario.

Una de las formas más características en que los hombres son feminizados es cuando pierden. El siguiente fragmento me lo comparte Cosme cuando le pregunté si sentía que había sido más violento con hombres o con mujeres: *“con hombres, porque en las cuestiones de las mujeres, para empezar yo no me siento capaz ni siquiera de alzarles la mano […] Cuando uno juega con mujeres, el tipo de juego, como lotería o cositas de esas, siento que no, que lo menos es de agredir a alguien o me sienta molesto. Y con un hombre si te duele perder” (Cosme.4.12).* Destaco de lo que me compartió que a una mujer no se le ve como rival. Se le da un trato distinto. Sin embargo, con los hombres “duele perder”. Este dolor genera malestar y motiva a los hombres a no renunciar, a no dejarse vencer, a seguir luchando, a confrontarse.

Si consideramos que los hombres quieren ser reconocidos y valorados, podemos entender el riesgo que implica que socialmente se asuma que sólo serán queridos si se masculinizan, si obedecen los mandatos de la masculinidad. En caso de que no los obedezcan serán feminizados, se intoxicará su identidad y no se sentirán queridos. Para los hombres, feminizarse implica una doble pérdida: ser sometido por otras personas, pero sobre todo la pérdida del reconocimiento, que parece ser más doloroso.

Cosme me compartió una experiencia, cuando tenía poco de haber llegado a la CDMX *"entonces me toca exponer, me pasan al frente con mis compañeros y para acabarla de fregar, en ese, pues éramos nuevos, ese día mis compañeros no fueron. O sea el del equipo nada más era yo. Entonces, 'pues pásale'. Entonces pues dicen 'el equipo tal, ¿qué vas a exponer?'. Y yo pues ya llevaba el rollo de que no había encontrado información. 'No pues a mí me tocó tal tema, pero mis compañeros no vinieron', '¿Y luego?' […] 'No pues no vinieron, pero yo investigué, fui a la biblioteca fulana'. Trataba de decirle todos los lugares que yo había ido. Y pues ella no sabía que yo tenía pocos días en la ciudad y que pues también desconocía donde podría encontrar información, y al último me dijo 'pero ¿tú qué entendiste del SIDA?' y le digo 'No pues lo único que yo traigo en la cabeza es que es una enfermedad venérea que se contagia por el acto sexual, o tu sangre, por alguna cortada, pues también se contagia en tu sangre y pues es todo lo que sé'. Y todos se empezaron a reír, y pues no sé si mis compañeros traían más información, pero yo no encontré y bueno. Me acuerdo que hasta ahí pues todo bien, dijo 'no pues un aplauso para el compañero, que no investigó nada pero que por lo menos ya pasó acá al frente' Y ya voy a sentarme. El detalle fue a los 8 días, bueno perdón, a la siguiente clase, que no nada más fue uno, sino no fue el equipo completo, del siguiente que le tocaba. Entonces mis compañeros dijeron '¿Y ahora qué hacemos?' Y dice la maestra 'No pues yo no traigo la clase preparada, ¿quieren que se repitan los temas de los grupos que han expuesto?' Y todos empiezan que sí, pero que pase el que pasó, jajaja. Y créeme que sinceramente me sentí burlado, humillado, porque uno dijo eso 'Que pase fulanito porque pues habla bien chistoso y la neta estuvo bien bonito lo que dijo' Y no sé qué y no sé cuánto, pero pues obviamente*

era más mi acento que lo que yo había aportado al grupo. Yo recuerdo que no había aportado absolutamente nada porque no había encontrado nada y créeme que me marcó a mí y hubo un momento, no sé por qué que yo no quería ir a la escuela. Yo decía que mis compañeros se burlaban de mí, de cómo hablo y de esto y lo otro" (Cosme.22.09). En este fragmento Cosme me compartió que se sintió avergonzado, humillado por las burlas de los compañeros y la complicidad de la profesora. Sin embargo, lo que más quiero destacar es que esta situación "marcó" su identidad en aquel momento, en un sentido negativo. El malestar de Cosme estuvo cerca de provocar que abandonara sus estudios. Con esto quiero visibilizar que cuando la manera en que nos miran nos afecta, provoca que queramos evitar esa situación.

En uno de los encuentros que pude dialogar con Dario me compartió que *"la educación de género fue eso, 'tú no hagas esas cosas porque esas cosas son de niños', de que incluso no nada más eran los papás quienes eran los que te decían, si no que era tu propio círculo de amistades, este… que te decían 'no pues tu vete con los niños, tú no te vayas con las niñas' y pues yo, al menos yo me atraía por sentirme parte de la manada de machos. O sea, ni siquiera me atraían las cosas de niñas, eh… pero no, sabes qué, sí Carlos, si había cosas que decía 'ah pues está padre jugar esto', 'está padre bailar con ella', pero si te intimidaba el hecho de que ah pero van a decir que por qué me voy ¿no? Van a decir que soy puto, que porque me gusta jugar a las muñecas, o jugar a la comidita" (Dario.12.09).* En este fragmento Dario comparte el riesgo que implicaba que realizara actividades "de niñas". Quiero señalar esto porque me parece que ayuda a confirmar el miedo como un elemento que dificulta que los hombres se vinculen con prácticas culturales

feminizadas. Agregaría que esto no es sólo un aprendizaje de casa, sino un conocimiento compartido en distintos escenarios sociales, un saber naturalizado.

Los hombres que expresan emociones feminizadas, que requieren cuidados, pero también que cuidan son feminizados. Hochschild (2008) comparte que en alguna ocasión un hombre de 65 años, que había dedicado mucho tiempo, amor y esfuerzo al cuidado de su madrina de 87 años le compartió que "si un hombre se dedica a cuidar a otra persona llamándola, haciéndole las compras o visitándola, manifiesta al mundo su fracaso como hombre" (p. 20). Es por esto que Hochschild (2008) afirmar que "el cuidado de otras personas cada vez se asocia más con la sensación de 'atascamiento', de quedarse fuera del espectáculo principal" (p. 20). Para los hombres es muy difícil llevar su día a día sin el alimento afectivo, es muy doloroso que se les feminice, que se cuestione su identidad.

1. Intermachismos

Después de compartir algunas de las sanciones emocionales que identifiqué en las conversaciones, quiero enfocarme en visibilizar las exigencias que son ejercidas por mujeres. En los siguientes fragmentos pretendo mostrar los tratos, sugerencias o gestos en los que mujeres presionan a los hombres para que obedezcan los mandatos de la masculinidad.

Víctor, por ejemplo, me describió que él no quería migrar a la CDMX, *"no quería, pero fue más obligado por la parte de… mi mamá, sobre todo. Como mi hermano había ido, pues me espero y yo fui a jugar futbol y regreso y me dicen 'pues báñate porque ya te vas'" (Víctor.04.09).* Conviene mencionar que la mamá

de Víctor no ejerció la misma presión con Víctor y su hermano que con su hermana. Los dos hombres migraron a la ciudad a estudiar y prepararse para tener un mejor trabajo.

Cosme me compartió del desgaste que representó acompañar a su esposa en su enfermedad: *"hablé con mi hija, de lo que me estaba pasando […] Y ya le dije este… que yo no me sentía bien, que me quería ir de la casa, pero dice '¿cómo nos vas a dejar?' y yo de 'No, económicamente no, van a seguir igual, yo voy a venir a…' Y sí, siempre fue así, de 'yo no los voy a abandonar ni nada de eso' […] renté ahí un departamentito por allá por donde vive O (su hermana). Entonces iba yo a trabajar, regresaba aquí con ellos, cenaba y dormía allá en el departamento. Así me la aventé como 3 meses" (Cosme.7.10).* En este caso Cosme nos muestra que le expresó a su hija mayor que no se sentía bien. Su hija reclama que no puede irse y parece quedarse tranquila cuando él se compromete a seguir cumpliendo su rol de proveedor.

En uno de los encuentros con Ismael le pregunté si su mamá alguna vez le permitió faltar a trabajar: *"al campo siempre me mandó, de hecho, las veces que yo no quería ir, como mi papá estaba en Estados Unidos, ella siempre me decía 've a ayudar a tu abuelo', me despertaba en las madrugadas los días sábados, domingos, que no había escuela, para ir a ordeñar, por la tarde tenía que ir a encerrar, ella siempre me alentó a ir" (Ismael.08.09).* Quiero destacar que en algún encuentro Ismael mencionó que su mamá les dio una educación igual a él y sus hermanas. Sin embargo, la supuesta igualdad no aplicaba para ir a trabajar al campo. A él lo

despertaba y presionaba para que fuera a trabajar, asumía que eso es lo que correspondía, por ser varón.

Ismael también me compartió que su mamá le exigía que si llegaba a pelear debía ganar *"en la secundaria eso del bullying ha existido desde siempre, y yo era muy, muy chaparro en secundaria. O sea, todos me sacaban 20 o 30 cm, era muy, muy chaparro. Pero sí nunca fui como que dejado ¿no? Siempre había ahí algo y siempre cuidándome…Si yo recuerdo mucho una frase de mi mamá: 'No quiero que te andes agarrando, porque si te agarras y te rechingan, va a ser doble porque acá te voy a rechingar más'" (Ismael.08.09).* A pesar de ser bajo de estatura, la mamá lo presionaba para que no perdiera y lo amenazaba con "rechingarlo" si sucedía. Evidentemente no hay un trato tierno, empático. Más bien hay una exigencia para que aprenda a defenderse, aprenda a resolver sus problemas y para que no pierda. Además, hay una amenaza física directa y emocional.

El mismo Ismael me compartió que en alguna ocasión: *"una chava con la que salí, de pronto en una fiesta nos separamos, volvimos a la mesa y dice 'fíjate que aquel tipo me está molestando'. Prácticamente me está diciendo 'pues ve a decirle que vengo contigo', o sea, en lugar de decir que 'hay que movernos, vámonos, esta persona se está pasando', cosas así, 'no quiero que tengas un problema por eso'. Nada, lo primero fue 'oye fulano me está molestando', para que tú vayas y lo confrontes […] ni siquiera lo piensas, lo haces, porque es tu rol" (Ismael.20.11).* La mujer con quien salió Ismael asume que es responsabilidad del hombre defenderla y ejerce presión para que suceda. No considera que la integridad de Ismael podría comprometerse por defenderla. De fondo está una exigencia que naturaliza el

mandato y contribuye a la masculinización de los hombres. En caso de que un hombre no defienda a su pareja se cuestiona su calidad de hombre, ya sea por cobarde o miedoso.

Como ya he mencionado, hay una forma de ejercer presión positiva: halagando, premiando, celebrando o avalando cuando los hombres se comportan de manera "masculina". Un ejemplo podría ser cuando la mamá de Dario respalda la actitud de su hijo después de golpear a otro niño: *"regresó Pollo con sus hermanos y su mamá, a reclamar que yo le había pegado a su hijo ¿no? Y mi mamá me regañó, 'No pues, ¿por qué le pegaste?', y yo dije 'No pues siempre me está pegando, me hacía esto, esto y esto y además él siempre nos pega mamá, yo ya te lo había dicho'. Y ya ahí mi mamá me dio la razón y dijo 'Si es cierto, este… él siempre le pega a mi hijo, su hijo está más grande y yo nunca le he ido a reclamar'" (Dario.12.09).* **(cita repetida)** Quiero destacar que la mamá de avala, valida y respalda que Dario haya golpeado a otro niño, esta reacción nos deja ver que ella entiende que estuvo bien lo que hizo.

Intramachismos

Como ya he comentado, no sólo las mujeres presionan a los hombres para que se ajusten a las exigencias de la masculinidad. En esta sección pretendo mostrar la presión que ejercen entre hombres.

Ismael me comparte: *"me acuerdo que de niños, iba pasando un chavo que más o menos estudiábamos en la misma camada, (su tío le dice al chavo) 'oye, dice*

mi sobrino que si se avientan un tiro?', 'oye no espérate yo no dije', '¿qué? ¿le vas a sacar?', 'no, pues no', 'ah órale, pues a darle'. Nos hacía pelear, este… cuestiones así y nomás porque él quería y era nuestro tío ¿no?" (Ismael.08.09). La presión que ejerció el tío de Ismael para que peleara conlleva un chantaje al cuestionar si le va a "sacar", sabiendo que renunciar a la pelea implicaría ser acusado de cobarde, feminizarse.

El mismo Ismael me compartió una broma pesada que le hizo su primo: *"en aquel entonces, el alcohol era así como que de la botella de, uf, Presidente. Me dio un trago y dice 'tómatelo'. Me lo dio puro y yo de 'no manches eso sabe super feo' y dice 'así sabe a la primera'. Bueno el chiste es que, quién sabe cuántas me tomaría y pues yo perdí la conciencia, me llevaron cargando a la casa" (Ismael.08.09).* **(cita repetida)** Detrás de la "broma" del primo está la idea de que los hombres deben aprender a controlar el alcohol.

Dario me comparte lo que hacía su papá cuando veía a una niña: *"me decía 'mira, háblale a esa niña'. Y le hablaba él a la niña y nos dejaba ahí y él se iba y yo sudando ¿no? Temblando. Me quedaba con ella y no hacía nada, me intimidaba y me quedaba ahí" (Dario.26.09).* La descripción de Dario nos deja ver los malestares que él experimentaba cuando su papá lo dejaba con alguna niña. Esta presión tiene como base la expectativa de que los hombres deben saber manejar el coqueteo.

Edwin, me compartió, la coincidencia que se generó: *"justo cuando yo le digo a mi papá de que estábamos embarazados, ese día él venía decirme que yo ya tenía trabajo que me había conseguido trabajo en Estrella de Oro con su amigo" (Edwin.7.10).* A pesar de que Edwin comentó que en su casa hubo educación

igualitaria para él y sus hermanas, en algún momento su papá, por su sexo, definió que ya era momento de que trabajara. Coincidentemente, sucedió cuando Edwin le hace saber que él y su pareja estaban embarazados.

Víctor me compartió que en alguna ocasión, cuando estaba recién operado de la vesícula, fue a ver el partido del equipo donde él jugaba. Sin embargo, como no se completaba su equipo, sus compañeros le dijeron *"el clásico de métete y si llega alguien, ya te sales" (Víctor.26.10).* La presión que ejercen los compañeros de equipo para que Víctor jugara, ponen en un segundo lugar los riesgos que implicaba para su integridad que jugara.

Cosme me comparte lo común que son los chistes sexistas en el ambiente en que se relaciona: *"me viene a la mente de mi paisano V, de 'no es que este es puto'. O sea, discriminamos en cierta forma, nuestras propias preferencias. No vemos bien nuestras preferencias sexuales, nuestros modos. Hoy en día es notorio inclusive, 'pero no te preocupes, ya es legal que te gusten los hombres' jajaja. Es muy frecuente escuchar ese tipo de cosas, 'pero ¿qué tiene, ya está permitido, ya no pasa nada?'. Entonces yo siento que entre nosotros mismos hay ese tipo de cosas que no las aceptamos" (Cosme.4.12).* En este fragmento aparece una sanción moral indirecta; por medio de las bromas y comentarios que aparentan la aceptación de otras orientaciones. Sin embargo, estas bromas están sancionando a un hombre con prácticas heterosexuales que tuvo un comportamiento que entienden como femenino.

Para ilustrar la manera positiva en que los intramachismos promueven que los hombres se ajusten a las exigencias masculinas podemos recuperar un

fragmento que ya he citado. Cosme describe que su papá lo presumía por la manera en que trabajaba: *“a mi corta edad, me hice muy experto de un instrumento […] me acuerdo mucho, de que él (su papá) me presumía con ellos (sus empleados) pues, ‘No, yo luego me canso, que se ponga mi hijo ahí delante de ustedes’ […] Recuerdo mucho esa presunción por parte de él con ellos” (Cosme.22.09).* Las palabras del padre de Cosme dejan ver el orgullo, placer que le generaba que su hijo dominara un instrumento de trabajo, al grado de presumirlo frente a otros hombres. Estos halagos son expresados porque Cosme hacía las cosas “bien”, lo hace sentir validado, reconocido, importante y nutrido emocionalmente.

Los intramachismos nos permiten ver la manera en que los hombres se presionan entre sí para cumplir los mandatos de la masculinidad. Esta categoría permite visibilizar la evaluación constante que viven los hombres, ya sea que se sancionen y premien. Si los hombres dejaran de sentirse presionados por ajustarse a las exigencias masculinas podrían relajarse y sus comportamientos no estarían condicionados por esta normativa. Como he mencionado también la admiración, los halagos son una forma de poder positiva que los presiona.

Con respecto a los intermachismos y los intramachismos he tratado de mostrar, por medio de algunos testimonios la presión que se ejerce en los hombres para que se ajusten a los mandatos: de trabajo, de pelear, de no perder, de coquetear, de tomar, de ser valiente, de la heterosexualidad, de proveeduría, de protección; ya sea que la presión sea ejercida por mujeres u hombres.

Confío que lo que he presentado en este bloque sirva para mostrar la influencia que ejercen las miradas de otras personas en los comportamientos de los

hombres. Esto me parece relevante porque la masculinización se afirma por las miradas de otras personas que ejercen presión para que los hombres no feminicen su identidad. Lo que me parece más relevante a señalar es que la masculinización identitaria que viven los niños tiene una continuación en la adultez, por medio de la masculinización interactiva.

El arraigo que tiene la normativa sexista provoca que la mayoría de las personas asuman que los hombres deben obedecer los mandatos, presionan a los hombres para que lo hagan y los sancionan cuando no lo hacen. Desde esta mirada, los hombres “buenos” son masculinos, obedecen los mandatos de la masculinidad, no se dan por vencidos, son resilientes, son emocionalmente herméticos, no se muestran frágiles, no lloran y no son conformistas.

Es importante subrayar que no son los mandatos de la masculinidad los que presionan a los hombres, la presión la ejercen las personas, sus miradas, sus gestos, sus palabras, sus silencios, sus expectativas, sus sanciones, sus halagos, sus afectos. Sin la sanción emocional hacer lo “correcto” o lo “incorrecto” tendría casi los mismos resultados. El impacto emocional de la culpa, la vergüenza, la exclusión, los premios, abrazos, el cobijo afectivo, los aplausos que reciben los nutre o los intoxica, promoviendo o censurando ciertos comportamientos. La presión que ejerce la nutrición o intoxicación emocional masculiniza a los niños y los hombres.

En este apartado he intentado mostrar que en cualquier interacción los hombres pueden ser masculinizados/feminizados por sus comportamientos. El prestigio que socialmente se le asigna a una posición masculinizada provoca que los hombres busquen masculinizarse. Esta masculinización es el deseo de los

hombres por ser valorados, reconocidos, queridos. La normativa, al definir los mandatos, motiva, excita, aplaude, premia, celebra, reconoce, paga, instituye, festeja a los hombres que confirman su masculinización.

La nutrición emocional es un dispositivo fundamental para la masculinización de los niños y hombres. En su intento por ser queridos, valorados, reconocidos los hombres aprenden que deben trabajar, proveer, luchar, competir, no darse por vencidos, aguantar, no quejarse y dominar, ganar. Desde niños aprenden que las personas débiles, frágiles, vulnerables serán sometidas y se van endureciendo. La masculinización enseña a los niños y hombres a comprometer su integridad, se distancien de sus vínculos personales y afectan su calidad de vida, para ajustarse a las expectativas sexistas.

Si la masculinidad se afirma por medio de su dominio, quienes no demuestren esta característica, no serán reconocidos como hombres. En esta sociedad competitiva, los llorones, los débiles, frágiles, vulnerables, quienes se dan por vencidos, quienes no compiten son sometidos. Un hombre sensible, ya sea padre, amigo, hermano, esposo, novio, vecino es visto como un hombre precario. ¿Hay alguna manera de que se inserte un hombre no competitivo en una sociedad competitiva, jerárquica y ambiciosa?

Entiendo que para que los hombres cambien se requiere profundizar en los valores que hay detrás de la política con que interactuamos. Mientras las interacciones jerárquicas sean legítimas las personas, no sólo los hombres, buscarán sacar ventaja de cualquier condición para quedar en una posición superior. Si queremos un mundo más horizontal las personas tendríamos que

vincularnos desde valores no competitivos, no jerárquicos y replantearnos si la ambición debe estar ligada con los intereses capitalistas, al éxito definido por a modernidad o a la construcción de un mundo más equitativo, más horizontal.

Paradoja existencial

El discurso sexista sólo considera la existencia de hombres masculinos y mujeres femeninas. El hecho de que un hombre no sea identificado como masculino, lo saca de las categorías sexistas. Un hombre que compite puede ganar y perder. En caso de ganar se masculiniza, en caso de perder se feminiza. Mientras los hombres sigan compitiendo tendrán una existencia social que les permitirá masculinizarse o feminizarse.

Para legitimar el discurso sexista ha sido indispensable invalidar cualquier otro que pueda ofrecerles a los hombres un modelo alternativo al masculino. La naturalización del sexismo implica una paradoja; si el estereotipo afirma que los hombres nacieron para competir y hay personas con genitales machos que no compiten se cuestiona su ser hombre. El conflicto identitario se presenta cuando un hombre deja de participar en ambientes competitivos. Sin embargo, como he mencionado en capítulos anteriores, existe una sanción extranormativa para los hombres que no obedecen los mandatos de la masculinidad. Estos hombres, al no participar en la dinámica competitiva, pierden la posibilidad de tener un reconocimiento social, se exponen a exclusiones y al entrar en el campo de lo abyecto, pueden experimentar una crisis identitaria.

En los relatos de los hombres encontré una resistencia a “quebrarse”. Sus palabras me permitieron identificar que los hombres se “quiebran” cuando no pueden contener alguna emoción feminizada, lloran, ya sea por miedo, tristeza o dolor. Esto me ha hecho reflexionar sobre esta metáfora; ¿qué es lo que se “quiebra” cuando un hombre se “quiebra”?

A partir de la muerte de su primo, Ismael me comentó: *“llegas al panteón y lo entierras ya las personas empiezan a llorar. A mí me da mucho sentimiento escuchar a las personas llorar y más cuando es eh… No sé, un llanto tan del corazón, el perder un ser amado, tanto dolor te quiebra, te sobrepasa la emoción, te salen las lágrimas, no te puedes contener, tratas de ser fuerte pero finalmente termina ganando el sentimiento” (Ismael.08.10).* Este relato, además de mostrarnos que los hombres se quiebran cuando lloran, explica la metáfora al mostrarnos que llorar “rompe” a los hombres. Los hombres se quiebran cuando “pierden” frente a sus emociones, cuando le “gana” el sentimiento, cuando se feminizan.

Al tratar de profundizar sobre esto, el mismo I, me comenta *“me he quebrado este, o me ha ganado la emoción, las lágrimas, de llorar, sí ha pasado este, no sé, de pronto cuando todo te está saliendo mal. Llega un momento en el que agarras, respiras y te empiezan a rodar las lágrimas y son ese tipo de momentos de crisis existenciales o no sé” (Ismael.08.10).* Esta descripción deja ver que “quebrarse” implica un cuestionamiento identitario, “crisis existenciales”, que lleva a los hombres a preguntarse si realmente son hombres. Tomando como premisa la afirmación que sostiene que los hombres no lloran, podemos deducir que si alguien llora no es hombre. Dicho de otra manera, cuando alguien llora es porque no es hombre. A

partir de esto, cuando un hombre llora quiebra la normativa, sale de la categoría hombre.

En este mismo encuentro Ismael me comparte que en alguna ocasión lo subieron a una camioneta, lo golpearon, lo inmovilizaron, lo amenazaron hasta que quisieron soltarlo. El relato inicia cuando él platicaba con una chica, en un bar: *"se nos acercaron estos tipos. Uno le dice a la chava 'A ver ¿con quién estás? ¿con ellos?', 'No pues contigo', 'Entonces siéntate'. Yo me doy la vuelta, ella se despide y este tipo me dice que es su novia. Y le digo 'ah está bien, a mí no me interesa bajarle la novia a los demás'. 'Ah que chido que respetes, somos los de esa camioneta' […] cuando de pronto siento un golpe y así como lo siento lo regreso y descuento al tipo. Pero se regresan todos sacando pistola y cortando cartuchos y mis amigos en el bar se paran, pero, así como se paran, se vuelven a sentar. Y ahora me da risa porque los ves cómo se levantan y cómo se vuelven a sentar. Entonces me golpearon y no sé, como que se querían divertir conmigo. Querían quebrarme o quién sabe, desconozco. Pero pues qué suerte ¿no? Porque no pasó nada, al final me dejaron ahí, me soltaron, fue mi papá por mí" (Ismael.08.10).* En este relato Ismael me comentó que estos tipos lo subieron a una camioneta, lo golpearon, hasta que, después de un par de horas, lo liberaron. Las palabras de Ismael afirman que querían "quebrarlo". Pero también aclaran que "por suerte no pasó", lo cual nos señala que no lloró, no pidió que lo bajaran, se comportó como los hombres, aguantó, resistió, fue fuerte en la adversidad.

El control de las emociones feminizadas es una de las fronteras que los hombres no deben traspasar. Los hombres deben evitar llorar, mostrarse frágiles,

débiles, vulnerables, para que esto se logre pasan por un proceso de pedagogía cruel, que los endurece físico y emocionalmente. Este proceso de endurecimiento enseña a los hombres a controlar las emociones. Quiero destacar que los hombres viven una constante competencia contra sus emociones para que no les "ganen". Contradictoriamente los hombres ganan cuando pierde la emoción; si las emociones ganan, pierden los hombres. Cuando ganan las emociones los hombres se rompen, se feminizan.

No hay motivos biológicos por los cuales los hombres no puedan llorar. Los niños dejan de llorar por las prohibiciones impuestas por la masculinidad. Además de introyectar que deben esconder las lágrimas, aprenden a negar el cansancio, enorgullecerse de resistir más dolor. Como las emociones "femeninas" los vulneran, aprenden a insensibilizarse o esconderlas para sentirse fuertes, capaces, seguros. Así se endurecen inhiben demostraciones afectivas tiernas o empáticas al dolor ajeno. El proceso de masculinización de los niños estaría incompleto si no configuran una emocionalidad masculina.

No sólo cuando los hombres "pierden" contra sus emociones son feminizados. En una de las conversaciones que tuve con Dario me comentó cómo se sentía con respecto a su trabajo: *"de repente no creas, si llega eso de 'no mames trabajo mucho y no tengo'. Y ahí te haces un reconocimiento de ¿eres cabrón o no eres cabrón? ¿eres hombre o no eres hombre?" (Dario.17.10).* El relato de Dario nos deja ver que los hombres también sienten que se "quiebran" cuando no destacan, no son dominantes en algún aspecto de sus vidas. Esta dificultad para

cumplir con el estereotipo implica un cuestionamiento identitario que los lleva a preguntarse si realmente son hombres.

La metáfora del "quiebre" nos permite ilustrar la frontera que no deben traspasar los hombres. Es importante mencionar que este rompimiento no se refiere a aspectos físicos, sino a un tema identitario. Un hombre no se "quiebra" por dejar de tener genitales machos. Se quiebran cuando pierden el control de sí, cuando no ha sido capaz de soportar la adversidad, cumplir con la expectativa. Quebrarse implica que romper con las exigencias sexistas, desobedecer sus mandatos. Es un quiebre al discurso normativo.

En uno de los encuentros Dario me compartió una experiencia en donde, por no cumplir la normativa, fue excluido: *"los niños más respetados, eran los niños que tiraban más fuerte y eran los que te ganaban las canicas. Los mejores niños tenían sus botesotes de canicas como con trofeos ¿no? Unas canicas muy bonitas y tu decías 'te apuesto mi rayito' y ya tirabas. Pero había un código ahí sí, totalmente, con las reglas bien claritas, no leías un manual, sino que ibas aprendiendo sobre la marcha, 'no, no, que es atrás de la línea'. Algo que ya habían quedado todos ¿no? […] Yo no era muy bueno para jugar y le dije a mi abuela 'Oye abuela, ¿me das dinero?', '¿Para qué?', 'No pues para canicas' […] yo llegué con mi bote de canicas, pero toda nueva. Y cuando llego al círculo de amiguitos dicen 've, este no había ganado nunca y ya trae canicas' y dicen 'Ah, pues son nuevas, las compró, así no tiene chiste'. Y yo sentí en ese momento un desdén. No me gané este trofeo ¿no? No me gané lo que traigo en la mano. Ellos mismos me fueron metiendo eso ¿no? 'Esas canicas no te las ganaste, no valen nada para nosotros'" (Dario.12.09).* Este

fragmento me ha ayudado a entender lo doloroso que puede ser la exclusión, por no respetar los códigos de sus pares. En su descripción Dario comparte que a pesar de que no existe un manual, los niños aprenden y deben obedecer las reglas del grupo. Esta obediencia, como he señalado, da cohesión al grupo y pertenencia a cada miembro. Quienes no se ajusten a estos códigos son excluidos. Como este fragmento lo muestra, la exclusión no inicia como un destierro físico. Comienza por un límite simbólico, colocado intencionalmente, para impedir la interacción. Marca un adentro y un afuera. Quienes quedan dentro son vistos como un grupo cohesionado, lo cual da pertenencia a quienes pertenecen. Quienes quedan fuera sufren la exclusión. Esto es común en los niños cuando se imponen la "ley del hielo". Este muro bloquea los intentos de interactuar, frustra, lastima, imposibilita la continuidad de las interacciones.

Ismael me compartió el trato que recibía un niño que quiso convivir en espacios masculinizados: *"no le gustaba pelear, al final este… les daban sus golpes, se sentaba a llorar y luego se quedaba sin jugar" (Ismael.08.09).* Los niños y hombres que no se masculinizan son aislados, rechazados, excluidos de las actividades asignadas a sexo. Esta exclusión representa una pérdida de espacios de socialización, de reconocimiento que reafirmen su identidad. Lo cual implica que sus pares no espejean su identidad, lo cual es indispensable para ser reconocidos socialmente. Esto puede provocar que entren en el terreno de lo abyecto.

En esta misma conversación Ismael me hace una descripción de una situación similar: *"los pleitos por ejemplo ya más grandes era cuando jugábamos fútbol, entonces ya era sí como que de pronto te amenazaban […] un niño dejó de*

jugar fútbol, por lo mismo. Ya no lo dejaba ir su mamá, porque si le pegaron como 2 o 3 veces, entonces llegaba siempre llorando a su casa y ahí ya dejó de ir, ya no siguió jugando, no sé si ahora juegue" (Ismael.08.09). Ismael nos comparte que el niño que lloraba no tenía los recursos para afrontar las amenazas que recibía. Su mamá, en una intención de protegerlo, lo aisló del grupo y perdió la posibilidad de seguir jugando con otros niños. La consecuencia fue que el grupo de niños le perdiera la pista. La dificultad para vincularse con los códigos crueles del grupo interrumpió su interacción, le quitó la posibilidad de convivir y provocó su exclusión de este escenario social. Si esto mismo sucede en otros grupos el niño pierde la posibilidad de reafirmar su identidad socialmente.

El proceso de socialización es algo cotidiano, constante. Quiero decir que la exclusión es gradual. No se excluye a los niños que dejan de jugar por algunos días. La exclusión deriva en la abyección cuando ambas partes aceptan interrumpir la interacción. Es decir, si un niño llora y al otro día vuelve a salir a jugar, es posible que pueda integrarse. Sin embargo, el niño que llora y prefiere no volver a salir acepta la exclusión de sus pares y renuncia a seguir intentando pertenecer.

Como he querido mostrar las actividades de los niños son crueles, toscas, violentas, se exponen a riesgos, hay confrontaciones, etc. Todos los niños son expuestos a mal-tratos, descuidos, en su proceso de masculinización. Sin embargo, como se muestra en el último fragmento, los niños que no soportan las hostilidades de estos grupos son sancionados. En caso de que sea tanta la incomodidad de estos niños, dejarán de asistir a estos espacios. Sólo los niños que se masculinizan

logran desarrollar los recursos emocionales para continuar en esos grupos y continuar con su proceso de masculinización.

Los niños que experimentan dificultades para integrarse en grupos de pares masculinizados, son excluidos. Lo más delicado es que hay muy pocos espacios que permitan a los niños feminizarse. Lo cual provoca que los niños que no se masculinizan se queden sin espacios de interacción que reafirmen su identidad. La falta de espacios para niños no masculinos provoca que se aventuren a navegar por mares solitarios y se exponen a muchas tormentas sin el respaldo social. El binarismo sexista no ofrece espacios para dejar de ser masculino. La sociedad disciplinaria no da margen para la indisciplina.

Aunque podríamos argumentar que nadie está obligado a ajustarse a la norma, quienes no la respeten son excluidos. La exclusión provoca que los niños se queden sin espacios de para jugar, para socializar, desaparecen para sus pares, no existen socialmente, se quedan sin grupos para reafirmar su identidad. Para los niños puede ser muy amenazante que otros niños no quieran jugar con ellos. El destierro de sus grupos de pares es un castigo muy doloroso. Para evitar las sanciones sociales por feminizarse los niños aprenden a ajustarse a la norma, es decir se masculinizan.

La legitimidad de la normativa sexista y la falta de alternativas identitarias deja a los niños un único camino para configurar su identidad: la masculinidad. Sólo los niños que se ajustan a la normativa sexista son nutridos emocionalmente. Detrás de los actos de los hombres está el deseo de ser reconocidos, apreciados, amados.

Quiero decir que se masculinizan buscando la aprobación, el aplauso, sentirse queridos, importantes, valiosos.

En sentido contrario las emociones que sancionan sus comportamientos: la vergüenza, la culpa, la sanción, la exclusión, la humillación, los lastiman, hieren, intoxican, su identidad haciéndoles creer que hacen mal, que deben cambiar para ser aceptados. El ideal del hombre masculino es una convención que la gran mayoría de las personas comparte. Esto implica que las personas con quienes conviven los hombres también esperen que tengan comportamientos masculinos: sean "exitosos", dominantes, fuertes, sexualmente potentes, ambiciosos. Es como si dijeran "sólo te vamos a querer o amar cuando cumplas con lo que te estamos pidiendo".

Una sociedad disciplinada, tiene como prioridad la norma, la corrección y no el bienestar de las personas y sus sentires, incluidos los hombres. El buen trato está condicionado en función del grado de disciplinamiento de los sujetos. Entre más "correctos" sean los sujetos mejor, más introyectado estará el deber ser. La norma define lo correcto, lo incorrecto, qué se ama, qué se desprecia, a quién se ama y a quien se le desprecia. Foucault (2008) explica que, por el simple hecho de haber nacido en una sociedad, estamos obligados a aceptar las leyes que nos preceden, obedecerlas y/o aceptar sus sanciones:

> El criminal aparece entonces como un ser jurídicamente paradójico. Ha roto el pacto, con lo que se vuelve enemigo de la sociedad entera […] La infracción opone, en efecto, un individuo al cuerpo social entero; para castigarlo, la sociedad tiene el derecho de alzarse toda entera contra él. Lucha desigual:

> de un sólo lado, todas las fuerzas, todo el poder, los derechos todos. Y preciso es que sea así, ya que va en ello la defensa de cada cual. Se constituye de esta suerte un formidable derecho de castigar, ya que el infractor se convierte en el enemigo común. Peor que un enemigo, incluso, puesto que sus golpes los asesta desde el interior de la sociedad y contra esta misma: un traidor. Un 'monstruo'. ¿Cómo no iba a tener la sociedad un derecho absoluto sobre él? […] "Todo malhechor, que ataca el derecho social, se convierte, por sus crímenes, en rebelde y traidor a la patria. Entonces, la conservación del Estado es incompatible con la suya; es preciso que uno de los dos perezca, y cuando se hace perecer al culpable, es menos como ciudadano que como 'enemigo'. El derecho de castigar ha sido trasladado de la venganza del soberano a la defensa de la sociedad (p. 94).

Cuando la normativa sexista adquiere el estatus de correcta, verdadera, la sanción a los hombres "femeninos" es justificada y necesaria. En esta misma línea de ideas, si los hombres no se masculinizan son vistos como desviados, perversos, enfermos, locos, monstruos, hasta ser excluidos, lo cual los puede llevar a un aislamiento social. Las correcciones y castigos se ven como correctivos disciplinantes, convenientes y deseables; que se aplican para mantener el "orden social". Lamentablemente, como hemos visto en algunos de los fragmentos, muchas veces, la norma se ha romantizado, se ve como indispensable, no se le critica.

Como ya he mencionado, los mandatos no sancionan, las sanciones son ejecutadas por personas que aceptan la norma como verdadera. Las personas que replican el discurso sexista sancionan y violentan a los hombres asumiendo que

tienen a legitimidad de la norma y el respaldo social para hacerlo. Para una sociedad sexista, quien quiera ser bien tratado, nutrido emocionalmente tendrá que ajustarse al modelo hombre/masculino y mujer/femenina. Si los niños quieren pertenecer, tendrán que ser masculinos, comportarse como “hombrecitos”, respetar los códigos, masculinizar sus emociones, sus cuerpos, resistir el miedo, dolor que implica jugar juegos rudos, hostiles, toscos, masculinos.

Como he mencionado, la masculinización es un proceso que inicia con la identidad, pero continúa en la edad adulta. En su adultez, se espera que los hombres, repliquen formas de comportamientos masculinizadas. La masculinización es un proceso que nunca termina, sólo cambia. Inicia como un disciplinamiento identitario, después es un disciplinamiento interactivo.

7 Capítulo VI. Análisis:
Agencia masculina y agencia de la masculinidad

7.1 Agencia masculina

En capítulos anteriores he mencionado que la política moderna promueve un ambiente competitivo, que para su mantenimiento requiere de un sujeto autosuficiente, resiliente, ambicioso. La asignación sexista asume que el hombre es el sujeto que debe ajustarse a este ideal de sujeto, por esto, se le impone un proceso de masculinización que le permita naturalizar la violencia, esto requiere de configurar una emocionalidad que le permita confrontar las adversidades y desenvolverse en ambientes competitivos, aunque comprometa su integridad. La masculinización identitaria entrena a los hombres para que sean eficientes, funcionales y útiles a la política moderna. Los hombres que se masculinizan aprenden a verse como agentes, a ocultar las lágrimas, evitan lamentarse, verse como víctimas, no ven utilidad en expresar sus emociones, se tragan lo que siente. Buscan resolver, luchar, ser más estratégicos, hasta encontrar la forma de vencer.

Tratos con mujeres

En los siguientes párrafos quiero visibilizar que la agencia masculinizada de los hombres condiciona sus interacciones con mujeres.

Víctor me comparte que en su trabajo *"siempre [hay] más atenciones y consideraciones con la mujer… En el trabajo, como nosotros manejamos mucha documentación. Pues una de ellas, se la damos a que cuando son hombres ellos muevan las cosas y no la mujer. O cuando la mujer vaya a mover algo le prestes ayuda. Ese tipo de situaciones y como más dejarla. Como que al hombre le explicas una vez y ya. Y a la mujer hasta dos o tres veces. Un poco más de atención en ese sentido" (Víctor.26.10).* Encuentro en este fragmento que muchas veces los hombres ven a las mujeres como sujetos más débiles, frágiles, por esto buscan tener atenciones, sobre todo cuando se refiere a esfuerzos físicos. Esto implica que se ven a sí mismos como fuertes, que tengan menos tacto o paciencia entre ellos.

El mismo V, en otra reunión, me compartió que, entre sus hermanos, su hermana ha sido la más consentida. Cuando le pedí que me explicara en qué sentido lo decía me dice: *"como era mujer y era la menor, pues tenías que andar cuidándola, yo, mi mamá, todos los que estuvieran ahí y pues la consentían mucho y hasta uno también, la cuidaba que no se saliera, dónde andaba, que no le pasara nada" (Víctor.04.09).* De nuevo aparece esta idea de que las mujeres necesitan más cuidados, que eviten que ellas no se expongan a situaciones que impliquen riesgos. En contraste se naturaliza que los niños/hombres se exponen a riesgos. Esto confirma las pocas consideraciones que se tienen en los cuidados de ellos.

Edwin comparte algo parecido cuando menciona *"mi postura con mis hermanas es tú las tienes que defender, tienes que ver por ellas, tú las tienes que apoyar" (Edwin.03.09).* De nuevo aparece que con las mujeres hay que tener consideraciones especiales, hay que cuidarlas, defenderlas y apoyarlas. Esto

implica que, cuando los hombres intentan defenderlas, se expongan a riesgos, para evitar que ellas los experimenten.

El mismo Edwin me compartió cómo reaccionó, cuando su ex esposa intentó golpearlo: *"me suelta un golpe hacia mi cara y yo lo que hago es cubrirme. Yo con reflejo alzo mi mano y pega su brazo en la parte del cúbito y radio pega con mi antebrazo […] Ella como no dimensiona se le truena el hueso […] empiezo a quererla atender [ella se niega a que él la atienda] 'ahorita voy a hablar con mi papá y que me lleve' […] 'no' le digo 'yo no te voy a dejar. Y quieras o no yo te voy a llevar al hospital'" (Edwin.7.10). Edwin* la acompañó al médico, incluso cuando ella fue quien intentó golpearlo. También me explicó que en aquella ocasión el médico le pidió a él que saliera del consultorio para descartar violencia en contra de ella. El mismo médico consideró que ella era quien podía estar sufriendo violencia. Es importante resaltar que Edwin fue impositivo al negarse que fuera el papá de su exesposa quien la llevara al médico y llevarla él.

El mismo Ismael me comparte que *"se traen esas raíces de que el hombre debe ser el protector, el macho, porque suele ser más corpulento por su naturaleza. Entonces, yo creo que es como por la experiencia, por lo que ves, lo que está inculcado. Porque como que se trae, no es gen. Pero está predestinado a que uno debe ser el protector de la pareja, digámoslo así. Por ejemplo, mis hermanas tienen sus novios, entonces los problemas que tengan entre ellos, yo les digo, son entre ustedes, pero no le vayas a poner una mano encima porque si te voy a tragar. Entonces este, al final de cuentas estás marcando el territorio, porque es mujer y es tu sangre. Pero yo no veo diciéndole lo mismo. No tengo hermanos, pero si tuviese*

hermanos, no me veo diciéndole a mi cuñada. Una porque no me puedo poner con una mujer, pero tampoco me veo haciendo algo en su contra. Por ese lado si está marcada la diferencia, que no manejamos la igualdad realmente entre hombres y mujeres. Si soy de la igualdad, pero no se puede practicar al 100%, no me veo haciendo esto" (Ismael.20.11). Quizá la forma de cuidado más promovida por la masculinidad es la protección de los hombres a las mujeres. En este fragmento Ismael vuelve a mencionar la manera en que cuida a sus hermanas y lo complicado que le sería hacerlo de la misma manera si tuviera un hermano hombre. Detrás de esto está afirmando que los hombres no necesitan ser defendidos, mucho menos de una mujer. A pesar de que él aboga por la igualdad, no cree que se puede dar en un 100%, porque un hombre no puede confrontar a una mujer.

Estos cuidados también se hicieron presentes cuando Ismael me comentó que hubo un altercado en el que se vieron involucradas sus hermanas: *"llegó una prima de mi cuñado, con la que mi hermana tenía problemas, y ahí se desató la pelea […] hasta mi hermana Dario que era la más tranquila quería tirar golpes, o los tiró, no sé […] me decían que unos hombres agarraban a mis hermanas. No sé si para separarlas o empujarlas. Me contaron. Pero yo veo eso y me los como. O sea, mis hermanas son intocables para mí. Si mi hermana está haciendo algo que no debería hacer y tiene totalmente la culpa, la voy a abrazar y la voy a llevar y 'discúlpame, yo me encargo o después lo arreglo', cosas así. Pero no le pongas un dedo encima estando yo, porque sí me hubiera descontrolado, me conozco" (Ismael.25.09).* Ismael afirma que sí él hubiera visto que alguien le pone un "dedo encima" a sus hermanas" él se "descontrola". Describe de manera tierna que él las

hubiera abrazado e intentado resolver el problema, aunque ellas tuvieran la culpa. De nuevo se hace presente el aprendizaje masculino de cuidarlas.

A partir de estos fragmentos, me interesa señalar los cuidados que tienen los hombres con las mujeres son legítimos para la masculinidad. Quiero decir que estas formas de cuidados no son consideradas "femeninas", como podrían ser lavar, cocinar, atender una enfermedad, entre otros. En los testimonios que recuperé, la primera forma de cuidado que identifico como legítima para la masculinidad es la protección.

En una de las conversaciones Víctor me comparte que él entiende que sus obligaciones con su familia son *"lógicamente una de ellas, es el cuidarlas. En términos generales. Esa sería una de ellas. La otra también es ser proveedor de casa, o de la casa. Pues darles en algún momento seguridad o protección en todos los aspectos […] Que les hagan daño, en términos totales. Ese sería una de ellas. Y pues cuidarlas es este, también se pudiera decir en cuestiones de quererlas, de protegerlas, etcétera. Estar bien con ellas en todos los sentidos" (Víctor.26.10).* En el caso de Víctor entiende que a él le corresponde protegerlas y ser proveedor. Entiendo que estas formas de cuidado también son legítimas para la masculinidad y por lo tanto, no feminizan a los hombres que las llevan a cabo.

En un sentido parecido Cosme me comparte porqué para él ha sido importante no contagiarse de COVID *"me preocupa la enfermedad que tiene S (su esposa). Tiene las partes vulnerables. Entonces cuando yo salgo y regreso, siento que me voy a sentir culpable de haberla contagiado. Vino mi mamá, anda con mi hermana, porque tiene un problema de oído y ellos me dicen 'no pues ven'. Pero*

no, yo tengo mucho en la cabeza de que no, si por una tontería voy en el metro y la contagio y mi mamá muere y me echan la culpa" (Cosme.4.12). Quiero destacar que Cosme se cuida para evitar contagiar a su esposa o a su mamá. Lo que más destaco es que no habla de los riesgos que pueda implicar para él contagiarse. En sus palabras deja ver que sólo se cuida por el riesgo de otras personas.

En alguna conversación Ismael me comentó que no se sentía en riesgo de contagiarse de COVID, pero me aclaró que siempre usaba cubrebocas. Ante esta aparente contradicción le pregunté por qué lo usaba si no se sentía en riesgo. Su respuesta fue que le preocupaba *"contagiar a mi mamá, mi hermana, alguno de los niños. Más que nada eso" (Ismael.20.11).* Estos fragmentos dejan ver, una vez más, que los hombres asumen que les corresponde cuidar la integridad de mujeres cercanas a ellos. Esto contrasta con la falta de cuidados que procuran para ellos mismos. Esto señala que priorizan el bienestar de ellas al propio. Esto podría estar ligado con un pensamiento mágico que les hace suponer que por su "fortaleza" no necesita cuidarse, que a ellos no les pasará nada.

Para cerrar esta parte, me gustaría recuperar otro fragmento que Ismael me compartió: *"ha habido ocasiones en las que va manejando un amigo igual borracho y le dices 'acelérale'. Y tú lejos de decir que no porque van tomados, pues nada más te ríes. Recuerdo uno del novio de mi prima que iba tomado y manejando bien mal. Hasta se pasó medio camellón y le digo 'Güey vas manejando bien mal, déjame manejar'. Y dice 'No, es mi coche y yo voy a manejar' y que le digo a mi prima 'bájate, nos vamos a ir en taxi' (Ismael.08.10).* En este fragmento Ismael me comparte que para él exponerse a riesgos puede ser divertido, incluso le pide a su

amigo que, a pesar de manejar borracho, acelere. Cambia su actitud, se ve como protector y deja de ser divertido cuando su prima está presente. En ese caso prefiere bajarse y buscar otra forma de llegar a su destino, aunque su actitud sea autoritaria.

Hasta aquí he identificado dos tipos de cuidados de los hombres a las mujeres: uno es cuidarlas de una enfermedad y el otro de amenazas físicas. A continuación compartiré algunos fragmentos sobre la proveeduría. El primer ejemplo tiene como contexto que la entonces novia de Edwin estaba embarazada y sus papás la llevaron a Tabasco. Edwin entendió que le correspondía *"todo lo que hablaba lo compraba para el bambineto que los pañales que la ropita. Y, obviamente, yo no sabía absolutamente nada. Entonces no había conocido a La Lagunilla (un mercado). Mi mamá y yo empezamos a comprar ahí las cosas y volverlas a meter todos los pañales dentro del bambineto; junto con la ropa para que fuera todo un paquete y poderlo llevar. Yo ya tenía pensado ir a verla. Fue mi primer viaje, se puede decir que hice solo y fue otra cosa que también a mí me marcó" (Edwin.7.10).* Me parece relevante señalar que Edwin y su entonces novia tenían casi la misma edad, que el nivel económico de ella, a comparación con el de él, fuera muy acomodado, y que a pesar de esto él sintiera que le correspondiera hacer este tipo de compras y llevarlas hasta Tabasco. Contrasta también que él tenía que trabajar, comprar, viajar, para llevar a su entonces novia cosas que ella podía comprar, sin muchas complicaciones.

Otro ejemplo me lo compartió Cosme cuando me comentó que en el hospital donde atendían a su esposa le solicitaban que "pagara" la sangre que ella utilizaba: *"tuve que pagar yo toda esa sangre. Sangre, plaquetas y todo lo que ella necesitaba.*

Entonces si yo me tenía que esperar por ejemplo los 40 días y otra vez, porque ya no era posible decirle a nadie, todos estaban, digamos en cierta forma… yo ya no quise molestarlos. Porque en un inicio si cada uno, pero después eran mucho los litros de sangre […] Así empecé a pagar, a pagar y ya cuando ella salió de repente íbamos a pagar, pero cada 40 días, a donar sangre" (Cosme.7.10). Me parece interesante pensar que Cosme pagó con su sangre las atenciones que recibió su esposa en el hospital. La sangre me parece una metáfora que nos ayuda a pensar en el rol de proveeduría que se les exige a muchos hombres dentro de sus familias.

La relevancia y el cumplimiento de la proveeduría parecieran justificar que los hombres rompan algunos acuerdos de pareja. Un ejemplo de esto es la manera en que Dario me habla de algunos encuentros extramaritales: *"a mí me mantenía tranquilo en ese momento, que decía bueno, no este… 'yo no gasto un peso por irme a coger. Porque todo el dinero se lo doy a mi mujer y con eso yo soy hombre ¿no? Con eso yo mantengo, yo soy el proveedor aquí'" (Dario.26.09).* Este fragmento me ayuda a pensar en la negociación que los hombres tienen con las exigencias. Al cumplir con la proveeduría, pareciera liberarse de otras responsabilidades o compromisos.

Edwin me comparte una experiencia en la que piensa de manera parecida: *"no hubiera podido estar tranquilo mentalmente si hubiera estado quitando dinero, que era muy poco el que tenía. Dárselo a una salida o pagar un hotel o pagar algo que involucre con la otra persona y a lo mejor no me permitiría estar tranquilo de decir bueno estás quitando a tu familia para dárselo a ella" (Edwin.11.11).* Dario y Edwin reconocen que tuvieron encuentros sexuales extramaritales, pero aclaran

que les daba calma saber que no estaban descuidando la economía de sus familias. Cumplir con su rol de proveedor pareciera hacerles creer que no descuidaban a sus familias, lo cual les permitía disfrutar de otros encuentros sexuales sin culpas.

La última forma de cuidado que identifiqué se refiere a los cuidados emocionales. Edwin me compartió que cuando tenía muchos problemas con su exesposa él le ofreció que terminaran la relación, considerando que quizá *"yo era el que le estaba haciendo daño. Entonces y yo se lo dije a ella 'yo te quiero tanto que te quiero ver bien. Y si en ese ver bien yo hacerme un lado no tengo problema yo me hago un lado y me voy'. Y fue cuando yo agarré y me salí" (Edwin.7.10).* Esta forma de cuidado él prioriza el bienestar emocional de su pareja, sin considerar lo que él quería o necesitaba. Considero que esto muestra una forma de cuidado porque está teniendo como prioridad la estabilidad emocional de su pareja.

Otro ejemplo de cuidado emocional me lo compartió Cosme cuando me comentó que estando en el hospital lo llamó la doctora que atendía a su esposa: *"'¿usted qué es de la paciente?', 'No pues su esposo' y me dice 'venga' Y ya no me gustó que me llevó hasta el final del pasillo del hospital, eso también fue una emoción muy gacha. Porque me empezó a decir 'la señora está muy grave, en estos momentos está agonizando, ya no es posible recuperar su ritmo cardiaco, su temperatura no hemos podido estabilizar […] en cualquier momento se nos va. Entonces yo les sugiero que si tiene algún familiar que le pueda ayudar que le llame para que vaya preparando todo lo que se tiene que hacer' […] Entonces este, en esa ocasión si me quedé ahí un buen rato, la doctora se fue y este, yo me quedé pensando a quién llamarle, porque eran las 11 de la noche y digo 'Si le hablo yo a*

mi hermana como para qué la voy a alterar'" (Cosme.7.10). Me llama la atención que C, después de recibir la noticia de que su esposa seguramente moriría, haya preferido no avisar a su hermana para no alarmarla. Este gesto describe que quiso evitar que su hermana viviera un sobresalto, que era tarde y mejor se quedó solo en el hospital.

El relato de Cosme continúa. Después de que quedarse sentado en el pasillo sale la enfermera a buscarlo: *"¡Señor! Nombre, ya cuando me dijo así dije que 'pues ya falleció', pero me dice '¿puede venir?' Y ya voy y me dice 'es que su esposa quiere hablar con usted', 'Ah OK' y ya me pasé y le dije '¿qué pasó?' y nada más me dijo 'me siento muy débil, me siento muy mal, muy, muy mal, ¿qué te dijo la doctora?' Entonces ella en su subconsciente se dio cuenta que la doctora me había dicho algo. Y le digo 'pues me dijo precisamente eso, que estás débil, que se bajaron mucho tus plaquetas, que tienes que descansar' […] que te habían puesto un antibiótico más fuerte para que reaccione, pero se va a tardar un poquito de tiempo porque estás muy baja de defensas. Y ya le digo 'recuéstate'. Y dice '¿pero tú vas a estar aquí conmigo?' Y le digo 'sí, nada más que como ahorita me llamó la enfermera, fui a buscar algo de comer'. […] Esto que te estoy contando ella ni lo sabe. Yo nunca volví a… yo no quise eh, traté de no debilitarlos pues, que ellos sintieran esa debilidad, no. Ahora sí que ese tipo de cosas se lo he contado, pero, así como a ti, me refiero a gente externa, pero no, ni a mis hijos […] Yo siempre lo he pensado en el sentido de no dejarles a ellos dejarles esa adrenalina y que de adultos les hiciera daño […] con ellos me… decidí reservarme ese tipo de cosas porque siento o creí en su momento o sigo creyendo yo supongo, de que en algún*

mañana les pudiera hacer daño o un trauma. Por eso nunca se los conté la verdad […] Ella si me contaba ese tipo de cosas, ajá, cuando llegaba, '¿Qué pasó?', 'Ah, es que se murió mi compañera'. Ella me decía por sus nombres, pero yo no ubicaba" (Cosme.7.10). En este fragmento Cosme me comparte que ha intentado proteger a su esposa e hijos ocultando esta experiencia. Aclara que para él es importante mantener este evento en secreto para no "debilitarlos", "dañarlos" o "traumarlos". Sirve contrastar que su esposa le compartía todo lo que vivía en el hospital, aunque él no conociera a las personas de quienes hablaba. A pesar de que entiendo que el hermetismo de los hombres puede representar riesgos y dificultades, principalmente para vincularse, en este caso se muestra como una forma de cuidado. Considero importante aclarar que este hermetismo exige que los hombres se traguen emociones que, siguiendo la metáfora que he venido utilizando, pueden intoxicarlos.

En alguna ocasión me compartió que su padre intentó cuidarlo, cuando era una adolescente y quería ir a jugar una final de futbol. El tema es que el equipo contrario era favorito: *"me dice mi papá 'hijo, van a jugar la final contra esos cabrones, se los van a chingar' y le digo 'pues ya veremos pa' él ya estaba seguro, pero faltaba algo. Y todavía mi papá se me para enfrente de la moto y me dice 'hijo, no vayas, te van a hacer burla' Y le dije 'no papá, déjame' Y agarré mi zapatera, la senté más en la moto y me fui. Y mi papá no fue a la final. Por miedo a que se burlaran de mí o de él tal vez" (Dario.12.09).* Como he tratado de visibilizar es común que en el deporte quien pierde es víctima de sanciones morales, burlas o humillaciones que llegan a ser muy dolorosas. Aclaro esto porque en este fragmento el papá de Dario trata de evitar que su hijo se expusiera a humillaciones y burlas.

No me gustaría dejar de señalar la última parte del fragmento, ya que como señala D, también el mismo padre podría ser víctima de burlas si su hijo perdiera. Mi perspectiva es que esta es una forma de cuidado emocional e identitario. Coloco este fragmento, aunque no se refiere a una forma de cuidado con las mujeres, porque considero que los hijos son vistos como figuras feminizadas.

Encuentro que los hombres también tienen cuidados vinculados con la dimensión emocional. Sin embargo, estos cuidados se distinguen de los cuidados emocionales feminizados, ya que no se refieren a un diálogo íntimo, a un acompañamiento o a una forma de expresión emocional. Son congruentes con las formas masculinas porque son herméticas, los aíslan, los hacen cargar con emociones que, según entienden, podrían ser dañinas o dolorosas para otras personas.

A partir de lo que identifiqué en los encuentros que sostuve, los cuidados emocionales masculinizados pueden darse en dos sentidos. El primero es por medio del hermetismo, de manera que se eviten compartir experiencias que pudieran ser dolorosas para sus parejas u otras mujeres. El segundo es evitando situaciones en las que puedan ser expuestos a humillaciones, burlas, sanciones.

Es importante distinguir las formas de cuidado de las formas de control. Víctor me comparte que desde niño aprendió que *“como eres hombre, o sea, te dejaban cierta libertad, pero la mujer no, siempre la tenían vigilada o tú como hermano tendrías que andarlas cuidando también” (Víctor.04.09).* Este fragmento parece hacer notar la frontera que existe entre las formas de cuidado, la reducción de la

libertad de quienes son “protegidas” y el control que ejercen sobre estas personas quienes “cuidan”.

En otra conversación Víctor me comentó: *“como hombre, el que va a trabajar, el que sale, el que trae los recursos a casa y se vuelve también uno un poco, a veces consciente o inconscientemente controlador y pues la mujer también pierde parte de su autonomía” (Víctor.26.10).* Mi objetivo de compartir estos fragmentos es señalar las diferencias entre las formas de cuidados y las formas de control. Visibilizar que algunas veces los cuidados de los hombres rebasan el límite y llegan a invadir la autonomía de otras personas, particularmente de las mujeres.

También pude identificar en las formas en que los hombres tratan a las mujeres cosificación. En el siguiente fragmento Dario me comparte: *“vi una cápsula de sexo. No me acuerdo por qué. Creo que sí, pero decían que el hombre es nada más de… que desconoce muchos puntos erógenos de la mujer porque cree que con dar duro ya complació a la mujer” (Dario.20.11).* Dario nos aclara que él tenía la creencia de que la potencia sexual es suficiente para que las mujeres se sientan complacidas. Este fragmento me ha hecho pensar en la manera en que la masculinización enseña a los hombres que son responsables de darle placer a sus parejas. La influencia de la pornografía, del albur, los relatos eróticos de los hombres descritos en forma de hazañas, influye para estereotipar sus prácticas, lo cual dificulta un vínculo más profundo y una mayor sensibilidad en sus interacciones eróticas. Los estereotipos se vuelven referentes que nos dicen cómo debemos comportarnos, esto provoca que los hombres, muchas veces, consideremos que

por haber consumido este tipo de productos ya sabemos lo suficiente para tener encuentros sexuales y dar placer a nuestras parejas.

En el siguiente fragmento Edwin me comparte cómo se vinculó con una mujer con quien tuvo relaciones extramaritales: *"era una aventura y que no quería más allá […] Entonces pues yo me protegí mentalmente si quieres […] porque yo tenía nada más que una relación carnal con ella. No pasó a mayores ¿no? […] Eso me facilito también el ser consciente y tranquilo de no involucrarme, de ir a lo que quería, terminar y 'nos vemos, aquí no pasó nada' […] irme a acostar sin involucrar un sentimiento, sin gastar ningún peso […] no involucré más que tiempo y mi físico, se puede decir" (Edwin.11.11).* Con este fragmento me interesa señalar la intención de no vincularse emocionalmente con quienes se comparten experiencias eróticas. Edwin menciona que este distanciamiento afectivo es una forma de protección, que le permitieron enfocarse en el placer, sin comprometer otras esferas de su vida. Este tipo de prácticas nos regresa al distanciamiento afectivo que ya he mencionado, lo cual reduce la profundidad del vínculo. La manera en que Edwin describe su experiencia me hace insistir en que este desvinculo emocional, es entendida como una habilidad. En este caso permite que los hombres separen el placer físico y el vínculo emocional y se enfoquen en la excitación física sin generar mayores expectativas. Edwin habla de que él "no se involucraba", que "sólo involucraba su físico". Esto me parece interesante, porque la cosificación de otros cuerpos ajenos no podría darse sin no se desvincula el cuerpo propio. Quiero decir que esta fractura entre lo emocional y lo físico, fragmenta la experiencia. Este relato

nos habla de la conveniencia de desvincular el cuerpo de la emoción y es descrito como una habilidad.

Seidler (1995) señala que los “varones heterosexuales hemos aprendido a desear el sexo sin contacto ni involucramiento emocional. A menudo, existe un temor que está ligado con la posibilidad de volvernos vulnerables” (p. 90). Explica que muchas veces para los hombres puede ser

> Dentro de las relaciones sexuales puede ser mucho más seguro para los varones ‘coger por coger’, porque esto es mucho menos amenazante para cierta idea de la identidad masculina. Esto puede ser sencillamente una manera de encubrir la vulnerabilidad, en lugar de compartirla. Porque hay muy pocas cosas que nos enseñen, como niños, que la sexualidad tiene que ver con la vulnerabilidad y el contacto. Esto genera que tengamos poca experiencia para cierto tipo de contactos, pues durante mucho tiempo hemos aprendido que la vulnerabilidad es un asunto riesgoso (p. 90).

Mi postura entiende que los hombres sí involucran algunas emociones en sus encuentros eróticos. Quiero recordar lo que he mencionado en capítulos anteriores, no existen acciones humanas sin emociones. Quiero decir que las prácticas eróticas que pueden ser impersonales hay emociones: interés, gusto, atracción, excitación, placer, orgullo, culpa, vergüenza, deseo, etc. Las emociones de los hombres están presentes en sus acciones. Recordemos que la masculinización de las emociones no cancela las emociones, las configura. En la sexualidad cosificada, los hombres aprenden a no romantizar el vínculo con parejas con quienes sólo desean algo erótico. Pero esto no implica que no haya un vínculo. Es obvio que si están

ejerciendo su vida erótica es porque existe un interés, un vínculo con las mujeres con quienes interactúan.

El distanciamiento afectivo de los hombres y la maquinización de sus cuerpos posibilita que sus vínculos sean impersonales, que cosifiquen a las mujeres con quienes comparten su erotismo. Pero también habla de una cosificación del cuerpo propio. Porque afectivamente también reducen la posibilidad de tener una experiencia más robusta. Los cuerpos, incluido el propio, se ven como contenedores y depósitos de energía sexual. La descripción mecánica de las prácticas sexuales me hace pensar en máquinas que muestran su potencia.

La cosificación de las interacciones está ligada con lo que nos dice Segato (2016) cuando describe la pedagogía de la crueldad: "[n]os entrena y acostumbra a transformar la vida en cosa, a percibir la vida como cosa y a tratar la vida como cosa –la cosa cuerpo, la cosa naturaleza- […]" (p. 71). El amor moderno cosifica los cuerpos, se excita con los objetos, con la materialidad, quitándole profundidad a las interacciones personales.

Esta cosificación se hace presente en uno de los relatos en los que Edwin me compartió en donde uno de sus compañeros de trabajo está buscando casarse: *"es tan meticuloso este güey que lleva como un mes, que anda haciendo como casting, para conocer a la mujer con la que sentar cabeza. Investigó de dónde venía, su descendencia, como estaban y todo y dice 'mi primer lugar es esta, mi segunda esta'. O sea, el amor y el feeling, para él no funcionan. Para él son números y estadísticas y está cuidando mucho ese tipo de cosas" (Edwin.28.09).* Este fragmento me hace pensar en la pobreza de los vínculos que establecen algunos

hombres. Me queda la imagen de relaciones precarias, superficiales, que se mantienen por la conveniencia y el cálculo racional. Al escuchar este relato me pareció que este hombre hacía una transacción, como si fuera a comprar una camioneta o un terreno.

Segato (2016) también describe que la pedagogía de la crueldad incluye “los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y la vitalidad en cosas” (p. 233) La modernidad, al anular la voluntad de las personas, al definir qué es valioso, promueve un amor cosificado, como si fuera un intercambio económico. Sin negar la cosificación de las mujeres, quiero insistir que mi interés es visibilizar los efectos que esto puede tener en las vidas de los hombres. Quiero decir que cuando los hombres cosifican a las mujeres es porque ellos mismos se han mecanizado, desvinculado de su propia sensibilidad.

Los hombres aprenden a cosificar la vida, a consumir experiencias excitantes, a conquistar vidas, a vincularse con personas a partir de la conveniencia que les pueda representar. Lo vivo se ve reducido a un objeto de consumo, que se puede utilizar, pagar, vender o tirar. Cuando cosificamos las interacciones las aplanamos, les quitamos la cualidad, la riqueza de la espontaneidad que da la vida, se precarizan. Se desdibuja el erotismo exploratorio, curioso, creativo y la sorpresa que genera la expectativa y lo incierto.

Con frecuencia veo personas que aman sus autos, su dinero, sus propiedades, sus objetos. Incluso en las relaciones de pareja identifico que hay relaciones rutinarias, con prácticas muy mecánicas, veo cómo el sexo se robotiza. Esta cosificación tiene relación con las relaciones funcionales, basadas en los

beneficios, utilidades. Esto posibilita que haya prácticas donde el control, de sometimiento, masoquistas, que provocan excitación.

Entiendo que la cosificación de las parejas eróticas permite que se pague para tener experiencias, que haya quien alquile su cuerpo, que haya quien disfrute de pagar. Esto está ligado con la política moderna que ve los cuerpos como objetos de los que puede disponer, utilizar, comprar. Los cuerpos cosificados pueden ser vistos como máquinas, carne que se cotiza por su "calidad, productos para ser consumidos.

Como he mostrado, son muchas las referencias que donde los hombres explican que a la mujer se le tiene que proteger de los riesgos, describen su necesidad y hasta obligación de cuidarlas. Al grado de que, en varias situaciones anteponen el bienestar de ellas a los cuidados de ellos mismos. Antes de terminar este apartado quiero compartir el concepto en que los hombres con quienes dialogué tienen a las mujeres.

La pregunta que le hice a Ismael es cómo veían a las mujeres *"para mí las mujeres merecen demasiado respeto, a mí no me gusta, aunque no la conozca, que le levanten la voz o levanten la mano, no suelo tolerar (Ismael.20.11).* Contrasto el respeto que refiere hacia las mujeres con otros fragmentos en los que Ismael ha señalado que con los hombres sí puede desquitarse, pelear, reclamar, confrontar.

En este fragmento Ismael describe la importancia que tienen algunas mujeres en su vida: *"mi mamá, la principal, ella para todo, es así como mi Dios, es así como wow. Este, eh… mi tía M con quien vivía allá en Chilpo, a pesar de que no nos*

veíamos, platicábamos poco. A pesar de eso sí veía como este, su esfuerzo, trabajar, era quien llevaba el gasto de la casa prácticamente sin ningún problema […] Acá en México mi tía S es así como que wow, una guerrera total, de pronto se enfrenta a una enfermedad que es bastante mortal y como sale ¿no? Igual con sus bajas y sus altas […] Mi tía O, que es un pan de Dios, la conoces y te enamoras de su forma de ser, entonces… no sé, un montón" (Ismael.25.09). Las palabras de Ismael describen agradecimiento, admiración y reconocimiento a las mujeres.

Víctor comparte en qué concepto tiene a su mamá *"fue muy insistente siempre en prepararnos fíjate, aunque ella fue un caso particular. Ella fue la segunda, creo, hija de un matrimonio y a ella le tocó cargar, vamos a decir, que en la parte de, si se puede llamar así, mi mamá siempre ha sido o fue de hacerlo de todo" (Víctor.04.09).* Víctor también reconoce que gracias a su mamá estudio su carrera y reconoce que ella ha sido capaz de hacer "todo".

Dario comenta que, a diferencia de su papá: *"la que siempre estaba era mamá. 'Mamá que las juntas de la escuela', 'mamá la comida', 'mamá que necesito esto', 'mamá la ropa', 'mamá queremos ir al circo'. Mi papá siempre vivió con nosotros. Eh, todos los días. O sea, le teníamos miedo, nos regañaba, lo queríamos mucho, disfrutábamos estar… o disfrutaba yo estar mucho con él. Pero él era ausente. Se salía todo el día, el nada más 'Hola, buenos días' y eso si acaso. Él era una persona que habla muy poco con nosotros, pero mi mamá siempre tenía esa misión de 'le voy a decir a tu papá', o el 'pórtate bien o le digo a tu papá'. Y nosotros sabíamos que si andábamos en la calle. Este… 'tenemos que andar bien' porque pues le iban a decir a mi papá. Y él iba a reprender contra nosotros […] mi papá*

también tenía destellos muy interesantes que se nublan por la sombra de mi mamá" (Dario.12.09). Dario reconoce la presencia y el acompañamiento de su mamá y lo que siente por ella. Contrasta su figura con el rol de disciplina que tenía su papá. Lo que me parece más relevante es la manera en que Dario nos habla del protagonismo de su mamá y de que su presencia opaca la importancia de su papá.

Después de escuchar la manera en que los hombres hablan de las mujeres en sus vidas y cuidan de ellas, no encuentro elementos para afirmar la existencia de una misoginia, si entendemos misoginia como odio a las mujeres. Coincidiría si se entiende como odio a lo femenino, que como he venido señalando, no es lo mismo. Con esto no estoy diciendo que no tengan conductas violentas en contra de algunas mujeres. Ya he mencionado que algunas veces llegan a ser controladores o a cosificarlas. Sin embargo, al hablar de ellas, muestran admiración, agradecimiento, respeto, son protectores, atentos. Ninguno se refiere a ellas de manera despectiva, grosera o vulgar. Si hubiera misoginia no cuidarían a las mujeres como lo hacen, no hablarían de ellas como lo hacen, no podrían resaltar los aspectos positivos que han referido, quizá los invisibilizarían, no se mostrarían agradecidos con ellas, no les reconocerían un papel central en sus vidas, no podrían afirmar que su presencia ha sido más protagónica que la de sus papás.

Todos los hombres dan un lugar protagónico de las mujeres en sus vidas, por encima de la presencia de otros hombres. Todos las aprecian, las valoran, las cuidan, reconocen de manera muy clara el aporte a sus vidas y, a pesar de su hermetismo, son las personas con quienes establecen vínculos más profundos. De hecho, todos mencionan haber sido más violentos en contra de otros hombres.

Quiero decir que es cuestionable que las violencias se dan contra de las mujeres por el hecho de ser mujeres. En caso de que se afirme que los hombres odian a las mujeres, cuestionaría si no se odian más ellos mismos o a otros hombres.

De hecho, uno de los aspectos que me da vueltas a la cabeza es el trato diferenciado y cuidadoso que tienen los hombres con muchas mujeres. Esto me hace preguntarme si no es sexista que se les exija a los hombres que tengan mayores cuidados con las mujeres, sin cuestionar el trato violento confrontante, cruel que se da entre ellos. Entiendo que si buscamos romper con el sexismo deberíamos evitar tratar a las personas de manera diferente por los genitales con los que nacieron. Me pregunto si llegaremos a una mayor equidad promoviendo atenciones diferenciadas de los hombres a las mujeres.

Me interesa destacar que, para mí, todas las formas de cuidado son demostraciones de afecto. Izquierdo (2003), considera la dimensión social de la división sexual del trabajo para afirmar la existencia de formas especializadas de expresar ese amor. Es por esto que “[h]abremos de encontrar dos expresiones del amor —y no sólo de interés— en la actividad económica: la femenina y la masculina” (p. 147). Con esto quiero destacar que la agencia masculina enseña a los hombres formas de cuidado, de mostrar afecto no feminizadas.

Existen formas de cuidados que se refieren a lavar la ropa, preparar la comida, limpiar la casa. Considero que estas son formas feminizadas de cuidar y querer. En sentido contrario, yo encuentro que los hombres cuidan a sus familias, trabajan por ellas, se arriesgan su integridad para cumplir con este rol. Estoy seguro

de que los hombres a quienes entrevisté, arriesgarían su integridad si atacan a mujeres cercanas, buscando defenderlas.

Los cuidados que tienen los hombres con las mujeres son filtrados por la masculinidad para poder ser legítimos. Los hombres demuestran sus afectos de maneras no feminizadas. Identifico que detrás de las formas en que los hombres cuidan a mujeres cercanas y a sus hijos hay amor, ternura. Este amor motiva a los hombres a soportar las exigencias de ambientes laborales hostiles, a proteger a sus familias, en aspirar con sacar a su familia adelante.

Los cuidados masculinos no se dicen con palabras, porque los hombres no tienen permitido mostrarse frágiles, dependientes, amorosos. A pesar de que la masculinidad ha distanciado afectivamente a los hombres de sus parejas, hijos, amigos, familias, los hombres siguen procurando a sus seres queridos. Atienden las necesidades de sus familias, muchas veces, antes de ver por sus propias necesidades.

Quiero decir que los hombres quieren, aman de formas masculinas. Estas formas son más discretas, frías, materiales, protectoras, menos románticas, pero existen. Los hombres no dicen "te quiero" con palabras. Quizá no pueden o no saben. Pero lo dicen de otras maneras. Si cuidar, arriesgar la vida y dedicarte a trabajar por tu familia no es querer, no sé qué es.

El estereotipo de las mujeres nos dice que son las principales, y mejores, cuidadoras de sus hijos. Entiendo que esto provoca que se invisibilicen los cuidados que tienen los hombres con sus parejas e hijos. Así como las emociones, también los cuidados han sido feminizados. Esto ha provocado que se invisibilicen las formas de cuidado de los hombres, que no se reconozcan como relevantes, como si se

pudiera prescindir de ellas. Me parece injusto que se les acuse a los hombres que son principales proveedores de no participar en las labores de cuidado. Comparto la postura de hooks (2021) cuando señala que los “hombres patriarcales son educados en el arte de ser responsables y brindar cuidados instrumentales” (p. 71).

En capítulos anteriores distinguí el miedo físico del miedo identitario. Después de analizar los encuentros que tuve, identifiqué que los hombres experimentan un continuo miedo a que su familia sea lastimada o sufra. Si tuviera que ordenarlos por relevancia, pareciera que el miedo a la identidad es el que más los presiona. Sin embargo, el miedo a que sus seres queridos sean lastimados es el que expresan con más libertad y apertura. Finalmente, el miedo a su integridad es el que parece más adormecido y silenciado.

Izquierdo (2003) entiende que los hombres al ejercer su rol de proveedor entran en competencia con otros hombres ya sea por un puesto de trabajo o con un afán territorialista. Esto se da porque la “familia le permite ser ciudadano y la familia le obliga a la provisión, la defensa, la protección, hasta el punto de perder su propia vida en el intento, y poner en riesgo la vida de quienes debe proteger” (p. 149). Los hombres reconocen con más facilidad el miedo de que las mujeres cercanas sufran, se contagien, se lastime, o mueran, al miedo de que ellos lastimen su integridad o de que se cuestiona su masculinidad. Estos cuidados contrastan con la resistencia o dificultad para cuidar su propia integridad.

Tratos entre hombres

En este apartado quiero mostrar que, en contraste con los tratos cuidados que tienen con las mujeres, entre hombres existe mucha tensión, confrontación y hostilidad. El mayor problema de esta violencia es que está naturalizada, invisibilizada, esto implica que no se vea como relevante, que no se critique. La naturalización de estas violencias legítima que se utilice para socializar a los niños y como código de comportamiento legítimo entre de los hombres.

Ismael, en una de sus reflexiones, me comparte *"el machismo de que un hombre no puede golpear a una mujer, eso me lo inculcaron mis papás, mi abuelo, que cómo te vas a poner con una mujer, que eso no se hace, eso no es igualdad. En cambio, con un hombre, pues sí había la opción de sacar tus frustraciones, ponerte a pelear, a gritar. En aquellos entonces, de chamaco, cuando las peleas eran pues no sé, cosas del día" (Ismael.20.11).* La educación diferenciada por géneros no les permite ver a las mujeres como iguales, por esto no pueden pelear con ellas. En sentido contrario, aprenden que entre hombres es "normal" pelear, gritarse, sacar sus frustraciones.

En alguna de las reuniones le pregunté a Víctorsi él consideraba que en sus tratos había sido más violento con hombres o con mujeres. Su respuesta fue *"ah, no. A hombres […] Pues porque… el contacto es más con hombres en el futbol, es uno de ellos. Que nos hemos peleado, que ha pasado de estar ahí" (Víctor.26.10).* Las peleas entre hombres se dicen con mucha naturalidad, son frecuentes, los roces, tensiones, confrontaciones, golpes y violencia.

Cuando le hice esta misma pregunta a Edwin me contestó *"sí he sido más violento con hombres" (Edwin.11.11).* En este mismo encuentro me compartió *"no soy una persona violenta, ni con copas. O sea creo que lo más violento que puedo haber sido yo ha sido en un terreno del juego y fue por una barrida o por el calor del juego" (Edwin.11.11).* Destaco que su aclaración naturaliza la violencia. Señala que lo más violento que pudo haber sido fue una barrida. La manera en que lo menciona muestra que lo ve como un asunto sin importancia.

La respuesta que me dio Cosme fue: *"con hombres, porque en las cuestiones de las mujeres, para empezar yo no me siento capaz ni siquiera de alzarles la mano. Si me remonto un poquito a los juegos, que uno como hombre, siento que tiene más contacto con hombres que con mujeres, al menos yo. Entonces si nos vamos al futbol, todos los 90 minutos, muchas de las veces son de codazos, de violencia, de esto, de lo otro" (Cosme.4.12).* A todos los hombres a los que les pregunté confirmaron, sin vacilar, que son más violentos con otros hombres que con mujeres. Además de rechazar la idea de la misoginia, si pensamos como odio a las mujeres, resalto la naturalidad con la que los hombres se confrontan.

Dentro de las reflexiones Ismael me comentó que él considera que los problemas de género de los hombres pueden presentarse *"más que nada por las cuestiones en las fiestas, en los bares, las personas normalmente, sobre todo los hombres, los que conozco suelen actuar así, o la gente con poder. Puedes tratar de opacar, de humillar y ahí empiezan los problemas. Hay quienes se ponen al tú por tú, y finalmente te pones. Y es de donde vienen los problemas y es donde terminan muy mal. O si vas con una mujer y la invitan a bailar o algo, se pone como que*

defiende lo suyo, pero realmente no es de él, pero bueno, ese tipo de cuestiones" (Ismael.20.11). En este fragmento destaco que los hombres que Ismael conocen rivalizan, se confrontan, jerarquizan, buscan feminizar a otras personas. Al tratar de humillar u opacar a otros hombres generan tensiones, lo cual provoca mucha hostilidad y, como señala I, "termina muy mal". Las interacciones de los hombres son escenarios de confrontación, incluso en situaciones que podrían ser interpretadas de otra manera.

Edwin, por ejemplo, me comparte que su exsuegro no quería que él se casara con su hija: *"lamentablemente, lo tengo que decir así, es ganar esa partida que tenía yo con el señor. De que él se sentía muy seguro de que ya no se podía casar y lo logramos" (Edwin.7.10).* Aunque Edwin finaliza diciendo que fue un logro de su exesposa y él, inicia diciendo que él le ganó la partida a su suegro. Con esto quiero señalar que muchas de las interacciones entre hombres se interpretan como una confrontación.

Dario me comparte que en una ocasión, después de estar por meses en la CDMX, regresó a su pueblo y se encontró a un amigo *"lo veo a lo lejos y le digo '¿Qué onda?' y me dice '¿Qué güey? ¿Te sientes mucho o qué?' Y yo de pues no y le digo 'Ven, vamos a platicar' Pero el venía con la espada desenvainada, y él era más alto que yo, más gordito, más fuerte, mucho más, pero yo ya también traía una condición. Y este… y nos rifamos un tiro y no le tuve miedo, aunque fuera hijo de un militar […] Cuando él ya no pudo, que lo traía agarrado del cuello, me mordió y de hecho me dejó una cicatriz, todavía la tengo. Esa también me marcó" (Dario.12.09).* En este fragmento Dario describe que peleó con un amigo y que no

entendió cuál fue el motivo. El supuesto amigo sólo le preguntó si se sentía mucho y comenzó la pelea.

Encontrar tantas acciones violentas me hace pensar en la naturalidad de la competencia y la confrontación entre los hombres. La convivencia entre hombres en los que hay golpes, peleas, rivalidades es algo común, cotidiano, insignificante, casi natural. Por lo tanto, no se ve como violento el trato hostil con que, frecuentemente, conviven. Esta violencia no se reconoce como un problema.

Mi postura entiende que la masculinización de los hombres configura un sujeto con disposición a competir. Como lo dejan ver las estadísticas, la mayor cantidad de violencias no se da de hombres contra mujeres, sino de hombres contra otros hombres. Quiero decir que la mayor cantidad de conductas violentas se dan como resultado de la disputa del poder, en la búsqueda de mayor estatus, de un poder simbólico.

En los tratos entre hombres he identificado distanciamiento afectivo, confrontación, violencias y la prohibición de establecer relaciones basadas en el placer. Para ilustrar el distanciamiento afectivo Dario me comentó que con su papá: *"no tengo esa relación de 'vente hijo vamos a desayunar' nunca ha sido así. […] la mayor muestra de afecto es '¿Ya comiste?' Si sí, órale, si no es de ¿qué te compro? Y te deja la comida y ya" (Dario.17.10).* Entiendo que este distanciamiento afectivo tiene efectos profundos en la manera en que los hombres interactúan entre ellos. En este caso el papá de Dario pareciera verse impedido de buscar la oportunidad de desayunar con su hijo, por esto se limita a comprarle algo. En la línea de lo que

he señalado páginas anteriores, al comprarle algo hay una muestra de afecto, disimulada, masculinizada.

El último tema que quiero abordar en esta sección busca mostrar que detrás de la sanción a la homofobia, existe la prohibición de que los hombres interactúen desde el placer, disfrutarse, tocarse, ser amigables, mostrarse tiernos entre ellos. Botello (2017) explica que para los hombres “las emociones se amoldan, se contornean, se acomodan, subordinadas a los límites normativos heterosexuales que marcan delimitaciones al cuerpo y al contacto físico” (p. 42). Es por esto que para la normativa sexista es más legítimo ver a hombres que se matan a golpes qua hombres tomados de la mano, que se den un beso. La masculinización permite que entre hombres se golpeen, luchen y lastimen, pero les prohíbe acariciarse, abrazarse, disfrutarse.

Cuando los niños se masculinizan aprenden las formas legítimas de tocar, de mirar, de interpretar los acercamientos con otras personas. En este aprendizaje introyectan que entre hombres no es legítimo el placer. Esto mismo se encuentra en lo que he compartido en páginas anteriores donde el papá de Ismael le informó que se habían salido las reses. Ismael le cooperó para que contratara algunos peones. No fue hasta que su mamá le explicó que su papá estaba tratando de pasar tiempo con él. Esto me ha hecho pensar en la dificultad que existe entre los hombres para reconocer que quieren pasar tiempo juntos, que disfrutan de su compañía, pedir un abrazo, ya no digamos disfrutar de una mirada, de agarrarse de la mano. Estas son cosas impensables y muy incómodas para los hombres. Para que los hombres pasen tiempo juntos necesitan tener una excusa o justificación.

En el siguiente fragmento Víctor me explica que papá: *"no es muy abierto pues… no sabe ni expresarse, no sabe este, abrirse, ¿no? Tienen el caparazón, vamos a decirle, tal cual hasta la fecha. Mi papá por ejemplo habla por teléfono "'buenos días, buenas tardes, ¿Cómo estás? ¿Todo bien? te paso a tu mamá' Si son muy cerrados en ese aspecto que te… sobre todo que te digan te quiero, que te abracen, un beso o algo, de ese tipo. A duras penas te daba una palmada en la espalda […] Es que, en los pueblos, en las mayorías, así son los papás. O sea, tienen miedo a perder la figura de padre, del hombre, este… abrazar o estar abrazando a un hombre se considera a veces ofensivo, desde el punto de vista eh… que no vayas a ser gay o joto como dicen allá" (Víctor.18.09).* Me llama la atención pensar que detrás del distanciamiento afectivo entre padres e hijos, se haya construido un discurso que afirme que eso puede derivar en que alguno de los dos cambie su orientación erótico afectiva hacia la homosexual o que desea tener una interacción erótica. Como lo advierte Kaufman (1998), muchas veces la expresión de afecto tiene que "ser balanceada por una agresión activa" (p. 50).

Desde mi perspectiva detrás de la normativa heterosexual, de la prohibición de la homosexualidad hay una intencionalidad política que debe ser visibilizada. Para el proyecto moderno es fundamental que los hombres aprendan que deben competir entre sí, que se vinculen desde las jerarquías y la ambición. Para esta visión de mundo resulta problemático que establezcan relaciones cálidas, amistosas, amorosas, que tengan prácticas eróticas, afectivas, placenteras.

Maturana (1992) afirma que "[t]odos sabemos que podemos acariciarnos con palabras y sabemos que podemos también herirnos con palabras" (p. 284).

Recupero esta afirmación para señalar que los hombres no se pueden acariciar ni con palabras. La política moderna ha restringido cualquier tipo de interacción amorosa, placenteras, tierna entre hombres. Los hombres no deben disfrutar de estar juntos, no puede haber placer. La masculinización pretende que introyecten que nacieron para competir, para luchar; que se incomoden con las expresiones afectivas, con los abrazos, besos, mimos.

Propongo pensar en la homofobia, no sólo como una resistencia a una práctica erótica, sino como una forma de evitar que los hombres disfruten de sus interacciones; como una manera instituir que sólo es legítimo que interactúen de manera competitiva, confrontante y cruel. Una forma de prohibir que los hombres tengan interacciones amorosas, placenteras y tiernas.

Dario me compartió que una de sus parejas sexuales: *"me quería hacer sexo anal a mí. Y yo le dije que 'no, que ni madres'. Me rehusé. y me dice 'No, es que te va a gustar, es el punto G del hombre' Y yo le digo 'no, prefiero quedarme con las ganas y no investigar eso. Yo con mi orgasmo normal estoy bien'. Este… yo en eso soy muy reprendón. A mis esas cosas no. Porque yo tengo esa idea de que no. 'Si ahorita me haces con el dedo y al rato voy a querer algo más. No estás mal, al rato me voy a hacer puto' […] tengo entendido que ahí es la mayor zona erógena del hombre, digo 'imagínate que pruebe y me guste. No, así estoy bien, gracias'. Yo creo, principalmente que es por el temor, Carlos, yo siento que si esa madre te provoca el placer que dicen, después vas a buscar un hombre" (Dario.26.09).* Este fragmento muestra la resistencia que experimentan los hombres a ser penetrados. Quiero resaltar los dos miedos que destaca Dario: a) que lo disfrute, que sea

placentero y b) que, si le gusta después, tenga que “buscar un hombre”. En páginas anteriores he hablado de que los hombres se “quiebran” cuando expresan ciertas emociones, cuando no cumplen con las exigencias del estereotipo; otra forma en la que los hombres se quiebran es cuando tienen prácticas homosexuales, sobre todo cuando son penetrados.

Como hemos visto, en las interacciones entre hombres heterosexuales siempre está presente un fantasma de que alguno de pueda querer ir más allá. A Martínez (2013) los jóvenes le explicaron que si un hombre le dice a otro hombre que lo va a extrañar: “se queda sólo, lo agarran de bajada, carrilla de ‘jotillo’”, “te empiezan a hostigar más, te hacen menos”, “[hay que] pegarle, molestarlo, ‘no, tú vete de aquí joto’, un sopapo”, “los rechazan, nada más los traen de bajada, con carrilla, no lo bajan de puto”, “[…] le tiras caca, […] les robas sándwiches”, “no se comparte tiempo con ellos”, “no me le acerco porque me va a contagiar” (p. 190).

Núñez (2007) describe que en alguna ocasión, mientras realizaba trabajo de campo, Joaquín, uno de los hombres con quien dialogó, a fin de evitar que resbalara y cayera, lo sujetó. También menciona que este hecho provocó que sus cuerpos terminaran muy juntos, “abrazados”. Este hecho le provocó inquietud, aunque aparentó tranquilidad. En sus reflexiones se pregunta si este hombre estaba intentando seducirlo (p. 133). Núñez (2007) describe que en otra ocasión Joaquín, ofreció su mano para guiarlo y caminaron tomados de la mano, por cerca de siete minutos. De lo que destaca que “[n]ingún hombre me había tomado de la mano desde que era niño” (p. 133). Con esto podemos ver lo difícil, raro, incómodo que puede resultar para dos hombres tomarse de la mano y los fantasmas que aparecen

cuando se dan este tipo de contactos. Es importante subrayar que no todas las formas de contacto están prohibidas. Los hombres se pueden golpear, patear, dar codazos, empujar, pero no acariciar, no tomar de la mano, no besarse, no mirarse con ternura. Es más legítimo agredir a otro hombre, pero no acariciar. La prohibición en las interacciones cálidas está tan prohibida y naturalizada que parece imposible que dos hombres heterosexuales se agarren de la mano, se besen, se demuestren ternura por medio del contacto físico.

Entiendo que la competencia sancionó la hermandad, la empatía, la comunalidad y el placer de interactuar. Esto mismo lo señala Núñez (2007) cuando afirma que "[n]uestra sociedad ha vuelto excluyentes, al menos en el discurso dominante, a hombría y el hecho de que dos hombres busquen una representación gráfica de su amistad, se dediquen una fotografía y, más aún, simbolicen su afecto tomados de las manos" (p. 111). El fantasma de la homosexualidad impide que los hombres puedan darse abrazos, besos, palabras de afecto, al grado de que se parece ofensivo y puede provocar fricciones si algún hombre "rebasa el límite".

En la intención por pensar cómo se construyó esta prohibición, qué valores, saberes o intereses hay detrás de este tipo de creencias, encontré que Foucault (2016) explica que durante los siglos que siguieron a la Antigüedad la amistad constituyó una relación social muy importante. Dentro de la amistad los individuos disponían de cierta libertad que les permitía también vivir relaciones afectivas muy intensas.

> La amistad tenía asimismo implicaciones económicas y sociales: el individuo estaba obligado a ayudar a sus amigos, etc. Creo que en los siglos XVI y XVII

> vemos desaparecer esa clase de amistades, al menos en la sociedad masculina. Y la amistad comienza a convertirse en otra cosa. A partir del siglo XVI encontramos textos que critican explícitamente la amistad, que la consideran algo peligroso (p. 211).

Agrega que cuando la amistad fue socialmente aceptada

> nadie se dio cuenta de que los hombres tenían relaciones sexuales unos con otros. Tampoco podía decirse que no las tenían, pero esas cosas, simplemente, carecían de importancia. No tenían ninguna implicación social, el asunto era culturalmente aceptado. Que hicieran el amor o se besaran no tenía ninguna importancia. Absolutamente ninguna. Una vez desaparecida la amistad como relación culturalmente aceptada, se planteó la cuestión: "Pero ¿qué urden entonces los hombres juntos?". Y en ese momento apareció el problema. Y en nuestros días, cuando los hombres hacen el amor o tienen relaciones sexuales, el asunto se percibe como un problema. Estoy seguro, en realidad, de tener razón: la desaparición de la amistad en cuanto relación social y el hecho de que la homosexualidad haya sido declarada un problema social, político y médico forman parte del mismo proceso (p. 212).

Esto me ha permitido pensar que la homosexualidad es vista como un problema porque interfiere con la política moderna, jerárquica, competitiva y ambiciosa; que requiere de sujetos que repliquen sus criterios en sus interacciones. El problema con la homosexualidad no es que los hombres se penetren, sino que se disfruten, se toquen, que sean amorosos, empáticos, que dejen de competir entre ellos, que se traten con ternura.

La política moderna, basada en la necesidad de que los hombres compitan entre sí, ha legitimado su discurso espectacularizando los deportes, las películas, los comics. Un ejemplo muy cercano son las peleas de box, con sus sueldos millonarios. Estos eventos pagan millones de dólares para que dos hombres se golpeen, sangren y se lastimen. Frente a la pantalla celebramos, disfrutamos, admiramos que haya dos tipos golpeándose, sangrando intentando dejar inconsciente al rival. En contraste hay hombres que consideran antinatural, perverso, una pérdida de valores, que dos hombres se puedan besar o acariciar.

La homofobia es políticamente relevante porque prohíbe el amor entre hombres. Como lo muestran las estadísticas y los testimonios que he compartido, no es legítimo que los hombres tengan comportamientos tiernos con otros hombres, ni consigo mismos. No deben cuidarse, amarse, sus cuerpos son entrenados para exponerse a riegos, para competir. La masculinización entrena a los hombres para la jerarquía, la competencia y la ambición. Lo horizontal, lo comunitario, lo placentero es contrario a su política. Por eso las interacciones tiernas son insoportables para la masculinidad. Estas formas comunitarias, horizontales, culturalmente han sido feminizadas, para que los hombres aprendan a evitarlas.

Si pensamos en la manera en que los hombres pueden salir de la enajenación masculina, no es por medio de la confrontación, con culpas, reclamos, ni con un sentido de justicia, sino con contactos tiernos, cálidos, amorosos. Lo masculino no soporta lo femenino, se desvanece. Los hombres saben cómo reaccionar a la confrontación, pero no saben cómo reaccionar a la ternura, a los abrazos, mismos, besos o las lágrimas, ante esto parecen estar desarmados. La

vulnerabilidad y la intimidad es el punto débil de la masculinidad. Cuando aparece la ternura la masculinidad colapsa.

No considero que el núcleo del problema de la homofobia sea el miedo a sentirnos atraídos por otros hombres, a penetrar o ser penetrados. El miedo que provoca la homosexualidad se genera por ser sancionados, por mostrarnos tiernos, por dejar de competir, por reconocernos vulnerables, por quebrarnos, por sensibilizarnos a las necesidades de otros, por dejarnos conmover, por miedo a no saber qué hacer con lo que sentimos.

La homofobia es la prohibición que tienen los hombres a tener vínculos placenteros o íntimos con otros hombres, a dejar de competir; es el discurso que sanciona el amor, al placer y a las demostraciones afectivas entre hombres. Para una política competitiva es un gran riesgo que los hombres dejen de competir. Por eso la masculinización los entrena para que rivalicen, confronten, luchen, golpeen, se burlen, humillen, avergüencen. Entre hombres es bien visto y legítimo reunirse para competir, para luchar, para tomar, para alburearse.

Para cuidar que los hombres no tengan interacciones cálidas se prohibió que pasaran tiempo juntos, solos, se vio como algo inadecuado. Se prohibieron los espacios en donde compartieran su intimidad, su vulnerabilidad, los contactos físicos tiernos. La homofobia entre hombres es la manera en que se ha prohibido que los hombres tengan interacciones empáticas. Al construirse un discurso que sanciona la homosexualidad se prohíbe que los hombres se acaricien, se toquen, se quieran, se disfruten, se penetren, que se feminicen.

Automachismos

Aunque he señalado la presión que ejercen otras personas en los comportamientos de los hombres, también es cierto que cuando ellos introyectan los mandatos, son ellos mismos quienes se exigen cumplirlos. Los automachismos me han permitido confirmar que la agencia de los hombres está profundamente condicionada por los mandatos de la masculinidad. Esto implica que a los hombres se les dificulte mostrarse frágiles, expresar dolor, tristeza, llorar, ternura, entre otras cosas.

Los automachismos me parecen la evidencia más contundente de que el proceso de masculinización enajena las identidades de los hombres. Esta enajenación se consolida cuando los hombres introyectan las exigencias normativas asignadas a su sexo, entienden que deben obedecerlas y se cuestionan cuando no lo hacen. Dicho de otra manera, cuando la masculinidad se encarna son los mismos hombres quienes se presionan para cumplir con sus mandatos.

A partir del análisis que he realizado encuentro que los automachismos se manifiestan de tres formas: a) la autoexigencia por obedecer, b) los descuidos a su integridad, ya sea en conductas de riesgo, no atenderse dolores, heridas, enfermedades, etc. y c) las sanciones y cuestionamientos por no cumplir con las expectativas del mandato.

En uno de los encuentros Ismael me comparte que él asume que si tiene una cita con una mujer: *“prácticamente sabes que vas a pagar la cuenta, es el hombre que lleva ese rol. Ya es regla de la sociedad, que las hemos hecho y no nos ponemos a pensar que, si vas al cine con tu pareja, los dos van a disfrutar, los dos*

van a comerse las palomitas, a tomarse el refresco. Entonces por qué no la mitad, o una vez tu y la otra él […] Tienes que salir con alguien y por ser el hombre llevas el rol de pagar o el que sustenta" (Ismael.20.11). Aunque algunas mujeres puedan presionar para que los hombres paguen las cuentas, en muchos casos, como lo comenta I, son ellos mismos quienes asumen que les corresponde pagar.

En otro de los encuentros Ismael me confesó que cuando su primo murió: *"me hubiese gustado soltarme de mi primo, el no aguantarme esas ganas de llorar, tomarme mi tiempo, el sentirlo, me hubiese gustado hacerlo. No sé, me limité, estaba pensando en tantas cosas a la vez. Una de mis tías me dijo, me agradeció más bien dicho, que estuve al pendiente de todas las cosas. Entonces este, me hubiese gustado soltarme" (Ismael.08.10).* En este fragmento hay una mezcla entre un automachismo y un intermachismo. El automachismo se da cuando Ismael se aguanta las ganas de llorar. El intermachismo se da cuando la tía agradece a Ismael por haber atendido a las personas que asistieron. La afirmación de la tía confirma que Ismael hizo lo "correcto".

Edwin me comenta que cuando va al centro comercial *"Yo termino como arbolito de Navidad cargando todo y lo que menos le deje a mi mama o mis hermanas o a M (su pareja) para cargar. Y yo lo busco. Igual, si hay algún problema, no sé, que se oigan ruidos en la casa y que alguien se metió, yo tengo entendido que yo voy a salir, yo voy a ser el que tenga que salir a averiguar quién está. No voy a dejar que vaya mi mamá o M (su pareja). Si hay otro hombre pues igual le digo vamos los dos" (Edwin.11.11*). Edwin asume que le corresponde cargar todo lo que pueda y evitar que mujeres que lo acompañen carguen algo. Incluso pone un caso

hipotético en el que entiende que si hubiera otro hombre, compartiría responsabilidades de protección con él. Es importante mencionar que Edwin tiene dolores crónicos de espalda, desde hace más de 5 años. Señalo esto porque a pesar de estos malestares sigue asumiendo que le corresponden estas actividades. En este fragmento se hacen visibles el automachismo, por la exigencia propia y el intramachismo porque si hubiera otro hombre Edwin le diría que le corresponde acompañarlo. Con estos fragmentos quiero visibilizar que cuando los hombres introyectan las exigencias masculinas, ellos mismos se presionan para cumplirlas. Esto es congruente con el planteamiento de Foucault (2008) sobre la disciplina: "tienen por objeto principal un aumento del dominio de cada cual sobre su propio cuerpo" (p. 141).

Sobre la falta de cuidados que tienen los hombres consigo mismos, Edwin comenta que, después de su divorcio y de haber salido de su casa sin pertenencias, él entendía y estaba de acuerdo en que sus padres: *"preferían a mis hermanas o que me quitaran algo por darle a mis hermanas, yo lo veo más como una ayuda con ellas, un apoyo para ellas y yo mismo se los daría" (Edwin.11.11).* Edwin no ve como un problema que, aunque él también necesite el apoyo, se prioricen las necesidades de sus hermanas, agrega que él haría lo mismo. Entiendo que esta disposición representa un descuido a su posición.

Otro ejemplo es cuando Víctor se metió a jugar futbol antes del tiempo que le había recomendado el médico: *"cuando me operaron de la vesícula, como a los dos meses, me metí a jugar. Porque no nos acompletamos… No podía jugar. Pero con las ganas, con todo el miedo, entre comillas, me vendé, me acomodé y todo"*

(Víctor.26.10). Esta misma anécdota la compartió Víctor, cuando me hizo saber que sus compañeros le insistieron que jugara. Sin embargo, ahora él expresa que tenía ganas de jugar. En este fragmento se vuelve a presentar una combinación entre un intramachismo y automachismo. Esto me ha ayudado a visibilizar que la presión es compartida. De manera simultánea se ejerce, por todas las personas que han introyectado el sexismo.

Ya he comentado que cuando, la entonces novia de Edwin estaba embarazada, él fue a dejarle ropa, pañales, un bambineto y otras cosas que compró a Tabasco: *"todo mi poco dinero me lo gasté allá. Yo ya tenía boleto de regreso (salía a México a las 7 de la noche). Entonces prácticamente yo llegué a Tabasco como a las 10:00 de la mañana me tuve que soplar de 10:00 de la mañana hasta las 7 de la noche que salía mi camión solo, sin saber qué hacer. O sea estando en la estación porque pues ni para ir a conocer no tenían ni dinero nada […] Yo me acuerdo que todavía le había dicho a mi mamá 'salgo a las 7 y llego a las 6 de la mañana… o 5 de la mañana… de aquí a la Tapo. Y llegando de la Tapo me voy directo a trabajar'. […] Me acuerdo bien el camino… que se para el camión a medio camino para quien quiera hacer del baño y comprarse algo y todo. Yo ya no traía ni un peso en mi cartera. Y éste… siempre había cargado uno… el clásico dólar de la buena suerte. Siempre lo traía yo en mi cartera entonces llegué y le dije ahí al del tender 'oye ¿aceptas dólares?' 'Sí te lo acepto en 3 pesos' o algo así. Digo 'bueno pues dame un jugo de tres' Tenía muchísima sed ya me dio un jugo y fue lo último que me pude comprar con mi dinero hasta que ya llegué al metro. Tenía boletos del metro llegué al metro y a mi trabajo. Ahí un amigo me prestó para comer ese día y*

ya llegué a mi casa" (Edwin.7.10). No me gustaría generar una confusión y que parezca que quiero decir que Edwin no tendría que gastar sus recursos en comprar cosas para su niña, sobre todo asumiendo que es corresponsable del embarazo. Lo que me parece relevante es visibilizar que su exesposa no sintió esta misma responsabilidad de trabajar para hacer estas compras, que Edwin tuvo que viajar desde CDMX hasta Tabasco para entregar las cosas que compró y que dejó hasta el último centavo que traía. Pero lo que me parece más relevante es que esta acción provocara que se quedara sin comer, por más de un día.

El mismo Edwin me describe el choque que tuvo: *"va a sonar como muy trillado, ¿no? Pero créeme que yo pensé, o yo creía, que podía manejar. Bueno te puedo decir que, incluso hoy en día, creo que lo puedo manejar. Realmente yo no concebía que sí tomaba mucho, y en ese día tomé demasiado […] Y esta vez, yo recuerdo, o sea… en lo que yo recordaba, lo que yo había tomado eran algo muy normal […] Yo me acuerdo que nos acabamos la de Matusalem, en el estadio. Todavía abrimos la patona. Nos servimos las camineras de la patona. Y llegamos aquí a la casa […] Y mi mamá me dice 'no te lleves la camioneta hijo, ya vas muy mal', me dijo mi mamá. Lo que siempre me decía mi mamá, ¿no? En todas las ocasiones 'ya vas muy mal', 'estás muy mal', 'ya tomaste mucho' […] O sea he agarrado callo. O había agarrado callo en la parte del tomar. Porque estaba tomando martes, miércoles, jueves, por los eventos, por mis eventos, por la industria, porque siempre había el que 'te invito una cuba'. Hay un medio (una empresa) que te manda tus botellas o que te invita a comer o que te hace esto o que te hace lo otro, o que ya hizo un evento en su casa, o la amiga de la amiga que*

vamos a seguirla acá. Y soltero y divorciado y todo, dices 'no pues de aquí soy'. O sea yo era el que más aguantaba, siempre tenía que irme al final… Aquí el gran problema fue que cuando yo llego a la casa (a la fiesta), que ya íbamos bastante jalados, pero me acuerdo todavía cuando llegamos le dije a A (su amigo) 'sírveme otra'. […] Yo me imagino que tomé el primero y 'Bye', knockout, completamente […] Como a las 2 de la mañana, me dicen que yo ya me quería ir. Me quitaron la llave. A partir de ese momento, me estuvieron dando puro mineral, pura agua mineral. Yo no me acuerdo de nada… y yo estaba necio que ya me quería ir […] A las 5 de la mañana, ya uno de mis cuates me dice 'ya güey, ten ya me cagaste, ya. Ten' […] me dan me dan las llaves y me salgo yo no recuerdo absolutamente nada hasta que me desperté con el madrazo, con el trancazo" (Edwin.7.10). En este fragmento Edwin comparte varias formas en las que acostumbra descuidarse: tomar grandes cantidades de alcohol, incluso entre semana, desvelarse, manejar tomado. También destaco que él no considere que manejar tomado sea un riesgo y afirma, incluso después del accidente, que lo puede manejar. Esto contrasta con que su mamá, quien parece ser más sensible a estos riesgos, le diga frecuentemente que está muy tomado para manejar, por lo cual le recomienda que no lo haga. A este evento habría que mencionar que en otros fragmentos me compartió que un amigo cercano se mató en un accidente vial y en este accidente el alcohol pudo ser un factor determinante.

Ismael me comparte que hasta hace unos años tenía mucha disposición para pelear: *"era muy puesto, me peleaba luego con personas más grandes que yo, como que sin miedo a nada. Entonces de pronto te decían algo y si me sentía ofendido*

como que respondía, cosas así" (Ismael.20.11). En el relato de Ismael identifico una obediencia acrítica, por no considerar las consecuencias que puedan tener sus actos, ya sea que comprometan su integridad, sus relaciones de pareja, su trabajo o cualquier aspecto de su vida. En esta misma ocasión Ismael me comparte que él entiende que los hombres *"sí nos ponemos en situaciones de riesgos por situaciones que supuestamente nos tocan por ser los hombres, el sexo fuerte" (Ismael.20.11).* Después de las reflexiones me compartió que entendía que, por el hecho de ser hombres, "nos toca" asumir ciertos riesgos.

El último punto de los automachismo se refiere a las sanciones que los hombres se imponen a sí mismos. D, por ejemplo, menciona que cuando se enteró que su exesposa lo engañaba *"me dejé de alimentar cuando tenía ese problema. Yo sabía que estaba mal, pero decía que no importa" (Dario.20.11).* Las palabras de Dario nos dejan ver que él sabía que se estaba lastimando al dejar de comer y, aún así, lo hace. Es importante aclarar que la relación de Dario terminó porque él se enteró que su esposa le había sido infiel. Menciono esto porque él vivió esto como un cuestionamiento muy fuerte a su masculinidad. Dario experimentó culpa a partir de la infidelidad de su esposa: *"yo buscaba mis culpas, buscaba este… castigarme" (Dario.26.09).* Los hombres se llegan a castigar si sienten que no han hecho lo que se esperaba que hicieran, si no se ajustan al estereotipo. Sin embargo, podría agregar que se castigan con pensamientos, con cuestionamientos "¿soy hombre o no?", como se lo ha cuestionado el propio Dario en otros fragmentos.

El último testimonio que quiero mostrar sobre las sanciones es para ilustrar que se puede dar en situaciones cotidianas. Dario me comparte porqué comenzó a

andar en bici: *“lo empecé a hacer por mi cuñado, que falleció. Él tenía su bici y se iba al velódromo y veía que venía bien sudado y decía que pues sí era una putiza. Y por eso me compré mi bici de ruta y empecé a meterle” (Dario.26.09).* Me llama la atención que el motivo por el cuál él inicia a andar en bici es por la “putiza” que eso implica. Entiendo que puede ser una manera de estar en forma, de sudar, de mantenerse fuerte, activo, pero finalmente lo mira y describe como una forma de recordarse, por medio del dolor, que es fuerte.

He querido mostrar la presión que ejercen los hombres sobre sí mismos para obedecer las exigencias masculinas. Los automachismos nos hablan de los márgenes de la agencia que tiene los hombres y me permiten afirmar que están condicionados por los mandatos de la masculinidad. Ahora, como parte de la agencia de los hombres, hablaré sus emociones, la manera en que las gestionan.

Emociones de los hombres

En los siguientes fragmentos me interesa analizar la emocionalidad de los hombres. Pero antes, quiero señalar que la polarización de las emocionalidades femeninas y masculinas me ha permitido diferenciarlas; las femeninas son vistas como una muestra de debilidad, las masculinas se piensan como fortaleza. Mi intento de visibilizar la emocionalidad masculina no es invalidarla o promoverla. Mi interés está centrado en mostrar por qué se da, cómo, qué consecuencias tiene para las vidas de los hombres y politizarlas.

La emocionalidad masculina es funcional

Lo primero que quiero señalar es que la masculinización de las emociones tiene una funcionalidad. En páginas anteriores he compartido que el tío de Ismael vivió pudo "resolver" el problema que se generó con un taxista, derivado de un golpe entre coches. Esta experiencia nos mostró la relevancia de los recursos emocionales para afrontar una situación. Traigo esto a la memoria porque Ismael aplicó la misma estrategia cuando su amigo, que había ido a comprar cervezas, fue abordado por unos tipos que se las quitaron. Cuando el amigo de Ismael regresó sin cervezas y sin dinero, Ismael bajó del auto, a pesar de que su amigo le recomendó que mejor se fueran y dejaran las cosas así. Unos segundos después, Ismael regresó con el dinero y las cervezas. Después de que se fueron le explicó a su amigo que había hecho creer, a los tipos que le quitaron sus cosas, que traía una pistola debajo de la chamarra. El amigo de Ismael vio lo que sucedió desde el coche y comentó a él pensó que sí traía "algo", porque lo vio muy seguro. Ismael confesó que *"no así me la contó mi tío. Cuando es algo así, la seguridad es la primordial" (Ismael.08.09).* En este relato Ismael nos comparte que si no se muestra seguro, no hubiera podido imponerse y recuperar lo que les habían quitado.

Edwin me compartió que él conoce de muchos casos en donde los hombres *"aguantan incluso hasta violencia en el trabajo, discriminación, violencia verbal, de 'eres un pendejo, eres muy malo' Por el hecho de decir, no pues no quiero perder el trabajo, me pagan muy bien también, ¿no?" (Edwin.11.11).* Este fragmento me hace pensar en los recursos emocionales que debe tener un hombre que es sometido a presión, discriminación, que se desenvuelve en un ambiente hostil,

competitivo y jerárquico. Con esto no quiero defender la existencia de estos espacios. Lo que quiero es destacar la necesidad de configurar una emocionalidad resiliente, para desenvolverse en entornos violentos.

Víctor me explica que él entiende que a los hombres nos preparan de esa forma: *"en algún momento tienes que tomar el rol de ser el hombre. Por eso creo que esa es una parte que te muestran o te enseñan a que seas de esa forma. Un poco, muy, que no demuestras tus sentimientos, como el llorar, que te tienes que aguantar por ser hombre. Ese tipo de detalles. Sí te van formando de alguna forma. Alguna de ellas es, para venirse acá. Ese tipo de situaciones te hacen ser un poco resistente, cuando estás solo, cuando ya no tienes a nadie, hablando de la familia directa, tus papás o tus hermanos o los que estén" (Víctor.26.10).* Dario entiende que ha pasado por un proceso en el que se le ha enseñado a no mostrar sus sentimientos, a no llorar, a aguantar, a afrontar las situaciones solo. Estos aprendizajes emocionales son parte de la masculinización y son indispensables para que puedan comportarse como "hombres".

Víctor me comparte cómo entiende que aprendemos a gestionar las emociones: *"jugar una final te trae ciertas emociones. Pero a la vez, en un momento ya te empiezas a tener el nerviosismo. En las primeras tienes mucho nervio, pero ya cuando vuelves a pasar la segunda, pues ya no tienes los mismos sentimientos o nerviosismo. Ya tienes otro tipo de situación y lo manejas de otra manera. Y lo mismo pasa con ciertas situaciones similares, de tu vida personal. Una primera vez siempre es diferente. Ya cuando te vuelve a pasar, ya sabes cómo manejarla, cómo llevarla. Y logras hacerlo mejor que la primera vez" (Víctor.26.10).* En este fragmento

Víctor me comparte que él entiende que las emociones se entrenan a partir de exponerse a situaciones difíciles, de la repetición, que esto insensibiliza. Me parece relevante que ponga como ejemplo el deporte, el futbol por la exigencia emocional que implica. Como ya he señalado, los juegos, el deporte, los espacios de socialización que entrena a los hombres para que enfrenten situaciones adversas.

Ismael me compartió cómo ha hecho para enfrentar expresiones racistas *"me han llamado negro, me han llamado prieto, pero nunca lo he sentido yo como racismo. Me lo han dicho despectivamente pero no, la verdad es que, 'pinche negro'. Pues sí, soy negro, no es como que algo que a mí me ofenda, no, no, no, para nada. 'Puto costeño' me llegaron a decir también, eh… ese tipo de cosas las he vivido más que nada en la cancha de fútbol, que te quieren sacar de quicio por alguna cosa o algo" (Ismael.08.09).* Para él ha sido indispensable aprender a no sentirse herido por agresiones racistas, aunque tengan la intención de lastimarlo. Comenta que, sobre todo en el futbol, este tipo de agresiones buscan distraer, desestabilizar al rival, sacarlo del partido. A partir de esto, quiero mencionar que las emociones pueden ser una debilidad o una motivación. Aprender a gestionarlas nos da la posibilidad utilizarlas para afrontar la adversidad.

En alguna conversación Dario me explicó que lo que él aprendió en el futbol lo llegó a otras esferas de su vida *"cuando me toca dar conferencias, yo no me puedo poner nervioso, yo no me puedo tantear, porque, si estoy en un estadio, con 10 mil personas, tirando un penalti definitorio, si lo tiré, ¿no? No me desmaye, no me resentí, ¿Cómo ahorita con 30, 100 personas, voy a sentir miedo, a tal grado de equivocarme? No, seguridad, me va a dar una solvencia en la palabra, y ya,*

empiezo" (Dario.12.09). Dario nos comparte que el deporte le enseñó a controlar sus nervios, soportar la presión social, verse como capaz, enfrentar los retos, confiar en sí mismo. Este entrenamiento va permitiendo que los hombres se vean capaces, seguros y enfrenten situaciones que pueden generar incomodidad.

El sujeto competitivo necesita verse como autosuficiente, resiliente, capaz de afrontar situaciones adversas, aprende a ver que tiene en sus manos su destino. Sin embargo, esta postura despolitiza la dimensión estructural de una política jerárquica y cruel. Detrás de estos saberes está el ideal de un sujeto que no debe renunciar, darse por vencido, porque está en sus manos conquistar el mundo.

El pensamiento mágico

El siguiente elemento que he identificado como relevante en la agencia de los hombres es el pensamiento mágico; les ayuda a suponer que no les pasará nada, a pesar de exponerse a riesgos. Para ilustrar esto quiero compartir un fragmento en donde Ismael me responde si ha tenido alguna situación que no haya podido resolver: *"la verdad es que pasamos por… infinidad de problemas ¿no? Unos mayores, otros menores, pero afortunadamente siempre han tenido como que, una solución favorable o al menos aceptable. Y yo creo que de ahí a que, a que sienta que pues, todo se pueda arreglar" (Ismael.08.09).* En esta misma conversación Ismael me aclara: *"estás hablando con una persona que se resbaló de una palma, estuvo a punto de caerse, al último momento lo alcancé a agarrar. Ya se ha accidentado 2 veces, con pérdida total […] Y pues no sé, aunque no creo mucho en eso, tengo alguien que me cuida allá arriba ¿no? Porque si he tenido cosas,*

choques super horribles y sin ningún rasguño aparente" (Ismael.08.10). Me llama la atención que a pesar de haber tenido estos accidentes, en lugar de pensar en los riesgos imprudentes a los que se ha expuesto, en la conveniencia de cuidarse, piense que alguna especie de divinidad lo cuide. El pensamiento mágico es un recurso emocional que permite que los hombres se vean a sí mismos como capaces, resilientes, autosuficientes, seguros de sí mismos.

En fragmentos anteriores compartí que Víctor se metió a jugar futbol a pesar de que había sido operado. Sobre esto traté de profundizar y le pregunté si cuando lo operaron de la vesícula llegó a pensar que moriría: *"fíjate que no. Ahí sí no. No tomé esas situaciones de estar pensando en eso" (Víctor.26.10).* De nuevo aparece el pensamiento mágico para detener el miedo, verse como capaces y afrontar situaciones. En misma otra ocasión Víctor me habló de las emociones que considera negativas me comentó: *"las malas como los fallecimientos, también sabemos que van a pasar, pero nunca tú piensas, que no te van a pasar a ti o en ese momento. Nunca lo esperas, tal cual" (Víctor.26.10).* Las palabras de Víctor subrayan que, aunque tiene claro que existe la posibilidad de morir, no piensa que le suceda a él.

En este fragmento Edwin cuando me habla de su papá: *"yo siento que está hecho de una madera completamente diferente. De entrada, o sea para lo que fuma, para el menos cuatro de ejercicios que hace, cómo se malpasa en cuanto a la alimentación también y todo eso. Realmente está muy bien para todo eso. Y la verdad es que él de joven hizo mucho deporte. Yo me imagino que le hizo… que le funcionó mucho eso […] Yo creo que, como 8 años, de que se hizo diabético. Y fue precisamente porque se empezó a sentir mal, se sentía muy lento, como muy… a*

regañadientes, porque tampoco es mucho de ir al doctor. Fue al doctor y llegó como 500 y cacho de azúcar y así" (Edwin.03.09). En este relato Edwin nos comparte que su papá, a pesar de que no come bien, de que no hace ejercicio, de que fuma mucho, de que fue diagnosticado con diabetes, que tiene un tema de sobrepeso, de que se resiste a ir con el médico, yo agregaría de que consume alcohol con mucha frecuencia, está muy bien. Edwin entiende que el "buen estado" de salud de su papá es porque "está hecho de una madera completamente diferente". Me parece importante comentar que, en marzo de 2021, es decir, un par de meses después de que sostuve estos encuentros, el papá de Edwin amaneció tirado en la cocina de su casa, al parecer murió por un infarto fulminante. Es justo mencionar que meses antes estuvo enfermo de COVID y esto pudo estar vinculado con su muerte.

En otra ocasión le pregunté a Ismael si pensó que podría sufrir por el COVID: *"no, La verdad es que no me cruzó por la cabeza. Supongo que estoy tan acostumbrado en ser, entre comillas, una persona sana. Pues ahora sí que no me pasa por la cabeza una enfermedad o algo así, hasta que la tengo" (Ismael.20.11).* Verse como sano lo libera de preocupaciones, lo cual pe permite anda por el mundo confiado. El pensamiento mágico, a pesar de saber que estábamos en medio de una pandemia de escala mundial, le hace pensar que a él no le pasará nadie.

Si recordamos algunos fragmentos que ya he compartido, a Cosme tampoco le preocupaba infectarse de COVID; I, cuando va solo con sus amigos, les pide que aceleren, sobre todo si van borrachos; Edwin, después de haber chocado, sigue pensando que puede manejar borracho, el mismo Edwin confrontó a tres policías que lo querían infraccionar y golpear. Con esto quiero visibilizar que el pensamiento

mágico permite que los hombres se vean como sujetos resilientes, capaces, autosuficientes, invulnerables.

El pensamiento mágico no sólo opera con su integridad física. C, por ejemplo, me compartió que cuando su esposa comenzó el tratamiento de quimioterapias le dijeron que llegaría un momento en donde él sería quien necesitaría mucho ayuda: *"ah chinga pues como ¿no? Pero era porque me iba a afectar emocionalmente. Pero que sí lo iba a resentir" (Cosme.7.10).* Cuando los médicos le hicieron saber a Cosme que él viviría un desgaste emocional considerable se sorprendió.

El pensamiento mágico es parte de la configuración emocional que permite que los hombres se describan como agentes autosuficientes, capaces de resolver situaciones adversas, resilientes; libera a los hombres de las emociones feminizadas, es un antídoto contra la inseguridad, bloquea el miedo, anula la duda, oculta las adversidades. Esto posibilita que los hombres se enfoquen en alcanzar sus objetivos, sin preocuparse por las consecuencias que puede representar para sí mismos exponerse a riesgos y tener comportamientos temerarios; también permite que los hombres se sientan tranquilos, seguros, confiados, capaces para manejar borrachos, cansados, enfrentar policías, voltearse en el coche y pensar que lo podrían seguir haciendo, confrontar a otros hombres, andar en la calle, enfrentar cualquier reto, sin dudar de ellos mismos. Es un recurso agéntico que permite que los hombres se liberen de preocupaciones, afronten adversidades, confíen en sus recursos y se expongan en riesgos que comprometan su integridad.

Expresión emocional

El siguiente elemento que quiero analizar es la manera en que los hombres describen sus experiencias . Para esto me enfocaré en dos dimensiones: la expresión emocional y la doble escucha (Latorre, 2013). En un primer momento intentaré mostrar las características de su expresión emocional, en un segundo momento, haré mi interpretación utilizando la doble escucha (Latorre, 2013).

Antes de mostrar la masculinización de los relatos que he identificado, necesito aclarar que cuando comencé a interesarme por estudiar las emociones de los hombres pensaba encontrar expresiones emocionales explícitas. Quería escuchar “alegría”, “enojo” o “estaba triste”, “me puso contento”, etc. Después de revisar las conversaciones que sostuve, comencé a ver que las emociones siempre estaban presentes en sus relatos, pero que yo debía rastrearlas. En los siguientes fragmentos quiero visibilizar que en las narraciones de los hombres son muy escasas las expresiones de dolor, de miedo, de tristeza. Sin embargo, esto no quiere decir que no me hayan compartido experiencias dolorosas, tristes o peligrosas. La diferencia está en la manera en que describen sus experiencias. identifico tres estrategias en la manera en que expresan sus emociones: a) impersonalizar sus relatos, b) expresiones afectivas indirectas, c) masculinización de sus relatos.

Impersonalizar sus relatos

Cuando hablo de la impersonalización de los relatos me refiero a expresiones que hacen referencia a las emociones, pero que quien las refiere no lo hace en primera

persona. Por ejemplo Ismael me compartió cómo vivió la muerte de su primo: *"siempre pensamos que iba a salir bien de todo […] Y no sé, es bastante duro y hoy a la fecha como que no lo asimilamos, no terminamos de creerlo, alguien con tanta fuerza, con su familia. Y pues convivíamos mucho, esas cosas sí se sienten" (Ismael.08.10).* El lenguaje que utiliza menciona que fue "duro", que "esas cosas sí se sienten". A pesar de que describe, no habla de dolor, de tristeza, de extrañarlo, de que le haga falta. Su descripción despersonaliza la emoción, no involucra.

En una de las primeras conversaciones le pedí a Víctorque hiciera una línea de tiempo de su vida mencionando las emociones que considera más relevantes: *"lógicamente es cuando terminas la carrera, hablando de lo profesional […] Pero es más enfocado ya a la terminación de la… cuando te titulas. No sólo terminar. Ella sería una de ellas. Lógicamente si hablas de futbol, cuando quedas campeón, la primera vez. La primera es una de las más importantes. Y la otra, una de ellas, la de tu… cuando nace mi hija. Una de ellas, si lo valoras por ese tiempo, esa sería la más importante, ¿no? Y pues ya comienzan cosas personales. Cuando compras tu coche, cuando ves tu primer auto que compras. Ciertas emociones ahí y pues esas son las buenas. Algunas de ellas. Pero también hay malas, lógicamente cuando fallecen tus... en nuestro caso primero fue mi abuelita, paterna y luego fue mi abuelo materno. Que eso es parte de las malas vivencias o emociones malas vamos a llamarles. Alguna vez también falleció un primo y falleció aquí en México también, atropellado. Esas serían las más importantes que yo recuerdo" (Víctor.26.10).* A pesar de la petición explícita que le hice a V, en su relato no se menciona ninguna emoción. Habla de eventos que considera relevantes, emocionales. Al escuchar su

respuesta le señalé que no había mencionado ninguna emoción y me contestó: *"sí ya sé. Pues las primeras son de alegría, de cuando terminas, tu primer auto, tu primer torneo… Es de alegría, de estar ahí. Lógicamente lo de mi hija también, ¿no? A la par uno ya reconoce que después de la alegría vienen las responsabilidades… Los fallecimientos son de tristeza" (Víctor.26.10)* En su intento por ser más claro sólo me explica qué hechos generan cuáles emociones. Destaco que sus emociones parecen huérfanas, las emociones que refiere no las vincula con su experiencia, en su relato le permite describir sin dejarse afectar, como si alguien más las hubiera experimentado, ni siquiera se vincula con la alegría. Al revisar este fragmento pensaba en la habilidad que se requiere para describir lo que viven sin vincularse con las emociones propias, sin ponerse al centro del relato. Es una descripción en tercera persona, donde el relato pareciera ser ajeno.

En alguna conversación le pedí a Cosme que me resumiera cómo vivió la enfermedad de su esposa en tres emociones: *"la primera eh, la noticia de que, del recibimiento de todo esto, pues sentí cuando nos dieron la noticia que las cosas no iban a ser igual, fue el primer día de ese nervio, de qué voy a hacer, si ya no está ella qué voy a hacer con mis hijos. […] la segunda sería la misma que comenté cuando me dijo la doctora 'llámales a tus familiares porque esto ya no tiene remedio' esa es otra emoción muy fuerte […] la tercera, cuando me fui de la… tomar la decisión de alejarme de ellos (de su familia), esa sería la tercera" (Cosme.7.10).* Este fragmento reconoce la existencia de ciertas emociones, describe los eventos que las generaron, pero tampoco se involucra con ellas, como si no las hubiera experimentado. La manera en que las enuncia muestra un distanciamiento afectivo.

Su descripción, me parece, que no deja ver la gravedad y lo difícil que fue vivir lo que vivió. Conocer su historia me ha permitido imaginar cómo me hubiera sentido yo de vivir algo parecido. Esta descripción me permite entender lo que vivió, pero no me permiten conectar con su dolor, frustración, tristeza, desesperanza, miedo, dificulta que me conmueva. Para tratar de entender lo que vivió he necesitado contrastar lo que dice con lo que el desgaste que imagino que experimentó.

Ante el riesgo de ser feminizados por las emociones, los hombres aprenden a dejarlas en un segundo plano. En sus descripciones podemos ver que desaparece el sujeto de enunciación, El lenguaje desencarna sus experiencias, describen cuerpos que experimentan situaciones, pero no se dejan afectar por ellas. Sobre esto Seidler (1997) coincide cuando señala que:

> el que se nos lesione, el que se nos dañe y con frecuencia si un niño pequeño se cae en la calle y su pierna sangra, acude a usted, y usted le pregunta, "¿Te duele?" y la respuesta inmediata es, "Claro que no". Se tiene el caso de un hombre mayor que tiene algún tipo de dolor en el costado, pero no sabe cómo reconocerlo, porque él lo toma como una prueba de su masculinidad. Sabemos que él no acudirá al doctor, porque él piensa que debido a que manifiesta dolor se cuestiona su masculinidad, piensa que quizá se vaya de la misma manera que vino, así que se aferra a ese dolor y realmente no habla sobre él (p. 5)

Expresiones afectivas indirectas

El siguiente recurso es tener expresiones afectivas indirectas, discretas. D, por ejemplo, me compartió que no acostumbraba celebrar los cumpleaños o felicitar. En contraste a su esposa: *"a ella le gustaba mucho eso, ese tipo de detalles, muchísimo, y yo me resistía. Si ella me compraba mi pastel de cumpleaños, 'pues ah gracias' ¿no? Pero no era una emoción desbordada de mi parte. En cambio, lo que yo hacía era… trataba de demostrar mi afecto, un día cualquiera. Llegaba y le daba un regalo ¿no? Por ejemplo, por decirlo así, una bicicleta. Y se queda de ¿por qué? Y le digo 'Ah pues ya en 15 días es el 14 de febrero y de una vez te la compré' Me costó mucho trabajo mostrar afecto el día preciso, ¿no?" (Dario.26.09).* Lo primero que quiero destacar es la dificultad que vivía Dario para poder tener expresiones de cariño, incluso con su esposa; esta dificultad está ligada con la feminización de ciertas emociones y la sanción que pueden recibir los hombres cuando las expresan. Lo segundo es que, a pesar de estas dificultades, buscaba formas de demostrarlo. A pesar de la prohibición de mostrar ciertas emociones, Dario buscaba expresar su afecto de formas disimuladas.

Otra manera de mostrar esto es mencionar algunos fragmentos que ya he mencionado. Por ejemplo cuando el papá de Ismael quería estar con él, mientras le ayudaba a atrapar las reses. O cuando el papá de Dario le pregunta si ya desayunó y, en caso de que no haya desayunado, le compra el desayuno. O cuando el papá de Dario le pide que no vaya al partido porque se van a burlar de él.

Martínez (2013) explica que a los hombres se les restringe con mucho ímpetu la posibilidad de expresar un segmento del espectro emocional (tristeza, miedo,

ternura) mientras se les incita a la expresión de otro rango del espectro (enojo, ira, alegría). En su estudio Martínez (2013) identificó que son los mismos compañeros quienes actúan como "policías de género" que sancionan al "infractor" cuando comete una falta grave. También explica que a los jóvenes varones se les inculca desde muy pequeños a no expresar aquellos sentimientos que los hacen parecer débiles, ya que los mostraría como vulnerable, y los feminizaría. Esta configuración emocional provoca que los hombres aprendan a mostrarse fuertes, seguros.

Masculinización del relato emocional

Otro recurso es cuando sus relatos resaltan fuerza, aguante, valor y minimizan el miedo, tristeza o dolor. Esto me permite visibilizar que el lenguaje permite "masculinizar" sus relatos. Es decir, resaltar aspectos que puedan hacerlos parecer más masculinos y omitir los que pudieran feminizarlos. Dario me comparte: *"a mi papá lo levantaron, lo secuestraron. Y no hubo un llanto, una desesperación. Creo que actué rápido y bien. Pero no me desorbitó, no colapsé. No dije 'no mames voy a llorar' o 'lloro o grito' Nada güey […] Y pues yo me quedo callado. No sufro. Creo que no sufro. Y no sé qué tan bien o qué tan mal esté eso. Si me quedo de 'verga ¿qué hago' […] o sea sí actúo, sí pienso, sí agilizo, pero no este… no lloro" (Dario.17.10).* A pesar de la situación delicada que vivió Dario, su relato, aclara que no se colapsa, no llora, no sufre, se controla, describe un manejo contenido y racional de la situación, se enfoca en resolver el problema. Mi interpretación es que si Dario me compartió esta experiencia es porque la considera relevante, delicada, trascendente para su familia. Sin embargo, su relato "enfría" la situación. Es como

si utilizara esta situación para mostrar que sabe controlarse, que ha aprendido a contener sus emociones, a ser estratégico. Lo cual le ayudaría a afirmar su masculinidad. Quiero decir que este mismo evento, narrado de otra manera, podría haberme mostrado su lado vulnerable, que me hablara de que sintió miedo, de que no sabía que hacer, de que pensó que le podría pasar a alguien más de su familia, que se sentía abrumado. Pero, por la forma en que lo describe, se muestra resiliente, capaz, sensato. Sus palabras no dejan ver su vulnerabilidad, lo cual no quiere decir que no la haya vivido.

Víctor me comparte que en alguna ocasión, mientras jugaba futbol: *"les estaba haciendo el partido y un amigo de los que estaba afuera… éramos 11 y uno afuera, y ese de afuera se le ocurre decir algo. No me acuerdo qué. Y los otros eran 14, 15 y pues, se hizo la campal. Y en lo que levantábamos a uno, otros se saltaban la cerca, otros por el otro lado de la salida. Y esa vez iba con mi compadre, fíjate. Y de ahí, prácticamente de portería a la otra, lo tuve que correr. Me lo eché corriendo y a medias me dieron una patada que no supe ni cómo me levanté. Me tuve que brincar la cerca y me metí al autódromo prácticamente, así como iba. Con los zapatos y todo dejé las bosas y mi compadre este… agarró mis cosas y se las llevó, él vivía por ahí cerca. Y pues de ahí me fui sin nada. Ahí fue pues el miedo, de esa situación, me iban siguiendo, no iba solo, sino que me iban siguiendo y no llevaba a uno, iban como 4 o 5 cabrones ahí" (Víctor.18.09).* Lo primero que quiero destacar es que Víctor afirma que él "estaba haciendo el partido", que en aquella ocasión sólo iban 12 de su equipo, mientras que los contrarios eran 14 o 15, que lo hicieron correr desde una de las porterías a la otra, que lo patearon provocando que cayera,

pero logró levantarse, también explica que brincó la cerca, perseguido por 4 o 5. Sin embargo, su relato deja en un segundo plano que corrió, que con las prisas dejó sus cosas en la banca, se fue con el uniforme puesto y hasta brincó una cerca para tratar de huir, por miedo a enfrentar a los contrarios. Detrás de su hazaña, menciona el miedo como si no viniera al caso, lo describe de manera impersonal. No dice que él lo sintió, lo deja huérfano. Su relato contrasta su habilidad para liberarse de la situación y la discreción con que menciona el miedo que experimentó.

En alguna ocasión, Ismael me compartió la experiencia "más fuerte" que vivió: *"cuando se me atoró el pie en el estribo de la montura, veníamos precisamente del terreno. Veníamos de regreso. El caballo pues corriendo, arrastrándome y se fue a parar a la casa. Ahí yo arrastrado y fue mi abuela quien me quitó, me desenganchó del estribo. De ahí medio me curaron, me llevaron a la casa, le hablaron a mi mamá, y este… pues limpieza nada más, un montón de piel pelada" (Ismael.08.09).* Su descripción nos permite entender qué fue lo que pasó, dónde estaba, la atención que recibió, las consecuencias, pero no refiere emociones, no habla de dolor, de miedo, de sufrimiento; como si no lo hubiera experimentado.

En esta misma conversación, Ismael recuerda: *"una vez jugando basquetbol, en la secundaria, ya sabes a la Michael Jordan, con la lengua de fuera. En cuanto iba a la canasta, iba otro güey y tras, toda la lengua nada más me quedó colgando un cacho […] (el médico indica que hay que coser) 'pues no tengo anestesia y nunca he cosido lengua' […] me clavaban la aguja así con el gancho y sentía cómo me estaba atravesando y cómo me estaba jalando el hilo y mi papá me estaba agarrando así los brazos y nada más sentía como lo levantaba y mi papá creo que*

terminó más cansado mi papá que yo, de la fuerza que pues hacía… es otra de las experiencias que también… Gracias por hacerme recordar, no voy a olvidar eso" (Ismael.08.09). El relato de Ismael comparte que se mordió la lengua, que le quedó colgando y tuvieron que coserla, sin anestesia. Su descripción describe que mientras lo cosían, se movía con tanta la fuerza de seguramente su papá debió quedar más cansado de sujetarlo. Sin no hubiera dolor no se podría entender lo que describe; si no le hubiera dolido, su papá no hubiera tenido que sujetarlo. Sin embargo, cuando dice que le clavaban la aguja, que sentía cómo le atravesaba y jalaban el hilo, en lugar de decir "me dolía mucho" o "estaba sufriendo" sólo menciona, "creo que terminó más cansado mi papá que yo". La manera en que deja en segundo plano las emociones como el su dolor, cansancio o miedo, y pone en un primer plano las que lo masculinizan: su fuerza, su aguante. Aunque comparte una experiencia en la que podríamos verlo vulnerable, conocer su dolor, sus heridas, es recuperada para resaltar su fuerza, su aguante, para afirmar su masculinidad.

Cosme me comparte una experiencia en la que se lastimó la cabeza: *"allá los ríos son hondos, y me eché un clavado, pero en vez de caer en el agua, bueno si caí en el agua, pero entre el agua había piedras y traigo en la parte del cráneo, traigo roto, una apertura. Y me acuerdo que yo cuando salí del agua salí lleno de sangre. Totalmente lleno, lleno de sangre. Y es grave. Pues mi cortada y me acuerdo que cuando llegué a… bueno toda mi ropa que llevaba […] Se asustaron y pues de inmediato ahora sí que se acabó todo. Y me llevaron en sus caballos al pueblo, ajá. Me llevaron en caballo porque ya no me dejaron que me fuera*

caminando ni nada. Todos los niños se asustaron y ya nos fuimos" (Cosme.22.09). Cosme describe que tuvo una herida grave, que traía el cráneo expuesto, que sangró mucho y manchó toda su ropa. Aclara que los otros niños, al ver la gravedad, lo llevaron en sus caballos hasta el pueblo para evitar que él no caminara. Destaco que a pesar de que fue Cosme quien se accidentó, fueron los otros niños quienes se asustaron. Él en ningún momento él refiere dolor, miedo o alguna otra emoción que pudiera feminizarlo.

Esta misma experiencia me la compartió Cosme en dos encuentros: 22 de septiembre y 7 de octubre. Lo interesante es que en ambos relatos se presenta la misma tendencia: *"una de las lesiones que sentí así grave, grave de mi infancia, fue una vez que estábamos jugando con mis primos. Fuimos a echarnos unos clavados ahí con mis primos y caí en una piedra. Ahí me golpeé yo la cabeza. Ahí yo creo que debía haber tenido, que será, unos 12 años yo creo. Mas o menos u 11 años, porque creo que todavía estaba en la primaria. Y pues ahí si los chorros de sangre, ya mis primos y vecinos que estaban ahí ya se asustaron, nos subimos a un, no sé si era caballo o un burro y ya me llevaron" (Cosme.7.10).* En ambos relatos señala que fueron los otros quienes, al ver la gravedad de la lesión, se asustaron. En los dos relatos, describe los hechos, pero no se muestra afectado por la herida, emocionalmente no se involucra con los hechos que describe. Su descripción resalta que los otros niños pensaron que era grave, pero oculta que él experimentó dolor.

Me queda claro que a los hombres les cuesta expresar las emociones feminizadas, No porque no las experimentan, sino porque aprenden a esconderlas

en el lenguaje. Saben que si las expresan se exponen a sanciones. Los ejemplos que he compartido muestran emociones referidas de manera impersonal, indirecta, masculinizada. Los relatos describen los hechos, pero eufemizan su relevancia. Es imposible ser fuerte siempre, pero existe como alternativa aparentar que se es. El lenguaje, es una manera de negociar con los mandatos, permite que los hombres, al entender que deben mostrarse masculinos, aparenten fortaleza, omitan su fragilidad, la oculten. Mostrar fortaleza es parte de una estrategia emocional para masculinizarse frente a otras personas. Esta estrategia no anula las emociones, sólo las oculta. Es una forma de luchar ocultar, quizá silenciar, lo que sienten.

Como he querido mostrar, es común que los hombres acepten compartir experiencias en las que estuvieron en riesgo. Sin embargo, en sus relatos parecieran mostrar que no experimentan miedo, dolor o tristeza, no se ven afectados por los hechos que describen. Al masculinizar sus relatos, destacan atributos como la fortaleza, resistencia, inteligencia, velocidad, aguante o cualquier habilidad que les permita salir bien librados. Este recurso narrativo les permite reafirmar su masculinidad, frente a otras personas y frente a sí mismos. Seidler (1997) coincide cuando describe que “el lenguaje puede usarse para poder controlar y atenuar la emoción para no sentir” (p. 9). El recurso narrativo es una estrategia que permite que los hombres hablen de experiencias muy difíciles sin exponerse a sanciones, los protege de lo que pudiera feminizarlos.

En sus relatos, sus actos, incluso sus violencias, podemos encontrar profundas emociones. Las emociones siempre están ahí, pero no las dicen con palabras. No dicen “estoy triste”, “me dolió”, “me lastimó”, “sentí miedo”. Tampoco

expresan su afecto con palabras como "te quiero", "te mando besos", “te extraño”, “te necesito”, “te amo”. Sin embargo, se preocupan por el bienestar de su familia, por cuidarlos, protegerlos. Para mí estas son formas, sutiles y masculinizadas, de expresar amor, ternura.

Los hombres ocultan su debilidad, su dolor, su miedo. También, permiten mostrarlos fuertes, capaces, dispuestos para el combate, seguros, autosuficientes: masculinos. El lenguaje permite describir las experiencias resaltando aspectos que los hagan parecer al estereotipo, aprenden a mostrarse como suponen que deben ser vistos. Considero que, aunque utilizan esta estrategia, no puedo afirmar que sean conscientes del uso que le dan. Entiendo que este es un aprendizaje silencioso, que forma parte de la programación de género.

Sus descripciones resaltan atributos masculinizados lo cual me ha llevado a pensar en una cuarta forma de masculinización: identitaria, interactiva, emocional y discursiva. Pareciera una obviedad decir que los hombres tienen heridas, dolores, frustraciones, problemas que no saben resolver, situaciones que los abruman o sobrepasan. En estos casos, el lenguaje aparece como un recurso para ocultar, y también un como recurso para analizar, su malestar, su vulnerabilidad. Con este recurso narrativo los hombres masculinizan su identidad ante sí mismos y ante otras personas.

A la pedagogía de la crueldad que he mencionado en apartados anteriores, agregaría que los hombres aprenden recursos para negociar con los mandatos. Como he mencionado, las exigencias masculinas son imposibles de cumplir. Ningún hombre es capaz de cumplirlas a plenitud; no es posible luchar por todo, competir

24/7, ganar siempre, no sentir miedo, dolor, tristeza. Nadie alcanza al ideal definido por la masculinidad moderna. Sin embargo, los hombres aprenden a negociar con los mandatos utilizando otros recursos.

Los silencios de los hombres no pueden ser entendidos como la ausencia de emociones. Aunque los hombres no expresen ciertas emociones tienen heridas, malestares, están en riesgos, son vulnerables. Detrás del silencio de los hombres hay una política cruel que los violenta, desvincula, sacrifica, manipula a comportarse de manera congruente con sus intereses. Para Kimmel (1997) “[e]l silencio de los hombres sobre sus malestares es el dispositivo que perpetúa dicho modelo de masculinidad. Nuestros miedos son la fuente de nuestros silencios, y los silencios de los hombres es lo que sostiene el sistema” (p. 57). Los silencios de los hombres ocultan los impactos que tiene la política moderna en sus vidas.

Después de revisar sus testimonios identifico que los hombres experimentan miedos, dolores, tristezas, culpas, vergüenzas, pero no la expresan por el miedo a ser sancionados, feminizados. La masculinización de las emociones posibilita que los hombres se vean competitivos, jerárquicos y se muevan por la ambición moderna. Esto mismo dificulta que cuenten con recursos empáticos, asertivos, dialógicos, para expresar sus malestares, frustración o las violencias sufridas. Si los hombres reconocieran, expresaran y defendieran su vulnerabilidad un sistema competitivo, jerárquico y ambicioso, como el moderno, no se podría sostener.

Analizar los relatos de los hombres me ha permitido identificar cuáles emociones los mueven. Para esto he necesitado identificar de qué hablan, qué valoran, qué cuidan, a qué destinan su tiempo, sus esfuerzos, sus recursos. Como

mencioné al iniciar este capítulo dejé que los hombres hablaran de los temas que quisieron. En nuestras conversaciones los temas fueron apareciendo. Esto les dio la posibilidad de hablar de lo que quisieran, omitir lo que no quisieran. Todo lo que aparece aquí es porque para ellos fue relevante, por lo menos pertinente, estas son las experiencias que decidieron compartirme. En ellas están sus motivaciones, pasiones, emociones, sentires.

Tengo claro que en las experiencias de los hombres no están contenidas todas las vivencias y que eligieron las que podrían mostrarlos de la manera en que querían mostrarse. Sus narrativas describen que pelean, que ganan, que son fuertes, que no tienen miedo, que no sienten dolor, que cuidan, proveen, que luchan siempre, que obedecen los mandatos. Es decir, que siempre cumplen con las exigencias masculinas. Nadie me compartió una experiencia donde hubiera perdido una pelea, donde se dio por vencido o dejó un problema sin resolver.

En los diálogos que tuve nadie derramó una lágrima, a pesar de que se compartieron experiencias muy dolorosas, no es que buscara verlos o hacerlos llorar. Lo cierto es que sí hubo risas y tampoco busqué hacerlos reír. Aunque las lágrimas no me parecen lo más importante, sí quiero visibilizar los efectos que tiene la sanción del llanto en los hombres, que logra que los hombres se prohíban a sí mismos llorar. Los hombres experimentan situaciones dolorosas, tristes, tienen miedos, culpas que “justificarían” sus lágrimas. Sin embargo, es más fuerte el discurso que sostiene que los hombres de verdad no lloran, que los hombres hacen todo lo posible para reprimir sus lágrimas, cuando no las pueden contener las viven con vergüenza, se esconden para ocultarlas. Cuando los evitan llorar, se ocultan

para hacerlo o sancionan a otros hombres que por lloran es porque su emocionalidad ha legitimado la prohibición, se ha masculinizado.

Para cerrar este apartado, quiero mencionar que la agencia de los hombres está condicionada por los mandatos de la masculinidad. Esto no quiere decir que los hombres no puedan ampliar su margen de agencia. Quiere decir que al estar enajenados, no identifican los riesgos de vivir con una agencia limitada, no reconocen en qué los afecta esto, que ven como un riesgo feminizarse, que acepten seguir tratando de ajustarse a las exigencias masculinas y acepten las sanciones sexistas, cuando no lo hagan.

En este apartado he tratado de mostrar la manera en que los hombres tratan a las mujeres, se tratan entre hombres, su lenguaje emocional, sus recursos para no feminizarse, para mostrarse fuertes y masculinos. Me da la impresión de que los hombres aman profundamente a diferentes personas, principalmente a sus familias y amigos. En el caso de sus familias, muestran el amor en sus cuidados, en protección, en la proveeduría, en arriesgar su vida por darles una mejor calidad de vida. Recordemos que las formas de expresar el amor rara vez son con palabras o con gestos tiernos. Quiero decir que el amor de los hombres debe ser legitimo para la normativa sexista.

Este sistema ha enseñado a los hombres a incomodarse con muestras afectivas, a avergonzarse de sus lágrimas, los ha distanciado de sus parejas e hijos, los ha chantajeado para que introyecten el darwinismo social como sentido de vida, les ha hecho creer que nacieron para luchar, los ha recluido en ambientes laborales, los ha obsesionado con el éxito capitalista, sin considerar las afectaciones que esto

tiene para sus vidas. Después de analizar sus narraciones, identifico que en sus reflexiones sobre su ser hombre, hay pocas referencias a los aprendizajes sociales. El género no es una categoría que se utilicen con frecuencia para explicar sus comportamientos. Esto confirma que la normativa sexista se ve como natural, verdadera, ahistórica, que no se cuestione, que han esencializado la masculinidad, que la obedecen de manera acrítica, que su agencia está condicionada por los mandatos de la masculinidad, que sus identidades han sido enajenadas por la masculinidad.

Los hombres compiten, lo saben; pero naturalizan el sentido de la competencia, no encuentran la lógica detrás de este mandato, no tienen claro por qué siempre “deben” ganar, por qué no “deben” darse por vencidos, qué puede ser tan importante para comprometer su integridad. Cuando la competencia se despolitiza, se introyecta como un mandato, como un debe ser. Pienso en el detallado trabajo de masculinización identitaria que logra que un niño, en las interacciones cotidianas que vigilan a los hombres para que sigan obedeciendo la masculinidad y en la falta de narrativas para salir de la normativa sexista.

Es absurdo socializar a los niños para obedecer a los mandatos, presionar a los hombres para que obedezcan los mandatos de la masculinidad y sancionarlos por ser tan masculinos. Lo ideal sería evitar la masculinización identitaria. Sin embargo, como he mencionado esto también implica un riesgo. Estoy tratando de decir que la emoción tampoco debe ser pensada como un simple reflejo, está configurada por una visión de mundo, un tipo de sociedad, con una política, con un ideal de sujeto, es un engrane del sistema, que se da como parte de la programación

de género, como una forma en que la estructura política y económica configura a los cuerpos machos para que sean capaces de desenvolverse y destacar en una sociedad competitiva. Quiero decir que si se reconfigura la emocionalidad sin cambiar la política que la diseñó pueden pasar dos cosas: a) que los hombres que, de manera individual, “feminicen” sus emociones queden desprotegidos para interactuar en un mundo hostil y b) que sean sometidos por los hombres que continúen vinculándose desde una emocionalidad masculinizada.

Señalo esto porque no se puede cambiar el emocionar masculino sin que el resto de las condiciones que lo configuran se modifiquen. El emocionar masculino es el resultado de una compleja dinámica social, no se modifica con un plumazo. Es indispensable modificar la dinámica social, de manera que ninguna persona tenga que masculinizarse para ser respetado, amado, valorado, reconocido. Contrario a los valores promovidos por la agencia moderna, se requiere de una agencia crítica; que permita a los hombres sacudirse la enajenación, ver más allá de los mandatos, liberar su ser hombre del deber ser sexista, emanciparse de los discursos normativos. La agencia que requieren los hombres no es una agencia masculina, sino una agencia de la masculinidad.

7.2 Agencia de la masculinidad

Como he querido mostrar, las emociones son un dispositivo indispensable para la masculinización identitaria de los niños, para presionar a los hombres perpetuarlo a que repliquen sus exigencias, que orienta su sensibilidad y los motiva para que aspiren a lograr el éxito definido por la política moderna. También he señalado que

la enajenación de los hombres restringe su margen de agencia, al limitarlo al espectro masculino, impuesto por el deber ser sexista. A partir de esto, considero que si las emociones han funcionado como un dispositivo para masculinizar las identidades de los hombres son indispensables para desenajenarlos.

¿Los hombres actúan con dolo?

Como he tratado de mostrar la masculinización identitaria e interactiva presiona a los hombres hasta enajenarlos. Esto implica que es muy difícil que los hombres puedan desobedecer los mandatos masculinos; tanto así que Izquierdo (2013) afirma que “[n]o puede decirse que los actos de sumisión o de dominación se realicen con plena conciencia de su significado y consecuencias” (p. 16). Pensar a los hombres como enajenados implica pensar que sus actos son resultado de una obediencia acrítica. Esto implica dejar de pensar que sostienen el patriarcado por conveniencia personal, que intencionalmente se resisten a cambiar y reconocer la ausencia de dolo en sus comportamientos.

Quizá sirva como ejemplo pensar en la culpa que experimentan algunas mujeres cuando son sancionadas por no tener pareja, por no tener hijos o por salir sin “arreglarse”. Afortunadamente las mujeres han estructurado una plataforma crítica que les permite cuestionar estas exigencias y las acompaña para defenderse a estas críticas. Los hombres, tenemos mucho menos trabajo sobre cómo experimentamos el género, cómo influye la masculinidad en nuestros comportamientos, no tenemos un respaldo que nos acompañe en nuestros procesos exploratorios, esto provoca que muchas veces no tengamos los

argumentos para defendernos frente a críticas y que nos sintamos solos en nuestros caminos.

Al hablar de enajenación, y recuperando el planteamiento de acción sin sujeto propuesto por Izquierdo (2013), podemos afirmar que cuando los hombres tienen comportamientos hostiles o desconsiderados no persiguen un beneficio personal, sino que son presionados por la normativa. Esto nos invita a considerar los elementos que presionan a los hombres para masculinizarse y la dificultad que implica salir de estas exigencias. Si la violencia lleva una intencionalidad, persigue un fin, y los hombres no saben qué hay detrás de sus violencias ¿podemos hablar de que persiguen un fin personal? ¿o sería más preciso decir que son actores sin consciencia, despolitizados, enajenados?

La enajenación se da cuando la norma se ha introyectado, cuando presiona tanto que prescribe lo que debe hacer el sujeto, que los obliga a obedecer el deber ser. Esto muestra que la presión social empuja a los hombres con tal fuerza que pierden su capacidad crítica, su individualidad, se someten a la convención social, sin considerar las afectaciones que puede implicar dicha obediencia. Al decir esto no estoy tratando de decir que los hombres no puedan cambiar. Sin embargo, sí me parece necesario profundizar y no simplificar la relación identitaria hombres y masculinidad.

Des-obediencia a los mandatos de la masculinidad

La masculinización identitaria abarca todos los aspectos de las vidas de los hombres: cuerpo, emociones, actividades, juegos, trabajo, sexualidad, cuerpo,

descripción de sí mismos, en las expectativas que se depositan sobre ellos, lo cual cambia dependiendo de los distintos escenarios sociales en los que se desenvuelve. Sin embargo, como he mostrado en el apartado anterior, la obediencia a los mandatos se puede prestar a una interpretación. Una misma experiencia puede masculinizarlos o feminizarlos, depende de cómo se describa.

Dado que la mayoría de los escenarios sociales replican la normativa sexista, es relativamente fácil para los hombres encontrar formas de masculinizarse; ya sea por cómo se visten, cómo se sientan, cómo su forma de hablar, por su orientación sexual, por sus hobbies, por el rol que desempeñan, por la forma en que se vinculan con las mujeres o con otros hombres, por su apetito sexual, por su consumo de alcohol, por su habilidad para pelear o para practicar algún deporte, por mostrarse rígidos, racionales, físicamente fuertes, entre muchas, muchas otras. La masculinización/feminización son formas en que la dinámica moderna organiza las interacciones sociales. Mientras vivamos en una sociedad jerárquica y sexista, lo masculino será visto como lo dominante y lo femenino como lo sometido. Esto permite que en cualquier escenario social en el que una persona tenga un rol dominante se estará masculinizando.

Hasta el día de hoy, en México, el común de los hombres no identifica la manera en que el estereotipo los presiona, mucho menos estrategias para resistirse y/o transformarlo. Uno de los dispositivos indispensables para que los hombres salgan de la enajenación es reconocer su vulnerabilidad, ver las afectaciones que experimentan sus vidas al censurar esto que culturalmente ha sido definido como lo femenino, aprender la relevancia de lo tierno.

Aplicando una doble escucha para entender a los hombres

Recordando a Maturana (2008) cuando afirma que “es en las acciones que distinguimos las emociones […] la emoción con que se realiza o con que se reciba un cierto movimiento lo que lo hace una caricia o una agresión” (p. 298), he podido identificar que detrás de los relatos hay muchas emociones. Sin embargo, el protagonismo de la racionalidad moderna, ha invisibilizado su presencia en nuestros actos, esto ha provocado que nos sea difícil leerlas, que las obviemos.

Como afirma Bericat (2000), no se puede explicar la experiencia humana si no se consideran las emociones. Sin embargo, la masculinización emocional dificulta que los hombres expresen ciertas emociones con libertad. Por esto, conviene mirar detrás de las palabras de los hombres, mirar sus actos. La doble escucha me ha permitido confirmar lo obvio, que los hombres no cumplen a plenitud las exigencias masculinas, tienen malestares, dolores, miedos, sufren, se cansan, necesitan ser amados, buscan ser reconocidos por las personas a su alrededor, que por medio del lenguaje negocian con las exigencias definidas por los mandatos, que necesitan alternativas para vivir vidas más dignas.

Esta doble escucha me permitió ver que detrás algunas de sus acciones hay dolor, amor, alegría, tristeza, culpa, enojo, miedo, vergüenza, entre otras, que se ocultan pero que motivan sus comportamientos. En las acciones de los hombres podemos encontrar formas de mostrar afecto masculinizadas. Aplicar una doble escucha también me ha permitido identificar que los hombres que se muestran fríos,

competitivos, trabajan todo el día buscando dar una vida mejor a sus familias, que dejarían la vida por proteger a sus familias de riesgos físicos, que se tragan ciertas emociones tratando de no lastimarlos. En estos gestos se demuestra amor, aunque no se ponga en palabras. Si naturalizamos estas acciones, si las pensamos como obligaciones, meras responsabilidades, se invisibiliza el esfuerzo, el desgaste que implica.

Los hombres desean y necesitan el espectro que el sexismo ha definido como femenino para enriquecer sus vidas. Los hombres necesitan cuidados, amar, paz, descanso, dejar de competir, reconocer su vulnerabilidad, sus miedos, ser tratados con ternura. A partir del planteamiento de Maturana entiendo que la ternura puede estar en las palabras, en los gestos, en los actos, en una mirada, en un regalo, en una caricia, es una forma de interacción. Me atrevo a afirmar que la mayoría de las ternura de hombres está expresada en actos y no en palabras. Señalo esto porque si buscamos que los hombres nos muestren su ternura en palabras difícilmente lo encontraremos. Esto no quiere decir que no tengan comportamientos tiernos. Detrás de estas conductas hay mucho amor, ternura y cuidados masculinizados.

La doble escucha también me permitió identificar que los hombres ocultan aspectos de sus vidas que pudieran feminizarlos. Un ejemplo es que meses después de que terminé los diálogos con los hombres que he presentado, tuve la posibilidad de hablar con uno de los hombres y me comentó que algunas ocasiones se le dificultaba tener erecciones. Es importante mencionar que al contarme esto buscaba que le pudiera ayudar a “resolverlo”. Detrás de lo que me compartía había culpa, vergüenza y un deseo por ajustarse al estereotipo. Esta situación es muy

delicada porque, aunque los hombres asumieran que no les corresponde saciar el apetito sexual de sus parejas, la convención social define que sí les corresponde: amigos, parejas. Quiero decir que aunque los hombres traten de salir de la exigencia, otras personas los pueden sancionar por no ajustarse al estereotipo, lo cual provocaría que sean motivos de burlas, que se queden sin pareja y que la solución parezca seguirse presionando por cumplir con las exigencias estereotipadas.

Al escuchar sus experiencias confirmé que ningún hombre cumple a plenitud con las exigencias masculinas. Identificar esto nos permite restarle fuerza al estereotipo, que los hombres relajen sus expectativas. Sin embargo, caminar por estos senderos sin acompañamiento puede representar mucho riesgo para los hombres. Es necesario combatir el estereotipo, visibilizar su ficción.

Los hombres necesitan autocuidados

Si recordamos los descuidos y maltratos que viven los niños en su proceso de socialización, podemos entender la dificultad que implica para los hombres tener acciones de autocuidado. En este sentido Dario me comparte: *"llegué a la conclusión de que algo estoy haciendo mal porque estoy trabajando mucho y ganando muy poco. Quizá por amor al arte, me llena mucho, pero podría bajarle la cantidad de horas y sintiéndome satisfecho y tendría que pensar un poquito más en mí y retomar mi desgaste, que no sea tanto" (Dario.17.10).* Los hombres experimentan una dificultad para reconocerse vulnerables, aceptar que necesitan ver por sí mismos, que se desgastan, que necesitan descansar. Esto dificulta que

procuren sus cuidados. Esta idea la desarrolla un artículo de De Keijzer (2016) nombrado “Sé que debo parar, pero no sé cómo”.

A Edwin le tuvo que decir su terapeuta que aprendiera a ver por él: *“el haber estado en terapia, el haber ido con A (su psicóloga). Una de las principales cosas que más me arraigó, o más fuerzas me dio, para poder salir de todo eso, evolucionar de todo eso, fue el pensar en mí. El ser un poco más egoísta. Entendí que, si tú no estás bien, los de tu alrededor no están bien […] Entonces yo desde ese momento y hasta la fecha siempre he pensado en mí primero. En qué es lo que quiero y pues cómo me puede ayudar” (Edwin.28.09).* Quiero destacar la contradicción que implica que los hombres prioricen su bienestar y, al mismo tiempo, tengan tanta disposición para cuidar a otras personas, sobre todo a mujeres.

Los espacios politizados

He querido visibilizar que la masculinidad no enriquece las vidas de los hombres. Mi postura entiende que los hombres nacen, crecen, viven y mueren exigidos por los mandatos de la masculinidad. Esto es provocado porque en la gran mayoría de escenarios sociales se les presiona para que obedezcan los mandatos masculinos. Si nos enfocamos en la enajenación podemos entender que necesitan ayuda para mostrar su vulnerabilidad. Después de haber analizado sus relatos, no encuentro espacios, en su vida cotidiana, en los que no se les exija que se ajusten a la normativa sexista.

Es importante señalar la importancia que tienen los espacios colectivos, por la crítica que deben promover a la asignación genérica, por el respaldo social que se requiere para la configuración identitaria. Estos espacios pueden ser células que entiendan que los hombres no deben ser presionados para respetar los mandatos de la masculinidad, a comprender empáticamente los problemas que se han generado en las vidas de los hombres por su enajenación, ofrecer la posibilidad de mostrarse vulnerables, siempre teniendo como centro de las discusiones su propio bienestar. Entiendo que es necesario generar espacios en donde se sientan valorados, comprendidos, escuchados, dignos de respeto, importantes, sin que tengan que ajustarse a los mandatos de la masculinidad.

Hay una sola experiencia en la que me compartieron que entre hombres se generó un espacio para hablar de la dificultad para cumplir con las exigencias masculinas: *"con los mismos compañeros de forma más madura, más inteligente, a mí me pasó, te va dando… construyendo. Esto que te platico ahorita de mi amigo, dice 'no, me canso, yo me canso güey, al otro día sigo adolorido' Eso te abre como una madurez. Ese güey hace como 8 años no me hubiera contado eso ¿no? Hubiera dicho 'no. Fácil güey'. Pero ahorita ya nuestra relación está en otro nivel de confianza para decir 'no pues sí estoy pendejo. No soy un tigre como todos quieren ser o dicen ser'. Y por ahí sale otro güey que dice que ya necesita viagra ¿no? No, no es viagra. Él se toma otra madre porque él es… se droga. Creo que no ha caído muy en el hoyo. Pero sí lo hace y cuando dice que va a tener relaciones con una chica nueva, dice que trae una pastilla. Es viagra, según entiendo. Porque otro amigo dice que esas madres te ponen bien duro, con esas madres duras y te pones*

chido y vas a dejar a la vieja pues… servida. Esas pláticas no las hubiéramos tenido de adolescentes ¿no? No hubieras aceptado que necesitas ayuda, que por ti solito no podías y hoy día ya tenemos eso. También otro amigo que es profesor es divorciado y se volvió a casar, y dice 'No la neta es que el problema es que yo me venía bien rápido con ella. Duraba bien poquito y haz de cuenta que me jalaba y yo me sentí mal por mucho tiempo. Pero cuando estuve con otras personas pues ya no. Tanto así que yo me masturbaba antes de la relación con mi pareja para durar más y ni madres, aun así, no, aguantaba un poquito más, pero no. No sé si es algo que ella me haya hecho, una brujería o algo'. Y nos cagábamos de la risa porque le decíamos 'no mames pues eres tú'. Pero eso ya nos lo contamos a los 40, difícilmente a los 20 o a los 30 vas a decir eso. Tiene mucho que ver, repito, la inteligencia, la madurez y que tienes momentos para conversar eso. Te comentaba que me metí a un curso de masculinidad y cuando estoy en el círculo, primero estaba como a huevo, porque yo sabía que debía ir, pero no quería ir y al principio decía ¿qué estoy haciendo aquí con estos cabrones? Pero a medida que estabas con ellos y escuchabas. Ah porque también todos eran hombres, pero había un gay, que ya tenía su pareja hombre. Este… vas escuchando y dices 'no mames no soy el único que le pasa esto, todos tenemos estos pedos'. En el momento en que uno se atreve a contar lo suyo y luego otro y otro, también tú vas como que 'ay güey pues si ¿no?' Y aprendes de eso y vas entendiendo que si lo hablas aprendes más o sueltas más también" (Dario.17.10). Me parece muy relevante compartir este fragmento para mostrar lo difícil que es que haya espacios en donde los hombres hablen de la dificultad que implica ajustarse a las exigencias masculinas. El mismo Dario muestra la dificultad que implica hablar estas cosas, de hecho, aclara que no

hubiera podido compartir esto mismo años antes. Aunque señala que sus conversaciones son más maduras y les relaja saber que varios hombres tenían problemas parecidos a los que él experimentaba, estos espacios no son politizados porque replican el estereotipo. Quiero decir que, a pesar de que es un espacio de apertura y honestidad, de que los hombres hablan de sus malestares, de su dificultad para ajustarse a las exigencias masculinas, de las estrategias que utilizan para dejar "servidas" a sus parejas, no se cuestiona el mandato. Incluso, en uno de los comentarios Dario señala que se ríen de un amigo que confiesa que sus penetraciones no duran lo que esperaría, habla de que viven con culpa por no "cumplir" con su rendimiento sexual; ya sea por temas de erección o por una eyaculación asumen que los hombres no son capaces de satisfacer a sus parejas, lo cual indica que se siguen viendo como responsables de hacerlo. Aunque en este espacio se permiten compartir ciertas intimidades los hombres siguen asumiendo que deben de cumplir con las exigencias masculinas. Reafirma la expectativa al verse como responsables de saciar el apetito sexual de sus parejas, los presiona, dificultando que puedan tener una práctica más relajada y placentera. En el relato no se muestra que alguien diga, "pues no estás obligado a cumplir con eso", "no te sientas presionado", "no deberíamos sentirnos incómodos por no ajustarnos al estereotipo", etc.

Los espacios politizados deben ser críticos de las exigencias masculinas, de manera que permitan que los hombres se liberen de estos mandatos. Estos espacios deben tener como referente el reconocimiento de la enajenación de los hombres, visibilizar las consecuencias negativas que tiene en sus vidas esta

enajenación, interesarse por mejorar su calidad de vida y legitimar otras formas de ser hombres.

Al politizar la norma cambiamos el enfoque de análisis. Dejamos de culpar a los sujetos por no cumplir, se evitan sanciones por no obedecerla, se diluye el tabulador que distingue a los buenos y los malos, desaparece la incorrección; nos enfocamos en analizar la presión que ejerce la norma sobre los sujetos, los sanciona, al grado de hacerlos hace sentir culpables y les impide vivir vidas con márgenes de acción más amplios. Politizar la norma es poner al centro a los sujetos, cuestionar las verdades con que hemos vivido y visibilizar la política que hay detrás de estas verdades.

Si un espacio permite que los hombres hablen de sus malestares, pero no cuestiona los mandatos de la masculinidad, se vuelve un refugio temporal, que los hace caminar en círculos replicando la normativa sexista. Los espacios seguros necesitan politizar, cuestionar el sexismo y liberar a los hombres de las exigencias sexistas, hacerles ver que no deben sentirse obligados por la norma, que no son culpables por no cumplirla, reconocer que alcanzar el estereotipo es imposible y que sus vidas se verán beneficiadas si se liberan de la presión que se ejerce sobre ellos.

Para que los hombres cambien se necesitan programas de intervención críticos al sexismo patriarcal, que los traten con ternura, con cariño, empatía, desde sus vulnerabilidades, como muy raras veces los han tratado. Estos espacios deben hacer sentir a los hombres queridos, reconocidos, valorados por lo que son y no por lo que demuestren. De manera que los hombres puedan hablar sin sentirse juzgados, verse como culpables. Cuando los hombres entiendan la conveniencia de

distanciarse de la competencia, la confrontación, la ambición y la tranquilidad de los espacios horizontales cambiarán. Para llegar a esto necesitan escuchar sus malestares, sus sufrimientos, la presión y violencias que sufren por ser hombres.

¿Cómo construimos espacios para que los hombres podamos hablar de nuestra intimidad sin sentirnos amenazados? ¿Cómo hacemos para que la vulnerabilidad de los hombres sea un referente que permita sanar, que evite rivalidades y confrontaciones, que permita construir una política más empática? Me he pensado idealista, romántico por imaginar una sociedad que privilegie la sensibilidad, las emociones, la intimidad, basada en la empática, en la colaboración, donde se respete la intimidad por su autenticidad; la relevancia de los vínculos personales promovería estos valores. Me queda claro que, si lo cálido, lo empático, lo tierno es menospreciado frente a lo violento, cruel, lo dominante, es porque se ha configurado una lógica que privilegia la hostilidad. Si viviéramos en una sociedad más inclusiva, empática, ser tierno podría ser una virtud.

Considero que los espacios politizados deben caracterizarse por: a) ayudar a los hombres a reconocer que han enajenado su identidad, b) dejar que los hombres hablen con libertad, sin señalarles sus errores, sin culparlos, sin responsabilizarlos de sus violencias, c) tratar de ser sensibles a las consecuencias negativas que ha tenido la masculinización en las vidas de los hombres y visibilizarlas y d) construir un andamiaje colectivo que permita que los hombres vayan distanciándose de las exigencias masculinas, es decir construyan relaciones y formas de ser hombres no competitivas, confrontativas, jerárquicas, ni ambiciosas.

Como he querido mostrar, desde que se identifican los genitales machos, comienza un proceso de masculinización que implica descuidos, maltratos, confrontación, conductas temerarias, para de-formarlos, masculinizarlos. Contrario a la pedagogía de la crueldad (Segato, 2016), para liberar a los hombres de la enajenación, se necesita una pedagogía de la ternura, que visibilicen las virtudes de ese campo que, hasta el día de hoy, la normativa lo ha definido como un campo exclusivo para las mujeres. Los hombres deben aprender la conveniencia de saberse vulnerables, fortalezca sus vínculos y nutran sus vidas de una sensibilidad que hasta ahora les ha sido prohibida.

Si bien las exploraciones agénticas se dan de manera individual, trabajarlas de forma colectiva puede ser más prometedor. El trabajo en grupo permite que, de manera colectiva, los hombres se escuchen, identifiquen, acompañen, cobijen, soporten, fortalezcan para la transición que implica la migración de su identidad. De manera que cuando su identidad no esté ligada a la masculinidad tenga una red de apoyo y las herramientas necesarias para sostenerse ante los cuestionamientos sexistas.

Vulnerabilidad digna

A partir de la revisión de los encuentros que sostuve pude identificar que los hombres son vulnerables en los dos sentidos en que podemos entender el término: como herida o como interdependencia. Las heridas de los hombres son comunes, constantes, a pesar de que no las describan como algo relevante.

A pesar de que mi estudio está basado en la sociología de las emociones, ha sido indispensable dialogar con la dimensión biológica. Entiendo que el aspecto biológico de las emociones es la base sobre la que la cultura configura formas de sentir. La dimensión biológica de las emociones nos exige reconocer que una persona que se golpea el dedo del pie experimenta dolor. Este dolor se percibirá en cualquier cultura, lo que cambiaría es la interpretación que se le da a ese dolor. La dimensión social de las emociones nos permite enfocar dicha interpretación. Lo que quiero decir es que la masculinización de las emociones provoca que los hombres experimenten ese dolor con vergüenza, con culpa, como un cuestionamiento a su ser hombre. Esto se genera porque, discursivamente, los hombres no deben sentir dolor.

Las sensaciones que experimentan los hombres cuando son maltratados, descuidados, exigidos, tratados con crueldad afectan sus cuerpos y sus emociones. Los hombres, en sus intentos por ajustarse al discurso sexista, ocultan su sentir, silencian su dolor, se muestran fuertes, desafectados. La interpretación las emociones no anula la sensación, la configura socialmente, enseña qué deben expresar, que deben mostrarse resistentes, fuertes y sentir orgullo por soportar el dolor. Lo que se masculiniza es la interpretación de la emoción.

Entre la dimensión biológica de la emoción y la dimensión social hay un diálogo, una negociación. La dimensión biológica reconoce una afectación, la dimensión social da sentido a esa afectación. No profundizaré más en la dimensión biológica de las emociones, ya que me interesa cuestionar las lecturas sociales que han hecho creer que un cuerpo exigido, lastimado, descuidado, accidentado, lleno

de cicatrices, es un cuerpo masculinizado, digno de reconocimiento, valioso. Es muy perverso hacerles creer a los hombres que para ser valiosos necesitan comprometer su integridad, ponerse en riesgo, silenciar sus sentires, vivir al máximo.

Los hombres son dóciles a la disciplina sexista; esto implica que son vulnerables a la vigilancia, juicios, ofensas, burlas, humillaciones, halagos, premios, reconocimiento, aplausos, prestigio, lo reconozcan o no; que son presionados para masculinizarse. Los hombres son vulnerables ante las miradas ajenas, necesitan ser nutridos emocionalmente, si no se masculinizan son intoxicados con sanciones. Sus identidades requieren del reconocimiento social, de la validación de otras personas, dependen de otros para ser, existir socialmente. Lo reconozcan o no, son interdependientes, les preocupa mucho lo que otras personas opinen de ellos.

Si consideramos la vulnerabilidad como una interdependencia, confirmo que los hombres la experimentan con vergüenza. Enfocarme en la vulnerabilidad de los hombres me ha permitido identificar situaciones que implican un riesgo para su integridad, que los presionan para masculinizarse, que los pueden llevar a la muerte y que no se reconocen como malestar o problema. Analizar lo difícil que es para los hombres hablar de sus malestares, de ver los descuidos a los que son expuestos sus cuerpos, de los maltratos que reciben, de la hostilidad con la que interactúan, me permite insistir en la necesidad de visibilizar y estudiar su vulnerabilidad.

Ahora me parece muy evidente pensar que si los hombres son sancionados cuando comparten ciertos aspectos de sus vidas dejarán de hacerlo. En sentido contrario, he podido presenciar, en algunos grupos en los que estoy trabajando con otros hombres, que cuando se abre un espacio para la empatía los hombres se

permiten reconocer y expresar su vulnerabilidad. Los hombres, al entrar a un espacio de trabajo, miden qué tanto pueden compartir. A partir de la apertura que perciben en el grupo, se abren o cierran ciertos aspectos de sus vidas que puedan avergonzarlos. Es común que los hombres entren con resistencias, en el transcurso de las sesiones, si perciben que es un espacio seguro, se permiten hablar con mayor libertad. En el momento en que identifican alguna sanción regresan a su posición hermética.

La vulnerabilidad de los hombres me parece un territorio poco explorado y central para estudiar las vidas de los hombres, para visibilizar sus malestares, las afectaciones que viven por reprimir eso que la normativa define como lo femenino y la importancia de experimentarlo. Es en la vulnerabilidad de los hombres en donde impactan sus exigencias sexistas, donde encontramos motivos para que los hombres sean críticos de la masculinidad, donde podemos recuperar motivos para cambiar.

Los hombres necesitan reconocer sus malestares y sanar. En alguno de los encuentros Dario me compartió que, cuando la relación con su exesposa estaba muy afectada, ella llegó en la mañana y tuvieron coito: *"resulta que esa noche sí había salido con alguien, se acostó con alguien. Y es donde yo me siento mal todavía, porque le digo 'no manches, estuviste con alguien anoche y todavía vienes y te metes a la cama tal cual conmigo y este, y te ríes y después me dices que no, que lo vas a pensar bien, no, no, no'. Me dio en la madre eso mucho. Entonces en eso, yo sigo pensando como en los niños, pero ya estaba muy herido en el ego, en la autoestima" (Dario.26.09).* En este fragmento Dario me compartió lo difícil que fue

para él saber que su esposa, después de acostarse con alguien más, tuvo intimidad con él. Para que los hombres puedan sanar esto necesitan reconocer esos sufrimientos, expresarlos. Necesitan aprender a salir de sus malestares sin confrontar, sin ser hostiles, sin querer imponerse a otras personas para afirmar su existencia. Deben trabajan en sus malestares, heridas, culpas, miedos, dolores. Si no lo hacen seguirán contaminando su presente y futuro.

El mismo Dario, en otra conversación, reconoció que él sabía que había algo que debía sanar *"Sí, relaciones con papá, conmigo mismo" (Dario.20.11).* Con esto quiero señalar alcanzan a reconocer que algo no va bien, aunque no tengan recursos para expresarlo con claridad. No veo cómo sería posible que Dario tenga una conversación sanadora con su papá, si antes él mismo no se permite reconocer su dolor, su tristeza.

Seidler (1995) coincide en que esta cultura "nos hacen sentir [a los hombres] que nuestras emociones son vergonzosas, aprendemos a negar lo más íntimo de nuestras naturalezas" (p. 106). Por eso es tan difícil para los hombres expresar ciertas emociones, pedir ayuda, salirse de la narrativa. Sin embargo, reconocer la vulnerabilidad es sólo el primer paso para que los hombres identifiquen motivos para cuestionar las exigencias de la masculinidad. Sólo cuando los hombres reconozcan que son frágiles, que necesitan cuidados, amor, ternura podrán defender su vulnerabilidad y sentirse dignos de experimentarla. La vulnerabilidad digna enseñará a los hombres a cuidarse, a luchar por su bienestar, a renunciar a una exigencia sexista.

El cambio que considero indispensable no se limita a la posibilidad de que los hombres expresen con mayor libertad ciertas emociones. Lo que me parece políticamente relevante es que los hombres puedan cuestionar la normativa sexista, mostrarse autónomos, críticos de la masculinidad, que se definan sin las exigencias sexistas, que establezcan vínculos subversivos, tiernos, empáticos, que no busquen competir o imponerse.

Recordemos que la vulnerabilidad es una condición ontológica del sujeto (Soler, 2018: 93), no podemos seguirla pensando como un atributo femenino. Necesitamos romper con el binarismo que ha logrado polarizar nuestra forma de habitar el mundo y para esto la vulnerabilidad es fundamental como un recurso crítico. Para que los hombres defiendan su derecho a ser vulnerables, deben comenzar por reconocer que han vivido enajenados, que su sensibilidad ha sido condicionada, identificar que su calidad de vida se ve afectada por la masculinización. Como una crítica moderna tenemos que reconfigurar la manera en que entendemos la vulnerabilidad, dejar de pensarla como algo vergonzoso, pensarla como algo indispensable, que enriquecer nuestras vidas.

La vulnerabilidad debe ser vista como una dimensión indispensable para horizontalizar los vínculos, reconocer la diversidad, liberarnos de correcciones y sanciones morales, una oportunidad para ser empáticos, tiernos, dialógicos y priorizar el bien común. La vulnerabilidad de los hombres es una dimensión que ofrece la posibilidad de reconocer que son débiles, frágiles, mortales, que sienten miedo, dolor; la vulnerabilidad digna permitirá a los hombres compartir su intimidad, establecer relaciones más profundas, honestas y sanas.

Dignificar la vulnerabilidad es un intento por dejar de culpar a los hombres que viven enajenados por replicar valores de un proyecto que se diseñó e implementó hace cientos de años, es quitarles la responsabilidad de cambiarlo, es ponerlos al centro de sus vidas, colocarlos como su principal prioridad, visibilizar sus malestares, luchar por su bienestar, ofrecerles espacios para liberarse de los mandatos de la masculinidad, acompañarlos desde la ternura para que salgan de la enajenación y tratar de que se sumen a la construcción de un proyecto de mundo más pacífico.

Cuando los hombres se vinculen desde su vulnerabilidad se habrán liberado las exigencias masculinas, habrán desbordado el discurso sexista, tendrán mayores posibilidades para establecer relaciones de calidad, podrán vincularse desde una sensibilidad e intimidad que les ha sido restringida, serán empáticos con sus necesidades, lo cual les permitirá interactuar desde una realidad más esférica, compleja, profunda y pacífica.

El reconocimiento de los malestares es un primer paso para repensar si el éxito moderno es el camino quieren tomar y considerar que tienen la posibilidad de renunciar a sus exigencias. Los hombres deben buscar una oportunidad para redefinir sus prioridades, la manera en que se tratan a sí mismos y a sus vínculos personales, replantear si quieren que su sentido de vida se ajuste al éxito moderno. Mi postura entiende que podemos vivir mucha felicidad, dignidad y paz y si rompemos con las exigencias modernas.

La vulnerabilidad digna es una crítica política a un proyecto violento. No está basada en una trivialización emocional, no promueve hombres llorones. No basta

con llorar más, con andar cabizbajos de tristeza. Implica poner como al centro de las decisiones el bienestar de los sujetos y cuestionar la norma que promete que por medio de una idealización conquistaremos la felicidad. El mundo será mejor cuando la norma promueva relaciones horizontales, amigables, tiernas, amorosas. Mientras la política nos exija competir, incluso contra nosotros mismos, viviremos en una exigencia eterna, en un intento por ser “mejores”, no tendremos descanso.

7.2.1.1 Autonomía de la masculinidad

Decir que los hombres se resisten a cambiar es simplificar mucho la relación hombres y masculinidad. Insisto en hablar de la enajenación de los hombres para mostrar las consecuencias de la masculinización. La confusión entre hombre y masculino resulta conveniente para la política competitiva en que vivimos. Necesitamos visibilizar su imposición, su construcción, la perversión política que hay detrás. Cuando los hombres son enajenados por la normativa sexista se consuma su disciplinamiento, lo cual es conveniente para la política moderna. Esta enajenación provoca que para los hombres sea muy difícil ser críticos de la normativa e identificar alternativas de cambio. Me parece interesante reflexionar sobre los recursos que tienen los hombres para oponerse cuando han sido enajenados. También me parece relevante cuestionar los recursos que disponen los niños para oponerse al proceso de masculinización identitaria al que son sometidos. Como he tratado de mostrar la masculinización identitaria, disciplina los cuerpos, las emociones, la manera de expresarse, el sentido de vida, la manera de

pensarse, de vincularse, entre otras cosas. Señalo esto porque estos mismos aspectos son los que se necesitan desactivar para posibilitar su autonomía.

Después de este análisis confirmo la enajenación de los hombres. Sin embargo, considero que para que los hombres logren una mayor autonomía de la masculinidad se requiere trabajar en dos vías: a) ayudar a los adultos a reconocer su enajenación y b) dejar de masculinizar a los niños. Quiero decir que los hombres no se desajenarán solos, así como tampoco se masculinizan solos. Se necesita de un discurso alterno al sexista para que los hombres puedan existir socialmente sin tener que ser masculinos.

Mientras este sistema sexo/género se vea como el verdadero, natural, correcto, no estaremos posibilitados para pensar en otro. Para poder crear otro mundo necesitamos criticar este, pensar que es posible crear otro y definir los criterios con los que construiremos ese otro. Pensando en un mundo sin hombres masculinos, me encontré con la dificultad de imaginar un mundo con hombres no fuertes, no luchadores, no protectores, no cosificadores, no resilientes, no supe cómo podría ser. La falta de discursos alternos al moderno limita nuestras capacidades para ver más allá de lo que tenemos. Necesitamos ver fuera de la modernidad para pensar en alternativas de mundos más horizontales, empáticos y amorosos.

Para construir discursos alternos al sexismo es necesario mostrar la imposición de la masculinidad a los cuerpos con pene, visibilizar el proceso de masculinización identitaria, la presión que se ejerce sobre los hombres para que sus comportamientos se ajusten a la masculinidad, politizar los intereses que hay detrás

de la masculinización de los hombres, reconocer las afectaciones que viven los hombres como resultado de la masculinización que viven y la conveniencia para su calidad de vida desobedecerla.

7.3 Cierre de análisis

Mi análisis me ha permitido visibilizar el proceso de masculinización identitaria de los niños a partir de las actividades que se les imponen, en los aprendizajes y valores que introyectan en sus juegos. He tratado de visibilizar la manera en que las emociones funcionan como un dispositivo para masculinizar la identidad de los niños. He recuperado la pedagogía de la crueldad para mostrar que esto implica un proceso que contribuye para que los niños se insensibilicen, se desvinculen de personas cercanas e introyecten las motivaciones modernas; lo cual implica que se esfuercen por perseguir el éxito definido por la modernidad, para lo cual aprenden a ser competitivos, resilientes.

Mi postura entiende que cuando los hombres introyectan el sentido de vida moderno, se consuma la enajenación de su identidad. Esta masculinización enseña a los hombres a motivarse, sentirse estimulados, excitados por someter, dominar, controlar, cosificar, manipular, competir, poseer o violentar. Y se sientan avergonzados por cansarse, tener dolores, darse por vencidos, verse frágiles, rendirse, no dar su máximo, mostrarse como víctimas o dependientes. Así se configura un sujeto que identitariamente se describe competitivo y resiliente.

Como he querido mostrar esta configuración emocional se va aprendiendo por medio de las actividades asignadas a los niños como pueden ser los juegos.

Los juegos permiten que los niños aprendan las formas de emocionalidad masculina, se sienten integrados, reconocidos, capaces, motivados. Los códigos masculinos, depositados en los juegos provocan que los niños se sientan motivados por ganar y que eviten perder. El reconocimiento social que se adquiere cuando se gana provoca que se sientan orgullosos de sí mismos y la sanción social o la falta de atenciones cuando se pierde provoca vergüenza.

También busqué mostrar la presión emocional que ejercen otras personas, y los hombres sobre sí mismos, para que evaluar, sancionar o premiar sus comportamientos. He podido ver el miedo que provoca en los hombres que otras personas cuestionen su identidad, la presión que logra que sigan obedeciendo los mandatos de la masculinidad, la falta de alternativas para que dejen de hacerlo, las sanciones, violencias y exclusiones a las que se exponen cuando no las obedecen. Con esto he resaltado la nutrición emocional que reciben cuando se comportan de manera congruente con la masculinidad, son halagados, reconocidos, admirados. También he podido ver que los mandatos de la masculinidad, son autoexigidos cumplirlos.

He analizado la agencia buscando mostrar que sus márgenes de acción están condicionados por los mandatos de la masculinidad. He podido visibilizar que estos límites los motivan a proteger, proveer y cuidar emocionalmente, principalmente a mujeres y niños. Esto contrasta con la crueldad con que interactúan entre hombres, la dificultad para establecer relaciones cálidas, tiernas, por el mandato de competencia, que sanciona la homosexualidad y provoca los descuidos de sí mismos.

He analizado la manera en que aprenden a compartir sus experiencias para evitar ser feminizados, lo cual implica experimentar ciertas emociones con vergüenza, culpa, que provoca que lo hagan para evitar ser sancionados. He hablado de los recursos narrativos que utilizan para omitir u ocultar aspectos que pudieran feminizarlos y destacar los que los masculinicen.

He querido mostrar que la agencia promovida por los mandatos de la masculinidad dan un margen insuficiente para salir de la normativa sexista. Finalmente, he tratado de reflexionar sobre lo que implica que los hombres desobedezcan estos mandatos. La relevancia de la vulnerabilidad digna para que puedan ser críticos de una normativa que los ha enajenado, que les permita reconocer sus malestares y recuperarlos para criticar al sistema sexista. Esto implica crear espacios politizados que acompañen a los hombres en su desprendimiento de la responsabilidad por no cumplir con las exigencias masculinas, que miren la norma con extrañamiento y la critiquen por hacerlos sentir insuficientes, poco hombres.

He afirmado que los hombres necesitan ser tratados con ternura para salir de la ficción patriarcal. Con esto he querido resaltar la necesidad de cuidar a los hombres y de que ellos mismos aprendan a cuidarse. Para esto es indispensable cuestionar las posturas que afirman que los hombres se masculinizan para mantener privilegios y profundizar sobre el proceso de masculinización, visibilizar que no hay dolo en sus comportamientos y promover intervenciones que reconozcan la relación compleja de hombres/masculinidad y facilite la autonomía con respecto a los mandatos masculinos.

Después de dialogar con los hombres, lo que me ha resultado más relevador es entender que los hombres, en su intención por ser reconocidos, por ser "alguien" contribuyen a su masculinización, se endurecen, aprenden a ser fríos, distantes, dominantes, incluso con sus seres queridos. Este deseo de ser queridos y mostrarse herméticos representa otra contradicción. Para recibir amor, aprenden a mostrarse fríos, incluso con sus vínculos más cercanos. Dicho de otra manera, para tener éxito, prestigio social, bienes, deben sacrificar lo que quizá tendría que ser más valioso: sus vínculos personales. Paradójicamente, pareciera que si aprenden a aceptar este distanciamiento tendrá más posibilidades de ser valorado y querido.

Para que los hombres sean queridos, amados, necesitan aprender a descuidarse ellos mismos, exponerse a riesgos, ser valientes, arrojados, comprometer su integridad. Es contradictorio ver que los hombres desean ser amados y están dispuestos a hacer lo que la sociedad les señale para tener reconocimiento, valoración y ser queridos.

Después de este análisis me quedo con imágenes de hombres afectados, exigidos, descuidados, maltratados, confundidos, cuestionados, presionados, sancionados, sin alternativas; cuerpos marcados por la crueldad de un sistema violento, hombres que viven emociones con culpa, con vergüenza, que sufren en silencio, que no saben cómo gestionar su dolor, su miedo, la incertidumbre y creen que lo mejor que pueden hacer es callarse, llorar en la regadera, secarse las lágrimas y seguir luchando.

He podido ver las consecuencias negativas que tiene para los hombres ser el sujeto referente de un modelo de desarrollo competitivo, la manera en que sus

vidas se ven perjudicadas por el proceso cruel que experimentan como parte de su masculinización identitaria, el desgaste que implica la masculinización interactiva, la competencia, la confrontación y los riesgos para su integridad que esto representa y que además se les exija mostrarse duros, competitivos, ocultar el cansancio, el dolor, esconder la tristeza, negar sus malestares. Veo hombres que fracturan sus vidas, que rompen vínculos con sus esposas, con sus hijos, con sus madres para tratar de parecerse a un modelo racional, frío, jerárquico, cruel, competitivo, ambicioso, insaciable, idealizado, falso, cruel, nocivo.

He podido reconocer la conveniencia política que representa para un proyecto de desarrollo masculinizado, reprimir todo eso que se ha definido como lo femenino. Reconozco la profunda afectación que esto implica para los hombres. Esta prohibición mutila sus vidas, les quita recursos interactivos, expresivos, dificulta que establezcan relaciones personales más cálidas, horizontales, profundas, los hace sentir culpables por lo que sienten; al exigirles que contengan sus experiencias sensibles aplana sus vidas, les quita la posibilidad de experimentar vínculos más profundos, más sentidos, más nutritivos. Veo las afectaciones que tiene para los hombres, para su integridad y para sus vínculos su masculinización.

Me sorprende la ausencia de abordajes que tratan a los hombres con ternura, con empatía, con la intención de entenderlos. Son mucho más las posturas que buscan criticarlos, que los tratan como si todo lo que hicieran estuviera mal. Identifico muchas posturas que se burlan de los hombres en redes sociales, chistes, incluso en programas de doctorado centrados en estudiar de manera crítica el

género, que parecen responsabilizarlos de toda la violencia que ha existido en la historia de la humanidad

8 Reflexiones finales

En tiempos donde nadie escucha a nadie
En tiempos donde todos contra todos
En tiempos egoístas y mezquinos
En tiempos donde siempre estamos solos
Habrá que declararse incompetente
En todas las materias del mercado
Habrá que declararse un inocente
O habrá que ser abyecto y desalmado

Fito Paez. Al lado del camino (1999)

Dado que ya he discutido la mayoría de los temas que considero relevantes, básicamente mencionaré, a manera de síntesis, puntos clave para explicar la trayectoria de las reflexiones que he presentado en este documento. En caso de que se quiera profundizar en la discusión, lo mejor es ir a las secciones anteriores.

Como he señalado en la introducción, al estudiar a los hombres busco visibilizar que la masculinidad afecta sus vidas y, tratar de aportar algo para, evitar que siga sucediendo.

El género es una categoría de análisis que nos permite visibilizar el proceso por medio del cual los niños se “hacen hombres”, ver lo que sucede en sus vidas cuando se les masculiniza y reflexionar en la posibilidad de cambiar. Recuperar las voces de los hombres es fundamental, ya que solo ellos pueden describir cómo se vive la masculinidad y cómo se sufre, cuánta presión se ejerce, cuándo duele, cómo se vive el patriarcado desde su posición.

La masculinidad es resultado de un complejo proceso social que ha logrado configurar un modelo de comportamiento idealizado y aspiracional para los hombres. En mi intento por entender cómo se delineó, he reflexionado en los procesos sociales que se benefician al promover la masculinidad; qué visión de mundo hay detrás de una modelo de comportamiento basado en la competencia y qué dinámica social se está privilegiando para que este modelo identitario siga siendo hegemónico. Estas reflexiones me han permitido entender que detrás de la masculinidad hay un interés político que se beneficia con la existencia de sujetos fríos, herméticos, distantes, confrontantes, competitivos.

Dado que el género, como cualquier categoría analítica, es insuficiente para abarcar la complejidad social, para explicar los comportamientos de los hombres; he intentado contextualizar y rastrear aspectos sociales que explicaran cómo se delineó un modelo identitario como el sujeto masculino. Encontré pistas que me indican que su definición está ligada con la imposición del proyecto moderno y su visión de mundo. El protagonismo de este proyecto permite explicar la vigencia y legitimidad de un modelo identitario impositivo, confrontante y hostil; así como su expansión a distintas geografías.

El proyecto moderno, retomó el binarismo sexista, para delinear el sujeto masculino a partir de su visión jerárquica, competitiva y ambiciosa. Las potencialidades humanas que fueron convenientes para sus intereses, se definieron como virtudes y atributos exclusivos de los hombres, se masculinizaron. Las características que no eran convenientes para su proyecto fueron entendidas como signos de involución, residuos de una animalidad que la humanidad debía superar, se pensaron como rasgos exclusivos de las mujeres: fueron feminizadas (Seidler, 1997).

Por sus formas de proceder, el sujeto masculino ha sido promotor del proyecto moderno, ha logrado instituirse como modelo de comportamiento idealizado para socializar los niños. Para operacionalizar dicha socialización, la masculinidad se descompone en mandatos. Estos mandatos permiten evaluar y "corregir" las conductas de los niños/hombres.

El género más que un saber, es una herramienta que nos permite cuestionar una normativa que, con argumentos biologicistas, pretende masculinizar a todos los niños, programarlos (Preciado, 2008) para que sean funcionales para la política moderna. Por eso es tan importante cuestionar el determinismo biológico desde el cual aprendemos a justificar nuestros comportamientos.

En la medida que fui avanzando en mi investigación pude profundizar en la relevancia que tienen las emociones para la vida de cualquier persona. La nutrición emocional (Linares, 2013), funciona como una especie de chantaje que presiona a los niños para que se ajusten a los mandatos de la masculinidad. La validación de sus padres, a partir de halagos y sanciones, tiene un impacto profundo en su

proceso de masculinización. Los niños, en su intento por sentirse queridos, aceptados, halagados, ajustan sus comportamientos a lo que dicta la normativa: se masculinizan.

Las correcciones o halagos tienen un impacto emocional que afectan a los niños y orienta sus comportamientos, ya sea que se validen o sancionen sus conductas. Las reacciones afectivas de las personas cercanas les ayudan a entender si lo que hacen es “correcto” y deben seguir así o “incorrecto” y deben “mejorar”.

Los gestos de los padres están cargados de emociones. Una palabra, el silencio, una mirada, un grito, una caricia, un saludo es suficiente para que los niños entienden el humor de sus padres o madres. Sobre este punto hooks entiende que a pesar de que los niños vienen al mundo queriendo ser vistos y escuchados, el pensamiento sexista “lleva a muchos padres/madres a dejar que los bebés niños lloren sin tocarlos para reconfortarlos, por que temen que abrazar demasiado a los bebés varones, consolarlos demasiado, pueda hacer que crezcan débiles (hooks, 2021: 47). Este tipo de conductas afecta a los niños, lo cual va orientando sus comportamientos hasta que se masculinizan.

Para que la masculinidad sea un modelo normativo es indispensable que las personas lo entiendan como natural, conveniente. Esto implica que no reconozcan la influencia del género. Y provoca que participen de manera activa u omisa en la masculinización de los niños. Es importante señalar lo que puede ser una obviedad, el sexismo no masculiniza a los niños; son las personas quienes van orientando sus comportamientos.

Gradualmente, los niños, van entendiendo que a ellos les corresponde todo eso que podríamos definir como masculino. Por lo tanto, aprenden a evitar cualquier situación que pudiera feminizarlos. Esto provoca que se vayan adaptando a las exigencias definidas por la normativa sexista. Dicho de otra forma, los mandatos de la masculinidad trabajan en conjunto con las emociones al ejercer presión para que los niños masculinicen su identidad. Por esto afirmo que las emociones son un dispositivo indispensable para el disciplinamiento del que hablaba Foucautl (2008) en Vigilar y castigar.

A partir de la metáfora del panóptico, propuesta por Foucault (2008), podemos afirmar que las personas cumplimos una función de vigilancia, contribuimos a la masculinización de los niños. La normativa sexista permite que cualquier persona pueda sancionarlos a niños y hombres, si no se comportan como lo señalan los mandatos. Nuestro trayecto de vida es como un andador lleno de gente que nos mira caminar, y en ese camino nos va diciendo qué tenemos que hacer, muchas veces sin palabras, con miradas, con gestos, con acciones, con halagos, sanciones o violencias. Esto provoca que gradualmente el niño aprenda que lo mejor que puede hacer es obedecer, ser dócil a las exigencias normativas, dejarse disciplinar, masculinizarse.

Por esto afirmo que el proceso de masculinización identitaria requiere de la participación de muchos actores sociales que, de manera acrítica, replican la normativa. La normatividad sexista funciona como una verdad compartida, que se expresa en un proceso social, violento para niños y hombres, por imponer una forma de ser. Al restringir todo lo que se asume como femenino, atrofia ciertas

potencialidades, afecta su calidad de vida, por mencionar algunos efectos negativos.

Esto me ha llevado a reflexionar en la legitimidad del sexismo, en la participación que tenemos la mayoría de las personas en el proceso de masculinización de los niños, en la manera en que distintos actores sociales, −Estado, escuelas, religión, medicina, medios de información, padres, madres, tías, tíos, abuelos, abuelas, hermanas, hermanos, amigos, amigas, vecinos, vecinas, etcétera; trabajan de manera caótica e independiente, hasta masculinizarlos. Para visibilizar la participación de distintos actores en el proceso de masculinización he propuesto algunas categorías que permiten analizar si la presión que ejercen en niños y hombres es ejercida por mujeres, hombres o por ellos mismos.

El proceso de masculinización puede ser explicado a partir del concepto de recursividad propuesto por Morin (2007). Esta recursividad provoca que distintos actores presionen a los niños para masculinizarse y que, después, ellos mismos presionen a otros niños para que masculinicen. Es un efecto dominó: “a mí me masculinizaron los de atrás, yo masculinizo a los que vienen delante”.

Esto nos dice, básicamente tres cosas, 1) El proceso de masculinización es un camino orientado por sanciones emocionales. Las miradas, los gestos, las palabras, pueden halagar o avergonzar a los niños. Los niños, al sentirse afectados, encauzan sus comportamientos hasta masculinizarse. 2) Hay una premisa detrás de este proceso: “los niños “buenos” se masculinizan, los niños “feos” se feminizan. A quienes se masculinizan se les hace sentir queridos, los halaga, los presumen, hablen de ellos con orgullo, son definidos como buenos hijos. En cambio a quienes

no lo hacen, se les corrige, sanciona, se les avergüenza, los hacen sentir que son malos. 3) Los niños se masculinizan buscando reconocimiento, pertenencia, ser queridos, amor, la validación de sus padres, queriendo ser buenos. Si un niño quiere la aprobación de su padre y madre, si quiere pertenecer a este “nosotros”, lo mejor es que se masculinice.

Cuando se ha consolidado la masculinización identitaria, cada niño/hombre se presiona a sí mismos para obedecer las exigencias masculinas y se sanciona o recrimina cuando no cubre con dichas exigencias; esto que he definido como automachismo (Ver sección Automachismos, confirmación de la enajenación), confirma que los hombres han enajenado su identidad (Ver sección Hombres enajenados).

La masculinización implica que los niños configuren su vida a partir de las expectativas definidas por la masculinidad: formas de pensar, de sentir, de actuar, de vincularse con otras personas, de expresarse, de caminar, de vestir, de emocionarse, de hablar, de peinarse, de jugar, de querer, por mencionar solo algunos. La masculinización no debe pensarse como un aprendizaje superficial, o reflexivo. Más bien como un intento acrítico por adaptarse a una cultura, una programación de género (Preciado, 2008).

En este trayecto pude entender que cada sociedad promueve ciertas formas de sentir (Elias, 1969; Nussbaum, 2014; Le Bretron, 2005; Hochschild, 2008). Estos aprendizajes también son diferenciados por género; de tal suerte que en los niños y las niñas se promueve una emocionalidad distinta. Las formas diferenciadas de

sentir de hombres y mujeres, provocan que perciban y reaccionen de manera distinta ante estímulos parecidos.

Con esto quiero señalar que la modernidad también requería una emocionalidad específica. Para explicar esto necesito señalar que, con mucha frecuencia, cuando una persona es más receptiva a las necesidades de otras personas se dice que es muy sensible, muy emocional. En cambio, quien es más impositivo o más cruel se dice no tiene emociones. Cuando se afirma que la ternura es muy emocional y la crueldad es la ausencia de emociones, se olvida que las emociones están contenidas en todas las experiencias humanas (Bericat, 2012). Los comportamientos empáticos o violentos están motivados por emociones.

Si consideramos que la construcción de un mundo moderno requería valor, atrevimiento, podemos afirmar que el cansancio, la duda, el dolor y otras emociones que habían sido feminizadas, se sancionaron cuando fueron expresadas por los hombres. De manera gradual, los hombres aprendieran a silenciarlas u ocultarlas. Esto dio como resultado que la fragilidad, la debilidad, la ternura y cualquier emoción vinculada con la vulnerabilidad fuera experimentada, por los hombres, con vergüenza.

En contraste, los hombres configuran una sensibilidad vinculada con la confrontación, que les ofrece mayor resiliencia en ambientes competitivos. Esto se respalda con el planteamiento de Segato (2016) en donde señala que los hombres pasamos por una pedagogía de la crueldad; que no es otra cosa, sino un proceso por medio del cual se trata de a) insensibilizar a los hombres ante ciertos estímulos, endurecerlos, que aprendan a mostrarse fríos, b) desvincularlos afectivamente de

lo que se considera irrelevante, como las expresiones afectivas cálidas y c) de motivarlos a actuar en función de una política cruel, hostil, confrontante (Ver sección La crueldad es pedagógica).

En su proceso de socialización, encontré que las expectativas depositadas en los niños, los juegos que juegan, las tareas que se les asignan son parte de un disciplinamiento que va perfilando lo que se espera de ellos. Al escuchar las historias de algunos hombres pude confirmar la cantidad de heridas, golpes, situaciones que experimentaron desde niños. Es muy común que los niños marquen sus cuerpos con cicatrices, experiencias dolorosas, temerarias, que llegan a comprometer su integridad y sus vidas. La larga lista de mal-tratos les enseñan a mirar el mundo como un lugar hostil, competitivo.

Este trayecto les enseña a estar atentos a riesgos, a amenazas, a defenderse y estar listos para el combate. Esto, además de naturalizar las heridas, los golpes, el dolor, va configurando una resiliencia que les enseña a mostrarse fuertes, capaces de afrontar retos y vencer obstáculos. Este proceso entrena a los hombres para no darse por vencidos ante la adversidad; pero también provoca que se muestren distantes, inexpresivos, fríos, duros, resistentes, imperturbables; lo cual facilita que puedan tolerar y a ejecutar la violencia (Segato, 2016).

Basta recordar las máximas con las que se educa a los niños: “los hombres no lloran”, “los hombres no se cansan”, “no se dan por vencidos”, por mencionar algunas. En este mismo sentido hooks (2021) entiende que la frase ‘sé un hombre’ significa “aguanta y tira para adelante” (p. 67). Detrás de estas y otras expresiones lo que se está diciendo es que los hombres nacieron para luchar, que no deben

mostrarse frágiles. Si consideramos las consecuencias de estos aprendizajes, a los niños/hombres se les está diciendo que su integridad física y emocional no es importante, que la prioridad es cumplir con lo que se espera de ellos, que primero es el deber ser. En este punto hooks (2021) coincide al señalar que a los hombres el mundo “les dice todos los días que su yo interior no importa” (p. 101). Y aclara que esto se da porque “a la cultura patriarcal realmente no le importa si los hombres son infelices” (hooks, 2021: 24).

La masculinización enseña a los hombres a reprimir la expresión de emociones vinculadas con la fragilidad: ternura, miedo, cansancio, dolor, tristeza, duda; incluso a incomodarse por expresiones afectivas cálidas, amorosas. Al aprender a mostrarse distantes, herméticos, de las personas cercanas, de quienes aman, se comportan como si sus vínculos personales fueran irrelevantes, como si no les interesara que los amen. Hooks (2021) apunta que los hombres “están excluidos de la unión con los hombres y las mujeres, que es la conexión más profunda con la unión de todas las criaturas” (p. 127). Y aclara que “La desconexión no es una consecuencia de la masculinidad tradicional. La desconexión es la masculinidad” (hooks, 2021: 67). Esto es relevante porque esta desconexión afecta la calidad de vida de los hombres; precariza sus vínculos personales: pareja, amistades, familia, etcétera. Ya que incluso las personas más cercanas, no saben qué piensan, qué les pasa, qué sienten, qué necesitan.

El distanciamiento afectivo al que me he referido tiene una utilidad práctica; libera a los hombres de vínculos que puedan dificultar que cumplan con las exigencias masculinas (Botello, 2017). Un ejemplo es que, con mucha frecuencia,

los hombres establecen con sus hijos, vínculos más distantes de lo que lo hacen las mujeres[83]. Esto les permite ausentarse de casa por largas jornadas, sin sentir culpa o urgencia por regresar. Las expectativas de proveeduría depositadas en los hombres requieren que se desentiendan de otros tipos de cuidado que han sido definidas como responsabilidad de las mujeres.

Para problematizar el siguiente elemento necesitamos recordar que las emociones nos mueven a la acción[84]. Esto es relevante porque, como ya he mencionado, a los hombres se les enseña que no deben con-moverse por la ternura. En cambio se promueve que se motiven por la competencia, por la jerarquía y la ambición de ser más. El proyecto moderno, al haber definido que debían construir un mundo "mejor", estableció las características que debían poseer los sujetos que llevarían al mundo a ese futuro deseado. A los hombres se les vio como responsables de encaminar este proyecto y se buscó que introyectaran las "virtudes" de este ideal.

Quiero decir que la configuración emocional de los hombres les enseña a motivarse, moverse, a partir de los intereses definidos por la política moderna. Los hombres aprenden a "moverse" en congruencia con lo que la modernidad ha definido como éxito. Si las emociones nos mueven y la cultura nos dice qué sentir, la cultura nos está diciendo cómo movernos cuando configura nuestras emociones.

[83] Hooks (2021) sostiene que el trabajo genera un distanciamiento de los hombres con sus hijos. Explica que "las largas horas que trabajan a menudo agotan sus energías, queda poco o ningún tiempo para el trabajo emocional, para cultivar el amor" (p. 93). Sin embargo, agrega, "rara vez se habla del conflicto entre encontrar tiempo para trabajar y encontrar tiempo para el amor y para los seres queridos" (p. 93)

[84] La raíz etimológica de emoción que remite al verbo latino emovere (Ahmed, 2015: 32), significa 'hacer mover'" (Pons y Guerrero, 2018: 2)

Desde mi perspectiva, el mayor logro de la política moderna ha sido instituir sus verdades, su sentido de vida y su definición de éxito. El éxito moderno está vinculado con el ascenso social, consumismo, como nivel económico.

Lo cierto es que ningún hombre cumple a plenitud con las exigencias del estereotipo, ningún hombre logra vencer en todo. La masculinización es una idealización y, como todas las idealizaciones, miente. Además, los hombres pierden, tienen miedo, tristezas, dolores, culpas, inseguridades, se arrepienten, aunque no lo reconozcan. No son capaces de ajustarse al estereotipo, pero aprenden a aparentar que sí. Uno de los recursos para hacerlo es el lenguaje. Es común que en sus relatos destaquen aspectos que los hagan parecer poderosos, fuertes, capaces, dominantes, mostrarse “masculinos”. En contraste ocultan detalles que puedan mostrarlos débiles, vulnerables, que los feminicen. Si ser hombre implica ser dominante, poderoso, cualquier aspecto que los coloque en una posición de sometimiento y los haga parecer débiles debe ser disimulado o silenciado.

El proyecto moderno ha definido que el éxito se conquista por medio de la lucha, después de vencer adversidades. Esto les dice a los hombres que deben mostrar su superioridad, su dominio, aunque comprometan su integridad. Esto aplica en distintos aspectos de sus vidas, en sus relaciones de pareja se espera que sean seguros de sí mismos, racionales; en sus familias se espera que sean “cabezas de familia”, es vergonzoso ser visto como un “mandilón”; con los hijos, hijas, deben ser la figura de autoridad, en los ambientes laborales se espera que asciendan, que sobresalgan; en los deportes deben destacar, ser dominantes; incluso cuando se presenta un conflicto deben poder imponerse, aunque sea

necesario llegar a la fuerza física. Esta noción de éxito dificulta que los hombres vivan vidas más moderadas, prudentes.

Quiero decir que los hombres han introyectado el éxito moderno como un referente que orienta sus acciones, que les dice qué aspectos merecen su atención, les ofrece estatus, en cuáles esferas de sus vidas deben sobresalir y cuáles aspectos son irrelevantes y no es indispensable que les dediquen su interés. Así encontramos que es mucho más común que la sensibilidad y el interés de los hombres esté orientado a la competencia, el éxito, los negocios, los deportes. Estos asuntos los "emocionan", los motivan. Su interés por destacar provoca que dediquen sus recursos y tiempo para prepararse.

Con esto quiero señalar que los hombres aprenden a motivarse, emocionarse, con la competencia, con el reto, a vivir a partir de la ambición de ser más. La emocionalidad competitiva requiere enfocarse en el objetivo de ganar, en gestionar sus emociones, de manera que pueda adormecer las emociones que los puedan hacer sentir o parecer débiles y a exaltar las que los muestran fuertes, dominantes y capaces. Sin una configuración emocional masculinizada los hombres no tendrían los recursos suficientes para desenvolverse y destacar en un mundo competitivo. Las situaciones de confrontación, de violencia resultarían muy amenazantes para los hombres, por esto es tan importante que aprendan a disminuir los umbrales de empatía (Segato, 2016).

El hecho de que culturalmente se asuma que lo racional es más relevante que lo emocional, ha provocado que no se profundice lo suficiente en esta dimensión. Sin embargo, es una dimensión políticamente relevante, ya que permite

analizar el sentir de las personas, los malestares, las afectaciones, la vulnerabilidad, la sensibilidad. Esto que muchas veces parece contrario a la productividad capitalista.

Si bien al comenzar esta tesis inicié por reflexionar sobre las afectaciones que viven los hombres a partir de su masculinización, la pregunta que me llevó a enfocarme en las emociones fue ¿por qué si los hombres son afectados de manera sistemática por la masculinidad no se quejan? Como he mencionado los hombres introyectan que nacieron para competir, que deben mostrar, en todo momento, su disposición para luchar. Para cumplir con estos mandatos es conveniente mostrarse fuertes, seguros de sí mismos, dominantes, imperturbables, indestructibles, invulnerables. Aprenden a ocultar cualquier aspecto que pueda hacerlos parecer débiles, frágiles: dolores, malestares, miedos, tristezas, inseguridades, cansancio.

A partir de lo que he señalado hasta ahora puedo afirmar que la masculinidad es un modelo identitario funcional para una política competitiva y cruel, que requiere de una emocionalidad específica para ejecutar y tolerar actos congruentes con la política moderna (Segato, 2016). Es por esto que en su proceso de socialización se les presiona para que configuren una emocionalidad que les ofrezca una mayor disposición para la competencia, para la confrontación, que censura las expresiones afectivas cálidas. Esta configuración emocional dificulta que puedan reconocer la relevancia de la ternura y la empatía, los libera de culpas, remordimientos que puedan interponerse para lograr sus objetivos.

Si, como dice Maturana (1998), las emociones son fundamentales para interpretar nuestras experiencias e interactuar, cabe preguntarnos ¿qué tipo de

interacciones puede tener un sujeto al que se le prohíbe expresar emociones como la ternura, tristeza, miedo; que interpreta el mundo como una competencia, que se le permite expresen enojo y reaccionar de manera confrontante ante situaciones de tensión? Los hombres, al introyectar la prohibición de mostrarse tiernos, empáticos, se vinculan desde la confrontación y la hostilidad, lo cual es un caldo de cultivo para la violencia (Martínez, 2013).

Si el género pretende programar a las personas (Preciado, 2008), podemos afirmar que la masculinidad busca entrenar a los hombres para que afinen sus potencialidades a una visión de mundo. Como ya he mencionado, yo he reflexionado este entrenamiento a partir de los intereses del proyecto moderno. De tal manera que eso que llamamos masculinidad es un mecanismo de disciplinamiento para que los bebés machos modelen su manera de estar en el mundo en congruencia con las exigencias competitivas, jerárquicas y ambiciosas promovidas por la modernidad.

Vista así, la masculinidad puede ser pensada como un modelo de comportamiento prescriptivo; ya que define los mandatos que los hombres deben obedecer para ser reconocidos como hombres. Estas reflexiones me llevan a subrayar la conveniencia de dejar de referirnos a los hombres como sujetos masculinos. Me parece más atinado hablar de sujetos masculinizados por la cultura, por un proceso de socialización, por una imposición sexista, por una convención social, por la presión ejercida por muchas personas.

Quiero insistir que los bebés machos no se masculinizan por gusto, por conveniencia, ni por accidente o para obtener privilegios. La masculinidad no se

elige. La impone la cultura sobre los cuerpos machos. Esta manera de pensarlo implica visibilizar que la normativa pretende masculinizar a todos los bebés machos, el proceso que se requiere para esta masculinización, la corresponsabilidad quienes participan en este proceso, los efectos negativos que tiene esta masculinización para los hombres y la necesidad de interrumpir este proceso.

Para el siguiente punto que pretendo discutir, es necesario insistir que los hombres no son esencialmente masculinos y las mujeres no son esencialmente femeninas. Hombres y mujeres pueden feminizarse o masculinizarse (Haraway, 1991; Izquierdo, 2007), lo cual es conveniente para una sociedad jerárquica y competitiva. Actualmente vivimos en una sociedad que ha recuperado el darwinismo social, para promover, como verdad biológica, que nacimos para competir. Esto provoca que se promuevan formas de ser, sobre todo en los hombres, competitivas, confrontantes, impositivas, extractivas, acumuladoras.

Al naturalizar las desigualdades, las personas asumen que tienen derecho a lucha para vivir mejor que otras personas. Que es legítimo intentar controlar el mundo y dominar a otras personas sin considerar los daños que se puedan ocasionar. Que debemos poner en juego nuestros recursos para tratar de sobresalir. El sujeto masculino es un sujeto que busca cambiar el mundo sin mostrarse afectado. Esta aclaración es necesaria para señalar que la sociedad moderna ha recuperado el binarismo sexista para jerarquizar a las personas. A partir de una feminización y masculinización se dinamiza.

Entendido así, la feminización se da cuando una persona es colocada en una posición de inferioridad jerárquica o de sometimiento y la masculinización se genera

cuando una persona es colocada en una posición de superioridad o dominio. La masculinidad y la feminidad son fractales que, cuando son repetidos de manera sistemática, conforman y legitiman una sociedad competitiva. Estos fractales son recuperados por el sexismo para dinamizar la sociedad moderna capitalista.

El deseo por ser masculinizados y el miedo a ser feminizados genera un ambiente competitivo, jerárquico y, con mucha frecuencia, violento. Sobre todo porque en una cultura patriarcal, “a los hombres no se les permite simplemente ser quienes son y disfrutar de su identidad única. Su valor siempre está determinado por lo que hacen” (hooks, 2021: 29). Ya que “[l]as definiciones sexistas de los roles masculinos insisten en definir la masculinidad en relación con el triunfo, la superación, la dominación” (hooks, 2021: 111). El reconocimiento, el buen trato, el prestigio se obtiene cuando los hombres demuestran su dominio, su poder, su masculinidad.

La sociedad moderna masculiniza a los hombres porque espera que aprendan a competir, a ser dominantes. De hecho, se asume que su dominio, su poder, confirma que son hombres. El proceso de masculinización solo puede darse cuando se feminiza a otra persona. Esto implica colocarse simbólicamente por encima de alguien. Esta jerarquización implica que los hombres busquen, en la medida de los posible, colocarse en una posición de dominio, sin considerar que otras personas sean colocadas en una posición de sometimiento. Esto les permite

disfrutar de cierto prestigio y una sensación de bienestar. Feminizar a alguien da prestigio, estatus, poder, los hace parecer dominantes y hasta atractivos[85].

Entender esta dinámica social me ha permitido explicarme que los hombres son feminizados o violentados, por otros hombres y por mujeres; además que las mujeres accedan a puestos de poder y que, con mucha frecuencia, ocupen posiciones jerárquicas superiores a las que ocupan los hombres. Esta dinámica competitiva exige a los hombres, si quieren gozar de una posición jerárquica someter a otras personas. En caso de que los hombres no sobresalgan serán feminizados, ya sea por otros hombres o por mujeres y sancionados socialmente por conformistas, mediocres o "poco hombres".

El último elemento que considero relevante para problematizar la emocionalidad masculinizada es que enseña a los hombres, silenciar sus malestares. Los hombres, al naturalizar sus heridas, lesiones, los riesgos a su integridad física, entienden que no sirve de nada quejarse. Todo lo contrario, quejarse implica mostrarse vulnerables y provoca que se expongan a sanciones. El riesgo es que si los hombres, principales afectados por su masculinización (Torres, 2001), no se permiten reconocer y expresar las afectaciones o malestares experimentados por su masculinización ¿por qué buscarían cambiar esta situación?

[85] Hooks (2021) describe que su pareja era un hombre amable y tranquilo, esto provocaba que la gente "lo ignorara, considerándolo débil y sin poder". En cierto momento ella comenzó a notar cambios en su comportamiento que hacia "una personalidad más machista, asumiendo el modelo dominante que había criticado en el pasado". Esto provocó que ganara respeto y visibilidad. Incluso, señala hooks (2021) "[h]abía más mujeres que se sentían atraídas por él […] estos cambios en su pensamiento y su comportamiento fueron provocados por su deseo de ser aceptado y sentirse seguro en un lugar de trabajo patriarcal, y los justificaba por su deseo de salir adelante. Su historia no es inusual" (hooks, 2021: 41).

Esto nos lleva a reconocer que analizar las emociones de los hombres nos permite enfocarnos en las afectaciones a la calidad de vida que experimentan los hombres por su masculinización, la trascendencia política de la vulnerabilidad para criticar políticas competitivas y la dificultad que implica cambiar algo que no es reconocido como un problema.

La masculinización deriva en una serie de consecuencias negativas para las vidas de los hombres. En principio podemos señalar que los hombres al tratar de mostrar su masculinidad se exponen a riesgos o descuidan su integridad; además, el hermetismo de las emociones feminizadas provoca que se les dificulte establecer relaciones profundas, cálidas y empáticas, lo cual provoca aislamiento, soledad, precariza sus vínculos personales y su intimidad.

La enajenación que viven los hombres dificulta que puedan ser críticos de la masculinidad y pensar en la necesidad de cambiar. Si los hombres no se permiten reconocer sus dolores, tristezas, cansancio, miedo, se confirma que sus emociones han sido disciplinadas por la masculinidad, que están impedidos para reconocer que la masculinidad afecta sus vidas, que no consideran sus malestares para cuestionar los mandatos de la masculinidad y que su agencia está enajenada.

Como he mencionado, la masculinización condiciona casi todos los aspectos de las vidas de los hombres. Así como se configura una emocionalidad diferenciada, también define los márgenes de acción de los comportamientos de los hombres. Las expectativas sociales van señalándole a los niños las cosas que deben/pueden y no deben/pueden hacer: su margen de acción, los límites de su agencia.

Como he señalado páginas atrás, la categoría de género, también nos ofrece la posibilidad de contraponernos a la normativa sexista, de manera que la normativa no sea vista como destino. Dado que mi interés es favorecer las condiciones para que los hombres se desenajenen de la masculinidad, he reflexionado sobre su margen de agencia.

La configuración emocional promovida por la masculinidad la hace un modelo de comportamiento muy funcional. Por un lado, presiona a los sujetos para la competencia, exige que tengan disposición para luchar, que no se den por vencidos. Por el otro lado, les impide expresar dolor, cansancio, malestar o miedo. Entre un límite que presiona para luchar y otro que impide expresar fragilidad, los hombres se encuentran atrapados. Se les enseña a luchar, pero no se les permite quejarse.

Entiendo que todas las personas tenemos un margen de acción. Sin embargo no toda agencia es suficiente para modificar sus condiciones (Herrera y Agoff, 2002). En el caso de los hombres, su margen de acción se encuentra condicionado por el deber ser masculino y limitado por el riesgo de feminizarse. Recordemos que el sexismo promueve una agencia diferenciada. A los hombres se les promueve una mayor disposición para la lucha, se les sanciona cuando muestran su fragilidad. Esto le permite destacar en una sociedad competitiva, pero lo limita para criticar el deber ser masculino, para acceder a eso que se ha definido como femenino; al verlo como ajeno, impropio y los experimentan con vergüenza. La diferencia es que la agencia masculina promueve formas de comportamiento impositivas, confrontantes. Al ser congruente con el sexismo, mantiene a los hombres luchando resignados, entendiendo que sus genitales definen que nacieron para competir, que no deben

darse por vencidos y no “pueden” expresar su vulnerabilidad. Por esto afirmo, que su agencia se encuentra limitada por el sexismo. Por lo tanto, es insuficiente para desobedecer las exigencias masculinas. Quiero decir que el margen de agencia de los hombres es tan amplio como lo define la masculinidad. Dado que este margen de acción es insuficiente para que sean críticos de la masculinidad, los hombres necesitan desbordar estos límites. Necesitan una agencia de la masculinidad y no una agencia masculina.

Cabe preguntarnos qué podemos hacer para que los hombres cambien. Antes de intentar responder es importante mencionar que Maturana (1988) explica que medio y organismo interactúan permanentemente, modificándose de manera recíproca (p. 29). De manera simple podríamos afirmar que para que los hombres tengan mayor autonomía con respecto a las exigencias masculinas necesitan que el entorno social modifique los códigos de comportamientos que les son impuestos al nacer. Como esto parece complicado he reflexionado sobre la posibilidad de que haya hombres indóciles o indisciplinados a los mandatos de la masculinidad.

Para seguir con la reflexión, debo señalar que he identificado una interrelación entre tres elementos: a) la cosmovisión moderna basada en una sociedad jerárquica, competitiva, y ambiciosa; que señala que el sentido de la vida de los hombres es competir, b) a partir de este discurso, se promueve una educación diferenciada para hombres y mujeres. En donde los hombres introyectan que deben competir, no darse por vencidos y comprometer su integridad y sus vínculos para tratar de ganar y c) esta imposición identitaria requiere de una configuración emocional resiliente, confrontante, fría, ambiciosa y hostil.

Esta triada trabaja en una interdependencia que da equilibrio, pertinencia y continuidad a cada uno de estos elementos. Lo que pretende destacar es que para modificar el emocionar tendrían que cambiar los criterios con lo que se socializa a los niños. Sin embargo, el sexismo no cambiará si no cambia la cosmovisión moderna. Que a su vez se sostiene por la inercia generada de una emocionalidad competitiva. La relación modernidad-sexismo-emocionalidad masculina, nos regresa a la recursividad propuesta por Morin (2008); genera una continuidad que parece difícil de interrumpir.

Regresando al contexto, podemos afirmar que la sociedad moderna requiere de hombres competitivos, jerárquicos, ambiciosos. Aunque esto es conveniente para su un proyecto político, es inconveniente para un proyecto de mundo más horizontal, incluyente y empático. Nunca llegaremos a la equidad y a la paz teniendo la jerarquía, la competencia y la ambición como modelos de desarrollo[86].

Por lo tanto, es indispensable plantearnos qué valores tendría que abanderar el proyecto de mundo en el que queremos vivir. Si aspiramos a un mundo más pacífico, necesitamos reconfigurar el ideal de "hombre bueno" o exitoso; es decir, replantear el sistema sexo/género. Esto daría la posibilidad de que los niños/hombres configuren una emocionalidad que no esté basada en la confrontación y la crueldad.

[86] En este orden de ideas Fraga (2014) señala que "En el capitalismo, el sistema económico penetra todas las demás esferas de la vida social, imponiéndoles su lógica. Y su lógica, como sabemos, es la de la competencia individualista […] Competencia e individualismo son, precisamente, las dos dimensiones de la constitución de los sujetos en la modernidad/colonialidad capitalista, es decir, las dos dimensiones de la colonización del ser. La descolonización subjetiva, entonces, tiene necesariamente que plantear formas alternativas de ser, y éstas estarán fundadas, como veremos, en la convivencia y el comunalismo" (p. 214)

Quiero decir que los hombres no migrarán a una forma de ser más empática, mientras que el prestigio social y los mayores dividendos se sigan asignando a los hombres exitosos. Resulta muy difícil pensar que los padres dejarán de educar a sus hijos de manera distinta, cuando lo que necesita el mercado es hombres competitivos. ¿Cómo resolver esta contradicción? Si el mercado, requiere sujetos desafectados ¿qué caso tiene educar a hombres más sensibles?

Parece muy lejano el día en que cambien los criterios competitivos de una sociedad capitalista, consumista, extractiva y ambiciosa; que entiende que la mejor versión de cada quien se consigue por medio de la exigencia. Este mundo ha romantizado la competencia. A pesar de que la meta parece lejana, podemos dar pequeños pasos para que en un largo plazo, logremos migrar un modelo de masculinidad menos problemático. Para esto tendremos que dejar de masculinizar las identidades de los niños y ayudar a los hombres, que han sido masculinizados, a desenajenar sus identidades.

Para que esto sea posible necesitamos modelos de comportamiento basados en la cooperatividad, la empatía. Si lo que queremos es una convivencia más pacífica y dialógica, necesitamos hacer de la democracia un espacio de colaboración cotidiana (Maturana, 2003). Esto nos lleva a preguntarnos ¿qué tipo de hombres requiere ese ideal de mundo en el que nos gustaría vivir? En función de ese ideal, qué tipo de educación y con qué mandatos educaremos a los niños. No creo que se pueda educar a los niños sin un referente que defina lo que es deseable y qué no. Cuestionar la normativa no es aspirar al caos, es encontrar

acuerdos sociales más armónicos. Lo que debe cambiar es la normativa. Necesitamos replantearnos qué es ser un buen hombre.

Para facilitar esta migración, es conveniente comenzar por criticar este mundo competitivo y visibilizar los problemas que genera. Para esto es conveniente profundizar en la dimensión emocional, por ser un aspecto fundamental para que los hombres logren una mayor autonomía con respecto a la masculinidad, por restringir la posibilidad de que reconozcan sus malestares y las afectaciones que provoca el sexismo en sus vidas. Dicho de otra manera, reconfigurar las emociones es indispensable para que los hombres despierten de la enajenación. Consideremos que si los hombres no reconocen y expresan sus malestares es porque siguen enajenados. En este sentido hooks entiende que

> no podemos curar lo que no podemos sentir, al apoyar la cultura patriarcal que socializa a los hombres para que nieguen los sentimientos, los condenamos a vivir en un estado de insensibilidad emocional. Construimos una cultura donde el dolor masculino no puede tener voz, donde el dolor masculino no puede ser nombrado ni curado (hooks, 2021: 25).

El reconocimiento de sus malestares es el primer paso para que los hombres puedan oponerse a su masculinización. Contrario a los aprendizajes de los hombres, considero que silenciar el miedo, el dolor, los malestares no debe ser visto como una fortaleza. La debilidad, fragilidad no deben ser motivo de vergüenza. Destaco el esfuerzo que han hecho los feminismos para poner al centro de las discusiones los malestares que experimentan las mujeres. Esto les ofrece la materia prima para identificar de qué manera la política las oprime Núñez (2004).

Considerar la experiencia de las mujeres me hace pensar que los hombres necesitamos seguir un camino parecido: poner al centro de las discusiones nuestros malestares, lo que sentimos, vivimos, deseamos, nos duele. Solo al reconocer esto podremos tener argumentos para denunciar la manera en que el sexismo afecta nuestras vidas y buscar estrategias de cambio.

Para poder romper con las exigencias masculinas se requieren una emocionalidad disidente que permita a los hombres estar en más contacto con sus sentires y sus cuerpos, expresar sus malestares y de ser críticos de la imposición masculina. Si las emociones de los hombres han sido un dispositivo indispensable para la enajenación de los hombres, debemos considerarlas para liberarlos de dicha enajenación.

Es indispensable promover una emocionalidad políticamente subversiva, congruente con una visión de mundo más horizontal. Ya que "[n]o podemos enseñar a los niños que los 'hombres de verdad' o no sienten o no expresan sus sentimientos, y luego esperar que los niños se sientan cómodos al ponerse en contacto con sus sentimientos" (hooks, 2021: 48). La disidencia emocional es una forma de resistencia que implica aprender a sentir por criterios distintos a los definidos por la política moderna.

Al re-conocer nuestras emociones podremos favorecer una interacción íntima, honesta y respetuosa, ya que las emociones, desde una política tierna, son un espacio dialógico, íntimo, seguro, que nos permite vincularnos y nutrirnos junto a otras personas. En esta orden de ideas Seidler (1995) señala "[p]udiera ser que solo empecemos a amar a los otros cuando hayamos aprendido a amarnos a

nosotros mismos un poco más" (p. 89). Y agrega, "si los hombres tuvieran comportamientos más sensibles con ellos mismos, podrían ser más sensibles a las heridas de otras personas" (Seidler, 1997: 98). Cuando compartimos nuestra intimidad, de manera respetuosa, nos sentimos cómodos(as), cercanos(as), comprendidos(as), escuchados(as), en comunidad.

Para Maffia (2006) decir lo que sentimos y experimentamos es indispensable para "escuchar sensiblemente lo que otros sienten y experimentan, establecer una analogía entre mis propias experiencias y el modo de decirlas y lo que escucho decir de las experiencias del otro, son los primeros pasos en la construcción no solo de una comunidad sino también de un mundo compartido" (p. 33). Dar un espacio para las emociones que han sido feminizadas es interactuar desde una realidad más esférica, compleja, profunda y honesta.

La masculinización de las emociones provoca que los hombres desconozcamos la relevancia que tienen las emociones tiernas en nuestras vidas. Es indispensable enseñarle a los hombres para qué sirve una caricia, cómo disfrutarla, cómo darla, por qué es valiosa, "enseñarles a amar" (hooks, 2021). Consideremos que a los hombres se les ha restringido el placer de una vida más simple, más lúdica, más divertida. A pesar de eso "desean conectar, amar y ser amados" (hooks, 2021: 32) y solo se salvarán cuando aprendan "el arte de amar" (hooks, 2021: 32). Los hombres cambiarán con el afecto, con abrazos, con ternura. Frente a esto no saben reaccionar, están desarmados.

Hooks (2021) sostiene que

> Los hombres necesitan escuchar que sus almas importan y que el cuidado de sus almas es la tarea principal de su ser. Si todos los hombres buscaran descubrir una mayor conciencia en sus vidas en lugar de buscar el poder a través de un modelo de dominación, entonces el mundo tal como lo conocemos se transformaría en algo mejor (p. 135).

Y agrega que "[l]a incapacidad de reconocer la profundidad del dolor masculino hace que sea difícil para los hombres cuestionar y cambiar la masculinidad patriarcal" (hooks, 2021: 127). Por esto afirmo que la disidencia emocional es un primer paso para sensibilizar a los hombres, un requisito indispensable para visibilizar y reconocer la manera en que la masculinidad los afecta, para despertar su empatía. Esta disidencia es parte de una apropiación subjetiva de los hombres; una estrategia para promover la autonomía de los hombres y el cambio social. A partir de esto podemos reconocer que las emociones tienen una trascendencia política.

La disidencia emocional ofrecerá a los hombres la posibilidad de reconocerse afectados por la masculinización, por las exigencias masculinas y el desgaste que implica vivir para competir. Esto nos permitirá gradualmente migrar a un sistema sexo/género más permisivo, que no masculinice a los niños, que no priorice el deber a la integridad de los niños/hombres. Además, permitirán a los hombres liberarse de la sanción moral, experimentada como juicio o vergüenza cuando decidan no ajustarse a los mandatos de la masculinidad. Ofrecerá las condiciones para establecer relaciones de calidad, construir espacios para compartir nuestra

intimidad, sensibilidad, lo cual implica respetar a la otra persona, ser empático con sus necesidades y su momento de vida.

Para promover esta disidencia, necesitamos politizar las emociones. Esto implica visibilizar los intereses, los valores y las consecuencias que se ven beneficiadas al promover una política hostil. Politizar las emociones no solo se refiere a favorecer las condiciones para que los hombres lloren o se quejen con libertad. Más bien pretende visibilizar que los hombres han sido programados, configurando su sensibilidad en congruencia con un mundo competitivo, que les exige comprometer su integridad. Permite dejar de responsabilizar a los hombres por no ajustarse a los mandatos de la masculinidad, visibilizar la presión que ejerce el medio para que adopten las exigencias masculinas y reconocer que esto es una forma de violencia que se ejerce en contra de ellos.

Politizar[87] las emociones también permite visibilizar que vivimos en una política hostil y que, si queremos construir relaciones más pacíficas tendremos que "abordar verdaderamente el dolor y la crisis masculinos […] estar dispuestos a exponer la dura realidad de que el patriarcado ha dañado a los hombres en el pasado y continúa dañándolos en el presente" (hooks, 2021: 43). Los hombres necesitan ayuda, aunque no se quejen, parezcan fuertes y aparenten que nada les importa, que nada les duele.

[87] La política no es un proyecto exclusivo de los partidos políticos o de los funcionarios de gobierno. La política de ejerce en las interacciones diarias. El la manera en que hablamos con nuestro vecino, en cómo tratamos a los perros, las plantas, desperdiciamos el agua, en cómo educamos a los hombres. En cómo los tratamos.

Recordemos que los hombres han sido educados para silenciar cualquier malestar que pueda mostrarlos débiles, frágiles. Esto no quiere decir que no sufran, que no tengan malestares, que no necesitan ayuda. Considero necesario evitar la polarización esencialista que sostiene que por los genitales con los que nacemos unas personas sufren más que otras. No existen motivos para afirmar que quienes más se quejan son quienes más sufren.

Para salir de la enajenación masculina los hombres deben ser desobedientes a la masculinización emocional. Esto les permitirá configurar formas de sentir alternas; dejarse afectar por su dolor, cansancio, miedo, tristeza, amor y experimentar su debilidad, fragilidad o vulnerabilidad con dignidad. Los hombres necesitan reconocerse vulnerables, sensibles, víctimas del patriarcado para ser críticos de la masculinización que los enajena. Esto implica reconocerse imperfectos (hooks, 2021: 148) mortales.

Cuando los hombres prioricen su bienestar al deber ser el sistema no podrá utilizarlos como peones, ni definir los mandatos que deben obedecer. He propuesto la vulnerabilidad digna como un recurso para oponernos a un sistema que entrena a los hombres para la crueldad (Segato, 2016). La vulnerabilidad digna prioriza el bienestar de los sujetos, pretende visibilizar las afectaciones que experimentan en su proceso de masculinización; es un intento por configurar un mundo en el que los resultados, la eficiencia o la productividad no determine el trato que reciben.

Escuchar a los hombres me ha permitido confirmar que viven atrapados por una narrativa que define que solo pueden ser masculinos, entender lo difícil que es desencarnar la masculinidad cuando han enajenado su identidad. Los hombres no

saben cómo vivir sin la masculinidad. Esto tiene que ver con que han naturalizado el discurso sexista que sostiene que los hombres nacen, crecen y mueren masculinos. La mayoría de las personas viven bajo el supuesto de que hombre es igual a masculino. Incluso cuando los hombres tienen comportamientos definidos como femeninos, son vistos, incluso por ellos mismos, como enfermos, perversos. Esta rigidez, nos muestra la necesidad de dislocar la relación que define que los hombres son los sujetos masculinos y la necesidad de construir narrativas alternas. Sin embargo, como señala hooks (2021) “para ofrecer a los hombres una forma de ser diferente, primero debemos reemplazar el modelo dominador por un modelo de asociación que vea la relación entre los seres y la interdependencia como la relación orgánica de todos los seres vivos” (p. 111).

Para romper con la cosmovisión moderna he intentado problematizar el proyecto moderno. Esto me ha permitido analizar su visión de mundo y, de manera paralela, imaginar que otro mundo es posible. El mundo moderno, sirve como contexto y explicación de lo que vivimos, y el mundo otro como contraste y horizonte utópico. “Un mundo en que quepan muchos mundos” (Esteva, 2019: 164)

Eso me ha permitido cuestionarme ¿a qué política le resulta conveniente que los bebés machos se masculinicen?, ¿cuál es el proceso por medio del cuál se masculinizan las identidades de los niños?, ¿quiénes contribuyen a la masculinización de los niños?, ¿de qué manera se afecta la vida de los niños cuando se masculinizan?, ¿qué potencialidades de los niños se mutilan en el proceso de masculinización?, ¿qué emocionalidad configuran los niños en su proceso de masculinización?, ¿cómo pueden los hombres que han sido enajenados

por la masculinidad des-enajenarse?, ¿cómo sería el mundo si los niños no fueran masculinizados?

Le Betron (1998) describe la existencia de niños “salvajes”, ya sea por haber crecido entre animales o por haber vivido aislados de otros vínculos sociales, como podría ser por haber experimentado un encierro. En este texto describe los casos de unas niñas que, después de vivir con lobos, presentan características y comportamientos no convencionales, como pueden ser

> maxilares salientes y prominentes, dientes pegados y de bordes afilados, caninos largos y puntiagudos, ojos que brillan extrañamente en la oscuridad, articulaciones de las rodillas y las caderas que no pueden abrir ni cerrar. Duras callosidades les marcan las palmas de las manos, los codos, las rodillas y las plantas de los pies. La lengua les cuelga a través de los gruesos labios de color bermellón; imitan el jadeo y bostezan abriendo ampliamente las mandíbulas. Ven en la noche sin dificultad […] Solo duermen algunas horas por noche, entrelazadas, y se sobresaltan al menor ruido. Se mueven sobre las rotulas y los codos durante los desplazamientos cortos. Si corren, se yerguen sobre manos y pies. Beben a lengüetadas y comen echadas, con el rostro hacia abajo [sin usar las manos]. A lo largo de buena parte del día cazan pollos y desentierran los restos de las comidas. Gesticulan y muestran los dientes cuando alguien se les acerca. Luego de defecar, "suelen frotarse el trasero contra la tierra" (Singh) […] se comprueba que los comportamientos del animal dieron forma a los de las niñas […] Estos niños parecen no conocer

> más que emociones elementales: cólera o impaciencia. Ignoran la risa o la sonrisa (p. 19)

Estos comportamientos se generan por el distanciamiento de cualquier grupo social. Lo cual provoca que estos infantes no introyecten los códigos culturales. Para Le Breton (1998) “el hombre no es un ser consumado en el momento de nacer, sino que se construye poco a poco gracias a los contactos con los otros, a la educación y al ejemplo de su entorno” (p. 25). Agrega que

> el niño recién nacido está frente a un inmenso campo de posibilidades: todas las condiciones humanas están virtualmente ante él, ya que dispone exactamente de la misma constitución física que el hombre del neolítico. El niño de la edad de piedra sigue naciendo a cada instante en todos los lugares del mundo, con la misma posibilidad de apertura, la misma aptitud para entrar en el sistema de sentidos y valores del grupo que lo recibe (Le Breton, 1998: 16).

Por esto afirma que “[e]l horizonte del niño es infinito, está abierto a todas las solicitaciones” (p. 15). Sus descripciones nos ilustran la plasticidad y resistencia que tienen los cuerpos humanos para adaptarse a situaciones que pueden parecer extremas, y nos invita a reflexionar sobre la influencia que tiene la cultura para que nos “civilicemos”. Esta idea coincide con el planteamiento de Restrepo (2010) cuando sostiene que

> No existe un cuerpo natural. Es imposible la existencia de un cuerpo por fuera del código. Al nacer, el cuerpo infantil se encuentra ya aprisionado en una

> densa rejilla de signos que lo esperan. La cuna preparada por mamá, el rosado que decora la alcoba de la niña, los juguetes que la socializan, el nombre que la integra a la tradición de sus mayores, son todas deliciosas trampas para capturar los gestos inexpertos. Ni siquiera en este momento precoz de la existencia el cuerpo es libre. Siempre, desde el nacimiento hasta la muerte, está tensionado por enjambres de símbolos que, al moldearlo y troquelarlo, lo toman deseable para sus congéneres (p. 118).

Estas ideas me han permitido reflexionar en el margen tan amplio de comportamiento que tienen los bebés de la especie humana, sobre las potencialidades de lo que he pensado como bebés puros[88]. Es decir, sin aprendizajes o condicionamientos culturales. Esto me ha permitido pensar en la profunda influencia que tiene la masculinidad en las vidas de los bebés machos y para preguntarme cómo podrían ser sus vidas si no fueran masculinizados.

Como he tratado de mostrar en páginas anteriores, para que los niños se masculinicen se requiere de un detallado proceso, por medio del cual introyectan los códigos normativos que los convierten en “hombres”. En este proceso se espera que los niños “afinen” ciertas capacidades y sacrifiquen otras potencialidades, por considerarse culturalmente indeseables. Los cuerpos machos, al momento de nacer, configura sus capacidades para asemejarse al deber ser masculino. Los

[88] No creo en la existencia de un hombre vacío de cultura. Es un imaginario que invita a sacudirnos el discurso patriarcal. Hombres no competitivos, jerárquicos, crueles. Hombres con otros criterios éticos. Un ideal queer para imaginar y legitimar otras formas de ser hombre. El hombre neutro es un concepto crítico, utópico, para imaginar a los hombres fuera de la cosmovisión patriarcal. El hombre neutro busca defender, recuperar y despertar las potencialidades de los cuerpos machos que han sido atrofiadas. Para esto, es importante que defendamos el derecho a habitar eso que la modernidad ha definido como lo “femenino”, a expresar nuestras emociones: estar cansados, tener miedo, pedir abrazos, a no ser masculinos, renunciar, darse por vencidos, a no competir.

cuerpos machos podrían ser tan amables, tiernos, empáticos, dialógicos y receptivos, pero su proceso de masculinización atrofia estas posibilidades.

Desde una postura posestructuralista, podemos afirmar que la normativa sexista representa un límite narrativo que dificulta que los hombres se piensen de manera distinta a la definida por la masculinidad. Señalo esto porque está tan naturalizada la idea de que los hombres son/deben ser masculinos que el lenguaje confunde lo que señala la norma con la biología. En congruencia con estas ideas Le Breton (1998) afirma que “el hombre no vive en un medio físico, sino en un universo de sentido” (p. 70). Si los hombres no saben que la masculinidad es una construcción impuesta por sus genitales ¿cómo pueden resistirse? Es indispensable cambiar es la narrativa con que vivimos.

Cuando los hombres introyectan esta “verdad”, es decir se masculinizan, harán lo que esté a su alcance para ajustarse a esa verdad (White, 2015). Esto genera que sea muy difícil contradecir esta afirmación. Por esto es indispensable pensar en otras narrativas para pensar hombres. Por esto Bonino (2002) señala que “la falta de alternativas legitimadas a la masculinidad hegemónica dificultan otros proyectos debido a los enormes vacíos de sostén organizador e identificatorio alternativos para ese proyecto” (p. 27)

Por su parte, Kincheloe (2011) señala que las descripciones lingüísticas sirven para construir el mundo. Recomienda, desde una postura crítica, que se estudie el lenguaje ya que bajo la forma de discursos “sirve como una forma de regulación y dominación” (p. 256). Para el disciplinamiento sexista la única forma

legítima de ser hombre es ser masculino. No hay una narrativa que permita a los hombres dejar de ser masculinos.

Cuando las identidades se ligan a los discursos normativos es indispensable recuperar el lenguaje para generar narrativas alternas. De tal suerte que “[l]a lucha por el poder es, en buena medida, una lucha por imponer las propias metáforas” (Lizcano, 2006: 70), pienso en la potencia del lenguaje y que el mejor uso que se le puede dar es ayudarnos a salir de narrativas opresivas, impuestas, problemáticas y violentas.

El lenguaje sirve como una forma de anclar la biología y la normativa, pero también es un recurso que permite ampliar el imaginario. Lo cual nos ofrece la posibilidad de pensar a los hombres más allá de lo masculino. En este sentido Lamas (2013) afirma que “un objetivo del trabajo teórico es desarrollar o crear herramientas analíticas -conceptos, categorías, teorías- que permitan entender, o al menos visualizar, algo que antes pasaba inadvertido” (p. 109). Si el lenguaje permite explicarnos el mundo, puede ayudarnos a separar los términos que la narrativa moderna ha fusionado hombre/masculino.

Esto coincide con la afirmación de Segato (2021)

> He pensado mucho sobre el papel de alguien que trabaja con el lápiz en la mano, o frente a la computadora. ¿Cuál es nuestro papel? Y yo creo que es la donación de palabras. La donación de nombres, la reflexión. Es fundamental el vocabulario para que las personas puedan identificar lo que les pasa. En el caso de la violencia de género es clarísimo. Hasta hace poco

> tiempo ni nombre tenía esta violencia. [El lenguaje] es un instrumento de lucha fundamental (min. 24:50).

Esta posición me ha invitado a pensar en formas de ser hombres dialógicas, empáticas, no competitivas, pacíficas, horizontales. El lenguaje nos permite desencarnar la masculinidad de la identidad de los hombres, explorar otras formas de pensar, de imaginar. Sobre este punto hooks (2021) menciona que “[a]ntes de que las realidades de los hombres puedan ser transformadas, el modelo dominador tiene que ser eliminado de la ideología subyacente en la que basamos nuestra cultura” (p. 110).

Mi postura entiende que será más fácil llegar al lugar donde los hombres no son violentos si caminamos sobre nuestras potencialidades y dejamos de caminar en círculos utilizando como sinónimos hombre y masculinidad. Me interesa que al pensar en hombre no lo hagamos desde la mirada moderna que los encasilla en lo masculino. El reto es pensarlos desde lo que podrían ser y no desde lo que el sexismo dice que deben ser.

Imaginar a los hombres fuera de la normativa que los ha disciplinado, me permitió pensar que si sus potencialidades no fueran disciplinadas o atrofiadas, podrían vincularse desde la ternura y la capacidad de dialogar. Me he preguntado ¿cuáles potencialidades están siendo desperdiciadas para la construcción de un mundo más pacífico? Si los hombres no fueran masculinizados, podrían ser más empáticos, cálidos, amorosos y tiernos.

Michael White (2002) propone un modelo terapéutico basado en la narrativa. Su propuesta sostiene que el margen de acción de los sujetos está en función de la narrativa con la que describen su estar en el mundo: “vivimos a través de los relatos que tenemos sobre nuestras vidas, que estas historias en efecto moldean nuestras vidas, las que constituyen y las ‘abrazan’” (p. 17). Señala que para poder modificar la situación de los sujetos, debemos considerar los discursos que condicionan sus acciones. Su metodología busca replantear las narrativas con que describen sus vidas, externalizar por medio del lenguaje discursos que sean problemáticos. En el caso de los hombres el lenguaje permite desligar la corporalidad de los hombres de los discursos normativos introyectados.

Latorre (2013) entiende que la terapia narrativa es “contribuir con la generación de un contexto en el que las personas puedan tener acceso a historias preferidas de sus vidas que han sido subordinadas por las historias únicas dominantes” (p. 100). Con esto busca generar las condiciones para que las personas puedan estructura otra narrativa que les dé un margen más amplio y amigable. Dado que el lenguaje es un recurso liberador por su capacidad creativa, afirmo que la disputa para que los hombres se liberen de la masculinidad es a partir de generar narrativas no sexistas. Es una lucha por autodefinirnos.

Los hombres necesitan reconocer que la masculinidad no está en sus naturalezas. Esto permitirá pensarse de otras maneras, trabajar en estrategias para liberarse de su enajenación. “Si los hombres han tenido alguna oportunidad de identificar las formas en que fueron reclutados o cómplices de la cultura de dominación, los podemos ayudar a mapear las consecuencias de estas técnicas,

prácticas y constructos" (White, 2015: 159). Los hombres se liberarán de las normativas sexistas cuando sea legítimo definirse con otros criterios. El sexismo no debe ser visto como destino.

Para liberarse necesitan definirse con criterios distintos a los definidos por la masculinidad, desligarse del discurso sexista, asumir su responsabilidad como sujeto. Para Izquierdo (2007) migrar de "la posición de objeto del sexismo a sujeto activo", requiere reconocer que no se es sujeto e "identificar cuánto de lo que hacemos, de los deseos que se manifiestan en nuestras conductas y de los deseos que aspiramos a realizar lleva la marca de las condiciones estructurales a los que nos vemos sometidas y sometidos" (p. 8). Los hombres, cuando obedecen el mandato no son sujetos, viven desde la enajenación. Por esto apuesta a que "cada cual pueda expresar su subjetividad en su relación con los demás y no su posición en un sistema de dominación" (Izquierdo, 2006: 26). Izquierdo entiende que para que los hombres salgan de la enajenación se requiere que se individualicen.

> El proceso de individuación, es sobre todo, un proceso por el que la persona desarrolla la capacidad de hacerse cargo de sí misma (Izquierdo, 2007: 20).

Hooks (2021) entiende que lo que el mundo necesita son hombres liberados "hombres que sean 'empáticos y fuertes, autónomos y conectados, responsables ellos mismos, con la familia, las amistades y la sociedad, capaces de comprender esas responsabilidades, en última instancia, son inseparables'" (p. 112). En un sentido parecido Bonino (2002) entiende que se

> requiere una revisión identitaria (individual y social) y de posición existencial que incluye una decisión de rebeldía al sometimiento a la masculinidad hegemónica, una desconstrucción crítica de los valores, creencias con sus organizadores y mandatos de la masculinidad hegemónica, una desidentificación y una deshabituación de sus definiciones de ser y de los hábitos que ha promovido, y una reinvención particular alejada del deber ser, aunque con una ética de la igualdad y el respeto a las demás personas y a la diferencia (p. 30).

Figueroa (2016) propone que los hombres deben asumir su responsabilidad social, desde una postura ética. Explica que

> Hacer ética es hacer política; hacer ética es ejercer como persona, es parirse permanentemente, ya que hacer ética es corresponsabilizarnos permanentemente del entorno social del que somos observadores y del que somos actores; a final de cuentas, del que también somos consecuencia (p. 228).

En este caso, para un mundo más horizontal, más equitativo, no creo que el camino pueda ajustarse a los valores modernos. Esto implica pensar en otro ideal, en otro tipo de sociedad, en otro tipo de hombres, en otro tipo de mujeres. Reconfigurar nuestro estar en el mundo, nuestro sentido de vida, nuestro ideal de éxito. Hasta que eso suceda necesitamos hombres clandestinos; no se necesitan nuevas masculinidades, se necesitan hombres críticos de la masculinidad, disidentes de sus mandatos.

Pienso en un sujeto que es capaz de renunciar a las exigencias modernas, aceptar que su cuerpo es afectado, vivir sin competir, que establece relaciones eróticas afectivas que no están ligadas al deber ser, que acepta que su estar en el mundo no está condicionado por ideales universales y se siente satisfecho de habitar de manera discreta, horizontal y colaborativa; hombres no masculinos. Lo cual no significa feminizarlos. Para que desaparezca lo masculino tiene que desaparecer lo femenino. Donde no hay masculinidad no hay feminidad. No buscamos hombres femeninos[89], sino romper el sexismo moderno.

Necesitamos sujetos politizados, prudentes, sensatos, sensibles, críticos; que entienda que su vida no puede estar dedicada a la competencia o al lucimiento personal, que no atropellen a nadie en su intento por conquistar ninguna meta, que no prioricen los aplausos, ni reconocimientos, individuales y se piensen desde su participación en comunidad. Habrá que desconfiar de quienes quieren que el mundo gire en torno a ellos, de los que enfocan su vida a la competencia, de los presumidos, protagonistas, egocéntricos, ensimismados, de los que no pueden vivir con menos, hombres, mujeres u otres.

Hasta el día de hoy, es muy común que se piense que lo que se hace como lo dicta la normativa está bien hecho, es lo conveniente, lo ideal. Hasta el día de hoy los niños/hombres se masculinizan porque eso es lo correcto, lo deseable para sus padres e instituciones, para el éxito moderno. La masculinización forma “hombres

[89] Me interesa cuidar la polarización entre la romantización utópica del cambio “femenino” y la satanización de la cruda realidad “masculina”. El riesgo es que se romantice el cambio y se asuma como la solución y caigamos en una utopía insostenible. Lo femenino no es la solución. Sobre todo, si consideramos que lo femenino y lo masculino posiciones polarizadas del mismo sexismo.

de bien", trabajadores, comprometidos con el desarrollo, con hambre de éxito, competitivos, que no se dan por vencidos, que trabajan para un futuro mejor. Desde niños aprenden a hacer lo que se espera de ellos; sacrifican su integridad y sus vínculos porque eso es lo que se les pide. Necesitamos mostrarles que vivimos en

> una sociedad que no quiere que los hombres cambien, que no quiere que los hombres reconstruyan la masculinidad para que el núcleo de la formación social de la identidad masculina no esté basado en una ética de dominación (hooks, 2021: 127

También he reflexionado sobre lo que podemos hacer quienes crecimos en el sexismo y masculinizamos nuestra identidad: a) reconocer que hemos vivido enajenados, que nos programaron (Preciado, 2008) para obedecer los mandatos de la masculinidad, b) distanciarnos de los aprendizajes sexistas con los que crecimos, c) considerar las implicaciones políticas que tiene vivir centrado en la confrontación, la lucha, la competencia, en tratar de destacar en todo, d) reconocernos vulnerables, imperfectos, mortales, e) dejarnos afectar por los vínculos personales, priorizar nuestro sentido de vida y cuestionarnos si queremos seguirlo viendo nuestra vida como una competencia, f) dejar de culpar a los hombres que siguen masculinizados como si fuera su responsabilidad replicar los aprendizajes con los que crecieron, g) evitar replicar la presión que ejercieron sobre nosotros, en otros hombres, h) promover formas de ser hombres que no se ajusten al sexismo moderno, i) dar espacios para que los niños y hombres que no se hayan masculinizado, puedan encontrar otras formas de ser hombres.

Este tránsito requiere de hombres clandestinos, en resistencia con la normativa sexista. Estos hombres buscan definirse a sí mismos de manera alterna a la definida por la normativa. Buscan articular nuevas narrativas procurando una sociedad más pacífica, ética, empática, horizontal. No se siente privilegiado por oprimir a otra persona. Para él su mayor privilegio es liberarse de discursos impositivos y aprovechar su libertad para habitar un mundo más lindo.

El hombre politizado se sabe afectado por su entorno, dependiente de sus vínculos, vulnerable. Para él la intimidad es gozosa; ya que permite que los cuerpos se nutran, enriquezcan y crezcan. Reconoce y celebra el privilegio que significa vivir desde los afectos, lo emocional, lo sensible, lo interdependiente, lo vulnerable y lo erótico.

> [Terrence Real] 'Me niego a decirte qué hace a un buen morani (guerrero). Pero te diré qué hace un gran morani. Cuando el momento pide fiereza, un buen morani es muy feroz. Y cuando el momento requiere amabilidad, un buen morani es absolutamente tierno. Y lo que hace un gran morani es saber cuál es cada momento' (hooks, 2021: 113

Para que esta migración sea más amigable, se necesitan generar espacios para que los hombres dejen de definirse y ser reconocidos sin necesidad de masculinizarse. Sobre este punto hooks (2021) entiende que los hombres que buscan ayuda "a menudo tienen dificultades para encontrar apoyo" (p. 163). Destaca que "aunque los hombres estén dispuestos a cambiar, no hay lugar para ellos en la cultura patriarcal" (p. 99). Agrega que cuando los hombres "sufren una crisis de la masculinidad no saben a dónde acudir para buscar un cambio" (p. 130).

Por esto he considerado la necesidad de generar espacios donde los hombres puedan interactuar con criterios distintos a los definidos por el sexismo.

Los hombres sufrimos, sentimos culpas, tenemos dolores, enfermamos, inseguridades, mucho miedo, pero no lo diremos mientras nos salga más caro expresarlo. Todos sabemos que si compartimos nuestra intimidad y nos traicionan difícilmente volveremos a confiar. Si nuestra vulnerabilidad o intimidad se comparte de una manera invasiva o se recuperar para culparnos, juzgarnos o sancionarnos no volveremos a “abrirnos”. Espacios para que los hombres puedan hablar de su intimidad sin sentirse amenazados.

Si los hombres no encuentran un ambiente receptivo y empático no se permitirán hablar de su intimidad, no compartirán las emociones feminizadas. Es necesario generar espacios politizados, que permitan a los hombres socializar de maneras alternas, ser empáticos, diálogos, frágiles, débiles, sensibles, reconocer su enajenación, sus imperfecciones, sin que se burlen de su sentir. Espacios donde no se sientan expuestos por mostrar su vulnerabilidad, sus imperfecciones. Hooks (2021) propone crear “refugios donde los niños puedan aprender a ser quienes son de manera única, sin verse obligados a ajustarse a las visiones patriarcales masculinas” (p. 61). En estos espacios se tienen que atender los malestares de los hombres.

> Debemos estar dispuestos/as a ver la niñez de manera diferente, no como un momento en que los niños son adoctrinados en una hombría que trata sobre la violencia y la muerte, sino más bien como un momento en el que los niños

> aprenden a celebrar la conexión con los demás, en la diversidad la alegría de la intimidad, que es el deseo humano esencial (hooks, 2021: 154 PARADOJA

A partir de los conceptos que yo he propuesto, necesitamos a) replantear la política que dice que el sentido de la vida es competir, b) visibilizar la normativa sexista afecta la vida de las personas, c) politizar las emociones, ver qué interés hay detrás de la manera en que nos dicen que debemos sentir y vincularnos, d) migrar de vulnerabilidad vergonzosa a una vulnerabilidad digna. No solo para los hombres, e) dejar de masculinizar a los niños varones, f) dejar de exigir a los hombres que de ajusten a las exigencias masculinas y sancionarlos cuando no lo hacen, g) migrar a un sistema sexo/género menos exigente.

Originalmente había considerado tres líneas de trabajo en donde género y emociones se cruzan: a) las emociones como un dispositivo, que por medio de la sanciones o premios masculiniza a niños y hombres, b) las emociones configuradas desde el darwinismo influyen en la manera en que los hombres reaccionan y en la adopción del sentido de vida promovido por la política moderna y c) las emociones como un recurso indispensable para que los hombres puedan reconocer sus malestares, ser críticos de la masculinidad y desenajenarse.

Después de esta investigación he podido afinar mi postura. Ahora considero que las emociones son relevantes: a) por premiar y sancionar las acciones de los niños, ya sea que sus comportamientos sean considerados como masculinos o femeninos, b) por insensibilizar a los niños ante las heridas y endurecerlos para que soporten la confrontación, la hostilidad y la crueldad, c) por desvincularlos afectivamente de personas cercanas, de manera que sus relaciones personales no

sean una limitante para que hagan lo que se espera de ellos, d) por provocar que los hombres establezcan relaciones utilitarias, basadas en la conveniencia, e) por dificultar que los hombres tengan comportamientos más tiernos, empáticos y atentos a las necesidades de otras personas, f) por lograr que introyecten el sentido de vida definido por la modernidad, de manera que sus vidas estén influenciadas por las motivaciones que le son convenientes para la política moderna, g) por provocar que los hombres naturalicen las afectaciones que experimentan a partir de su masculinización, para evitar ser sancionados por "feminizarse", h) porque, al naturalizar las afectaciones provocadas por la masculinización de sus identidades, difícilmente se sumarán a la crítica de la normativa sexista, i) porque, al no ser críticos de las exigencias masculinas, se reduce la posibilita de buscar formas de ser hombres que no estén basadas en la confrontación, en la competencia, en la ambición por ser más, j) por la necesidad de reconocer la vulnerabilidad de los hombres como un recurso para ser críticos de la masculinidad.

Lo que me ha resultado más impactante de esta investigación es darme cuenta de que los hombres "anhelan amor" (hooks, 2021: 24) y por su deseo de sentirse amados se masculinizan. Cuando son niños, buscan el reconocimiento de los padres, que solo obtienen si se ajustan a la normativa sexista. Y, cuando son grandes, requieren demostrar que son capaces, fuertes, dominantes, impositivos. En cualquier caso, se masculinizan para tratar de obtener reconocimiento, de ser valorados, apreciados.

Contradictoriamente, para obtener esta validación, deben configurar una emocionalidad fría, lo cual provoca que se distancien, incluso de las personas que

para ellos son más importantes. Esta contradicción me hace pensar en la afirmación de hooks “[l]a hombría patriarcal que se supone que debía satisfacerlos no lo hace. Y cuando surge esta conciencia, la mayoría de los hombres patriarcales están aislados y alienados, no pueden volver atrás y reclamar una felicidad o alegría anteriores, ni pueden seguir adelante” (hooks, 2021: 76). Los hombres se esfuerzan tanto para alcanzar el éxito que les promete la modernidad que arriesgan su integridad, comprometen sus vínculos. Al final, viven sin relaciones de calidad, lesionados, sin energías, solos o mueren en un accidente, con la promesa de que si se masculinizaban encontrarían la felicidad. Me parece perverso que los hombres se esfuercen tanto en sus intentos de lograr ser reconocidos, apreciados, amados.

Me ilusiona pensar que en unas décadas cuando alguien pregunte “¿qué es la masculinidad?” otra persona le responda “era un modelo de comportamiento que, décadas atrás, disciplinaba los cuerpos de machos. Gracias a la crítica de género, actualmente los cuerpos se han liberado de estos mandatos sexistas. Actualmente los genitales no condicionan la vida de ninguna persona”.

Espero haber dejado claro que yo no estudio a los hombres para hacer juicios de valor. Lo hago para entender por qué se comportan como lo hacen y buscar formas de liberarlos de los mandatos de género. Para esto he necesitado complejizar la mirada, observar que sus vidas son esféricas y mucho más difíciles de comprender de lo que a primera vista podemos observar. Para estudiar a los hombres he necesitado cuestionar mis propias certezas, solo así he podido logrado capturar las contradicciones que implica masculinizarse.

Para reconocer los malestares de los hombres necesitamos ver detrás del estereotipo de sujeto privilegiado, escuchar sus historias con mucho detalle. Hace falta utilizar una doble escucha (White, 1993) para ver detrás de sus palabras, de sus silencios, de sus acciones. Salir de las lecturas maniqueas que parecen afirmar que de un lado están todas las personas buenas y del otro todos los malos.

Afortunadamente, en los productos mediáticos he podido encontrar, cada vez con más frecuencia, contenidos que complejizan sus personajes. Destaco el libro de A sangre fría (1966)[90], escrito por Truman Capote, que aborda el caso de un asesinato que, sin motivos aparentes, termina con los miembros de la familia Clutter, que vivían en una pequeña localidad de Kansas. El interés del autor se genera por lo que entiende como una contradicción; los asesinatos presentaban una mezcla de crueldad y ternura. A pesar de que los cuatro miembros de la familia fueron inmovilizados y asesinados con tiros en la cabeza, quienes los asesinaron arroparon a las mujeres en sus camas, colocaron cajas de cartón y almohadas debajo de los hombres para que estuvieran “más cómodos”.

El proceso de investigación de Truman incluyó lectura de diarios, cartas, entrevistas a policías, detectives, vecinos, compañeros de escuela, personas del pueblo, para después enfocarse en la historia de los asesinos. El autor, después de saber que la madre de Perry (uno de los asesinos) nunca lo quiso, se sintió identificado y se conmovió; al grado de afirmar “a veces tengo la impresión de que Perry y yo crecimos en el mismo hogar, pero yo salí por la puerta principal y él por

[90] Otros ejemplos son las series de Dr. House (2004), The big bang theory (2007), la película de Megamente (2010), El guasón (2019). La complejidad de las historias nos exige tener mucho más cuidado si queremos emitir un juicio sobre el comportamiento de los protagonistas.

la trasera”[91]. Truman se dejó afectar por esto y dio mucho protagonismo a los asesinos, principalmente de Perry. Esto que provocó que hubiera quienes afirmaran que “no actuó de forma ética” (Sadurni, 2022) con los Clutter.

En la película de Miller (2005) Philip Seymour, quien personifica al autor, menciona que le preocupa que los asesinos sean vistos como monstruos, que desea que sean vistos como personas. Truman vivió varios conflictos: por su afinidad con Perry, por el riesgo de que fuera ejecutado, por esperar la sentencia, incluso lo sacudía ser considerado amigo de un par de asesinos. Destaco que en las películas Capote (Miller, 2005) y Infamous (McGrath 2006) los autores que representaban al autor se muestran muy desgastados y afectados. Al grado de afirmar "[n]adie sabrá nunca lo que A sangre fría se llevó de mí. Creo que, en cierto modo acabó conmigo"[92].

Lo cierto es que este libro implicó un gran desgaste emocional para Truman, que comprometió su salud física y mental. Esto explica que, después de este libro, no haya escrito nada trascendente. Esto es relevante, si consideramos que Truman no es familiar de los Clutter, ni de los asesinos y no sería condenado a muerte. Pensar en su sufrimiento pareciera desviar la atención de los “auténticos” afectados. Sin embargo, si nos enfocamos en su experiencia, podemos empatizar con su malestar.

A sangre fría es considerada una obra maestra por permitir asomarnos a la complejidad humana y a evitar las simplificaciones. La sensibilidad y profundidad

[91] frase recuperada de la película de Capote (2005), dirigida por Bennett Miller
[92] https://historia.nationalgeographic.com.es/a/a-sangre-fria-obra-maestra-truman-capote_15718

con la que Truman relata los hechos, logra “humanizar” a dos asesinos, que si el libro no se hubiera publicado, hubieran sido vistos simplemente como unos salvajes. Lo que pretendo destacar es que, cuando nos sumergimos en las historias y nos dejamos afectar, es muy difícil tener miradas maniqueas y simplificar los hechos. En este sentido Morin (2008) plantea que “la conciencia de la multidimensionalidad nos lleva a la idea de que toda visión unidimensional, toda visión especializada, parcial, es pobre” (p. 100).

Estudiar los hombres a partir de la dimensión emocional nos ofrece la posibilidad de mirarlos más allá de posturas positivistas o racionalizadas[93]. Los hombres son seres contradictorios y complejos; que sufren, tienen dolores, miedos, motivaciones. El análisis emocional promete iluminar aspectos subjetivos de los hombres que hasta ahora han permanecido ocultos, por pensarse irrelevantes y por haber sido silenciados por un hermetismo selectivo. Si queremos profundizar en el conocimiento de las vidas de los hombres, las emociones son un camino prometedor.

Un proceso parecido he vivido al conocer la historia de mi padre. Por muchos años lo vi como un monstruo; hasta que tuve las herramientas para entender que la masculinidad lo había programado para ser un “buen hombre”: vivir para competir, no darse por vencido, luchar para salir adelante. Murió sin darse cuenta que sacrificó la posibilidad de ser más amoroso; arruinó sus relaciones de pareja, familiares y

[93] Morin (2008) distingue entre la racionalización, que entiende como la intención de “encerrar la realidad en un sistema coherente. Y todo aquello que contradice, en la realidad, a ese sistema coherente, es descartado, olvidado, puesto al margen, visto como una ilusión o apariencia” (p. 102) y la racionalidad “no tiene jamás la pretensión de englobar la totalidad de lo real dentro de un sistema lógico, pero tiene la voluntad de dialogar con aquello que lo resiste” (p. 102)

amistosas. Fue tanta su enajenación que se negó a atender el cáncer que le había sido diagnosticado por miedo a feminizarse. Abrazó con tanta fuerza su masculinidad que renunció a la posibilidad de sanarse.

Yo soy el hijo que más se parece físicamente a mi papá, al mirarme al espejo veo rasgos de él, también comparto su nombre y su apellido. Hay cosas en mí que no puedo ocultar y que quizá nunca me pueda quitar. Igual que él, yo viví un proceso de masculinización. Aprendí a disfrutar del vértigo que provoca la competencia, a disfrutar de ganar y pensar que eso me hacía superior; a culparme y sentir vergüenza por perder −hasta en las canicas−.

Reconocer mi propia enajenación ha evitado que yo pueda cuestionar o sancionar a otros hombres por haber sido enajenados. Yo no tengo autoridad moral, ni el saber suficiente para corregir o reeducar a nadie. Mi trayecto me ha llevado a reconocer que los hombres muchas veces actuamos por una obediencia acrítica a los mandatos de la masculinidad, por la presión que ejerce la normativa sobre nosotros.

Esta mirada, no punitiva, me ha permitido poner a los hombres al centro de la discusión del género, desde esta perspectiva he podido confirmar que la masculinidad es muy exigente y problemática. Esto me ha permitido acompañar a los hombres con más apertura. Hoy entiendo que no se puede ser empático con los hombres si se les ve como sujetos privilegiados, con pocos problemas, si se señala que las violencias que sufren no son tan graves, si se argumenta que hay personas en peores condiciones, si cuando comparten sus malestares se les acusa de

victimizarse, que distraen la agenda o se rechaza la gravedad del problema porque son ellos mismos quienes se lastiman.

Como podrá entenderse, después de este recorrido no considero que los hombres sean sujetos privilegiados por su asignación genérica. Si bien reconozco que el patriarcado les asigna una mayor jerarquía, que la que obtienen las mujeres, no considero que la masculinidad pueda entenderse como un privilegio. Coincido con la postura de hooks (2021) cuando señala que “[e]l patriarcado recompensa a los hombres por no estar en contacto con sus sentimientos” (p. 74). Me parece más atinado señalar que los hombres obtienen recompensas por comprometer su integridad, que sacrifican sus vínculos personales, por su obediencia a la política moderna, a los mandatos de la masculinidad. Cabe resaltar que esta obediencia no es voluntaria, intencional o deseada. Esta forma de verlo permite resaltar que “[l]os hombres que ganar en términos patriarcales terminan perdiendo en términos de su calidad de vida real. Eligen la hombría patriarcal sobre la conexión amorosa, primero renunciando al amor propio y luego al amor que podrían dar y recibir y que los conectaría con los demás” (hooks, 2021: 76)

A pesar de que este no es un trabajo autoetnográfico, mi historia personal me acompañó para dialogar con la bibliografía y posicionarme cuando no coincidía con ciertas posturas. Como dije en la introducción, yo viví un proceso de masculinización; se me implantó la masculinidad. Esto me programó para ver el mundo desde la mirada masculina y tardé muchos años en poder entender que vivía enajenado por una forma de ser que me había sido impuesta. Estudiar a los hombres desde una perspectiva de género me ha exigido reconocer que he sido

manipulado por un estereotipo que ha definido los mandatos que por muchos años he obedecido, que ha encontrado formas para sancionarme cuando no he obedecido sus exigencias, que ha comprometido mi integridad en muchas ocasiones, que ha dificultado que sea más expresivo emocionalmente con personas que para mí son muy importantes. Me permitió contrastar la exigencia que ejercía mi papá sobre mí y el trato empático que tuve en casa de mi mamá. Esto me hizo sentir que estuve, por años, en una competencia que no disfrutaba, en la que siempre perdía.

Este estudio también me ha ayudado a entender a los hombres que, como yo, han vivido enajenados, muchas veces no tienen claro por qué hacen lo que hacen y en la dificultad que representa salir de esta enajenación. También me permitió repensar quién soy, distanciarme de aprendizajes masculinos, cuestionar qué entiendo por éxito y pensar en formas alternas a las definidas por la modernidad.

Ahora no quiero competir, me da pereza tratar de demostrarle a quien sea que soy capaz, que valgo, que merezco. Hoy me genera mucha desconfianza que se afirme que lo mejor viene de la competencia. Después de analizar los efectos nocivos que implica la competencia, creo que necesitamos encontrar otros caminos para habitar el mundo. Lo cierto es que yo no “necesito” competir para comer, para tener un ingreso, para obtener un reconocimiento; ser de clase media, mi color de piel, tener estudios de posgrado, además de darme un prestigio y estatus social, me han dado tiempo y recursos para vivir un poco fuera de la dinámica social

competitiva. En este momento de mi vida, mi condición de privilegio me ofrece la posibilidad de sobrevivir sin la necesidad de imponerme.

Entiendo que hay personas que por su situación económica o por su enajenación competitiva, siguen enfocadas en demostrar que son más inteligentes, capaces, hábiles, fuertes; que aspiran a obtener una posición prioritaria o estatus. No me parece que esté cercano el día en que la masculinidad desaparezca, no por resistencia de los hombres. Sino por el arraigo y la legitimidad de la competencia, La legitimidad de la competencia hace suponer que la vida es una competencia, que si quieres algo tendrás que luchar, que los países saldrán adelante luchando. Esto está presente en proyectos de desarrollo, en ambientes laborales, en escuelas, en familias, en relaciones de pareja que buscan al “mejor partido”. Hoy me cuestiono si ese es el camino para una sociedad más horizontal, pacífica y empática.

En este mismo sentido Segato (2016) distingue el camino de los afectos del camino de las cosas. En sus palabras podemos leer:

> El camino de los afectos y el camino de las cosas constituyen dos proyectos históricos orientados a metas de felicidad diferentes e incompatibles, y nuestro trabajo como trabajadores de la palabra es dotar de una retórica de valor, un vocabulario de defensa al camino relacional, a las formas de felicidad comunales, que pueda contraponerse a la poderosa retórica del proyecto de las cosas, meritocrático, productivista, desarrollista y concentrador (Segato, 2016: 106).

Desafortunadamente la competencia se ha romantizado. La mayoría de los hombres siguen viviendo con esa verdad que dice que nacimos para competir, que estamos obligados a ganar, que nuestra integridad y nuestros vínculos personales no son importantes. No hemos reflexionado sobre las consecuencias negativas que esta “verdad” tiene en nuestras vidas.

Mi postura entiende que necesitamos espacios más horizontales, empáticos. Pienso en formas de organización social en donde nadie tenga que demostrar nada. Esta flexibilidad y apertura daría lugar a una organización social compersiva[94], en donde las personas se sintieran satisfechas de saber que la otra persona disfruta de lo que hace. Cuestionar el discurso moderno me ha permitido entender que hay mucha felicidad, placer y un mundo por explorar fuera de la política moderna.

Mi búsqueda ha sido caótica, accidentada, tropezada. Afortunadamente el bricolaje, como metodología, me ofreció la posibilidad de caminar en la incertidumbre, afrontar la dificultad de tratar de sistematizar un conocimiento y de explicar la dinámica social. Espero que no sea considerada como una falta de compromiso o de formalidad. Simplemente ha sido la alternativa que me ha ofrecido la libertad para compartir mis reflexiones. En este trayecto he tenido que improvisar, hacer ajustes y repensar muchas veces cuál es la mejor manera de acercarme a los hombres, de aprovechar los testimonios que me compartieron y de explicar lo que considero más relevante. Por esto he tratado de ilustrar mis reflexiones por medio

[94] La compersión es un término que se utilizó por primera vez para hacer referencia a la satisfacción que se obtiene cuando una persona cercana pasa por un momento placentero. Este término, con mucha frecuencia, se utiliza para referirse como un antónimo de los celos. En las relaciones poliamorosas se utiliza para describir el placer, satisfacción o aceptación que experimenta un miembro de la pareja, al saber que su pareja está disfrutando de otra relación.

de historias, análisis de películas, series, libros. Espero haber podido mostrar a los hombres desde una mirada más esférica y de abrir diálogos que favorezcan las vidas de los hombres.

Si tuviera que destacar una idea sería: la violencia que viven las personas definidas como hombres, derivada de su masculinización es políticamente relevante. Entre más tiempo nos tardemos en reconocerlo, más tiempo tardaremos en configurar una sociedad más pacífica, horizontal y empática. Espero que pronto se sumen más personas a reconocer y trabajar la vulnerabilidad de los hombres.

9 Bibliografía

Ahmed, S. (2015) *La política cultural de las emociones.* UNAM. PUEG. México.

Amuchástegui, A. (2001) “La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México”. *La Ventana*, Núm. 14. México.

---------. (2006) “¿Masculinidad(es)?: Los riesgos de una categoría en construcción”. En: Gloria Careaga, Salvador Cruz (coordinadores). *Debates sobre masculinidades: Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. UNAM. PUEG. México.

Arias, A. y Alvarado, S. (2015) “Investigación narrativa: apuesta metodológica para la construcción social de conocimientos científicos”. CES Psicología, vol. 8, Núm. 2, julio-diciembre pp. 171-181. Colombia, Medellín.

Ariza, M. (2016) *Emociones afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina.* UNAM. México.

Badinter, E. (1993) *XY Identidad masculina*. Alianza Editorial. Madrid.

Bericat, E. (2000) “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”. *Papers 62*. Pp. 145-176. España. Editorial Arrangement of Sociopedia.isa)

---------. (2012) “Emociones”, *Sociopedia.isa*.

Bonino, L. (1996) “La condición masculina a debate: Teorías y prácticas sobre el malestar de los varones”. *Cuadernos de temas grupales e institucionales.* N°4 – Invierno.

---------. (2002) “Masculinidad hegemónica e identidad masculina”. *Dossiers feministes* 6. Masculinitats: Mites, de/construccions – Mascarades pp. 7-35.

Botello, L. (2017). Análisis del “Enojo” del Varón en el Contexto de la Violencia contra las Mujeres para Trazar un Marco de Construcción de Responsabilidad. Masculinities and Social Change,6(1),39-61.

Cascales, J. (2015) “El patriarcado contra los hombres: el mantenimiento de la categoría masculina en las nuevas masculinidades”. I Congrés d’Investigacions Feministes en Transformacció. Valencia.

Cedillo, P; García, A; Sabido, O. (2016) “Afectividad y emociones”. En Hortensia Moreno y Eva Alcántara, (coordinadoras). *Conceptos clave en los estudios de género*. UNAM. México.

Chávez, N. (2021) El caleidoscopio “bricoleur” en etnografías colaborativas. El caso de la Cruz de Mayo afroandina, valle de Azapa, Chile. *Tábula rasa, 43.*

Connell, R. (S/F) Masculinidad y globalización. (Conferencia) UNAM. PUEG

---------. (1997) “La organización social de la masculinidad”. En: Valdés, Teresa y José Olavarría (edc.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 31-48.

---------. (2001) “Educando a los muchachos: nuevas investigaciones sobre la masculinidad y estrategias de género para las escuelas”. *Nómadas*, núm. 14, abril. Pp. 156-171. Universidad central. Bogota, Colombia.

---------. (2010) Masculinidad y globalización (Conferencia). Ciudad de México: UNAM. PUEG

---------. (2015) *Masculinidades.* UNAM. México.

Crotty, M. (1998). *The foundations of social research*. London. Sage.

Denzin, N. y Lincoln, Y. (2011). *El campo de la investigación cualitativa. Manual de investigación cualitativa*. Vol. I. Barcelona. Gedisa.

De Keijzer, B. (2016) “Sé que debo parar, pero no sé cómo”. Sexualidad, salud y sociedad. Revisa Latinoaméricana. n. 22 - abr. pp.278-300.

De Laurentis, T. (1989) “La tecnología del género*”. Machmillan Press*, Pp.1-30. London

De Saint Exupery, A. (2001). *El principito.* Selector. México.

Despentes, V. (2007) *Teoría de King Kong.* Edicions Frasset & Frasquelle. España.

Elias, N. (1969) *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de cultura económica. México

Enciso G. y Lara, A. (2014) “Emociones y ciencias sociales en el S. XX. La precuela del giro afectivo”. *Athenea Digital* – 14(1) pp. 263-288. ISSN: 1578-8946

Escobar, A. (1999) *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea.* Instituto colombiano de antropología. Santafé de Bogotá.

---------. (2014) *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA. Medellín, Colombia.

Esteva, G. (2019) “El camino hacia el diálogo de vivires”. En: Stefano Sartorello (coordinaror). *Diálogo y conflicto interepistémicos en la construcción de una casa común*. Universidad Iberoamericana. México.

Fanon, F. (2005) “¿Qué es colonialismo?” En: Esteban Ticona. *Lecturas para la descolonización Taqpachani qhispiyasipxañani (liberémonos todos).* Plural editores. La Paz, Bolivia.

Figueroa, J. (2010) “Los procesos educativos como recurso para cuestionar modelos hegemónicos masculinos”. Publicado en *Diálogo y Debate de Cultura Política*. (Número especial sobre Política y Género), Centro de Estudios para la Reforma del Estado. Año. 4, Núm 15-16, pp. 7-32. México.

---------. (2010b) “Los procesos educativos ante la emergencia de nuevas masculinidades: una experiencia personal”. Publicado en *Género en educación*. Temas, avances, retos y perspectivas. Ana Laura López (coordinadora). Universidad Pedagógica Nacional, Plaza y Valdés, México, pp. 147-163.

---------. (2013). “Algunas reflexiones sobre el estudio de los hombres desde el feminismo y desde los derechos humanos”. *Estudos Feministas*, vol. 21,

no. 1, pp. 371-393. Universidad Federal de Santa Catarina, Florianólpolis, Brasil.

---------. (2015) “Algunas reflexiones epistemológicas sobre varones y masculinidades enajenadas”. Revista *Sexología y Sociedad*; 21(1) 102-118.

---------. (2015b) “El ser hombre desde el cuidado de sí: algunas reflexiones”. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 7, 121-138.

---------. (2016) “Algunas reflexiones para dialogar sobre el patriarcado desde el estudio y el trabajo con varones y masculinidades”. Revista *Sexualidad, Salud y Sociedad*; núm. 22, abril, pp. 221-248

Figueroa, J. y Franzoni, J. (2011) “Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos”. En: Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores). *Masculinidades y políticas públicas. Involucrando hombres en la equidad de género.* Universidad de Chile.

Fonseca, C. y Quintero, M. (2009) “La teoría queer, la de-construcción de las sexualidades periféricas”. *Sociológica*, año 24, número 69, enero-abril, pp. 43-60.

Foucault, M. (1979) *Microfísica del poder.* La Piqueta. España.

---------. (1988) *El sujeto y el poder*. Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

---------. (2001) *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976).* Fondo de -c-Cultura económica. ISBN: 950-557-586-7. México.

---------. (2008) *Vigilar y castigar.* Siglo XXI. México.

---------. (2012) *El poder, una bestia magnifica. Sobre el poder, la prisión y la vida.* Siglo XXI. Buenos Aires.

---------. (2016) *Sexualidad y política. Escritos y entrevistas 1978-1984.* El cuenco de plata. Éditions Gillimard. Buenos Aires, Argentina.

---------. (2019) *Microfísica del poder.* Siglo XXI. Buenos Aires.

Fraga, E. (2014) "Ser, saber y poder en Walter Mignolo. Comunidades colonizadas y descolonización comunal". *Entramados y perspectivas*. Revista de la carrera de sociología. Vol. 5 núm. 5.

Freire, P. (2013) *Pedagogía del oprimido.* Siglo XXI. México.

Fuller, N. (2018) "El cuerpo masculino como alegoría y como arena de disputa del orden social y de los géneros". En: Norma Fuller. *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas.* Fondo Editorial Pontifica Universidad Católica del Perú.

Garda, R. (1998) "Modernidad y violencia en los hombres. Reflexiones desde la masculinidad sobre el espacio-tiempo y el poder". *La ventana*. Núm. 8. Pp. 174-206. México.

---------. (2014). "Estudios de las masculinidades: esperanza y temor. Masculinidades por la igualdad de género". *Dfensor*, revista de derechos humanos. Número 3, Año XII, marzo.

Gómez Etayo, E. (2014) *Ni ángeles ni demonios, hombres comunes.* Universidad autónoma de occidente. Cali.

Gómez, Emilio. (1984). *Canek. Historia y Leyenda de un Héroe Maya*. Oasis. México.

Guerrero, S. (2018). “El pánico y tus ojos que me sueñan: etnografía afectiva de un tránsito de género”. En: Pons y Guerrero. *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*. UNAM. México.

Gutiérrez, S. (2020) “El componente afectivo de las representaciones sociales”. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*. Año 15, Núm. 29, septiembre. Pp. 123-151.

Haraway, D. (1991) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza. Ediciones cátedra.* Univesitat de Valencia. Instituto de la mujer. Madrid.

Herrera, C. y Agoff, C. (2017) “Entre el habitus y la agencia. Reflexiones a partir de la experiencia de mujeres que viven y han vivido violencia de pareja en México”. En: Tinat, K y Alvarado, A. *Sociología y género. Estudios en torno a performances, violencias y temporalidades*. El colegio de México. México.

Herrera, P. (1999) “La masculinización de los cuerpos”. En Juan Guillermo Figueroa Perea (editor) *Salud Reproductiva y Sociedad* (número especial sobre varones y salud reproductiva). Boletín del Programa de Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México, Año III, N° 8, México, 1999, pp. 13-15.

Hochschild, A. (2008) *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo.* Katz editores.

hooks, b[95]. 2021. El deseo de cambiar. Hombres, masculinidad y amor. Ediciones Bellaterra.

Huerta, F. (2002) “La deportivización del cuerpo masculino”. *El Cotidiano*, mayo - junio, año/vol. 18, número 113 Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco Distrito Federal, México. pp. 47-57.

Izquierdo, M. (1995) “Sistema sexo/género y valores: perspectiva materialista”. En: Ana Rincón (coordinadora). *Género y valores.* EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer Secretaría de la Presidencia del Gobierno Vasco.

---------. (1995b) “Estructura y acción en la violencia de género”.

---------. (2003) El cuidado de los individuos y de los grupos: ¿quién cuida a quién? Organización social y género. Ponencia presentada en el Congreso Catalán de Salud Mental. Grupo de trabajo sobre Identidad, género y salud mental. Febrero de 2003.

---------. (2006) “Los costos de la masculinidad”.

---------. (2007) “Lo que cuesta ser hombre: costes y beneficios de la masculinidad”. María Jesús Izquierdo. Universitat Autònoma de Barcelona. Congreso SARE 2007. “Masculinidad y vida cotidiana”· EMAKUNDE, Donost ia, 5 de Noviembre.

[95] hooks ha decidido escribir su nombre con minúsculas

---------. (2011) “La estructura como facilitadora del maltrato”. En: Huacuz, M (coordinadora) *La bifurcación del caos. Reflexiones interdisciplinarias sobre violencia falocéntrica.* México: UAM-Xochimilco, 2011.

---------. (2013) “La construcción social de género”. En: Díaz, C, y Dema, S. *Sociología y género*. Madrid: Editorial Tecnos.

Jacobo, F. (2016). “Miradas antropológicas y sociológicas de las emociones: el análisis de la envidia en el pueblo nahua de Cuetzalan, Puebla”. En: Marina Ariza (coordinadora). *Emociones, afectos y sociología: Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina.* UNAM. México.

Kaufman, M. (1989). *Hombres, poder, placer y cambio.* CIPAF. República dominicana.

---------. (1997). “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”. En: Valdés, Teresa y José Olavarría (edc.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 63-81.

---------. (1999) “Las siete P’s de la violencia de los hombres”. Una versión anterior de este texto fue publicada en una edición especial de la revista de la Asociación Internacional para Estudios sobre Hombres (International Association for Studies o f Men), Vol. 6, No. 2 (junio de 1999) (http://www.ifi.uio.no/~eivindr/iasom).

Kimmel, M. (1997) “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. En: Valdés, Teresa y José Olavarría (edc.). *Masculinidad/es:*

poder y crisis, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 49-62.

Kincheloe, J. y McLaren, P. (2012). Replanteo de la teoría crítica y de la investigación cualitativa. En Denzin, N. y Lincoln, Y. (coordinadores). *Paradigmas y perspectivas en dispuesta. Manual de investigación educativa. Vol II*. Barcelona. Gedisa.

Kvale, S. (2011) *Las entrevistas en investigación cualitativa.* Morata. Madrid

Lagarde, M. (1996) "El género", fragmento literal: 'La perspectiva de género'". En: *Género y feminismo*. Desarrollo humano y democracia, Ed. horas y HORAS, España, pp. 13-38.

Lamas, M. (1999) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género". *Papeles de Población*, vol. 5, núm. 21, julio-septiembre, 1999, pp. 147-178. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca, México.

---------. (2013). "La antropología feminista y la categoría "género"". En: Lamas, M. (compiladora). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual.* Porrua. PUEG. ISBN: 968-842-572-9. México.

Lara, A. y Domínguez, E. (2013) "El Giro Afectivo". *Athenea Digital*. Revista de Pensamiento e Investigación Social, vol. 13, núm. 3, noviembre-, pp. 101-119. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona, España.

Laso, E. (2017) "Poder, agencia y comunión: obstáculos en la transformación de la masculinidad". En: Castañeda, L. y Alvizo, C. (coordinadoras). *Géneros,*

permanencias y transformaciones Feminidades y masculinidades en el occidente de México. Universidad de Guadalajara. México

Latorre, Í. (2013) “Terapia narrativa: Algunas ideas y prácticas”. En F. García (Ed.) *Terapia Sistémica Breve. Fundamentos y Aplicaciones*. Santiago de Chile: RIL editores.

Le Breton, D. (1998) *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones.* Ediciones nueva visión. Buenos Aires.

---------. (2005) *Cuerpo sensible*. Ediciones metales pesados. Santiago de Chile.

---------. (2012) “Por una antropología de las emociones”. Revista *Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. Nº10. Año 4. Diciembre 2012-marzo de 2013. Argentina. pp. 67-77.

Linares, J. (1996) *Identidad Y Narrativa. Terapia En La Práctica Clínica.* Paidós. México

Lizcano, E. (2006) *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Traficantes de Sueños.

López, O (2013) “La pertinencia de una historia de la construcción emocional del cuerpo femenino en México entre 1850-1910. Abordaje desde el construccionismo social”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 5, núm. 12, agosto-noviembre, pp. 51-64. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.

---------. (2016) “La dimensión emocional como perspectiva de análisis de los fenómenos socioculturales”. Artículo derivado de la Conferencia Magistral “De las emociones como categoría psicológica a las emociones como categoría socio-cultural”, impartida por la autora el 30 de marzo de 2016, en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Iztacala, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en el marco del programa Conferencias Premios de Investigación de la Academia Mexicana de Ciencias (AMC).

---------. (2017) “De la evolución del cuerpo y las emociones, a la valoración de las emociones como sustrato cultural”. En: Lauro González y Anabella Barragán (coordinadores). *Antropología física. Disciplina bio-psico-social.* INAH. ENAH. México.

Lugones, M. (2011). “Hacia un feminismo descolonial”. *La manzana de la discordia*, Julio - diciembre, Vol. 6, No. 2: 105-119

Maffia, D. (2006) Lo que no tiene nombre. En: Disidencia sexual e identidades sexuales y genéricas. CONAPRED. México.

Mardones, K. y Navarro, S. (2017) “Mandatos de género para hombres: creencias de universitarios y universitarias del sur de chile”. *Revista científica y profesional de la Asociación Latinoamericana para la Formación y la Enseñanza de la Psicología* – ALFEPSI. Volumen 5. Número 15. 2017.

Marqués, J. (1997) “Varón y patriarcado”. En: Valdés, Teresa y José Olavarría (edc.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 17-30.

Martínez, C. (2013) “Masculinidad hegemónica y expresividad emocional de hombres jóvenes”. En: Juan Carlos Ramírez y Carlos Cervantes. *Los hombres en México. Veredas recorridas y por andar*, AMEGH y UdG, pp.177-199

Maturana, H. (1988) *Emociones y lenguaje en educación y política.* Charlas dictadas en el Centro de Estudios del Desarrollo (CED). Dolmen Ediciones. Chile.

---------. (1984). *El árbol del conocimiento*. Lumen. Buenos Aires.

---------. (1992) *El sentido de lo humano.* Ediciones pedagógicas chilenas. Chile.

---------. (1998) *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo.* Editorial Universitaria. Chile.

---------. (2003) *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia.* J. C. Sáez editor. Chile.

-------- (2008). *El sentido de lo humano*. J.C.Sáez. Gránica. Argentina.

Muñoz, M. (2012) “Una hipótesis humanista sobre la emoción” Instituto Nacional de Investigación en Desarrollo Humano. México D.F.

Mignolo, W. (2010) “Desobediencia Epistémica, Pensamiento Independiente y Libertad De-Colonial”. *Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento*

Político, Decolonialidad e Interculturalidad. Universidad Nacional del Comahue Año I. Nro. 1

Morin, E. (2008) *Introducción al pensamiento complejo.* Gedisa. Barcelona. España.

Morris, M. (2005) “El pie zurdo de Dante pone en marca la teoría queer”. En: Susan Talburt, Shirley Steinberg. *Pensando queer. Sexualidad, cultura y*

-------- (2008). *El sentido de lo humano*. J.C.Sáez. Gránica. Argentina.

Núñez, G. (2001) “Diversidad sexual (y amorosa)”. Una versión anterior de este ensayo la presenté en el tercer congreso nacional de organizaciones civiles de la red de organizaciones “Democracia y Sexualidad” en octubre. Centro de investigación y desarrollo A.C. México. Consultado en: https://www.uv.mx/cendhiu/files/2013/08/Lectura-Homofobia-y-Discriminacion.pdf

---------. (2004) “Los “hombres” y el conocimiento Reflexiones epistemológicas para el estudio de “los hombres” como sujetos genéricos”. *Desacatos*, núm. 15-16, otoño-invierno, pp. 13-32.

Núñez, G. (2007) *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida.* El Colegio de Sonora. México.

---------. (2015) “Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?” *Culturales* Época II - Vol. IV - Núm. 1 / enero-junio. págs. 9-31.

Nussbaum, M. (2014). *Las emociones políticas ¿por qué el amor es importante para la justicia?* Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México.

Olavarría, J. (2017) *Sobre hombres y masculinidades: "ponerse los pantalones".* Santiago de Chile.

Ortiz, C. (2016) "La modernidad de la educación y opción sexual de libertad total. Lo queer". *Revista de Estudios de juventud.* Marzo 16 | nº 111.

Orwell, G. (1936) Matar a un elefante.

Paredes, J. (2015) "Despatriarcalización. Una respuesta categórica del feminismo comunitario (descolonizando la vida)". *Bolivian Studies Journal* /Revista de Estudios Bolivianos. Vol. 21. ISSN 1074-2247 (impreso). ISSN 2156-5163 (online)

Parrini, R. (2012) "¿Existe la masculinidad? Sobre un dispositivo de saber/poder"

Pons, A. (2018) "Vulnerabilidad analítica, interseccionalidad y ensablajes: hacia una etnografía afectiva". En: Alba Pons y Siobhan Guerrero (coordinadoras). *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista.* UNAM. México.

Pons y Guerreo, (2018) *Reflexiones encarnadas en la investigación feminista.* UNAM. México.

Preciado, P. (2008) *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica.* Paidós. Espacios del saber. España.

Quijano, A. (2014) *Antología Esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Clacso. Buenos Aires, Argentina.

Quintana, M. (2011) Colonialidad del ser, delimitaciones conceptuales. CECIES.

Ramírez, J. (2014) “Los hombres y las emociones: Atisbos a partir de las relaciones de poder en la pareja”. En Ana Josefina Cuevas (coordinadora). *Familias, género y emociones. Aproximaciones interdisciplinarias.* Universidad de Colima. México.

Ramírez, J. (2020) *Mandatos de la masculinidad y emociones: hombres (des)empleados*. CONACYT. Universidad de Guadalajara. México.

Ramírez, Josefina. (2019) “La guerra en el cuerpo. Experienciade niñas y adolescentes de la Montaña de Guerrero en un internado de religiosas en México. *Revista Corpo-grafías: Estudios críticos de y desde los cuerpos,* 7(7), pp 180-200

Restrepo, C. (2010) *El derecho a la ternura.* Arango editores. Bogota, Colombia.

Robles, C; Et al. (2019) “Masculinidades: la emergencia de nuevos sujetos en la trama sociopolítica”. *ConCienciaSocial.* Revista digital de Trabajo Social. Vol. 3 (2019) Nro. 5.

Robles, L. (2002) “La subjetividad del investigador en sus análisis científicos. La construcción de explicaciones a partir de experiencias personales”. En Francisco Mercado, Denise Gastaldo y Carlos Calderón (compiladores). *Investigación cualitativa en salud en Iberoamérica: métodos, análisis y ética,*

Universidad de Guadalajara, Universidad Autónoma de San Luis Potosí y Universidad Autónoma de Nuevo León. México, pp. 311-326.

Rojas, E. (1984). *Canek. Historia y Leyenda de un Héroe Maya*. Oasis. México.

Romero, V. (2012) "Los albures: un espacio simbólico de competencia entre hombres". *Masculinidades ¡Nuevas formas de ser hombres son posibles!* No.1 - Marzo 2012.

Rosaldo, M. (1980) *Knowledge and passion. Ilongot notions of self & Social life.* Cambridge. New York.

Rovetta, A. (2017). "Si me dieran un billete de avión... recurriendo a la elucidación gráfica en entrevistas con menores de edad. *EMPIRIA*. Revista de Metodología de Ciencias Sociales. N.º 36, enero - abril, pp. 63-S7.

Ruiz, V. (2014). "Reflexiones sobre las diferencias entre la delincuencia de mujeres y hombres en México de 1996 a 2008". En Juan Guillermo Figueroa y Alejandra Salguero (coordinadores). *¿Y si hablas de…sde tu ser hombre? Violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones*. El Colegio de México, 2014. pp. 55-113.

Schongut, N. (2015) "Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos". *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, vol. 5, núm. 1, mayo-octubre, pp. 110-148. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.

Sabido, O. (2013) "Los retos del cuerpo en la investigación sociológica. Una reflexión teórico-metodológica". En: Ángel Aguilar y Paula Soto

(coordinadores). *Cuerpos espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales.* UAM. Porrua. México.

Sánchez, R. (2011) “Historia e identidades narrativas”. Nóesis. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, vol. 20, núm. 40, agosto-diciembre, pp. 70-85. Instituto de Ciencias Sociales y Administración. Ciudad Juárez, México.

Schongut, N. (2015) “Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos”. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, vol. 5, núm. 1, mayo-octubre, pp. 110-148. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.

Scribano, A. (2012) “Sociología de los cuerpos/emociones”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. Nº10. Año 4. Diciembre -marzo. Argentina. pp. 93-113.

Segato, R. (2003) *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología el psicoanálisis y los derechos humanos.* Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Segato, R. (2013). *La crítica de la decolonialidad en ocho ensayos.* Prometeo. Argentina.

---------. (2016) *La guerra contra las mujeres.* Traficantes de sueños. Madrid.

---------. (2018) *Contra-pedagogías de la crueldad.* Prometeo libros. Buenos Aires.

---------. (2021) Masculinidad y violencia de género en contexto universitario. (Conferencia). Visto en:

https://www.youtube.com/watch?v=ApIjIcXT3Gc&t=2s&ab_channel=UMCE

Seidler, V. (1995) “Los hombres heterosexuales y su vida emocional”. Debate feminista. Sexualidad: teoría y práctica. Año 6. Vol. 11, Abril.

---------. (1997) “Masculinidad, discurso y vida emocional”. Conferencia presentada en El Colegio de México el 8 de mayo de 1997. Publicada en Juan Guillermo Figueroa Perea y Regina Nava (editores). Memorias del seminariotaller “Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva” Colección de Documentos de Trabajo, No. 4. Programa de Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México. México, pp. 7-24.

---------. (2000) *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social.* PAIDOS. UNAM. PUEG. CIESAS. México.

Sierra, Á. (2008) “Una aproximación a la teoría queer: El debate sobre la libertad y la ciudadanía”. *Revista Humanidades. Cuadernos del Ateneo*. ISBN: 1137-070X, N°26. Pags. 29-42

Sposaro, S. (2021) “Volver a los caminos por los que creemos haber andado. Reflexiones sobre las emociones en el trabajo de campo”. En: Paula Cabrera (compiladora). *Alquimistas etnográficas. Subjetividad y sensibilidad teórica.* Facultad de filosofía y letras. Universidad de Buenos Aires.

Soler, S. (2018) “Hacia une etnografía de la inclinación: afecto y cuerpo en la economía informal del centro de la Ciudad de México”. En: Alba Pons y Siobhan Guerrero (coordinadoras). *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista.* UNAM. México.

Tadeu, T. (2001) “Dr. Nietzsche, curriculista, con aportes Del profesor Deleuze: Una mirada post-estructuralista de la Teoría del currículo”. *Pensamiento Educativo*. Vol. 29 (diciembre 2001), pp. 15-36

Torregrosa, J (1984) “Emociones, sentimientos y estructura social”. En: *Estudios básicos de psicología social*. Hora, Barcelona, pp. 185-199.

Torres, (2001) “A la entrada del laberinto. Reflexiones en torno a la violencia masculina”. *Revista Tramas*, Núm. 17. UAM-X. México.

Valencia, S. (2010) *Capitalismo gore.* Melusina. España.

---------. (2014) “Transfeminismo(s) y capitalismo gore”. En: VV.AA. *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Txalaparta.

---------. (2014b) “Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no-violenta del tejido social en el México contemporáneo”. Artículo de reflexión se enmarca dentro del proyecto de investigación “Todo lo sólido se edifica sobre sangre: masculinidades, derechos humanos y violencia en Tijuana”. Consultar en: http://revistas.javeriana.edu.co

Vendrell, J. (2004). “El debate esencialismo-constructivismo en la cuestión sexual”. En: Gloria Careaga y Salvador Cruz (coordinadores). *Sexualidades diversas. Aproximaciones para su análisis.* PUEG. México.

---------. (2020) *El poder masculino en sus estructuras. Un análisis desde la antropología de género.* Universidad Autónoma del Estado de Morelos. México.

White, M. (2002) *Reescribir la vida. Entrevistas y ensayos.* Editorial Gedisa. España.

---------. (2007) *Mapas de la práctica narrativa.* Casa Tonalá. ISBN:

---------. (2011) *Prácticas narrativas: La conversación continúa.* Pranas. Chile.

White, M. y Epston, D. (1993) *Medios narrativos para fines terapéuticos.* Paidós. España.

Wolffer, L. (2014). (De)marcaciones. Performance. UAM Cuajimalpa, C.D.M.X., México.

10 Anexos

10.1 Estadísticas

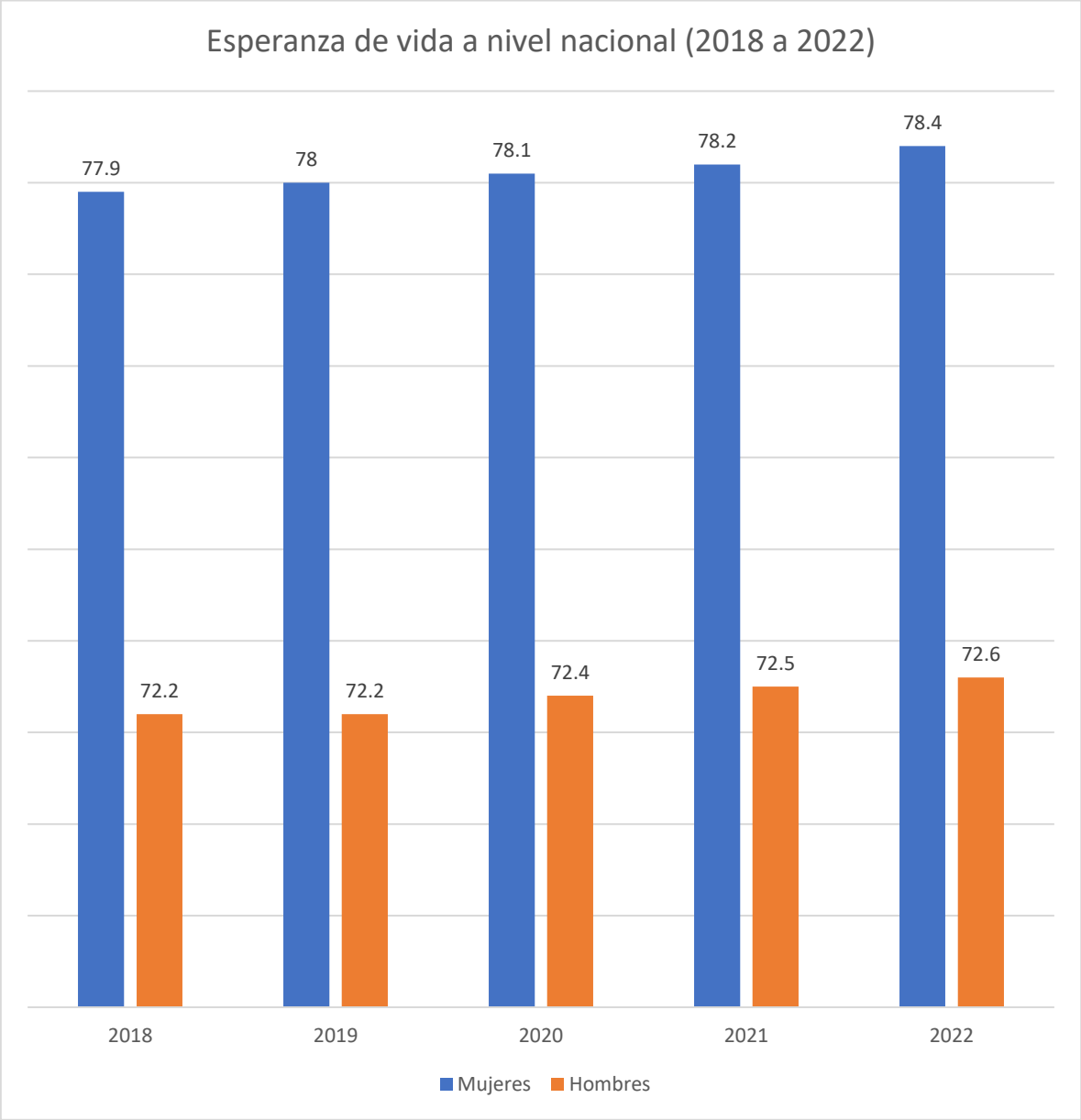

Ilustración 4 Esperanza de vida por sexo (2018 a 2022). Datos de INEGI, creación propia.

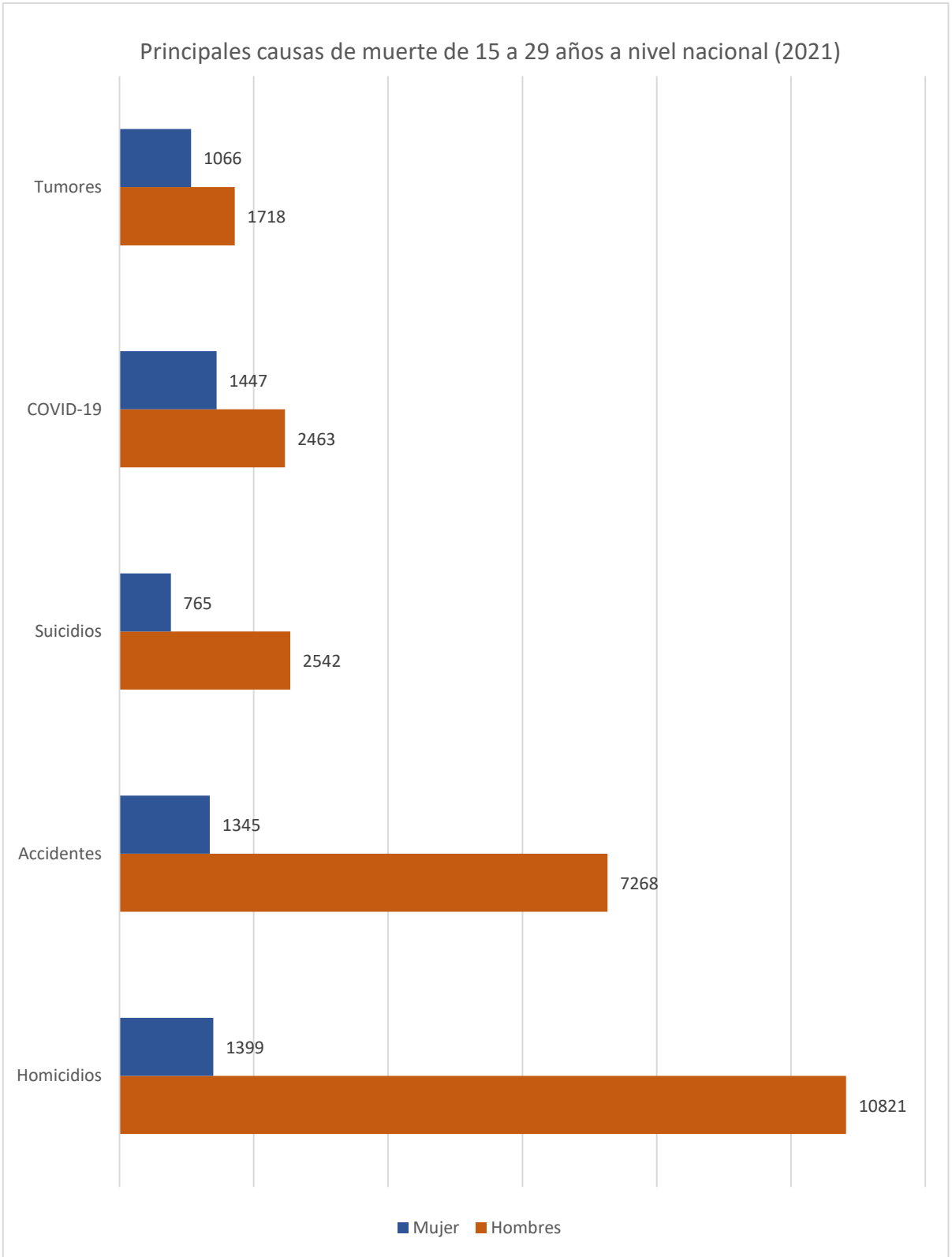

Ilustración 5 Principales causas de muerte de 15 a 29 años (2021) Datos de INEGI, creación propia.

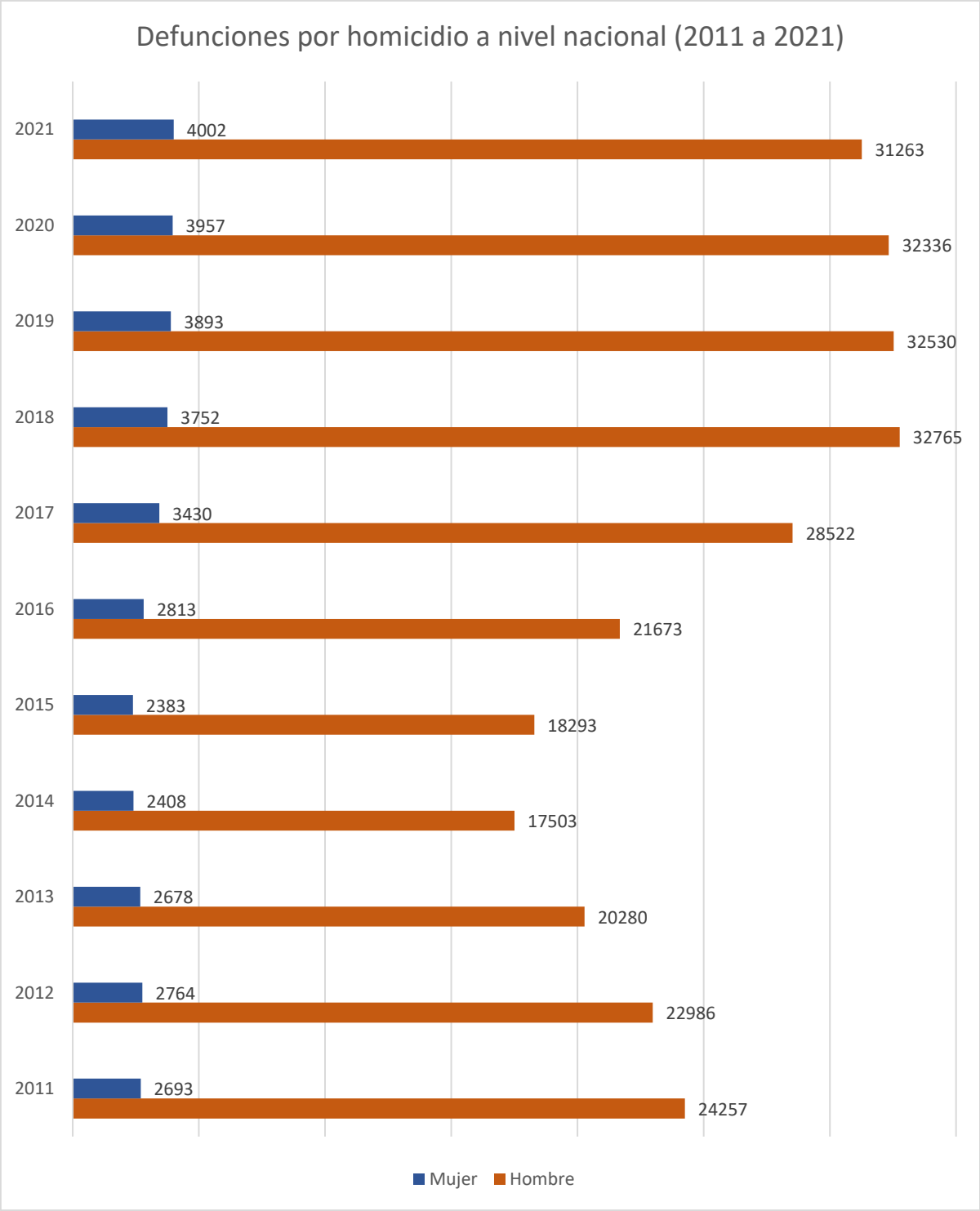

Ilustración 6 Defunciones por homicidio a nivel nacional (2011 a 2021). Datos de INEGI, creación propia.

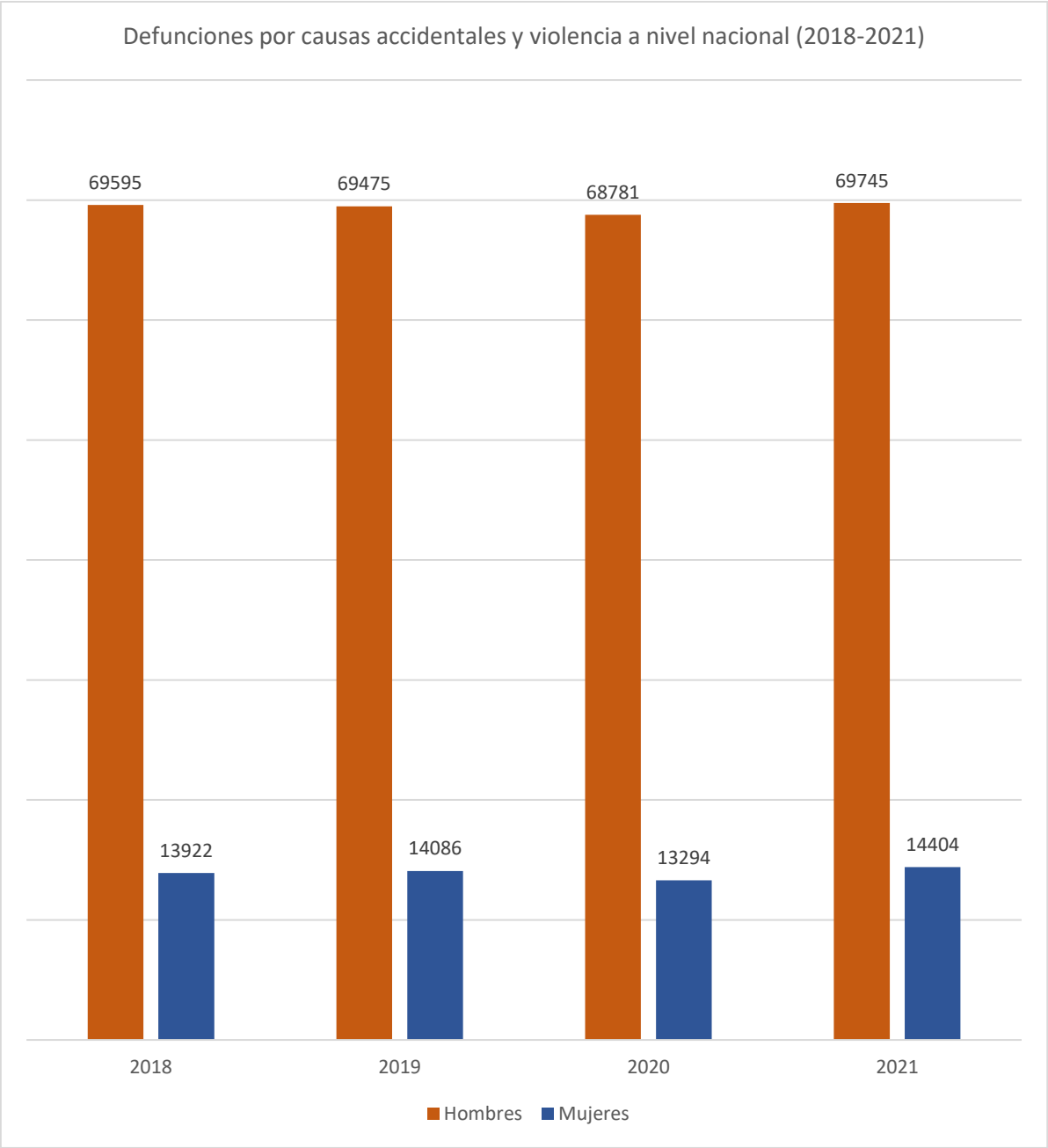

Ilustración 7. Defunciones causas accidentales y violencia (2018 a 2021) Datos de INEGI, creación propia.

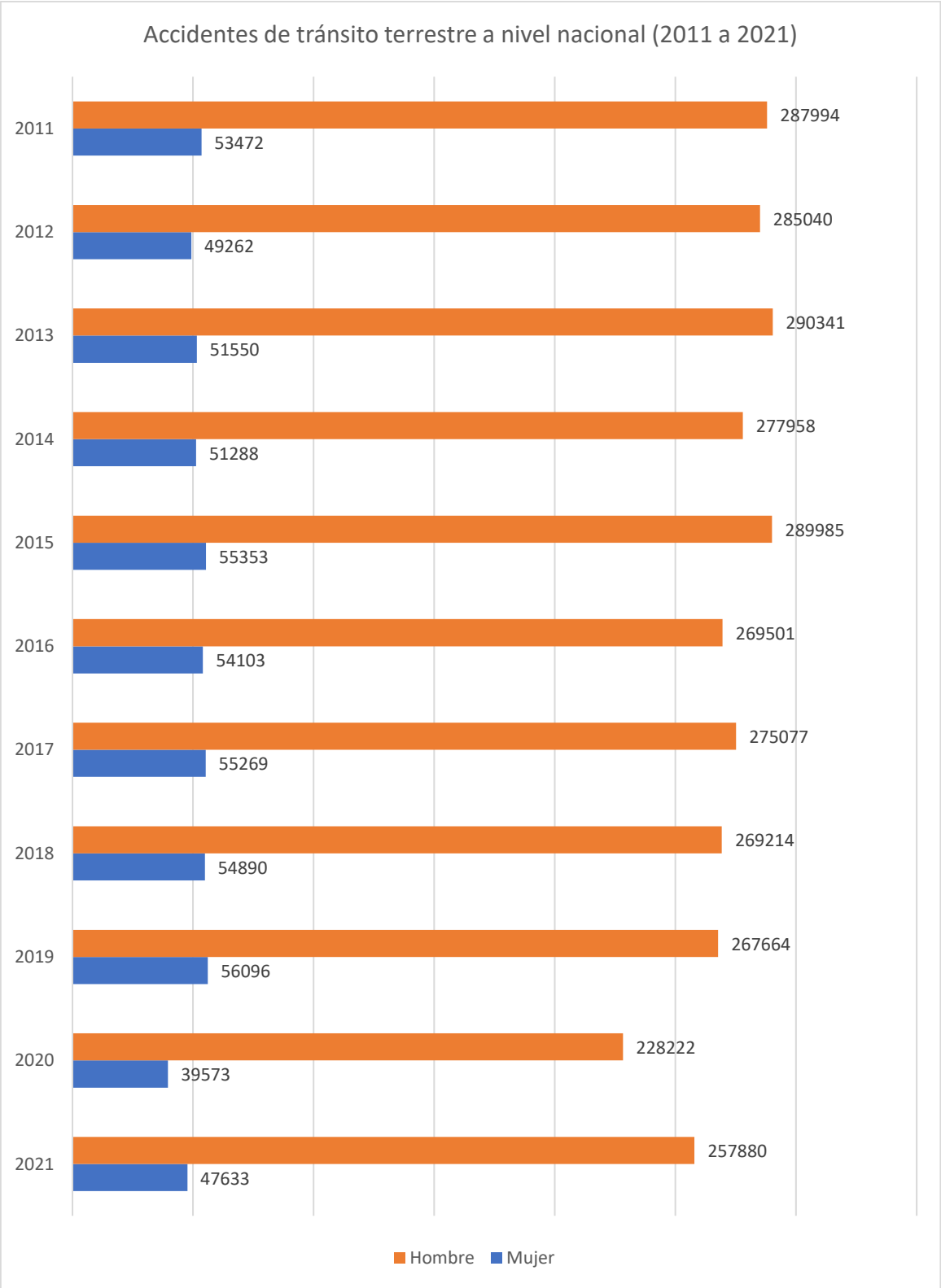

Ilustración 8 Accidentes de tránsito terrestre (2011 a 2021). Datos de INEGI, creación propia.

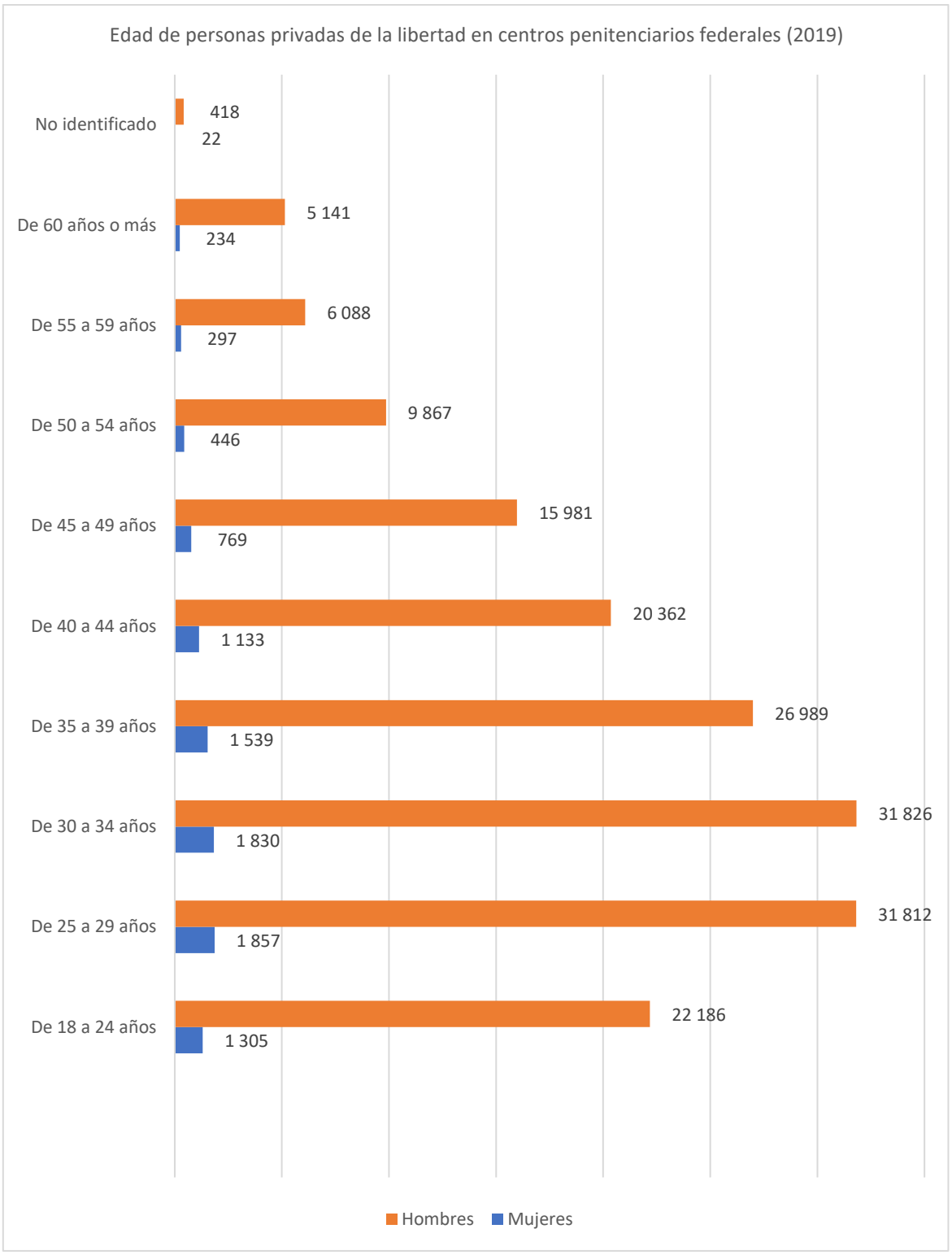

Ilustración 9 Edad de personas privadas de la libertad en centros penitenciarios (2019). Datos de INEGI, creación propia.

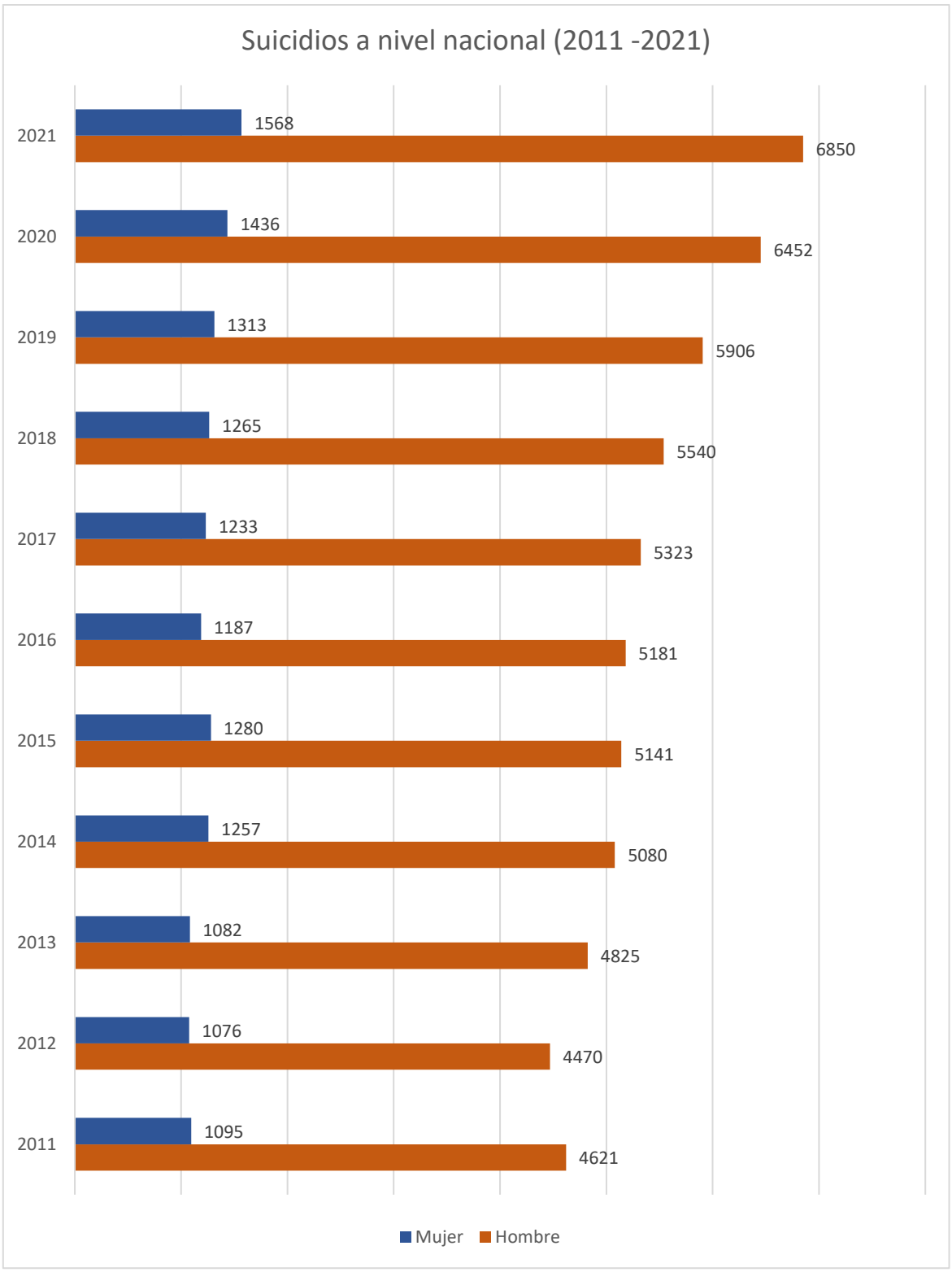

Ilustración 10 Suicidios a nivel nacional (2011 -2021). Datos de INEGI, creación propia.

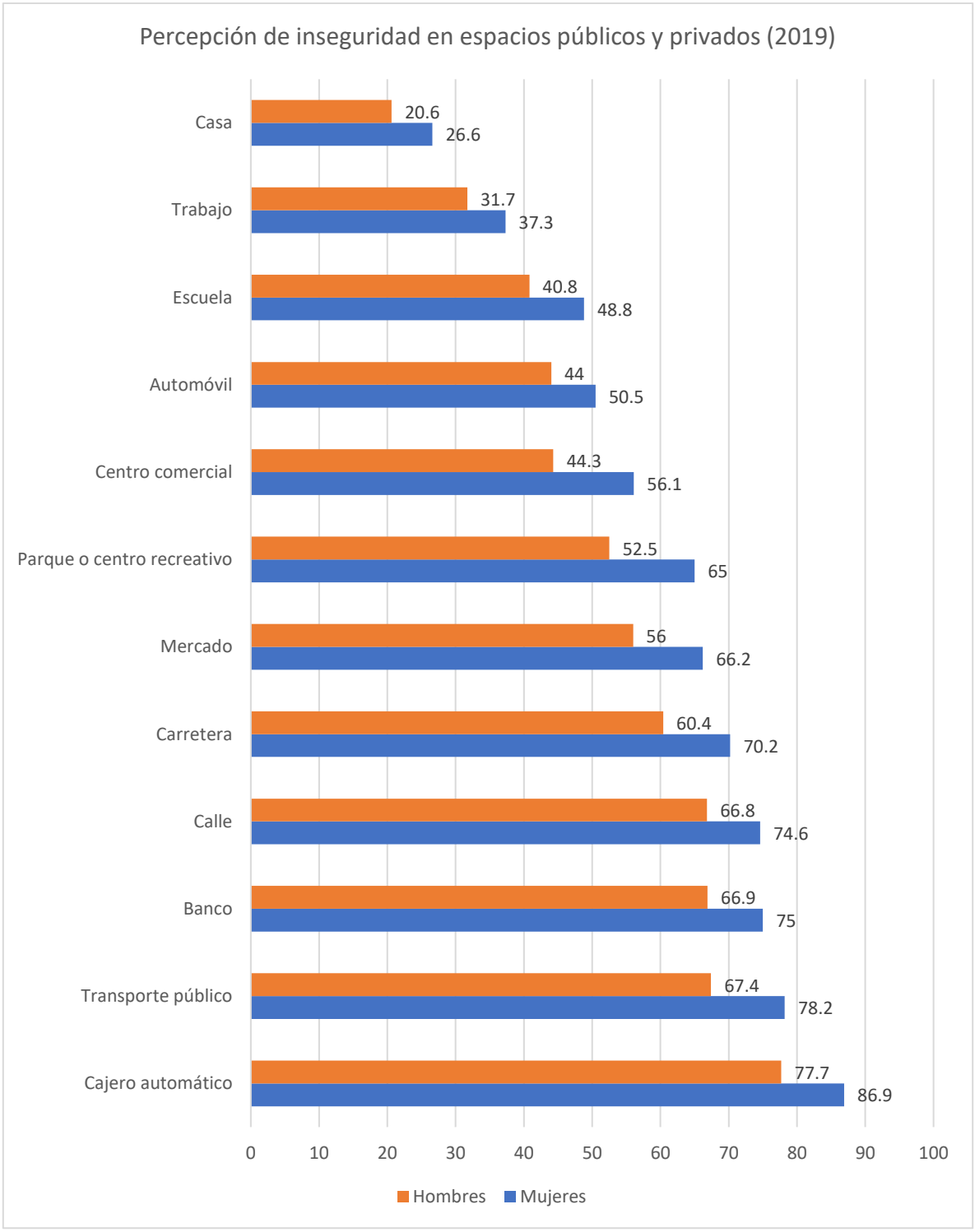

Ilustración 11 Percepción de inseguridad en espacios públicos y privados (2019). Datos de INEGI, creación propia.

10.2 Invitación a dialogar

Hola, ¿cómo estás?

Seguro recordarás que estoy estudiando y mi tema de estudio son los hombres desde una perspectiva de género. Te cuento que como parte de una materia que estoy cursando me solicitan hacer una investigación y después un proyecto de incidencia social.

Hoy te escribo para ver si me dejas tener un par de reuniones contigo y platicar de lo que significa para ti ser hombre. Los temas sobre los que estaríamos platicando serían: la educación que como hombre has recibido, tus relaciones de pareja, la violencia que has vivido, tu práctica de futbol, temas de trabajo, las situaciones más difíciles que has vivido, cómo has vivido la contingencia de COVID 19 y otras cosas que pudieran generase.

La intención de escribirte una carta y no enviarte un simple mensaje, es porque necesito que, si aceptas, lo asumas como un compromiso. Con esto quiero decir que estableceremos fechas y horarios. Aunque, por un tema de contingencia, ahora mismo serían reuniones virtuales. Como parte de mi trabajo, debo decirte que iré registrando las cosas que considere más importantes de lo que platiquemos.

Me interesa que si aceptas sea porque te sientes en confianza y con disposición. Por favor no te sientas presionado para aceptar.

Pues sólo me resta preguntarte si aceptas. ¿Qué dices?

Agradecería que me avises lo antes posible para poder ver si necesito enviar otras invitaciones o si ya cuento contigo.

Muchas gracias.

10.3 Ficha informativa para los participantes

15 de agosto de 2020

Emociones masculinas

Me gustaría invitarte a participar en este proyecto de investigación que forma parte de mi investigación sobre emociones masculinas. Sólo debes participar si lo deseas. Antes de decidir si deseas participar, es importante que comprendas por qué estoy realizando esta investigación y qué implicará su participación. Tómate el tiempo para leer detenidamente la siguiente información. Pregúntame si hay algo que no esté claro o si deseas obtener más información.

El propósito de este estudio es documentar la manera en que los hombres educamos nuestras emociones, para esto realizaré entrevistas a diferentes hombres. Es importante mencionarte que necesitaría hacerte entre 3 y 4 entrevistas. Por motivos de la contingencia las entrevistas serían por medios virtuales.

Tu participación es voluntaria. No te sientas presionado en participar. Por favor, lee detenidamente esta hoja de información y si tienes alguna pregunta, hazla.

Si decides participar, te entregaré esta hoja de información para que la guardes y te pediré que firmes un formulario de consentimiento. Luego discutiremos los días y horarios en que tendremos estas entrevistas. Cada entrevista durará entre 1 y 2 horas y se grabará en audio, siempre y cuando lo autorices. Incluso si decides participar, puede suspender tu participación en el momento que desees, esto

implicaría que yo no utilizaría la información que me dieras. No estás obligado a dar ninguna razón para suspender tu participación.

No existen riesgos previsibles al participar en el estudio. Todos los datos para el análisis pueden ser total o parcialmente anonimizados, según lo señales en el formulario de consentimiento. Si solicitas el anonimato total, se utilizarán seudónimos y toda la información, referencias a nombres y lugares que podrían identificarte se eliminarán en cualquier publicación o informe. Además, Puede retirar sus datos del proyecto en cualquier momento hasta 3 meses después de su entrevista.

Los resultados del estudio se recuperan para mi proyecto de tesis doctoral y para publicaciones o ponencias científicas.

Si tienes alguna pregunta o necesitas más información sobre este estudio, comunícate conmigo.

Carlos Montero

Universidad Iberoamericana

cale.mosi@gmail.com

Tel: 55 1319 6655

10.4 Complete este formulario después de leer la ficha informativa.

Título del estudio: Emociones masculinas

Investigador: Carlos Montero

Gracias por considerar participar en mi proyecto de investigación. Si tienes alguna pregunta que surja puedes consultar la Hoja de información o puedes preguntarme para que decidas si deseas participar. Te anexo una copia de este formulario de consentimiento para que lo conserve y puedas consultado en cualquier momento.

Al marcar en las siguientes casillas das tu consentimiento para participar en este estudio. Entiendo que se asumirá que las casillas sin marcar o con iniciales significan que NO doy mi consentimiento para esa parte del estudio. Entiendo que al no dar mi consentimiento para cualquier elemento, se me puede considerar inelegible para el estudio.

1. Confirmo que he leído y comprendido la hoja de información del 03 de septiembre de 2020 para el estudio. He tenido la oportunidad de considerar la información y hacer preguntas que han sido respondidas satisfactoriamente.

2. Entiendo que mi participación es voluntaria y que soy libre de retirarme en cualquier momento sin dar ninguna razón. Además, entiendo que podré rechazar el uso de mis datos hasta 3 meses después de mi entrevista.
3. Doy mi consentimiento para el procesamiento de mi información personal para los fines que se me explican.
4. Entiendo que mi información puede estar sujeta a revisión por parte de personas responsables del Colegio con fines de supervisión y auditoría.

El anonimato es opcional para esta investigación. Selecciona una opción:

a. **Estoy de acuerdo en estar completamente identificado**
b. **Acepto ser identificado parcialmente**
c. **Deseo permanecer anónimo**

Doy mi consentimiento para que se grabe el audio de mi entrevista: Sí No

_____ _____ _____

Nombre del participante **Fecha** **Firma**

10.5 Índice de tablas

Ilustración 1 Fractal de Maldelbrogt cada figura es exactamente igual a la otra, solo con distinta escala. 284

Ilustración 2 Proporción áurea: la misma lógica puede replicarse al infinito. 285

Ilustración 3 Fractal geométrico. El mismo triángulo puede replicarse hasta el infinito. 285

Ilustración 6 Esperanza de vida por sexo (2018 a 2022). Datos de INEGI, creación propia. 623

Ilustración 3 Principales causas de muerte de 15 a 29 años (2021) Datos de INEGI, creación propia. 624

Ilustración 4 Defunciones por homicidio a nivel nacional (2011 a 2021). Datos de INEGI, creación propia. 625

Ilustración 5. Defunciones causas accidentales y violencia (2018 a 2021) Datos de INEGI, creación propia. 626

Ilustración 6 Accidentes de tránsito terrestre (2011 a 2021). Datos de INEGI, creación propia. 627

Ilustración 7 Edad de personas privadas de la libertad en centros penitenciarios (2019). Datos de INEGI, creación propia. 628

Ilustración 8 Suicidios a nivel nacional (2011 -2021). Datos de INEGI, creación propia. 629

Ilustración 9 Percepción de inseguridad en espacios públicos y privados (2019). Datos de INEGI, creación propia. 630